

Karlheinz Deschner

**LA POLÍTICA
DE LOS PAPAS
EN EL SIGLO XX**

Volumen I

ENTRE CRISTO Y MAQUIAVELO



se

Table of Contents

[La política de los papas en el siglo XX Vol. 1](#)

[PREFACIO](#)

[La fe mueve montañas](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[Del mísero «hijo del hombre» a homicidas y millonarios](#)

[Fin del Estado Pontificio bajo Pío IX](#)

[Comienzo de la «Kulturkampf» \(«Lucha por la cultura»\)](#)

[LEÓN XIII \(1878-1903\)](#)

[Ambiciones de gran potencia](#)

[La lucha contra la Italia liberal](#)

[La vana esperanza en las potencias centrales](#)

[La colaboración con Francia](#)

[El supremo anhelo de Roma](#)

[León XIII fomenta la alianza ruso-francesa](#)

[La encíclica de los trabajadores](#)

[PÍO X \(1903-1914\)](#)

[Cónclave](#)

[Relaciones óptimas con Austria-Hungría](#)

[El giro hacia la Alemania guillermina y la política social del Papa](#)

[Tonos conciliadores con Italia](#)

[Enemistad con Francia](#)

[Pío X y la Revolución Rusa de 1905](#)

[La «misión» en Rusia fracasa bajo Pío X](#)

[La mano de Dios guía a Austria-Hungría hacia la I Guerra Mundial](#)

[La Guerra —«Un ajuste de cuentas con el Cisma»](#)

[San Pío y la Gestapo Curial](#)

[BENEDICTO XV \(1914-1922\)](#)

[La actitud filogermana de la curia en los primeros años de la I Guerra Mundial](#)

[Entrada en guerra de Italia](#)

[El Vaticano y el espionaje: El prelado Von Gerlach](#)

[Cambia la «fortuna de la guerra» y el Vaticano cambia también, pasándose al lado de la Entente](#)

[El miedo a la Revolución Rusa lleva a Benedicto a intervenir en favor de las potencias centrales en 1917](#)

[Lamentos por la paz, obras de buen samaritano y acción pastoral castrense](#)

[El Clero Católico en la I Guerra Mundial](#)

[El Vaticano hace sus negocios con la guerra](#)

[Rusia y el Vaticano después de la Revolución](#)

[PÍO XI \(1922-1939\)](#)

[La toma del poder por Mussolini y la actitud del Vaticano](#)

[Los acuerdos de Letrán](#)

[Ascenso de Hitler y la Iglesia Romana](#)

[El Papado y la URSS en los años veinte](#)

[De la «Rerum novarum» a la «Quadragesimo anno»](#)

[La conquista del poder por Hitler y el Vaticano](#)

[La conclusión del concordato del Reich](#)

[En el jubileo de nuestra redención\[115\]](#)

[Todavía más resistencia en el año de la salvación](#)

[De Seipel a Seiss-Inquart](#)

[La correría de pillaje contra Abisinia «Una campaña de evangelización»](#)

[La Guerra Civil Española: «Una cruzada religiosa por el pleno restablecimiento de los derechos de la Iglesia»](#)

[Notas](#)

En 1860 se hundía en medio del regocijo unánime de sus súbditos el Estado Pontificio, únicamente defendido, previo pago, por 20.000 soldados mercenarios. Cabía pensar que la Iglesia Católica dejaba de contar entre los poderes de este mundo y que, privada de sus raíces terrenales, languidecería en breve como fuerza espiritual. Diez años más tarde, sin embargo, se definía dogmáticamente la infalibilidad del papa y la curia transformaba gradualmente esa enormidad ideológica en un nuevo y efectivo poder internacional.

Política y diplomacia vaticanas, que raramente resplandecieron por su inspiración evangélica, se mostraron ahora brillantemente maquiavélicas. El ascendiente espiritual del papa sobre millones de católicos se convirtió en un productivo capital político invertido con el único propósito de acrecentar el poder y la influencia de Roma. Cualquier otro principio quedaba supeditado o sacrificado a ese objetivo.

Ése es el hilo conductor de la obra de Deschner, respaldada con un conocimiento historiográfico que ilumina también los grandes episodios del primer tercio de siglo: la inquina de la Iglesia contra las democracias, su bendición del fascismo, su apoyo al expolio de Abisinia, etc. Ni siquiera nos sorprende ya que aquella institución tuviera a Hitler, Franco y Mussolini por hombres providenciales, pues, como escribió el católico crítico R. Grosche, la infalibilidad del papa anticipaba históricamente, desde un plano superior, la atribuida al Führer.



Karlheinz Deschner

La política de los papas en el siglo XX Vol. 1

Entre Cristo y Maquiavelo

ePub r1.0

Rusli 11.11.14

Título original: *Die Politik der Päpste im 20. Jahrhundert Band 1*
Karlheinz Deschner, 1991

Traducción: Anselmo Sanjuán Nájera

Ilustración de cubierta: Escudo de Armas del Vaticano

Editor digital: Rusli

Retoque de cubierta: Piolin

ePub base r1.2



«Es de conocimiento común que los papas han llevado a cabo o provocado cientos de guerras».

(El jesuita Alighiero Tondi. 1961)

«... pues la alta jerarquía vaticana es inequívocamente proclive a intervenir en la alta política»

(Alejandro Petrovic Izvoiskij,
representante ruso ante el Vaticano, 1888-1896
y ministro de Asuntos Exteriores, 1906-1910)

«El papa cambia, pero —sea cual sea el talante de aquél— la política secular de la curia romana se mantiene fiel a sí misma sin que ningún papa tenga poder para alterarla»

(Constantino Petrovic Pobedonoscev,
Superprocurador del Santo Sínodo. 1880-1905)

PREFACIO

La fe mueve montañas

La fe vive del creyente y no a la inversa, por mucho que al creyente le guste creerlo así. De que eso sea así se encargan los pocos que realmente viven de la fe; más, desde luego, de la fe de los otros que de la propia, aunque esto sea algo en lo que justamente el creyente no cree.

Cuando yo mismo era aún creyente, un libro de este tipo me hubiese parecido increíble, ¿qué digo?, inicuo, y su autor una especie de demonio. Pues como buen católico creyente no tenía, al igual que la mayoría de los católicos, ni idea de la historia del catolicismo. De este candor ignaro vive el papado desde que existe como tal.

Pero tampoco los no católicos, incluso muchos indiferentes en lo religioso, saben apenas lo que se oculta realmente tras la «historia salvífica». Tampoco ellos pueden creer sin más que la historia de la salud sea tan insalubre ni que la historia de los santos sea sobremanera *non sancta*. Consideran no ya impudicamente exacerbada sino totalmente increíble la memorable sentencia de Helbetius: «Cuando se leen sus leyendas de santos hallamos los nombres de miles de criminales canonizados...», aunque sea verdadera en todos sus términos y además de ello verificada una y otra vez desde entonces. Pero la humanidad, dispuesta de por sí a irse al diablo con toda la historia salvífica y todos los santos, no puede ni quiere creer en ella. Y todo un ejército de bien pagados paladines (no todos en sotana) está asiduamente ocupado en no permitir que se le dé crédito; se empeña en envolver la historia en el humo del incienso y sosteniendo gravemente su mirada, llama a eso «ciencia», poniendo tanto más despiadadamente al descubierto bien conocidos «puntos oscuros» del pasado remoto, cuanto mayor es su afán por envolver en nieblas los del más reciente. Actitud coherente con el extraño parecer de que un crimen cometido hace mil años dista mucho de ser tan grave como uno actual y que, en general, más vale dejar correr cosas tan viejas. ¡Pero todo eso no es tan viejo! ¡El pasado es algo que nunca pasa del todo! Y la necia sentencia de que la historia jamás se repite se ve refutada de continuo por una historia que, en el fondo, se repite siempre. Hasta qué punto es ello así se mostrará también en estos «100 Años de historia salvífica».

¡Ésta no es una «historia de papas», un psicograma de personas, sino el escueto diagnóstico de una institución sobre la base de sus últimos cien años de historia! ¡¿Cuándo comprenderá el mundo que lo de menos es quién esté al frente de esta Iglesia?! ¡¿Que

siempre nos las habernos con el mismo monstruo, sea cual sea el nombre de su cabeza?! Menos todavía son estas páginas un libro «escrito mientras se está de rodillas», como todavía reconoce para sí un secretario papal y cardenal, casi contemporáneo nuestro, refiriéndose a muchas de sus anotaciones, subyugado por el «encanto» y por «los santísimos eventos, de los que el autor fue testigo».^[1] Verá frustradas sus apetencias quien venga a oír gustoso cuán doctos han sido los soberanos de la Iglesia; cuán plenos de sentimiento y afecto paternales; cuán semejantes a los ángeles ordenaban sus vidas; cuán jovial y ascético era su carácter. Frustrado se verá quien desee «pulsar» al Vaticano por dentro para enterarse de que aquéllos preferían el agua como bebida, tal como Pió XI, que allanó el camino a Mussolini, Franco y Hitler. De que el cómplice de este mismo señor, Pió XII, porfiaba con sor Pascalina Lehnert, empleada en la flor de sus 23 años, en apagar primero las luces para ahorrar dinero^[2], lo que, entre otras cosas, permitió al «Santo Padre» reunir un patrimonio privado de 80 millones de marcos en oro y valuta (V. Vol II). En esta obra figurará más bien todo cuanto los servidores de la Iglesia minimizan o retocan habitualmente y la mayoría de los otros historiadores, para quienes el papado, de puro respeto hacia su prestigio espiritual, apenas parece muchas veces existir, ignora completamente: su tráfico de intereses, no tanto con los poderes de más allá como con los de este mundo. No hay al respecto ninguna otra iglesia ni religión que luche de forma siquiera parecida en la palestra política y social, tan consciente de sus objetivos y con efectos tan desoladores; frontal o encubiertamente.

Ya sea que los «Vicarios de Cristo» deseen *expressis verbis* practicar la «alta política» — como en el caso de León XIII— o fuesen supuestamente reacios a ella —como su sucesor Pió X, que contribuyó a arrastrar a las naciones a la I Guerra Mundial— de la política se sirvieron todos ellos. Y en esto no fueron un ápice menos «profanos» que el resto de los políticos o lo fueron, sí, pero tan sólo en el sentido de que, siguiendo bien arraigadas costumbres, siempre embellecen con un tinte trascendente su política, con grandes palabras y gestos, mencionando a cada paso a «Dios», a «Cristo» y a la «salud del alma» cuando en su fuero interno pensaban en sí mismos y en su apetencia de poder. Todo lo cual hace que la historia de la salvación sea más peligrosa, por más hipócrita, que no importa qué otra política. Pues todo, absolutamente todo es política en esta Iglesia y apenas si es posible hacerse suficientemente cargo de ello. Y no sólo —lo que es evidente— los impuestos eclesiásticos, el bautizo de lactantes, la enseñanza de la religión y la cuestión de los matrimonios interconfesionales o bien su doctrina acerca de la propiedad privada y su lucha contra el control de la natalidad. Lo es también incluso aquello que parece estar en las antípodas de lo político: la oración para bendecir la mesa, un acto de confesión, una comunión, el acto por el que cualquier viejecita moja su mano, sea en el Bosque de Baviera, sea en El Perú, en la pila de agua bendita. Todo ello, sumado millones de veces, es, en última instancia, puesto en la balanza del poder sacerdotal y de su ambición de poderío universal.

Habiéndome puesto a la tarea —ya desde hace una década— de escribir una «Historia Criminal del Cristianismo» cuyo primer volumen, que versa sobre su más remota época, verá por fin la luz el año venidero, me decidí súbitamente, a anticiparme con éste, dedicado a la época más reciente. La actividad planetaria del «pontifex maximus» actual me determinó tanto en mi resolución, como el propio temor a que la Historia de la Salvación, al

menos en el occidente cristiano, pudiese llegar a su término, antes de que yo mismo diese remate a la «Historia criminal del Cristianismo».

El gran Gianbattista Vico, pesimista y opuesto a cualquier fe en el progreso celebró, al menos, las vivencias del historiador, calificándolas de «un divin Piacere», un placer auténticamente divino. Los sentimientos del autor de estas páginas, escritas de seguro no *sine ira*, sino *cum ira* sobrada, no le depararon placer alguno celeste o infernal. Más bien, para decirlo en buen alemán, le provocaban vómitos, lo cual se debe, quizá, menos a la forma que tiene de contemplar la historia que a la forma misma de esa historia que contempla.

INTRODUCCIÓN

Del mísero «hijo del hombre» a homicidas y millonarios

«Ninguna otra religión ha exigido tantos sacrificios de vidas humanas ni ha inmolado a éstas de modo tan oprobioso como la que se vanagloria de haberlos suprimido para siempre»

(El teólogo Bruno Bauer)

El mísero Hijo del Hombre no tenía donde reclinar su cabeza. Desposeído entre los desposeídos, pasó por el mundo como amigo de parias y desheredados, de públicanos y pecadores. Combatió contra el «injusto Mammón» y prorrumpía en imprecaciones contra los adinerados y los ahítos. Llamó loco a quien se jactase de sus tesoros. Enseñaba, incluso, que era más fácil que un camello pasara por el ojo de una aguja que el que un rico entrara en el reino de los Cielos.

Hoy, su «Vicario» vive en el lujoso palacio papal, viaja en papa-móvil y papa-jumbo, cercado de guardaespaldas, reporteros y notabilidades. En pos suya va, sin embargo, una historia milenaria llena de incontables granujerías: desde la pequeña patraña de los milagros y las reliquias, tales como los numerosos prepucios de Jesús, los aún más numerosos dientes del Señor («tan sólo en Francia hay más de 300», según Alonso de Valdés), la leche de la Madre de Dios y las plumas del Espíritu Santo, hasta la *Donatio Constantini*, la más monstruosa de las falsificaciones de todos los tiempos.

En pos suya va también una explotación colosal que hizo del obispo de Roma, ya en el s. v, el más grande de los terratenientes del Imperio Romano y convirtió a la Iglesia medieval en propietaria de un tercio de todas las tierras europeas. Le sigue asimismo la aniquilación del paganismo, las hogueras de la inquisición, la masacre, de millones de indios y negros, los *pogroms* que condujeron directamente a las cámaras de gas hitlerianas, que ni tan siquiera son originales pues ya en el s. xvii el obispado de Breslau había instalado hornos crematorios para brujas: no siempre estuvieron contra el progreso.

Tras de él va también —y no en último lugar— una ininterrumpida cadena de guerras atroces, de cruzadas, —a las que Urbano II, con una visión cabal de la situación, convocaba también a los forajidos—, de guerras de religión, guerras civiles y toda clase de contiendas y batallas, con papas guarnecidos de casco, cota de malla y espada, tomando parte activa en

ellas. Papas con caja de guerra propia, ejército propio, marina propia y fábrica de armas propia.

León X, un santo, salió en campaña contra los normandos cristianos. Gregorio IX, contra el emperador Federico II, que regresaba a su corte tras una cruzada victoriosa. Urbano VI, que hizo torturar y matar bestialmente a algunos cardenales, luchó en la guerra de sucesión siciliana. Pío V y Sixto V libraron imponentes batallas navales contra turcos y británicos. El primero, un inquisidor, continuó decapitando y quemando siendo ya papa e hizo estrangular al satírico Franco por unos versos relativos al nuevo retrete del Vaticano. Fue canonizado. Sixto V decretó la pena de muerte para casos de homosexualidad, incesto, celestinaje, aborto y adulterio. Julio II «il terribile», hecho cardenal gracias a un tío papal, y papa, gracias al dinero, tenía tres hijas y no hubo año de su pontificado en que no condujese una guerra. Pablo IV, un sádico que trataba a los cardenales a bastonazos, dados de mano propia, y que dio de patadas al prefecto de Roma, avivó vigorosamente las hogueras, encerró a los judíos en ghettos, obligándoles a llevar gorros amarillos y mandó quemar públicamente a 25 de ellos, incluida una mujer. Fue él quien estableció el índice de libros prohibidos, exponiéndose —ya entonces— al ridículo, y a mediados del s. XVI vio su brazo «hundido hasta el codo en sangre». «Sucumben aquí las víctimas, no corderos ni toros, son, algo inaudito, víctimas humanas» (Goethe)

Y todos ellos rapiñaban todo lo rapiñable: castillos y palacios; ciudades y ducados enteros. Robaban todo lo robable: en el s. IV, el patrimonio de los templos; en el s. VI, el patrimonio de los paganos en general. Después la hacienda de millones de judíos expulsados o asesinados; de millones de «herejes» o «brujas» carbonizadas. También exprimían a la propia grey elevando a cada paso los impuestos o creando otros nuevos (tan sólo Urbano VIII ideó nada menos que 10), mediante arriendos, préstamos a interés (¡prohibidos por el Antiguo y el Nuevo Testamento, así como por los Padres de la Iglesia!). Mediante la esclavitud (que, impuesta como castigo, conoció bajo la Iglesia una nueva expansión, siendo la Roma papal la que la mantuvo en vigor por más tiempo). Mediante bulas, tasas, extorsiones y falsos milagros, dándose a menudo el caso de que Roma recaudaba el dinero amenazando con la excomunión, el interdicto o la espada. El pueblo italiano fue el más expoliado de todos y Roma misma se convirtió en la ciudad más levantisca y mísera de todas las europeas. El número de sus habitantes descendió de unos 2 millones, en la época pagana, a 20.000 escasos, en el s. XIV, Las hambrunas y revueltas, el despotismo y el nepotismo no hallaban nunca fin. En 1585, primer año del papado de Sixto V, «el papa de hierro», cuyo nombre servía para aterrorizar a los niños, se decía en Roma que habían rodado más cabezas que melones acarreados al mercado.

La Revolución Francesa, saludada por Kant con lágrimas de alegría, no mereció por parte de Pío VI, un conde Braschi, sibarita del boato y la pompa, otra respuesta que la de las rigurosas medidas de excepción y la de acciones policiales. Su papado se inicia con un «Editto sopra gli Ebrei», que recordaba los peores tiempos de los *pogroms* antijudíos de los papas, pues condujo al bautismo forzoso y al encarcelamiento, incluido el de muchos niños. En su Breve «Quod aliquantum» condenaba los derechos humanos, la libertad de pensamiento y la libertad de expresión hablada o escrita como «monstruosidades» y enseñaba así: «¿Es posible concebir mayor desatino que el de decretar semejante libertad

para todos?». «... ¡Una Italia libre!» —exclamaba Byron en 1821— «Desde los tiempos de Augusto no había habido nada semejante».^[3]

Pío VII (1800-1823), conde de Chiaramonti, que en 1809 excomulgó a Napoleón, inauguró en 1814, tras regresar de su cautiverio en Francia, un período de tenebrosa reacción. El papa, que tildaba de «canallas y estafadores» a los jefes de la revolución, restableció los antiguos derechos feudales, numerosos tribunales clericales y tribunales de excepción, dando pie a una oleada de denuncias y sentencias terroríficas: apenas iniciado el año de 1815, ya había 737 acusaciones por «herejía».

Bajo el conde della Genga, León XII como papa, (1823-1829) la Inquisición conoció un nuevo florecimiento y el sistema de soplones y denunciadores causó estragos. Los judíos, que padecieron uno tras otro decreto a cual más odioso, retornaron al ghetto. Sin consideración alguna ante las cifras de una mortalidad creciente, el papa prohibió la vacuna contra la viruela, por «atea», ya que mezcla la pus de un animal con la sangre humana. Su legado cardenalicio, Agostino Rivarola, combatía con el encarcelamiento y la ejecución cualquier tentativa en pos de la libertad. En la Romana —todo ello sin un proceso judicial normal y sin asistencia de público— llevó en tan sólo tres meses, a 508 acusados al cadalso, a largas penas de presidio, al destierro o a estricta vigilancia policial. Cuando León XII, a quien todos, «desde el príncipe al mendigo» (Ranke), odiaban, murió poco antes de la noche del martes de carnaval, los romanos dijeron con escarnio:

«Tres males nos ha causado el Santo Padre: el haberse coronado, el haber vivido tanto tiempo y el habernos estropeado el carnaval con su muerte».

Gregorio XVI (1831-1846) debió en buena medida su papado al archirreaccionario Príncipe de Metternicht, cuyo gobierno se apoyaba en la censura y el terror policial. En 1831, cuando la revolución estalló en el Estado de la Iglesia, obligó a la propia soldadesca a luchar contra sus compatriotas, llamando además en su ayuda, y en varias ocasiones, al ejército austríaco. Fue únicamente éste quien salvó al Estado de la Iglesia. Y si las cancillerías de Viena y Roma colaboraban estrechamente contra los italianos, también lo hacían las policías secretas austríaca y papal. Incluso años después, Gregorio XVI decía a Von Bunsen, el legado prusiano: «Si ellos (los súbditos) no quieren obedecer a los sacerdotes, les echaremos al cuello los austríacos»

Cuando su secretario de estado, Bernetti, que parece haber pensado en la posibilidad de ser testigo del final del poder temporal de los papas, tuvo que ceder su puesto —por intrigas de Metternicht— al cardenal Lambruschini, la presión se endureció aún más. Hasta los nuevos conocimientos y los congresos científicos, la luz de gas, los ferrocarriles y los puentes colgantes era reputados por el Estado Pontificio, donde la corrupción y la prevaricación hacían estragos, como expresión de rebeldía: el simple hecho de comer carne los viernes conllevaba la cárcel. Las prisiones se llenaban y los tribunales de guerra papales causaban una implacable desolación por puras nimiedades. La menor iniciativa en pro de la libertad era sofocada brutalmente y menudeaban las sentencias de muerte, si bien es cierto que muchas veces no se aplicaban. También lo es que una condena no era ya considerada como algo afrentoso sino como un honor.

Aquel papado se vio ya inaugurado por un digno documento literario, la encíclica «Mirari nos», del 15 de agosto de 1832. El papa Gregorio percibía en ella, procedente de

todos los confines, el horrible eco de nuevas e inauditas opiniones, enfrentadas abierta e inicuaamente a la Iglesia Católica. Y a la par que alaba la censura, por su gran utilidad, y al índice de libros prohibidos, por sus salutíferos efectos, condena «la sucia fuente del indiferentismo», «aquella doctrina absurda y descarriada» «el desvarío de la universal libertad de conciencia», «aquella inútil libertad de opinión que se extiende ampliamente para perdición de la Iglesia y del Estado», «también aquella desvergonzada libertad de prensa, de la que nunca se abominará bastante y que algunos osan fomentar...»

El Católico H. Kühner califica la encíclica papal de Gregorio XVI como «una de las manifestaciones más retrógradas del papado en sí, la primera declaración de guerra del magisterio papal al s. XIX, a la libertad, confundida irreflexivamente con la revolución y la rebelión»

Pero mutatis mutandis, ése fue siempre el parecer de los papas, su concepto del gobierno y su vademécum en el trato con los pueblos. Y lo continuó siendo bajo el sucesor de Gregorio, Pío IX, a quien Dios le concedió ser su vicario por un período más largo que el de ningún otro.

Y así volvería a ser, y de modo inmediato —presunción que no peca de ligera— si lo permitiera el espíritu de la época. Ya mediado el s. XX, el cardenal Segura predicaba, refiriéndose a los protestantes españoles, que el «hereje» no debe gozar del menor amparo jurídico en caso de conflicto con un católico y el cardenal de la curia Ottaviani se manifestó así: «A los ojos de un verdadero católico, la denominada tolerancia está completamente fuera de lugar»^[4]

Las ideas básicas responsables de la inquisición medieval siguen vivas y vigentes en el catolicismo actual.

Fin del Estado Pontificio bajo Pío IX

Al igual que su predecesor. Pío IX (1846-1878), que gozó del pontificado más largo de la historia, combatió pronto y agriamente contra todas las tendencias secularizantes y liberalizantes. Persiguió a los judíos y propició con ello el rapto de niños, algo que excitó a toda Europa, y los bautizos forzosos. El estado eclesiástico era, en términos absolutos, un estado-policía, una «clerocracia» con una jurisprudencia doble, según se tratase de delitos de clérigos o de seglares, con Inquisición y reacio a aceptar elecciones libres.

Dos acontecimientos dieron especial significado al pontificado de Pío nono.

Primero fue el Concilio Vaticano I, en el que, preparado y acompañado de idolatría y endiosamiento del papa por parte de los ultramontanos y por escandalosas intrigas, el conde Mastai-Feretti, alias Pío XI, obtuvo pugnazmente el dogma del magisterio infalible de los papas. El dogma está en crasa contradicción con los hechos de su historia, pero aumentó su poder y está, por ello, al abrigo de toda duda. En actitud triunfante, Pío IX apretó su pie sobre la cabeza de uno de los adversarios del dogma, el patriarca grecoortodoxo unificado, cuando se mostró vacilante al besar, en señal de reverencia, la sandalia papal. «Nunca —dijo sarcástico el obispo Maret— mostraron los papas tanto celo por los otros dogmas fundamentales del cristianismo» Ni menos aún, se siente uno tentado a añadir, por las

miserias sociales, de los católicos en especial, o por una política educativa digna de tal nombre ¡Todavía entonces, después de casi mil novecientos años de cristianismo había un 70% de analfabetos en el país de los papas!

En 1911, después de 40 años de política antieclesiástica el número de analfabetos entre la población italiana se había reducido en porcentaje nada despreciable y se situaba en un 37%.

No fueron los anticlericales, sino algunos obispos, historiadores de la iglesia y diplomáticos católicos quienes calificaron de necio o de loco a un papa, que, ya años antes del concilio, —«el sínodo de los bandidos» según el arzobispo de París— también había usado, en referencia a sí mismo, de la sentencia de Cristo, ¡«Yo soy el camino, la verdad y la vida»! y que en 1870, con la exhortación de «levántate y anda» dirigida a un tullido, apuntó en su haber una frustrada curación milagrosa. El teólogo suizo Hasler, que hasta no hace muchos años desempeñaba un cargo en el Vaticano, en la Secretaría para la unidad de los Cristianos, pudo por ello dar a todo un capítulo de su monografía en dos volúmenes el siguiente y nada desatinado título: «¿Estaba Pío IX en pleno uso de sus facultades durante la celebración del concilio?». Con todo, mientras que la tardía víctima literaria de Hasler disfrutó del más largo de los papados, él mismo murió a una edad sorprendentemente temprana.

En 1970 aconteció asimismo algo que influyó, entre otras cosas, en la política mundial de las postrimerías del s. XIX y los inicios del s. XX: la extinción del Estado Pontificio.

Ese estado, que había separado el norte y el sur de Italia a lo largo de un milenio largo, siendo causa de incontables guerras y bribonadas, surgió en el s. VIII. En pleno invierno del año 753/4, Esteban II cruzó los Alpes, siendo el primer papa en pisar el país de los francos. Envuelto en saco y cenizas se echó llorando a los pies de Pipinio III suplicándole por los méritos de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que le salvase a él y a los romanos de las manos de los longobardos. Los «Santos Padres» habían jugado con aquéllos de forma más sucia que ellos con los «Santos Padres». «Y no se incorporó —informa el cronista franco— hasta que el rey, sus hijos y los notables entre los francos no extendieron hacia él sus manos y lo alzaron del suelo en signo de su apoyo y liberación futuras».

El papa seducía una y otra vez con el cielo y amenazaba con el infierno. Una y otra vez aludía al «estado del bienaventurado Pedro y de la Santa Iglesia de Dios», de un estado que tan sólo existía en una falsificación, si bien se trataba de la mayor de la historia, de la denominada Donatio Constantini.

Según ésta, urdida en el s. IV, el papa Silvestre I había sanado de la peste y bautizado al emperador Constantino I, a quien, realmente, nunca vio en su vida. Éste le recompensó donándole Roma, Italia, e incluso todo el occidente («omnes Italiae seu occidentalium regionum provintias, loca et civitates»). Ese fraude sin parangón, con fecha retrotraída en cuatro siglos, provisto de la firma del emperador y una anotación del mismo en la que aseguraba haber depositado de propia mano el documento en la tumba de San Pedro, fue, salvo que todo induzca a engaño, perpetrado en la mismísima cancillería papal. La falsificación convertía al Santo Padre en «poseedor legítimo de toda Italia y emperador del occidente», invirtiendo de golpe la situación. El emperador romano, a quien el papa debía antes prestar obediencia, quedaba ahora constitucionalmente subordinado al pontífice.

Naturalmente no había nadie en la corte «bárbara» de Pipino capaz de desentrañar la colosal patraña de Roma. Pues el papa Esteban estaba en situación de presentar una carta, valga decir, ¡del mismo San Pedro en persona! Y como quiera que la Iglesia reconoció además la dignidad real de Pipino, que la había usurpado tras encerrar en un claustro — previa tonsura— a su legítimo antecesor, Childerico III, aquél se sometió a los deseos papales y emprendió dos guerras contra los langobardos. De este modo el «Vicario de Cristo» azuzó a cristianos contra cristianos, a católicos contra católicos, instigó la discordia entre dos pueblos germánicos que habían vivido hasta entonces en plena armonía y aseguró, incluso, que Pedro y Dios mismo prometían a los francos el perdón de sus pecados, una recompensa céntuple en la tierra y la vida eterna. Los territorios conquistados, que, en buen derecho, no pertenecían ni al papa ni a Pipino, sino al emperador de Bizancio, se convirtieron en el Estado Pontificio.

Aquella tremenda falsificación, la Donatio Constantini, fue, incluida en el s. XII en el *Decretum Gratiani*, pieza capital del *Corpus Iuris Canonici*, el código de la Iglesia Católica, vigente hasta 1918. Y aunque ya en la Edad Media tardía, aquella falsificación —que un Dante tuvo aún por auténtica— fue inobjetablemente desenmascarada como tal, los seminarios y facultades pontificias la hicieron pasar por un documento auténtico hasta mediados del s. XIX. Es más, muchos teólogos de la época la consideraron como algo esencialmente constitutivo del papado, como inherente al dogma. Todavía en la Fiesta del Espíritu Santo de 1862 no menos de 300 obispos reunidos en Roma proclamaron que «el poder temporal de la Santa Sede es necesario y establecido por inequívoca voluntad de la Providencia». Año tras año las dietas católicas alemanas corroboraron también el derecho del papa a regir un Estado Pontificio. Y a mediados del s. XX el antiguo secretario privado de Pío XI, el cardenal de la Curia Carlo Confalonieri, afirmaba todavía que es «*Patrimonium Petri* el territorio que circunda Roma, que Constantino el Grande donó al Obispo de Roma en el s. IV»^[5]

El estado sacerdotal creado mediante el fraude y dos guerras fue considerablemente ensanchado hacia el 1200, estando a su frente el papa más poderoso de la historia, el conde Lotario de Segui, Inocencio III. Este pudo escribir así al rey inglés Juan sin Tierra a quien había rebajado a la condición de feudatario suyo, sujeto al pago de un tributo anual: «Así como en el tabernáculo del Señor la vara acompañaba a las tablas de la ley, así también el pecho del papa abriga el poder de la destrucción y la dulce suavidad de la gracia»

Aquel papa reivindicaba poder decisorio a la hora de elegir al emperador alemán y también derechos imperiales. Engañó asimismo a la humanidad pretendiendo que «Jesús había legado a Pedro no sólo el gobierno de toda la Iglesia, sino de todo el mundo». (*Petro non solum universam ecclesiam, sed totum reliquit saeculum gubernandum*). Ese mismo papa organizó cruzadas hacia los cuatro puntos cardinales, hizo conquistar Livonia y emprender la cuarta cruzada, una guerra llevada a término con monstruosas sevicias contra la cristiana Constantinopla, pero acompañada por la alborozada esperanza papal de ver reunificadas a las iglesias griega y romana. Una guerra de la que S. Runciman, quizá el mejor historiador de las cruzadas, opina que «no hubo nunca mayor crimen contra la humanidad... constituyendo además un acto de tremenda locura política». Fue también Inocencio quien inició el baño de sangre contra los albigenses en cuyo transcurso el abad

Arnaldo-Almerico de Citaux, uno de los caudillos, anunció triunfante a Su Santidad, poco después de que se rindiera la primera ciudad: «Unas 20.000 personas muertas sin respetar para nada edad ni sexo»

Ese papa que en la cruzada de 1211 fue, incluso, capaz de enviar niños a la guerra — algo que únicamente un Hitler volvería a hacer después de él— no se anduvo obviamente con remilgos en sus «recuperaciones» del Estado de la Iglesia, haciendo expulsar a los jefes imperiales e imponiendo a sus rectores.

A raíz de su permanencia en Avignon, en el s. XIV, los papas perdieron ciertamente su territorio, pero éste alcanzó su extensión máxima a principios del s. XV, bajo el «Santo Padre», y padre de tres hijas «naturales». Julio II, quien libró, casi, una batalla por año. A finales del s. XVIII, Napoleón se lanzó sobre Italia. El octogenario Pío VI, a quien se ensalza complacidamente como mártir, conspiró con Austria y Nápoles. Quería, en definitiva, morir en Roma, pero tuvo que escuchar estas palabras: «vous mourrez partout — morir puede usted hacerlo por doquier». Murió en su exilio de la fortaleza de Valence. Parecía haber llegado el final del papado y Bonaparte escribió a París: «Esta vieja máquina se descompone por sí misma». Es cierto que el Congreso de Viena restableció en lo esencial el Estado de la Iglesia, pero éste desapareció definitivamente bajo Pío IX, si bien no conviene, en cuanto respecta a esta institución, precipitarse en pronunciar algo definitivo por más que ese final se remonte ya a hace un siglo y parezca tan definitivo.

Intenso fue el odio que la dominación clerical se granjeó en la Edad Media, cuando se decía que los pastores del pueblo eran en verdad sus lobos y se les atribuían todas las desdichas de la época, las mortandades, las pestilencias y las hambrunas. Cuando en Perugia se llegó a gritar: «¡Muerte a los curas y a los monjes!», en Bolonia «¡Muerte a la Iglesia!» «¡Iglesia!» y en Nápoles: «¡Abajo el papa!». No menos intensa fue la amargura que la funesta restauración, la dominación sacerdotal, produjo en los italianos. Tanto más cuanto que aquélla acontecía y en el s. XIX.

Bajo Pío IX y su cardenal secretario de estado, Giacomo Antonelli, quien respondía con la pena de galeras a todo intento de atentado contra él o el papa, Italia se movía a impulsos cada vez más resueltos del deseo de unidad nacional y de liquidación del Estado Pontificio (de los aproximadamente 40.000 Km² que le quedaban). Estado que, según T. de Aquino, constituía un bien basado «en la imitación de Dios», pero que, en verdad, «nunca llegó a las prestaciones alcanzadas en otros estados»; al que, incluso por parte católica, se calificó como la «formación estatal más retrógrada y más corrupta del mundo», después de Turquía.

Sólo en los comienzos de su pontificado disfrutó este papa, de talante «liberal», de cierta popularidad que duró hasta el año revolucionario de 1.848 en el que, primeramente, participó en la «guerra santa» contra Austria. En el transcurso de ésta, el clero gritó secundando al pueblo y la nobleza «¡Fuera los bárbaros!». En Viena imperaba la revolución, la monarquía de los Habsburgo libraba una lucha a muerte y, naturalmente, el papa Pío IX se inclinaba a favor de los vencedores presumibles. De ahí que el hombre que, según escribió F. Engels, «adoptaba la posición más reaccionaria de Europa... representante de la ideología fosilizada de la Edad Media, se pusiera a la cabeza de un movimiento liberal». Sus

tropas entraron en campaña dirigidas por el general Durando y posteriormente por el rey Carlos Alberto de Piamonte.

Invadieron el territorio austríaco sin que el «Vicario de Cristo» hubiese declarado directamente la guerra a la gran potencia católica. La situación era aún demasiado insegura para ello.

Con todo, los romanos asaltaron el 21 de marzo de 1848 el Palazzo Venezia, la embajada de Austria e invocando al papa arrancaron y quemaron los blasones austríacos. El 30 de marzo. Pío XI creía reconocer ya en todos estos acontecimientos revolucionarios, en estas «mirabili mutazioni», en el «viento de tempestad que descuaja y despedaza cedros y robles», la voz de Dios. El embajador austríaco ante la Santa Sede, Conde Lützow, en cambio, vio en el papa, con gran sorpresa, a un enemigo radical de Austria, se sintió «en tierra enemiga» y ya en mayo tuvo que exigir sus credenciales y partir de allí.

En julio, no obstante, el mariscal de campo, conde Radetsky, consiguió una victoria decisiva junto a Custozza y el «Santo Padre» se volvió a inclinar, naturalmente, a favor de los austríacos. Ciertamente es que ahora se le rebelaron sus propios feligreses, quienes, en noviembre, asesinaron en medio de un júbilo general, a su ministro Pelegrino Rossi, atacaron a la guardia suiza, la desarmaron y obligaron al papa a huir a Gaeta.

Pío XI invocó la ayuda de media Europa y no sólo penetraron en su estado soldados franceses, españoles y napolitanos, sino también austríacos contra quienes la pasada primavera había lanzado una guerra. Es más, los temblorosos prelados cifraban precisamente sus esperanzas en Austria, que, bajo el mando de Radetzky, pudo inscribir pronto nuevas victorias en sus banderas. «Me han esperado como al mesías», pudo notificar desde Gaeta el nuevo representante austríaco, conde Moritz Estherházy, para añadir mordazmente: «Sólo de nosotros —de Austria— esperan la salvación». Pío XI acogió, literalmente, al legado, «con los brazos abiertos», hasta el punto de que también a éste «le pareció muy llamativo y extraño este repentino cambio de parecer». Y el primer ministro, el príncipe Schwarzenberg, recordó divertido aquellos días «en que Pío IX declaraba preferir estar encarcelado en el castillo de Santángelo o retirado en un convento —un paralelismo digno de ser notado por provenir de la boca de un papa— a tener que ver cómo un soldado extranjero, un austríaco por añadidura, pone su pie en suelo italiano. El papa parece caer hoy en el otro extremo, deseoso como está de ver cómo los soldados extranjeros, austríacos sobre todo, pululan por su estado»

El 30 de junio y tras una dura batalla de varias semanas fue reconquistada Roma, que había proclamado entretanto la república. Lamentablemente, no lo fue por los monárquicos austríacos, sino por los republicanos franceses que ya habían ocupado la ciudad en 1799 y en 1809. Ahora era el año 1849. «El número 9 no trae nada bueno a la Santa Sede», cavilaba supersticiosamente el papa ante el conde Estherházy, quien registraba ahora una llamativa predilección de Su Santidad, si no por Francia, si al menos por los franceses, respecto a lo cual Pío nono tenía, desde luego, una declaración convincente: «¿En manos de quién me hallo hoy? En las de los franceses...». Sólo un pequeño, pero elocuente ejemplo de cuál es la base sobre la que se fundamenta la Santa Sede, sobre la cual se ha fundamentado y se fundamentará siempre, a saber, no una roca, sino una política de vaivén que, salvo que se la

mire a través de nubes de incienso, produce más bien arcadas que arrebatos de alegría; política cuyo supremo principio es el de oportunismo y cuyo objetivo último es el de poder.

Gracias a las tropas de Francia, Austria, España y Nápoles, el gobierno papal fue restablecido en el verano de 1849. Sin embargo, cuando diez años más tarde se retiraron los austríacos, la revolución volvió a estallar en el podrido estado cardenalicio y hubo un griterío general exigiendo la independencia de Italia. Pío IX reclutó entonces un ejército de mercenarios compuestos de 20.000 franceses, austríacos, belgas y suizos que saquearon Perusia, pero fueron derrotados en Castelfidardo. En el plebiscito celebrado en el otoño de 1.860 en las hasta entonces provincias papales de Umbría y Marca, 230.000 personas votaron contra la dominación del «Santo Padre» y sólo 1.600 a favor de la misma.

Cuando, llegado el momento, el conde Camilo Cavour, el Bismarck italiano, dio, poco antes de su muerte súbita, la consigna de *Roma capitule* al Risorgimento, creciente movimiento en pro de la unidad, y ofreció al papa un extenso repertorio de privilegios de amplio alcance, proponiendo la fórmula *libera chiesa in libero stato* como solución de la «cuestión romana», Pío IX se mostró inflexible. Al igual que toda una serie de sus sucesores, se aferró rígidamente, no al derecho sino al entuerto ancestral del papado, al Estado Pontificio. Hubo incluso muchos católicos que apoyaron a Cavour y pidieron al papa que renunciase «para regalar la libertad a la Iglesia, la independencia a la Santa Sede y la paz al mundo sin robar su capital al nuevo reino», en palabras de Rodo Passaghia, privado por ello de su cátedra y perseguido hasta que huyó a Perusia. Al «Vicario de Cristo» sólo le quedaba ya Roma y el denominado *Patrimonium Petri*. Eso si prescindimos del hecho de que su Iglesia poseía la friolera de una quinta parte, cuando menos, de la superficie cultivada de toda Italia.

Retirado el cuerpo expedicionario francés, en 1866, la rebelión volvió a estallar de inmediato librándose varias batallas entre el ejército papal y los voluntarios de Garibaldi, quien pronunciaba tenantes discursos contra El Vaticano y arengaba en Florencia «a la guerra santa contra el vampiro de Italia». «¡Hay que extirpar de Italia la úlcera cancerosa del papado. Guardaos de las víboras en traje sacerdotal, de los representantes del diablo, del anticristo de Roma!». Pero nuevamente desembarcaron dos divisiones francesas, soldados de Napoleón II, quien vacilaba constantemente sin saber a qué parte apoyar. Gracias a su ayuda, el ejército papal, ya más que diezmado, pudo vencer el 3 de noviembre de 1867^[6].

Claro que cuando los franceses fueron retirados a causa de la guerra francoprusiana de 1870/71, Roma cayó definitivamente y el Estado Pontificio se disolvió íntegramente en el estado nacional italiano. Después de ver rechazadas todas sus propuestas, el nuevo gobierno ocupó con sus tropas la ciudad el 20 de septiembre y después de un bombardeo de varias horas el castillo de Santángelo izó la bandera blanca. Todos saludaron entusiasmados el hundimiento de la dominación sacerdotal. Pío mismo tuvo que ser protegido de la ira popular por las tropas italianas. En el plebiscito del 2 de octubre, 133.681 electores se decidieron por la integración en el Reino de Italia, que ya existía desde hacía 15 años. Tan solo 1.507 votaron en contra.

Pío XI, no obstante, excomulgó el 1 de noviembre de 1870 a todos los autores y participantes en la «usurpación de Roma» se consideró un «prisionero» un «pobre

anciano» y así dio comienzo una hostilidad de casi 60 años entre el Vaticano y el estado. Hostilidad que fue tan lejos que la iglesia amenazó con la condena eterna a todos los que apoyasen a ese estado y los papas se negaron —hasta la I G. M.— a recibir a los políticos católicos que visitasen al rey italiano. Sólo medio siglo después de que fuese eliminado el Estado Pontificio permitió Benedicto XV que las audiencias de príncipes no católicos tuviesen el mismo protocolo que las de los católicos. También los potentados fieles a la ortodoxia podían, desde ese momento, rendir visita al papa tras una audiencia con el rey, pero no debían hacerlo desde el Quirinal, sede del monarca, ni tampoco desde otros edificios del estado italiano, sino desde la sede oficial de su representante ante la «Santa Sede» o, al menos, si no tenían representación diplomática, desde una institución religiosa de su país o, en el peor de los casos, desde la residencia de su legación ante el Quirinal. De este modo todo jefe de estado tenía que acceder al papa desde su propio territorio, como si en Roma no hubiese ningún soberano más. Es así como una entidad que predica humildad a todo el mundo miraba celosa y mezquinamente por su honor, presuntuosa hasta el límite de lo grotesco.

El gobierno italiano solventó generosamente mediante la ley de Garantías del 13 de marzo de 1871, —que decretaba la separación de la Iglesia y del Estado— el status del papa. Lo declaró «sagrado e intangible» le garantizó la preeminencia entre todos los soberanos católicos, le permitió una guardia personal, el usufructo, libre de impuestos, de los edificios y jardines vaticanos, del Laterano y también de la villa de Castelgandolfo, incluyendo los museos, bibliotecas y colecciones del recinto. Se le garantizaba plena libertad en el desempeño de su cargo, otorgando a los diplomáticos ante la Santa Sede todos los privilegios usuales y prohibiendo a los funcionarios italianos el acceso a los palacios papales. Finalmente, y como indemnización por la pérdida de los ingresos procedentes del Estado Pontificio, se le asignaba una dotación anual, libre de impuestos, de 3.225.000 liras. Pío IX, que no aceptó la Ley de Garantías por ser un acto unilateral, rechazó la dotación a partir del primer pago. Las donaciones que en muestra de afecto le llegaban de los creyentes que lamentaban su situación de «prisionero» le salían más a cuenta...

Con la supresión del Estado de la Iglesia y la ocupación de Roma, convertida de nuevo y por primera vez después de la caída del Imperio Romano de Occidente en el 476, en capital de Italia; con este «crimen» palabras de Pío, nació la «cuestión romana» cuya solución requería —según palabras del primer ministro italiano F. Crispi— del mayor estadista de todos los tiempos. El papado no pudo hallarlo hasta el advenimiento del fascismo.

Comienzo de la «Kulturkampf» («Lucha por la cultura»)

Pío XI no abandonó la «Ciudad Eterna» ni el 20 de septiembre de 1870, ni tampoco después de que el gobierno se trasladara desde Florencia a Roma, pese a que grupos influyentes, entre los que supuestamente figuraban los jesuitas, le apremiaban a hacerlo. Abrigaba grandes y particulares esperanzas respecto a Alemania, la potencia militar más fuerte de Europa y reciente vencedora sobre Francia. El Vaticano tiene desde siempre debilidad por los vencedores, por más que en Berlín fuese el protestante Bismarck y la

fracción liberal y anticatólica de la Dieta Imperial quienes llevaban la voz cantante. Pío esperaba en 1871 una intervención del *Reich* Alemán en favor del restablecimiento del Estado Pontificio, de la soberanía del papado y de su independencia temporal. Es más, el partido católico del centro, sumiso a Roma y recién surgido, propugnaba una intervención militar, una «cruzada allende los Alpes». Alemania debía convertirse en la potencia protectora del Vaticano en substitución del derruido imperio de Napoleón III. El hecho de que aquélla rehusase fue una de las causas de la «Kulturkampf» entonces iniciada, aunque ésta se viese sobre todo condicionada por la definición, en 1870, del dogma de la infalibilidad papal, así como por los esfuerzos de Bismarck y del ministro de educación de Prusia, Falk, un liberal a quien los católicos combatieron especialmente, por contener la influencia eclesiástica en la política.

En la «Kulturkampf» nombre debido a un liberal decidido y un sabio de fama mundial, R. Wirchow, el «Artículo sobre el púlpito» se convirtió en ley del *Reich* en 1871. Según él, ningún clérigo podía tratar asuntos de estado «de tal modo que ponga en peligro el orden público». La Ley de Inspección Escolar de 1872 substituyó la inspección eclesiástica por la estatal. La ley relativa a los jesuitas, promulgada ese mismo año, atajaba rigurosamente cualquier actividad de la «Compañía» y órdenes afines sobre suelo alemán. Otros decretos similares, desde las leyes de mayo de 1873, pasando por la ley relativa a expatriación, la relativa al establecimiento de la obligatoriedad del matrimonio civil, hasta la ley de la «cesta de pan» y de los conventos, de 1875, sirvieron asimismo para poner límite a la política de poder del clero.

Pío IX halló que la situación alemana era aún peor que la italiana. Y como quiera que los intentos de Bismarck para atraer a su campo a Austria-Hungría en la cuestión de la Kulturkampf no fueron del todo infructuosos —en 1879 concluyó con ella la Doble Alianza, que se fue convirtiendo paulatinamente en el único fundamento de la política alemana hasta la 1.ª Guerra Mundial— el papa puso sus esperanzas en Francia. Ésta había sido debilitada y era además republicana, pero el papa confiaba en un restablecimiento de la monarquía en París: «dans un avenir plus ou moins éloigné». Esos sueños se veían favorecidos por las tensiones entre el reino de Italia y la república de Francia y por cierta vaticanofilia del gobierno Thiers-Favre, que, barruntando ya una alianza germano-italiana, tenía interés en el debilitamiento de Italia y, consecuentemente, en la «cuestión romana».

Pío IX no fue, en cambio, capaz de asociar también a Austria-Hungría en el complot. El conde Gyula Andrassy el Viejo, ministro de asuntos exteriores de la monarquía danubiana a partir de 1871, desechó bruscamente la Entente entre Viena y París, objetivo del papa. En una anotación marginal, destinada al emperador, Andrassy hacía constar que «quien daba ahora el consejo de ir juntamente con Francia era el mismo Pío IX que en 1848, unido a Carlos Alberto, alzó la bandera de la revolución poniendo con su propia mano la primera piedra de esa Italia cuya existencia lamenta ahora». El conde Andrassy no se olvidó tampoco al respecto de indicar a su majestad que había sido el «legado papal quien había ayudado a librar la batalla de Mohacs» al rey de Hungría Luis II, quien perdió en ella la corona y la vida.

Así estaban las cosas cuando Pío IX, después de un pontificado de 32 años, murió el 7 de febrero de 1878 de forma casi inesperada, pese a su elevada edad, y tan amado por los

romanos que éstos, tres años después, con motivo del traslado de sus restos desde San Pedro a la iglesia de San Lorenzo *fuori le mura*, intentaron lanzar el sarcófago desde el puente del Tiber frente al castillo de Santángelo. Todo ello en medio de los excesos más ultrajantes^[7].

LEÓN XIII (1878-1903)

«Ego sum Petrus»

León XIII

«Quiero emprender una gran política»

León XIII

«De todo ello se colige fácilmente hasta qué punto es un santo deber de los papas el defender y mantener el domino temporal y sus fundamentos»

León XIII

«La asociación con la más fuerte de las potencias parecía garantizar óptimamente el logro de las pretensiones de dominio por parte del papa y de la Iglesia... Se preveía la guerra mundial para un futuro próximo. El triunfo de Rusia o, en su caso, de la Triple Entente que, con su rica imaginación, veía ya el papa como una realidad debía, cuando menos, —así lo juzgaba él— reconducirlo a Roma como soberano. Como coronación de sus ensueños, León XIII veía ya el sometimiento de la Iglesia Ortodoxa Rusa a su infalible y pastoral magisterio»

Eduard Winter

Al igual que Pío IX, también su sucesor descendía de la nobleza italiana. Nacido en el año 1810, en Carpineto, cerca de Agnani, era el sexto hijo de sus padres. Ya con ocho años Giocchino Pecci cayó en manos de la «Compañía de Jesús». Desapareció junto a su hermano mayor José tras los muros del colegio jesuita de Viterbo, donde el papa mostró ser un «pequeño ángel» a la par que un «tunante de primera». Cuando contaba 14 años se trasladó al colegio jesuita de Roma y estudió teología y derecho en la academia para nobles, pero, al contrario que su hermano, no se hizo jesuita sino sacerdote secular. De gran talento, y ambicioso, se decidió, con el valimiento de influyentes cardenales, por hacer carrera en la curia, y en 1843, pocos años tras su consagración como sacerdote, avanzó hasta el cargo de nuncio en la corte del rey Leopoldo I en Bruselas.

Aquí topó frontalmente con los apasionados liberales del país. El gobierno le acusó de brusquedad, el episcopado de oportunismo y todos de indolencia. De ese modo el único, aunque por cierto no muy ostensible éxito, del futuro papa en la nunciatura de Bélgica —

hombre que no desdeñaba las delicias de este mundo, buen jinete y cazador, experto «especialmente en la caza de pájaros»— consistió en engendrar un hijo. Así reza en todo caso el testimonio del consejero espiritual de la embajada, J. Montel von Treuenfest, decano de Rota, un prelado que gozaba de la máxima confianza ante Pío IX y que, por razones documentalmente inconstatables, rehusó la dignidad cardenalicia cuantas veces se la ofrecieron. Los diarios de Montel con la información acerca de la paternidad del Santo Padre Pecci fueron sacados del archivo de Campo Santo Teutónico y no se han podido hallar hasta hoy. Después de tres años, el rey Leopoldo devolvió a Pío IX su representante, tras algunos deslices en el parquet diplomático de Bruselas, provisto de la gran cruz de su orden y de una halagadora carta de recomendación al papa. Los más de treinta años siguientes los pasó Pecci desempeñando el cargo de obispo y cardenal de Perusia. Pese a todo, todavía en el año de su muerte, en 1903, el papa Pecci declaraba con los ojos puestos en el país de su dudoso éxito como nuncio: «Amo a Bélgica y la bendigo».

Pío había nombrado camarlengo al archipastor de los perusinos en 1877. En calidad de tal gestionó los asuntos de la «Santa Sede» a la muerte del papa y también el conclave. En éste se enfrentaban los representantes de tres tendencias en cuanto a la actitud para con el estado italiano del momento: una conciliadora, otra que rechazaba de plano el reconocimiento de la nueva situación y la tercera semiconciliante, pues no deseaba, ciertamente, renunciar a nada, pero tampoco ser intransigente. Esta última es la que encabezaba el conde Pecci, arzobispo cardenal de Perusia.

El hecho de ser camarlengo empeoraba más bien, según enseñaba la experiencia, las perspectivas de Pecci. No obstante, ya por la tarde del primer día de la elección, el 19 de febrero de 1878, recayeron sobre él 26 votos de los 39 cardenales italianos y 25 extranjeros reunidos, con lo que su victoria tomaba ya cuerpo. De acuerdo con una tradición antiquísima, surgida mucho más de una bella apariencia de humildad que de auténtica humildad, Pecci opuso la más vehemente de las resistencias y conjuró al «Sacro Colegio» a desviar de él su atención. Aquella misma noche, sin embargo, se vio ya forzado, digamos que por causa de la fiebre de las candilejas y por el miedo que le producía cierto ruido bajo su cama, a usar tres dormitorios diferentes. Al día siguiente se arrastró a duras penas a la tercera votación y obtuvo —la elección más breve entre todas las papales— los 44 votos que le daban la necesaria mayoría de dos tercios. El elegido estaba profundamente conturbado, al borde del desmayo. Dejó caer la pluma y prorrumpió en llanto. Todos creían que el achacoso anciano no superaría la coronación. Acabaría portando la tiara un cuarto de siglo.

Y la portó, pese a no poseer ya un estado pontificio, con plena seguridad en sí mismo. Cuando su secretario de estado, Jacobini, objetaba algo, solía proclamar: «Yo soy Pedro». Y en 1900, ya nonagenario, manifestó que él era Leo, el león, y su secretario de estado, a la razón el poderoso cardenal, marqués Mariano Rampolla del Tindaro, era el perro que le debía obediencia. Declaró querer practicar «alta política» y la practicó ampliando su Iglesia con 248 arzobispados y proporcionando nuevamente al papado, anteriormente aislado y próximo, en apariencia, al colapso, una autoridad acrecentada. Todo ello gracias tanto a su acción personal como a una sabia diplomacia^[8]. En suma: un «Santo Padre» que, salvo a

reyes, príncipes dinásticos y cardenales, no concedía a nadie audiencia si no se le arrodillaba previamente.

Ambiciones de gran potencia

«El papa como soberano espiritual del mundo: ésa era la constante visión que León XIII tenía ante sus ojos»

Eduard Winter

El conde Pecci había pugnado ya, como obispo de Perugia y con toda energía, en favor de las aspiraciones papales al señorío y en una carta pastoral de 12 de febrero de 1860 reprobó bruscamente el parecer de que la posición temporal del «Vicario de Cristo» estuviese en contradicción con la espiritual. Llegado el momento, condenó resueltamente «la doctrina herética de quienes afirman sea contrario al derecho divino el que los papas romanos conjunten en una sola mano el poder espiritual y el temporal». Condenó la opinión de que «Es suficiente al papa ejercer la dirección de las almas; el poder temporal le resulta innecesario y complica al espíritu con los cuidados terrenales». Lo que sí contradice más bien al «sano sentido común» es, según el obispo Pecci, «el ver al papado sometido a un poder temporal». Pues «quien ha de cuidarse del fin supremo no puede, racionalmente, subordinarse a aquellos que operan persiguiendo fines inferiores, que sirven como medios (!) al fin supremo».

Una vez papa. León XIII —escogió este nombre por la veneración que profesaba a su modelo, León XII, odiado por todos los romanos, valedor de la Inquisición y de las persecuciones contra los judíos— tenía menos motivos aún para evaluar de otro modo las pretensiones papales que como lo había hecho en su época prepapal. Ahora exigía, más bien, «la soberanía temporal de los papas como medio para ejercer en toda regla el poder apostólico». Trataba de reconquistar la hegemonía «moral» de Roma en su nuevo reino cristiano universal y «usando de todas las artes que le eran propias, de mover a pueblos y soberanos a inclinarse voluntariamente ante la autoridad del primado papal», tanto en el plano espiritual como en el cultural, según la loa del historiador de los papas, el católico Schmidlin. Por cierto que ese historiador reseña a León XIII como el primer papa que «renunció formalmente a cualquier residuo de soberanía medieval» y acentúa de nuevo a reglón seguido que «aquél siguió, inalterablemente, (!) reconociendo a la Iglesia... su posición preeminente y superior dignidad»

En un siglo al que B. Croce llamó «siglo del liberalismo», en el que la democracia conquista espacios cada vez más amplios gracias, sobre todo, a la más importante de las tendencias políticonstitucionales de las postrimerías del siglo, la de la democratización del derecho al voto. León XIII enseña en su encíclica «inmortale Dei» (1885) que «todo poder público proviene de Dios y no del pueblo» (Como es usual «Dios» denota aquí al papa y la Iglesia). En su encíclica «sapientiae Christianae» (1890), que fija las obligaciones capitales

del ciudadano cristiano, exige «de la voluntad de todos, la sujeción sin reservas y la obediencia incondicional a la Iglesia y al Obispo de Roma, al igual que a Dios».

León decretó en sus circulares que: «La libertad ilimitada de pensamiento y la publicación de las opiniones de una persona no pertenecen a los derechos de un ciudadano». Calificó de «totalmente injustificada la exigencia, defensa o concesión de libertad irrestricta de pensamiento, de expresión hablada o escrita y de culto a Dios como si se tratara de derechos inherentes a la naturaleza del hombre». Pues, según él, «la justicia y la razón prohíben colocar en pie de igualdad a las distintas religiones, cualesquiera que sea su denominación, y concederles erróneamente los mismos derechos y privilegios».

Este anciano Dios sobre la tierra —según la gaceta de la corte papal, «*L'Osservatore Romano*» en su número de finales de julio de 1892, era no únicamente «la cabeza política de todos los pueblos cristianos», sino también «la primera potencia política del mundo»— no olvidó nunca los planes romanos de dominio universal. No es casual que tuviese por modelo a Inocencio III, el sacerdote más poderoso de la historia, que en el s. XIII elevó la Iglesia católica al rango de potencia mundial y aspiró a «dirigir no sólo la totalidad de la Iglesia, sino el mundo entero» y que en el año de 1199 declaró ante el legado del rey Felipe: «Según la ley de Dios son ungidos tanto los reyes como los sacerdotes. Ahora bien, son los sacerdotes quienes ungen a los reyes y no éstos a aquéllos. Quien unge es superior al ungido... En la misma medida en que la dignidad del alma sobrepasa a la del cuerpo, sobrepasa también la dignidad del sacerdote a la del rey»

No es casual que el papa Pecci, al igual que su admirado ídolo Inocencio III, se complaciese en llamarse «*Vicarius Jesu Christi*», administrador del «*Regnum Jesu Christi*» sobre la tierra —eufemismo teológico para designar la pretensión de dominio universal, por muy utópico que pueda ello parecer en el umbral del s. XX^[9]—. Tampoco es casual que los restos mortales de León XIII fuesen trasladados desde San Pedro —por cierto no antes de 1924 y de modo bastante grotesco, a la vista de las ambiciones que abrigó, pues todo se efectuó en el mayor de los secretos, bajo el recuerdo, evidentemente, de los ultrajantes excesos que acompañaron al traslado de su antecesor— a la Basílica de Letrán y enterrados junto al altar mayor y frente a la tumba de Inocencio III, cuyos restos había mandado trasladar el mismo León desde Perugia en 1892. Los actos simbólicos gozan siempre en esta Iglesia de un significado especial.

Ahora bien, lo que para Pecci —a quien no sin razón se sitúa siempre a la cabeza de los papas políticos— estaba en juego no era, en modo alguno, tan sólo la consecución de la dominación cultural sobre el orbe. Él no estaba, ni de lejos, dispuesto «a ver desaparecer para siempre —en palabras de Seppeit y Schweiger, dos historiadores de los papas— en la tumba de la historia» el poder temporal del Vaticano. También exigió la restitución territorial. Y así como Pío IX se rebeló contra la anexión del estado eclesiástico y protestó, poco antes de morir, contra la adopción del título de Rey de Italia por parte de Umberto, asesinado en el 1900; así como el colegio cardenalicio renovó ambas protestas el 19 de febrero de 1878, antes de entrar en el cónclave, también lo hizo León XIII en la encíclica «*Inscrutabili Dei*», del 21 de abril, poco después de ocupar su cargo.

Mientras que la prensa mundial, incluida al parecer la no católica y la adversa a la Iglesia, alabó inusualmente, aunque señalando en él rasgos de carácter que no siempre

armonizaban entre sí, su elección, aludiendo a su modestia y talante egregio, a su jovialidad y alteza, a su bondad de corazón y rigor administrativo, a su temperamento suave e indoblegable, a sus principios eclesiásticos, a la modernidad de su pensamiento, y a otras mil y una excelentes cualidades, sin olvidar ni siquiera su ingeniosa conversación, el tono agradable de su voz, su frente despejada, su dura mirada y su noble cabeza, etc., etc., mientras todo el mundo, digo, lo alababa de antemano esperando de él la concentración en lo estrictamente religioso, tolerancia, reconciliación y renuncia, él alzó al punto sus pretensiones, se lamentó por el secuestro de la libertad papal, del dominio temporal, por la guerra contra Dios y la Iglesia, por la conculcación de la potestad sacerdotal, por la secularización, por la libertad de enseñanza y de prensa, por todos los hipócritas paladines, en general, de las más diversas libertades y por la peste mortal de las convulsiones, continuamente renovadas, de la vida social. Afirmó incluso que la cultura humana se vería, sin las enseñanzas católicas, privada de su propio fundamento, pues la Iglesia había cultivado a los pueblos bárbaros y suprimido la esclavitud. Todo eso pese a que nadie desencadenó tantas y tan grandes guerras como los pueblos cristianos y nadie explotó y exterminó a tantos «pueblos salvajes» como ellos lo hicieron, siendo precisamente la Roma papal no sólo la que amplió la esclavitud, sino también la que, como ya se indicó, la mantuvo en vigor por más tiempo en todas las grandes ciudades occidentales.

La lucha contra la Italia liberal

Mientras la oleada de escritos de pláceme, de oficios religiosos festivos, de homenajes de los príncipes eclesiásticos y de otros próceres, de tropes de peregrinos venidos de todos los países, desde Francia hasta Polonia, de declaraciones desde Europa hasta Norteamérica, oleada surgida a raíz de la subida de León al solio pontificio, no parecía querer cesar jamás, y mientras circulaban, una y otra vez, los rumores acerca de su renuncia a su pretensión de soberanía temporal, él mismo estaba ya apelando a la ayuda de los poderosos. Y por ayuda entendía él, naturalmente, la prestada contra el reino de Italia.

Por ayuda entendía, naturalmente, la que le prestasen contra el reino italiano y su laicismo liberal, la dirigida contra un estado que por medio de la Ley de Garantías había concedido a su peor enemigo la soberanía y la inviolabilidad. ¡Qué lejos estaba un papa de concederle nunca tal cosa a un adversario!

El conde Pecci, sin embargo, que ya como obispo de los perusianos —quienes en 1848 habían destruido el «castillo-prisión del Santo Padre»— era un oponente acérrimo de la nueva situación, reivindicaba el pleno e irrestricto poder papal, lo que, supuestamente, constituía un pilar de la grandeza de Italia aunque, en realidad, constituyó una causa milenaria de sus lamentables desgarramientos.

Ni siquiera una historia de los papas provista de su *imprimatur* puede negar la consecuencia con que León XIII prosiguió la actitud irreconciliable de su antecesor, ahondando aún más el abismo, «cómo en sus alocuciones y proclamaciones escritas vuelve de continuo a tocar esa herida, cómo orientó su política global respecto a los demás países y al mundo internacional en base a aquel problema, cómo más de una vez intentó incluso

sacrificar por él intereses generales de la Iglesia y del papado». Tal «sucesor de Pedro de actitud tan (supuestamente) irónica», un «papa de la paz» con cierta, digamos, «disposición al acuerdo y contraste de pareceres sobre problemas particulares, se mantuvo implacablemente intransigente en la cuestión de principio de la soberanía».

León, adversario, por principio, del *Risorgimento*, del afán italiano por la reunificación, no salió nunca del Vaticano, reprobando toda garantía estatal y todo tipo de elecciones. Se sintió «prisionero» y exigió incesantemente la potestad temporal. Desde el principio hasta el final de su pontificado se mostró hostil frente a la nueva Italia. «La política le gusta mucho», notificó el embajador austríaco en el Vaticano, conde Luis Paar... «Se regodeaba en el pensamiento de tener por destino ser artífice de la restauración del dominio temporal del papado. ...Yo trato de reconducirlo para que asiente sus pies sobre el suelo de las realidades».

Claro está que León ensayaba de tanto en tanto —como ocurre desde entonces y cada vez con mayor frecuencia con todos los papas— ceremoniosos gestos de generosidad ante el mundo, con los cuales se deja éste engatusar complacido. El mundo desea que lo engañen. «Mundus vult decipi, yo quiero servirle en ello» como ya dijo Lutero no sin añadir «verum Proverbium». También lo dijo el cardenal Carafa, cuyo tío Pablo IV, «la figura más sanguinaria, probablemente, de toda la historia de los papas» era «la personificación de la hoguera inquisitorial». León quería ciertamente persuadir a Italia, a quien tan entrañablemente quería, de cuan estrechos eran sus vínculos con el papado, de cómo éste constituía su propia gloria y de cuántos bienes deparaba éste a la nación. Deseaba cierta y vivamente el final de aquella «funesta querrela», encarecía su disposición a la conciliación. Lo que no quería es ceder él. Era el estado quien debía hacerlo.

León XIII no se limitó a mantener de forma continua y estricta el «non expedit» con el que Pío IX prohibió a todos los católicos italianos participar en las elecciones —prohibición que supuso, obviamente, una sustanciosa ventaja para sus adversarios liberales y de la que sólo a partir de 1905 se hizo un uso más flexible para ser suprimida después de 1918— sino que, ya en su alocución del 28 de marzo y más aún en su encíclica «Inscrutabi Dei», prosiguió con todas las protestas de su antecesor contra la ocupación del Estado de la Iglesia, abogando en lo futuro por un principado papal, por una soberanía realmente territorial con respecto a la cual pensaba que la misma donación de Pipino, basada en un tremebundo fraude, no implicaba el «establecimiento de un derecho nuevo», sino el reconocimiento del ya vigente. Quien abogaba por la reconciliación, tal como el obispo Scalabrini de Piacenza lo hizo en una carta al papa o en su escrito «intransigenti e transigenti», resultaba desautorizado. Un artículo análogo, «Roma e Italia» del obispo Bonomelli de Cremona, fue incluido en el índice. La enervante insistencia en la devolución de Roma y en la represión de todas las «sectas» determinó finalmente un viraje radical en la conducta del gobierno italiano, llevándolo de una actitud conciliadora a una hostilidad sin tapujos. Una reforma penal permitía imponer trabajos forzados de por vida por cualquier tentativa de secesión territorial y amenazar con multas y penas de cárcel a los clérigos que criticasen las leyes del estado. Se suprimió el diezmo y se prohibieron las cuestaciones eclesiásticas. Las hermandades católicas, las fundaciones y las entidades caritativas fueron secularizadas. Se estableció el servicio militar para los clérigos, el

matrimonio civil y la escuela laica. Una tras otra se sucedían las leyes de excepción y los accesos de indignada cólera de León, quien lanzó contra Italia el odio del partido católico de Europa entera mientras que la ira popular de su propio país se desataba contra él:

«¡Abajo el papilla! ¡A la horca con el Santo Padre!».

Obviamente, sus partidarios no desperdiciaron tampoco ninguna ocasión para atacar al estado, si bien la investigación histórica actual no puede por menos de reconocer el coraje y la firmeza en sus principios de la pequeña capa de dirigentes liberales italianos. Y es precisamente la ostensible libertad con la que León podía protestar sirviéndose de sus indignadas alocuciones a los cardenales de la curia, a los peregrinos y a los prelados extranjeros lo que privaba a su protesta de fuerza convincente: «La Ley de Garantías se acreditó como una obra de gran inteligencia política».

La Roma clerical vio consternada cómo se celebraban el centenario de Voltaire, los festejos en honor de Garibaldi y de Arnaldo de Brescia, a quien Adriano IV —culpable en gran medida de la conquista de Irlanda y por lo tanto de una desmesurada miseria que dura hasta hoy— mandó quemar en Roma como hereje y rebelde.

Cuando en 1889 se descubrió, incluso, un monumento al dominico Jordano Bruno, uno de los mayores pensadores de la Edad Moderna, quien tras tenebrosos años de encarcelamiento había sido también quemado en Roma, monumento inaugurado el día del Espíritu Santo en el mismo mercado de las flores en que la Iglesia lo había convertido en cenizas, León XIII estuvo orando todo el día ante el «sacramento» para expiar el ultraje, estigmatizó el hecho como supuesto intento de erradicar la fe cristiana y recibió incontables escritos de pésame de todo el mundo^[10]. *Difficile est satiram non scribere*.

El papa, que contraatacaba las medidas estatales con consignas de lucha dadas al clero y a los seculares, con continuas proclamas a los creyentes para que se organizaran y opusieran resistencia, veía a veces como algo imposible su permanencia en Italia. Por tres veces consideró la posibilidad de buscar un «refugio» en Austria, cuya corona y pueblo le eran adictos, pensando con predilección en Trento, con su cielo italiano («Vi troverei ancora il cielo d'Italia»), pero también en Salzburgo. En 1881 expresó el deseo de que viniera a recogerlo su amigo personal, el cardenal Schwarzenberg, o un hermano del emperador Francisco José, prometiendo al monarca el agradecimiento de 200 millones de católicos. En 1888 hizo que el cardenal Rampolla demandase nuevamente, mediante una carta secreta que el nuncio Galimberti leyó en Viena al ministro de Asuntos Exteriores, conde Kálnoky von Kórospatak, la posibilidad de un asilo en Austria. Todavía en 1891 quería Leo escapar hacia allá.

Pero Austria, unida a Italia y Alemania en la Triple Alianza, disuadió una y otra vez al papa de sus planes de marcha, sea mediante cartas del emperador, sea mediante audiencias del embajador. Austria se mostraba, en principio, de acuerdo con aquel traslado, pero hallaba, sin embargo, que el «prisionero» estaba suficientemente protegido por la Ley de Garantías y por el gobierno italiano y que ella misma, Austria, estaba obligada al mantenimiento de buenas relaciones con Italia, a la que, como decía el emperador Francisco José a León en un escrito de su propia mano en 1881, «había que tratar con guantes delicados para evitar que rompa filas por su cuenta». El papa encontró el escrito

«reservée, froide, evasive»... «j'en ai été navré» (Me ha herido en lo más vivo. Más triste aún fue la noticia de los festejos que en honor del rey Umberto se organizaron en Viena).

Pues por mucho que el emperador reverenciase al pontífice romano, Italia revestía para él mayor importancia. «Ofrecemos, muy complacidos, un lugar de refugio al representante estatal (!) de Cristo —escribía— sólo que nos cabe esperar que el orbe cristiano no se vea una vez más conturbado por la ausencia del soberano de Roma...». No es sólo que Viena viera como algo imposible el trasplante de la corte papal con sus numerosos Monsignori, sino que el restablecimiento mismo del poder temporal de los papas le parecía además pura ilusión. Después del homenaje a Bruno, León discutió también, en consistorio secreto, una posible fuga hacia Monaco, Malta o España, pero también la católica España reaccionó muy reservadamente. La París republicana, en cambio, mostró una complacencia entusiasta. Y Austria mostró en todas las ocasiones la misma actitud: ofrecía asilo al «Santo Padre» pero le daba claramente a entender que no hiciera uso del ofrecimiento.

En 1891, una interpelación que Zallinger y el príncipe Windisch-Grätz, dirigentes del Partido Popular del Tirol, presentaron ante el parlamento de Viena proponiendo el restablecimiento del dominio territorial de los papas fue desechada como algo carente de toda perspectiva. Después de ello, el plan de abandonar Roma no fue ya nunca más objeto de consideración seria por parte de León. Cabe incluso preguntarse si alguna vez se lo tomó en serio, pese a todas sus solemnes aseveraciones sobre el continuo empeoramiento de su insoportable situación, de su total aislamiento y la necesidad de su marcha. ¡Ubi papa, ibi Ecclesia! «Para poder vivir en Roma con el debido decoro, pensaba León años atrás, el papa tiene que abandonarla y regresar después a ella con la ayuda de los soberanos, quienes debían comprender que su causa y la de Roma son solidarias e idénticas». Tras esas palabras asomaba claramente la pretensión de poder internacional.

Pero los estados de su entorno se mostraron remisos. Y el gobierno italiano había garantizado no sólo la seguridad y la soberanía de León, sino que estaba también resuelto a protegerlo. Es más, por medio de muchos prelados que colaboraban con él, aquel gobierno, que había sido informado por Prusia acerca del proyecto del papa, procuraba impedir el traslado de su residencia hacia el extranjero. Consideraciones de política interna y externa —y las financieras no eran las de menor peso— le determinaban en ese sentido. Crespi, un masón con el grado 33, que fue repetidamente jefe de gobierno y por aquel entonces figura clave, y quizá no únicamente de la política italiana, veía no sólo en la «cuestión romana» sino también en el propio papado (con el que por cierto y pese a todas las diferencias, se sabía muy unido, como Bismarck, en el común combate contra los socialistas) un problema de mera política interior, una «*istituzione italiana e gloria riostra*». Un punto de vista que pronto compartirían todos los estados limítrofes. A través del cardenal príncipe de Honhenlohe-Schillingsfürst (quien más tarde hubo de abdicar a causa de sus diferencias con la Iglesia, después pasó a ser considerado como posible sucesor del papa y murió luego en Roma en la soledad y en extrema pobreza) hizo saber a León que no se opondría resistencia a su partida, pero que nunca más regresaría de no ser con la fuerza de las armas.

Presumiblemente «el papa diplomático», deseoso de actuar en la «alta política» y de resolver la «cuestión romana» —a cuenta de lo cual descuidó negligentemente el bien del

catolicismo internacional en favor de una concepción que no sólo Crispí reputaba de quimérica—, pretendía únicamente, de ahí sus continuos deseos de fuga, recordar una y otra vez a las potencias católicas que tuvieran presente su problema. El conde Revertera-Salandra, embajador austríaco ante el Vaticano, tenía en todo caso la impresión, en sus entrevistas con León y Rampolla, de que sus repetidos proyectos de marcha constituían antes que nada un pretexto para que no se adormeciera la «cuestión romana». De hecho, ningún organismo relevante de la curia pensaba ni remotamente en desplazar al extranjero aquel gigantesco aparato administrativo. Ya en el pasado se solía decir que si los papas abandonan Roma por una puerta es sólo para reentrar por otra.

Una cosa es cierta: toda la política de León estuvo determinada por el intento de recuperar el viejo poder. Un excelente conocedor de aquél, F. Engel-Janosi, enfatiza que «la cuestión romana estuvo en todo momento en el centro de las consideraciones políticas de León XIII». Y este historiador prosigue, no sin cierta ironía: «Mientras aquella siguiese irresuelta y, a mayor abundancia, mientras Crispí estuviese al frente del gobierno, el papa se veía carente de la necesaria independencia para el desempeño de su misión y se sentía a merced de los poderes de la revolución, uno de cuyos símbolos estaba representado por el rey en el Quirinal».

Pues por muy conciliador que León se complaciese en presentarse ante el mundo, en realidad tan sólo condescendía —al igual que hicieron, en último término, todos los papas— cuando ello le reportaba algún provecho. Precisamente en lo referente a la «cuestión romana» ya no podía, y con el paso del tiempo cada vez menos, «asumir el papel de un soberano destronado en el ámbito de lo temporal», en palabras del obispo Alois Hudal, rector durante muchos años del colegio teutónico de Roma. Y pese a que, o precisamente porque el mundo se tornaba más y más desinteresado a medida que el papa dilataba el problema y hacía subir de tono sus lamentos, éste no se cansaba jamás de recordárselo una y otra vez. El pontífice fustigaba incesantemente la injusticia infligida al papado pese a la gran deuda que la nación, y Roma en especial, había contraído con él por los grandes servicios que supuestamente le prestó. Fustigaba asimismo los atentados, cada vez más graves, contra la fe, la opresión de las órdenes religiosas, la confiscación de los bienes eclesiásticos, en una palabra, «la apoteosis de la revolución italiana y el expolio de la Santa Sede».^[11]

Durante el primer decenio de su pontificado el papa procuró, no obstante, resolver el problema, para él primordial, de la «redención de su cautiverio» ganándose el favor de Austria y el Imperio Alemán, la mayor potencia militar de Europa.

La vana esperanza en las potencias centrales

Si bien no faltaban las discrepancias con Austria-Hungría, derivadas de las influencias masónicas y judía y también del josefinismo allí existente, aunque en fase de extinción, josefinismo que trataba de reformar resuelta pero utópicamente la corrupta situación de la Iglesia, el hecho mismo de los continuos deseos de traslado papales, los tomase o no en serio, muestra claramente qué esperanzas abrigaba para alcanzar la meta de sus deseos. El

papa hacía valer una y otra vez su influencia sobre la doble monarquía de los Habsburgo, sobre el pueblo, los príncipes de la Iglesia y el emperador. Esa actitud no respondía a un puro sentimiento transitorio, pues encarecía:

«Toda mi esperanza, mi amor, toda mi confianza están puestas en Dios y, tras de él, en su Majestad el Emperador de Austria». Francisco José era afecto al «Vicario de Cristo» pero sin traspasar la frontera de lo políticamente factible. «Su Santidad apela a mis sentimientos religiosos» —escribía— «Le ruego que no dude de que yo no escatimaré esfuerzos para prestar a la Iglesia mi protección en correspondencia con la situación y los medios con que yo pueda contar en cada caso».

El papa, que daría más tarde un vuelco radical a su política, era por lo pronto austriacófilo y adversario decidido de los cardenales francófilos. También sus primeros secretarios de estado, Franchi, que murió el mismo verano de 1878, Nina y Jacobini, fueron catalogados como proclives a Austria por el embajador de este país ante el Vaticano, el conde Paar. Lo era especialmente L. Jacobini, quien antes de dirigir, de 1880 a 1887, la política exterior vaticana había sido durante varios años nuncio papal en Viena, donde el emperador le había entregado su birrete cardenalicio.

Las esperanzas puestas por León en la última gran potencia católica de Europa fracasaron por razones de política interior y exterior. Fue la visita del rey Umberto a Viena, tan deplorada por la curia, la que hizo comprender definitivamente a ésta, si no lo había comprendido ya antes, que el restablecimiento de su dominación temporal se hacía más difícil. León se quejó repetidas veces ante el consejero de la embajada austríaca, el prelado Montel von Treuenfest, de «la actitud indiferente, apática y desinteresada» de la monarquía danubiana respecto a su problema. Antes de la conclusión de la Triple Alianza llegó incluso a exigir de Austria-Hungría una declaración formal en el sentido de que el tratado no implicaba la dejación de los derechos papales a Roma a un estado eclesiástico. De hecho, y por consideración hacia la curia, ni Austria ni Alemania atendieron el deseo italiano de garantía recíproca de integridad territorial, y así se lo aseguró el conde Kálnoky al nuncio cuando éste le interpeló al respecto en Viena. León, no obstante, se dirigió personalmente al emperador, polemizó nuevamente contra Italia y enfatizó que el interés de los estados exigía imperiosamente mantener incólumes los derechos del papado. Pues, como hizo saber una vez más a Austria, «el papa tiene potestad sobre las conciencias y la actitud auténticamente conservadora debe fundamentarse en la religión, sin la cual carece de base y continuidad». ¡El trono y el altar! Pero respecto al trono de Italia, León decretaba: «Su madre es la revolución».

No sólo en Austria, también en el Imperio Alemán, aliado con ella, había cifrado el papa sus esperanzas de satisfacer sus ambiciones. Ésa fue una de las razones, de seguro no la menor, para su empeño en un arreglo amistoso de la «Kulturkampf», cuyo punto culminante coincidió con la muerte de su antecesor, y que él había resuelto zanjar desde un principio.

Duramente condenados por el tristemente famoso «Syllabus errorum» de 1864 en cuanto afectaba a sus principios políticos, culturales y económicos, los liberales alemanes trataban de batir ante todo al catolicismo, especialmente en el terreno ideológico. Indiferente a estas motivaciones, Bismarck apostaba, en cambio, por la anulación política

del partido político, el Partido del Centro. En el transcurso de aquella lucha se convirtió en su adversario principal. Pero ahora lo necesitaba nuevamente contra los socialistas y en ello coincidía con el papa, a quien loaba ante la casa real prusiana:

«Tampoco él tiene ningún contacto con la socialdemocracia». El cardenal Franchi, secretario de estado de León, negó rotundamente a los socialdemócratas, en 1878, el derecho «a ser tratados como partido político». Para el segundo hombre del Vaticano eran simplemente «Malhechores que ponían en peligro el orden y la paz públicos y que socavaban los fundamentos de toda institución vital para el estado».^[12]

El papa León opinaba otro tanto. E igualmente Bismarck, que quería «exterminar como ratas» a los socialistas. En el mismo año de 1878 había conseguido imponerse promulgando su ley antisocialista dirigida «contra el peligro público representado por los objetivos de la socialdemocracia» que, aunque contraria a los principios del estado de derecho del Reich, fue prorrogada varias veces hasta el año 1890. Sirvió para imponer más de mil años de cárcel y deportar a unos mil socialistas lejos de su domicilio, pero fracasaron completamente en su objetivo de contener y no digamos aniquilar el movimiento obrero: durante el período de su vigencia la socialdemocracia triplicó por tres el número de sus electores. De tener medio millón escaso de votos (y 12 escaños) en 1877, pasaron a 1,4 millones de votos (y 35 escaños) en 1890, convirtiéndose con ello en el partido alemán más votado.

Si el «canciller de hierro» fracasó con la Ley Antisocialista —la «Ley de la Vergüenza» según sus adversarios— ley que era muy del gusto de León XIII, quien ya de por sí veía con natural agrado su estilo de gobernar autoritario, también fracasó con la «Kulturkampf». Pues aunque, o precisamente porque se empleó a fondo contra el clero, los jesuitas y otras órdenes, ordenando destituir o meter en la cárcel a numerosos obispos y sacerdotes, sufrió también una grave derrota frente al catolicismo, a quien parecía haber ya desbancado. Como responsable de aquella lucha, Bismarck estuvo en 1874 a punto de ser víctima, en la alameda del balneario de Bad Kissingen, de un atentado católico, el intentado por un exalumno de una escuela de religiosos. Además, el centro católico, partido dirigido ciertamente por aristócratas y miembros de la gran burguesía, pero que, en virtud de su carácter confesional abarcaba a todas las capas sociales, dobló durante ese período el número de sus votantes. León tenía buenas razones para proclamar en 1884: «No temo la lucha y si el canciller del *Reich* la desea, Nos la aceptaremos».

Entretanto, sin embargo, el canciller había restablecido las relaciones diplomáticas con la curia. Mientras por una parte nombraba a Kurd von Schlözer como su embajador ante aquélla, por la otra se habían decretado a partir de 1880 sucesivas cláusulas derogatorias y suspendido la mayor parte de las leyes anticatólicas. Los obispos desterrados, Blum de Limburgo y Brinkmann de Münster, habían sido autorizados a regresar, mientras que el papa, al igual que en toda pugna con el estado, tan sólo hizo algunas concesiones insignificantes, se hizo pagar sus pequeñas temporizaciones con la estipulación de nuevas libertades y derechos y exigió nuevas revisiones en las leyes.

Bismarck le permitió incluso que zanjase en 1885 el litigio por causa de las Islas Carolinas, que León adjudicó prontamente a España a través de una comisión de cardenales al ampararse ese país en una bula del año 1493(!).

El papa Alejandro VI, padre de nueve hijos habidos con diversas favoritas, había fijado entonces una línea de demarcación que separaba los territorios coloniales de España y Portugal, dando inicio a una degollina sin par. La población de Haití, por ejemplo, se redujo en pocos años, por obra de aquellos devotos veneradores de María que según la bula del papa Borgia debían conducir a los indígenas «a la veneración del Redentor y a la profesión de la fe católica», de 1.100.000 a 1.000. En 1899, Alemania compró las Carolinas y las Marianas pagando a España 17 millones de marcos. Bismarck, con todo, recibió del papa la Orden de Cristo, la más alta condecoración del Vaticano, tras la cual podía atrincherarse frente al Partido del Centro.

Dos leyes apaciguadoras de 1886/87 pusieron término al Kulturkampf. Solamente siguieron en vigor el «artículo del púlpito», la ley relativa a los jesuitas y la inspección estatal de las escuelas. Comenzó a tomar cuerpo una «estrecha alianza» entre Alemania y el papado. Pues ahora, lograda ya la «pacificación religiosa», también el «Vicario de Cristo» se mostraba agradecido en un asunto, en el que, por supuesto, no le costaba mucho serlo sin más, pues sus esperanzas se fundaban, precisamente, en la maquinaria de guerra alemana.

Se trataba del nuevo proyecto legal de Bismarck relativo al ejército. Según ciertas voces, fue el canciller quien rogó al papa que tuviera a bien quebrantar la resistencia del Centro contra el proyecto. Pero según Kurd von Schlózer, el embajador prusiano ante el Vaticano, quien en su momento obtuvo tal influencia, nada casual, ante la curia, que recibió el nombre de «cardenal Schlózer», fue el papa mismo quien había dado esa instrucción sin que Berlín se la hubiese pedido previamente. En todo caso el «papa de la paz» intentó ahora, a través de su secretario de estado Jacobini y del jefe del Centro, L. Windthorst, que este partido votase en la Dieta Imperial a favor de las leyes de excepción de Bismarck: la concesión anticipada de los gastos militares para los siete años siguiente (!). Y todo ello «en interés de la obra de paz religiosa», según las palabras con las que el nuncio Di Pietro transmitía el deseo papal. Windthorst, representante del, valga el pleonasma, catolicismo político, hombre dotado de una viveza nada común —quien por cierto nunca peregrinó hacia Roma pero aún tuvo tiempo, ya en el umbral de la eternidad, de recibir la suprema bendición— manifestó así su indignación acerca del «Santo Padre»: «Me ha apuñalado por la espalda y a la vista de todo el frente». La mayoría del centro hizo, ciertamente, fracasar el proyecto del septenio y la Dieta tuvo que ser disuelta, pero el papa manifestó nuevamente su deseo en el mismo sentido y en esta ocasión el centro ayudó, con su abstención, a que triunfase el proyecto gubernamental.

Windthorst declaró: «¿Quién no se sentiría satisfecho y orgulloso a la vista de un ejército con el más bello, apuesto y vigoroso de los aspectos?».

Al igual que habían seguido a Prusia en la «Kulturkampf», los otros estados federados en el *Reich* la siguieron ahora, no sin el apremio de Roma, en la retirada: Württemberg, Badén, Hessen-Darmstadt. El Barón Lutz, ministro de educación y presidente del gobierno de Baviera, defensor de una iglesia estatal, se mostraba reacio. León XIII protestó a través del «Breve» del 29 de abril de 1880 y azuzó a los suyos a apretar filas en una lucha que se libró en las dietas católicas, en las cámaras y en el consejo del reino hasta que el gobierno cedió y Lutz dimitió «por motivos de salud». Únicamente Mecklenburgo, Braunschweig y Sajonia —pese a ser papista la casa real— opusieron resistencia al asalto de *La Catholica*, la

cual estaba a la ofensiva en casi toda Alemania gracias a sus asociaciones y congregaciones, gracias a sus órdenes, periódicos y revistas, y también, y no en último término, gracias a su política escolar.

Cierto que el catolicismo alemán, solicitado por el trono y el altar, y cuyos frutos fueron cosechados entre 1914 y 1918, tenía «poco de positivo» que ofrecer, según reconoce incluso una historia de los papas publicada con permiso eclesiástico, que señala una «inferioridad cultural de los católicos» y que al hablar de las joyas poéticas pone únicamente en la balanza «Dreizehnlinden» de F. W. Weber, un diputado del Centro, profundamente religioso, cuya primera estrofa reza: «delicioso vagar, un ramo de flores en el sombrero, por el jardín de Dios» y cuya última suspira: «Dios nos ayude a hallar el camino hacia la patria desde la miseria terrena...». Poema que fue otrora, desgraciadamente, un «libro del pueblo» y lectura escolar por muchos años, pero que, desgraciadamente también, no es sino una asombrosa versificación de rima ramplona, tan superficial como imposible de degustar.

Como compensación, la vida religiosa de esta iglesia florecía ubérrima, «triunfo de la supremacía papal y de la revigorización de los sentimientos romanos del catolicismo alemán», a lo cual «hizo una aportación esencial el diplomático papa de la paz». En 1891, dos millones de peregrinos acudieron a ver la túnica sagrada de Tréveris, ensalzada por León como un «medio para despertar la conciencia religiosa» y que el profesor von Sybel desenmascaró como palmaria «patraña». Por lo demás, y pese a la archiconocida modestia del vestuario del Nazareno, hay en Europa, con el beneplácito de la Iglesia, 19 túnicas más, otros tantos «medios para despertar la conciencia religiosa». Y algo más, literalmente increíble: las pesquisas hechas, realizadas en torno a 19 santos, hallaron 136 cuerpos, 121 cabezas y una pasmosa variedad de otros miembros y también, aunque hoy en día ya no se expongan como lo hizo hasta el año 1542 el cardenal de Maguncia, dos plumas y un huevo del Espíritu Santo^[13].

La colaboración con Francia

No había transcurrido el primer decenio del pontificado de León cuando su política experimentó un brusco viraje, determinado por motivos de distinta índole.

Por lo pronto, la Triple Alianza de Alemania, Austria e Italia, temida por el papa desde un primer comienzo, fue renovada y ampliada en 1887. La alianza que permitía nuevamente al reino italiano practicar una política de poder en el exterior, en Los Balcanes y en África, lo consolidaba en su interior, a saber, previniendo el que sus aliados retomasen «la cuestión romana» y se conjurasen contra él. Desde la perspectiva italiana era ése, incluso, el objetivo principal del tratado. De ahí que la gran potencia católica, Austria-Hungría, se mostrase dispuesta frente a la curia, —según el conde Kálnoky, que fue ministro de asuntos exteriores durante muchos años y se esforzó por una política de paz mundial— a mantener sólo una benevolente neutralidad, lo cual no granjeó ciertamente a la monarquía de los Habsburgo la simpatía de León XIII. «El Vaticano no nos ama. Tampoco se nos odia. Nos encuentran tibios y son tibios para con nosotros».

El tratado renovado y ampliado en 1887 consolidaba la posición de Italia frente a las pretensiones del papa y reducía las esperanzas de éste. Se añadía además el hecho de que aquel mismo año su antagonista en la política interior, el nuevo presidente del gobierno Crispi, recibió una acogida especialmente cordial por parte de Bismarck en Friedrichsruhe, en su calidad de leal aliado de la Triple Alianza.

También el viaje que el emperador Guillermo II hizo en el otoño de 1888 a Roma lo sintió León como un «golpe contra el papado». El joven monarca fue, ciertamente, saludado con todos los honores en el Vaticano, pero tras su audiencia con el papa regresó directamente al Quirinal y aquella misma noche pronunció un brindis por el rey de Italia, en «la capital de su Majestad». Y el papa no pudo sentir de modo muy diferente la solemne acogida que Berlín brindó al año siguiente al rey italiano.

Si bien pese a las numerosas invitaciones cursadas por el gobierno italiano nunca se llevó a término una visita del emperador Francisco José a Roma, sobre todo para no herir aún más al papa, el Vaticano tomó ya plena conciencia de que nada podía esperar de Alemania o de Austria en pro de la solución de la «cuestión romana». León XIII se sentía, a la sazón, «*abbandonato delle Póteme*». Censuraba a Bismarck ante el conde Paar, pues cuando menos en lo referente al proyecto militar, al septenario, había prestado al primero un extraordinario servicio «del que yo esperaba poder esperar mucho». Y si para León el canciller era todavía en 1883, cuando iba derogando una tras otra las leyes anticlericales, «un hombre genial, valiente y con fuerza de voluntad, que sabe hacerse obedecer», tan sólo unos pocos años después era calificado por él de «gran revolucionario», expresión que en labios del conde italiano que ocupaba el solio pontificio entrañaba un veredicto aniquilador. Más amarga fue aún la decepción que sintió frente a Austria, de cuyo emperador, la persona en quien había puesto más esperanzas «después de Dios», aguardaba ayuda para resolver la cuestión primordial. A la sazón, el papa exclamaba lo mismo que al recibir la noticia de la conclusión de la Triple Alianza: «Ahora se sienten fuertes, ahora se atreverán a emprender cualquier cosa contra la religión, contra la Iglesia y contra los derechos de la Santa Sede».

Lo que León XIII no obtuvo, ni esperaba ya poder obtener de Alemania y de Austria-Hungría, intentó obtenerlo a partir de ahora poniéndose del lado de los adversarios de aquéllas. Ciertas variaciones de la política mundial, sobre las que el Vaticano puede a veces informarse antes que los demás gracias a sus excelentes contactos, parecían venir en su apoyo.

El duque católico de Norfolk había informado al papa confidencialmente de que el vertiginoso ascenso de Alemania resultaba intolerable para las pretensiones inglesas de dominio mundial, teniendo, por consecuencia, una nueva política de Inglaterra, política que, en el fondo, era en verdad muy antigua, a saber, el constituirse en adversaria del poder continental más fuerte. El nuevo antagonismo germano-inglés, que comenzó entonces a perfilarse gradualmente y a determinar la política europea, mermaba considerablemente la importancia de la Triple Alianza y ponía especialmente en peligro a Italia con sus largas y desprotegidas costas. Además, el imperio mundial británico, con sus gigantescos territorios coloniales, abría un enorme y tranquilo campo de operaciones a la misión universal del Vaticano. Como contrapartida, el papa debía, con ayuda de su clero, secundar a Inglaterra

tanto en la opresión de los pueblos colonizados como —lo que constituía una ostensible traición— en la represión del alzamiento nacional de la católica Irlanda. «La administración inglesa y la misión católica unidas en la explotación colonial. Ello significaba para el *Empire* una tremenda ventaja y para la Iglesia católica y Romana un gran aumento de poder. En ese campo, Alemania no tenía mucho que ofrecer al Vaticano, pues había llegado tarde al reparto del mundo».

El nuevo rumbo de Inglaterra, del que León XIII tuvo muy temprano conocimiento, sólo podía ser pilotado, obviamente, al lado de Francia y Rusia. Y ése fue precisamente el nuevo rumbo del papa, siendo signo exterior del mismo cómo se cubrió el segundo cargo en importancia de la curia.

El cardenal secretario de estado, L. Jacobini, había muerto el 28.2.1887. Como antiguo nuncio en Viena y amigo declarado de Austria y Alemania había obrado, al igual que el propio León XIII, siguiendo el interés de las potencias centrales. Razones múltiples hacían esperar que su sucesor sería L. Galimberti, típico diplomático de la curia, extraordinariamente hábil y, según el obispo Strossmayer de Djakowo, también carente de carácter. Gozaba del favor especial del papa, sobre todo, a raíz de sus comunes esfuerzos en pro de la unión de la iglesia rusa. Mantenía estrechos contactos con Austria y Alemania, con lo que, a juicio de León, había adquirido grandes méritos, pero abogaba también por un *modus vivendi* con Italia. Sin embargo, en lugar de Galimberti (desplazado a Viena como nuncio, cayó más tarde en desgracia ante el papa por su contacto con círculos influyentes de Italia, fue ascendido en apariencia y murió ya en 1895) y después de varios meses ricos en intrigas, fue el marqués M. Rampolla del Tíndaro quien asumió el cargo el 2.6.1887. Según confesión del propio papa, fue ésta la decisión más difícil entre las tomadas por él hasta entonces.

Descendiente de una antigua estirpe de la nobleza española asentada en Sicilia, Rampolla había representado con éxito a la curia como nuncio en Madrid. P. Cambon, embajador francés en aquella ciudad, lo describe en una detallada caracterización como trabajador diligente pero carente de ideas. «Lleva a término las instrucciones recibidas con la terquedad y la astucia de un campesino». Ésa era, tal vez, la razón de por qué el papa lo escogió. Pues Rampolla, escribe el representante austríaco, conde de Reverterá, supo «adaptarse de modo tan exacto a la dirección marcada por el propio Santo Padre que no es posible percibir diferencia alguna entre ambas». Sin embargo, aunque León, prescindiendo de sus últimos años, mantuviese firme la batuta en su mano, Rampolla acrecentó paulatinamente su importancia y su poder experimentó un constante aumento. Y al igual que su señor, no sólo era, según propia expresión, adversario irreconciliable de la Casa de Saboya, sino también, en estricta contraposición a Galimberti, proclive hacia el oeste, instrumento declarado en las manos de Francia.

Después de la derrota del segundo imperio en 1871, Francia había proclamado la república. El levantamiento de la comuna de París —seguido con tensa atención por Marx—, que pugnaba por la realización del socialismo, y que fusiló a 480 rehenes, incluido el obispo de París, colapso rápidamente, a lo que, obviamente, también contribuyó la Iglesia. «El Vaticano lanzó sus anatemas contra el espíritu y las doctrinas de la comuna, persiguiendo a sus dirigentes... hasta más allá de su muerte».^[14] Los nuevos amos, próceres

liberales, hicieron abatir prisioneros, dictar 20.000 penas de muerte y condenar a unos 10.000 comuneros a trabajos forzados, deportación y cárcel, conjurando así el peligro «rojo».

Esencialmente más difícil le resultó a la república, cuyos enemigos más acérrimos estaban situados a la derecha, enfrentarse al peligro «negro». Inspirada en la creencia racionalista en el progreso y en el positivismo de Comte, tomó cuerpo una especie de Kulturkampf a la francesa, en todo caso con resonancias sociales, y de una vehemencia mucho más duradera que la alemana. Surgió una legislación laica con prohibición de rezos públicos, del descanso dominical, de la actividad docente de los monjes en la escuela pública. El crucifijo fue retirado de las escuelas: la política escolar juega en Francia un papel eminente desde Napoleón. Se llegó a entorpecer la comunicación de los obispos con Roma, a la imposición de multas al clero, a la disolución de los jesuitas y de los asuncionistas, a la clausura, en parte violenta, de 261 conventos, etc.

La lucha adoptó formas muy encarnizadas y la Iglesia exhortó a la aniquilación de la república hasta que, con gran asombro de los católicos franceses, ningún otro sino León XIII, el «papa de la paz», dio señales de transigencia, primero indirecta, después públicamente. El llamado *Ralliement* (adhesión), que apremiaba al catolicismo francés —al que León XIII ensalzaba complacido como «pilar de la iglesia» e «hija mayor»— a un entendimiento con la Tercera República, había sido preparado por Rampolla y el nuncio en París desde 1887, lo que no era casual, contra la resistencia de los conservadores franceses, hijos fieles de la Iglesia, que, en su mayoría, querían no sólo suprimir la república, sino todo parlamentarismo en general y establecer nuevamente la monarquía, el bonapartismo o la unión de ambos.

El hecho de que el cardenal Lavignerie saludase el 12-11-1890 en Argel al estado mayor de la flota francesa del Mediterráneo con un brindis prorrepblicano y acompañamiento de escolares católicos cantando La Marsellesa —de acuerdo, obviamente, con el papa y Rampolla— provocó asombro en todo el mundo. El que eso sucediese en Argel tampoco era casual. El clero de las misiones francesas —a la cabeza de las misiones católicas en todo el mundo— apoyaba siempre el imperialismo francés, incluso bajo gobiernos desafectos al catolicismo. Y viceversa: Francia apoyaba por todos los medios posibles a las misiones católicas en sus colonias.

A mediados de febrero de 1892 el propio papa intentaba, a través de una encíclica en francés, «*Au milieu des sollicitudes*» (inter múltiples sollicitudines) mover a los católicos más renuentes a la aceptación sin reservas de la república. El alto clero, no obstante, aliado especialmente con la alta nobleza y con círculos del cuerpo de oficiales, se mostró reacio y el catolicismo francés se escindió. Sólo una minoría estaba dispuesta a entender la súbita simpatía del papa por un estado cuyo gobierno y parlamento se tornaban cada vez más anticlericales. En contraposición con esa actitud, León no solamente retiraba su favor a Alemania, que ya lo había perdido a causa de la Kulturkampf, sino también a la católica Austria-Hungría, donde la Iglesia, como hacía notar el primado húngaro cardenal Simor en su última carta al papa, que sentía mucho aprecio por él, sigue disfrutando de más libertad que en cualquier otro lugar de Europa.

¿Por qué, pues, dio León XIII de lado a lo que le era más próximo para cortejar a los enemigos de la Iglesia? «Pero cuando pregunto al cardenal» —informaba el embajador austríaco en el Vaticano, acerca de sus entrevistas con Rampolla— «qué es lo que espera políticamente de Francia, la respuesta reza: nada». Y tres años después Rampolla repite:

«Ni del señor Ribot, ni de quienes puedan relevarle esperamos lo más mínimo». Ello no obstante, la actitud de la curia frente a Austria se mantuvo «fría en general» ¿Por qué? Porque aquélla consideraba débiles a los gobiernos de Viena y Budapest y a partir de ahí se explica cabalmente, concluía el conde Reverterá, «que sientan tan escasa simpatía por la monarquía como escasa es la confianza que sienten hacia nosotros».

A ningún papa le agrada ir al paso de los estados débiles. Quiere estar con los vencedores. El decimotercero de los Leones, perspicaz y de mirada ampliamente previsora, hombre «con un afán constante —escribió en 1894 el representante ruso en el Vaticano A. Petrovic— de jugar un papel activo en la política internacional», atinó de lleno al localizar a los vencedores, ideológica y militarmente, en el otro bando. Ésos eran los únicos motivos de su incomprensible indulgencia cristiana ante la beligerancia anticlericalista francesa, de su tenaz persistencia en la «amorosa senda de la paz», como se tiene a bien ensalzar por parte católica, frente al rabioso anticlericalismo de la república, y de su imperturbable «política de apaciguamiento», del «*Ralliement*», en una palabra.

La estrecha connivencia con los monárquicos, que laboraban en pro de un derrocamiento del poder y, ocasionalmente, incluso en pro de una guerra contra Italia y en favor del papa, desacreditaba a los católicos franceses. Ello los situaba forzosamente a la defensiva. Al igual que esperaban la recuperación del estado de la Iglesia, León y Rampolla esperaban asimismo una restauración monárquica. Es cierto que el papado y la Iglesia habían sido aliados de la monarquía y la nobleza por más de un milenio, pero el anciano León percibía claramente que la época feudal, a cuyo abrigo se había hecho tan poderoso el cristianismo, había pasado ya o estaba periclitando. Era la república burguesa, en cambio, la que estaba en ascenso. El oportunismo, que siempre fue la baza principal los papas, constituía también la médula de la política de León.

Ya en su mismo programa de gobierno y en un intento de disipar los prejuicios de la humanidad frente al Reino de Dios sobre la Tierra, León ofrecía el «desinteresado apoyo de la religión» a príncipes católicos y no católicos, «para que pudieran gozar de la benéfica influencia de aquélla, única fuerza que podía sanar todos los males del presente mundo». Lo que, dicho en plata, significa lo siguiente: sólo en alianza con el papa les sería posible sojuzgar duraderamente a sus pueblos. A la sazón, el papa pensaba expresa y especialmente en Italia y Alemania, pero en 1890, cuando ya se distanciaba de las potencias centrales monárquicas y se acercaba a la Francia republicana, escribió en una pastoral a todos los obispos del orbe que la Iglesia no se inmiscuía en la cuestión de la forma de gobierno. No pudo por menos de añadir a su escrito un lamento por el hecho de que los tesoros celestiales, cuya custodia es competencia de la religión verdadera, eran desgraciadamente y cada vez más objeto de olvido y de desprecio. Y en sus manifestaciones acerca de la democracia cristiana, efectuadas en 1901, proclamó con mayor rotundidad todavía la libertad en cuanto a la forma de gobierno. Es más, llegó tan lejos, para expresarlo con palabras del historiador de los papas, Schmidlin, que «deja vislumbrar su preferencia

por la soberanía popular o, cuando menos, no la desaprueba». Pues León y la Iglesia «buscaban ante todo, mediante su vinculación al pueblo y a las asociaciones masivas... celebrar sus triunfos y recuperar su influencia en el gobierno del mundo...».

Sólo cuando el estado —en este punto no quiso León dejar el menor margen de duda— no sigue la voluntad de la Iglesia, sino que intenta más bien combatirla y oprimirla, ha de darse, por supuesto, preferencia a la Iglesia, la «sociedad perfecta», y deja de valer el principio de «someteos a toda autoridad». Vale más bien lo contrario: negación de la obediencia, lucha en filas cerradas y bajo la dirección de los obispos y del «Vicario de Cristo».

Lo que el «papa de las encíclicas» esclarece hasta la suficiencia en todos estos «luminosos escritos» es la disposición de *La Catholica* a acostarse, por expresarlo gráficamente, no únicamente con emperadores y reyes, sino también con cualesquiera otros —con tal que posean la necesaria potencia—, incluidos los vulgares demócratas burgueses. Es natural que la Iglesia romana siguiera simpatizando, siendo como era la mayor terrateniente de Europa, con las tradiciones feudales, con los grandes latifundistas de la nobleza. Natural, también, que los príncipes tuvieran acceso privilegiado a las audiencias del papa y una influencia mucho mayor que otras capas sociales. Y no era menos natural que a raíz de la guerra hispano-norteamericana de 1898 la curia tomase resuelto partido por la hispana monarquía católica y contra la democracia protestante de Norteamérica. Pero eso sí, hoy en día se comportaría con la misma naturalidad, si fuese pensable un conflicto igual, ¡pero tomando el partido inverso!^[15]

No eran, con todo, motivos puramente ideológicos los que impulsaban a León al *Ralliement*, a su convergencia con la clase burguesa dominante en Francia, sino también razones más directamente ligadas a la política de poder y otras de índole económica y militar. La joven república francesa, que fue paulatinamente estrechando sus vínculos con Rusia, primero, y, posteriormente, con una Inglaterra a la que le resultaba cada vez más insoportable la acelerada concurrencia del imperialismo alemán, era indudablemente un país en auge. Su primer presidente, A. Thiers, en otro tiempo adversario liberal de Napoleón III y de su política belicista, dirigió los destinos de Francia hasta 1873, cuando los últimos ocupantes alemanes abandonaron el país. Bajo su legislatura había dado ya comienzo el servicio militar obligatorio y la reestructuración del ejército. El obispo de Nancy mandaba ya ese mismo año a su grey elevar preces por el retorno de Alsacia y Lorena al seno de la madre Francia. A ello hay que añadir una nueva política colonial con una expansión por Túnez, el África negra e Indochina, lo que desde luego acarreó para Francia una guerra con China^[16].

En esta época del incipiente capitalismo monopolista, cuando la propia curia (que ya en la Edad Media se adelantó a todas las empresas feudales agrarias al pasar de la economía en naturales a la regida por el dinero) procedió a fundar el Banco de Roma en 1880, el papel de los mercados financieros era ya muy notable. Fue justamente por entonces cuando los grandes bancos adquirieron una decisiva influencia en la política mundial, especialmente la Banca Rothschild en París y en Londres. De ahí que Francia e Inglaterra, las dos potencias capitalistas más veteranas, poseyeran cuantiosas inversiones en el extranjero. En 1914 esas inversiones se cifraban en 80.000 millones de francos-oro, en el

caso de Inglaterra, y de 45.000 millones, en el de Francia. Las alemanas, en cambio, no superaban los 30.000 millones.

De las inversiones francesas en el extranjero, que se extendían por toda el área mediterránea, incluidas España e Italia, y especialmente Túnez, Egipto y Turquía, nada menos que once mil trescientos millones correspondían a Rusia. No es sólo que la oligarquía financiera francesa hallase un lucrativo campo de operaciones en el gigantesco imperio ruso, con un subsuelo lleno de riquezas, sino que la república halló en él a un aliado. Pues el arte del estadista seguía el compás marcado por el mercado financiero del dinero. Así había ocurrido ya a raíz de la anexión de Túnez. Y ahora París sacaba ventaja desde el punto de vista de la política exterior gracias a la concentración de inversiones en Rusia. Esta última, que pagaba una enorme carga de intereses en rublos de oro por los empréstitos tomados, se hacía a sí misma dependiente del capital francés.

Es así como ya en el año 1887 se perfiló el proyecto de una Triple Entente entre Inglaterra, Francia y Rusia, entente calurosamente apoyada por Rothschild en París y en Londres, deseosos de beneficiarse del flujo de oro ruso y de subsanar las diferencias aún existentes, tanto entre Inglaterra y Rusia, como entre aquélla y Francia. Ahora bien, en caso de guerra, esta agrupación de potencias, que disponía de ingentes recursos dinerarios y fuentes de materias primas, del excelente ejército francés y de la gigantesca flota inglesa, tenía que ser superior a las potencias centrales, teniendo además en cuenta que podía imponer a éstas una guerra en dos frentes.

León previo esta guerra, la gran conflagración, con toda claridad, aunque los frentes definitivos no llegaron a perfilarse sino hacia finales de su pontificado. Ciertamente, León exigía continuamente la paz y condenaba la guerra, proclamando que «la tarea más apremiante y necesaria es la de trabajar para prevenir la guerra». Y «su mayor anhelo» era «el ver a todos los pueblos fraternalmente unidos en una liga por la paz». De hecho esperaba, pese a todo, el estallido inminente de una conflagración mundial respecto a la cual expuso al historiador austríaco Th. Sickel «las consecuencias ineludibles de una reconciliación de Rusia con el Occidente: la cuestión del Oriente hallará pronta solución y, simultáneamente, el Islam será debelado. Rusia dictará la paz en Europa con el apoyo y el consejo de la Iglesia». Al pronunciar estas palabras, León se incorporó desde su solio y anunció con pose profética que «Dios le había mostrado su gracia de múltiples maneras y lo había destinado a ocupar el puesto más alto sobre la tierra(!). Él le suplica le conceda asimismo la gracia de que el cisma llegue a su fin por mediación suya, actuando como instrumento de Dios». Y mirando a Sickel, un protestante arrodillado ante él, que lo contemplaba algo incrédulo, añadió: «Y si esto sucede, vosotros los protestantes seguiréis, simplemente, el ejemplo de Rusia».

Ya la consecución de la Triple Alianza equivalía para León a una señal que anunciaba una guerra contra Francia y Rusia. Aparte de ello, por los años 80, la curia conjeturaba una guerra entre Francia e Italia, un «huracán —vaticinaba el secretario de estado Rampolla— que junto a otras muchas cosas reducirá a un montón de ruinas el reino de Italia y la Triple Alianza». Ya la caída de Bismarck, en 1890, dio pie al papa para esperar en breve una guerra que, según sus cálculos, acabaría con la segura derrota de la Triple Alianza. Muchos diplomáticos informan por entonces que «el Vaticano cifra sus esperanzas en la guerra...».

Ante tal evento. León, tempranamente informado sobre la peripecia de la política mundial quería estar, naturalmente, al lado de los vencedores, que no podían ser otros, a su juicio, que Francia, Rusia e Inglaterra. Después de ello, en todo caso, la correlación de fuerzas en Italia podría muy bien sufrir una revisión en su favor y los acontecimientos le «sacarían, presumiblemente, de la prisión del Vaticano». Francia y Rusia habían suscitado continuamente tales esperanzas, y ninguna otra conducta era tan apropiada para ganarse la voluntad de León. «El actual papa es, antes que nada, diplomático y político —resumía en 1889 el representante ruso ante el Vaticano, A. Petrovic—. Desde hace once años todo su afán está puesto en estas dos metas: devolver al papado su antiguo prestigio internacional, su influencia en el curso de los acontecimientos europeos, y recuperar para él el rango histórico que poseía en Italia, sin ceder lo más mínimo en sus pretensiones al poder temporal». La autoridad temporal era para León requisito previo a la soberanía espiritual sobre el orbe, el vicariado de Jesucristo, que él soñaba con implantar sobre todos los pueblos.

Pero el cambio de frente del papa tenía ya de inmediato una ventaja: que podía combatir abiertamente a Italia sin tener ya ningún género de consideraciones con las potencias centrales. Se sentía traicionado por ellas. Y si hasta entonces había encarecido en Berlín las grandes ventajas de una alianza con la «Santa Sede», ahora hacía otro tanto en París. Ya a finales de 1887 deseaba ver a los conservadores franceses al lado de la república e hizo saber a su embajador, conde Lefebvre de Behaine, su afecto especial por la nación francesa, «*sa fille privilégiée*». También el secretario de estado, Rampolla, remitía a los intereses comunes. «La cuestión romana otorga a Francia un gran poder», decía el cardenal. Y añadía: «contra Italia». Lefebvre no puso en duda el deseo de la curia de «mantener con Francia las mejores relaciones». Y llevaba razón. «Estoy sorprendido —notificó ya en 1.887— del tono caluroso con el que el cardenal Rampolla habla de la necesidad de que Francia conceda pleno crédito a la palabra de León XIII y se haga consciente de las ventajas que nosotros podemos obtener de la situación de un acuerdo cordial —*d'une entente cordiale*— con el Vaticano».

Sorprendido estaba también, lógicamente, el contrincante austríaco de Lefebvre, conde Revertera-Salandra. Como a católico estrictamente creyente, no le resultaba nada fácil desconfiar del mismo «Santo Padre», tanto menos cuanto que éste, de puertas para afuera, mantenía, como era usual en él, una actitud de cierta neutralidad. Más aún, cuanto más se apoyaba en Francia, tanto más guardaba la apariencia de estar por encima de todos los partidos. Es así como el crédulo conde imputaba toda la culpa al malvado secretario de estado y éste, discreto, abnegado, «un superhombre» —escribe el posterior representante austríaco ante el Vaticano, el príncipe de Schönburg-Hartenstein— «de rasgos broncíneos y ojo empañado», el hombre idóneo para, en caso necesario, parar los golpes dirigidos a su amo asumiendo él solo la entera responsabilidad. Ello pese a que, aun siendo influyente, no pasaba de ser portavoz del papa, siendo éste el auténtico agente impulsor.

Hubo, incluso, acalorados enfrentamientos entre Rampolla y Reverterá, como el producido a raíz misma de la primera audiencia tras la toma de posesión por parte del último y sobre el que él informó indignado a la Ballhausplatz. Si bien el embajador califica al cardenal de «piadoso y severo consigo mismo» lo tilda a renglón seguido de

«desconfiado, insincero», lastrado de «todos los defectos del temperamento siciliano». «Precisamente este papa —comunica Reverterá— necesitaría en sus años de ancianidad un secretario de estado mejor». «Hay veces en que uno podría sulfurarse con Rampolla. Mis informes sólo dan una imagen débil de cuanto habla y hace». Una y otra vez se queja de la actitud inamistosa de Rampolla y cree reconocer cada vez mejor su influencia sobre León: «Hemos de tener muchos infortunios, si no se obstaculiza el curso que las cosas vienen siguiendo hacia ese lado». En realidad, el papa pudo decir, en 1900, en un arrebatado de sinceridad que él, «Leo» es el león y Rampolla el perro que le debe obediencia.

Finalmente, Reverterá fracasó ante Rampolla y tuvo que dejar su cargo, pero su sucesor, el conde Széczen von Temerin, usó de tonos aún más agrios. Ya a las pocas semanas de su toma de posesión comparó al cardenal secretario de estado con un perro gruñón, «*un chien hargneux*», y opinaba que «Es realmente desalentador tener que gestionar asuntos aquí...». A juicio de Széczen estos «politicastos» jugaban con el plan de una «Austria-Hungría remodelada» que «se integre en la alianza franco-rusa, en la que, naturalmente, no podría jugar ningún papel decisivo en lo político, aunque en lo militar siguiera representando un poder respetable...». Según Széczen «las veleidades» del cardenal Rampolla «tienen por objetivo: la ruptura, por parte de la monarquía danubiana, de la alianza con Alemania».

Es claro que también Berlín recelaba por ello de la política de Rampolla. El embajador alemán Von Schlózer, un confidente de Bismarck, a quien otrora llamaron «cardenal Schlózer» a causa de su influencia en Roma, perdió completamente, a partir de 1887, su posición dominante. El 30 de marzo de 1890 informó a su gobierno de que en círculos jesuitas se propugnaba de nuevo el viejo principio de que «hay que atizar en Europa el fuego de la guerra, porque el restablecimiento del poder temporal del papa sólo es posible a través de una guerra general». En ese caso, las esperanzas estaban puestas en la alianza ruso-francesa.

Un año más tarde, el 23 de junio de 1891, Von Schlózer recibió de París el siguiente despacho que, reproducía un «*intimissime du ministere*»: «Esperamos impacientes la renovación de la Triple Alianza (Imperio Alemán, Austria-Hungría e Italia), entonces se concluirá la alianza (de Francia) con Rusia. Contamos firmemente con León XIII y, en caso de su defunción, también con su sucesor... Cuándo estallará la guerra es algo que no sabemos, pero aliados con Rusia y con el poder moral del papado todo parece indicar que podremos salir de esta lucha como vencedores. Si Italia permanece fiel a sus aliados, reinstauraremos al papa en su posición independiente. El emperador alemán no obtendrá éxito alguno en Londres. Para ventaja nuestra se mantendrá fiel a la Triple Alianza. Aceptamos complacidos la política del papa, pues la patria está por encima de la República. Los gobiernos cambian, la patria permanece. Tenga la seguridad de que nosotros (Francia), no atacaremos. De eso se ocupará otra potencia».

Puesto que Italia no «permaneció fiel» tampoco el papa obtuvo después el estado de la Iglesia.

Hasta qué punto Alemania temía y debía temer a la sazón al Vaticano se desprende asimismo del informe del embajador alemán en París con fecha de 21-3 de 1891, que no solamente deja constancia de la reconciliación de León con la República, sino incluso su apoyo a la misma «contra la Alemania protestante», como apostilló al respecto Guillermo

II^[17]. Y después de la I Guerra Mundial, Benedicto XV confirmó también que ésta era una guerra perdida por Lulero.

En sus afanes en pro de la soberanía papal y de dominio espiritual sobre el orbe, León XIII no jugaba solamente la carta de Francia, sino también, y con mayor intensidad, la de la Rusia zarista, cuya vinculación con aquélla se estrechaba paulatinamente. Prestaba más confianza a una influencia determinante de las fuerzas restauradoras del más reaccionario de los estados europeos sobre las crecientes tendencias anticlericales y socialistas de la república francesa que a la que antaño ejercieron las de la conservadora Alemania. Aparte de ello, creía que el futuro pertenecía a Rusia y a los pueblos eslavos. Y no era la última de sus esperanzas la de recuperar, con la ayuda de los zares, la iglesia ortodoxa rusa, visión con la que la curia soñó secularmente y factor de la máxima influencia sobre su política exterior, más allá, incluso, de las guerras mundiales.

El supremo anhelo de Roma

«Puesto que tú tienes ante tu pueblo el poder de hacer cuanto quieras, ¡ordénale que reconozca al Vicario de Cristo!»

(Breve de Pablo VI al Zar impostor Demetrio en 1606)

Por lo que respecta a la cristianización de Rusia en el siglo x, la iglesia greco-ortodoxa de Bizancio le ganó al papado la delantera. Posteriormente también la Roma papal intentó asentar firmemente su pie en Oriente, obtener una unión de las iglesias y someter a Rusia. Se valió para ello de iniciativas militares y diplomáticas, de las cruzadas, de la Orden Teutónica y de los ejércitos suecos, de amenazas feroces, de añagazas y de un gigantesco fraude. Es comprensible que esas apetencias papales se hiciesen tanto más intensas cuanto que las pérdidas causadas por la Reforma eran ingentes y se esperaba que, de ser satisfechas, ello tendría un efecto retroactivo favorable sobre el protestantismo. La iglesia rusa, no obstante, se alió en el siglo xvi con los zares y ha desafiado con éxito todos los intentos de someterla a la supremacía papal.

Por dos veces, sin embargo, ambas en la Edad Moderna, pareció estar próximo a su cumplimiento el supremo anhelo de Roma.

La primera vez a principios del siglo xvii, cuando un aventurero se hizo pasar —dando inicio a una farsa casi increíble— por el «buen zar» Demetrio, el más joven de los hijos de Iván IV, supuestamente asesinado por el zar Boris Godunov. Quién era aquel hombre no se puede determinar inequívocamente. Es verosímil que fuese Gregorio Otrepev, Hryszka, como lo denomina la crónica contemporánea de los jesuitas, monje fugado del monasterio. Los jesuitas eran quienes mejor lo tenían que saber, pues era de sus círculos de donde provenía «la iniciativa y el constante fomento del plan de penetrar en el Kremlin a través de un dócil pretendiente al trono».

El voivoda de Sandomir, G. Mniszek, pudo introducir, ya en 1604, a su protegido, el Pseudo-Demetrio, en la corte real de Cracovia, no sin haber iniciado antes en el secreto al

nuncio papal Raugoni —a partir de entonces especial valedor del falso Demetrio— y al cardenal B. Maciejowski, obispo de Cracovia. A sabiendas del cardenal, el párroco de Sambor, Pomaski, y el jesuita Lawicki, que pronto sería intermediario permanente entre el pretendiente al trono y el Vaticano, hicieron católico-romano a Demetrio, algo que motivó el agradecimiento del papa al cardenal de Cracovia, expresado así, en agosto de 1605: «Lo que tú haces nos complace sobremanera».

Entretanto, el falso Demetrio, que ya había dirigido un sumiso escrito de vasallaje a Clemente VIII, el predecesor de Pablo, apelando a su ayuda para obtener «su reino» había penetrado en Moscú con un ejército bajo la máscara del «buen zar» y se sentaba ya en el trono de los zares como supuesto hijo de Iván IV. Dos jesuitas, entre ellos su perpetuo «ángel de la guarda», Lawicki, le acompañaron en su campaña militar. Ellos se cuidaron de que el falso zar no se desviase del camino que había jurado seguir y que Roma y la camarilla clero-feudal polaca le habían prescrito. Los jesuitas estaban asimismo dispuestos a ayudarle materialmente... Para ellos, como para el papa, por encargo del cual obraban, ningún precio era demasiado alto con tal de hacer católica a Rusia.

El «Santo Padre» Pablo V —durante cuyo pontificado estalló la Guerra de los Treinta Años (en cuya financiación participó, pero pagando a la causa católica, pese a estar ésta abrumada por las deudas, sumas mucho más reducidas que las pagadas a su estirpe de los Borgese)— felicitó el verano de 1605 «cordialmente a su querido hijo Demetrio, Señor de Rusia» por la recuperación de su trono, y a continuación envió toda una serie de breves a Moscú sin olvidarse nunca de recordar a su criatura, «el zar», a qué «gracia milagrosa» debía dicho trono. Y el breve del 10 de abril de 1606, dirigido al falso Demetrio, tratado siempre, naturalmente, como legítimo soberano, permite ver con diáfana claridad el motivo de aquella patraña de gran calado. El papa le apremia allí efectivamente: «Puesto que tú tienes ante tu pueblo el poder de hacer cuanto quieras, ¡ordénale que reconozca al Vicario de Cristo! Bendecimos tus píos propósitos con apostólica autoridad».

Con este motivo, Pablo V denominaba a quien no era sino su procurador en Moscú un «segundo Constantino». Y realmente aquello era un fraude que no estaba muy por debajo del relativo a la falsificación de (el primer) Constantino, aunque fuesen muy distintas las circunstancias que lo generaron. Y no hablemos del destino de ambos fraudes, pues la nueva empresa con la que se creía ni más ni menos que poder sojuzgar a toda Rusia se vino abajo con celeridad vertiginosa, y por cierto que el afán de darle aún mayor consistencia no fue la menos importante de las causas de aquel final.

Deseoso de consolidar el trono y el futuro de la iglesia católica y romana, el cardenal de Cracovia había elegido como «zarina» a su pariente Marina Mniszka y bendecido realmente el santo matrimonio, sin que faltase un escrito de felicitación del «Santo Padre» al novio, a la novia y al padrino. Pero los modales de Marina y de su numeroso séquito, importado desde su patria y codicioso de botín, suscitaron tal furia popular en Moscú que a mediados de mayo de 1606, apenas catorce días tras su coronación, el zar yacía en el arroyo, pasto de los perros. Junto a él yacían las esperanzas rusas del papado.

Casi exactamente doscientos años después, no obstante, los rusos, «nuestros hijos especialmente añorados» (*desideratissimi filii*) parecían estar nuevamente a punto de retornar al seno de la iglesia católica y de nuevo con la enérgica cooperación de los jesuitas,

aunque esta vez —estamos en el umbral del siglo XIX— no con una patraña como la que fracasó en el umbral del siglo XVII.

Las nuevas (y viejas) esperanzas de Roma estaban esta vez vinculadas a un zar auténtico, Pablo I. Habiendo tomado contacto con los jesuitas en Polock, la sede central de la orden en Rusia, donde éstos le agasajaron en su calidad de Gran Príncipe con una pomposa ceremonia de recepción, fuegos artificiales incluidos, Pablo tuvo al año siguiente algunos encuentros no menos agradables con el papa Pío VI en Roma. La cosa llegó finalmente tan lejos que Pablo I, como emperador ortodoxo ruso, se convirtió en 1798 en Gran Maestre de la soberana Orden de los Caballeros de Malta, orden católico-romana, algo que le halagó extraordinariamente: la cruz de Malta llegó entonces a figurar incluso en el blasón estatal de la Rusia zarista y en las monedas. Y eso no fue todo. Bajo el nuevo papa Pío VII aquel zar no católico avanzó al puesto de soberano protector de toda la iglesia católica y romana. ¡Acontecimiento único en su género!

El zar tenía dos motivos para ir de la mano del papado (en cuanto a los motivos de este último, todo estaba muy claro). Uno de los motivos era Malta, sede de la orden antedicha, hasta que Napoleón la ocupó en 1798, camino de su campaña contra El Egipto. Pues Malta poseía para Rusia un elevado valor estratégico a causa de las crecientes exportaciones de cereal hacia el Mediterráneo, que partían de Odessa y atravesaban Los Dardanelos. También lo tenía en términos absolutos por razones del dominio en el Mediterráneo oriental. El segundo motivo era el afán del zar, fanático paladín de la restauración en Europa, por sofocar el menor movimiento revolucionario en Rusia. A este respecto se apoyaba, especialmente, en la orden de los jesuitas, pues si, bien ésta era, por una parte, un peligroso enemigo de Rusia, también era asimismo un bastión de la contrarrevolución europea. «Para contener la oleada de ateísmo, ilustración y jacobinismo en mi imperio no veo otro remedio que el confiar a los jesuitas la educación de la juventud. Se ha de comenzar por la infancia. Se ha de comenzar el edificio a partir de los fundamentos o en otro caso todo se derrumbará y no habrá ni religión ni gobierno»

En alianza con Austria, Inglaterra y Turquía, Pablo I envió la flota rusa al Mediterráneo para que luchase por Malta y también tropas rusas desde Nápoles a Roma para plantar allí cruces en sustitución de los árboles de la libertad y restablecer el dominio del papa. El zar declaró ya ante el jesuita G. Gruber, a cuyo influjo estaba cada vez más sujeto: «En el fondo de mi corazón soy ya católico», y al comenzar el año de 1801 comunicó a Pío VII cuánto deseaba la unión de ambas iglesias y cuán grande era su interés por ver al papa en cuanto «obispo supremo de la cristiandad» como soberano de la iglesia ortodoxa. Presumiblemente fue tan sólo el asesinato del zar, ocurrido en la noche del 11 al 12 de marzo de 1801 en San Petersburgo, lo que impidió el sometimiento de la iglesia ortodoxa rusa a la católica.

El papado prosiguió con esos intentos de integración y conquista a lo largo de los siglos XIX y XX. También el antecesor inmediato de León, Pío IX, había pedido en 1848 y 1868 a los obispos ortodoxos que retornasen al seno de Roma obteniendo por respuesta una áspera negativa. Los ortodoxos no dudaban ciertamente —dice con cierta mordacidad en 1850 el diplomático ruso Tuteff— de la posible «salvación» que ofrece el occidente, pero era precisamente la Iglesia la realidad frente a la cual abrigaban recelos milenarios. Pues

aquella no se había limitado a enviar al Oriente todo «un ejército de obispos y misioneros» sino que también había enviado ejércitos de tipo bien diferente, sin que, pese a todo, la ortodoxia perdiese «una sola pulgada de terreno».

La guerra de Crimea, en la que Rusia, enfrentada durante tres años a Turquía, Francia e Inglaterra, resultó vencida en 1856, con la consiguiente pérdida de su hegemonía en Europa, suscitó nuevas esperanzas en los católicos. El jesuita ruso P. Gagarin, quien al comienzo de esta guerra achacaba únicamente a la malevolencia de la jerarquía ortodoxa el hecho de que hubiesen fracasado todos los intentos del papa por «extinguir el cisma oriental», publicó ya al concluirse la paz un folleto, que llevaba este provocativo título: «¿Se hará católica Rusia?». Y cuando Pío IX creó en 1862 una comisión cardenalicia para ablandar a los ortodoxos con la ayuda de las iglesias uniatas (que apenas se diferencian de la romana en el rito y algunos detalles secundarios), Gagarin redactó el comentario «El futuro de la Iglesia Uniata Griega».

Fue sobre todo el padre E. d'Alzon, fundador de los asuncionistas quien, juntamente con Monseñor Brunoni, delegado del papa en Constantinopla, intentó en su momento, empleando mucho dinero y todo un aparato apostólico, penetrar en Rusia desde Turquía. «De todos los adversarios del imperio turco —escribía— Rusia es indudablemente el más peligroso, ya que día tras día y en nombre de la iglesia ortodoxa emprende nuevas iniciativas dirigidas contra Constantinopla. Si fuese posible interponer entre esta ciudad y Rusia una zona con población católica, con el tiempo desaparecerían todos los pretextos para una usurpación. La Sublime Puerta podría tener la esperanza de ver prolongada su existencia. Estas simples observaciones bastan para mostrar cuán grande es el interés de los estadistas turcos en fomentar el desarrollo del catolicismo en su territorio, prescindiendo de cuál sea la propia religión».

Con el acceso de León XIII al solio pontificio el fundador de los asuncionistas veía llegada una vez más la hora de derribar «la falsa cruz». Ahora quería inaugurar su «cruzada católica» desde Sofía, donde los resurreccionistas austríacos y polacos habían efectuado ya trabajos preliminares, rumbo hacia Odessa. Pues, como aseguraba triunfante el 2 de mayo de 1879, «Al estado ruso no le queda ya mucho tiempo de vida. Tengo la impresión de que el coloso ruso estará a punto de caer entre convulsiones, una vez haya caducado el tiempo del poder turco en Europa, algo que no puede tardar mucho en suceder. Tenemos que estar preparados para ese momento. Los nihilistas habrán consumado su obra destructiva y sobre el suelo arrasado por los vendavales de la revolución erguiremos la verdadera cruz»^[18]

Esta política secular de Roma frente a Rusia, apenas esbozada en lo que precede, política hecha a menudo contra, a veces con los rusos, no pocas veces implacablemente a costa de los polacos, la población predominante entre los católicos de Rusia, fue la que prosiguió aplicando León XIII, un hombre eminentemente político en su modo de pensar. Así como bajo el pontificado de su predecesor Pío IX, cuya declaración de infalibilidad resultó chocante tanto para ortodoxos como para católicos, la unión de las iglesias parecía más lejana que nunca, ahora parecían abrirse nuevas posibilidades. Y es por eso por lo que justamente ahora, y especialmente tras su ruptura con las potencias centrales, vemos al

Vaticano enderezar abiertamente su rumbo no sólo hacia Francia, sino, más derechamente aún, hacia Rusia.

León XIII fomenta la alianza ruso-francesa

El papa, cuyo pontificado se inició en medio de una de las crisis del Oriente, la guerra ruso-turca, dirigió a su secretario de estado Nina, en 1887, el mismo año de su elección, una carta programática hondamente preocupada por las «preclaras iglesias orientales» a las que «deseaba de nuevo y definitivamente una vida fructífera revestida de la antigua gloria». Y cuando, todavía a finales de ese mismo año, se deshizo en improperios contra las «sectas bárbaras de los socialistas, comunistas o nihilistas» se granjeó incluso la simpatía del gobierno zarista. Su encíclica fue leída y explicada públicamente incluso en las iglesias ortodoxas rusas.

León XIII perseguía el mismo objetivo que el agresivo padre d'Alzon, pero lo hacía de otro modo. Usaba el señuelo de los tonos más amables y no exigía ya «el retorno al rebaño abandonado», sino la reconciliación «de los hermanos separados». El papa se apoyaba en el Zar, quien, como representante autoritario de los creyentes, era omnipotente en la iglesia ortodoxa. Ya no se podía resolver el problema, es obvio, como en los tiempos del falso Demetrio. Pero ¿por qué no intentar resolverlo como en tiempos de Pablo I? Si se conseguía poner la gigantesca Rusia a los pies de Roma, nada podría ya detener a ésta en su camino hacia el dominio espiritual sobre el orbe. Y no solamente habrían de seguir sus pasos los protestantes, como creía León, sino también China, La India y el Próximo Oriente.

Los zares habían reconocido, tiempo ha, cuan valiosa era la alianza de los papas en la lucha contra todas las corrientes subversivas. Y si en su día se ofreció a la clase burguesa, ya dominante en Francia, para frenar el ascenso del proletariado, León no desaprovechaba por otra parte la ocasión de ensalzar una y otra vez la fuerza antirrevolucionaria de la iglesia romana, loándola como salvaguardia del orden vigente. Algo que en el Oriente se sabía apreciar en su justo valor y tanto más en un decenio en el que, en 1872, aparecía en ruso el primer volumen de la obra maestra de Marx, «El Capital», y se comenzaba a organizar, en 1878, el Partido Socialdemócrata Ruso y en el que fracasaron todos los intentos de dominar la situación revolucionaria.

Aparte de ello, León podía ofrecer —y no anduvo nada remiso en el uso de esa posibilidad— el amansamiento de millones de católicos polacos, quienes, por cierto y mostrando precisamente un estrecho apego a la Roma papal, buscaban por su parte apoyo contra Rusia. No obstante, del mismo modo que Pío XII traicionaría a esta nación polaca en 1939, antes de la invasión alemana de la misma, entregándola a sangre fría a la Alemania nazi, también León XIII estaba dispuesto a la traición, resuelto a quebrantar la resistencia de los polacos contra el régimen del zar, sacrificando su libertad a su propio objetivo, el mismo que se propusieron sus sucesores. Si algo había que resultase de la conveniencia del gobierno zarista, empeñado continuamente en unificar el imperio y en rusificar a todas las etnias y creencias ajenas a él, era precisamente que tascasen el freno a los polacos. Y es que éstos, durante el siglo XIX y por dos veces, habían hecho tambalearse al estado zarista con

grandes levantamientos. León prometió realmente que impondría a los obispos y religiosos católicos de Polonia el deber de sometimiento incondicional al zarismo, acentuando que usaría «siempre de su ascendiente para insuflar a los polacos obediencia frente a las leyes y fidelidad para con su soberano».

El 20 de febrero de 1878, apenas hecho papa, León notificó su elevación al solio pontificio a Alejandro II, nieto del zar Pablo y de la reina Luisa de Prusia, intentando ganarse su favor para con los católicos de su imperio, prometiéndole a cambio la absoluta fidelidad de aquéllos como súbditos suyos. Aquel mismo año en que la situación revolucionaria amenazaba peligrosísimamente al zar, el papa se granjeó su simpatía mediante la encíclica «Quod apostolici numeris», que condenaba duramente toda idea subversiva y muy especialmente el socialismo y el comunismo. Y cuando el 12 de abril de 1880 León felicitó calurosamente al zar en el jubileo por sus 25 años de reinado, le recomendó una vez más el poder antirrevolucionario del papado; es más, halagó ese mismo año a los pueblos eslavos haciendo de Cirilo y Metodio, los llamados apóstoles de los eslavos, santos de toda la iglesia romana. (Mil años antes el obispo Ermanrico de Passau había propinado a Metodio una tunda de latigazos y el obispado de Múnich, que detestaba todo lo eslavo, había castigado, incluso, al futuro santo imponiéndole de Idos años y medio a tres años de prisión).

Puesto en apuros por sus antagonistas en la política interior, el zar Alejandro II reaccionó naturalmente con toda complacencia ante la aproximación de un papa que profesaba la misma aversión que él frente al anarquismo, el socialismo y el comunismo. Comunicó a León su deseo de reanudar las relaciones diplomáticas, y en la primavera de 1881 diplomáticos rusos hicieron acto de presencia en el Vaticano acompañados por no menos de tres grandes duques que —como informó malhumorado el embajador austríaco a Viena— «porfiaban en amabilidades frente al papa».

Pero Alejandro II, tras escapar en 1879 a un atentado en el ferrocarril y a otro perpetrado con explosivos en el palacio de invierno —ambos organizados por la joven Wera Figner, hija de un general y nieta de un ministro de cultura—, cayó el 1 de marzo de 1881 en San Petersburgo víctima de un atentado con bomba cometido en plena calle. Su hijo y sucesor Alejandro III, el «zar gigante», estaba bajo la poderosísima influencia de su preceptor K. Petrovic Pobedonoscev, quien como Alto Procurador del Santo Sínodo ejercía un poder tan ilimitado sobre la iglesia rusa que se llegó a hablar de una «era Pobedonoscev». Y éste era enemigo jurado del Vaticano. Nada le parecía tan peligroso como la unión con la iglesia romana y consideraba la preservación de la fe ortodoxa ante cualquier tipo de ataques «como el deber histórico primordial y necesidad vital de Rusia».

En 1893, en una carta abierta a la revista inglesa «Review of Reviews», escribía «que el pueblo ruso no aceptaría nunca someterse al yugo de la autoridad papal, pues la libertad de nuestra iglesia es para nosotros lo más caro de este mundo. Que nuestra fe es incompatible con la posición de poder de un vicario de Cristo sobre la tierra. Que las restantes diferencias dogmáticas, preceptos rituales y usos no son importantes, pero que la diferencia anterior constituiría siempre un obstáculo insalvable para una fusión de las iglesias que exigiría de nuestra parte la renuncia a nuestra peculiaridad espiritual. La fe del

Zar ruso es indivisiblemente la misma de su pueblo. Pero en cuanto atañe a cuestiones de religión, su actitud frente a la iglesia es la de un hijo para con su madre...».

La iglesia ortodoxa rusa estaba, en el plano ideológico, profundamente identificada con el zarismo y veía en el Vaticano, con toda razón, su más peligroso rival. Prescindiendo de su enemistad hacia el papa, Pobedonoscev y León XIII estaban hechos el uno para el otro. También aquél era un consumado jurista y su pensamiento no era menos nostálgico de la restauración que el de León, un supuesto liberal, que, en los estudios de filosofía, recomendaba a Santo Tomás de Aquino como modelo. Es más: en su época prepapal era él quien había hecho a Pío IX una primera sugerencia para el «Syllabus», escrito que irritó a todo el mundo y que además de condenar el panteísmo, el naturalismo, el racionalismo y el indiferentismo, hacía otro tanto con las sociedades bíblicas, el socialismo, el comunismo y todo un repertorio de otros «errores», debiendo cada católico imponerse el deber de prestar su aquiescencia a decisiones tan antiliberales. Pobedonoscev ponía apasionadamente todo su empeño en cimentar el régimen zarista, reprobaba todas las innovaciones progresistas, condenaba la soberanía popular, el parlamentarismo y la democracia tildándolas de grandes mentiras de la época. Combatía las iglesias y sectas «heréticas» y cuando tuvo que marcharse a raíz de la revolución de 1905, protestó (en vano) contra la implantación de las libertades ciudadanas y contra el Edicto de Tolerancia de Nicolás II. «La situación se ha tornado insoportable» escribió. «Incluso en la iglesia aparecieron los lobos que no respetan a las ovejas»^[19].

Pese a la tremenda influencia que Pobedonoscev ejercía sin duda sobre Alejandro III, a finales de 1882 se concluyó un acuerdo ruso-vaticano a raíz del cual pudieron ser cubiertas de nuevo la mayoría de las sedes obispaes vacantes de Rusia. Sin embargo, cuando al año siguiente León XIII solicitó, aunque de forma muy prudente, apoyo para los uniatas rusos, el gobierno entendió aquello como una intromisión en los asuntos internos de Rusia y rompió, pese a todas las disculpas, rayanas en lo indigno, todas las relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Pero las protestas en el reino de Polonia, totalmente sometido a Rusia, crecían de continuo y lo mismo pasaba con los sentimientos revolucionarios de los polacos de la misma Rusia, que actuaban como un estímulo para otras fuerzas en rebelión y viceversa. Por ello, el zar Alejandro III creyó no poder prescindir de la alianza con el papa ni de la influencia de éste sobre los polacos católicos. De ahí que se procediese a reanudar las relaciones diplomáticas, tal como el papa había solicitado del zar mediante una carta escrita en enero de 1888.

El gobierno zarista envió uno de sus más descollantes agentes al Vaticano, A. Petrovic Izvoiskij. También posteriormente envió allí a sus mejores hombres y no de otro modo se comportó el gobierno soviético. Izvoiskij debía limitarse, por lo pronto, a escuchar cuanto expusiera la otra parte e informar acerca de ello. El ministro de asuntos exteriores Giers creía que la «astucia de la curia» era capaz de cualquier maldad y exhortó a su hombre en Roma a extremar la prudencia, «pues se verá frente a frente con negociadores muy versados, más hábiles que sinceros». En definitiva hay, incluso, un refrán ruso que reza así: no hay nada que inspire tanto temor a Rusia como el papa de Roma y el Kan de los tártaros de Crimea.

Pero en esa ocasión, León XIII, que abrigaba esperanzas respecto a la catolización de Rusia y el restablecimiento de su soberanía temporal en Italia, tenía propósitos absolutamente sinceros y por ello fomentaba con toda energía la aproximación ruso-francesa, al mismo tiempo que se hacía consolar por las potencias centrales a causa de su destino en medio del reino italiano. Austria-Hungría estaba completamente *in albis* respecto al cambio de rumbo de la curia. Pero el papa también simulaba frente al gobierno de Berlín. El diplomático F. von Holstein, llamado la «eminencia gris», informa acerca de la visita que el joven emperador cursó a León XIII en octubre de 1888: «El papa fue a por todo: restablecimiento del poder temporal. Debiéramos secundarle en ese propósito mediante una alianza con Rusia, Austria y España contra Italia y Francia... A Herbert (v. Bismarck) le dijo el papa que si Alemania no tomaba ninguna disposición para el restablecimiento de su poder temporal, se vería obligado *de traiter l'Allemagne avec hostilité*. Herbert tenía la impresión de que detrás de cualquiera de los tapices había un miembro del partido de los jesuitas vigilando si el papa exponía debidamente la lección. Yo olvidé además que el papa había dicho al emperador que, de ser satisfechas las peticiones de la curia, ésta influiría para que los 15 millones de católicos alemanes cumplieren sus obligaciones para con el gobierno». (Pocos años antes el papa había afirmado que no podía influir políticamente sobre los católicos alemanes ni por lo tanto impedir la actitud hostil hacia el gobierno del Partido del Centro).

Es posible ciertamente que León XIII tuviese entonces e incluso más tarde una actitud a veces vacilante. Seguro es que seguía una táctica sinuosa y que obviamente habría estado en principio de acuerdo con alcanzar el dominio espiritual sobre el mundo al lado de no importa qué potencia, incluida la Alemania guillermina. Es natural que el papa tuviese en común con el emperador —que lo admiraba y acudió a su lado repetidas veces— un mismo estilo autoritario de regir así como el odio a los socialistas, a quienes Guillermo II quería aplastar. Éste era un hombre capaz de exclamar, como hizo en 1891 en Postdam con ocasión de la jura de bandera de los reclutas: «Dadas las actuales maquinaciones socialistas, bien podría pasar que yo os ordene abatir a tiros a vuestros propios parientes y hermanos, incluso a vuestros propios padres —¡que Dios no lo quiera!— pero incluso en un caso así tenéis que seguir mis órdenes sin rechistar». El prelado Wilpert, a quien una entrada solemne del emperador en la estancia del papa le trajo a la memoria el cuento de las mil y una noches, cuenta cómo ambos se atribuyeron mutuamente el dominio del mundo. León XIII solicitó de Guillermo que asumiese «el papel de Carlomagno», a lo que éste replicó:

«Santidad, Vos sois la herencia del imperio. Sois el imperator». El papa pudo decir a Guillermo II, incluso en la primavera de 1903, pocas semanas antes de su muerte, que el Imperio debía ser la espada de la Iglesia. No obstante, y aunque en esa ocasión se hubiese fortalecido la corriente filogermana en el Vaticano, la política de León XIII era, a partir de los ochenta, prorrusa y proeslava en gran medida.

Izvoiskij fue recibido cordialmente por Rampolla en marzo de 1888 y también por el papa, que ya lo esperaba «con impaciencia» y que, contra todas las reglas del protocolo, le hizo comparecer ante él apenas llegado. León vaticinó amplias ventajas para Rusia gracias a su asociación más estrecha con el Vaticano y su supuesta fuerza moral. El papa echó

nuevamente mano de todos los viejos argumentos y de modo especial aludió a su política contrarrevolucionaria, a su lucha por el mantenimiento del «orden» y contra el socialismo, sin olvidar su poder sobre los buenos creyentes polacos, algo que no era lo menos importante. No vaciló en abusar sin el menor escrúpulo de la confianza de aquéllos afirmando estar dispuesto a demostrar «que su influencia sobre los obispos está siempre en armonía con los intereses del poder estatal ruso». No es casual que fuese entonces cuando Polonia estableciese en Roma una agencia propia para poder estar más al acecho de las negociaciones ruso-vaticanas. Y tampoco es casual que León hablase ante peregrinos polacos, cuyas alocuciones eran sometidas a una rígida censura previa, de su «inconmovible apego» a la nación polaca. Ahora bien, al mismo tiempo exigía de aquélla fidelidad a la Rusia zarista. El papa que esperaba de Rusia la decisión sobre la guerra o la paz y con cuya ayuda y la de Francia esperaba asimismo la recuperación de su poder temporal, fue «a por todas» ya en esta primera entrevista con Izvoiskij^[20].

Pero el cardenal secretario de estado Rampolla se atrevió a ir incluso más lejos, pues en el cambio de impresiones que tuvo acto seguido con el negociador ruso le prometió, según notificó éste, nada menos que lo siguiente: «a saber, la curia, en caso de que entable buenas relaciones con nosotros, sería nuestra aliada en lo que respecta a la obtención de nuestros objetivos en Europa y especialmente en la península balcánica». Izvoiskij añadió, escéptico, a semejante notificación:

«Sólo me gustaría saber cómo». La amabilidad cada día mayor de los personajes de la curia suscitaba, y algo de razón había en ello, la desconfianza de San Petersburgo, pues el cardenal Rampolla, usando de su probada doblez, mantenía una actitud diametralmente opuesta frente al embajador austro-húngaro, ¡precisamente la que cuadraba con la política de poder de la monarquía danubiana! Tampoco se le escapó a Izvoiskij, que el mismo papa cuando «abordaba cuestiones en las que subsistían contradicciones básicas entre la iglesia romana y el poder estatal se refugiaba tras expresiones sumamente nebulosas y ambiguas».

Mientras que la pía Austria no concibió en un principio la menor sospecha, Bismarck barruntó la traición apenas el «secretario de la legación» hizo su aparición en el Vaticano, pues él estaba ya ventilando la cuestión «de si la curia podría ser políticamente tan torpe de dejar en la estacada a las potencias centroeuropeas, las únicas cuya subsistencia protege a los eslavos católicos de una asimilación forzada por parte de la iglesia ortodoxa rusa, por el plato de lentejas de algunas concesiones aparentes por parte de los gobiernos occidentales».

A Bismarck le resultaba sobremanera fácil apercibirse de que la naturaleza del papado era «en todo momento la de un poder político». «Un papa puede aplicar la vieja política de modo más pacífico, el otro de modo más rudo y autoritario. En su fondo y en su esencia se tratará siempre de la misma». Es más, en un discurso pronunciado el 28 de febrero de 1885 ante la Dieta Imperial llegó a clamar «*Al final los jesuitas acabarán siendo los dirigentes de los socialdemócratas*».

Paulatinamente Izvoiskij se fue convenciendo de la seriedad de las negociaciones vaticanas, descubriendo «el alcance práctico... de nuestros asuntos con el papa». Sin perder de vista nunca su gran objetivo, León y Rampolla estaban dispuestos a hacer grandes concesiones y sobre todo a sacrificar una y otra vez y sin el menor escrúpulo la libertad de

Polonia. Respecto a ello se remitían orgullosos al éxito obtenido con los católicos irlandeses cuya voluntad de resistencia contra Inglaterra había otrora quebrantado asimismo el Vaticano mediante el rechazo del «plan of campaign». En la «Kulturkampf contra la Iglesia polaca» el papa se puso inequívocamente al lado de los adversarios de aquélla. Mandó incluso elaborar conjuntamente con Izvoiskij el mensaje a los preladados de nueva nominación en Rusia, acerca de lo cual el editor y comentarista E. A. Adamow observa lo siguiente: «De este modo, los obispos polacos se convirtieron, por voluntad del Santo Padre, en agentes policiales de la autocracia rusa, no obstante lo cual, la curia interpeló al gobierno zarista inquiriendo si el ministerio del interior consideraba necesario añadir algo más a esta exhortación obispal».

León XIII esperaba que la guerra mundial estallaría en breve y quería ver defendidas por las potencias más fuertes sus pretensiones de dominio, es decir, por Rusia y sus aliados, pues al respecto había previsto ya la constitución de la Triple Entente. «He podido deducir de sus palabras —informaba Izvoiskij a finales de 1888— que su despecho para con Alemania y la Triple Alianza está muy lejos de haberse apaciguado. Por otra parte, no cree que la actual situación de paz armada se prolongue por tiempo indefinido y prevé graves alteraciones en un futuro próximo. Su deseo es que el día de la crisis vea unidos por un sincero acuerdo a Rusia y la Santa Sede, lo cual, en su opinión, nos ofrecería importantes ventajas a la hora de asegurar nuestras fronteras. El papado, a su vez, se aseguraría la garantía del apoyo moral del poder imperial, tanto más cuanto que, a su juicio, el zar está llamado a jugar el papel de señor de la guerra y de la paz».

Con esa perspectiva, León XIII alentaba con celo casi desmedido la alianza ruso-francesa, que avanzaba a grandes pasos. El nuncio papal en París y posterior cardenal secretario de estado D. Ferrata, se atribuía sin ambages el mérito de forjador de la alianza. Otro tanto hacía «*L'Osservatore Romano*», la gacetilla palaciega del papa, con afirmaciones tan hiperbólicas como la denominación de «Triple Alianza Vaticana». No obstante, León XIII hizo cuanto estaba en su mano para la consecución del pacto y siguió de forma auténticamente febril las diversas situaciones de aquella aproximación: en julio de 1891, la visita de la flota francesa a Kronstadt, donde el zar Alejandro III, a bordo de un barco francés, rindió por vez primera honores a la Marsellesa. Después, el acuerdo ruso-francés del 11 de agosto de 1891, el convenio de los respectivos estados generales del 18 de agosto de 1892, la visita de la flota rusa a Toulon en octubre de 1893, finalmente el convenio militar definitivo del 24 de enero de 1894, que ya en las postrimerías del siglo xx puso frente a frente a los dos gigantescos bloques militares que también se enfrentarían en 1914^[21].

En el umbral mismo del siglo de las guerras mundiales, el nuevo embajador ruso ante el Vaticano, N. V. Charykov tenía la impresión de que éste deseaba más la obtención de sus derechos de soberanía en Roma que el mantenimiento de la paz mundial. Pues Rampolla apostó hasta el último momento por la alianza ruso-francesa, ya que también él contaba firmemente con una victoria de Rusia y Francia sobre las potencias centrales. El botín del Vaticano debería ser ante todo el sometimiento de la iglesia ortodoxa rusa bajo el primado jurisdiccional del papa. «El Vaticano —manifestaba Rampolla frente al legado plenipotenciario ruso Charykov— debe estar al lado de los pueblos eslavos, no sólo porque

el triunfo pertenecerá a esta agrupación de potencias, sino porque es ahí donde reside el potencial decisivo para la iglesia católico-romana. El triunfo de los pueblos eslavos acarreará el triunfo de la iglesia católica si los eslavos ortodoxos, especialmente los rusos, reconocen la autoridad exclusiva del papa en la Iglesia».

Pero la espera de Roma continúa aún en nuestros días. Y prescindiendo de la alianza ruso-francesa, que ciertamente hizo historia —historia de catástrofes— León XIII, que indudablemente era avisado y perspicaz, fracasó casi en toda la línea con su política. La unión, tan ardientemente anhelada, entre la iglesia católica y la ortodoxa bajo la supremacía papal quedó tan lejos de convertirse en realidad como el restablecimiento de su poder temporal. En Francia el «*Ralliement*» tuvo un éxito mediano, mientras que el laicismo anticlerical lo tuvo total. No fue el centro moderado quien triunfó, como deseaba hasta el último momento el papa francófilo, sino el llamado radical socialismo, defensor, desde luego, del orden capitalista. Es más, al final, la iglesia católica perdió en Francia su patrimonio y una parte de su clero, trance del que le salvó, ciertamente, su propia muerte. El nombramiento de Isvoiskij como delegado ruso plenipotenciario ante la Santa Sede se consiguió por cierto en 1894, pero no sin que tres meses antes León exhortase una vez más y con gran ahínco a los obispos polacos para que inculcasen a los católicos la obediencia política frente al régimen del zar. Los esfuerzos imperturbables de Roma por conseguir una nunciatura en Petersburgo, se frustraron por completo pues Pobedonoscev se percató claramente de que aquélla tendría por objeto, ante todo, someter la iglesia rusa a la romana^[22].

En un sentido, al menos, León XIII obtuvo un «éxito» cuyos efectos se hacen notar aún. Y también esta empresa estaba al servicio de los planes de la política mundial del papa y, no en último término, a su continua solicitación de la voluntad del zar.

La encíclica de los trabajadores

«Que el hombre viva en la opulencia o sufra bajo la penuria es algo irrelevante para la eterna bienaventuranza»

León XIII

La revolución industrial del siglo XIX había generado una miseria monstruosa. Hombres, mujeres y niños arruinaban sus vidas desde las cinco de la mañana hasta las ocho o las nueve de la noche por un salario perruno. Niños de tres y cuatro años trabajaban ya en la fabricación de encajes. Los de cuatro o cinco se arrastraban, desnudos o semidesnudos, sujetos a cadenas, por las galerías, demasiado angostas y calientes, de las minas. Chicos de nueve o diez años se mataban trabajando en jornadas que no pocas veces duraban 24 y hasta 26 horas seguidas. Se les atraillaba de noche a las fábricas y se les mantenía despiertos a latigazos. Los muertos llenaban las cunetas y acababan sepultados en hoyos o fangales.

A mediados del siglo XIX el promedio de edad de los trabajadores franceses es de 21 años; el de los de Liverpool, de 15. En 1846, más de un millón de irlandeses pasan hambre y emigran otros 2 millones. En Alemania emigraron 100.000, y a partir de 1849, más de 250.000 anualmente.

Las víctimas de aquella mortificación se revuelven por toda la Europa cristiana y en todas partes se les acribilla a tiros, se les recluye en presidio o se les obliga a emigrar. En toda Europa la religión secunda a la policía y ésta a aquélla. El 8 de mayo, Víctor Hugo, antiguo ultrarrealista y cristiano, clama así en el parlamento: «Poneos pues, de pie, católicos, sacerdotes, obispos, hombres de religión, vosotros que os sentáis en esta Asamblea Nacional y a quienes veo en torno a mí ¡Alzaos! ¡Ésa es vuestra obligación! ¿Qué hacéis ahí en vuestros bancos?». Única reacción: carcajadas.

Ninguna iglesia y ningún papa se alzó en nombre de los oprimidos. El clero y los papas figuraban en las filas de los opresores desde hacía milenio y medio y los obreros comenzaron a organizarse contra ellos. En 1863, F. Lasalle organizó la Asociación General de los Obreros Alemanes. En 1864 surge en Londres y bajo la dirección de Marx la Asociación Internacional de los Trabajadores. En 1869 Bebel y Liebknecht fundaron en Eisenach el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Alemanes. En Francia, tras el aplastamiento de la Comuna, los antiguos comuneros reemprendieron la acción. En Rusia actuaban narodniki, nihilistas y anarquistas. Y a partir de ese momento, inquietos y amenazados por las masas obreras sublevadas, algunos cristianos comenzaron a descubrir y a lamentar la miseria de aquéllas e intentaron, de manera más bien farisaica en general, hacerse con las riendas de las fuerzas revolucionarias.

Así por ejemplo y ya una generación antes de León XIII, el Barón Ketteler, el «obispo de los obreros» de Maguncia, escribió como pionero de la política social católica tales simplezas que uno no sabría bien si calificarlas de imbéciles o de embusteras: «En el fondo y en puridad el conjunto del género humano es una gran asociación en que todos se ayudan mutuamente». A este respecto el barón-obispo casi nunca omitía esta mención: «Cristo ha dicho: “Siempre tendréis pobres con vosotros”. Y así es, siempre contaremos entre nosotros a pobres, a muchos pobres, y la inmensa mayoría del género humano tendrá que ganarse el pan con penas y trabajos y con pocas excepciones quedará excluida de los goces materiales de la vida». Este hombre, que en 1870 rechazó hasta el último momento el dogma de la infalibilidad papal para acabar sometándose a él finalmente, fue decisivo para las doctrinas sociales de León.

También del lado evangélico se le anticiparon al papa algunos compañeros de convicción. Por ejemplo, el predicador de la corte de Berlín A. Stoecker, un antisemita frenético y dirigente de los ultraconservadores, quien «por medio de una profunda conversión, de la restauración del sentido profundo de la cosmovisión cristiana, del vivo respeto a los fundamentos morales y religiosos de nuestro pueblo»... «quería reparar los daños causados» Por ello este teólogo protestante, altamente reaccionario, llegó, incluso, a fundar el Partido Obrero Cristiano-Social. Pues no conocía «ninguna designación más indicada que ésta para caracterizar y resolver los enigmas de la cuestión social. “Cristiano” significa la fe en un Dios trino, en el orden divino del mundo, la paz y la alegría en el Espíritu Santo. Incluye en sí todas las virtudes que necesita el pueblo en su vida laboral y

todas las obligaciones que patronos y obreros han de cumplir. “Social” significa comunitario-fraternal y nos prescribe la divisa: uno para todos y todos para uno...».

Fue así como de pronto el mundo vio al «clero con la lengua fuera» y acaeció lo que K. Tucholsky glosó así: «Jadeando y sin aliento van en pos del tiempo, tratando de que nadie se les escape: “¡También nosotros, también nosotros!”, dicen y no, como siglos ha, simplemente: “nosotros”. ¿Socialismo? Nosotros también. ¿Movimientos juveniles? Nosotros también. ¿Deporte? Nosotros también. Estas iglesias no crean nada, se limitan a transformar lo que otros han creado y desarrollado en elementos que les puedan resultar útiles».

Décadas después de Marx y Engels, en una época en que A. Bebel llamó a la Iglesia «el mayor de los centros de idiotización» y K. Kautsky «La maquinaria de explotación más gigantesca que el mundo haya visto jamás», el alto clero se acordó súbitamente, no por compasión o justicia, sino por puro instinto de conservación, de la miseria de las masas obreras y los príncipes de la iglesia aparecieron en escena como «apóstoles sociales». El cardenal Manning intervino en el levantamiento de los estibadores de Londres. El cardenal Gibbons de Baltimore se puso de parte de los «Knights of Labour», los «caballeros del trabajo», a quienes un decreto vaticano había condenado todavía en los tardíos años ochenta y otro decreto posterior toleraba a condición, desde luego, de que limpiasen sus estatutos de veleidades social-comunistas en relación con la propiedad privada y el derecho de adquisición. La Iglesia, declaró el cardenal de la democracia estadounidense, tiene ahora que amar y ganarse al pueblo, pues en la nueva era no tiene ya nada que ver con los príncipes sino con las masas. Incluso Guillermo II encargó entonces a Bismarck que convocase un congreso internacional para la mejora de las condiciones laborales con la cooperación del clero y solicitó del papa que enviase a un delegado propio, cosa que le impidió hacer, sin embargo, «la predominante influencia de las tendencias retrógradas en la curia».

Finalmente, sin embargo, le fue permitido también a León XIII proclamar el «¡id a los obreros! ¡id a los pobres!» y encarecer a su clero: «Cuan importante es realmente estar entre el pueblo y trabajar por su bienestar». Y de forma muy análoga a las promesas impertinentes y carentes de compromiso que usaron, por ejemplo, el predicador de la corte Stoecker o el «obispo de los obreros» de Maguncia, Barón Ketteler —alabado por León como su «gran precursor e iniciador»— el «papa de los obreros» resolvió también la cuestión social en su encíclica «Rerum Novarum» del 15 de mayo de 1891. Los católicos no se cansaban ni se cansan nunca de alabar este escrito maravilloso, elaborado sobre todo por el general de los dominicos Zigliara y por los secretarios papales Boccali y Volpini, llamándolo «grande», «caracterizador de una época», «clásico», la encíclica «en la que más trabajó y a la que concedió, al parecer, la máxima importancia», «la más maravillosa a causa de la amplitud de sus miras y la fertilidad de sus principios y la más fecunda por sus consecuencias».

En el fondo, el principal alarde de habilidad de León, consistía verdaderamente, dicho con palabras del historiador de los papas Castella, en penetrar «de inmediato en el núcleo del problema examinando el malestar social general que socavaba todo el orden establecido. Pero en lugar de hacer una larga descripción de ese malestar, como hacen los

socialistas para excitar los ánimos, aborda en seguida la cuestión de los remedios». Pues el malestar consiste, naturalmente, en esto: en la desaparición de la fe. ¡Como si no supiese que en la época del florecimiento de la fe cristiana, en la bienaventurada Edad Media, un campesino católico costaba a veces casi tres veces menos que un caballo! ¡Y que en aquellos tiempos se entonaba una canción que enseñaba al caballero cristiano a tratar así al campesino cristiano!:

Con la mano bien firme / le sujetas el cuello

y a golpe de cuchillo / le cortas el resuello.

Le quitas sus caballos / y el último doblón.

Estrujar al villano / alegra el corazón.

Pues bien, el mal estaba en la desaparición de la fe y el remedio no podía ser otro que la fe cristiana. Sólo revitalizando la religión, concluye el escrito de León, es posible sanar las lacras y cuanto más libertad se deja a la Iglesia, más fructíferamente cooperará con los estados^[23].

En realidad era precisamente la célebre cooperación la que había conducido a aquellas lacras, a la miseria colectiva y por cierto no sólo a partir del siglo XIX. En realidad León XIII estaba tan poco interesado en la eliminación de esa miseria como lo estaba el predicador de la corte imperial de Berlín. En realidad, León, que «tan profunda comprensión de la penuria de los obreros» parecía mostrar, era todo menos amigo de éstos, pues desde su primer año de pontificado no había hecho otra cosa —equiparándose en eso a su antecesor— que predicar contra «la secta del socialismo» «esa plaga letal». Y si bien exigía en su encíclica una cierta solicitud por los obreros, como previsión social, descanso dominical, salario justo, limosnas y cosas parecidas, lo que en verdad buscaba era únicamente amortiguar las repercusiones del creciente desempleo, la creciente agitación revolucionaria del proletariado. En realidad él partía «ante todo del orden inalterable, establecido de una vez para siempre, de las cosas..., según el cual, en la sociedad civil, es imposible, en definitiva, la igualdad entre el de arriba y el de abajo, entre ricos y pobres. Bien pueden los socialistas intentar la realización de tales sueños, pero es inútil luchar contra el orden natural». «La soñada igualdad equivaldría en realidad a una igualdad indistinta de la misma miseria y degradación para todos» «Que el hombre viva en la opulencia o el disfrute de otras cosas que se llaman bienes materiales o que sufra bajo la penuria, es algo irrelevante para la eterna bienaventuranza». Decisivo para León es tan sólo una igualdad: ¡la igualdad esencial de los hombres ante su divino Señor!

Es perfectamente comprensible que también bajo este «Vicario» menudeasen las manifestaciones contra el papado y que los romanos, como tantas veces en la Edad Media, gritasen también ahora *¡morte al papa!*, lo cual tenía también otros motivos. No obstante, las citas anteriores demuestran que para León XIII, al igual que para San Agustín —ése era uno de sus consejos básicos— los pobres debían «permanecer bajo el yugo, duro y eternamente inalterable de su baja condición», persiguiendo el ideal de una «laboriosa pobreza» (laboriosa paupertas).

Y es que en los posicionamientos «sociales» de los de León y también en los de sus sucesores hay siempre expresiones de sentido muy general o totalmente vacuas con las cuales engatusan los «Santos Padres» a las masas (sus propios funcionarios al servicio de la curia figuran entre los peor pagados del mundo) para ventaja de los poderosos. También León encuentra que entre obreros y patronos cada cual tiene sus deberes y sus derechos, que no hay capital sin trabajo, ni trabajo sin capital, que ricos y pobres tienen profunda necesidad los unos de los otros. Es más, no se recata en declarar, a la vista de la clamorosa injusticia del mundo, que la naturaleza «ha establecido un orden armónico en las relaciones recíprocas entre la clase poseedora de bienes y la desposeída, es decir, los trabajadores».

«Así como en el cuerpo los distintos miembros cooperan a una disposición ordenada — se habla entonces de simetría— también la naturaleza ha dispuesto de tal modo la vida del estado, que aquellas dos clases puedan cooperar en concordia y determinar, en mutua complementación, una situación de equilibrio en la sociedad. Cada una de ellas está totalmente supeditada a la otra. El capital al trabajo y el trabajo al capital. De la concordia resultan la belleza y el orden del mundo. Del continuo enfrentamiento resultan, en cambio, la brutalidad y la confusión».

La «Encíclica obrera» del «papa de los trabajadores» impresionó, al parecer, a todos, católicos y no católicos, a propietarios e indigentes, a patronos y obreros. Se produjo un diluvio de felicitaciones. El «Times» inglés la encontró clara y lógica; el «Guardián», muy afecto a la alta jerarquía eclesiástica, ensalzaba el que el anciano dirigente de una iglesia universal hubiese llegado a la misma conclusión que el emperador Guillermo II. Hasta los no católicos, afirmaba, se remitían en revistas, libros, parlamentos y tribunales al escrito de León. Incluso en opinión de la revista socialista «Vörwarts» («Adelante»), habría «resuelto el papa con ello la cuestión social». Pero cuando el arzobispo Goossens quiso saber si, y en qué medida, peca un empresario que remunera insuficientemente a sus obreros, el Santo Padre no quiso «manifestarse acerca de estas escabrosas cuestiones» y remitió a Goossens al cardenal Zigliara.

Los fabricantes y sus empleados acudieron ahora en tropel a alinearse con León, pues, como dijo el católico Hans Maier, «los trabajadores católicos debían ser puestos en situación de afrontar la lucha contra los partidos socialistas y de vencer en la misma». Así comenzó, de hecho, la guerra organizada de la Iglesia contra el comunismo, el socialismo y la socialdemocracia. Fue la obra de alumbramiento de la «*Démocratie chrétienne*» que «emergió en el horizonte de la Iglesia y de la sociedad... como una aurora preñada de promesas».

Hasta qué punto era rígidamente conservadora la «encíclica social», que tuvo para los católicos el mismo significado «que había tenido para los socialistas el “Manifiesto Comunista” de K. Marx», es realmente algo que se puede colegir del hecho de que Guillermo II —dispuesto, llegado el caso, a ordenar a sus soldados que abatiesen a tiros incluso a sus propios hermanos y padres ante «las maquinaciones socialistas»— confesó «estar plenamente de acuerdo con el papa» en la cuestión obrera, y de que éste envió un ejemplar de la encíclica a Alejandro III, con quien tan solícito era buscando su favor. Bien sabía él que sus principios sociales serían también, y de modo especial, aceptables para el zar.

Y seguro que lo eran asimismo para los restantes «hermanos separados». La jerarquía ortodoxa no había hecho a lo largo del siglo XIX nada, naturalmente, que fuese más allá que los papas en la solución de la cuestión social: por las mismas razones, obviamente. ¡Pues hasta la revolución de 1917 la iglesia rusa poseía un tercio de las tierras! ¡Según una estadística oficial del Santo Sínodo, disponía en 1914 de más de 54.174 iglesias y 25.593 capillas. El número de sus monasterios casi se había doblado entre 1865 y 1914. Recibía una subvención anual que ascendía nada menos que a 62.920.835 rublos y los patriarcas metropolitanos percibían, al parecer, sueldos de 200.000 rublos en el imperio zarista!

Viviendo aún León XIII, Lenin exponía en números al mundo, a la vista de casi tres millones de libretas de ahorro, cuán lucrativo resultaba ser pope ruso. Según él, las libretas de los funcionarios civiles arrojaban un saldo medio de 202 rublos, el de los oficiales militares era de 219 rublos, el de los comerciantes 222 rublos, el de los propietarios de tierras 268 rublos y el de los religiosos 333 rublos, el más elevado. «A la vista de todo ello —resumía Lenin— la preocupación por la salud de las almas de la comunidad no constituye un negocio desventajoso»^[24]. Y en otro pasaje llamaba a la religión «una especie de aguardiente espiritual en el que los esclavos del capital anegan su rostro humano y sus aspiraciones a una vida medianamente digna».

Está claro, en todo caso, por qué los sumos sacerdotes de Roma tenían siempre en gran estima a Rusia, tan retrógrada y tan rica, en la que, por lo demás, proliferaban —como en el propio estado— los pobres y los analfabetos y por qué esperaban también, precisamente en el siglo XIX (¡hasta en nuestros días siguen, de seguro, esperándolo!) poder heredar «el cadáver, en proceso de deshielo», de la iglesia oriental. Esta expresión fue acuñada por el contrarrevolucionario católico, J. de Maistre, admirado por muchos papas, para quien Dios se ponía siempre de parte de los batallones más fuertes y la guerra era algo divino. Hombre que, delirando por la sangre, escribía que «la totalidad de la tierra... no era otra cosa que un inmenso altar sobre el que ha de sacrificarse todo cuanto vive, sin fin y sin medida, sin vacilación, hasta la consumación de todas las cosas, hasta la erradicación del mal, hasta la muerte de la muerte».

La católico-romanización de Rusia era un objetivo básico de León XIII, un plan que él persiguió tan incesantemente como la recuperación de su soberanía. En 1885, una comisión cardenalicia estudió un amplio proyecto sobre «los medios adecuados para favorecer el retomo de los cismáticos griegos a la Iglesia Católica». En 1894 el mismo tema fue considerado en una «conferencia en la cumbre» en el Vaticano, a la que León invitó a los patriarcas católicos orientales y en 1895 creó una comisión cardenalicia permanente para la reconciliación con los separados.

Dada la influencia determinante del emperador ruso sobre la iglesia rusa, el papa confiaba, al igual que sus predecesores, en hacerse con los codiciados fieles mediante un *ukas* (decreto) imperial. Por ello, el propagandista de la «democracia cristiana» no desaprovechaba ocasión para cortejar a los déspotas de San Petersburgo, les encomiaba el sentido restaurador, la fuerza contrarrevolucionaria de la iglesia romana, el papado como baluarte contra toda revolución y sobre todo, una y otra vez, su ayuda decisiva en la pacificación de la Polonia rusa. Después del atentado de los anarquistas contra Alejandro II, en marzo de 1881, León transmitió al zar Alejandro III su condolencia personal. Y cuando el

hijo y sucesor de éste le anunció su subida al trono, él le concedió la orden de Cristo, la más alta condecoración papal, raramente otorgada a potentados no católicos. Pues León veía en el débil regente nuevas posibilidades para la consecución de su gran objetivo, la «*conversione della Russia*» según se expresaba el cardenal secretario de estado Rampolla mientras encargaba a Vera Berlín, una rusa convertida por él, «*preparare il terreno ad un ritorno del mondo russo all'unita cattolica*».

Pero todos los esfuerzos y aproximaciones rastreras fueron en vano. Pese, o quizá precisamente a causa de su ambiciosa política hacia el Este, la unión de las iglesias se hizo más remota que nunca bajo su pontificado.

León XIII, de quien se había temido que no sobreviviría a su coronación, quien luchando contra el desmayo pronunció, él mismo, este oráculo: «¡Esto me fulminará en pocos días!», «¡es la muerte y no la dignidad papal lo que se me concede!», este León alcanzó la edad de 93 años, 4 meses y 19 días y todavía poseía el humor, o quizá suficiente cinismo, para replicar a un visitante que le deseaba cien años de vida: «No debemos poner fronteras a la divina providencia».

El 18 de julio de 1903 el embajador austríaco en el Vaticano, conde Széczen, comunicó que el papa había otorgado hacía dos días al cardenal Rampolla amplísimos poderes de forma que «pudiera firmar todos cuantos documentos le están, en otras circunstancias, reservados al papa». El 20 de julio Széczen notificaba que León XIII «se había extinguido como en un suave sueño, sin dolor», a las 4 de la madrugada. La noticia de la defunción llegó a Viena a las 7,30 de la noche. Treinta minutos más tarde, el ministro de asuntos exteriores austro-húngaro, conde Goluchowski, telegrafiaba a Széczen: «Máximo secreto. Descifre usted mismo, por favor. El miembro del sacro colegio contra quien debiera usarse el derecho de veto, eventualmente y en caso extremadamente necesario, es el cardenal Rampolla»^[25].

PÍO X (1903-1914)

«... reacio, desde un principio, a la política».

(El teólogo católico G. Schweiger)

«Un “papa típicamente religioso”»

(Los teólogos católicos A. Prenzen y R Baumer)

«... puro como dotado de una naturaleza de Parsifal»

(El obispo A. Hudal, condecorado con el distintivo en oro del Partido Nacional Socialista)

«La guerra contra Rusia estaba en puertas y Roma abrigaba la esperanza de una misión afortunada en aquel país tras el avance victorioso de las potencias centrales... El Vaticano, especialmente el papa Pío X, es en una buena parte culpable del estallido de la guerra»

(Eduard Winter)

«En vísperas de la I Guerra Mundial, la curia dirigida por este papa aboga por el rápido aplastamiento de Serbia, por parte de Austria-Hungría»

(El historiador Católico F. Heer)

Cónclave

Cuando la vida de León XIII, cuyas declaraciones serían determinantes para la política curial en el siglo XX, se extinguió en pleno verano del año 1903, los grandes grupos de poder europeos intentaron por todos los medios diplomáticos elevar al solio pontificio a uno de sus partidarios. De los 65 cardenales, entre ellos 30 preladados de la curia, aparecieron 63. Faltaban Moran, de Sidney, debido a la distancia y Celesia, de Palermo, por enfermedad. Dos de los papables no vivían ya: Monaco y Parocchi. Candidatos con posibilidades

parecían ser asimismo el secretario de estado Rampolla, favorito de la Alianza franco-rusa, el cardenal Gotti, general de los carmelitas y prefecto de «Propaganda Fide», candidato de las potencias centrales, el cardenal decano y camarlengo, Oreglia, de 75 años, el vicedecano Vannutelli, los cardenales Agliardi, Capecelato, Svampa, Pietro y Sarto. Hacía ya mucho tiempo que se habían urdido intrigas según todas las reglas del juego, espirituales y profanas. Ahora, la temperatura del cónclave se hacía febril, los rumores y las difamaciones se propagaban como la peste: que la policía andaba tras un sobrino de Rampolla, que Gotti estaba implicado en un proceso y comprometido por la banca Pacelli, que un hermano de Vannutelli estaba en la cárcel. Otro hermano de este último, Vincenzo, otro purpurado, propagaba frenéticamente la candidatura de aquél, asegurando encarecidamente a todos que no entraba en sus especulaciones la de ser él mismo el secretario de estado. No obstante, como decía alguien cáusticamente, no querían tener «dos papas», y por eso ni siquiera sirvió de nada el que en el transcurso del cónclave una paloma llegase a posarse sobre Serafino Vannutelli.

En el primer escrutinio del 1 de agosto de 1903 Rampolla obtuvo 24 votos, Gotti 17, Sarto 5, Vannutelli 4, Oreglia, Capecelato y Pietro obtuvieron 2 cada uno. A la tarde el número de votos a Rampolla se elevó hasta 29, mientras que los de Gotti descendieron a 16 y pasaron más tarde a ser 9 e incluso sólo 3. El candidato de las potencias centrales, «cardenal Esfinge de Mármol», favorito de Alemania y considerado además como canonizable, se fue hundiendo gradualmente. Y eso que, al parecer, «*il santo*» se abstuvo escrupulosamente de decir la menor inconveniencia contra nadie para no poner en peligro su elevación al solio.

Bien podría ser, con todo, que la mala suerte de Gotti se hubiese visto fomentada por una parte de sus partidarios. El embajador austríaco ante el Vaticano, conde N. Széczen von Temerin esboza, cuando menos, un cuadro de «nuestros cardenales» que no es de lo más espléndido: El más joven, pastor supremo de Praga, tiene talante tímido. El primado de Hungría se complace en toda clase de extravagancias. El cardenal de Salzburgo era tardo de entendimiento y siempre respondía «Un, uh». El de Viena era ciego y sordo. Ninguno de los dos sabía francés ni italiano. No conocían a nadie «ni saben nada y esperan ostensiblemente que los inspire el Espíritu Santo».

El mismo embajador no lo tenía tampoco nada fácil. «Entre los 39 cardenales (cuento sólo a los italianos), a la mayoría de los cuales no conozco, —anotemos que llevaba ya nada menos que dos años viviendo en Roma— he de averiguar quién es el más digno y hacerle elegir con 5 votos, los de los preladados austro-húngaros, de entre 62». En relación con eso llevaba una vida de desgaste: «diariamente unas tres horas, uniformado además, en la iglesia y aguantando el calorazo. Recibir y hacer incontables visitas. Leer un montón de periódicos estúpidos. Llega a veces un momento en que no sé ya realmente dónde tengo la cabeza...»^[26].

El propio Rampolla, sin embargo, que se situó en cabeza y pudo incluso, aumentar el porcentaje de sus votos, fracasó asimismo y eso se lo debió, al menos indirectamente, a un cardenal austríaco.

El secretario de estado de León XIII era el hombre en quien Rusia y Francia fundamentaban sus esperanzas. El ministro francés de asuntos exteriores, Th. Delcassé, el

político francés más importante de su época, forjador del entendimiento con Inglaterra y de la Entente de 1904 —«nuestro enemigo más irreconciliable y, si bien se mira, el más inteligente, probablemente de los que tenemos en el mundo», así lo calificaba el canciller del Reich, Von Bülow— había convocado a los príncipes de la iglesia francesa antes de su partida, para, llegado el momento de elegir papa, inclinar el favor del Espíritu Santo hacia un candidato proclive a Francia. Delcassé tan excelentemente informado sobre el colegio cardenalicio que pudo predecir con total exactitud los 24 votos del primer escrutinio parece haber recomendado a los electores de papa presentes en su convocatoria (todos menos 2) votar en bloque a favor de Rampolla, cuya candidatura era también favorecida por el ministro español de asuntos exteriores. En caso de que las posibilidades de la misma se esfumasen debían, eventualmente, votar por Vannutelli.

Atendiendo a consideraciones de política exterior e interior, Austria-Hungría quería impedir a toda costa un papa Rampolla. El cardenal era adversario de la Triple Alianza, favorecía a Francia y a los pueblos eslavos de la monarquía danubiana, al partido cristiano social de Austria y a la democracia en general. Estos dos últimos factores socavaban al estado de los Habsburgo, a los ojos del emperador Francisco José. El regente hizo, por lo tanto, uso de su veto.

El derecho de exclusión en el cónclave, combatido por la curia pero tolerado en la práctica, lo habían aplicado con éxito el emperador austríaco Francisco 11, la penúltima vez, en 1823, y, por última vez, el rey español Fernando VII, el restaurador de la inquisición, en 1830. En Viena mismo se consideraba este recurso como algo odioso, aplicable tan sólo en caso de extrema necesidad. Era, además, un arma de doble filo pues había que contar con que podría ser ignorado por la mayoría de los cardenales. «Pero incluso en el caso más favorable —como escribió el ministro de asuntos exteriores austro-húngaro Conde Goluchowski— de que se tenga en cuenta nuestro veto, ello nos valdrá con seguridad el odio del perjudicado y de sus partidarios así como una *vendetta* siciliana, una venganza sangrienta», pues, —algo que todos sabían— Rampolla era siciliano.

El ministro de asuntos exteriores parece haber encomendado al cardenal de Viena, Gruscha, la presentación del veto. Pero éste, que había implantado en Austria las asociaciones Kolping de aprendices católicos y deseaba ser allegado de Rampolla al menos en lo que respecta a su actitud «social», se sustrajo a aquel penoso deber alegando sus 83 años de edad. Seguidamente el cardenal de Viena le confió esa misión a Kniaz de Kozielsko Puzyna, obispo de Cracovia, vástago de un antiguo linaje de príncipes lituanos, recalcándole estrictamente «que no se anticipase prematuramente ni pusiera sin necesidad las cartas sobre la mesa». En todo caso había que manejar este asunto con extrema prudencia. Con todo, no fue el ministro de asuntos exteriores ruso el único en enterarse del *exclusive* que amenazaba a Rampolla —el embajador ruso ante el Vaticano Charikov ya se lo temía en 1898— sino que el periódico «Neue Wiener Tagblatt» («Nuevo Diario Vienes») ventiló en julio y a plena luz del día —estando aún vivo el papa, pero afectado de rápida decrepitud— la exclusión de Rampolla por parte de la monarquía danubiana.

Después de que éste viese aumentado el número de votos a su favor en la sesión del 1 de agosto, a saber, de 24 a 29, el siguiente día de votaciones, un domingo que vio cómo cincuenta mil personas aguardaban expectantes ante el Vaticano contemplar la *sfumata* y la

decisión del Espíritu Santo, el obispo de Cracovia se levantó para lanzar su veto contra «Su Eminencia, Cardenal Rampolla, nomine et auctoritate Suae Majestatis Apostolicae». El polaco —quien contraviniendo los afanes unitarios de Rampolla frente a rutenos y ucranianos, propugnaba no el rito oriental sino el latino y también una política de polonización declarada— no introdujo la exclusión con la fórmula tradicional del «lamento...», «doleo...», sino con la de «Honor mihi duco...», es decir «tengo el honor de...», si bien con voz extremadamente débil. «*Che dice*», preguntó Rampolla al cardenal Gibbons de Baltimore, sentado a su lado, quien no podía «seguir, pero he oído su nombre». Cuando una segunda lectura de Puzyna tampoco resultó satisfactoria, fue el cardinal F. Caravagni quien expuso finalmente y con toda claridad el veto del emperador austríaco. Rampolla, cuyo rostro normalmente pálido se ensombreció visiblemente, protestó mediante una nota que seguramente llevaba ya preparada: en definitiva el «secreto» había sido ya debatido en el «Neue Wiener Tageblatt». Es más, el mismo Puzyna se lo había notificado con antelación a la víctima. La eliminación de Rampolla estaba, a buen seguro, respaldada no sólo por Viena sino también por Berlín y, más que probablemente, también por el reino de Italia y por un círculo clerical, asimismo, que se había comprometido ya en favor del nuevo estado italiano.

Así, aunque Rampolla reuniese incluso 30 votos en el escrutinio de la tarde, el veto alteró completamente las mayorías. En efecto los votos se iban concentrando aceleradamente a favor del antiguo obispo de Mantua, a la sazón patriarca de Venecia, José Melchor Sarto, quien además se comportó con gran habilidad.

Ya al partir para el cónclave había significado a la condesa Carpegna, quien deseaba que el Espíritu Santo se posase sobre él: «Tiene usted un concepto muy bajo del Espíritu Santo». A su vecino de cónclave, el cardenal Lecot de Burdeos, que le preguntó al comenzar la elección qué diócesis presidía, no le pudo responderle en francés, a raíz de lo cual Lecot le profetizó que no era «papable», pues un papa ha de hablar en francés. Dando gracias a Dios, el modesto Sarto lo confirmó así: «¡Verum est emminentissime Domine. Non sum papabilis. Deo gratias!» Cuando en el primer escrutinio obtuvo 5 votos, lo consideró una mala burla: «volunt jocarí super nomen meum» Cuando la segunda votación arrojó el doble de votos para él, opinó: «Espero que mañana nadie se acuerde de mí, hoy se trató, naturalmente, de un error. ¡Ni siquiera me conocen!». Al mismo tiempo cursó instrucciones a Venecia como si su regreso fuese algo obvio. Y cuando sus posibilidades tomaron carácter serio, al reunir 21 y después 24 votos, comenzó ya, pálido, trémulo y cubierto de lágrimas, a conjurar a todos a que prescindieran de él por no estar a la altura de la carga. Estaba dispuesto para ello a besar los pies de todas sus eminencias: «Soy indigno, soy incapaz, olvidadme», exclamó, «mi elección sería la ruina de la Iglesia»^[27].

Sarto compareció al séptimo y último escrutinio con el rostro marcado por el llanto tras una noche pasada en vela y en oración. Con todo, tras su elección con 50 de los 62 votos declaró confuso, —recuérdese la conducta de su predecesor— y al borde del desmayo, entre lágrimas y gotas de sudor:

«¡Que pase de mí este cáliz, pero cúmplase la voluntad de Dios!». Como contraposición a León XIII y en recuerdo de Pío IX se denominó Pío X y cuando los cardenales le rindieron

los primeros honores mediante el beso en la mejilla, en la mano y en el pie, no le supo tan mal y esbozó ya su primera sonrisa...

Como en el caso de León XIII —el caso de todos los papas— el mundo prorrumpió en júbilo. Sarto, desconocido hasta el punto de que su vecino en el cónclave hubo de preguntarle de qué diócesis era arzobispo, se convirtió de un día para otro en el popular «hombre de Dios». La prensa de todos los partidos expresó su admiración por él, los periódicos, desde Inglaterra hasta España, Rusia y América, ensalzaron sus buenas prendas, la oleada de telegramas y manifestaciones de júbilo parecía no querer cesar.

Pío, «cuya gran energía, resolución e inexorabilidad iban parejas con su bondad, clemencia y mansedumbre» conquistó para sí, como en un arrebató, «todos los ánimos incorruptos» gracias a «su salud física, a la fuerza de sus músculos... a su mano bella y blanca, al color lozano de su rostro de rasgos nobles, casi numismáticos, con sus ojos expresivos, de un azul grisáceo por los que asomaban tanta seriedad, dignidad y resolución como bondad y clemencia», gracias a su «sincera sencillez y bondad de corazón, a su alegre campechanía y amenidad en la conversación», a su «lenguaje popular y su sonora voz así como a los rasgos claros y hermosos de su letra», a su «intelecto abierto al saber y al arte, a su sencillo modo de vestir y su modesto reloj de níquel, al mobiliario, casi mísero, de su dormitorio y su despacho, a su frugal comida», gracias a su «inagotable generosidad», «su actitud sobrenatural y su piedad...» etc, etc.

Se trataba de la misma oleada propagandística, de euforia casi automática, que en el caso de León XIII. Pero mientras que éste, que según el católico J. Fevre era «el papa de los reyes, de los emperadores, de las cortes, de las cancillerías y de los obispos» entró en la historia, grotesca ironía, como «papa de los obreros», a su sucesor se le etiquetó como «papa de la acción pastoral», como «papa de los débiles, de los pobres y de los párrocos». «Renovar todo en Cristo» (*instaurare omnia in Christo*) era su divisa. «De política no entiendo nada», así parafraseó su proyecto vital. «Nada tengo que ver con la diplomacia. Mi política es aquél» (*la mía política 'e quello*), aludiendo a aquél que, según la Biblia, fue crucificado una vez y que en la historia de la Iglesia lo sigue siendo incesantemente.

Pero aun siendo cierto que Pío X no era tan eminentemente político ni curtido en todos los avalares como León XIII, esta «aparición sobrenatural y encarnación ideal del Vicario de Cristo», mencionaba no obstante en su encíclica inaugural que era su «deber» «tomar cumplidamente sobre Nos los cuidados pertinentes a la política», acentuando incluso, — con lo cual seguía claramente las huellas de su predecesor y de la mayoría de los papas desde la Edad Media— que «corresponde a nuestro cargo el guiar a todos y a cada uno, no sólo a los que obedecen, sino también a los que mandan, (!) no sólo en su vida privada, sino también en la pública, tanto en lo social como en lo político». Y ello no es todo: pocos meses después proclamó como misión suya, «en el alto cargo que se nos ha encomendado», trabajar «según el mandato de Dios», a saber, «yo te pongo por encima de los pueblos y los reinos, para que arranques y arrases, edifiques y plantes...» Aquí se hizo alusión, atinadamente, a la otra sentencia con la que el cardenal e historiador Baronio aclaraba otrora a Pablo V «las obligaciones de los papas en virtud de j su cargo»: «Dos son las funciones en el oficio de San Pedro, consisten en apacentar y matar, según las palabras:

apacienta mis corderos, y, consecuentemente, mata y come. Pues si el papa ha de enfrentarse a recalcitrantes, tiene el mandato de sacrificarlos, matarlos y comérselos».

Bajo Pablo V comenzó la Guerra de los 30 Años del Siglo XVII; bajo Pío X la Guerra de los 30 años del siglo XX. Pío consideraba la política —escribió el embajador austríaco ante el Vaticano— «como un mal inherente a su dominio universal».

«Dominio universal», lo mismo, pues, que bajo León XIII.

Con todo. Pío X no pensaba proseguir el curso de su antecesor cuya alta diplomacia consideraba «fracasada». Pues si bien durante los últimos años del pontificado de Pecci se había revigorizado de nuevo la tendencia germanófila en la curia y León había, finalmente, traído más alemanes al Vaticano y dispensado alguna que otra vez su favor a las potencias centrales, su propósito era únicamente el de embaucarlos, «espolearlos a que fuesen aún más modosos», mientras que todas sus esperanzas se cifraban en Francia y en la Rusia a ella vinculada. Hasta el último gesto del moribundo señala en esa dirección —su alusión al «penique de hierro para caso de urgencia» depositada en una caja fuerte oculta para todos, a cinco millones de francos franceses, la herencia para su sucesor—. El papa contaba firmemente —y no se engañaba en ello— con una victoria de Francia, respaldada por Rusia. «Los empréstitos a Rusia, concedidos a un alto interés, constituían un respaldo considerable para el franco francés. Así se entiende que León XIII acompañase a Francia en todos sus virajes políticos y que, apoyase, en definitiva al gobierno francés, pese a todas sus declaraciones anticlericales».

Aparte del «penique de hierro», el papa León dejó en todo caso en herencia un patrimonio de unos 60 a 70 millones^[28].

Relaciones óptimas con Austria-Hungría

La elevación al solio de J. Sarto, un compromiso en apariencia, se evidenció pronto como un éxito de las potencias centrales y especialmente de Austria-Hungría. Al contrario que Pecci y Rampolla, italianos de la nobleza, Sarto era hijo de un modesto campesino, cartero a la vez, y de una modista. Un hermano suyo era gendarme austríaco y él mismo creció en el norte, en la Venecia austríaca, fronteriza de los eslavos del sur, en oposición a los cuales se educó él, nada menos que durante tres décadas. El antieslavismo fue ya una constante de toda su vida. Sentía, en cambio, gran estima por el viejo emperador Francisco José I, profundamente adicto al Vaticano, a quien una enciclopedia de historia alemana ensalza así: «La edad lo volvía venerable a ojos vistas». El emperador era, según confesión propia «Un fiel hijo de la Iglesia, que me enseñó la devoción en las horas difíciles...» y ya en el Concordato de 1885, este monarca había sacrificado importantes derechos del estado en favor de la iglesia romana. Según el obispo Hudal, veneraba de tal modo al papado que «estaba antes dispuesto a consentir que los intereses de su dinastía sufriesen detrimento en la política exterior que a desconsiderar exigencias justificadas de la curia».

Pío era tanto más propicio a un soberano así cuanto que su tiara la debía únicamente al veto imperial, por lo que el gobierno vienes tenía a gala «haber ayudado a la Iglesia a hallar un soberano tan excelso». Por su parte Pío X manifestó pronto y repetidamente su apego a

la monarquía danubiana: durante 32 años había sido «fiel súbdito de Austria» y «no escatimaría esfuerzos» para establecer una relación óptima entre el Vaticano y Austria-Hungría. También al embajador, conde Széczen, le aseguró, apenas se presentó la ocasión, «que siempre concedería la máxima importancia al mantenimiento de relaciones óptimas con Austria-Hungría y que estaría siempre dispuesto a atender nuestros deseos en cuanto fuera posible». Y ya en la audiencia inaugural de Széczen lamentó «las actividades agitatorias del clero eslavo».

El francófilo y eslavófilo Rampolla, en cambio, que había ido enajenándose todas las simpatías de Viena hasta hacerse allí «auténticamente odioso» y que en el cónclave había sido también el principal rival de Sarto, fue inmediatamente depuesto por éste y tras perder su posición dirigente en la secretaría de estado fue encargado, como por escarnio, de dirigir la recién fundada Comisión Bíblica y forzado prácticamente a su retiro en calidad de arcipreste de San Pedro. Vino a ocupar su puesto el secretario del cónclave, Merry del Val, vástago de una familia de diplomáticos que sólo contaba 38 años. Este prelado había desempeñado antes cierta actividad política en Viena y era, fuera de toda duda, un filoaustriaco de origen español, el primer dirigente de la secretaría de estado no italiano. Aparentemente suave, amable y deferente como persona, era con todo, tanto más severo, casi sombrío, en sus principios. Intellectualmente era tan insignificante que los diplomáticos decían chistosamente «*Merry del Val non val*».

Gracias a su relación de confianza con el papa obtuvo un enorme poder. No era, sin embargo, como a veces se dice, jesuita, aunque sí educado por los jesuitas y tenía tan estrecha relación con el general de éstos que se le acusaba sin ambages de ser un instrumento en manos de la todopoderosa «Compañía de Jesús».

El ascenso de Del Val, a quien Pío X elevó también de inmediato a cardenal —de momento era el único a quien ascendía si descontamos a Callegari, amigo de su infancia— constituía el agradecimiento papal por el «juicioso espíritu que demostró» el secretario del cónclave. Y también frente a otro príncipe de la iglesia mostró Pío una pronta deferencia: su primera audiencia la concedió al cardenal Puzyna, el 7 de agosto de 1903, quien, en nombre de su emperador, había pronunciado el *exclusive* formal contra Rampolla. En cierta manera, con ello había hecho Papa a Sarto, algo sobre lo cual discutía una semana más tarde —con gran perplejidad del Vaticano— «la prensa de todos los países». Un pintor austríaco, Lippay, pudo realizar uno de los primeros retratos del recién elegido. Pero también algunas canonizaciones y beatificaciones se reputaron como muestras de su favor hacia Austria. El príncipe-arzobispo Kohn von Ólmütz, en cambio, descendiente de la burguesía judía, que resultaba fatal para Viena porque favorecía a los checos y a quien León XIII, sobornado al parecer por sus opulentos regalos, mantuvo en su sede pese a la presión contraria de Viena, fue depuesto por Pío en los primeros meses de su pontificado.

Con razón encarecía el papa que su propósito de prestar «el máximo interés y simpatía» a la política de la monarquía de los Habsburgo no era pura retórica. Ya al final de su primer año de pontificado la curia ofrecía, a ojos de la diplomacia, «un cuadro completamente distinto». «Ha desaparecido el odio contra la Triple Alianza y Austria-Hungría puede afirmar hoy con toda tranquilidad que se le ha devuelto íntegramente la posición que le corresponde en la política de la Iglesia». No obstante, todavía en 1907/8, cuando el

embajador austríaco ante el Vaticano consideraba, en discusión puramente «académica» las posibilidades de un futuro cónclave, se sentía atormentado por el miedo al retorno de Rampolla y buscaba los medios «para estorbar una elección eventual de Rampolla». El cardenal, presumía el conde Széczen, no ha desistido aún de ser papa pese a todo. Es cierto que aparece en público lo menos posible, pero asiste a todas las fiestas nacionales de Austria para mostrar ostentosamente que «ahora es persona grata en la misma Viena». El embajador previene y teme. «Nuestro mayor deseo es que Pío goce de una vida lo más larga posible. Ése es el mejor modo de conjurar nuestros temores respecto a una candidatura eventual de Rampolla».

El veto estatal, el *exclusive*, gracias al cual pudo él mismo ser papa, fue declarado por Pío, apenas medio año después, el 20 de enero de 1904 y con toda solemnidad, como recurso ilícito imponiendo las más graves sanciones canónicas a quienes participasen o comunicasen al colegio cardenalicio, o a cardenales particulares, tal veto^[29].

El giro hacia la Alemania guillermina y la política social del Papa

Mientras la curia colaboraba cada vez más estrechamente con Austria-Hungría también se aproximaba al mismo tiempo a la Alemania imperialista de Guillermo II, con lo cual se vino completamente abajo toda la concepción política, cuidadosamente diseñada y ampliamente previsora, de León XIII y de su secretario de estado.

El emperador, cuyos enunciados «Nos adentramos navegando en el Fjord Hardanger. Las nubes encubrían aún las montañas de nuestro entorno, pero después la cortina nebulosa se desgarró y el sol irrumpió con tal majestad que nosotros dimos un taconazo sobre el puente de mando...» descollarían incluso en el *ABC de las frases más estúpidas*, de E. Jameson, tenía, con sus pretensiones de monarquía absoluta («regis voluntas suprema lex»), una mentalidad tan afín a la de Pío X como a la de su antecesor. Y su diletantismo político (aunque la virtud contraria no resulte mejor, basta leer la historia) encajaba todavía mejor con el de Pío.

En todo caso, el déspota alemán era un cristiano creyente y su «veneración al sol» sobre el puente de mando no era, de seguro, ninguna reminiscencia pagana como lo era en otro tiempo la de aquellos cristianos que todavía en el siglo V caían de rodillas ante el astro naciente rogándole: «Ten piedad de nosotros» sino expresión del concepto bajo el cual las subsume Jameson. Ya en su «prédica a la marina del 29 de julio de 1900 conjuró el emperador al viejo Dios» y «al santo contingente de los orantes» que «intervienen, espada en mano, defendiendo nuestros bienes más sagrados». Una década más tarde declaró: «Sigo mi camino... considerándome un instrumento del Señor». Ante los monjes de Beuron proclamó en su momento: «La corona que porto sólo puede ser garantía de éxito si se funda en la palabra y la persona del Señor. Como símbolo de ello he erigido la cruz en esta iglesia, para demostrar así... que los gobiernos de los príncipes cristianos sólo pueden ser dirigidos bajo el signo del Señor y deben ayudar a fortalecer el sentido religioso congénito en los germanos y a acrecentar el respeto ante el trono y el altar. Ambos se complementan mutuamente y no deben ser separados». A medida que sus pasos avanzaban hacia el 1914,

y ese año de modo especial, más vehemencia ponía en asegurar al mundo cuan unido se sentía al «gran Aliado».

Pero Guillermo II no era únicamente un protestante convencido. Su visión de un Dios dispensador de una gracia mística le hacían guardar una actitud plenamente respetuosa, benevolente, incluso, para con la iglesia católica. En 1887 y por vez primera, el congreso católico alemán lanzó un «viva el Emperador» después de los tres «vivas» al papa y desde el acabamiento de la «Kulturkampf» la paz, al menos por cuanto respecta a la política eclesiástica, apenas fue perturbada. Téngase en cuenta que aproximadamente un tercio de los súbditos imperiales eran católicos y si bien las relaciones con la curia misma se deterioraron continuamente, la influencia germano-austríaca, otra vez creciente en el Vaticano, hizo que en los últimos años de vida de León se produjese su amigable encuentro con el emperador. En el transcurso del mismo se asignaron recíprocamente el dominio del orbe.

Por el sucesor filoaustríaco, Pío X, sentía Alemania una estima cada vez mayor. Nadie menos que Guillermo II fue quien recordó posteriormente: «La elevación del patriarca de Venecia al solio pontificio fue saludada por doquier con alegría... El recién elegido mandó que me hiciesen partícipe de su deseo de que yo siguiera cultivando las mismas relaciones de amistad que me habían unido a León XIII».

Al igual que León, Pío X compartía también, naturalmente, la actitud virulentamente antisocialista del emperador, cuyo «nuevo curso» y «régimen personal», tras el derrocamiento de Bismarck, intentaba continuar íntegramente la política represiva frente a la socialdemocracia. Al igual que el «canciller de hierro» que quisiera «aniquilar a los socialistas como a ratas» el emperador, cuyo lenguaje prenunciaba ya en ocasiones el de Hitler, desearía asimismo destruirlos, fusilarlos. A través de un proyecto de golpe de estado que se remontaba hasta Bismarck, Guillermo II quería incluso, en unión con los príncipes y contra lo dispuesto en la constitución, disolver el *Reich* para, una vez refundado, excluir *de facto* a la socialdemocracia de las elecciones. El plan fracasó sin embargo por la resistencia del nuevo canciller del Reich, conde von Caprivi. También fracasaron, por rechazo de la Dieta Imperial o de la Cámara de Diputados de Prusia la «Moción contra las actividades subversivas» (1895) y la «Moción sobre los presidios» (1899) con las que también se pretendía combatir drásticamente a la socialdemocracia. En todo caso ésta pudo triplicar el número de sus adherentes hasta 1912.

Pío X odiaba a los socialistas como León XIII, a partir de cuyas encíclicas compiló él, el 18.12.1903, 19 tesis en un Motupropio, a manera de «programa socio-político». Sólo con extremada prudencia podría hablarse bajo Pío X de una «democracia cristiana» en el sentido de León, pues Pío era alguien capaz de exclamar ante el representante ruso en el Vaticano «¡Pero, cómo el pueblo va a ser soberano!». En cambio bendecía toda política social restauradora y como vástago de la pequeña burguesía tenía un alto aprecio de la monarquía y de la nobleza y veneraba, hasta rayar en la ingenuidad, al emperador Francisco José. Ese papa que «vivía de forma paupérrima» pero apoyaba a los otros pobres como verdadero «ángel consolador» hasta el agotamiento, exhortó en cambio a los obreros el 13 de septiembre de 1903, pocas semanas después de su ascenso al solio, a cumplir con sus deberes religiosos, a educar cristianamente a sus hijos y a soportar resignadamente su

suerte, siguiendo el ejemplo de Cristo: solución clerical de la cuestión social que se remonta al mismo Pablo quien recomendaba al esclavo que, incluso pudiendo obtener la libertad, se mantuviera tanto más complacidamente en la esclavitud, y el de la primera carta de Pedro que ordenaba a los esclavos soportar los golpes de sus amos por amor a Jesús. A comienzos del siglo II, también el obispo Ignacio les enseñaba «que no deben engreírse, sino que, en honor de Dios, deben acrecentar el celo en sus deberes de esclavos».

La imitación de Pablo, de la sedicente I Carta de Pedro, de San Ignacio y de San Agustín, que no de Jesús, de la comunidad primitiva y de otros Padres de la Iglesia, «comunistas» radicales, es algo común a todos los papas y también a Pío, que exclamó cierta vez en el Vaticano «¡Qué lujo y qué riqueza poseen aquí todas las cosas!»^[30]. Ya como patriarca de Venecia había posibilitado en el consejo municipal una política reaccionaria que le mereció el nombre de «el campesino intrigante» por parte de liberales y socialistas. Y donde quiera que acciones «demócrata-cristianas», aunque fuesen dirigidas por católicos y sacerdotes, persiguieran mejorar la suerte de los obreros, hallaban la oposición del papa, salvo que estos grupos estuviesen firmemente controlados por el alto clero. Pues «Incluso si sus doctrinas estuviesen totalmente limpias de errores, constituiría ya una grave transgresión de la disciplina católica el que se sustrajeran tenazmente a la dirección de aquellos que recibieron del cielo la misión de dirigir a individuos y sociedades por el angosto camino de la verdad y del bien». Consecuentemente, el papa polemizaba contra *Sillón*, (Surcó) fundado por Marc Sangnier, movimiento que unía el catolicismo con el compromiso por la democracia y las reformas sociales. Es cierto que «Sillón» «justificaba antes bellas esperanzas» pero ahora, afirmaba el papa, «no es otra cosa que un mísero afluente de la gran corriente de la apostasía organizada en todos los países al objeto de levantar una iglesia universal, que no tendrá dogmas ni jerarquía, ni reglas para el espíritu ni riendas para las pasiones y que, bajo pretexto de la libertad y de la dignidad humana, impondría en el mundo, si llegara a triunfar, el dominio legal de la violencia y la astucia, la opresión de los débiles y de todos cuantos sufren y trabajan».

Pero en realidad. Pío propugnaba precisamente, como casi todos los papas, el dominio legal de la violencia y la astucia, la opresión de los más débiles, algo que su comportamiento a raíz de la revolución rusa de 1905 demuestra ya por sí solo. Pues incluso en el caso de que tales movimientos —hoy diríamos de la izquierda católica— estuviesen «totalmente limpios de errores» —notable concesión de Pío— «constituirían ya una grave transgresión» al no estar dirigidos por quienes recibieron del cielo esa misión, es decir, porque no resultan útiles, al menos de forma inmediata, a la jerarquía y a su política afecta al gran capitalismo. Los «sillonistas» condenados por el papa a causa de sus ideas exageradas respecto a la libertad y la igualdad, se sometieron de inmediato con Sangnier a su cabeza y fundaron por diócesis los «sillons catholiques», sumisos a los obispos. Con este motivo un cardenal romano halló el comentario más adecuado mientras hablaba con un marianista francés: que si Cristo retornase lo volverían a crucificar «pero esta vez no en Jerusalén, sino en Roma».

En Roma se produjo un espectáculo similar y Pío sabotó asimismo los inicios de una democracia cristiana, representada por la «Lega democrática nazionale» dirigida por el joven sacerdote Murri. Pues el papa argüía ya en diciembre de 1903: En la realización de su

programa, la democracia cristiana tiene la estricta obligación de someterse a la autoridad eclesiástica en total sumisión y obediencia hacia los obispos y sus representantes (89). Se estaba, por principio, —explicaba meses más tarde el cardenal secretario de estado— contra «tales religiosos y seculares, notorios por sus nada correctos puntos de vista acerca de la actividad cristiano-social, en cuanto partidarios y divulgadores de fatales innovaciones, por ser poco celosos en la defensa de los propósitos y derechos de la Santa Sede o poco sinceros en el seguimiento de las instrucciones papales». En una tajante encíclica del 28 de julio de 1906, Pío X prohibió a todos los sacerdotes y clérigos novicios la afiliación a la «Lega Democrática Nazionale», fundada por demócrata-cristianos, mientras patrocinaba en cambio, en 1908, el nacimiento de la «Direzione generale dell’Azione cattolica italiana» como «órgano central del movimiento católico». De ahí que fulminase en 1909 a Murri, que no estaba dispuesto a dejarse tutelar, con excomuniación mayor.

De igual modo procedió el papa en Alemania. En 1895 se habían constituido aquí, con la ayuda del Partido del Centro, «sindicatos cristianos» en los que colaboraban obreros católicos y evangélicos. Su objetivo era, claro está, luchar contra los sindicatos socialistas, y las regiones donde tenían más peso eran el Ruhr, el Sarre y Baviera. En la «disputa sindical» sin embargo, los católicos se escindieron en una dirección berlinesa «integral» —favorecida especialmente por el cardenal de Breslau, Von Kopp y por el obispo de Tréveris, Korum, quien en 1891 adquirió notoriedad por la exposición de la «túnica de Tréveris» (V. pág. 58)—, y en otra «progresista» de Colonia. Hasta 1912 el mismo Pío deseaba asociaciones obreras puramente católicas, también y de modo especial en Alemania. Es más, incluso el 27 de mayo de 1914, abogó en el fondo por ese tipo de asociación a raíz de un consistorio público, declarando sin embargo, a la sazón «que las asociaciones obreras mixtas, las alianzas con no-católicos, al objeto de obtener mejoras materiales, son legítimas bajo ciertas y exactamente determinadas condiciones...» Finalmente, no tardaría en producirse aquel acontecimiento por razón del cual, incluso un Guillermo II no reconocía ya partido alguno, sino sólo alemanes...

«Lo único que nos ocupa, es la cuestión social», dijo en 1903 el general de los jesuitas, Louis Martín, en el generalato de su orden al mariscal general de campo alemán, Von Waldersee, quien no solamente ejerció el mando como «mariscal mundial» de las tropas aliadas en la Revuelta de los Boxers, sino que además pertenecía al círculo de íntimos del predicador de la corte de Berlín y fundador del Partido Obrero Cristiano Social, A. Stoecker. El general de los jesuitas Martín blasonaba frente al conde Waldersse con los 5000 obreros que sus «padres» habían arrancado a las filas de los socialistas.

Eso tan sólo en Reims y en cuatro años. Aludió asimismo a la amable actitud de Inglaterra frente al catolicismo y especialmente frente a los jesuitas, porque aquélla «obtenía de la orden grandísimas ventajas» en las colonias. Declaró con énfasis «que todo estado que mantenga una actitud amistosa hacia nosotros puede obtener de ahí grandes ventajas». El representante del imperialismo alemán comprendió: «yo sólo conozco un peligro, el socialista». Y en una de las cartas cruzadas al efecto el general de los jesuitas resumía así: «Es importante que en su lucha contra el socialismo, los católicos hagan causa común con todos los elementos conservadores».

Ya el 16 de marzo de 1904 fue anulado el artículo 2 de la ley relativa a los jesuitas, que prohibía a éstos residir en el territorio del Reich. Por mucho que despotricase la prensa protestante y por más que el mismo emperador, en observaciones marginales, llamase a los jesuitas «hijos del infierno» y «asado del diablo» a partir de ahora podían, sin fundar filiales, entrar transitoriamente en el Reich. Eran cada vez más los alemanes que ahora accedían al Vaticano, como la diplomacia rusa registraba preocupada. En 1906, el nuevo general de los jesuitas, T. X. Wernz, era también alemán. Por deseo alemán, Pío nombró en 1907 al general de los dominicos A. Frühwirth como nuncio en Múnich. El papa sintió como algo «sumamente desagradable» el conflicto entre el Centro y el canciller del Reich, Von Bülow y encareció a éste, en la primavera de 1908, que podía contar con su inquebrantada confianza. El canciller, por su parte, aseguraba a Su Santidad que el emperador Guillermo sentía la misma complacencia por todos sus súbditos, incluidos los católicos y que veía en esta paridad un principio fundamental del que nunca se distanciaría. Y la visita de su sucesor, Bethmann Hollweg, en la primavera de 1910 fue considerada como importante por el ministro residente ruso en el Vaticano, N. I. Bulacel, en relación con las relaciones germano-curiales.

Aunque, cierta vez, el papa fuese, ciertamente, demasiado lejos en el celo del combate interconfesional, en 1910, cuando su encíclica sobre S. Carlos Borromeo indignó de tal modo al campo protestante (hasta los círculos protestantes del sur de Hungría y de Croacia), que más bien benefició que perjudicó a ese campo, pronto depuso su actitud y ordenó retirar la encíclica de Alemania, así como el juramento antimodernista. El 6 de julio de 1910 proclamó ante peregrinos alemanes su predilección por Alemania. —¡Al igual que hizo Pío XII en 1939! Más aún—. Pío X imploró en su día para que la bendición divina descendiese ante todo a la casa de los Hohenzollern. —¡Al igual que hizo Pío XII en 1939 respecto a Hitler! Y abogó con gran energía y toda su influencia para que el Centro apoyase al gobierno del Reich—. ¡Otro tanto hizo Pío XII en 1939! Estos píos no estaban únicamente unidos por el nombre.

El príncipe Volkonskij, representante ruso ante la «Santa Sede» subrayó en septiembre de 1911 que los lazos entre la curia y las potencias centrales se hacían cada vez más cordiales a la par que empeoraban las relaciones ruso-vaticanas, contribuyendo de modo especial a lo último la embajada austro-húngara. Poco antes, incluso, del comienzo de la guerra, el 27 de mayo de 1914, Pío X nombró a 14 nuevos cardenales y entre ellos a tres provenientes de las potencias centrales: G. Piffl, de Viena; E. Bettinger, de Múnich y E. Hartmann, de Colonia. Incluso pocos días antes de su muerte —cuando la guerra mundial arrasaba ya todo— Pío X encomiaba a los católicos alemanes como «los mejores del mundo»^[31].

Tonos conciliadores con Italia

Incluso con Italia, el socio de Alemania y Austria-Hungría en la Triple Alianza, mejoraron ahora, sin que hubiese negociaciones previas, las relaciones de la curia. Cierto que el papa amagó algunas discretas protestas, quejándose en base a la conciencia de su

cargo y al juramento prestado, por el desacato cometido contra la Iglesia y exigiendo que «ésta disfrute de entera y plena libertad, ya que no puede someterse a ninguna otra potestad». A veces adoptó, incluso, actitudes más ásperas. Pero siendo aún patriarca de Venecia, Sarto había encantado a su Majestad el rey Umberto, con ocasión de su visita y también como papa se mostró casi conciliador, sobre todo si se le compara con su antecesor. Depuso, por ejemplo, al arzobispo de Zara por su propaganda croata, dirigida contra el reino. Permitió al cardenal vicario Respighi la visita eclesiástica al hospital militar, incluso en Roma. Permitió que un prelado bendijese en Spezia la insignia de un buque de guerra y hasta que los obispos del país organizaran oraciones por el triunfo sobre Turquía, pues los vicarios de Cristo hallan acomodo más fácil con el ejército y la guerra que con el socialismo. Precisamente por lo que respecta a Pío X se tiene constancia de su «predilección por el ejército» «una simpatía... especial por lo castrense». Y otro tanto ocurre con Pío XI y Pío XII. En todo caso, la actitud amistosa del papa frente a Italia durante la guerra italo-turca (1911/12) tenía además otro motivo.

Italia intentaba, desde mucho tiempo ha, anexionarse Trípoli, entonces bajo soberanía turca. Puesto que Trípoli domina, juntamente con Sicilia, una zona relativamente estrecha del Mediterráneo, poseía una considerable importancia estratégica. Italia lo consideraba además como zona de despliegue para posteriores expansiones. Pero, sobre todo, este conflicto provocó «la codicia de los reyes de las finanzas italianas» (Lenin). La diplomacia romana había preparado cuidadosamente, desde hacía 30 años, el apresamiento de Trípoli y cuando, en 1911, la crisis de Agadir inmovilizó a las grandes potencias, Italia presentó a los turcos un ultimátum de un cinismo casi insuperable, tan repentino como un rayo caído de un cielo sereno. En él reprochaba a la Sublime Puerta, mantener Trípoli y la Cirenaica en un estado de desorden y de miseria, torpedear las iniciativas italianas en Trípoli. Contenía esta sorprendente declaración: «El gobierno italiano obligado a salvaguardar su dignidad y sus intereses ha decidido proceder a la ocupación militar de Trípoli y la Cirenaica». El documento se elevaba hasta las más altas cimas de la desvergüenza al concluir con una propuesta a Turquía, para que ella misma favoreciese la anexión de su territorio, «impidiendo con medidas pertinentes cualquier tipo de resistencia contra las tropas italianas».

Entre los poderes financieros de Roma, con importantes intereses en Trípoli y, en definitiva, especial participación material en la guerra hay que contar al Banco di Roma. Esta entidad, a cuyo frente estaba E. Pacelli, tío del futuro Pío XII, estaba vinculada al Vaticano. Así se entiende que éste, oficialmente enemistado con Italia, permitiese sin embargo a sus obispos incluso la bendición de las tropas italianas: eso en una pura guerra de agresión y conquista, de las prohibidas por la propia doctrina eclesiástica. Por no hablar del evangelio.

Pues cuando se trata del dinero vaticano, hay no pocas cosas permitidas, o hasta obligadas, que en otro caso serían prohibidas. Por eso Pío X se aproximó también a Italia mediante el relajamiento sucesivo del «*Non expedit*» de sus dos antecesores, que vetaba estrictamente la participación electoral en un estado surgido de la «Revolución» y de la «Usurpación». Lo hacía, evidentemente, tan sólo para detener al socialismo. Por eso, ya en 1904, la curia había decretado:

«La no participación en las elecciones queda fijada como norma general. La prudencia de los obispos puede permitir excepciones en casos particulares, concediendo la participación electoral allá donde exista peligro de que sea elegido un anticlerical» En la pastoral al episcopado italiano del 11 de junio de 1905 se dice «Cuando se trate del bien supremo de la sociedad —que se identifica obviamente con el bien supremo del Vaticano— se puede tolerar que en casos particulares hay dispensa de la ley —a saber, de la prohibición de votar— y de modo expreso cuando veáis que la salud de las almas y los supremos intereses de vuestras iglesias estén en juego y solicitéis la dispensa»^[32].

Enemistad con Francia

Mientras que los contactos curiales mejoraron inmediatamente respecto a Austria, de forma bastante rápida respecto al Imperio Alemán y adoptaron tonos más amables incluso frente a Italia, empeoraron, en cambio, respecto a Rusia e Inglaterra, pero de modo especial respecto a Francia, cuyos cardenales se habían opuesto, desde luego, hasta el último momento a la elección de Sarto y cuya iglesia ya había dejado bastante desolada León XIII. Su tentativa de conseguir una mayor influencia sobre la república mediante la adaptación de los católicos del país a ese régimen, fracasó en términos generales. La cuestión de la soberanía de la iglesia nacional se enfocó ahora con mayor rigor, la legislación anticlerical se recrudeció. Otro tanto ocurrió con la reacción del poco diplomático Pío. Fueron precisamente sus «acciones políticamente torpes» como escriben dos historiadores católicos de los papas, Seppelt y Schwaiger, las que determinaron el «último y decisivo recrudecimiento del conflicto». Cuando en 1904 el presidente Loubet devolvía en Roma la visita que le había hecho el rey de Italia, el papa no recibió al francés, sino que protestó a través de su secretario de estado de modo que, después de algunas querellas más, Francia dio por interrumpidas las relaciones aquel mismo verano y el 7 de julio disolvió unas diez mil escuelas católicas. También confiscó la totalidad del patrimonio de los monasterios franceses, captando así «los millones monacales». Por último, en 1905 fue aprobada por la cámara de diputados (341 contra 233 votos) y por el senado (179 contra 103) y a pesar de la renovada protesta papal y obispal, la ley sobre la total separación de la Iglesia y del Estado.

Mientras que las comunidades protestantes y judías se sometieron y hasta los mismos católicos reaccionaron lealmente, la Iglesia fulminó anatema tras anatema contra la república y Pío X condenó en 1906 la ley del modo más enérgico mediante la encíclica «Vehementer nos» del 11 de febrero de 1906. Es más, ni siquiera se recató en «anular» el decreto por el que Francia separaba implacablemente Iglesia y Estado (Art. I: «La República garantiza la libertad de conciencia. Garantiza la libertad del culto divino público con las siguientes restricciones en bien del orden público...»). «En virtud de la sublime plenitud de poderes que nos ha sido concedida por Dios, desaprobamos y condenamos la ley por la que Francia ha dispuesto la separación de la Iglesia y del Estado porque, en el sentido más profundo, desprecia a Dios (!) y lo reprueba públicamente y ostensiblemente al establecer el principio de que la República no reconoce ninguna forma determinada de culto: porque

vulnera el derecho natural, el derecho internacional y la confianza general en los convenios. Porque está en contradicción con la constitución que Dios dio a la Iglesia, con sus derechos esenciales y con la libertad».

Un registro efectuado en la nunciatura de París, centro de la lucha antiestatal, aquel mismo año, la expulsión del encargado de negocios papal, Monseñor Montagnini y la publicación de papeles comprometedores de aquella nunciatura provocaron nuevos ataques del papa, que consagró por entonces a 14 obispos franceses en San Pedro, exhortándolos «no a la alegría, sino a la cruz» y encaminándolos a la «pobreza»: una situación bíblica realmente insólita para un príncipe de la iglesia.

Todas las agitaciones emprendidas por «Sarto, el papa de hierro», para soliviantar al pueblo contra el estado, dejaron frío a aquél. «El pueblo francés asumió en conjunto con sosegada tranquilidad aquella separación» constata incluso una historia de los papas con el *imprimatur* eclesiástico. «Sólo en casos aislados se produjeron disturbios». El esperado huracán popular no se produjo. Y eso pese a todos los «atentados antirreligiosos» como la retirada del crucifijo de los tribunales, la expulsión del encargado de negocios papal, las trabas a contactos de los prelados con Roma, la orfandad de las sedes obispales; pese a la ley de separación, proscripción masiva de órdenes religiosas, supresión de escuelas católicas, suspensión del sueldo de los párrocos, llamamiento a filas de 5.500 clérigos, confiscación o expropiación de las posesiones eclesiásticas; a pesar de todas las quejas, protestas, incitaciones a la resistencia y a todas las sentencias papales como la de «que Francia únicamente se engrandeció y puede ser salvada si se mantiene firme junto al cielo y el papado» etc.^[33].

¡Cuán despreciada ha de ser una iglesia para que se le depare semejante trato! ¡Para que no sólo no se produjese «el esperado huracán» sino que la «gran masa popular» como reconoce la antedicha historia, «especialmente los obreros» «se distancie aún más» de la Iglesia! ¡Aunque pocas cosas haya que beneficien tanto a la Iglesia como la «persecución», que por ello mismo no le resulta especialmente indeseable, sobre todo cuando aquélla afecta más a la sangre y los bienes de las ovejas que a los de los pastores! El anticlericalismo, la actitud liberal de Francia, la separación de Estado e Iglesia hizo, no obstante escuela, acá y acullá, como en Portugal, en 1911, y en Méjico, en 1917.

Pío X y la Revolución Rusa de 1905

«Preservar... el orden sagrado»

(Pío X)

Mientras que de Europa a América las ideas liberales y democráticas penetraban cuando menos en las constituciones estatales, el imperio Zarista continuó siendo el baluarte de la reacción.

En el plano de la política exterior, la Rusia de los años noventa, puso en primer plano la política relativa al Lejano Oriente, especialmente la expansión en China, que las altas

finanzas de Petersburgo no eran las últimas en respaldar. En todo ello jugaban un gran papel el proyecto del ferrocarril manchuriano a través de territorio chino. Políticos y consorcios bancarios europeos, americanos y rusos porfiaban, consiguientemente, por sobornar en Pekín y en Petersburgo a ministros chinos. El primer ministro ruso, S. Witte, ascendido después a conde por sus méritos, había hecho carrera en una empresa ferroviaria y era un valedor de la red de ferrocarriles. Había previsto por ello un fondo propio para el soborno de dignatarios chinos y, finalmente, China permitió a Rusia la construcción de un ferrocarril a Vladivostok, atravesando Manchuria.

Ello desembocó finalmente en la anexión de Manchuria, completada tras la denominada «Rebelión de los Boxer» del año 1900, obra de una secta secreta y xenófoba, en cuyo transcurso los chinos se sublevaron, —atacando con seguro instinto las sedes diplomáticas y las líneas ferroviarias— contra el censo y contra la división de su país. Guillermo II, henchido de orgullo por su «mariscal del mundo», Waldersee, recomendó en su «discurso de los hunos» ensañarse con los chinos parangonándolos a aquellas hordas asiáticas. El posterior afán expansionista ruso a costa de Corea condujo, sin embargo, a un choque con el Japón. Después de que los rusos mantuvieran quietos a los japoneses por más de un año usando el artificio de las negociaciones, éstos elevaron a cada paso sus exigencias y sin previa declaración de guerra, el 27 de enero de 1904, sus lanchas torpederas atacaron a la flota rusa del Lejano Oriente en Port Arthur. Y ya las primeras batallas perdidas de la guerra ruso-japonesa de 1904/5 —que contribuyó al creciente ascenso del Japón, mientras que a Rusia le costó 200.000 muertos, su flota de guerra, 2.500 millones de rublos y una gran pérdida de prestigio— bastaron para desencadenar la revolución en Rusia.

La guerra, una guerra colonial en las remotas fronteras del imperio, era tan impopular entre el pueblo como entre la tropa. Los campesinos, carentes de bienes o endeudados, acosados por malas cosechas y hambrunas catastróficas, atravesaban el umbral del siglo XX bajo una insoportable miseria. La situación social de los obreros se asemejaba a la de sus homólogos ingleses medio siglo antes. No había medidas de protección en el trabajo, ni para mujeres ni para niños. Estos últimos se mataban trabajando a partir de los 6 años, con jornadas de 13 y 15 horas, incluso en turnos de noche, por salarios de entre 3 y 5 copecas, mientras que el salario de los hombres oscilaba entre 30 y 50 copecas al día. En el distrito gubernamental de Moscú, con empresas, al parecer, especialmente amantes de los niños, casi un tercio de los obreros fabriles tenía menos de 15 años. Ciertamente que en 1897 la jornada laboral vigente para todos fue rebajada a 11 1/2 horas, pero ello tenía ribetes «de escarnio en medio de aquella miseria obrera» que Pío X quería en verdad mantener como «orden sagrado». Y hubo que esperar a 1912 para que la Duma promulgase una ley de protección en el trabajo de mujeres y niños.

El 9 de junio de 1905, la guardia palaciega abrió fuego contra una manifestación concentrada ante el palacio de invierno. Los manifestantes dejaron cientos de muertos, algunas mujeres y niños incluidos, sobre la plaza. Había encabezado la trágica manifestación el sacerdote ortodoxo Gapón —¡un soplón y provocador de la policía!—. Las huelgas se extendieron después del «domingo sangriento», proliferaron las refriegas callejeras, los actos de violencia de los campesinos, especialmente en la región del Volga, en Estonia y en Letonia. El crucero «Potemkin» izó la bandera roja en Sebastopol. En Moscú

cayó el gobernador general, Gran Príncipe S, Alexandrovich; surgió en Petersburgo el primer sovieta obrero y Trotski hizo su aparición para desaparecer luego en el destierro siberiano. Lenin acudió apresuradamente desde Ginebra y huyó a Finlandia. El Zar Nicolás II tuvo que hacer algunas concesiones y se promulgó el «Edicto de la tolerancia», inicio de la época de la monarquía constitucional, aunque de perfil inconfundiblemente criptoabsolutista, en Rusia. En su transcurso, entre 1906 y 1917, se fueron sucediendo 4 dumas. M. Weber habló del «constitucionalismo aparente de Rusia».

Toda la burguesía europea, no obstante, se puso de parte de la Rusia Zarista. Los bancos franceses le concedieron en 1906 un empréstito de 1.000 millones de francos. La Alemania guillermina amenazó con la invasión militar, pero fue el papa quien más lamentó la sublevación de los explotados, tanto más cuanto que temía repercutiera en el resto del mundo.

El «Santo Padre» hizo entonces cuanto pudo para consolidar la autoridad del zarismo. Ya en su escrito del 3 de diciembre de 1905, dirigido a los obispos polacos en Rusia, advertía severamente a los católicos para que mantuviesen la calma y el «orden», es más, para que luchasen por su mantenimiento. Pío quería ante todo ver cómo los obreros, agrupados en las asociaciones obreras católicas, se sustraían a la influencia de «partidos dirigidos por hombres alocados». «Los súbditos están obligados a respetar a sus príncipes y a estarles sometidos, lo mismo que a Dios» exigía «Deben salvaguardar el orden sagrado vigente entre ellos, abstenerse de todos los medios a que trata de incitarles esa secta dañina (los socialistas) y evitar toda insubordinación...» Como quiera que lo que más miedo infundía era la unidad de acción de los obreros polacos y rusos, se intentó alienar a los primeros, en cuanto fuese posible, su conciencia de clase, fundando para ello asociaciones obreras puramente católicas. Así pues, con la ayuda del papa, se inició aquí la misma política ya aplicada en Francia, Italia y Alemania. Los obispos y sacerdotes polacos hicieron los mayores esfuerzos por crear asociaciones obreras católicas bajo tutela clerical y al mismo tiempo activaron la ampliación de las ya existentes en Galitzia, en la Gran Polonia prusiana y en Silesia, para evitar que la chispa revolucionaria saltase a Alemania o Austria.

En su escrito de diciembre de 1905 a los obispos polacos, Pío X no se olvidó de encomiar, como conclusión del mismo, los grandes méritos de Nicolás II por su deferencia para con la iglesia católica, así como por la libertad de conciencia concedida por aquel monarca a todas las confesiones, algo que el papa, por su parte, no concedía ni a los propios creyentes. El zar, sin embargo, que ya dos años antes del «Edicto de la tolerancia» había atendido los deseos de la iglesia católica, relajó bajo la presión revolucionaria las normas relativas a los matrimonios interconfesionales y abolió los castigos todavía vigentes en el código penal ruso para el caso de quienes abandonasen la iglesia ortodoxa e ingresasen en la católica. Es más, en 1906 se constituyó en Moscú una asociación con el objetivo de encaminar la iglesia estatal rusa hacia el papado. Pues a los ojos del gobierno zarista, el clero propio se había mostrado inepto ante la revolución. Los intentos ortodoxos de crear, a ejemplo del occidente, un movimiento obrero «cristiano-social» para batir al socialismo, tomando como modelos ni más ni menos que a León XIII, el «papa de los obreros», a Ketteler, el «obispo de los obreros» y al ultraconservador Stoecker, el predicador de la corte de Berlín, se truncó en sus inicios. El cardenal secretario de estado, Merry del Val, en

cambio, podía jactarse de los méritos contrarrevolucionarios del episcopado católico en Rusia.

Hasta el mismo Zar reconoció agradecido las acciones papales en la lucha contra el socialismo y no fueron menores, en este contexto, las alabanzas dirigidas al emperador Guillermo II, al Centro y a las ejemplares organizaciones antisocialistas de los católicos alemanes. No hay que asombrarse por ello de que cierta prudente tendencia hacia el catolicismo romano hiciese mella en la nobleza, en los altos funcionarios y hasta en el clero ortodoxo. El príncipe Bjiosielsky, el hijo de un ministro, Evrainoff, algunos popes y con ellos unos 300.000 uniatas, se convirtieron. El noble Korostovec invitó en 1.906 al obispo católico-romano Chapín para que viniera de los EE. UU. a Rusia.

Pío X, que odiaba todos los anhelos nacional-revolucionarios, y muy especialmente los eslavos, centró ante todo sus esfuerzos en sofocar el ímpetu subversivo de los católicos de Polonia. Al igual que muchos otros papas se alineaba así con el zar ortodoxo y contra los católicos polacos, contra quienes se seguían aplicando las medidas de rusificación. «¡Otra vez estos polacos! —exclamaba Pío—. Son ante todo polacos. Sólo en último lugar son católicos». Por ello también el ministro residente ruso ante el Vaticano podía mostrarse contento con la actitud del papa, quien con motivo de la recepción de Año Nuevo, a finales de 1.905, condenó una vez más la revolución en los más duros términos. K. M. Naryshkin, que había notificado a Petersburgo la «tensa atención» con la que el alto clero romano seguía el desarrollo de la situación rusa desde el «domingo sangriento» destacó un año después toda la autoridad espiritual que el papa y la curia pusieron en el platillo de la balanza para combatir la revolución.

Pío X apoyó con ello enérgicamente a un régimen que no solamente estrujaba de forma que casi no tenía parangón a sus campesinos y obreros, sino que perseguía además de forma brutal a los judíos, cuyos enemigos más enconados eran las autoridades y la iglesia ortodoxa.

Los gobiernos de los dos últimos zares. Alejandro III y Nicolás II, habían declarado públicamente que no cesarían de atribular a sus súbditos judíos hasta que un tercio de los mismos muriese, otro tercio emigrase y el resto se convirtiese al cristianismo ortodoxo. Consecuentemente, ya en 1.881 se produjeron *pogroms* en la pascua, en cuyo transcurso fueron asoladas centenares de casas y de negocios judíos, y no pocas sinagogas en Varsovia, Kiev, Odessa y otras ciudades. Súmese a ello la muerte de centenares de víctimas entre su población, a veces con la colaboración del ejército. Pero bajo el zar Nicolás II, un antisemita especialmente rabioso, apoyado por Pío X, se desencadenaron ya en los primeros años del siglo XX persecuciones que afectaron a 284 ciudades rusas, a raíz de las cuales y ocasionalmente bajo el toque de campanas como señal de ataque, fueron asesinados unos 50.000 judíos.

Si ya antes de que finalizase el siglo XIX habían huido de Rusia, donde vivían dos tercios de la totalidad de los judíos, casi un millón de ellos, a comienzos del siglo XX les siguió casi el doble. Tan sólo entre 1903, inicio de una nueva oleada de *pogroms*, y 1908 entraron en los U. S. A. unos 500.000 judíos orientales fugitivos. Se comprende perfectamente que fuesen precisamente los atribulados judíos, y especialmente los intelectuales, quienes se

incorporaron en mayor medida al movimiento revolucionario en el que accedieron a menudo a posiciones directivas.

Pero siguiendo la doble moral de la curia, Pío X no se limitó a apoyar al Zar, sino que, simultáneamente, intentó aprovecharse de su gobierno, debilitado por la guerra y la revolución, en favor de su antiguo plan para hacerse con la iglesia ortodoxa. A ese efecto se fue montando paulatinamente un gran aparato. En definitiva ya León XIII había enfatizado:

«Entregadnos vuestros candidatos a sacerdotes. Los educaremos durante siete años entre nosotros y hallaréis en ellos a los más fieles paladines contra el socialismo y la revolución, inmunes a todas las influencias, incluida la del movimiento nacional polaco...»^[34].

La «misión» en Rusia fracasa bajo Pío X

Al comenzar este pontificado los católicos de la Rusia Europea sumaban 4.621.232 con 1.500 sacerdotes de un «nivel muy bajo» como reconocen los mismos católicos. Había unas 1.300 iglesias (sin contar Polonia ni las uniatas). A aquéllas se añadían los 70.000 católicos de la Rusia asiática. El imperio Zarista pagaba por todo ello 1.571.617 rublos. Pero si bien la lucha contra la revolución unió al papa y al zar, la iglesia católica sólo prosperaba con gran lentitud. No sólo tenía contra sí a la «prevalente» ortodoxia, con una dotación estatal de clara preferencia y un recelo secular, sino también la desconfianza del gobierno y de la policía secreta, desconfianza que aumentaba en la misma medida en que se disipaban los terrores de la revolución. Ese sentimiento se basaba en la actitud aún rebelde de los católicos polacos y, aún más, en la cada vez más estrecha colusión del papa con Austria-Hungría y la Alemania imperial, que tenían ambas apetencias expansivas en el Este y el Sudeste, dándose el caso de que sus intereses y los del papa, sobre todo por lo que respecta a la Galitzia y los Balcanes, se condicionaban mutuamente.

Pero el papa operaba en el corazón mismo de Rusia y apenas si es casual que se sirviera para ello de una orden siempre deseosa de ganar para el catolicismo el Este ortodoxo, la de los jesuitas «La más peligrosa de todas las sociedades. La que —palabras de Napoleón— produjo más consecuencias funestas que cualquier otra».

Apenas ascendido Pío al solio pontificio en 1904, año en que Alemania se abrió de nuevo para la compañía, el Jesuita alemán F. von Wiercinski fue infiltrado desde aquí en el imperio ruso. Se le habían expedido dos pasaportes: uno para el viaje a Austria y Rumania, otro para el viaje a Rusia que desde luego no lo documentaba ni como religioso ni como jesuita. En aquel tiempo Rusia prohibía en principio a los jesuitas la residencia y sólo la permitía excepcionalmente y cuando era transitoria. Wiercinski, cuyo físico poseía un atractivo nada común, era persona muy culta y frecuentó los mejores círculos sociales y los salones más exquisitos. Gozó del favor especial de las damas y puso en pie una comunidad católica alemana. Sólo cuando pasados ya unos años se hizo sospechoso al gobierno, un registro domiciliario y los consiguientes interrogatorios evidenciaron su calidad de jesuita y su excelente relación con el papa.

El periódico alemán «Wesser-Zeitung» notificó el 11 de abril de 1911 que 307 mujeres y 331 hombres se habían convertido de la fe ortodoxa al catolicismo. Hablaba de un plan bien meditado, del intento de unir los ortodoxos a Roma así como del hallazgo de un documento del general de los jesuitas, Werz, dirigido a Wiercinski «con el permiso de fundar una congregación religiosa en Moscú... Todo este asunto está causando enorme sensación». El «Hamburger Generalanzeiger» informaba también del intento de Wiercinski, de «atraer no sólo a particulares, sino a comunidades enteras» con el señuelo de la «generosidad»... Se trata de una gran organización católica, con ramificaciones por toda Rusia y centro en Moscú, desde donde su cabeza, Wiercinski, imparte las directivas. Él está en contacto muy asiduo con el Vaticano y también con los estadistas más influyentes de Petersburgo, quienes, probablemente, no tenían hasta ahora la menor idea acerca de «sus intenciones». Después de que Wiercinski fuese expulsado, el diputado, católico del Centro, Erzberger, intentó, a través del embajador alemán en Petersburgo, Conde von Pourtalés, llevar al religioso Dr. Strehier, a dirigir la comunidad eclesiástica alemana de Moscú.

Ya unos años después de la entrada de Wiercinski en Rusia, proyectó Roma la fundación de un obispado propio, para los uniatas ruso-católicos. El zar luchaba contra la revolución y simpatizaba con el catolicismo. Por ello la curia dio en 1906 permiso para usar el ruso en los rezos de la iglesia y en la predicación. Concedió incluso el uso litúrgico de la lengua paleoeslava o glagolítica.

El príncipe Max de Sajonia, hermano del rey sajón y profesor de teología de la universidad de Friburgo (Suiza) pasaba por ser el candidato a obispo con más posibilidades. Siendo descendiente de una casa real se esperaba que a su través mejorarían aún más las relaciones con los círculos proclives al catolicismo en el entorno del zar. No obstante, y tras riguroso estudio, el príncipe Max llegó a la convicción de que no era la iglesia oriental la que se había separado de la romana, sino ésta de aquélla. A la romana correspondía, pues, el adherirse a aquélla y no al revés. Una intelección que no resultó nada beneficiosa para la candidatura del teólogo. Cuando a finales de 1910 sus «*Pensées sur la question de l'union des églises*», publicados en la revista *Rome et l'Orient* insinuaron, aunque prudentemente su convicción, Pío citó al autor a Roma y ordenó la destrucción y refutación del artículo. Efectivamente, el príncipe Max retiró a principios de 1911 en un escrito de sumisión, con declaración adjunta, aquellas afirmaciones en la medida en que suscitaban el disgusto papal. Es natural que se diese a conocer al mundo el sometimiento del «querido autor». Es más, aunque el artículo apenas pudo llegar a conocimiento público, por haber sido retirada de la circulación el número de la revista, Pío polemizó en su contra en encíclica especial dirigida a todos los obispos orientales, al final de la cual expresaba la esperanza de que la reunificación de las iglesias orientales con Roma fuese efectiva y lo más temprano posible.

Importancia esencialmente mayor que la del jesuita Von Wiercinski o la del príncipe Max —cuyos escritos han influido al parecer en muchas de las tomas de posición de Roma a partir de Benedicto XV— alcanzó el joven metropolitano uniata. Conde Sheptyckyj, un ucraniano de más que probada fidelidad para con el papa y los Habsburgo.

El pueblo ucraniano estaba escindido en uniatas y ortodoxos, lo cual resultó fatal en su historia. En la frontera ruso-austriaca se fueron colocando en vísperas de la I Guerra

Mundial «valiéndose de las iglesias una especie de sistema de minas y contraminas. Surgió una guerrilla subterránea que, en último término, beneficiaba sobre todo al servicio de inteligencia militar de ambas monarquías». Emisarios religiosos de Rusia penetraban en la parte austríaca de Galitzia y hacían propaganda en favor de la integración en el imperio zarista. El papado, en alianza con Austria, fomentaba la latinización de la iglesia uniata a través del rico alto clero polaco y la convertía en un baluarte antirruso. Había que impedir cualquier tipo de unidad entre el pueblo ruso y el ucraniano favoreciendo en cambio la polonización de éste. A este respecto los jesuitas jugaban un papel dirigente.

Esta «misión por Galitzia» ya activada bajo León XIII pese a su eslavofilia y ortodoxofilia, fue, naturalmente, continuada, a mayor abundancia, por Pío X. Pues como escribió en 1868 el príncipe Clodoveo de Hohenlohe-Schillingsfürst, futuro canciller alemán del Reich, el ir contra Rusia valiéndose del papado y de la orden de los jesuitas pertenecía a la «antigua y tradicional política» de los Habsburgo^[35].

En primerísima línea del frente se hallaba el conde A. Scheptyckyj, con quien nos toparemos a menudo. Joven y de fanática ambición, descendía de una familia de terratenientes estrictamente católica que, al igual que la restante nobleza conservadora polaca, se oponía al paneslavismo y defendía los intereses de Austria-Hungría. Ya en el siglo XVIII, un León Scheptyckyj había causado furor, como obispo uniata, por un largo proceso contra monjes basilios a causa de unos bienes de la iglesia. Un hermano del conde Sheptyckyj era general polaco. El mismo, educado por los jesuitas, llegó a obispo en 1899 y al año siguiente a metropolitano uniata de Galitzia. En el siglo XX se convirtió en dirigente e ídolo del movimiento ucraniano clerical-nacionalista, en acérrima oposición a Rusia. Era una síntesis clásica de noble latifundista y clérigo despótico, «el tipo humano que dominaba en Ucrania desde hacía siglos y que contribuyó no poco a mantener en la oscuridad y el servilismo a las amplias masas campesinas, que siguieron siendo por mucho tiempo objeto de explotación de los círculos dominantes».

La meta de Sheptyckyj no era, pues, la de una iglesia ruso-católica, sino la de una iglesia católica en una Ucrania regida por Austria. Su base de operaciones era previamente su propia diócesis metropolitana, cinco millones de rutenos aliados con Roma que, según cada situación, tan pronto se inclinaban a Viena como a Moscú. Especialmente a partir de 1907 Sheptyckyj, de cuya actitud recelaban los rusos, desplegó una actividad febril, respaldada en igual medida por el emperador austríaco y por el papa filaustríaco, pues ambos, sentían notoria simpatía por él. Nada tiene, pues, de sorprendente que, como subrayaba el jesuita Ammán, «tuviese a su disposición medios casi ilimitados»

El 17 de febrero de 1908, Pío X convirtió al arzobispo, mediante disposición secreta en comisionado con plenos poderes, que, si bien eran amplios, eran también, forzosamente, vagos. Se trataba del viejo proyecto de conquistar Rusia a partir de Galitzia. El papa tenía in mente un patriarcado ruso-católico cuyos inicios, puesto que el tiempo no estaba maduro para más, debía al menos organizar Monseñor Sheptyckyj. Para ello el «misionero» del «Santo Padre» tuvo que viajar dos veces por Rusia provisto de un pasaporte falso, lo cual hace pensar en otros «misioneros» de Roma, en el jesuita F. von Wiercinski, por ejemplo. El mismo año en el que el departamento de cultos extranjeros impuso la expulsión de Wiercinski, la policía cerró la iglesia uniata inaugurada por Sheptyckyj en Petersburgo. La

revista mensual «Slavo Istim» («Palabra de la verdad»), fundada por él en 1913, desapareció ya en 1914. Su diócesis metropolitana en la Galitzia oriental cobraría con todo especial importancia «en el despliegue de los ejércitos del frente oriental» tras cuyas masacres continuaría él su agitación personal.

El desarrollo de la iglesia ruso-católica sería, sin embargo, bastante precario y reducido en general a los pocos centros del movimiento procatólico de Petersburgo y Moscú. Sus adherentes eran fundamentalmente, lo que no deja de ser significativo, nobles. El pueblo la rechazaba y la desconfianza de la policía secreta, la Ochrana, crecía sin cesar. En 1907 el obispo de Wilna, barón E. Ropp, fue depuesto por Nicolás II. En 1910 se vetó a los obispos católicos el contacto directo con la curia así como la publicación, sin permiso del gobierno, de decretos papales. En 1913 fue cerrada la capilla eslava de Petersburgo, aunque allí «se hubiesen pronunciado en ruso homilías tan ricas en bendiciones».

A medida que se aproximaba 1914, los rusos se volvían más y más prudentes. Dos memorándums de agravios de autoría papal acerca de la situación de la iglesia católico-romana en el imperio del zar buscaban derechamente la ruptura de las relaciones, algo que el ministro de asuntos exteriores Sazonov, que había sido otrora y durante muchos años representante ruso ante el Vaticano, quería impedir a toda costa. «En vistas de una posible conflagración ruso-austriaca —argumentaba frente al Zar— los polacos comienzan a prepararse, con la solícita ayuda de Austria, a nutrir las filas del ejército austro-húngaro y a crearnos simultáneamente nuevas dificultades en nuestra gobernación del territorio. Inflaman la resistencia popular para cuando estalle la guerra».

En los últimos años de preguerra, los rusos persiguieron también con irritación a todos los movimientos unitarios apoyados por Austria en los Balcanes, Albania, Rumania y Bulgaria. Y mientras que en lo concerniente a la unión de las iglesias Pío X ponía en primer plano, por cuanto se refería a Rusia, el ritual autónomo de las iglesias orientales, por lo que atañía a los eslavos del sur de la monarquía austro-húngara, propugnaba enérgicamente la latinización, totalmente de acuerdo en ello con los círculos aquí dominantes, y cierta restricción de la liturgia eclesiástica eslava, de escritura glagolítica.¹ Actitud de doblez que no escapaba, naturalmente, a los ojos de la diplomacia rusa.

En general y de forma tanto más intensa según se aproximaba la guerra, el papa se inclinaba hacia las potencias centrales y se mostraba cada vez más rusóphobo. Si bien, al igual que otras potencias occidentales, había apoyado decididamente al zar durante la revolución, ahora se desahogaba en amargas invectivas contra el emperador infiel e hipócrita, así como contra la sarta de mentiras y el juego de intrigas de la diplomacia moscovita. La cosa llegó tan lejos como para declarar al ministro residente ruso ante el Vaticano «con toda seriedad y solemnidad» que no podía aceptar ya las felicitaciones del representante de una potencia, que, a pesar de toda la paciencia y tolerancia que él había mostrado por su parte, no había cumplido ni una sola de las promesas hechas a él y a los católicos rusos. Cuando el representante ruso respondió asustado que eso no era verdad, el papa se levantó y señaló iracundo la puerta a Nelidov, tras lo cual éste salió «con mortal palidez y paso vacilante»^[36].

La mano de Dios guía a Austria-Hungría hacia la I Guerra Mundial

«La guerra llevaba ya unos años preparándose seria y afanosamente. El ejército llevaba ya años en permanente estado de guerra. Uno de los preparativos más importantes fue, con todo el congreso eucarístico de Viena»

(El obispo auxiliar austríaco Waitz von Salzburgo y posterior príncipe-arzobispo)

El Vaticano trataba con toda su energía de conquistar los Balcanes de la mano de los Habsburgo y ello tanto antes de la I Guerra Mundial como, y de forma más resuelta, durante la misma. Hacía ya más de un siglo que competían en este terreno las grandes potencias de Rusia y Austria-Hungría, deseosas ambas de convertirse en herederas del imperio turco. Fue eso, en último término, lo que hizo de la Europa del sudeste el foco central de la crisis.

Ya en 1.878, tras de la guerra ruso-turca, Austria ocupó las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina. Acto seguido se comenzó a crear allí una jerarquía católico-romana y a amenazar a la iglesia ortodoxa serbia, cuyo protector era Rusia. Dos años después el prelado romano Pressuti exigió en un escrito programático, que también Pío X recomendó calurosamente, *«Il pápato et la civilita degli slavi meridionali»*, hasta la misma disolución de Turquía para seguir acrecentando, con el soporte de los Habsburgo, la influencia católica. Por otro lado, el clero ortodoxo serbio, con quien se identificaba la mayoría de los habitantes de allí, continuó tanto más resueltamente su política panserbia en Bosnia y Herzegovina a la par que estigmatizaba «el altivo edificio del papado como obstáculo principal para la unión de las iglesias oriental y occidental».

Monseñor Pressuti había exigido en su escrito el establecimiento de un arzobispo y de dos obispados sufragáneos para los territorios ocupados. Y entonces se fundó efectivamente el arzobispado de Sarajevo así como los obispados de Banjaluca y de Mostar. En Travnik se creó un seminario propio, dirigido por los jesuitas cuyo patrocinio asumió el mismo emperador Francisco José. La totalidad del territorio fue puesta, sin embargo, bajo la autoridad de la «Propaganda Fide» aquella congregación ya repetidamente mencionada y a la que Gregorio XV dio vida en 1622 —el mismo Gregorio que canonizó aquel mismo año al fundador de los jesuitas y que al siguiente dio un nuevo y terrorífico impulso a la persecución de brujas— con el decidido propósito de convertir al catolicismo al mundo entero. Dirigida por un cardenal a quien por su gran influencia se suele denominar el «papa rojo», «Propaganda Fide» no es ni más ni menos que el ministerio de propaganda papal, en todo caso «el ministerio de información y la oficina de propaganda más antiguo, poderoso e imponente... que jamás haya existido», una institución en comparación con la cual las organizaciones de propaganda de otros estados son, como se ha dicho atinadamente, «juego de niños». Algunos decenios después de que la «Propaganda Fide» responsable de todo el sistema de misiones católicas, actuase en los nuevos obispados de los eslavos del sur, se produjeron en ellos las más espantosas matanzas de «herejes» del siglo xx, orgías de exterminio tan horripilantes que ni las peores entre las medievales las podrían eclipsar.

Una vez ocupadas Bosnia y Herzegovina, esos territorios siguieron, pero sólo nominalmente, bajo soberanía turca. A raíz, sin embargo, de la revolución de los «Jóvenes turcos» que, en 1908, restableció la constitución de 1876 y consideró ambas provincias como regidas y administradas todavía por la Sublime Puerta, Austria consideró amenazado su derecho de ocupación y se anexionó el 5 de octubre de 1908 Bosnia y Herzegovina. Serbia, cuya anexión constituía «un antiguo problema para los círculos feudal-clericales y militares de Austria», reaccionó al punto exigiendo de Rusia la guerra. El imperio Zarista, con todo, se resentía aún de las consecuencias de la revolución y más aún de su derrota ante el Japón. Además, la diplomacia austríaca lo desconcertó con un hábil regate y Alemania lo chantajeó (a medias), pues ya entonces estaba dispuesta —es decir lo estaban el emperador, el canciller, el alto estado mayor— a ir incondicionalmente a la guerra al lado de Austria y asestar un golpe a Rusia en caso de que la primera invadiese Serbia.

Poco antes de la anexión de Bosnia y Herzegovina, el encargado de negocios alemán en Viena, conde Brockdorff-Rantzau, había notificado que los más interesados en aquélla eran la iglesia católica y los militares metidos en política. Aludía así a los círculos en torno al sucesor en la corona, Francisco Fernando, cuya mujer, mantenía estrechos contactos con Pío X. En diciembre de 1908, poco después de la anexión, Austria contestó a las protestas de Serbia con preparativos de guerra. Fue especialmente el jefe del estado mayor, Conrad von Hotzendorf, que en enero de 1909 volvió a preconizar la guerra preventiva frente al conde Aehrenthal, ministro de asuntos exteriores, quien subrayó «que se imponía un desenlace militar del conflicto con Serbia, pues en un período de 2 a 4 años. Rusia e Italia estarían en situación de apoyarla —vaticinio que resultó justo— de modo que entonces podríamos incurrir en una guerra simultánea contra Rusia, Italia y los Balcanes, algo que se ha de evitar en cualesquiera circunstancias» En sus memorias asevera asimismo Conrad que «En los años 1908/9 vio llegado el momento de ajustarle las cuentas a Serbia».

Pese a que Austria provocó una crisis mundial con la «crisis bosniaca» arrastrando ya entonces a la humanidad, con el respaldo de Alemania, hasta el borde de una guerra mundial, Pío X aprobó la anexión. Y después de la misma —«Yo me he sentido designado a extender los derechos de mi corona a Bosnia y Herzegovina» declaraba lacónicamente Francisco José en un manifiesto— el cardenal secretario de estado, Merry del Val reconoció abiertamente que la jerarquía católica aspiraba en ambas provincias a conseguir «sistemáticamente» la unión de la iglesia ortodoxa serbia con la romana. Cuando, como consecuencia de ello, creció la resistencia yugoslavo-granserbia, el Vaticano y el emperador estrecharon aún más su colaboración, pues sus intereses coincidían aquí plenamente y, como expuso el jefe de sección del ministerio de asuntos exteriores, K. Mérey con Kapos-Mére: «es sabido que nada une tanto como tener un enemigo común». Pero la anexión de los dos territorios sudeslavos constituía cabalmente «la incorporación por parte de la monarquía danubiana de la masa crítica de dinamita política cuya explosión le llevaría en 1918 a su propia ruina»

Por supuesto que aquel primer tanteo, animado por el espíritu imperialista y respaldado por el Vaticano, dio la señal para nuevas agresiones en los Balcanes. Apenas apresadas Bosnia y Herzegovina, los ojos del papa y los del emperador se fijaron firmemente en Albania. Austria obtuvo el patronazgo sobre su iglesia católica a la que hizo

afluir sumas dinerarias considerables a través del ministerio de asuntos exteriores. Hasta la Italia liberal favorecía pecuniariamente, con muy distinta intención, desde luego, a los católicos albaneses, mientras que Moscú y Belgrado financiaban al episcopado ortodoxo, sin que este último quisiera, no obstante, adquirir grandes compromisos políticos para con ambos.

La «misión» católica trabajaba usando todos los medios. El protonotario apostólico N. Kacciorri, por ejemplo, «un sincero patriota albanés», al decir de la Ballhausplatz, metió armas de contrabando destinadas al arzobispo de Durazzo, P. Bianchi, a raíz de la sublevación antiturca del verano de 1910. Kacciorri fue condenado en primera instancia a cuatro años de cárcel, en segunda instancia a dos años. En 1911, sin embargo, el embajador austríaco en Constantinopla obtuvo una amnistía para el monseñor contrabandista y Bianchi solicitó de Roma que lo hiciese su coadjutor. El 21 de abril de 1913 la «archicofradía del arcángel San Miguel» compuesta por señores feudales exigió vehementemente en Austria, a través del conde Resseguier, una guerra a favor de la minoría católica de Albania, en vías de extinción. «En este pequeño escenario se libró, también en el ámbito de la política eclesiástica, una lucha por el poder que todos los informes de la embajada austrohúngara ante la Santa Sede juzgaron como preludeo de la guerra mundial» Así lo reconoce hasta el mismo Obispo Hudal, quien, naturalmente, condenaba en toda la línea «el trabajo de zapa nacionalista en el sur, dirigido simultáneamente contra Viena y contra Roma»^[37].

Pero el trabajo de zapa internacional era cosa de otros. En 1912, cuando el occidente cristiano se hallaba en plena expansión política y religiosa y los estados balcánicos aprovecharon la guerra turco-italiana —es decir, el pérfido asalto italiano de los puertos de Tripolitania— para atacar las posesiones europeas de la Sublime Puerta, o sea, Albania, Macedonia y Tracia, año en que Turquía fue forzada a concluir la paz con Italia y perdió también de inmediato la totalidad de sus territorios europeos en favor de los estados balcánicos, el obispo Sereggi de Skutari exigía en el congreso eucarístico de Viena una «cruzada» de Austria contra Albania (Ya se verá que también los congresos eucarísticos — que comenzaron justamente a prosperar bajo Pío X— de Budapest, en 1938, un año antes del comienzo de la II Guerra Mundial, y de Múnich en 1960, en el punto culminante de la guerra fría, se convocaron con el carácter de grandes manifestaciones contra el Este y el comunismo).

El congreso eucarístico celebrado en Viena en 1912 trascurrió bajo el patrocinio del emperador Francisco José. Su anciana majestad apostólica, acompañada de toda la corte, iba en procesión detrás del legado pontificio, el cardenal holandés Van Rossum, que portaba «el santísimo». La embajada austríaca ante el Vaticano también estaba representada y un jesuita habló acerca «La relación entre la santa eucaristía y la casa de los Habsburgo». En plena guerra mundial se pudo leer después: «La guerra llevaba ya años preparándose seria y afanosamente. El ejército llevaba ya años en permanente estado de guerra. Uno de los preparativos más importantes fue, con todo, el congreso eucarístico de Viena».

Los creyentes se verían tentados a desconfiar de tales afirmaciones si no proviniesen de boca del obispo auxiliar Weitz, más tarde príncipe-arzobispo de Salzburgo.

Sólo unos meses antes de este congreso eucarístico, representantes del clero conservador y de la alta nobleza austríaca habían fundado la «Unión Católica» en un esfuerzo evidente por sofocar las aspiraciones de liberación nacional de los pueblos de la monarquía danubiana.

El cardenal de Viena, Nagel, que gozaba de gran estima en el Vaticano, exigió abiertamente en su momento un «reino eslavo católico». Se trata, escribía, «de aprovechar la primera ocasión para asentar, por vez primera y sobre amplia base, el pie en el mundo de los eslavos, la raza incuestionablemente en ascenso». De acuerdo con ello los medios de comunicación clericales azuzaban los ánimos de forma cada vez más descarada. En opinión de la «*Österreichs Katholisches Sonntagsblatt* (Hoja dominical católica de Austria)», que con su enorme tirada marcaba la pauta entre los periódicos eclesiásticos de la monarquía, «la guerra europea que tanto tiempo se lleva esperando» apenas se puede demorar ya. Comentario hecho el mes de octubre de 1912 con el trasfondo de la crisis de los Balcanes, pues «Aunque las grandes potencias se prodiguen en declaraciones como ¡qué miseria! ¡cuánta matanza! ¡sería la ruina económica! etc. ¿No habremos de pasar por ello hoy o mañana? ¿Bajo los valores emocionales (!) de semejante guerra se derrumbará también el liberalismo moderno? No le va mal a Europa el que toda su situación sea convulsionada hasta sus cimientos». El órgano del clero católico apelaba ya al «emperador católico de Europa»: «Si Austria se ve obligada a desplegar sus banderas, portará como es su deber la espada, pues Habsburgo y las tradiciones de su pueblo así lo exigen. Y si en la vorágine de tantas coyunturas que se precipitan o fermentan el papa y los intereses de la Iglesia necesitan de un fuerte brazo y de una palabra poderosa, es seguro que también el emperador católico de Europa sabrá mostrarse *como hijo de la Iglesia*».

Así escribía en octubre de 1912 el periódico eclesiástico que llevaba la voz cantante. Y ya en noviembre y en diciembre la primera guerra balcánica amenazaba extenderse a toda Europa, pues el «partido belicista» austríaco (el ministro de asuntos exteriores Berchtold y el jefe de estado mayor Conrad von Hótzendorf) estaba resuelto a impedir violentamente la expansión territorial de Serbia. En el verano de 1913 estalló la segunda guerra balcánica entre Serbia, Montenegro y Grecia, por una parte, y Bulgaria, a quien Austria-Hungría había apremiado por todos los medios en ese sentido, por la otra. Cuando Bulgaria resultó completamente derrotada a las pocas semanas, la monarquía danubiana estaba de nuevo «totalmente decidida a inmiscuirse de lleno en la guerra» si no fuese porque el gobierno alemán se negó a secundarla.

Hasta qué punto era estrecha la alianza entre Austria-Hungría y Pío X, precisamente en el umbral de la I Guerra Mundial, —pues «es sabido que nada une tanto como tener un enemigo común»— es algo que ilustra la lluvia de distinciones que se abatió sobre el Vaticano en febrero de 1914. Pues aparte del influyente cardenal V. Vannutelli y del temido Gaetano de Ley, cuyo poder apenas si conoce par en la historia de la curia, uno de los confidentes más íntimos del papa, «*vraiment l'homme fort du Pontifical*», como dice E. Poulat, otros 26 curiales fueron condecorados por Viena. La dinastía imperial mostraba así su agradecimiento para con los prelados romanos por sus favores a la política depredatoria en los Balcanes, en Bosnia, Herzegovina y Albania, donde la curia perseguía por doquier, simultáneamente, sus propios intereses. «Mantengan ustedes bajo cualquier circunstancia

su protectorado sobre Albania» conjuraba en agosto de 1913 el antiguo nuncio en Múnich y Viena, cardenal A. Agliardi, al embajador austríaco en el Vaticano, «pues es una joya en la corona de su emperador y una suerte para la iglesia católica a la que reporta infinitas ventajas»^[38].

Incomprablemente más grandes que estas ventajas debían ser las que, por múltiples conceptos, podía obtener el papado a partir de la guerra mundial a la que ahora apuntaba a tiro fijo.

Pues la afirmación del primer ministro británico Lloyd Georg de que la Europa de 1914 «resbaló hacia la guerra» hace ya tiempo que se mostró insostenible. Es seguro que la desconfianza mutua entre las grandes potencias, el miedo de cada una de ellas ante una guerra de ataque desencadenada por las otras y la creencia de los estadistas de influencia decisiva en la inevitabilidad de la guerra se habían intensificado sin cesar y paralelamente lo hizo el armamento —el camino más infaliblemente seguro hacia la guerra, camino del que hoy ya hemos recorrido, presumiblemente, un gran trecho hacia la tercera guerra mundial—. Austria-Hungría había aumentado el número de sus tropas en 85.000 hombres, su artillería en un 60%. Rusia había elevado de 1,2 millones a 1,42 millones de hombres su potencial militar en época de paz. Alemania había iniciado el aumento de las tropas de su ejército de tierra, que hasta 1915 debían engrosar en 136.000 hombres. Francia había prolongado a 3 años el servicio de las tropas en activo y adelantado el llamamiento a filas de los 21 a los 20 años. Inglaterra había mandado su flota mediterránea al Báltico y organizado un ejército expedicionario para la guerra en el continente. En mayor o menor grado, todas las partes beligerantes compartieron la responsabilidad en el advenimiento de la catástrofe: Francia por sus ideas de revancha, al objeto de recuperar Alsacia y Lorena. Inglaterra por su envidia ante la producción industrial alemana, que tan sólo era superada por la americana; ante el comercio alemán, cuadruplicado desde 1870, y ante la flota alemana. Ésta aumentaba sin cesar y resultó ser una grandiosa inversión fallida que en la fase final devoraba la mitad del presupuesto de defensa. Rusia por la ampliación de su posición hegemónica en el ámbito eslavo-ortodoxo. Italia por sus apetencias de territorio austríaco en el Tirol del Sur, Trieste y Dalmacia.

La mayor de las culpas ha de imputarse, sin embargo, a la industria internacional del armamento. Así, la Sociedad de Naciones constató en 1921:

«Las empresas de armamento han robustecido la política de guerra persuadiendo a sus propios países a cultivar tal política y a elevar su armamento.

En el propio país y en el extranjero esas empresas trataron de sobornar a funcionarios del gobierno.

Los fabricantes de armas divulgaron falsas noticias acerca de los programas militares y navales de distintos países para elevar los gastos en armamento.

Mediante el control de la prensa propia y extranjera, tales empresas trataron de influir en la opinión pública.

Las empresas de armamento organizaron redes armamentistas internacionales que fomentaron la porfía armamentista sirviéndose de unas naciones como bazas contra las otras.

Se organizaron trusts internacionales que elevaron los precios del armamento».

En mayor grado que los otros estados, Alemania se sentía desde luego frustrada en sus ambiciones de poderío universal. Y en verdad que no fue casual el que las potencias centrales buscasen en el Sudeste el motivo para un «ajuste de cuentas» esperado años ha. Dos grandes potencias llevaban ya mucho tiempo rivalizando en esta zona, y junto a ellas había otras disputándose mutuamente la influencia. Pero era aquí también donde secularmente rivalizaron dos poderosas confesiones, bien como aliadas, bien como adversarias de aquéllas. «En ninguna parte de Europa —dice atinadamente el obispo Hudal— estaban religión e iglesia tan entremezcladas con la política como en los Balcanes y la Europa del Este». Las dos guerras balcánicas, en particular, que transformaron drásticamente la Europa del Sudeste, habían agravado peligrosamente la situación ya en los años de 1912 y 1913. Tanto más cuanto que Serbia, enemigo de Austria-Hungría desde, como mínimo, la «crisis bosniaca» de 1908, resultó indiscutiblemente vencedora, pudiendo aumentar considerablemente tanto su población como su territorio. En cada una de estas guerras, sin embargo, el brazo de la monarquía católica danubiana, tan estrechamente aliada con el papa, estaba a punto de asestar el golpe contra los serbios ortodoxos cuando fue detenido en el último momento. Eso aunque fuese precisamente Pío X, que ya al iniciar su pontificado lamentaba las «actividades agitadoras» del clero eslavo, quien «quería ver castigados a los serbios por todos sus delitos».

El atentado contra el sucesor al trono austríaco, Francisco Fernando, y su esposa constituía, sin la menor duda, un motivo excelente para ello. Transcurridas unas maniobras militares en Bosnia, ambos fueron enviados, en aquel domingo espléndido del 28 de junio de 1914, a Sarajevo como a un paseo «por una avenida flanqueada por terroristas bomba en mano»; palabras del embajador alemán en Londres. Las armas de los alentadores procedían del depósito de munición serbio y los aduaneros serbios habían posibilitado la transgresión de la frontera. La prensa serbia glorificó, por último, la acción. Austria consideró, por todo ello, que el gobierno serbio era responsable indirecto. Pero no tenía razón en ello. Tanto por motivos de política interna como externa, el atentado encajaba muy mal en los propósitos del primer ministro serbio, N. Pasic. Tenía ciertamente idea del plan, pero no, al parecer, una idea exacta y en todo caso no estaba en situación de impedirlo. Incluso los expertos austríacos encargados de las pesquisas confirmaron «no sólo que la Serbia oficial no sabía nada del atentado, sino que los mismos que lo prepararon lo hicieron a escondidas de ella».

Hay que preguntarse como mínimo si tampoco el papa —que una y otra vez había vaticinado la guerra para 1914— sabía nada de un complot en el que reconoció inmediatamente la «chispa» detonante (*¡Ecco la cintilla!*). Pues, misteriosamente, también sabía ya de antemano, que el sucesor del emperador Francisco José no sería el heredero Francisco Fernando, sino el Archiduque Carlos (!). En efecto, después que éste, el futuro emperador, se prometiese con Zita, la madre de ésta fue recibida en audiencia por Pío, de quien suplicó una bendición para el novio. El papa respondió así al respecto: «Bendigo a aquel que será el primer sucesor del emperador Francisco José» con «gran sobresalto de la archiduquesa» (pues el primer sucesor del emperador sería Francisco Fernando, todavía en

vida y asesinado después en Sarajevo). «Pero el papa, clarividente, repitió su bendición con las mismas palabras». Esta información fue transmitida en 1935 en una conferencia y el autor de la misma es una vez más, el príncipe-arzobispo Waitz, persona, por lo visto, bien informada acerca de la participación de su iglesia en los preparativos de guerra y que, al menos, no pudo guardar estos secretos en su corazón como el libro de los 7 sellos^[39].

Muchas cosas relacionadas con este atentado siguen sin esclarecerse y posiblemente no lo sean nunca. Se sabe sin embargo desde hace mucho que aquél no conmovió especialmente a la monarquía danubiana. El sucesor al trono, de convicciones reformistas y políticamente próximo al partido cristiano-social, buscaba en política exterior la paz con Rusia y el restablecimiento de la alianza de los tres emperadores. Resultaba por ello incómodo y no sólo para los nacionalistas yugoslavos. «Como supuesto soberano — opinaba con cierta razón el estudiante de Belgrado y tirador de pistola Princip al declarar en su proceso— hubiera realizado ciertas ideas y reformas que se interponían en nuestro camino». Francisco Fernando, desabrido, displicente, en las antípodas de la popularidad, no contaba tampoco con el afecto de sus compatriotas: ni con el de los social-demócratas, ni con el de los húngaros, ni con el del ministerio de asuntos exteriores, ni con el de la corte, ni siquiera con el del mismo emperador, que nunca pudo digerir en su fuero interno su matrimonio morganático con la condesa Sofía Chotek de Bohemia. Es significativa la primera manifestación del monarca ante el asesinato: «¡Qué horror! ¡El Todopoderoso no admite retos...! Un poder superior ha restablecido nuevamente aquel orden que yo, lamentablemente, no fui capaz de mantener». Pero, por lo visto, tampoco el primer ministro húngaro, conde Tisza, parecía excesivamente agobiado por la pena al exclamar tras el atentado: «Dios, nuestro Señor, lo ha querido así y todo cuanto el Señor disponga merece nuestro agradecimiento».

Pío X pudo haber tenido sentimientos parecidos. Es cierto que alabó el talante religioso del archiduque en cuyo manifiesto, preparado para la ascensión al trono, figuraba ya la frase: «La verdadera dicha sólo puede asentarse sobre el sentimiento de la piedad. Salvaguardarlo y aumentarlo en nuestros pueblos es deber de nuestra conciencia». La curia no era, desde luego, especialmente afecta a un sucesor al trono que buscaba la paz con Rusia. «¡Roma no puede estar causándome continuos enojos y echando a perder mi futuro político!», escribió en 1913. Y su allegado y confesor, el benedictino conde A. Galen, declaró rotundamente que «el gobierno del papa es tan incapaz como el del emperador» y enfatizó respecto al secretario de estado, Merry del Val, que «el cardenal no ha cumplido ni una (subrayado en el original) de sus promesas». Así pues no era sentimiento de duelo lo que dominaba en Viena, ni en el estamento feudal, ni en el burgués; ni el día que acribillaron a Francisco Fernando, ni al siguiente. En el Prater continuó el alegre ajetreo. La música resonaba por todas partes. Y las pompas fúnebres, un «sepelio de tercera clase», las dispuso el gran mayordomo de la corte, el príncipe Montenuovo, siguiendo un ceremonial que resultaba francamente ofensivo para la memoria de la pareja asesinada.

Oficialmente, todos mostraban indignación. En su fuero interno estaban más bien aliviados por la eliminación de un archiduque a quien no eran afectos. El viejo emperador, que no era por su parte belicista, esperaba hasta el último momento, poder evitar un conflicto militar y otro tanto el presidente del gobierno húngaro Tisza. Los disparos de

Sarajevo, los primeros de la I Guerra Mundial, no tenían por qué tener, en modo alguno, esa consecuencia automática, pero en Austria había fuerzas influyentes que querían la guerra.

Entre éstas —y se sabe muy bien quién estaba tras ella— la prensa católica de lengua alemana. Pues el periódico puntero entre la prensa eclesiástica del país llevaba ya dos años estallando de impaciencia a la espera de la gran masacre internacional. También pertenecía a éstas el ministro de asuntos exteriores y presidente del gabinete conjunto, conde Berchtold, católico creyente, y auténtico jefe del «partido belicista». Y contemos por último, aunque no fuese el menos influyente, el jefe del estado mayor, C. von Hotzendorf, que llevaba ya años instigando a la guerra. En todo caso, ni él mismo quería, ni podía, iniciar «solo» el camino hacia ella, juzgando que la «gran decisión» término usado a raíz de una audiencia con Francisco José el 5 de julio, dependía de la «respuesta» de Berlín, «opinión universalmente compartida».

Ahora bien, Austria-Hungría había querido entrar en guerra ya en 1913 a causa de las ciudades albanesas fronterizas, Dibra y Diakowa, pero fue contenida por Alemania. Ahora, el asesinato del heredero al trono, aparecía como razón mucho más plausible para un ataque y al mismo tiempo como ocasión mucho más favorable para ampliar la posición de gran potencia de Alemania. Al igual que en Austria y en Rusia, en Alemania eran sobretodo los militares quienes exigían más resueltamente la guerra. La dirección política, por cierto tiempo aún titubeante e indecisa, cedió a aquel apremio, llevada especialmente por la esperanza de «un conflicto local». Entre los dirigentes, el mismo «canciller de la guerra» Von Bethmann Hollweg, había sido originalmente adversario, como mínimo, de una guerra preventiva, e incluso «anglófilo».

La decisión estaba en manos del emperador, «señor supremo de la guerra», hombre de vanidad rayana en la tontería, timorato en el fondo, pero de fanfarrona elocuencia y sujeto a varias ataduras. Ante todo no podía entrar en la guerra sin la aquiescencia de la dieta imperial. Y por mucho que el monarca hiciese burla de la constitución y del parlamento, en su conducta práctica era, con todo, constitucional. Hasta los socialdemócratas alemanes cerraron filas para aprobar, el 4 de agosto de 1914, los créditos de guerra entregando así a las masas obreras al matadero, algo que Lenin, y más aún Trotzki, registró consternado. Pues también los socialdemócratas de Austria aullarían bien pronto con los lobos, al igual que hicieron todas las «izquierdas» de los países enfrentados, a todos los cuales fustigó Rosa Luxemburgo en su obra *La crisis de la socialdemocracia*, escrita en la «Prisión de mujeres del Reino de Prusia». R. Luxemburgo fustigaba en ella a toda la sociedad burguesa, a la que veía chapotear, deshonrada y atropellada, en el fango y la sangre. «Ése es su modo de ser. Su verdadero rostro no aparece cuando, repulida y modosa, finge amar la ética, el orden, la paz y el estado de derecho. Aquél aparece al desnudo como bestia carnicera, como aquellarre de la anarquía, con aliento pestífero contra la cultura y la humanidad». Y es de presumir que es así como la hemos de ver de nuevo en breve, muriendo en toda Europa. Únicamente en Serbia y en Rusia negó la socialdemocracia su aprobación a los créditos de guerra^[40].

A requerimiento de Francisco José y del ministerio de asuntos exteriores, Guillermo II prometió a Viena «el pleno apoyo de Alemania» incluso en el caso de graves complicaciones europeas. El canciller del *Reich* hizo una declaración en términos parecidos, quien instruyó

además a su embajador en Viena, Von Tschirsky, en el sentido de que el emperador Francisco José «podía confiar plenamente en que S. M... estaría firmemente al lado de Austria-Hungría». Con ello, el gobierno del *Reich* había extendido a su aliado «una plenipotencia en blanco», según la expresión tantas veces citada del encargado de negocios bávaro en Berlín, Von Schoen.

Alemania quería la guerra. «La impresión de que queríamos la guerra a toda costa iba tomando gradualmente cuerpo», testimonia el príncipe Lichnowsky, el último embajador alemán en Londres antes de la conflagración, «Los encarecidos ruegos y las resueltas declaraciones de Sassanov, seguidamente los telegramas del Zar en tono de auténtica humildad, las repetidas propuestas de Sir E. Grey, las advertencias del marqués de S. Giuliano, mis apremiantes consejos, de nada sirvió todo ello. Berlín se mantuvo en sus trece: ¡Serbia debía ser masacrada!». El ministro británico de asuntos exteriores realizó en la última semana de julio de 1914, ocho intentos de mediación. Cambón y Sassanov, tres cada uno en nombre de Francia y Rusia respectivamente. El Zar Nicolás II telegrafió así al emperador alemán: «En este momento tan grave te ruego encarecidamente que me ayudes... Para prevenir una desgracia como la que representaría una guerra europea, te ruego en nombre de nuestra vieja amistad que hagas todo cuanto esté en tu mano para disuadir a tu aliado de que vaya demasiado lejos».

El 23 de julio, Viena había presentado a Serbia un ultimátum de plazo muy corto, cuya arrogante dureza le costó a Austria buena parte de las simpatías que se había granjeado en Europa tras el atentado. El gobierno serbio respondió puntualmente y se mostró también dispuesto a aceptar la mayor parte de las exigencias. Se negaba, sin embargo a reconocer ni siquiera una responsabilidad indirecta en el complot asesino.

El redactor del ultimátum, el consejero de la legación, Von Musulin, calificó la réplica serbia como «el más brillante ejemplo de habilidad diplomática» por él conocido y al leerla tenía la sensación de «estar viviendo un día nefasto de primer orden para la monarquía». Hasta Guillermo II escribió al final de la nota serbia «Un espléndido logro para un plazo de 48 horas. Es más de lo que se podía esperar... pero con ello se disipa todo motivo de guerra».

Pero Austria-Hungría, en posesión de la «plenipotencia en blanco» alemana, estaba ya resuelta a todo, incluida la guerra, que declaró a Serbia incluso antes de la movilización rusa y que muchos exigían ya apasionadamente incluso antes de recibir la respuesta serbia. La exigía, entre otros, el futuro vicealcalde de Viena E. K. Winter en el semanario católico «Grossösterreich»:

«Hace ya seis años que aguardamos la descarga definitiva de todas las abrumadoras tensiones que se hacen sentir de modo estrechamente mortificante en toda nuestra política. Y como sabemos que la Gran Austria, la Gran Austria feliz que pueda satisfacer a todos sus pueblos no puede nacer sino de una guerra, queremos consecuentemente esa guerra. Queremos la guerra porque nuestra más íntima convicción nos dice que nuestro ideal sólo puede ser alcanzado de forma radical y repentina, a través de una guerra: el ideal de la Gran Austria fuerte en la que florezca, bajo el espléndido sol de un futuro grande y gozoso, la concepción estatal austríaca, la idea misionera austríaca de llevar la libertad y la cultura a los pueblos balcánicos.

Por dos veces nos puso el destino la espada en nuestro puño y las dos veces la enfundamos en la vaina. Por tercera y última vez nos sonrío la redención. Una vez más tenemos la oportunidad de recordar cuál es nuestra tarea histórica: la de obtener la hegemonía en los Balcanes. Una vez más el designio divino nos señala el camino que hemos de seguir, si no queremos que el aluvión de los acontecimientos venideros nos barra del escenario de la vida como si Austria jamás hubiese existido.

¡Se trata de ser o no ser! Si queremos sobrevivir como un estado grande, vigoroso, portador de cultura y *fiel a su misión histórica en los Balcanes y en la Rusia Occidental, en nombre del catolicismo y la cultura europea*, tenemos en ese caso que echar mano de la espada... Rogamos, no obstante, a Dios que esta vez no consigan (a saber: los círculos más conciliadores y reacios a la guerra) ya prevalecer. *Y Dios, del cual somos instrumentos en la tierra, nos escuchará».*

Así se expresaba el antedicho semanario apoyado por los círculos de la alta aristocracia y por los obispos. Y así como en el Imperio Alemán «las charangas más estridentes» provenían de los ambientes más clericales, también aquí la prensa ultramontana exigía descaradamente «la última ratio, los cañones».

El encargado de negocios alemán en Viena, príncipe G. Stolberg-Wernigerode, notificó por entonces a Berlín que el ministro de asuntos exteriores, conde Berchtold, había respondido así a su pregunta de qué sucedería en caso de que Serbia aceptase todas las exigencias de Austria: «Él descarta que ningún gobierno, ni siquiera el serbio, pueda deglutir tales exigencias, pero que si tal fuese el caso, Austria no tiene más remedio que, seguir irritando a Serbia, incluso después de esa aceptación, hasta que le dio pie a invadirla con sus tropas».^[41]

Eso era, exactamente, lo que deseaba el Vaticano.

La Guerra —«Un ajuste de cuentas con el Cisma»

«El papa aprueba que Austria proceda con dureza contra Serbia. El cardenal secretario de estado espera de Austria que se mantenga firme esta vez...»

El barón Ritter al gobierno bávaro.

El papa Pío X que, digámoslo así de una vez, había previsto al parecer la temprana muerte del sucesor al trono austríaco, también había vaticinado repetidamente, y atinado cabalmente, el año la conflagración mundial, «*Il guerrone*». «*La guerra che viene*» era en sus labios una expresión casi estereotipada. Y en 1910/11, durante la guerra de Trípoli que tan ventajosa resultó para el Banco di Roma dirigido por Ernesto Pacelli, Pío hablaba de ello mientras su secretario de estado le iba presentando los despachos con las noticias de la campaña. Y cuando en 1912, en los comienzos de la primera guerra balcánica, el cardenal le dijo que su presentimiento se iba cumpliendo, el papa le corrigió señalando que no se había referido a esa guerra, sino a la que traería el año de 1914: «*Viene il guerrone, Eminenza, le*

cose vanno male; non passeremo il 1914». Sus palabras de despedida del legado brasileño en mayo de 1914: «Feliz usted que no verá la gran guerra que estallará en breve».

¿Pero se sentía el mismo papa desgraciado por esa razón? Él desconfiaba de todos los pueblos eslavos y temía que todos y cada uno se integrarían en Rusia, a la que poco ^{antes} del comienzo de la catástrofe, definió ante L. von Pastor como «el mayor enemigo de la Iglesia». «*Sonó tutti quanta barbari*», exclamó en 1913 cuando la conversación recayó sobre los eslavos, expresión que no se compagina mal con aquellos versos ripiosos que resonaban fanfarrones desde los vehículos de transporte, que rodaron poco después hacia el frente:

Los serbios son todos criminales
Y su país un pozo de basura
Los rusos, más o menos, son iguales
Y sólo a palo limpio tienen cura.

o bien esta espiritual muestra del arte métrica:

Jayán de Estiria, a esa ralea serbia,
a culatazos, tunde en la pelea
y dale, estirio, al oso ruso plomo
que le traspase limpiamente el lomo

En 1913 el papa aleccionaba así al embajador de Viena ante la Santa Sede y fiel oveja de la grey católica: «Lo mejor que Austria-Hungría podía haber hecho es castigar a los servios por todos sus delitos». Al representante ruso ante la curia, Nelidov, le explicó Pío en 1914 que el gobierno ruso llevaba ya mucho tiempo engañando a la iglesia católica y quebrantando continuamente su palabra, a raíz de lo cual Nelidov, a quien el papa cortó toda palabra de respuesta, no volvió a poner el pie en el Vaticano. En otra ocasión, Pío subrayó «que la culpa de la guerra europea se había de imputar incuestionablemente a Rusia».

Aparte de si el pontífice, que ya desde su juventud era eslavófono, veía la esperada guerra como una especie de conflicto de razas —tal como el emperador alemán, Bethmann-Hollweg, Moltke, etc.— como ideología de «la lucha final entre eslavos y germanos», o no era tal el caso, de cualquier forma quería ver «castigados» a los eslavos. Su inquietud por la monarquía católica en lucha contra los «bárbaros» ortodoxos era aún mayor que la del monarca, de cuya naturaleza, inclinada a las concesiones, se quejaba.

Encajaba a la perfección con estos reiterados deseos papales de castigo aquel famoso telegrama enviado a Múnich el 26 de julio de 1914 por el legado bávaro ante la Santa Sede, Von Ritter, del que hay ciertamente diversas versiones, ya que el mismo Ritter, «de evidente fidelidad católica» quiso corregirse a sí mismo, ¡el 5 de mayo de 1919!

El telegrama aireado en el proceso a Fechenbach en München era —según el escrito del consejero de la audiencia Freymuth, escrito basado en las actas— de este tenor: «El Barón Ritter al gobierno de Baviera. El papa aprueba que Austria proceda con dureza contra

Servia. El Cardenal Secretario de Estado espera de Austria que se mantenga firme esta vez. Se pregunta cómo sería Austria capaz de conducir la guerra si ni siquiera estuviera resuelta a aplicar con las armas un correctivo a un gobierno extranjero, responsable del asesinato del archiduque y que, a la vista de la actual situación en Austria, pone en peligro la futura existencia de la misma. En sus declaraciones se evidencia el miedo de la curia romana ante el paneslavismo. Fdo Ritter». (A Fechenbach, secretario del presidente del gobierno bávaro K. Eisner, asesinado en 1919, lo condenaron en 1926 a diez años de prisión en una fortaleza por airear el texto del telegrama, interesadamente extraviado, ya que como documento acerca de la responsabilidad del Vaticano en la guerra suscitó una gran expectación.)

Pero cuando se estaba ya, literalmente, en vísperas de la guerra, Pío X no abogaba por la paz, sino que lamentaba el que Austria-Hungría no hubiese dado ya antes pasos tan ultimativos.

El pensamiento de «un papa que dejaba por doquier una impresión de santidad» halló su expresión en un informe del legado austríaco, conde Moritz Pálify, a su ministro de asuntos exteriores acerca de una conversación con el cardenal secretario de estado, Merry del Val, el 27 de julio de 1914, el conde Pálify acentuaba a ese respecto que «frente a ciertas “Combinaciones de la prensa...” no carecía de interés el conocer la verdadera forma de pensar de la curia» y prosigue después:

Cuando hace dos días visité al cardenal secretario de estado, él enseguida desvió, naturalmente, la conversación hacia las grandes cuestiones y problemas que ocupan actualmente Europa. Pero las observaciones de su eminencia no causaban la sensación de un espíritu especial de mansedumbre o conciliación. Las notas dirigidas a Serbia, que él calificó de extremadamente duras, hallaron pese a todo su aprobación sin reservas y al mismo tiempo expresó, indirectamente, la esperanza de que la monarquía sabría imponerse. Desde luego, el cardenal opinó que era una lástima no haber «achantado» ya antes a Serbia, pues entonces hubiese sido viable el hacerlo sin suscitar una tan amplia gama de posibilidades imponderables como es hoy el caso. Esa manifestación responde también a la forma de pensar del papa, pues en el transcurso de los últimos años Su Santidad ha expresado varias veces su pesar de que Austria-Hungría haya desaprovechado las posibilidades de «corregir disciplinariamente» a su peligroso vecino danubiano. Cabría preguntarse cómo se explica el que la iglesia católica se muestre tan belicista en una época en que está dirigida por un soberano de santa rectitud realmente imbuido de ideas apostólicas. La respuesta es muy sencilla. El papa y la curia ven en Serbia una enfermedad corrosiva que va penetrando paulatinamente hasta el tuétano vital de la monarquía y que la disgregaría con el tiempo. Austria-Hungría es y sigue siendo, pese a todos los demás experimentos emprendidos gustosamente por la curia en otra dirección en los últimos decenios, el mayor baluarte de la fe que la Iglesia conserva en nuestra época. Derribar ese baluarte significaría para la Iglesia perder su punto de apoyo más poderoso y ver caer a su paladín más vigoroso en su lucha contra los ortodoxos. Del mismo modo, pues, que a Austria se le impone como un imperativo directo de su propio instinto de vida el alejar de su organismo esa gangrena, en caso necesario con violencia, también para la Iglesia Católica constituye un imperativo indirecto el hacer o dar por bueno todo cuando conduzca

a esa meta. Visto bajo esa perspectiva es posible hallar un nexo de acuerdo entre «convicciones apostólicas y espíritu belicista»^[42].

El asombro del creyente católico ante esa mezcla de espíritu de santidad y de militarismo, por lo demás algo inveterado en la iglesia, lo comenta el historiador soviético Adamow con la frase de que el papado no solamente presta su «fuerza moral» al probable vencedor sino que la considera incluso «como capital muerto si no se invierte en guerras sólidas que prometan un crecimiento satisfactorio de su poder».

La secretaría de estado desmintió ciertamente el 20 de agosto el comunicado del conde Pálify del 29 de julio de 1914. Lo hizo pues el día mismo en que moría Pío X, y en todo caso no la declaró falsa sino «tendenciosa». Pero un desmentido y a mayor abundancia uno de ese tipo, dice con sarcasmo John Perse, es, de acuerdo con las reglas de juego de la alta política, la confesión a medias de una tontería completa o bien, según John B. Priestley, la confirmación negativa de una noticia que hasta entonces no era sino mero rumor.

El informe del encargado de negocios austríaco tiene en todo caso el mismo tono que el del bávaro Von Ritter o el del ruso De Bok, quien en julio de 1914 notificaba a su ministro de asuntos exteriores acerca de la disposición anímica del Vaticano: «imperando el odio contra Serbia por la pérdida del archiduque sucesor al trono y de su mujer, la duquesa de Hohenberg, a quien el papa tenía un apego especial y en la que había puesto grandes esperanzas. El papa ve en Austria-Hungría la salvaguarda del catolicismo y está por ello de su parte».

Hasta el obispo católico A. Hudal, que vivió durante mucho tiempo en Roma, llega a esta conclusión tras examinar las actas de la embajada austríaca ante el Vaticano: «Los informes de la embajada muestran que los círculos vaticanos consideraban la guerra contra Serbia en el plano religioso como un ajuste de cuentas contra el cisma. Fomentado éste cultural y económicamente por la iglesia rusa, había ganado fuertes posiciones entre los pueblos balcánicos contra las que el catolicismo se mostró impotente. El retorno de ortodoxos de nacionalidad eslava o rumana a la iglesia católica era escasísimo en todos los estados balcánicos, apenas digno de mención».

Con razón se insistía a la vista de las distintas documentaciones, bávaras, austríacas o rusas, en que estas declaraciones vaticanas acerca de las vacilaciones y dubitaciones de los gobiernos tuvieron forzosamente un efecto alentador de la guerra si es que no incitaron a la misma! El tajante ultimátum austríaco —que «Belgrado no podía admitir»...— fue «aprobado sin reservas» por el Vaticano. Es más, el papa y el cardenal secretario de estado esperaban que «Austria se mantendría firme esta vez...» Pero si el papa imparte esta dispensa... lo hizo de acuerdo con los intereses de la fe, pues en este caso se trataba de una guerra cuya meta era la de «disgregar y sojuzgar pueblos» para «elear e implantar» en su lugar a otros que fuesen sumisos al papa de Roma...

Todo esto lo había dado a conocer Pío X, este papa «típicamente» religioso, esa alma pura «de Parsifal», ya al inicio de su pontificado. Y está fuera de toda duda que él y su secretario de estado expresaron ante el legado austríaco, el 27 de julio de 1914, su deseo de guerra contra Serbia, y no por vez primera, evidentemente. Y ya al día siguiente Austria declaraba la guerra a Serbia.

«¡Pobres criaturas, pobres criaturas!, exclamó, al parecer, consternado, una y otra vez» el soberano de la Iglesia a medida que se iban sucediendo las movilizaciones y declaraciones de guerra. «De su afligido pecho» se escapó un grito de desesperación. «¡Esa guerra, ay, esa guerra, lo presiento, ha de costarme la vida!». Y el siguiente: «¡Daría con gusto mi vida para detener ese terrible azote!». Pío afirmó con énfasis querer morir «por los soldados en el campo de batalla». Con todo, sus últimas palabras —dejando aparte algunas jaculatorias— son una extraña profesión de fe en boca de un papa: «¡Cúmplase la voluntad de Dios, a la cual me entrego plenamente, pero creo que todo acaba aquí!». De todos modos también León XIII agonizante opinó poco antes de su ida hacia el Señor: «La catástrofe se avecina...».

Pío X sufría, desde 1.899, de una angina pectoris. Desde 1908, de gota, a lo que vino a sumarse una dolencia renal, en 1911, y una fuerte gripe y una persistente bronquitis, en 1913. Muchos contaban ya entonces, en 1899, con su muerte también sobre la base de la «sorprendente coincidencia del número 9 en todos sus avatares anteriores». El 2 de junio de 1914 pudo cumplir aún sus 80 años pero el 20 de agosto, poco después de la media noche, sucumbió a una pulmonía. «Nunca vi a nadie marcharse tan transfigurado de este mundo» contó el doctor Marchiafava. Durante ese tiempo y mientras el periódico suizo *Schildwache am Jura* (El Centinela del Jura) elogiaba al papa, que podía «figurar dignamente al lado de los grandes pontífices» como «padre de los pueblos y custodio de su felicidad» día tras día, entre seis y siete mil soldados eran apiolados muriendo a menudo peor que si fueran ganado.

Merry del Val y otros curiales propalaron entonces que el estallido de la guerra le había partido el corazón al papa:

R. Peyrefitte supuso que sí, pero de alegría. Se le calificó de «primera víctima y mártir de la guerra». Ya en vida le habían granjeado «fama de santidad» por la «milagrosa respuesta a sus preces», desde la que curó el forúnculo del cónsul belga que acudió a él a ruegos de su esposa, hasta la de «los paralíticos, un hombre y una muchacha, cuyos miembros atrofiados se reanimaron al tocarlos el Santo Padre...» a lo que se podrían añadir muchas cosas más y peores. Pronto fue, pues, venerado como «santo» y su tumba, en San Pedro, asediada por los devotos. Finalmente, «bajo el eco de los aplausos del episcopado mundial», en 1923 se inició el proceso de beatificación.

Pero mientras que este papa se había engrandecido, su querida Austria se había, ciertamente empequeñecido y otro tanto había ocurrido con la amada Alemania. En 1951 —entre tanto Alemania, con ayuda papal, se había engrandecido mucho nuevamente para acabar siendo mucho más pequeña— Pío XII el célebre socio de los fascistas, beatificó a Pío X y el 29 de mayo de 1954 lo canonizó haciendo de él el septuagesimoctavo papa santo. ¿Y bien? «Cuando se leen sus leyendas de santos —escribe sarcástico Helvetius— hallamos los nombres de millares de delincuentes canonizados...» Pues no hay santo que sea inocuo, ni siquiera los de madera.

Poco antes de morir Pío X impartió todavía a los obispos alemanes plenos poderes «toties quoties» (tantas veces cuantas sean necesarias) respecto a los soldados y la prensa alemana —y en ello le asistía alguna razón— difundió por todo el mundo su versión de «Bellum justissimum» de Austria. Pues cuando se le pidió al papa que mediase en interés

de la paz, expresó esta opinión ante su secretario privado: «El único monarca al que podría ofrecer mis buenos servicios es el rey y emperador Francisco José, pues a lo largo de toda su vida se sometió fiel y lealmente a la Iglesia. Pero precisamente ante él no puedo intervenir, pues la guerra que Austria-Hungría está haciendo es sobremanera justa...»^[43].

San Pío y la Gestapo Curial

Ahora bien, el papa, que, precisamente durante las guerras de los Balcanes «manifestó en varias ocasiones su pesar por el hecho de que Austria-Hungría hubiese desaprovechado la ocasión de “aplicar un correctivo” a su peligroso vecino del Danubio» —de hecho costó mucho el disuadir a Austria de su intervención— no solamente azuzaba a la guerra contra Serbia, y con ello, nolens volens, también a la guerra mundial. Más intolerante y obsesionado por el poder que ninguno de sus antecesores, también dio la señal de caza para acosar al propio clero.

Pues la afirmación de León XIII de que «todo cuanto en los asuntos humanos sea de uno u otro modo santificado... está sometido a la competencia y la disciplina de la Iglesia» halló también la aprobación de su sucesor que reivindicaba también el privilegio de dirigir la conducta de todos los hombres «tanto en la vida pública como en la privada, en el ámbito de la doctrina social y de la política, así como en el de la religión, en sentido más estricto... según los principios básicos del recto pensamiento y de la recta conducta». Pues exigía incluso que la potestad del estado y el derecho se ajustasen a la potestad de la iglesia y al derecho divino, que es simple y naturalmente, el de los papas. Y hasta en el mismo siglo XX resulta difícil sobrestimar el afán totalitario de éstos, por mucho que lo enmascaren.

Pensar libremente resultaba siempre sospechoso para Pío X. No es casual que ya como patriarca de Venecia combatiese contra «los modernos errores de la libertad de pensamiento, conciencia, expresión, culto y prensa». Ni lo era tampoco el que, una vez el papa convirtiese a clérigos declaradamente antiliberales en sus más estrechos colaboradores, como el secretario de estado Merry del Val, los cardenales De Lai, y Vives y Tuto o el vicesecretario de estado Benigni. Tampoco es casual que recelase también del catolicismo reformador surgido contemporáneamente al cambio de siglo, del que eran partidarios el novelista A. Fogazzaro, en Italia, el filósofo de la religión, Barón von Hügel, en Inglaterra y los teólogos alemanes F. X. Kraus, A. Erhardt y, sobre todo, el apologista A. Schell de Würzburgo, quien bajo los desenfrenados ataques de sus adversarios, se condenó finalmente a sí mismo al silencio, «herido en lo profundo» y murió ya en 1906, «todavía en la flor de la edad».

Con ira realmente santa atacó en verdad el papa un fenómeno teológico más o menos estrechamente vinculado al catolicismo reformador, al que dio una continuidad más radical, el denominado modernismo en el que pretendía ver una especie de revolución en lo religioso, al igual que el socialismo lo era en lo político. Y así como él, enemigo jurado de todas las innovaciones, (como obispo llegó a prohibir estrictamente a su clero el ir en bici) combatía impertérrito el socialismo, apenas desaprovechaba tampoco la menor

oportunidad de estigmatizar, de palabra o por escrito, la «peste» modernista, el «desvergonzado ultraje de lo sagrado» o, como también denostaba, aquel «delirio».

Se denomina modernistas a todos aquellos que, a comienzos de siglo, intentaron injertar en el catolicismo toda clase de «modernidades» de las que buena parte se remontaban al siglo XVIII: un poco de agnosticismo kantiano, un poco de la teología del sentimiento y la inmanencia de Schieiermacher y también la aplicación de la idea de la evolución a la historia de la teología. Un cierto relativismo respecto a las teorías, que ya estaban, por otra parte, más que relativizadas por la historia, una interpretación bíblica y una exégesis del dogma algo más generosas. Se diría también que —como ocurre con toda teología «progresista»— en él se daba también, por oportunismo, un acomodamiento servil al espíritu de la época (V. K. Tucholsky, pág. 96), que debía hacer más llevadera, a ellos y al mundo, la comprensión de la fe.

Como cabeza de sus adversarios, los integristas, los custodios conservadores del santogrial y defensores de la super-restauración papal, Pío X desplegó una lucha literalmente aniquiladora contra los (supuestos) innovadores. Los inculpó por lo pronto de «enseñar errores monstruosos bajo formas engañosas», les acusó de estar lanzando un ataque «que no era un herejía, pero sí substancia y veneno de todas las herejías». El 3 de julio de 1907 intervino contra ellos mediante el decreto «Lamentabili sane exitu», el nuevo «Syllabus» en el que anatematizaba 65 proposiciones, recogidas bastante al azar, de la exégesis y la historia del dogma. El 8 de septiembre de aquel mismo año, su encíclica «Pascendi dominici gregis» debía «arrancar la máscara» a aquellos «enemigos de la Iglesia... peores que cualquiera otra clase de enemigos». Pero los modernistas pusieron en evidencia al «Santo Padre» y no sólo por su fanatismo, sino también por falsas afirmaciones, pues en su orgía de condenaciones pintaba un cuadro del movimiento que, como escribió medio siglo más tarde el teólogo católico Schwaiger, «de ser así, no correspondía a lo que defendía ninguno de los modernistas, supuesto o real».

Pese a todo, el anatema papal se abatió sobre todas las cabezas rectoras del movimiento: el famoso exegeta francés A. Loisy, de quien Pío exigía la total sumisión, usando para ello la tristemente famosa sentencia de la época merovingia, «quema lo que has adorado y adora lo que has quemado», así como el inglés convertido G. Tyrrell, jesuita y teólogo moralista que, nada de bromas, abogaba por un «catolicismo liberal», que había exultado: «La palabra católico es música para mis oídos» y que después quiso grabar su testamento en epitafio: «he defendido los principios católicos contra las herejías vaticanas». Entre las víctimas de la «Santa Sede» figuraba en Italia el profesor de historia de la iglesia en Roma, E. Buonaiuti, unido por lazos de amistad al que fuera durante muchos años secretario de estado, el cardenal Gasparri, y compañero de estudios de Juan XXIII (Cuando este papa sintió una vez ganas de ver su propia ficha en el «Santo Oficio» en la antigua Institución inquisitorial, halló una sentida carta de apoyo que el entonces delegado apostólico en Turquía, había enviado a Buonaiuti: «Oh —dijo el papa Juan— esta carta les cayó en la red»). Muchos profesores perdieron su *venia legendi*, algunos sobre la base, incluso, de denuncias sin fundamento. Algunos libros quedaron incluidos en el índice. Sospechas, condenas, difamaciones y espionaje estaban a la orden del día. A los adversarios se les inculpaba de herejía protestante, de filosemitas, de masones y, como en toda

«depuración» practicada en nombre de la fe, ésta fue abusivamente empleada para otros objetivos siniestros, estrechando, por ejemplo, el cerco al modernismo político. Incluso después de aniquilado el movimiento prosiguieron las denuncias y soplonerías. Los integristas temían a la sazón al «semimodernismo» considerado como aún «más taimado y seductor»^[44].

También en el siglo xx se confirmó y tenía que seguir confirmándose lo que el teólogo D. F. Strauss escribió en el siglo xix: «El cristianismo como tal no ha ido más allá de las cruzadas y la persecución de herejes. No ha llegado siquiera a la tolerancia por más que ésta estribe meramente en el reverso del amor universal entre los hombres».

Los integristas que trataban de aniquilar a sus víctimas hasta en el último de sus escondrijos, renovando aquel bien probado procedimiento de la santificada Edad Media, que no permite defensa alguna del acusado mientras que su condena está decidida de antemano, sistema procesal que también es propio de las (otras) dictaduras modernas. Surgió así una «gestapo curial regular» dirigida por un hombre regordete, de mirada acechadora y en perpetuo movimiento, el subsecretario de estado U. Benigni, dotado de carisma olfativo respecto a herejes y que sería más tarde agente de Musolini. En honor de su valedor, el papa, monseñor Benigni —que, por lo demás, «siempre estaba exigiendo dinero»— bautizó como «Sodalitium Pianum» («Liga piaña secreta») a la organización fundada en 1909 y subordinada a la congregación consistorial de G. de Lai. Cada uno de sus aproximadamente mil miembros recibió un nombre secreto y Benigni, que signaba con doce firmas diferentes, recibía anualmente un escrito de felicitación y elogio de Su Santidad. Ésta se anunciaba con los nombres cifrados de Michel, Michaelis, Baronin Mechelet, Lady Micheline y «su entorno personal iba componiéndose de modo cada vez más exclusivo de consejeros y auxiliares de este tipo».

Protectores y colaboradores de la camarilla del Vaticano eran, aparte del ya mencionado cardenal De Lai, el cardenal Billot y el cardenal secretario de estado Merry del Val (Miss Romey, Monsieur George). De la filtración de cartas de contrabando hasta las manos de Su Santidad se encargaban a menudo sus inofensivas «hermanas» Rosa, Ana y María. Ejercían de enlaces entre la central vaticana y el mundo exterior el monje arrepentido Brumer, los sacerdotes (que dejaron después la sotana) Schopen y Kaufmann, la condesa Schaffgotsch (Madre Gertrudis), el barón Matthies, los exjesuitas Barbies y Gaudeau, el hermano lazarista Maignen, el abate Thompson, el abate Boulín, en cuya vivienda se alojaba Benigni, etc. Aparte de ello prestaban sus servicios a la liga secreta un despacho de consultas, una «Agence Internationale Roma» (A. I. R.) y diversos boletines como el *Borromeo Paulus, Rome et le monde*, los *Cahiers catholiques romains*, también una serie de periódicos y revistas eclesiásticas integristas de Milán, Viena, Berlín, Bruselas, Friburgo, Gante, París etc, tales como *Petrus-Blätter* (la gacetilla de Pedro), *Wahrheit und Klarheit* (verdad y claridad), *Gral* (Grial), *Maasbode* (El Mensajero del Mosa), *Correspondence Catholique*, *Foi Catholique*, *Critique du Liberalisme*, *Unita Catholica*, *Penna Azzurra* (Pluma azul), etc., que lanzaron tal diluvio de injurias, incluso sobre altos dirigentes de la iglesia, que muchos de ellos desistieron desesperados. Y todo ello, según expone una obra con autorización eclesiástica, «bajo los auspicios del papa y de la curia, con ayuda vaticana, en el interior del orbe católico». «La historia —aleccionaba el fundador

de la “liga piaña secreta” y antiguo profesor de historia de la iglesia en Perugia y Roma, al modernista e historiador de la iglesia Buonaiuti— es un continuo y desesperado intento por vomitar (*un continuo e disperato conato di vomito*) y semejante humanidad necesita antes que nada de la inquisición».

¿Quién dudaría de que fue la legislación estatal la que impidió a estos cazadores romanos de herejes restaurar aquellos tiempos llenos de fe, cuando un papa como Pío V, un santo cuya fiesta se sigue celebrando el 5 de mayo, podía decir en el siglo XVI, en medio de descuartizamientos y ahorcamientos cotidianos, que estaría más dispuesto a dejar libre a un asesino con cien crímenes en su conciencia que a un hereje pertinaz? ¿Cuando todavía en el siglo XVII el cardenal Belarmino llamaba «remedio» (*Remedium*) y «acto bienhechor» (*Beneficium*) a las matanzas de herejes, celebradas como actos de fe y sacrificio ritual, como fiestas de la nobleza, del pueblo y de la iglesia? Todavía en la segunda edición de su libro «De Stabilitate et Progressu Dogmatis» de 1910 defendía A. Lépecier, profesor del seminario papal de propaganda, el derecho de la iglesia romana a asesinar herejes. «Él mero hecho de que la Iglesia, en virtud de su propia potestad, juzgó a herejes y los entregó para que se les aplicase la pena de muerte demuestra que posee en verdad el derecho de matar a tales hombres como traidores a Dios y enemigos de la sociedad civil» enseñaba Lépecier con la aprobación de León X, quien, según los historiadores de los papas Franzen y Báumer trataba tan sólo de evitar «que la Iglesia se acomodase al espíritu moderno de forma no cristiana».

Por otra parte hasta algunos historiadores católicos constatan: «Si bien la liga secreta no era una invención del propio papa, éste la aprobó plenamente y la apoyó con hechos asumiendo con ello una responsabilidad primordial en el envenenamiento de la atmósfera de la iglesia y la sociedad». O bien: «El que este juego pudiese prolongarse por tanto tiempo y haciendo uso de medios tan dudosos es algo que no está al margen de la culpabilidad de León X». Con todo, un teólogo que se queja de que «si bien no se le puede imputar a Pío la responsabilidad de ser el autor principal, a él le atañe, no obstante, como mínimo el de una gravísima complicidad en este desdichado complot mundial» es capaz de celebrar, pocas páginas después, la conducta del papa que «protegió a la Iglesia con diques insuperables, evitando que hiciera concesiones al espíritu moderno» como «proeza inestimable que le asegurará un lugar destacadísimo en la historia de los papas y de la Iglesia».

Y ese mismo católico, capaz de juicios tan típicamente esquizofrénicos, considera que la «gravísima complicidad del papa» o, lo que es igual, «su inestimable proeza» «se ve cuando menos atenuada... por haber sido objeto de engaño y abuso de la perfidia y las intrigas de miembros de la curia, irresponsables y de miras estrechas». Pero, por lo pronto, fue él mismo quien los escogió como sus más estrechos colaboradores y, por lo demás, siempre que no se puede mentir rotundamente afirmando que el «Santo Padre» no sabía nada, se echa mano de una excusa así...

Como quiera que no hay nada que suscite más temores en el Vaticano —y en toda potestad autoritaria— que la «herejía» y la ilustración crítica, pues es un enemigo irreconciliable, en su doctrina y en su práctica, de toda libertad, interna y externa —todavía en 1832 Gregorio XVI condenaba como «locura» (*Deliramentum*) la libertad de conciencia, y Pío IX, proclamador de la infalibilidad papal, se adscribió «de todo corazón» a ese juicio, y

hasta el supuesto «liberal» León XIII, declara, «que nadie está autorizado a fomentar, propugnar y conceder la libertad de pensamiento, de prensa, de enseñanza, ni tampoco la libertad indiscriminada de religión como si esas libertades constituyesen otros tantos derechos que el hombre poseyese por naturaleza», es más, hasta el mismo Pablo VI invocó al mundo para que no confunda «la recta libertad de conciencia... con una falsa libertad de pensamiento»— como quiera, pues, que el papado odia y ha de odiar la auténtica libertad y por «recta libertad de conciencia» no puede ni quiere entender otra cosa que la sujeción del hombre, y por libertad de aquél, no otra cosa sino «la falsa libertad de pensamiento» Pío X pudo imponer a su clero, en 1910, el juramento antimodernista así como el juramento de los exégetas.

Es cierto que Jesús había prohibido el juramento, incluido el hecho «por el cielo». Su prohibición era total. Pero sus vicarios olvidaron también este mandamiento suyo como hicieron con casi todos los demás. Y no les resultaba ya suficiente el sujetar a sus teólogos a la servidumbre de los dogmas y de los «nihil obstat» requeridos para publicar, sino que los atenazaron también —ejemplo vergonzoso de su temor y su temblor, de su modo de aterrorizar las almas, de su avidez de poder— mediante toda una gama de juramentos, como el juramento del obispo, el del cardenal o el mencionado antimodernista. Éste debía erradicar la nueva «herejía» obligando a quien lo prestaba a sujetarse a las opiniones papales de 1910, a saber, acogiendo y aceptando «firmemente», como se dice en el texto introductorio del juramento, «todas y cada una de las proposiciones (!), decididas, propuestas y declaradas por el infalible magisterio (!) de la Iglesia y de modo especial los componentes esenciales de su doctrina que se opongan directamente a los errores del presente». F. Leist, que analizó pormenorizadamente este juramento, resumió así su opinión: «El juramento es insostenible. Si se mantuviera en estos términos, impediría toda discusión e investigación... Tenemos ante nosotros un juramento que —prescindiendo de la coacción propia del momento previo a la ordenación— *es inmoral en sí mismo*».

El juramento antimodernista fue suprimido mucho tiempo ha, pero tampoco hoy, y estamos en 1982, disfruta la teología católica de libertad alguna para una auténtica crítica. La sola idea de algo semejante resulta demencial. A esta gente a quienes, con serio cinismo, se sigue llamando «científicos» e «investigadores» y a quienes se permite enseñar en las universidades, se les puede aplicar ahora si acaso lo que, refiriéndose a la teología protestante de entonces, decía el protestante Bruno Bauer (que ejerció una poderosa influencia tanto sobre Marx y Engels como sobre Nietzsche) antes de ser definitivamente anatematizado por aquélla (y antes de su carrera como comerciante en legumbres): «El prisionero está autorizado a pasear por su prisión, pero no a abandonarla».

Quien prestaba el juramento de los exégetas, cuya permanente actualidad documentan alocuciones de Pío XII y Pablo VI, prometía «guardar fiel y sinceramente los principios (Principia) y decretos ya publicados o que se hayan de publicar por parte de la sede apostólica o de la comisión bíblica, considerándolos como directiva y norma suprema y mantenerlos incólumes, sin atacarlos doctrinalmente, ni de palabra ni por escrito». Este juramento por el que los doctores in sacra Scriptura tenían que hacer voto de mantener, incluso, aquello que no conocían aún en absoluto imposibilitaba cualquier estudio puramente científico de la biblia o la patrística, pues todo lo sujetaba a las decisiones de la

comisión bíblica papal, comisión que reprueba casi todos los resultados garantizados por la teología histórico-crítica. «¿Qué exige el cumplimiento del juramento?» —pregunta Leist para contestar lapidariamente— «Quien lo presta jura la privación de libertad para su propia investigación. Jura que investigará supeditado a lo que se le indique». El añadido «integre sincereque (integra y sinceramente) encarece expresamente que no se limitará a una obediencia externa, es decir a no decir ni escribir públicamente cuanto transgreda las normas de la comisión, sino a ajustar también su conciencia de lo verdadero a los decretos de las autoridades romanas... La exigencia de semejante juramento es tan inmoral como su prestación». Parece increíble, pero fueron muy pocos los teólogos que se sustrajeron al juramento: la consecuencia fue la de innumerables conflictos de conciencia y tragedias anímicas. Cómo pensaba Pío X sobre los protestantes, y no era sólo cuestión de pensar, en un tiempo en que la simple palabra de «modernista» venía, casi, a significar «hereje» es algo que un mundo de aguzados oídos pudo saber el 29 de mayo de 1910 gracias a su encíclica «*Editae saepe*». Dedicada a la memoria del contrarreformador cardenal C. Borromeo, el escrito no sólo calificaba al protestantismo de inicio de la revolución, sino también de «enemigos soberbios y rebeldes a la cruz de Cristo» a las cabezas dirigentes de la Reforma, de «hombres de sentido terrenal, presas del desenfreno moral, cuyo Dios es su estómago» (*quorum Deus venter ist*), lo cual no resultaba muy original dicho por San Pío, pues ya San Pablo había denostado así a los cristianos judíos, los primeros seguidores de Jesús. El papa difamó de tal modo a los príncipes de la época de la Reforma que hasta el rey católico Jorge de Sajonia se quejó ante él con un escrito de su propia mano por los dicitos dirigidos a sus antepasados. En una palabra: enfrentamientos en la prensa, protestas, acciones parlamentarias y diplomáticas, pues el gobierno prusiano elevó una protesta oficial. Pero todavía años después al secretario de estado, Merry del Val, se le escapó, hablando con un diplomático austríaco, una observación, que, según ese mismo diplomático opinaba, diplomáticamente, ¡casi habría de entenderse de este modo: «mejor un mahometano que un protestante». Con todo, en 1910 ese secretario declaraba que estaba muy lejos del ánimo de la curia ofender al pueblo alemán y que las frases objetadas habían sido tergiversadas hacia un sentido opuesto a las intenciones del papa. Es más. Pío no permitió que su epístola se hiciese pública en el imperio alemán, ni en los púlpitos, ni en las cartas pastorales de los obispos ni en los boletines oficiales de los obispados. Por intervención de la legación prusiana anuló, incluso, el juramento antimodernista para toda Alemania y restringió considerablemente en Austria —ante la protesta de la embajada austríaca— su prohibición de leer periódicos políticos en los seminarios, medida que afectaba a todos los de la monarquía danubiana.

Por Alemania, cuya maquinaria bélica le resultaba de seguro imponente, y por Austria, que debía iniciar, e inició, una guerra que nadie ensalzó tan exaltadamente como el clero, San Pío hizo cabalmente cuanto le fue posible hasta que, finalmente, murió incluso, «por los soldados de los campos de batalla...» Trono y altar... hasta bien adentrado el siglo XX y seguro que hasta más adelante también. Pues es bien posible que ambos no dejen vivir más allá de ahí a pueblos enteros, pero es, en cambio, bien seguro que a ambos sí se les dejará sobrevivir hasta más allá. Le viene a uno a la memoria la sentencia de V. Hugo quien, no estando siquiera bautizado, condenaba desde luego a la Iglesia con una dureza aún mayor

que la usada por Goethe o Schiller (¿cuándo se habla de ello en las escuelas alemanas?):
«Un rey quiere decir: hacer la guerra. Un Dios quiere decir, noche. La libertad, la vida y la fe sólo prosperan sobre las ruinas del dogma!»^[45].

BENEDICTO XV (1914-1922)

«La alta dirección militar, la alta nobleza, la jerarquía eclesiástica, los hombres de la industria pesada y los suministradores de material de guerra, que se enriquecieron desmesuradamente sin que ninguna autoridad controlase sus nada limpios negocios, todos ellos fueron objeto de vehementes ataques por parte del pueblo llano, obligado a soportar la carga principal de la guerra».

(El obispo de A. Hudal)

«Los dirigentes de las iglesias, Los cardenales, obispos, el alto clero... casi todos se aferran a una teología de la “guerra justa”... Portavoces conspicuos del catolicismo francés declararon que la guerra de 1914-1918 era una cruzada al servicio de la Iglesia contra la Prusia pagana y luterana. Por parte austríaco-alemana el príncipe-obispo de Bríxen, Dr. V. Egger declara junto a otros...:

»“A esta guerra se la puede denominar, sin exageración, guerra de religión, guerra entre el catolicismo y el cisma”. La iglesia ortodoxa rusa bendice la movilización de millones de campesinos que van a la batalla y a la muerte por el zar como una lucha contra el occidente latino corrompido por católico-romano o protestante. En la curia preponderaba, al menos durante 1914-1915 aquel grupo de influyentes cardenales y obispos alineados con las potencias centrales, Austria-Hungría y Alemania»

(El católico F. Heer)

«La actuación de la Santa Sede durante la guerra favorecía constantemente a los poderes de la Entente, especialmente a Bélgica, Italia y Francia».

(El diario vaticano «L'Osservatore Romano»)

«En cuanto sociedad perfecta, la Iglesia tiene únicamente por objetivo la santificación de los hombres en toda época y en todo país»

(Benedicto XV en noviembre de 1918)

El sucesor de San Pío, Giacomo Paolo Battista Della Chiesa, provenía de una antigua estirpe noble que ya había dado un papa al mundo, Inocencio VII, (1404-1406): «el sobrino de éste asesinó en 1405 a no menos de once diputados del municipio romano». Una rama

de la familia Della Chiesa que se había afincado «in illo tempore» en la marca de Brandenburgo, parece haber establecido parentescos políticos con los Hohenzollern.

El joven Della Chiesa, nacido en 1854 en Pegli/Génova, había sido destinado por su padre, siguiendo la tradición familiar, a ejercer de jurista. Él mismo, sin embargo, pequeño, enteco, contrahecho (*¡Piccoletto!*) «casi feo» había escogido una carrera eclesiástica. Por ello, después del examen de doctorado jurídico en Génova, estudió en la Universidad Gregoriana de Roma y en 1878 recibió las órdenes sacerdotales. Como preparación para el servicio diplomático del papa se alojó en el colegio nobiliario para ir después a la nunciatura de Madrid como secretario privado de su valedor, Rampolla. En 1887, éste se convirtió en secretario de estado y se trajo a Della Chiesa al Vaticano. Pero por salvar la apariencia de neutralidad, León XIII quería que hubiese allí un contrapeso frente a Rampolla, totalmente comprometido con la orientación ruso-francesa. Es por ello por lo que León había previsto al antiguo auditor de las nunciaturas de Múnich y Viena, Tarnassi, partidario de las potencias centrales, como vicesecretario de estado. Pero justamente cuando Tarnassi —realmente uno de los oponentes más peligrosos de Rampolla, quien por su parte esperaba ser pronto papa— debía, en 1901, ser elevado a cardenal en Roma, sucumbió a una muerte enigmáticamente rápida. «Los mentideros vaticanos hablaron de envenenamiento, pues su muerte era demasiado deseada como para que, a juicio de la curia, hubiese tenido lugar sin maquinación alguna. Esos mentideros señalaron a monseñor Della Chiesa como asesino» siendo éste una persona que, incluso para un admirador del papado, el historiador austríaco Th. von Sickel, encarnaba «el tipo de prelado curial sin escrúpulos, que no retrocede ante nada».

El marqués Della Chiesa, alumno de toda confianza de Rampolla desde su época de Madrid, ascendió ahora a vicesecretario de estado en lugar de Tarnassi. Después se convirtió en prelado doméstico y secretario para despachos cifrados. Bajo Pío X sobrevivió ciertamente a la caída de Rampolla pues al principio resultaba imprescindible para su nuevo jefe, Merry del Val, pero no fue nombrado, como él esperaba, nuncio en Madrid, sino que como «vencido por una turbia reacción» fue hecho arzobispo de Bolonia. El favorito de Merry, Canali, fue ascendido a vicesecretario de estado. Della Chiesa, por su parte, tuvo que esperar hasta el último consistorio del papa, en 1914, para obtener el birrete cardenalicio, aunque estuviese ya en una sede cardenalicia: no poseía el favor de Pío, quien se distanciaba cada vez más de la política de León y Rampolla.

Según la constelación de circunstancias militares —los ejércitos alemanes avanzaban ya hacia el Mame— en el cónclave se detectaban tres tendencias: una germano-austríaca, otra franco-inglesa y otra italiano-neutral. Sin embargo, ni los candidatos de las potencias centrales, los cardenales De Lai y Merry del Val, galardonados con altas condecoraciones austríacas, ni los de la Entente, Maffi y Ferrata, obtuvieron los dos tercios requeridos. Della Chiesa, elegido al parecer como candidato de compromiso, se inclinaba, no obstante, hacia la alianza ruso-francesa, al igual que su maestro Rampolla. Por ello lo había alejado de la secretaria de estado el filoaustríaco Merry del Val y por eso lo había hecho arzobispo de Bolonia el no menos filoaustríaco Pío, sin elevarlo a cardenal hasta 1914. Ése fue el año de la muerte de Rampolla, cuya todavía temida camarilla no debía ser reforzada antes de ello. Ahora, sin embargo, Della Chiesa lograba su propósito y precisamente como partidario de

Rampolla y de los aliados. «A éste —opinaban las masas— nos lo ha enviado Dios a ruegos de Rampolla». Y Maffi y Ferrata, los candidatos de la Entente, parecen haber sido, los primeros, tras fracasar ellos mismos, en apoyar la candidatura de Della Chiesa. Aparte de ello, los italianos, cuyo número predominaba en el cónclave, comenzaron a contar, bajo la impresión de la batalla del Mame, con la posibilidad de una victoria aliada y Roma quiere siempre estar con los vencedores; ésa es su ley no escrita. No se olvide, por último, que Della Chiesa se había recomendado a los cardenales como diplomático y político *katexochen* (por antonomasia): «Casi todas sus actuaciones públicas —observa el legado austríaco ante el Vaticano, conde Pálffy— son o bien resultado de premisas políticas o bien puntos de arranque de planes políticos».

Sickel y Pastor, historiadores de juicios a menudo tan contrarios, describen coincidentemente a Della Chiesa como propugnador de la política de León y partidario de Francia. No en vano, de los 300 millones de católicos del mundo, 124 millones se alineaban con las potencias de la Entente frente 64 millones en las potencias centrales. Los restantes 112 millones estaban asimismo en su mayoría bajo la influencia de la Entente.

También el nombramiento de los secretarios de estado habla por sí mismo. El cardenal D. Ferrata, candidato oficial de los aliados en el cónclave, sólo conocía Austria a través de las actas de la congregación papal para asuntos extraordinarios. En cambio había sido, bajo León XIII, nuncio de París y se vanagloriaba de haber cooperado en la creación de la alianza ruso-francesa. Y cuando Ferrata murió a las pocas semanas, el 10 de octubre, fue el cardenal P. Gasparri quien asumió la secretaría de estado, un hombre que no conocía en absoluto la problemática de la monarquía danubiana mientras que sí había enseñado nada menos que 17 años como canonista en el «Institut Catholique» de París, por lo que en Roma se bromeaba afirmando que eran los «*rampolli di Rampollo*» (los polluelos de Rampolla) quienes se habían apoderado del Vaticano. «La actitud amistosa del nuevo secretario de estado hacia Francia y su simpatía personal hacia las potencias de la Entente no eran ningún secreto para los círculos de la diplomacia», escribía el obispo Hudal refiriéndose a Gasparri, quien como uno de los funcionarios más versados del Vaticano dirigía ahora y por un espacio de 16 años, hasta 1930, el segundo cargo más influyente de la curia. Eso no obsta para que el embajador austríaco hallase también en Gasparri «pruebas constantes de su simpatía hacia Austria-Hungría» y en 1914 llegó a calificarlo de «amigo nuestro y de Alemania». El mismo papa enfatizaba ante el cardenal Von Hartmann, con cuánto calor latía su corazón por los católicos alemanes, con cuánto agradecimiento recordaba la distinción honorífica de que fue objeto por parte del emperador: éste le había otorgado con motivo de un banquete festivo en Roma la gran cruz de la orden de la corona^[46].

Pues aunque los prelados más influyentes fuesen partidarios de la política de León XIII y de los aliados, por lo pronto apoyaban a las potencias centrales.

La actitud filogermana de la curia en los primeros años de la I Guerra Mundial

Bajo León X, el Vaticano siguió un rumbo tan marcadamente favorable a Alemania y Austria que no era posible modificarlo de golpe. Benedicto no lo pretendía de inmediato pues, pese a la batalla del Mame, la victoria parecía corresponder a las potencias centrales, algo que ningún papa podía ignorar. Alemania había ocupado toda Bélgica, la Polonia rusa y Lituania. Había conquistado parte de Francia, el Báltico y Bielorrusia. También Serbia y Rumania habían sido debeladas ¿Quién querría, a la vista de todo ello, pasarse al campo de los perdedores?

Así se entiende que Benedicto desaprobase la ocupación de Bélgica, vulneración clamorosa del derecho, pero que no la condenase públicamente. Se limitó a dirigir una apelación a los alemanes para que no destruyesen más de lo necesario (!) y respetasen los intereses religiosos de los belgas. Es más, deseaba que éstos no empeorasen la situación mediante actos de sabotaje, pues ¡Dios había permitido la guerra y castiga al mundo por su afán terrenal! Una apelación papal a la paz, en 1915, cuando las potencias centrales seguían triunfando, fue sentida como un apoyo de aquéllas y otro tanto pasó con el hecho de que de tan sólo seis cardenales de nuevo nombramiento, dos de los purpurados eran partidarios decididos de la doble monarquía: el antiguo nuncio en Viena, Scapinelli di Léguigno, y el nuncio de Múnich, el alemán A. Frühwirth. Viena podía interpretarlo, con razón, como un «promoveatur ut amoveatur» pues precisamente en los dos primeros años de la guerra mundial se acusó una y otra vez al papa de preconizar una paz de compromiso favorable a las potencias centrales. En definitiva, ambos estados eran, desde la perspectiva curial, factores de estabilidad. No sólo por ser católicos o, cuando menos, llenos de benevolencia frente al catolicismo, sino por ser, en último término, monarquías, poderes del sedicente orden, de la autoridad, la tradición y la disciplina. Todo ello siempre fue más del gusto de los monseñores que el espíritu liberal dominante en Francia e Italia con el que estaban en pie de guerra desde hacia decenios.

Otra razón importante para la actitud todavía filogermana de la curia era el destino de Austria-Hungría. Incluso el historiador de los papas Schmidlin reconoce: «De modo completamente natural toda la simpatía personal y oficial del papa estaban, en principio y pese a toda neutralidad (!), del lado de la doble monarquía de los Habsburgo, eso ya durante la guerra mundial, en consideración de su carácter católico frente a la Rusia cismática, la Inglaterra protestante y la descreída Francia... ya empezada la guerra, Benedicto siguió ocupándose y esforzándose con todo celo y sinceridad por el bien auténtico y especialmente por los intereses religiosos-eclesiásticos de la monarquía cis y transleithanica⁽⁴⁷⁾».

El encargado de negocios austríaco ante la Santa Sede, príncipe Schonburg-Hartenstein, seguía estando convencido tras la primera audiencia ante el papa después de su toma de posesión, de la estima que éste tenía por Austria-Hungría y de que consideraba como justa su guerra. En su informe secreto desaconsejó incluso que se acentuase de modo especial la identidad de intereses entre la curia y los de la monarquía. «El papa Benedicto XV es un

amigo del orden alemán y es por ello filogermano», notifica Schonburg el 7 de septiembre de 1914 a Viena. Y Engel-Janosi, uno de los mejores conocedores de esta materia, escribe: «En los informes e instrucciones diplomáticos hallamos innumerables indicadores en el sentido de que la supervivencia de las potencias centrales conservadoras puede prestar al Vaticano una ayuda esencial contra los peligros que amenazan por parte de los francmasones... y los partidos extremistas de las izquierdas en los estados occidentales». Algunos curiales de renombre se manifestaban frecuentemente en estos términos. E. Pacelli no era el último en exigir a cada paso «el mantenimiento de la integridad política de Austria-Hungría». Incluso F. Marchetti-Selvaggiani, elevado posteriormente a cardenal y proclive a las democracias, especialmente a la americana, confesó que la mayoría preponderante de los prelados romanos veía en los Habsburgo «a uno de los pilares más fuertes, por no decir el más fuerte, de la iglesia católica». Hasta un confidente del príncipe de Schönburg reconocía ante éste en el otoño de 1914 que no había nadie en la curia «que no sintiera simpatías por la causa austro-húngara».

Aunque esta afirmación pudiera ser exagerada, la doble monarquía era la única gran potencia estrechamente aliada al Vaticano que prometía una protección contra el eslavismo y la ortodoxia más eficaz que la representada por los pequeños estados nacionales. El hundimiento de Austria hacía temer consecuencias desoladoras, incluida la conversión forzosa a la ortodoxia. Hasta el mismo Benedicto corroboró, incluso en la primavera de 1915 «la absoluta identidad de nuestros intereses».

Las manifestaciones verbales del Vaticano pueden significar cualquier cosa, incluso, y de modo especial, lo contrario de lo que dicen. Algo que pasa, por lo demás en todas partes. Pero una victoria de las potencias centrales dejaría expedito para el papa el camino hacia el este ortodoxo. Y allí agitaba incansablemente el conde A. Septyckyj, que gozaba de un alto aprecio en Roma y en Viena. En el mismo comienzo de una memoria destinada al emperador Francisco José el metropolitano urgía así: «Tan pronto como un ejército austríaco victorioso ponga su pie en el territorio de la Ucrania Rusa, habremos de resolver un triple problema, el de la organización militar, el de la sociedad civil y el eclesiástico.

La solución de estos problemas debe preceder a toda conferencia de paz, no sólo para favorecer las operaciones de nuestro ejército, sino también para separar estos territorios de Rusia del modo más tajante posible». Como tantas veces ocurre, la solución del problema militar se anticipó a las demás.

El arzobispo Septyckyj abrigaba la esperanza, poniéndose al servicio del estado mayor austríaco, de constituir un patriarcado ucraniano propio y de obtener para sí mismo la púrpura cardenalicia. El patriarca de la iglesia oriental debía ser sobornado con dinero, todos los obispos de mentalidad rusa debían abandonar sus sedes y el código civil austríaco debía servir de base del derecho público y privado de un *atamanato*⁽⁴⁸⁾ granucraniano, «con el más capaz de los jefes militares a la cabeza» de ser posible un archiduque. El 21 de agosto de 1914, aquel jerarca tan adicto a Roma como a los Habsburgo, dirigió una apelación al clero uniata para que luchase con todas sus fuerzas contra Rusia, «con el favor de Dios, con el soberano austríaco y con la dinastía de los Habsburgo».

Al entrar los rusos en Galitzia, donde Austria-Hungría ejercía como potencia hegemónica y vaticana, aquel documento de alta traición cayó en manos de las tropas

enemigas. Y no sólo el documento, sino también el propio Septyckyj, en Lvov. Y mientras que los popes seguían de inmediato los pasos de los soldados rusos y la administración militar y la ortodoxia comenzaron a trabajar a los uniatas y a deportarlos ocasionalmente —la guerra se libraba por ambas partes en nombre de Dios— la curia hizo cuanto pudo para rescatar a Septyckyj. El zar, sin embargo, encerró al ambicioso en un monasterio para clérigos reincidentes al este de Moscú, después de haberlo deportado a Kursk. Y cuando Benedicto XV mismo subrayó, en noviembre de 1914, «el carácter puramente religioso» del asunto, el ministro de asuntos exteriores ruso le envió fotocopias con los planes puramente políticos de Septyckyj, relativos a la segregación de Rusia de la totalidad de Ucrania. Decenios después, no obstante, Septyckyj fue transfigurado en un mártir y Pío XII inició su canonización^[49]; sería el primer caso de santo reo de alta traición.

También el destino de Polonia impulsaba al Vaticano a inclinarse más bien a las potencias centrales. Es cierto que ya en el s. XVIII los jesuitas, en connivencia con Rusia, habían sofocado todos los alzamientos revolucionarios de los polacos. Y el zarismo trataba nuevamente ahora, en interés de la contrarrevolución, de ganarse el favor de la curia en pro de una Polonia bajo dominio ruso. Pero Roma deseaba que Polonia se apoyase en las potencias centrales y sobre todo en la católica Austria-Hungría. Deseaba una Polonia fiel a sus antiguas tradiciones, clerical-conservadora, hostil a Rusia, baluarte contra la oleada socialista y la «barbarie rusa» como «estado tapón» occidental que fuese, por así decir, muralla de fuego y trampolín al mismo tiempo. «La elección del conde polaco Ledochovski, originario de Galitzia y totalmente identificado con la causa austríaca, como general de la Compañía de Jesús poco antes de la intervención de Italia en la primera guerra mundial evidenciaba esa directriz de la política vaticana».

Y si no era posible que un archiduque vienes presidiese tal estado, al menos éste debía ser dependiente de Alemania. De ahí que en 1905, durante la guerra ruso-japonesa, se apremiase al emperador Guillermo II a crear una Polonia sobre la que él pudiera ejercer una amplia influencia. Por este objetivo laboraban también el latifundista Von Jakowski y el prelado Adamiski y los dirigentes de más ascendiente, tanto de la banca como de las asociaciones económicas. Por deseo de Guillermo, el administrador del arzobispado de Posen, Likovski, hombre totalmente adicto a él y en quien se había puesto la vista pensando en importantes propósitos alemanes, fue proclamado ceremoniosamente en Roma, en agosto de 1914, arzobispo de Posen. Y como nada podía faltar, para redondear el cuadro, la bendición de lo más alto, Guillermo soñó, ya comenzada la guerra, con la virgen María y, según la «Gazeta Chenstochowska» declaró en una proclama: «¡Polacos! Recordaréis, de seguro, cómo cierta noche la campana del sagrado monasterio de Jasna Gora comenzó a tañer por sí misma, sin intervención de mano humana. Entonces todos los fieles comprendieron que había de tener lugar un acontecimiento serio y grandioso. Ese acontecimiento fue el de mi decisión de iniciar la guerra contra Rusia para restituir sus sagrados derechos a la tierra polaca y unir sus comarcas altamente civilizadas con Alemania. Yo tuve un sueño maravilloso: la santa Virgen María se me apareció y me ordenó salvar el monasterio de un inminente peligro. Me miró con sus ojos cubiertos de lágrimas y por ello decidí en aquella hora cumplir su divino deseo. ¡Sabed esto, oh polacos, y comportaos con mis soldados como con hermanos y liberadores. Sabed también que

aquellos que estén conmigo obtendrán una generosa recompensa, mientras que los que estén contra mí serán aniquilados! ¡Dios y la Virgen María están conmigo. Fue ella quien levantó en alto la espada alemana para salvar a la tierra polaca! Guillermo II.».

En interés de su política hacia el Este, el Vaticano condujo a Bulgaria a la guerra, al lado de las potencias centrales. El rey Fernando I, príncipe de Sajonia-Coburgo Kobáry, había buscado el apoyo del zar a finales del s. XIX, depuso a su primer ministro Stambuloff, de convicciones antirrusas, e hizo bautizar a su hijo Boris, sucesor en la corona, según el rito ortodoxo, a manera de prenda simbólica, pese a que ya estaba bautizado por la iglesia católica. Es más, ¡pese a que pocos días antes del bautismo ortodoxo había ingresado en la Orden Tercera de San Francisco! Los periódicos vaticanos despotricaron, hablaron de «apostasía» del «*scandalo di Bulgaria*». Finalmente el príncipe acabó siendo excomulgado.

Con todo, bajo Pío X, la curia volvió a sentir simpatía por Bulgaria, esperando que se sustraería a la hegemonía rusa y daría el paso hacia «la unión con Roma». «El rey Fernando —manifestaba Merry del Val— ofrecería una satisfacción plena por la falta cometida en otro tiempo» si procuraba que «Bulgaria se incorporara a las iglesias orientales uniatas». Cuando Bulgaria quiso revisar en favor suyo el fiasco de las guerras balcánicas, la iglesia romana le facilitó «de modo especial» su entrada en guerra al lado de quienes todavía consideraba beligerantes favoritos. Roma levantó, en efecto, en marzo de 1905, la excomunión del rey Fernando y tras la conclusión, en septiembre, de una alianza germano-búlgara, Bulgaria declaró la guerra a Serbia en octubre. A raíz de la aparición de religiosos ortodoxos búlgaros en el seminario católico-romano de Eichstätt, el legado de Sajonia informaba a su gobierno acerca de ciertos esfuerzos para «separar a la religión estatal búlgaro-ortodoxa de su vinculación con Rusia y darle una nueva orientación hacia Roma. El zar Fernando y el príncipe sucesor Boris parecen ver con especial simpatía esa iniciativa. Entre otras cosas se aspira a establecer una nunciatura en Sofía»^[50].

Hasta qué punto se inclinaba el Vaticano, todavía en 1915, en favor de los Habsburgo y Alemania, es algo que se puso asimismo de manifiesto con motivo de la entrada en guerra de Italia.

Entrada en guerra de Italia

«... que los católicos italianos... dirigidos por su episcopado y su clero se declararon entusiasmados por la guerra»

(El católico Schmidlin)

Hacia ya más de 30 años que Italia estaba unida a las potencias centrales en la Triple Alianza. Había contraído con ello la obligación de prestar su apoyo incondicional a sus aliados en caso de ser atacados por dos o más grandes potencias. Todavía en 1912 había prorrogado el pacto por varios años, si bien es cierto que en 1902 había concluido un acuerdo secreto con Francia. Pero todavía el 2 de agosto de 1914 el rey Víctor Manuel III

telegrafiaba que «Italia mantendría frente a sus aliados una actitud cordial y amistosa, de acuerdo con el triple tratado y con sus sinceros sentimientos».

De hecho, y aunque no hubiese denunciado formalmente el tratado, Italia se había ido independizando respecto al mismo. Ciertamente que el primer ministro Salandra, su amigo y modelo Sonnino, sectores importantes del alto cuerpo de oficiales y, al principio, también los nacionalistas —que pronto darían un viraje— pasaban por ser amigos de la Triple Alianza. Las izquierdas democráticas, sin embargo, abogaban por una beligerancia al lado de la Entente. Y pronto se avivó crecientemente en los italianos el ansia de botín, arrebatados por una situación que se presentaba halagüeña, de forma que de un modo y otro todos «querían ser de la partida». Comenzó la política del «*Parecchio*» del «*sacro egoísmo*».

Con el cambio de siglo, Italia exigió por vez primera cesiones territoriales por el mantenimiento de su neutralidad. Pero sólo con muchas vacilaciones y después que Alemania presionase y mostrase al mismo tiempo su disposición a resarcirla con partes de Silesia, se mostró dispuesta Austria a renunciar a casi todo el Trentino, a Gorz y a Gradisca, así como a transformar Trieste en «ciudad imperial libre». Los aliados, por su parte, podían ofrecer algo mejor: la frontera del Breñero, Trieste, Istria, partes de Dalmacia, Valona, etc., de modo que los italianos se mostraron como chantajistas de gran formato. El nuevo ministro de asuntos exteriores de la Ballhausplatz, barón Burian, calificó sus exigencias de «completamente inadmisibles en su mayor parte» y el ceder ante ellas como «suicidio por temor a la muerte». El 4 de mayo de 1915 Italia denunció el acuerdo de la Triple Alianza y el 23 de mayo declaró la guerra a Austria-Hungría (a Alemania no lo hizo hasta agosto de 1916), a raíz de lo cual, prácticamente la totalidad de los obispos y sacerdotes italianos se mostraron favorables a la carnicería. Bismarck tildó a los italianos de chacales que se arrastraban tras las fieras más fuertes.

Ningún país de Europa se deslizó de modo tan irresponsable como Italia hacia una guerra, llamada allí «*riostra guerra*» que se libraba como continuación de las luchas contra Austria y considerada oficialmente como «cuarta guerra de independencia» por los «hermanos irredentos “de Trentino y Trieste”». Y nada menos que B. Mussolini, discípulo aventajado de G. Sorel (que más tarde seguiría con vivo interés los comienzos del fascismo), y que entretanto se había pasado del anarquismo al socialismo, se volcó ahora de parte de los intervencionistas. Él, el maestro expulsado, el anarquista vagabundo, a petición del cual tan sólo dos años atrás, en 1912, el congreso del partido en Reggio Emilia excluyó de sus filas a los que abogaban por la guerra líbica, amenazaba ahora públicamente al rey con la revolución y llevaba ahora a las masas a una auténtica orgía de sangre y a las trincheras de Isonzo (donde tras nueve primeras batallas y pese a los tremendos sacrificios no avanzaron más de 10 Kms. como promedio). Realmente los socialistas italianos defraudaron de forma tan catastrófica como los alemanes, austríacos o franceses. Con muy contadas excepciones, todos sucumbieron a la histeria general. El mismo G. de Nava, el viejo jefe socialista, vendió tan bajo su prestigio como para explicar —en «*Il Messaggero*»— a las masas, a los socialistas carentes de formación política, «que debían luchar, ya que se trataba de completar la unidad de Italia y que cuantos de entre ellos hiciesen apostolado

por la paz, se verían abocados al fracaso ante la realidad de la guerra porque dañarían incluso la causa de la paz».

¡Oh sí! ¡Todas las guerras se libran en aras de la paz! Nava se limitaba también a usar el lenguaje de la clericalidad que, en época de paz, proclaman a bombo y platillo el *pathos* pacifista del nuevo testamento y cuando hay guerra hacen lo mismo con el grito de guerra del antiguo. Apenas la católica Italia había declarado la guerra a la católica Austria-Hungría aconteció, según una historia católica de los papas, «que los católicos italianos abandonaron su anterior actitud neutral y dirigidos por su episcopado y su clero se declararon entusiasmados por la guerra, y que el órgano de prensa de los jesuitas justificó esta peripecia». ¿Y quién fue el que reconoció durante la degollina que si no fuese demasiado viejo «él mismo iría al frente»? El prefecto de la biblioteca vaticana y sucesor de Benedicto, Achille Ratti, el papa más influyente y más fatídico del siglo.

La prensa y las organizaciones católicas, sacerdotes y obispos, todos siguieron, como un solo hombre, a los azuzadores de la guerra, al igual que lo hicieron antes con la campaña libica, que el clero italiano, con gran asombro del mundo, apoyó entusiasmado: «desde el último párroco de los Abruzzos hasta el cardenal de Pisa». «También ahora, al igual que ocurrió durante la guerra de Libia —escribía en 1916 un conocedor de lo sucedido—, sólo que en mayor medida, hizo su aparición el patriotismo y en primer lugar en todo el clero italiano, el bajo y el alto. Únicamente elementos aislados del clericalismo intransigente del norte de Italia y un pequeño grupo de miembros del colegio cardenalicio permanecieron inmunes. Es de destacar ante todo que la joven generación de religiosos italianos no solamente siguió totalmente entusiasmada y en un número de 18.000 la llamada a banderas, sino que, aparte de esa cifra, 2.800 religiosos, como mínimo, se presentaron como voluntarios y por cierto a servir arma en mano y no a la asistencia pastoral. La marcha al frente de las tropas, la bendición de las banderas, la organización de la ayuda civil al frente y las restantes manifestaciones que atañen al clero en caso de estallido de guerra, se desarrollaron en toda Italia *bajo protestas de adhesión de obispos y directores espirituales tanto del clero seglar como del regular*».

Más de medio millón de italianos cayeron víctimas de esta política que sus sacerdotes celebraron con estruendosos vítores^[51].

El papa mismo, cuyos hermanos, sobrinos y oficiales escogidos de su guardia de nobles eran combatientes del ejército, había obrado desde luego opuestamente a la entrada de Italia en guerra. Y ello por razones de peso.

Por lo pronto esa conducta correspondía al papel de Benedicto como «príncipe de la paz». Mientras que la casi totalidad del clero italiano llamaba a las armas, él podía, por así decir, representar sin detrimento el papel de persona llena de humanidad y sentencias pacifistas, que es lo que un mundo embaucado espera desde hace tiempo de tales personajes.

Aparte de ello la entrada de Italia en la guerra ponía en peligro las relaciones del Vaticano, la comunicación postal y diplomática, con su entorno, es decir el contacto con los católicos, la dirección de la iglesia. Más temores suscitaba aún la suerte de la gran potencia católica Austria-Hungría, pues si Italia iniciaba su guerra con Austria, manifestaba al

cardenal Gasparri el historiador de los papas Von Pastor, no lo hacía solamente para apoderarse de Trieste, sino también para derrocar la monarquía.

Pero naturalmente, los próceres de la curia pensaban sobre todo en sí mismos, en sus tensas relaciones con Italia desde la supresión del estado pontificio. Y por más que la tradición patriótica familiar, y la lenta habituación a los hechos llevasen a Benedicto XV a ver el problema más distendidamente que sus antecesores, el gobierno italiano insistía en su desconfianza. En el tratado de Londres del 26 de abril de 1915 condicionó su participación en la guerra, mediante la llamada cláusula del papa, a la no presencia del Vaticano en las futuras negociaciones de paz, para impedir así un replanteamiento de la «cuestión romana». Sólo de las potencias centrales cabía esperar una intercesión en ese sentido. En la prensa de las mismas y en numerosas reuniones se inició ahora una dispendiosa campaña propagando la idea de un nuevo Avignon. Se jugó seriamente con la idea de donar al papa como estado pontificio uno de los antiguos principados eclesiásticos, tales como Salzburgo, Trento, Brixen o bien el principado de Lichtenstein, aunque también se pensó en alguna isla calabresa, dalmatina o en la isla de Elba. En cualquier caso, Benedicto XV no quiso entrar en tales especulaciones. Prefirió más bien, con el apoyo del emperador alemán, proponer a Austria enormes cesiones territoriales en favor de Italia. Pero por muy generosos que fuesen ambos regentes con los territorios ajenos, la mediación papal fracasó. Francisco José, resuelto a abdicar antes de perder una de sus provincias, acompañó hasta la puerta, sin pronunciar palabra, al parecer, pero temblando de ira, al príncipe-arzobispo de Viena, F. G. Piffl (cardenal desde 1915), que avanzó aquella propuesta. Y el enviado siguiente no tuvo mayor éxito: «nuestro amado hijo Eugenio Pacelli» como decía un escrito de puño y letra de Benedicto.

Lo que para la curia estaba en juego no era sólo la seguridad de la monarquía danubiana sino, ante todo, su propia existencia pues, de ser derrotada Italia, se temía una revolución socialista. «En esta nuestra isla, no fortificada, consideramos como el mayor de nuestros intereses, el que se mantenga como hasta ahora, la calma en torno a la basílica de San Pedro y al Vaticano —opinaba Merry del Val en agosto de 1914—... apenas cabe imaginarse los riesgos que entrarían en juego para el centro de la Iglesia si ésta se expusiera al oleaje de los golpes de la fortuna bélica», tema recurrente en la curia. Cuando en abril de 1915, el prelado Csiszárík, opinó que una guerra era tan peligrosa para Italia como para Austria, Benedicto añadió: «Cierto, pero lo es sobre todo para la Santa Sede». Y a finales del otoño de 1917, al hundirse el frente en Karfreit, hasta un observador tan frío como monseñor Marchetti-Selvaggiani temió repetidas veces el estallido de una revolución en Italia.

Y dejando a salvo la persona del papa, ¡su mayor preocupación concernía a los archivos vaticanos repletos de documentos relativos a toda la historia de la iglesia!

Benedicto contaba, en un principio, con una victoria de las potencias centrales. Ello le llevó también a hacerles una señal anticipadora, el 6 de mayo de 1915, de la entrada de Italia en la guerra. El papa hizo saber al estado mayor de aquellas potencias que, según había podido saber por indiscreción de una fuente segura, el otrora miembro de la Triple Alianza, se había comprometido contractualmente en Londres a atacarlas antes de que finalizase mayo. «Italia declarará la guerra a Austria-Hungría antes del 26 de mayo, alegando que ha negociado con nosotros con la mejor de las intenciones (¡sic!), para llegar

a un acuerdo sobre la base de concesiones territoriales. Austria-Hungría, sin embargo, no hizo ninguna oferta seria hasta el 26 del mes pasado, ha dilatado las negociaciones y por ello el consejo de ministros (esta misma mañana) ha llegado unánimemente a la conclusión de que Austria-Hungría no piensa seriamente en hacer concesiones. Por ello Italia se ha comprometido mediante un tratado con la Entente a declarar la guerra a Austria-Hungría antes del 26 de mayo»^[52]. Con ello Benedicto XV confirmaba otras noticias similares. Austria pudo así prepararse para el ataque y el avance italiano se estancó de inmediato.

El Vaticano y el espionaje: El prelado Von Gerlach

«*Nostro Cameriere Secreto...*»

(Benedicto XV)

No fue el legado acreditado ante la «Santa Sede» Von Mühlberg, quien llevó la grave noticia del papa, sino el diputado del Centro Erzberger —una hábil jugada de Della Chiesa—, diplomático versado y discípulo de Rampolla, quien con ello quería fortalecer y realmente fortaleció la posición del Partido del Centro, fuerza sumisa a la curia.

El católico Matthias Erzberger, antiguo maestro de escuela y posterior redactor en el periódico del Centro «*Deutsches Volksblatt*» («Gaceta popular alemana») y en los sindicatos cristianos, se convirtió en diputado de la dieta imperial en 1903 y en un experto financiero, también en lo tocante a asuntos propios. Al menos se le reprochó, una vez accedido al ministerio de hacienda, la confusión entre negocios dinerarios privados y la política, y en un proceso por ofensas que él mismo entabló, el juzgado comarcal de Berlín-Moabit no consideró plenamente probada su inocencia. Convertido gradualmente en enlace entre su partido y el canciller del Reich, Bethmann Hollweg, a cuyo derrocamiento contribuyó, Erzberger, abogaba al iniciarse la guerra por anexiones de gran amplitud y especialmente en los territorios franceses con mineral de hierro: también era miembro del consejo de administración del consorcio católico Thyssen. Lo que este político tenía que «exigir incondicionalmente» de Francia —expuesto inmediatamente bajo el punto n.º 2 de sus deseos (enviados por cierto a un confidente en Roma)— era «la cuenca de mineral de hierro de Briey y Longwy más allá de Metz» naturalmente «para el afianzamiento del futuro de Alemania».

Erzberger, que aparecía como un «*commis voyageur* (viajante) *en affaires politiques-religieuses*» mantenía estrechas relaciones con el Vaticano, ante quien extraoficialmente representaba al *Reich* alemán. Iniciada la guerra, dirigió asimismo la propaganda hacia el exterior, empleando en ello a jesuitas que «contrajeron extraordinarios méritos, y de forma honorífica, en lo tocante a informar al extranjero». Bajo su inspiración, algunos católicos alemanes, especialmente parlamentarios, intervinieron en el cónclave de 1914 haciendo ver al colegio de electores, mediante un memorándum «acerca de la actual guerra mundial», que el pueblo alemán no lucha por afán de conquista sino por la propia supervivencia: «Alemania siempre fue para Europa un baluarte de la paz mundial».

En aquellos años decisivos Erzberger consideró, con la mayor naturalidad, «al papado como un órgano al servicio de los intereses nacionales de Alemania» y como tal lo trató. Y eso era en efecto y de modo especial al inicio de la guerra. De Erzberger que veía ya —y tampoco en ello iba totalmente descaminado— el final de la guerra coronado por «un renacimiento católico» provenía el proyecto de un estado eclesiástico de fronteras exactamente delimitadas para la salvación de los Santos Padres. Y él, el experto en finanzas, fue asimismo el iniciador —lo que el papa le agradeció mediante un escrito de su puño y letra, con el envío de su único birrete de cardenal, de un anillo etc.— de una colecta entre la nobleza y la gran burguesía católicas alemanas. Así aportaron en favor de los pobres prelados de la curia, a finales de 1916, un «óbolo de San Pedro» por un monto de 12 millones de marcos, más, al parecer, de lo que aportaban entonces los restantes países juntos: «Para evitar la presión política del campo enemigo». Pues «un punto flaco del Vaticano —anota aquí Winter— es el de ser muy accesible al dinero». Podría incluso darse el caso de que con ello se le mostraban también reconocidos por el anticipado aviso de la entrada en guerra de Italia.

La noticia se la había transmitido a Erzberger un estrecho colaborador de Benedicto, el joven prelado Von Gerlach, antiguo decano de la Universidad Diplomática papal en Roma (Accademia dei nobili ecclesiastici). Un conocedor tan exacto de la situación romana como el obispo Hudal no dedica, sin embargo, ni una palabra al estrecho contacto entre aquél y el «Santo Padre» ni a su «especial relación de confianza» (palabras del embajador austríaco, en 1916). Hudal se limita a subrayar que «fue ventajoso para la embajada austro-húngara ante el Vaticano», el que se mantuviese reservada frente a un agente o valedor del servicio de espionaje, R. von Gerlach, que le ofreció también a ella sus servicios. Originario de Baden-Baden, Gerlach se trasladó a Roma, donde ingresó en una (!) academia y trató de granjearse (!) subrepticamente la confianza de los más altos círculos, mientras que él se valía para sus auténticos objetivos de los servicios de mozos de cámara de diferentes salones. Después de la entrada de Italia en la guerra, una tarjeta de identidad de la cuestura de Roma le permitía moverse libremente por la ciudad. Esa deferencia la utilizó para distribuir dineros que había recibido de Austria y Alemania a través de Suiza. Las tentativas que surgían del círculo en torno a Erzberger pasaban también por sus manos...

El obispo Hudal omite que Gerlach era asiduo del entorno más próximo al papa, quien (en el comienzo mismo de un escrito de su puño y letra al emperador Carlos I de Austria) lo denominaba todavía el 20 de febrero de 1917 «*Nostro Cameriere secreto*». El obispo que nos informa de que Gerlach podía «moverse libremente en Roma» escamotea que, según el príncipe Schönburg, «también el papa impuso con mucha energía el que su camarero secreto alemán, se quedase en el Vaticano y en su entorno más inmediato incluso después de que Italia rompiera las hostilidades». El católico Schmidlin incluye a Gerlach en el círculo de «colaboradores personales» de Benedicto XV, nombrándolo incluso, en su papel de camarero papal en activo, inmediatamente después de los dos cardenales secretarios de estado Ferrata y Gasparri, del sustituto Tedeschini, del mayordomo Ranuzzi y del camarero mayor Sanz de Samper. Acerca del caballero Von Gerlach, camarero secreto papal y uno de los más destacados espías de la I Guerra Mundial, (tenía acceso cotidiano al «Vicario de Cristo»), telegrafaba en estos términos, el 14 de enero de 1917, el secretario de estado

Zimmermann al cuartel general alemán, previo permiso del canciller del Reich, Bethmann Hollweg: «Gerlach, hijo de un capitán bávaro, sirvió durante un año en el regimiento 15 de ulanos de Prusia. Desde 1914 es camarero papal en activo y goza de la confianza del papa. Durante el período de neutralidad italiana puso su ascendiente al servicio del *Reich* y actuó en pro de los intereses alemanes moviendo al papa a emprender numerosas iniciativas confidenciales ante el gobierno italiano que facilitaron la demora de la declaración de guerra hasta mediados de mayo de 1915. Desde que se abrieron las hostilidades con Italia, actuó en mayor medida aún a favor nuestro, constituyendo el único enlace inoficial de confianza entre nosotros y el Vaticano».

El obispo Hudal omite que Benedicto XV envió a Berlín a su camarero secreto «al objeto de transmitir mensajes de Su Santidad». Allí le recibió el mariscal general de campo y hasta el emperador, quien lo invitó a su mesa a almorzar y estuvo conversando «casi exclusivamente» con él, concediéndole además, personalmente, la orden de la cruz de hierro de banda blanquinegra.

Monseñor Gerlach, a cuya «actividad de espía» como vuelve a constatar ahora el obispo Hudal, se atribuye el hundimiento de los cruceros italianos «Benedicto Brin» en el puerto de Brindis, y «Leonardo da Vinci» en Tarento, fue condenado a cadena perpetua por un tribunal militar italiano en junio de 1917, pero en todo caso en ausencia suya, pues ya se había ocultado en el extranjero «Con ello se agotó el papel de un hombre extraño» opina Hudal, «que sólo creó dificultades y decepciones por doquier». En realidad el camarero secreto seguía por entonces trabajando aún para su señor y por cierto entre los diplomáticos oficiales, los oficiosos y los secretos activos en Suiza. Benedicto XV expresó su agradecimiento para con él, ya condenado a cadena perpetua, mediante escrito de su puño y letra —rara muestra de su favor— del 8 de septiembre de 1917, «cordialmente y esperando que la próxima vez reciba las felicitaciones de sus propios labios».

Es natural que también en el otro campo hubiese clérigos espías. Cuando el tribunal de guerra austríaco condenó a muerte por espionaje, en la primavera de 1916, a 16 serbios, en Banja Luka, había entre éstos cuatro sacerdotes greco-ortodoxos. Conjuntamente con el rey Alfonso XIII de España, que, desde que estalló la guerra, representaba los intereses de los ciudadanos serbios, el Vaticano abogó asimismo por una conmutación de la pena capital e intervino no menos de cuatro veces en ese sentido hasta que el mismo emperador Carlos hizo que le trajesen las actas del Tribunal e indultó a los 16 candidatos a muerte.

Pero el papa no obró por motivos humanitarios: ¡en los campos de batalla morían diariamente entre 6 y 7 mil soldados, a veces peor que si fuese ganado, y tras ser emocionalmente espoleados por el clero castrense! Lo que hacía más bien era cortejar con aquel apoyo tan barato a los ortodoxos serbios. «Era una muestra más y especialmente llamativa... de cómo la Santa Sede —acentuaba el ministro de AA. EE. austríaco, barón Burian— no desperdiciaba ocasión para que los estados balcánicos ortodoxos (Serbia y Montenegro), o en su caso sus habitantes, le estuviesen obligados». Pese a toda su deferencia para con el Vaticano, Burian intuía que su intromisión no era «un acto espontáneo del papa como padre de la cristiandad, sino una mediación diplomática de contenido político».

A lo largo de toda la guerra. Benedicto cuidó de tal modo los contactos con Serbia que los diplomáticos austríacos tuvieron una sensación «desagradable y dolorosa». Hacía ya tiempo que los esfuerzos curiales en favor de serbios y montenegrinos llamaban la atención de la Ballhausplatz. Ahora bien: «A la idea católica —decía una nota del ministerio de AA. EE. de junio de 1916— resultará más útil una victoria de nuestras armas sobre la cismática Rusia que la calderilla de las complacencias diplomáticas». Pero era cabalmente esa victoria en lo que el papa no creía ya, mediada ya la guerra. Las potencias centrales se veían no sólo ante un frente cuádruple (Rusia, Francia, Serbia, Italia) y ante una movilización de fuerzas que casi doblaban las suyas, sino que, de forma cada vez más evidente, mostraban una inferioridad material, técnica y estratégica, tanto más cuanto que ninguna potencia extraeuropea se puso de su parte, y los U. S. A., en cambio, estaban presentes en Francia con casi dos millones de soldados en la fase final^[53].

Cambia la «fortuna de la guerra» y el Vaticano cambia también, pasándose al lado de la Entente

«La Santa Sede apenas... podía ver con buenos ojos la victoria final del imperio alemán, mientras que tenía mil motivos para temer la aniquilación y humillación de naciones católicas como Bélgica y Francia»

(El rector del seminario francés en Roma, P. Floch, C. S. Sp.)

«La Santa Sede obró constantemente a favor de las potencias de la Entente durante la guerra y especialmente a favor de Bélgica, Italia y Francia»

(«Osservatore Romano» del 24-5-1919)

«Esta guerra la ha perdido Lutero»

(Benedicto XV)

Precisamente en Italia había, por supuesto, círculos católicos influyentes que se inclinaban, tiempo ha, en favor de las potencias de la Entente. Entre ellos, probablemente, la mayor parte de la prensa católica y a su frente el órgano de los jesuitas *Civiltà Cattolica*, que justificaba toda aquella euforia belicista e influía decisivamente en las otras publicaciones católicas. Pero *Civiltà Cattolica* estaba sometida a la severa supervisión del Vaticano. Todos sus artículos necesitaban de la autorización personal del papa y eran presentados a la secretaría de estado antes de su publicación. Es por lo demás conocido que el embajador francés, C. Barreré, sobornaba periodistas con sumas gigantescas. Incluso por parte eclesiástica se reconocía también que la prensa de partido católica superaba a la de los liberales «en patriotismo» léase aquí: «en excitación belicista». Y el papa la dejaba hacer sin la menor objeción. «Todas las personas de su entorno —escribía el 9 de enero de 1917 el legado bávaro ante la Santa Sede, barón Ritter, a su rey Luis III— abrigan sentimientos

proitalianos y están temerosos de que la Santa Sede pueda emprender algo que disguste al gobierno italiano y pueda consecuentemente poner en peligro la seguridad del Vaticano y la suya personal».

Y así hasta los propios prelados de Austria hostigaban a ésta, como era el caso del príncipe-obispo de Trento, C. Endrici, que laboraba por la incorporación del Trentino a Italia. Viena, que apremió en vano a Roma para que depusiera a Endrici, lo enclaustró finalmente, por razones militares en la abadía cisterciense de la Santa Cruz. La misma conducta de alta traición observó el príncipe-obispo de Lubliana, A. Jeglic, con el que se tuvo miramientos por su avanzada edad.

El embajador austríaco ante el Vaticano, príncipe Schönburg tuvo que trasladar su sede a Suiza así como las representaciones de Prusia y Baviera acreditadas ante la curia. El papa había denegado su establecimiento en territorio vaticano, alegando distintas razones. Gran Bretaña, en cambio, pudo establecer, ya en diciembre de 1914, una misión diplomática, cuyo responsable, H. Howard, contaba entre los diplomáticos más hábiles de Inglaterra. Fue él quien contrarrestó los esfuerzos de Benedicto XV para preservar la neutralidad de Italia y quien desmontó sistemáticamente la influencia de las potencias centrales, secundándole en ello conspicuos curiales.

El nuncio ante Viena, Valfre di Bonzo, no se recataba en aparecer como «italianísimo». El comandante en jefe de Austria, el mariscal general de campo Von Hotzendorf, ordenó, incluso, que controlase la correspondencia del nuncio y muy especialmente la de las diócesis de las zonas en guerra. Exigió de Viena que revocase a Di Bonzo, pero sólo consiguió que lo depusieran a él de su puesto de jefe del alto estado mayor. Era, a juicio de expertos del campo enemigo, el único genio militar de las potencias centrales. No es de extrañar que entre los militares austríaco-alemanes se extendiese paulatinamente la opinión de que las simpatías del Vaticano pertenecían a la Entente.

Bien significativa es también la posición del cardenal dominico Frühwirth. Austríaco de nacimiento, nuncio en Múnich hasta 1916, se encontró pronto aislado en la curia, perdió toda comunicación directa con el papa y no abrigaba ya ningún deseo tan apremiante como el de regresar a su antiguo monasterio de Austria. Los diplomáticos de las potencias centrales acreditados ante el Vaticano y residentes en Austria se hicieron un juicio unánime de la situación. «Uno de los nuncios más destacados de la Santa Sede en el extranjero, ¡y en Roma es un cero! ¡Eso es un indicio claro del ambiente de allí! —se quejaba el conde Pálffy—. El cuadro no es muy halagüeño». A finales de marzo de 1917, la casi totalidad del Vaticano estaba convencida del triunfo final de la Entente, pese a la ventajosa situación militar de las tropas de la Alianza en ese momento. Incluso E. Pacelli abogaba por la concesión a Italia de mejoras territoriales a costa de Austria. El legado de Prusia ante la Santa Sede, Von Mühlberg, informaba sobre ello y añadía: «Aquí habla el italiano que monseñor Pacelli lleva dentro ¡Es una vieja experiencia! Incluso en el caso de una educación severamente internacional como aquella de la que se benefició Pacelli, la sotana no sofoca el patriotismo» Y al año siguiente el legado hablaba del «cerco que la Entente iba cerrando poco a poco». La «*Kölnische Zeitung*» (Diario de Colonia), junto al *Germania* el periódico del Centro que marcaba la pauta, había escrito ya en 1917:

«Hoy, a causa del trabajo de zapa de la Entente, la mayoría de las personas más influyentes se identifican con la política de guerra de Italia, algo que está en clamorosa contradicción con el carácter cosmopolita internacional de la iglesia católica, pero que se explica simplemente por el hecho de que la curia romana, por lo que respecta a su composición personal, no es precisamente internacional sino nacional, italiana».

De hecho, la curia pensaba menos nacional y más internacionalmente de lo que parecía, pero, eso sí, en el sentido de los futuros vencedores. No en vano se alineaban con estos 124 millones de católicos y sólo 64 con sus adversarios. Ocurría más bien que entre los más inmediatos consejeros del papa, los cardenales, había junto a 6 neutrales, 53 nativos de los estados de la Entente y sólo 5 de los de las potencias centrales. La Roma eclesiástica se adaptaba ahora a la política de guerra de Francia y sus aliados mientras postergaba cada vez más los derechos y deseos de los alemanes^[54].

El primer ministro de Benedicto, el secretario de estado Gasparri, reconoció varias veces abiertamente, en la segunda mitad de la guerra, que la Entente se benefició del claro apoyo preferente del Vaticano. Así, en junio de 1917, declaró que cualesquiera que fuese el curso que tomasen las cosas la disposición de la Iglesia a conseguir las mayores ventajas para Francia, que seguía, ahora y siempre, siendo «la hija mayor de la Iglesia», estaba fuera de cualquier duda. Para el *Fígaro*, que recibió el escrito de Gasparri con el fin de que lo publicase, aquello constituía un hecho digno de la mayor atención.

Hasta qué punto el papa —que pudo regir con menos estorbos de los temidos y proseguir su política exterior incluso con mayor éxito— sentía el apremio de situarse al lado de los presuntos vencedores, se echa de ver en los ascensos al cardenalato del 4 de diciembre de 1916. Entre los 10 nuevos nombramientos de preladados se hallaban tres franceses, pero ni un sólo hombre de las potencias centrales. Una «concesión excesiva por parte de la política eclesiástica a favor de la Entente», informaba el príncipe Schönburg. El embajador pensaba ciertamente que ese acto «no indica forzosamente una nueva orientación de la política vaticana, pero en cualquier caso es algo que da que pensar... Respecto de ello las protestas de afecto del papa para con la patria de Clodoveo, de San Luis y de Juana del Arco, son desacostumbradamente cálidas en él».

En efecto, a raíz de la entrega de los birretes cardenalicios, Benedicto afirmó querer honrar con ello a toda Francia y prosiguió así: «Pero ¿por qué silenciar que Nos, al honrar a los supremos pastores, queríamos honrar también a su grey? ¿Por qué no declarar con toda franqueza que al dar una prueba de nuestra complacencia para con tres hijos de Francia queríamos indicar con ello hasta qué punto sigue viva en nuestros corazones la llama del amor a la patria de Clodoveo, de San Luis y de Juana de Arco? ¡Entonemos desde nuestro solio el himno de gracias que la Francia católica eleva hoy al Señor por la gran alegría de la que se le ha hecho partícipe! Nos complace haber estrechado aún más el vínculo que la une a la Santa Sede para poder así, con mayor confianza, ver cumplido nuestro antiguo deseo: *utinam renoventur gesta Dei per Francos* (¡ojalá se remueven las hazañas de Dios por medio de los francos!)».

El ruego alemán de que, aparte de los tres franceses, se elevase también a un alemán a aquella dignidad no fue atendido. Ese deseo llegó «lamentablemente demasiado tarde». No obstante, ante un nuevo requerimiento de Alemania se efectuó la elevación del príncipe-

obispo Bertram de Breslau a la que se puso fecha anticipada, pero cuyo nombramiento permaneció en secreto. El mundo se enteró de ello tres años después, en el consistorio del 17 de diciembre de 1919. «Las dolorosas circunstancias del momento nos impidieron hacer pública entonces su elevación al cardenalato», opinaba ahora el papa, a quien las «dolorosas circunstancias del momento» no impidieron en modo alguno conceder simultáneamente el birrete rojo a tres cardenales franceses.

El encargado de negocios rusos, De Bok, que ya había teleografiado a San Petersburgo el 9 de noviembre indicando los nombramientos, notificó después, con la máxima satisfacción, que el grupo de cardenales franceses se elevaba ahora a ocho, número que hacía mucho tiempo no había alcanzado: un decidido paso más en la aproximación del Vaticano a Francia. Cuando Benedicto beatificó, aquel mismo año, a un italiano y a un francés, halló nuevamente palabras de veneración y amor hacia Francia de una elocuencia tal que De Bok, quien tras el hundimiento del régimen Zarista se convirtió al catolicismo y se hizo incluso jesuita, constató que el mejor representante de Francia (que aún no tenía misión diplomática en el Vaticano) era el mismo papa.

Pocos meses después de ello el príncipe Schönburg informaba de que a menudo parecía como si la curia trataba mejor a las «ovejas negras», «a los ortodoxos, anglicanos, ateos, y a los masones, de decisiva influencia en los países románicos del campo adversario» que a las «ovejas blancas» de las potencias centrales. «¿Pero acaso fue alguna vez de otro modo bajo papas de temperamento político similar al de Benedicto XV?» Pío X, en cambio, «dispensó en este sentido un trato obsequioso a la monarquía de los Habsburgo».

Digno de anotar es que Viena hubiese de intervenir porque en la Navidad de 1916 el papa envió obsequios de caridad a los prisioneros de guerra italianos en campos austríacos, sin que los prisioneros austríacos en Italia gozasen de parecido signo de afecto por parte del «Santo Padre». También lo es el que el cardenal secretario de estado, tras un ataque aéreo de los austríacos contra Treviso, enviase un escrito de condolencia y de protesta al obispo de la ciudad, Longhin, sin que sucediese nada parecido cuando aviones italianos bombardearon Lubiana y Trieste, ni cuando las bombas se abatieron sobre Freiburg, Tréveris, Colonia, Baden-Baden, Tubinga y Karlsruhe, ciudad en la que, durante la festividad del Corpus Cristi, perecieron 150 niños a causa de un ataque aéreo^[55].

El hecho siguiente es vergonzosamente significativo: El 21 de noviembre de 1916 murió el emperador Francisco José. Había vivido 86 años de los que pasó 68 como regente. Prácticamente se le identificaba con la monarquía danubiana y siempre fue ensalzado —y el propio Vaticano no se quedó atrás al respecto— como pilar del catolicismo. Hasta el propio Benedicto, que no tenía nada de austrófilo, había asegurado —no más tarde del 12 de junio de 1915, cuando aún contaba con la victoria de las potencias centrales—, al anciano emperador, «cuan alto es el lugar que Su Majestad ocupa en el corazón del padre común de todos los creyentes». Había escrito también: «Majestad, el interés cordial, entrañablemente paternal que dispensamos en medida especial a Su Majestad y no menos la devoción y el amor filiales que Su Majestad abriga por Nos y que nos sirve de gran consuelo, nos mueven a prestar a Su Majestad y a todo cuanto a ella atañe aquella atenta solicitud que un padre enterneado suele sentir por un hijo entrañablemente amado».

Pues bien, pese a que según antigua tradición siempre se había celebrado una solemne misa de réquiem por los próceres católicos difuntos, ahora eso se le negó a un soberano que, a lo largo de toda su vida, había sido un aliado de la curia. Ahora ya no cabía esperar nada de Austria-Hungría en lo tocante a la «cuestión romana». Ésta quedaría reducida a la impotencia tras su previsible derrota. Italia, en cambio, se tornaría más poderosa que nunca al estar en el campo de los vencedores. Así el Maestro di Camera, encareció al ministerio del interior italiano, que la misa de réquiem por el emperador se efectuaría en el marco más modesto, con una ostentación mínima, y a este respecto subrayaba *«il carattere del tutto privato; carattere assolutamente privato»* Hasta tal grado de ruin oportunismo puede llegar Roma. ¡Y tener la desfachatez de considerarlo como expresión de neutralidad!

Cuando a finales de otoño de 1917, tras la decisiva batalla de Karfreit, los austríacos se abrieron paso hacia el Piave y contemplaron ya desde lejos las torres de Venecia, Benedicto XV temió que la monarquía podría querer retener los territorios que en verdad le pertenecían hasta sólo hacía 50 años. Por ello, el nuncio apostólico Valfré di Bonzo exigió el 17 de noviembre de la Ballhausplatz, en nombre del papa, una declaración de que «Austria-Hungría no abrigaba la intención de anexionarse la comarca véneta, militarmente ocupada, ni partes de la misma». El ministro de asuntos exteriores, conde Czernin, cuya dimisión forzó después el «affaire» Sixtus, replicó que Austria no había buscado la guerra con Italia, sino que ésta había atacado a su aliado. «Ahora se han vuelto las tomas y nos hallamos bien adentro del territorio italiano. El venir ahora hacia nosotros para exigirnos que renunciemos *á tout jamais* a territorio italiano es algo completamente fuera de lugar. Pues, dicho con otras palabras, eso significaría: si, acabada la guerra, tenemos aún territorio italiano ocupado, deberemos entregarlo. Si los italianos, en cambio, tuviesen territorio austríaco, podrían retenerlo. Esa vinculación unilateral es, desde luego, totalmente imposible».

El nuncio —elevado a cardenal dos años después— se retiró bastante apocado diciendo que él mismo «no esperaba otra respuesta» y que «el Santo Padre lo comprenderá de seguro». Pero esa intervención era también típica de la conducta sinuosa de Benedicto. A finales de 1917 esperaba, como casi todo su entorno, la victoria final de la Entente. Por ello intervenía tan abiertamente a favor de Italia. Dos años y medio antes, cuando todavía creía en la victoria de las potencias centrales delató a su alto estado mayor el inminente ataque italiano. Y tras el colapso de la monarquía danubiana le dedicó, en un escrito del 8 de noviembre de 1918, estas palabras a manera de último adiós: «Ninguna persona sensata (¡) puede insistir en atribuirnos un sentimiento de dolor (por la caída de los Habsburgo), que carece de fundamento» de modo que acto seguido dio por buenas las destituciones de los arzobispos austríacos de Praga y Olmütz, así como la de los arzobispos húngaros de Eslovaquia.

Bien pudiera ser que K. Seitz, el presidente socialdemócrata de la asamblea nacional austríaca y primer jefe de estado de la república, se acordase entonces del papel de Benedicto durante la guerra, pues, cuando le presentaron el esbozo de un escrito solicitando a la curia el reconocimiento del nuevo estado, efectuó algunas curiosas correcciones. En vez de la expresión referente a los vínculos que «el pueblo austríaco, compuesto por tantos creyentes» conoce secularmente, el texto definitivo aludía

simplemente a los vínculos «de los círculos de la población católica de Austria». En lugar de la esperanza en la continuación de la «paternal benevolencia» del papa, simplemente, en «Su afecto». Se omitió la frase de que el deseo del gobierno de entablar relaciones diplomáticas fuese «al mismo tiempo el deseo de la población» y asimismo las frases de despedida «humildísimo y fidelísimo de Vuestra Santidad». Seitz no firmó tampoco con la expresión «su hijo obedientísimo» como lo hacía su majestad apostólica, arrastrada a la guerra con la cooperación de la curia. El cardenal secretario de estado, no obstante, siguió usando florituras retóricas en su respuesta, tales como los «paternales sentimientos» del papa y, lo que es más, los señores espirituales de la curia ataron a Austria con vínculos aún más estrechos —a través del canciller federal, el prelado Seipel— hasta que aquella nación se encumbró nuevamente, unida a la Alemania de Hitler, para hundirse una vez más.

En la II Guerra Mundial Alemania requirió repetidas veces del Vaticano que hiciese mediaciones de paz, pero éste las esquivó una y otra vez: porque los aliados estaban precisamente preparando una ofensiva.

He aquí la respuesta del agente de Benedicto, el camarero secreto caballero Von Gerlach a una solicitud de Erzberger, cursada en el verano de 1916: «Recibí su carta, de alto interés, por sus detalladas condiciones de paz, y la he incluido inmediatamente para su pronto despacho... pero creo poderle hacer ya partícipe de que en este momento de una inminente gran ofensiva inglesa no se puede hacer gran cosa». Y cuando en la primavera de 1917 Erzberger tanteó las posibilidades relativas a una paz con Bélgica, el nuncio apostólico de Múnich, G. Aversa, le transmitió, sí, «las más vivas gracias del Santo Padre por su confianza» pero también el parecer del secretario de estado Gasparri de que «el mismo gobierno alemán no podrá por menos de hacerse cargo de que el actual momento no es muy indicado para un ofrecimiento de paz a Bélgica; pues como bien sabe el gobierno alemán, las potencias de la Entente tienen intención de emprender próximamente una ofensiva contra las potencias centrales, por lo que es seguro que tal oferta no sería ahora aceptada».

En el verano de 1916, el prelado Gerlach se había entrevistado con Erzberger: «Ahora es absolutamente necesario que volvamos a obtener primero un éxito decisivo. Después se podría hablar de paz». Con todo, cuando las potencias centrales, desde una posición especialmente favorable, enviaron al papa su oferta de paz del 12 de diciembre con el ruego de que la apoyase, aquél se encerró en un mutismo total, lo cual sentó muy mal en Alemania y Austria, pues ambas abrigaban grandes esperanzas al respecto. El periódico católico del Centro. *Germania* afirmaba que «los ojos de todo el mundo fijarían en los próximos días su atención, llenos de expectativas, en la capital de la cristiandad». Pero lo único que se observaba en Roma era la creciente actividad de los estados enemigos. Desde París acudió allí el cardenal Amette con obispos y parlamentarios franceses. Desde Londres, el cardenal de Westminster, Bourne, conferenciaba, ya desde finales de noviembre, con el cardenal inglés de la curia, Gasquet, y con embajadores y representantes temporales y vaticanos de la Entente. Así que en enero de 1917 hasta la *Augsburger Post* decía con típicos circunloquios que no podía «cerrar los ojos ante el hecho de que las sedes de nuestros enemigos se ciñen cada vez más estrechamente en torno al Vaticano, y no podemos desechar de nosotros la angustiada inquietud de que la labor sistemática efectuada por los

hombres de confianza de la Entente en el Vaticano para influir sobre el papa y su corte podría hacer nacer estados de ánimos y pareceres que, de hacerse valer, no serían muy apropiados para cimentar nuestra convicción respecto a la inamovible neutralidad de la Santa Sede».

Pero, mientras que el papa callaba férreamente ante la oferta de paz alemana, la curia —según la *Idea Nazionale*— transmitió al clero de los estados neutrales su más vivo deseo de que «se abstuviesen de cualquier discusión acerca de las propuestas de paz de las potencias centrales, para no alentar la creencia de que el Vaticano practica a través del clero la propaganda en favor de una sola de las partes beligerantes»^[56]. Y en septiembre y octubre de 1917, Benedicto ordenó a su secretario de estado que escribiese al obispo Gibergues de Valence y al arzobispo de Sens que si había favorecido especialmente a una nación, ésta era Francia junto con Bélgica. Pues el Vaticano —como subrayaba en 1919 *Civiltà Cattolica*, el órgano central de los jesuitas italianos, sometido al control personal del papa—, sólo podía «pensar con horror en la perspectiva de una victoria definitiva de Alemania, que habría significado simultáneamente el triunfo del luteranismo y del racionalismo, juntamente con la aniquilación de Francia y Bélgica». Y el semioficial *Osservatore Romano* aseguraba ese mismo año que «La Santa Sede» estuvo «constantemente a favore delle potenze dell'Entesa» (Entente) y especialmente «a favor de Bélgica, Italia y Francia». Por último, hasta el mismo Benedicto reconoció: «Esta guerra la ha perdido Lutero».

Cuando, a la muerte del papa, el presidente francés R. Poincaré, expresó al nuncio en París, Cerreti, su condolencia añadiendo: «Ahora, acalladas ya las pasiones, se reconoce la imparcialidad de Benedicto XV» no podía ni debía significar con ello otra cosa que la parcialidad. El nuncio replicó «Agradezco al presidente su condolencia, lamentando, con todo, que el reconocimiento de la gran obra de Benedicto XV venga tan tarde».

Pese a todo lo dicho, el papa se inmiscuyó una vez más públicamente en sentido favorable a Alemania y Austria-Hungría, a lo cual le indujo desde luego una circunstancia extraordinaria.

El miedo a la Revolución Rusa lleva a Benedicto a intervenir en favor de las potencias centrales en 1917

«También Jesucristo era noble» «Los poderes se alegrarán entonces de la riqueza de los ricos y depositarán su plena confianza en su amparo...»

(Benedicto XV)

A raíz de la «Revolución de Febrero» —según el antiguo calendario ruso, sucedió a finales de febrero de 1917— el zar Nicolás II, que se hallaba visitando el cuartel general en Mogilev y que desconocía la gravedad de la situación, se vio obligado a abdicar a mediados de marzo. Con él fue barrida la dinastía de los Romanov que llevaba 300 años rigiendo Rusia. Factor decisivo en todo ello fue que la guarnición de Petrogrado, unos 160.000 hombres, se pasó a los manifestantes provocando una rápida extensión de sublevaciones

espontáneas. Apenas si había alguien que defendiese el viejo régimen. Todos lo rechazaban, desde los extremistas revolucionarios hasta los conservadores, y hubo por ello escaso derramamiento de sangre. De entre la mayoría de la Duma surgió, el 15 de marzo, el «gobierno provisional» bajo el primer ministro Lvov, un terrateniente liberal. Pero de forma inmediata, frente a los exponentes de la burguesía acomodada, se alzaron los del proletariado, los consejos radicales de obreros y soldados, constituyendo una especie de gobierno paralelo que aspiraba, incluso, al control del nuevo régimen. Se estableció un doble poder que precipitó gradualmente al país en situaciones cada vez más incontrolables.

Lenin regresó de su exilio en Suiza y exigió, en sus «tesis de abril» el final de la guerra y la revolución mundial.

La curia siguió los acontecimientos más atenta, seguramente, que los demás gobiernos. Pero mientras que todo el mundo celebraba la «Revolución de Febrero» que *de facto* convirtió a Rusia en una república —los rusos como liberación del zarismo, los aliados como victoria de la democracia, las potencias centrales como signo del colapso— el Vaticano la observaba con sentimientos encontrados. Por una parte había sentido aprecio por el zarismo como un aliado leal contra el socialismo y el comunismo. Por otra, había lamentado siempre la estrecha vinculación entre los déspotas rusos y la iglesia ortodoxa estatal y había sentido abiertamente temor ante aquellas garantías que los aliados habían ofrecido a Rusia en el tratado secreto de San Petersburgo en caso de triunfo y que afectaban especialmente a Polonia y Constantinopla. Pues ese triunfo habría imposibilitado el resurgimiento de una Polonia católica como estado-tapón contra el Este cismático y habría franqueado a los rusos en el sur el paso a los estrechos. Y la situación actual obviaba justamente esa pesadilla de ver, tras una derrota de Turquía, a la ortodoxia rusa penetrando en Hagia Sophia, catástrofe que, según manifestó el cardenal Gasparri, superaba posiblemente a la de la reforma.

En resumidas cuentas, el optimismo se impuso pronto en Roma. Se tenía la percepción de que el «gobierno provisional», al que los bolcheviques no apoyaban sino que socavaban con la ayuda del alto mando militar alemán, conjuraba el ulterior desarrollo de la revolución. Algo especialmente importante, de seguro, para un papa de empedernido conservadurismo, descendiente de la alta nobleza italiana, quien en su mensaje navideño de 1917 podía anunciar «urbi et orbi»: «Dios no hace acepción de las personas, pero está fuera de duda, según San Bernardo, que la virtud de los próceres le es más grata porque resplandece más. También Jesucristo era noble y nobles eran también María y José». El papa llegó a afirmar: «Cristo estuvo, de manera excelsa, vinculado a la nobleza terrenal».

A un hombre así, capaz de oponer, con toda seriedad, las «encíclicas, dignas de reflexión» de León XIII a la lucha de clases, lo apreciaron los nuevos amos en el Este y lo encomiaron en cuanto fuerza contrarrevolucionaria en su lucha contra el radicalismo. Cortejaron a la curia de todas las maneras posibles y se hicieron representar ante ella, no ya por un encargado de negocios, sino por un legado. El otrora obispo de Vilna, barón Ropp, depuesto por el zar y nombrado por Benedicto arzobispo de Mogilev, tenía un escaño en la Duma. La iglesia ortodoxa perdió sus privilegios y los jesuitas pudieron volver a Rusia.

Así pues, el derrocamiento del zarismo suscitó en Roma sentimientos en que predominaba la satisfacción y se conjeturó, incluso, que con ello aumentaban las

posibilidades de misión, de integración de la iglesia ortodoxa rusa en la propia. El arzobispo Septyckyj, encerrado en un monasterio de castigo por alta traición y por su propósito de secesionar Ucrania, y estrechamente vigilado por un archimandrita ortodoxo, fue amnistiado ya el 8 de marzo de 1917 y puesto en libertad. En seguida comenzó a organizar en Petersburgo una iglesia uniata, ruso-católica, con el papa como soberano. Puesto únicamente de acuerdo con los obispos de Monguilev y de Vilna, convocó para finales un sínodo presidido por él y obtuvo el 8 de agosto de 1917 del «gobierno provisional» la licencia para el sanatorio hasta entonces prohibido.

Entretanto, y por medio de su Motu Proprio «Dei Providentis» Benedicto fundó en mayo la «Congregado pro ecclesia orientali!» con una comisión propia expresa «Pro Russia». Su deber era alentar el movimiento unitario entre los ortodoxos, carentes ahora del amparo del zar, y formar misioneros para Rusia. La congregación fue constituida incluyendo a los purpurados más prominentes y bajo presidencia del mismo papa. En octubre estableció además un instituto para el Este, el «Pontificii Institutum Orientalium Studiorum» que no solamente debía investigar en los ámbitos de la historia de la iglesia, historia general, etnografía y geografía de Europa Oriental y del Próximo Oriente, sino formar también misioneros para el Este. «Cuando se efectuó el avance de las tropas alemanas del año 1918 hasta el Cáucaso, la cuestión de la unión de las iglesias jugó ya un papel político».

Pero tampoco esta vez se realizaron los anhelos papales. La situación en Rusia se le fue yendo de las manos al «gobierno provisional». Ya había comenzado la expropiación ilegal de tierras. Cierta que una intentona de los círculos radicales de izquierda para hacerse con el poder fracasó en julio en Petersburgo, pero el anterior primer ministro, el liberal Lvov fue relevado el 20 de julio por el socialrevolucionario Kerenski. Lenin huyó a Finlandia, pero pronto interrumpió la redacción de su escrito «El Estado y la Revolución» haciendo notar que hacer una revolución era algo mucho más gratificante que escribir sobre ello y regresó disfrazado a Petrogrado, donde Trotzki y Stalin habían laborado entretanto en favor de la subversión^[57].

Pero eso era lo que más horrorizaba al Vaticano, tanto más cuanto que comenzó a contar con la posibilidad de que la revolución se extendiese a Polonia y a toda Europa. No había nada que temiese tanto como la pérdida de autoridad de los sectores hasta ahora dominantes, como el hundimiento del sistema de injusticia general, como esa guerra intestina en la que todos se enfrentan «como si se tratase de ejércitos enemigos que se combaten encarnizadamente y sin cuartel: de un lado los propietarios, del otro el proletariado, los obreros», como escribía Benedicto. Los últimos no debían obedecer a sentimientos de odio ni envidiar a los ricos, ni debían alzarse contra ellos como si fuesen ladrones —y en todo ello se percibían las resonancias de la misma música que Agustín entonaba con deplorable maestría de sofista—. Los obispos, anunciaba Benedicto, deben predicar el amor fraterno para que aquellos «que ocupan las posiciones más altas condesciendan con quienes están más abajo... y los traten con ánimo paciente y amable. Los pobres se alegrarán entonces de la riqueza de los ricos y depositarán su plena confianza en su amparo». Pero éstos son los principios sociales que la Iglesia predica desde antiguo... con éxito catastrófico. Por ello el alto clero tiembla cada vez más ante una subversión.

El nuncio Eugenio Pacelli sacó incluso a relucir la posibilidad —remota por lo demás— de que «en Roma llegase a cuestionarse el orden público como consecuencia de los movimientos revolucionarios de modo que la vieja ciudad de los papas fuese entregada, siquiera pasajeramente, al saqueo del populacho y hasta el mismo gobierno italiano se mostrase impotente ante ello».

Evidentemente impresionado por la amenaza de la revolución en Rusia, que propiamente no irrumpió con los sucesos de febrero, Benedicto XV envió ahora su nota por la paz, datada el 1 de agosto de 1917 y remitida el 14 de agosto a los jefes de estado de los países beligerantes. Significativo por demás es que lo hiciese cuando la desorganización y el cansancio se apoderaban ya de todos. Significativo el que fuese su única nota oficial de paz durante la guerra. Significativo también el que por primera y última vez contuviese propuestas detalladas en 7 puntos. No, como exponía él mismo, sugerencias de tipo muy general —ahí está el lado fuerte de los papas—, sino proposiciones palpables y prácticas.

Que también él hiciese gala de estilo repleto de florituras patéticas de índole moral — todos sus homólogos aman cosas de este género y ése es el auténtico dominio del estado vaticano— corroborando su perfecta imparcialidad, su deber de abarcar con igual amor de padre a todos sus hijos, es algo que va de suyo. Eso no cuesta nada y hace felices a todos los tontos.

Lo que aún es mucho más interesante: en su famosa y apremiante nota —surgida del propio apremio y publicada probablemente para no dejar únicamente en manos del socialismo internacional las acciones de paz, «para llevar a su molino el agua de los socialdemócratas» «para anticiparse al partido socialista», como reconocen respectivamente el barón Ritter y el nuncio Pacelli respectivamente— abogaba por el restablecimiento del estado polaco, dividido desde el año 1795. Y no es menos interesante el hecho de que el papa exigiese ciertamente de Alemania que se retirase del norte de Francia y de Bélgica, recuperando como contrapartida sus colonias, ¡pero que no previese sin embargo la retirada de los territorios ruso-polacos ocupados por las potencias centrales! Por ello, ya el 27 de julio, el encargado de negocios bávaro en Berlín, Von Schöen, informa: «El programa del nuncio... no contiene nada sobre Rusia, de forma que el ministerio de asuntos exteriores se inclina a pensar que se pone a Rusia en nuestras manos». ¡El papa quería, efectivamente, hacer de Polonia un bloque de poder católico contra la ortodoxia! Ya en 1916 estaban dispuestas las potencias centrales a proclamar allí el correspondiente reino, siendo así que la mayor parte de los polacos que simpatizaban con ellas deseaba la incorporación a Austria-Hungría y una minoría deseaba integrarse en Alemania.

En ese momento llegó la revolución. Y ahora a un papa que, naturalmente, había lanzado al aire numerosos lamentos quejándose en términos generales, pero que no había dirigido ni una sola nota por la paz a los gobernantes, toda prisa le parecía poca para acabar, al menos en el oeste, las cada vez más «inútiles carnicerías» (*inutile strage*), como decía en su apelación final —pues durante mucho tiempo la guerra no fue, en modo alguno, «inútil» para él—. (Del mismo modo operaría Pío XII en la II Guerra Mundial). Benedicto XV, sin embargo, que mandó rezar por la paz el 5 de mayo de 1917 en todas las iglesias católicas, se precipitó de tal modo con su escrito que el secretario de estado Gasparri se vio obligado a una especie de justificación en Berlín, donde ciertamente se había hecho un

requerimiento en ese sentido, pero ni siquiera se aguardó la respuesta del gobierno alemán.

«El momento escogido para la nota —escribe el historiador y eslavista de Berlín Este, E. Winter— se entiende con el trasfondo de la revolución rusa. Ya la revolución de febrero tuvo un desarrollo que no era el que hubiesen deseado el Vaticano y la Entente. Surgió el doble poder. El gobierno provisional se vio sometido al control revolucionario de los consejos de obreros y soldados, los cuales podrían hacerse con el triunfo en el futuro si no eran desmantelados. El levantamiento aplastado en julio indicaba que el desarrollo de la revolución no había llegado aún a su término y que no habían sido eliminados, ni de lejos, todos los peligros que amenazaban al gobierno provisional. La Rusia revolucionaria constituía un factor que comenzaba a influir no sólo en Polonia, sino incluso en toda Europa. Es por ello por lo que, a juicio del Vaticano, cabía terminar la guerra lo más rápidamente posible mediante un acuerdo de paz para prevenirse de antemano contra un nuevo y esperado alzamiento revolucionario en Rusia. Por ello, el momento escogido por el Vaticano y la prisa apremiante con que se delataba eran comprensibles desde su punto de vista, aunque las potencias imperialistas no quisieran entenderlo porque esperaban imponer sus ambiciosos objetivos comprados a costa de gigantescos sacrificios. Al dar este paso, la mayor preocupación del Vaticano se centraba en Polonia y las potencias centrales, las más expuestas a un proceso revolucionario proveniente del Este. Esas potencias, cuyas fuerzas, como bien sabía el Vaticano, estaban seriamente debilitadas, debían ser aliviadas en su aprieto por la nota de paz y convertirse junto a Polonia en baluarte contra la Rusia revolucionaria»^[58].

También el encargado de negocios ruso ante la curia creía que ésta intervenía en favor de Alemania y Austria-Hungría. Y lo que el representante de los USA en Roma, Lansing, comunicaba al presidente Wilson coincidía con ello. También los primeros ministros inglés y francés, L. George y Clémenceau eran del mismo parecer.

Mientras que los aliados de Alemania, el emperador Carlos de Austria, el rey Fernando de Bulgaria («con respeto y fidelidad filiales») y el sultán («profundamente conmovido») se congratulaban por la iniciativa papal, ni siquiera se produjo una respuesta (oficial) de la Entente. Inglaterra cerró con un simple acuse de recibo de la toma de posición alemana, tramitada por el Vaticano, las actas acerca de la propuesta de paz de Benedicto. Italia, Rusia y Francia no contestaron en absoluto.

Es más, en Francia, donde la reacción fue especialmente indignada, hasta los mismos sacerdotes y obispos acusaron al papa de favorecer unilateralmente los intereses alemanes. El cardenal secretario de estado les aleccionó, sin embargo, el 10 de septiembre en el sentido de que la llamada a la paz de Benedicto favorecía más bien a Francia y a Bélgica.

En la comisión del consejo federal para asuntos exteriores, el nuevo canciller del *Reich* Michaelis, declaró el 20 de agosto que «la iniciativa de Roma no se ha efectuado —como afirma la Entente y su prensa— a instancias de las potencias centrales, sino que se trata de una medida surgida de la libre decisión del papa». Aunque el nuncio «haya estado aquí antes y diese a conocer la intención del papa de dirigirse a las partes beligerantes»... «nada surgió de aquí que fijase los puntos de vista de la curia. La nota fue remitida el 1 de

agosto y nuestras conversaciones con Austria acerca de la cuestión no comenzaron hasta después del 1 de agosto».

Aquello era un nuevo indicio de la prisa con que se efectuó la iniciativa papal, febrilmente apoyada por uno «de los agentes más capaces del secretariado de estado» (Aubert), el futuro Pío XII, denominado más tarde el «papa alemán» a secas. Pero su motivación tampoco fue el amor hacia Alemania, sino el miedo ante el comunismo y la revolución. Pues Pacelli no sólo estaba estrechamente vinculado a Jesucristo y a la Virgen María, por él altamente venerada, sino también al capital bancario del Vaticano. Al frente del Banco di Roma, estrecho cooperador de la curia y con fuerte participación financiera en la guerra italo-turca, estaba Ernesto Pacelli, un tío del nuncio.

Eugenio Pacelli, celebrado en Alemania, en 1917, como «el mejor diplomático» del papa, se tenía por dichoso al poder cooperar con la gran obra de pacificación. Pocos días antes, el 13 de mayo, Benedicto lo había ordenado personalmente como arzobispo en la capilla sixtina y ya antes de pisar tierra alemana, a finales del mismo mes, y presentar sus cartas credenciales al rey de Baviera, sabía lo que debía hacerse, para, en caso de que se concluyera la paz, no ser menos útil a su iglesia que a las más o menos católicas potencias centrales. Múnich constató cuando menos que «cada vez que se presenta la ocasión expresa con agudeza su especial amistad hacia las potencias centrales». Antes de poner su pie en Alemania (donde se requirió enseguida ayuda económica del gobierno de Baviera para los viajes del pobre nuncio) Pacelli había celebrado una conferencia en Einsiedeln: con el general de los jesuitas, el conde polaco Ledochowski, residente en Suiza, experto en asuntos del oriente y totalmente alineado con Austria, y también con Erzberger, que se convirtió desde entonces en su asiduo informador. También comparecieron los embajadores de Baviera, Prusia y Austria-Hungría, que residían en Lugano. El diario inglés *The Observer* notificó, pero en todo caso *post festum* (a toro pasado), que la nota de paz del papa había sido elaborada en Einsiedeln.

En cualquier caso, el papa iba esta vez en serio. Cuando Pacelli apareció en junio en Berlín y en el cuartel general con saludos personales de su señor para el emperador y su familia, el canciller del Reich, Bethmann Hollweg, que, al parecer, se sorprendió en cierta medida, tuvo «la impresión, que se confirmaría más tarde como auténtica a partir de su planteamiento de que se trataba de una cosa muy distinta a una conversación informal sobre posibilidades de paz y de que el nuncio estaba desempeñando más bien una misión perfectamente formulada». El 29 de julio, el nuncio fue recibido en Kreuznach por Guillermo II, que le recordó la propuesta de paz alemana del 12 de diciembre de 1916, rotundamente rechazada y acerca de la cual el papa guardó un tenaz silencio. El 30 de julio presentó en Berlín el «Tratado (preliminar) Pacelli», elaborado a principios de mes en Roma, una memoria de 7 puntos que reaparecería casi íntegramente en la proclama papal por la paz: libertad de navegación, limitación de armamento, un tribunal de arbitraje internacional, devolución de las colonias a Alemania y garantías de la independencia de Bélgica, arreglos económicos, solventación de los problemas fronterizos, restablecimiento de Polonia y Serbia.

Pero todo fue en vano. Cuando el 24 de septiembre llegó la nota de respuesta del gobierno alemán, que equivalía prácticamente a una negativa, y Pacelli acabó de leerla, dijo

a Erzberger con ojos humedecidos por las lágrimas: «Ahora todo está perdido». Las lágrimas de Pacelli, no obstante, fluían, seguramente, menos por el fallido intento de paz, y no digamos por las potencias centrales, que por la ahora imparable revolución rusa: fomentada, como es sabido, por el alto mando alemán. Pues éste no solamente había sacado a Lenin, que pretendía el derrocamiento del zarismo y la transformación de la guerra civil, de su exilio en Suiza para entregarlo en Petrogrado, sino que, para seguir debilitando a Rusia, envió dinero a los bolcheviques. Y también a los revolucionarios de otros estados enemigos. No transcurrieron muchas semanas y Lenin era ya presidente del consejo de comisarios del pueblo, Stalin, comisario de las nacionalidades y Trotzki, comisario de guerra y marina. Y ya el 8 y el 28 de noviembre apeló Trotzki en nombre del gobierno revolucionario ruso «a todos los gobiernos, clases y partidos de todos las naciones beligerantes» a concluir «una paz entre las naciones, un acuerdo de paz honorable» comenzando por un armisticio inmediato.

E. Pacelli perdió de momento las ganas de ejercer de diplomático en Alemania, donde, pese a todo, Erzberger, que enviaba semanalmente al nuncio informes habitualmente amplios sobre los acontecimientos más importantes, trataba de combatir la revolución y favorecer a la iglesia católica. En 1918 Pacelli se sentía en Alemania, como el príncipe Schonburg formulaba cautamente, «no tan bien como, digamos, un año antes al tomar posesión de su cargo» pues, entre otras cosas se quejaba de que «También la opinión pública alemana entendía e interpretaba frecuentemente de manera falsa las buenas intenciones del papa. Los sentimientos para con el papa y la iglesia no son ya tan buenos como el año anterior». Incluso a la conciencia de los alemanes se le traslució fugazmente que, como ya uno de ellos había intuido mucho tiempo ha, «el papa es el anticristo, peor que el turco o el francés» (Lutero), «el mejor actor de Roma» (Goethe). Por supuesto que para el obispo Hudal «Benedicto XV... era el único que, situándose por encima de todos los partidos, se afanaba sinceramente por lograr la paz para la cristiandad».

No necesitamos seguir todos los vaivenes de su política. Las potencias centrales le llamaron en ocasiones «el papa francés». Los aliados «le pape boche». Él reivindicaba para sí la expresión de Benedicto XIV «el martirio de ser neutral». En realidad, mientras las potencias centrales parecían vencer, les era proclive y cuando creyó que sus adversarios eran superiores, se pasó del lado de éstos. Y la propaganda católica, repetida una y mil veces, se cuidó de que este papa —que pese a todo no es por casualidad el más desconocido de los de este siglo— pasase a la historia como el hombre que a lo largo de toda la guerra «encarna plenamente la conciencia y la razón de la humanidad unidas a la fe cristiana» que vio «como deber suyo el inculcar lo más insistentemente posible los ideales cristianos comunes a todos los pueblos, los mandamientos cristianos y humanos del amor, la paz y la reconciliación», «que con absoluta imparcialidad exhortó una y otra vez a la paz e hizo cuanto pudo para mitigar los sufrimientos de la guerra»^[59].

Lamentos por la paz, obras de buen samaritano y acción pastoral castrense

Es cierto, Benedicto XV estuvo conjurando la paz durante tres años, antes de enmudecer para el tiempo de guerra restante: en 1914, el 8 de septiembre y el 6 de diciembre. En 1915, el 25 de mayo, el 28 de julio y el 6 de diciembre. En 1916, el 4 de marzo y el 30 de julio. En 1917, el 10 de enero y el 5 de mayo. Incansablemente, según dice él mismo, estuvo clamando «¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!» lamentando la «monstruosa» guerra, la «horrible carnicería», el «suicidio» de las naciones europeas, preparado, entre otros, por su predecesor, cuyo «último aliento de vida» sin embargo, —según Benedicto— «se apagó precisamente por el dolor ante la guerra fratricida que estalló en toda Europa». Y ahora el papa Chiesa, capaz de consolar en medio de las batallas, «porque las naciones no mueren», deseaba supuestamente una paz justa y perdurable (*quae justa scilicet et stabilis sit*). Se lanzaba patéticamente «entre las naciones beligerantes como un padre entre sus hijos contendientes». Bendecía «al primero que levante el ramo de olivo y tienda... su diestra al enemigo». Rezaba «para que el árbol de la paz alegre al mundo con sus frutos placenteros». Es más, añadió a la letanía lauretiana —algo que, véase, mereció al embajador austríaco ante el Vaticano la redacción de un informe especial para su ministerio de asuntos exteriores— un ruego más: el «Regina pacis ora pro nobis».

Y aparte de la andanada de efusiones verbales, que a veces hace recordar penosamente las florituras de Pío XII en la II Guerra Mundial (V. Vol. II), Benedicto XV desplegó —de acuerdo con el lema infundioso «*inter arma caritas*» (haya caridad entre los beligerantes)— una «Acción de Ayuda y Actividad Caritativa en la Guerra entre Naciones» que fue muy admirada, pues si sus efectos prácticos fueron de lo más mísero, como propaganda resultó fabulosa y era tanto más necesaria cuanto que su clero atizaba por todas partes una guerra que él mismo trataba cabalmente de «mitigar», de «humanizar»: mediante el canje de heridos incapaces de combatir y de civiles retenidos en campos de concentración; mediante un servicio de búsqueda de los desplazados de sus países y de los desaparecidos, suministro de material de vendaje, el aseguramiento del descanso dominical de los prisioneros, de un armisticio en Navidad (respecto a lo cual lo importante era ésta y no aquél), de intervalos de alto el fuego para enterrar los cadáveres que se iban acumulando en el campo de batalla —¡con la ayuda de sus sacerdotes!—. Tentativas de mayor o menor éxito —a veces de ninguno— que afectaron si acaso a unos cuantos millares entre 74 millones de movilizados y que apenas eran una gota de agua en un incendio, pero que le valieron al papa, juntamente con el estado suizo, el título de «buen samaritano de Europa». El obispo Touchet de Orléans lo encumbró incluso a «buen samaritano de la humanidad». «Jesucristo, nuestro único maestro, debe estar contento con Vos...» Y el historiador de los papas Schmiedlin exulta: «Al igual que su divino maestro, destaca como un sol resplandeciente sobre el sangriento trasfondo de los campos de batalla para, como centro y punto de concentración de la organización católica de ayuda en la guerra, resistir la indecible miseria por puro amor hacia todos, sin distinción de nación o de credo».

Pese a lo cual el mismo Schmiedlin deja entrever que el «comprometido con todos, sin distinción de nación», que a buen seguro iba pensando paulatinamente en la época de postguerra, en la Italia victoriosa y en la «cuestión romana» mostró una especial solicitud por los italianos; que a través del nuncio Pacelli y del cardenal Scapinelli «distribuyó nominalmente entre los (prisioneros) italianos paquetes de caridad con comestibles, prendas de vestir y medicamentos».

«Envíos de dinero y paquetes con medicinas y prendas de ropa, destinados a los campos de prisioneros y especialmente para los italianos en Austria». «Destinó o reunió cuantiosas sumas para huérfanos de guerra y menesterosos italianos, a la par que puso al servicio del cuidado de los enfermos y heridos una serie de centros y colegios de Roma» «A requerimiento del papa, muchos italianos tuberculosos, desde Austria especialmente, fueron liberados para que regresaran a su patria y conducidos a casa en el “tren del papa”».

Benedicto mostraba preferencia no sólo por Italia, sino también por los restantes estados de la Entente. Hasta el apologeta F. Ritter von Lama concede en un folleto escrito para la Asociación Popular Católica: «Se le ha reprochado al papa que la parte del león recayó en las naciones del ámbito de la Entente y no en los de las potencias centrales. El hecho es cierto». Y el antiguo ministro de la guerra, Dr. Von Stein informa en 1919 acerca de la asistencia alemana a los prisioneros de guerra: «En la mayoría de los casos hubo que negociar con países neutrales que transmitían los deseos y las propuestas. De la América neutral obtuvimos poco al respecto. España se mostró muy cooperativa, pero era difícil de contactar. Casi todo se desarrolló a través de Suiza, Holanda, Dinamarca y Suecia. El Vaticano se dirigió frecuentemente a nosotros en favor de los franceses e italianos, también en favor de los ingleses y americanos. Nunca me topé con una intervención especial en favor de los alemanes».

¿Por qué el papa, en lugar de hacer señas a los amables frutos del árbol de la paz agitando de forma un tanto *kitsch la rama de olivo*, en lugar de jugar al buen samaritano ante todo el mundo (y en cuanto tal se preocupó, una vez más, de modo especial por los clérigos italianos, cuya devolución preferente provocó la crítica de los otros prisioneros a la par que contrariaba los intereses militares), por qué en lugar de todo ello no prohibió a los católicos participar en la carnicería? ¿Por qué no hizo una llamada para que en todas partes depusieran las armas? ¿Por qué no obligó a actuar en el mismo sentido a los obispos, subordinados a él?

Cierto, Benedicto propuso, aunque no antes de 1917, suprimir el servicio militar obligatorio, al igual que ya antes León XIII. Y entre ambos. Pío X calificó de «nobilísima misión el fomentar la concordia entre las almas, el refrenar los impulsos bélicos y el hacer aparecer como superflua hasta la persistencia de lo que se dio en llamar paz armada».

Ahora bien, los papas de los últimos años, ya sin poder territorial ni militar, fueron en general pródigos en bellas palabras. «¡Espléndidos testimonios del ideario cristiano por boca del magisterio de la Iglesia!» dice meditabundo el teólogo moral y pacifista austríaco J. Ude, persona íntegra, sin duda, pero de ingenuidad apenas concebible. Y pregunta luego «Solo que, ¿dónde están y obran los hechos? ¿Por qué el clero católico no se aferra todo él y cerrando filas a estas palabras papales para oponerse al servicio militar y llamar al pueblo a la objección de conciencia? ¿Por qué no se actúa según las palabras de los papas?».

Está bien claro, ¡porque éstos no lo desean! Pues mientras trompetean «¡paz! ¡paz! ¡paz!» hacia los cuatro puntos cardinales, como supuesta máxima autoridad moral, son ellos mismos los que exigen de sus sacerdotes el apoyo a los matarifes del Estado, por más que el pacifismo de Cristo se oponga a ello, es más, pese a que la propia doctrina de la iglesia permita únicamente la «guerra justa», es decir, en el mejor de los casos, la de una de las partes beligerantes. En la práctica, sin embargo, el catolicismo obliga a los católicos de ambas partes, mediante juramento, a masacrarse mutuamente en caso de guerra, mientras el mundo se deja emboar por las proclamas pacifistas de los papas: ¡la más sanguinaria hipocresía de la historia!

De hecho, «el buen samaritano de la humanidad», Benedicto XV, facilitó de inmediato la organización de religiosos castrenses apenas se inició la guerra.

Por decreto consistorial del 1 de junio de 1915 nombró, de común acuerdo con las autoridades estatales y militares, un obispo castrense, Bartolomasi, juntamente con capellanes castrenses para el ejército, la marina y la retaguardia. El 27 de agosto nombró un capitán-preboste castrense con capellanes castrenses para el ejército belga y finalmente también para Francia e Inglaterra. Concedió a todos los religiosos en campaña así como a los demás sacerdotes castrenses plenos poderes especiales, en especial para las misas, confesiones, comuniones y bendiciones papales para moribundos. Ordenó el envío de libros de rezos y la adquisición de altares portátiles, y conjuró a los clérigos «a ser dignos de su profesión y a no escatimar esfuerzos, por amor a Cristo, para que no falten a los combatientes los consuelos de la religión». Y mientras él mismo se gloriaba de la neutralidad que la «Santa Sede» debía siempre guardar, por difícil que ello fuese (*nullius in partibus*), mientras aparecía ante un mundo conmovido como padre que clama por la reconciliación de todos sus hijos, afeando la «infamante carnicería», «el asesinato fratricida» empapado de sangre cristiana, la «retrogradación anticristiana» —¡como si la guerra, institución cristiana desde hacia milenio y medio, pudiera serlo!—, mientras que él proclamaba con clarines ante el mundo que «ni de día ni de noche perdían sus ojos de vista el espectáculo de la mortandad de tantos hombres, de la terrible desolación de tantas naciones» se hacía responsable, incluso, de una acción pastoral castrense que ordenaba a los soldados católicos de todos los países beligerantes a matarse recíprocamente como cumplimiento de un deber supremo. J. Ude describe así la contribución del clero a todo ello: «La Iglesia permite la juramentación de los reclutas y la reviste de ceremonial eclesiástico. Los reclutas tienen que jurar ponerse ciega e incondicionalmente a disposición de sus superiores para matar hombres en masa y destruir bienes culturales. A los soldados que van a la batalla se les dispensa la bendición de la iglesia. Sacerdotes en uniforme militar, los curas castrenses, los arengan y les exhortan a cumplir con su deber, es decir, a abatir a sus enemigos, a gasearlos y aniquilarlos. En las iglesias, el Pueblo reza por el triunfo de sus soldados. Y en caso de obtener la victoria, mientras cientos de miles, quizá, millones de cadáveres de soldados cubren los campos de batalla, repican las campanas y se canta ceremoniosamente el “Te Deum laudamus” en acción de gracias. Se agradece y se exulta por el hecho de que la sangrienta pugna condujo al triunfo mediante la muerte y la mutilación de miles y miles de soldados. Los héroes son ensalzados desde los púlpitos. Por méritos especiales contraídos en el matar y aniquilar se prende una cruz, en señal de

reconocimiento, en el pecho de esos héroes. Estado e Iglesia se guardan en ello mutua fidelidad y mantienen estrecha concordia desde los tiempos de Constantino»^[60].

Y de esto hace ya mucho tiempo, pronto hará 18 siglos...

Y el papado pone su iglesia, su clero de campaña y sus creyentes a disposición de *todo* gobierno que los lleve a la masacre. Por otra parte, hasta notorios librepensadores de hogaño y antaño se sirvieron de la acción pastoral castrense católica, tanto un Stalin (V. Vol. II) como el rey Federico II, que ordenaba en 1740: «Que miren de inmediato en los monasterios católicos de Halberstadt y me escojan un sacerdote que me pueda ser propuesto como predicador de los regimientos que hayan de salir en campaña. No es necesario que el curilla sea inteligente: cuanto más tonto, mejor».

(Todavía el obispo castrense de Hitler era, al parecer tan inteligente que pudo hacerse teólogo sin tener el bachillerato).

El número de participantes en ejercicios espirituales de la acción pastoral castrense aumentó de año en año antes de la I Guerra Mundial. Tanto los participantes como los oficiales se deshacían en alabanzas acerca de los resultados. «Chicos que eran ya socialdemócratas o tenían al menos cierto barniz rojo han aprendido aquí, en Bottrop-Boyer, a reconocer y respetar la autoridad divina y la humana», escribía el 13 de octubre de 1913 el médico-jefe de la reserva, Tinnefeld, encomiando esos ejercicios. Tanto más cuanto que en los lugares «donde la juventud va cayendo más y más, según pasan los años, víctimas de la socialdemocracia» los ejercicios resultan ser «una necesidad patriótica». Y los *paires* que ejercían su asistencia espiritual entre los reclutas hacían llegar a las instancias competentes del ministerio de la guerra o del ministerio de asuntos religiosos notas que los ejercitandos habían dejado escritas con este texto: «vine como socialdemócrata y me voy como soldado cristiano».

Pero como soldados cristianos iban después a la guerra —cierto que también con la bendición de la socialdemocracia—, y a la fosa común. Pese a todo ello, parece que el ansia de cristianismo y de acción pastoral castrense resultaba insaciable. Fue nadie menos que el propio emperador Guillermo II quien declaró en 1916, ante numerosos curas de campaña reunidos en el gran cuartel general: «Necesitamos un cristianismo práctico, poner nuestra vida en relación con la personalidad del Señor. Considerémoslo simplemente a partir de lo que dijo e hizo. ¡Señores! ¡Qué fascinante y fabulosamente polifacética es esa personalidad!». Cierto. En la paz resultaba «fabuloso» usarla para la paz y en la guerra, para la guerra, p. ej., con la tantas veces citada expresión:

«No he venido a traer la paz, sino la espada», algo que desde luego no significa la legitimación de la guerra ni la indulgencia para matar, sino, como muestra su contexto, la disensión, lo que ya es suficientemente grave, en las familias. La «espada» que Lucas substituye por «discordia», «desavenencia», simboliza el celo por la propia doctrina, que escinde incluso a las personas que se sienten más próximas. Pero esto se podía escamotear para presentar al Señor de forma «fabulosamente polifacética». «Hay que ocuparse día a día con el Señor», proclamaba el supremo señor de la guerra alemán, a quien los sacerdotes católicos ensalzaban ahora como «intérprete de la divina voluntad», como «lugarteniente de Dios». «Debe servirnos de paradigma para la praxis de la vida» siendo así que Guillermo pensaba más bien en la praxis de la muerte, pues en su «alocución teológico-pastoral»

reputaba «como el mayor logro de nuestro pueblo... el que haya vuelto nuevamente sus ojos hacia el Señor, que haya comprendido que no es posible salir adelante sin él, que hay que contar con él... Que sin refunfunar ni pestañear, se ha empeñado en pro de una gran causa por la que se sacrifica y eso es algo que le ha sido dado a nuestro pueblo por nuestro Señor.(!) ¡Saluden Vds. a los hombres en campaña, incúlquenles una firme confianza en Dios!».

¡Una firme confianza en Dios: guerra hasta diñarla! Y a lo largo de toda aquella carnicería —efectuada no sólo con el empleo de una fuerza técnica y militar nunca vista hasta entonces, sino también con una inversión altísima de medios pretendidamente culturales, «con una conducción psicológica de la guerra que fascinó entre otros al joven Hitler»— no hubo nadie que clamase de modo tan demencial en pro de la universal matanza y la pertinacia en ella como aquellos que debían saludar a «los hombres en campaña», que calificaron a cada soldado como «instrumento de la providencia», de «los planes del soberano eterno del mundo», que con su charlatanería hicieron creer a las tropas que todo «superior que da las órdenes en cumplimiento de las obligaciones de su cargo —palabras del cardenal Von Bettinger— era un representante de Dios». Por todo lo cual exigían incesantemente obediencia hasta la muerte: «El pagar tributo de bienes y de sangre por el emperador y el *Reich* no es cuestión a discutir en el cristianismo, es mandato de Dios». «Si obedecemos al estado, obedecemos a Dios, pues Dios ha ordenado la guerra». «¡Camaradas!, ¡preservad estos bienes sacrosantos del glorioso ejército alemán, sed fieles en la obediencia!... ¡Jesús, nuestro comandante en jefe, nos enseña a obedecer!». «¡Obediencia, obediencia ciega!».

De ese modo, la predicación castrense, que nos es disponible en cantidades ingentes, adquirió un carácter que más s que religioso era altamente político o, diríase, altamente criminal, si es que este calificativo resulta adecuado para acciones que causaron la muerte miserable de diez millones de hombres. Y mientras que la «actitud, en el fondo pastoral, del papa» le capacitaba «para ver más allá del griterío cotidiano» «los católicos y sus asociaciones en los distintos países pudieron disponer de amplio margen de acción política» como se dijo, con palabras que apenas encubren el cinismo, de parte eclesiástica.

Ese «griterío cotidiano», sin embargo, que tuvo una influencia determinante, y que por eso mismo es lo que realmente interesa (¡y no las estúpidas sentencias apologéticas «a prion»!), ese «margen de acción política» literalmente tremebundo, eso es lo que hay que conocer para saber con quién nos las habíamos y nos las habernos^[61].

El Clero Católico en la I Guerra Mundial

¡Qué bien y qué cortante se puede afilar la espada en la piedra del altar!

(El teólogo católico G. Stipberger
en un sermón pronunciado en la Iglesia
palaciega de San Cayetano de Múnich, 1914)

«¡Si pasamos al ataque irrumpiendo desde las trincheras como si fuesen la gruta de Getsemaní, avanzaremos hasta el Gólgota, allí donde se consume el sacrificio humano, allí donde se prepara nuestra redención y se paga con la moneda de la fama!». «¡Ah, c'est la minute divine!»

(El abate Sertillanges en la
Iglesia de Magdalena de París. 1915)

«Toda guerra guarda, incluso, una secreta relación con el sangriento drama del Gólgota. Es una continuación, es realmente una pieza en la lucha que condujo nuestro redentor. ¿No hay en ello una razón singular para tratar sagradamente a lo sagrado, es decir, a la guerra?»

(El prior del convento
María Laach de Hammenstade)

«Jesús fue totalmente militarizado. Vino al mundo bajo la forma de la movilización. Su naturaleza humana fue su primer uniforme, su primer bivac, el seno de la Virgen y el segundo fue Belén. Su batalla fue Gólgota, su cuartel general el cielo y el tabernáculo. Sus discursos se convirtieron en ametralladoras, en detonantes del amor de Dios...»

(El católico H. Kühner)

Dos tercios de la totalidad de los católicos de entonces, es decir 188 millones, se vieron directamente envueltos en la guerra. Y fueron precisamente los alemanes sumisos a Roma, sospechosos desde la Kulturkampf a los ojos de la mayoría protestante de infidelidad a la nación, tachados de «enemigos del Reich» y de «ultramontanos» quienes hicieron todo lo posible para demostrar su patriotismo.

El Partido del Centro, católico, era uno «de los que gritaba más fuerte en favor de una “gran Alemania”», exigiendo anexiones en Oriente y Occidente: «Tenemos que modificar a nuestro albedrío las fronteras de Alemania» (El presidente del Centro, P. Spahn). Mantenía la exigencia de «una conducción de la guerra sin contemplaciones» y de una guerra submarina sin restricciones, contando para ello con el apoyo activo de conspicuos representantes de la iglesia como el cardenal Bettinger de Múnich. «Ese partido estaba en la primera línea de los alemanes imperialistas más fanáticos». Es más, en un memorándum de 1916, la fracción parlamentaria del Centro expresaba su deseo, iniciativa sensacional, de subordinar el canciller del *Reich* bajo el mando militar supremo y de que la dieta imperial aprobase toda ley emanada de este poder. Ese memorándum «fue el primer reconocimiento formal de la dictadura ejercida por el mando militar alemán no sólo en cuestiones militares sino también políticas y significó de hecho la subordinación de la dieta y el gobierno federales bajo esa dictadura». Se trataba, en una palabra, como acentúa el teólogo católico H. Herrmann, «de superar, a toda costa, la disyunción “sumisión a Roma” — “fidelidad al Reich”, disyuntiva realmente mortal para los ciudadanos de confesión

católica, aunque tan sólo fuera por librarse del sentimiento de inferioridad». De ahí que «ninguno quisiera, cabalmente, ir a la zaga de nadie en cuanto a sentimientos militaristas»^[62].

Esta actitud se veía intensificada por el hecho de que, por una parte, el estado de Guillermo II, al menos formalmente, atendía las aspiraciones de los católicos, y por otra, éstos podrían muy bien haberse sentido apremiados a salir en defensa de sus hermanos de sangre y confesión austro-húngaros enfrentados a eslavos y latinos.

«Como gotas caen las cabezas de los rusos, como copos de nieve las de los franceses. Y nosotros a Dios elevamos nuestras preces ¡que dure ese tiempo aunque nos lluevan chuzos!».

Un religioso católico exigía acabar «a culatazos con la ralea serbia» y abatir «al oso ruso». Y un clérigo regular católico imploraba a la Madre de Dios:

«Salve, Regina, salve, del turco vencedora. A la fiel bayoneta, que se hundió con unción en el pecho enemigo, dale tu bendición y haznos llegar los rayos de tu luz protectora. Grata ofrenda te sea de esta lid la cosecha. El brazo del soldado que tu luz haya visto zará con su pala por los surcos de Cristo y entonando tus salmos se lanzará a la brecha.»

Pero no bastaba con arder en deseos, siguiendo una inveterada tradición cristiana, de liquidar las vidas de los heterodoxos: las *Voces de María Laach* —publicación jesuita que durante la guerra, para estar a la altura de los tiempos, fue rebautizada como *Voces del tiempo*— enfatizaban incluso que: «los católicos nos tomamos muy en serio esta guerra, incluso cuando va dirigida contra los propios correligionarios». De este modo, el catolicismo alemán sentía aquella fiesta sacrificial, que aventaba todos los juicios y prejuicios protestantes «como una auténtica redención».

«Los católicos dieron su “sí” unánime a la guerra» —escribe el teólogo católico Missalla, que analizó los documentos chovinistas de la época emanados de obispos y religiosos seculares y regulares alemanes— «sin toparme con comentarios de signo opuesto en toda la literatura homilética a mi disposición». Pero cuando Missalla intenta excusar a medias a sus colegas como prisioneros de una «concepción religiosa nacional» que parecía casi insuperable, cabe preguntarse por qué el clero, después de 19 siglos de cristianismo, estaba tan imbuido de sentimientos «religioso-nacionales». «No se daban aún, al parecer, las condiciones históricas —opina Missalla— para poder ser tan críticos y tan vigilantes como podemos serlo hoy, después de dos guerras mundiales».

¡Como si los cientos y cientos de guerras anteriores (que en ocasiones duraron decenios) no hubiesen sido suficientes para acendrar la capacidad crítica y la vigilancia! ¡como si no pudiera haber nuevamente suficientes azuzadores clericales tan pronto nos veamos abocados a la próxima guerra mundial! ¡Como si no los hubiese hoy mismo! «Quien, en la actualidad, —después de 1945— discutiese con teólogos católicos, y también evangélicos, sobre la guerra, el desarme y el rearme alemán —escribe F. Heer— podría obtener centenares de veces el mismo testimonio de fe en la guerra: “siempre tiene que haber guerras”; “El Señor castiga a los hombres mediante la guerra”; “Toda guerra es una prueba impuesta por Dios”; Esos teólogos creyentes en la guerra, cuya primera hora estelar sobrevino con la guerra fría, hacia 1950, pueden suscribir la expresión de Hitler: “No habrá

paz eterna en el mundo hasta que el último hombre no haya matado al penúltimo, de no ser que Dios nuestro Señor no realice antes un milagro”».

De 1914 a 1918, en todo caso, las proclamas patrióticas de los católicos parecían inacabables y de modo especial las exaltadas arengas de sus sacerdotes, sus apelaciones a la fidelidad, al sacrificio, sus exigencias de dar al César lo que era del César, sus invocaciones «Dios lo quiere» etc. En una sola página remachaba un teólogo cuatro veces: «¡El emperador nos llama, Dios nos llama!» De acuerdo con el parecer católico, «el recto servicio al soberano es servicio a Dios» la lucha por la patria es idéntica a la librada «por Dios: pues Dios llama a obedecer por boca del emperador» y hasta el amor a la patria del combatiente «se torna religión».

Fue el clero quien, a través de una educación sistemática, creó el requisito esencial para esa criminal mortandad perpetrada impertérritamente a lo largo de cuatro años: educación para sancionar la legitimación del emperador y los reyes por la gracia de Dios; para la disciplina y la obediencia, para el «orden». En una palabra, para espíritus vasallos. «Los hombres de iglesia han educado a Alemania y a Austria en el deber y en la acción enérgica» se alaban a sí mismos en la obra de G. Koch titulada «El campo de batalla de Dios». Continuamente han inculcado la fidelidad frente a los poderosos. «Nunca está permitido —enseña un catecismo de amplia difusión en la época finisecular— rebelarse contra el príncipe de su nación, incluso si fuese un tirano. Pues quien se opone a la autoridad, se opone a las órdenes de Dios» (Ep. Rom. 13.1). De modo muy similar argumentan en 1933 los obispos alemanes, declarando al unísono que a los católicos no les resulta difícil registrar satisfechos la nueva y fuerte acentuación de la autoridad en el estado hitleriano ni el someterse a la misma «pues nosotros vemos en toda autoridad humana un destello del poder divino y una participación en la eterna autoridad de Dios» (Ep. Rom. 13. 1 y ss.). ¡Ése es su arte de pactar con cesares y tiranos, con Guillermo II y con Hitler, con los mayores criminales y... sobrevivirles!

«Fueron especialmente los hombres de la iglesia y los maestros quienes se pusieron al servicio de la obra de adoctrinamiento patriótico, ayudando en sus comunidades a la propaganda de los empréstitos de guerra e intentado influenciar a la población con charlas en tono tranquilizador y alentador. La sede episcopal de Limburgo salía el 11 de junio de 1917 al paso de las agitaciones antimonárquicas con una circular al clero. Según sabía de buena fuente, los enemigos de nuestro país intentaban en los últimos tiempos soliviantar al pueblo alemán contra sus soberanos a través de agentes pagados. Su propósito era el de paralizar, sembrando discordias intestinas, la capacidad de resistencia contra sus ataques. El clero debía mantener una atenta vigilancia frente a tales personas y tentativas, salirles resueltamente al paso y denunciarlas ante la autoridad competente, cooperando por lo demás enérgicamente para que el pueblo no sólo preserve su confianza hacia los príncipes que Dios le ha deparado, sino que la acreciente más y más».^[63]

Incluso un año antes de que acabase el baño de sangre, en noviembre de 1917, todos los obispos alemanes exultan hablando de nuestros «grandiosos ejércitos» y elevan sus voces para «señalar, a través de las tempestades y la niebla, el camino y la meta» a sus queridos feligreses. ¡Ellos precisamente! Y su «palabra rectora» —una de aquellas frases que «refulgen como el rayo desde su inicio hasta su caída» (¡sobre todo la caída!)— su palabra

rectora es aquella que «regula y aglutina (Sí, a tiro limpio) la vida religiosa y civil de los cristianos» «la orden mayestática: “dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César”»... «Perseverad en ella, dilectos». Así exclaman y enseñan que cuanto más fieles seamos en el cumplimiento de los deberes religiosos, mejores ciudadanos seremos, «fieles al emperador y al soberano del país». Aseguran servir «a los soberanos por la gracia de Dios» «con fidelidad inquebrantable y abnegada devoción»; servir al «antiguo y sagrado vínculo entre el pueblo y el príncipe» que ahora «ha sido forjado con renovada fuerza» y que, con el pueblo católico, «rechazan todo cuanto equivalga a un ataque contra nuestra dinastía y nuestra constitución monárquica» (¡En 1919 las cosas cambiarían totalmente! ¡Y vuelta a cambiar en 1945!) «Siempre estaremos dispuestos a proteger al trono, como al mismo altar, contra el enemigo exterior y el interior, contra los poderes de la subversión que quieren erigir el soñado estado del futuro sobre las ruinas del orden social vigente»; «estos excitan y aturden así a las masas con sus estridentes consignas de la igualdad de derechos para todos, de la igualdad de todos los estamentos...».

Los obispos alemanes difamaban con ello a aquellas fuerzas decididas a poner a toda costa término a la masacre, mientras que ellos, por su parte, estaban más bien decididos a continuarla a toda costa. ¡Salvo que el precio fuese el de sus propias personas! Sus sacerdotes espoleaban con más ahínco que nadie a las víctimas para la batalla y orgullosamente, se hacían certificar por los mandos militares, que ellos «mediante su acción y sus alocuciones robustecieron el amor patrio de las tropas, cimentando en ellas el propósito de resistir fiel y firmemente hasta el final».

«Dios está con nosotros» —trompetea un teólogo—, y eso es lo que resonaba de innumerables bocas. Un cierto ambiente de cruzada impregnaba a todo el pueblo. Pero ese ambiente lo crearon ellas, las iglesias de ambas confesiones. Y si bien el material homilético de los protestantes relativo a la guerra, debido al papel mucho más importante que entre ellos juega la palabra alcanzaba p. ej., en 1914 una cuantía diez veces superior al de los católicos, a partir de 1915 apenas era el quintuplo del de éstos. A comienzos de febrero de 1915 el «Semanario homilético» indica 112 títulos católicos con vómitos belicistas de carácter religioso, 62 sermones y 50 libros de guerra y de soldados —«munición espiritual» denomina encomiásticamente a una cosa así la editorial católica Herder.

Y si los rotativos protestantes encargaron a teólogos la redacción de la «Crónica de Guerra», la revista católica *Hochland* —cuyo editor y fundador Carl Muth (Seudónimo: *Veremundus*) afirmaba en ella, en 1915, que «Cristo y la guerra son realidades íntegramente complementarias»— la confiaba al general F. Otto. La *Hoja Dominical de Hannover*, evangélica, se quejaba por entonces de que «los católicos nos están superando en simpatía popular».

Ya los títulos de las andanadas de escritorio católicas son bien elocuentes: «¡A formar para la oración!»; «La cruz y la espada»; «La cruz y la corona»; «La guerra y el púlpito»;

«Dios y la guerra»; «La guerra del Señor»; «La guerra y Cristo»; «La guerra del Príncipe de la Paz»; «La guerra de la luz de la fe»; «El pendón de la cruz en la guerra entre naciones» (nada menos que con 10 volúmenes, él sólo); «La lucha y el triunfo de la cruz»; «La verdad en su prueba de fuego»; «Granos áureos de una época férrea»; «La batalla de Dios»; «Padre, yo te invoco»; «Judit o la fuerza y muerte heroicas»; «El Ave María en la guerra entre

naciones»; «El rosario en tiempo de guerra santa», donde p. ej., se puede leer, con la «aprobación eclesiástica» lo siguiente: «Los héroes de guerra Tilly, el Príncipe Eugenio, Andreas Hofer, Radetzky y otros también rezaban fervorosamente su rosario. El Príncipe Eugenio siempre llevaba su rosario junto a su espada. Cuando sus soldados lo veían rezar con celo y parsimonia especial repasando su rosario, solían decir: “pronto tendremos una nueva batalla, el viejo reza tanto...”».

Bajo el título de *Chrysológus*, los jesuitas editaban su propia revista de guerra.

Una comisión *científica*, la «Comisión de trabajo para la defensa de los intereses alemanes y católicos en la guerra mundial», a la que pertenecían docenas de estudiosos más o menos conocidos, revisaba la prensa para el extranjero. Presidente honorífico de la misma era el primer ministro bávaro y presidente de la fracción del Centro en el Reichstag, conde G. von Hertling, canciller del *Reich* al final de la guerra. Presidente efectivo era el teólogo moralista y preboste catedralicio de Münster, J. Mausbach, quien durante el primer año de guerra fue asimismo rector de la universidad local. «No es un día nefasto ni una hora aciaga, es un gran día, un día del juicio, un día del Señor» clamaba Mausbach —científicamente— apenas empezada la guerra. Con ayuda de S. Agustín, el antiguo azuzador y delincuente de escritorio en alto grado, justificaba la degollina, resaltaba su «lado consolador, exaltante» pues debe «mejorar y aniquilar la depravación moral de los hombres» según nos alecciona basándose en el más grande de los Padres de la Iglesia Católica, ensalzándonos «la habilidad en la dirección del estado y del ejército» «la obra impresionante de movilización con calma y seguridad imponente» y en no menos grado «los impresionantes acentos religiosos», el «estado de ánimo de cruzada»

«Dios lo quiere» «La necesidad activa, sagrada, que “ejecuta” la voluntad de Dios» «la altura liberadora y entusiástica de la conciencia moral», en una palabra «tanto oro de ley, tanto ardiente entusiasmo por el emperador y la patria». Por todos estos méritos, el papa elevó a Mausbach a «protonotario apostólico» —una de las distinciones honoríficas más altas de la Iglesia— y Münster dio su nombre a una calle. Hay que aullar con los lobos, si las ovejas han de rendirle a uno su homenaje...

Si bien los cuadernos semanales y mensuales de la «comisión de trabajo» dirigida por Mausbach sólo accedieron a la prensa católica extranjera en tirada relativamente modesta de 30.000 ejemplares —en virtud de su carácter científico— grandes organizaciones católicas enviaron al frente de forma gratuita y en cantidades millonarias textos para enardecer los ánimos. Lo hizo de modo especial una «Comisión de trabajo de las asociaciones católicas» compuesta por Caritas, la Sociedad Borromeo, la Asociación Popular para la Alemania Católica, y los Caballeros de Malta. Tan sólo las «Cartas de Campaña» del teólogo de Freiburg, H. Mohr, llegaron, en algo más de medio año, a superar los 600.000 ejemplares. Sus sermones de campaña, «La voz de la Patria», afluyeron, tan sólo en 1915, en una cuantía superior a los 6 millones de ejemplares al denominado campo de Marte.

Los obispos alemanes, desde luego, trabajaron bien a sus ovejitas con más de dos docenas de «cartas pastorales» durante el primer año de guerra. «¡Apacienta mis corderos!». Sí, cierto, sugiere Th. Lessing. «Pero preguntaos de una vez por qué y con qué

propósitos se toma el buen pastor los dudados de sus ovejitas. Primero porque las quiere esquilarse. En segundo lugar porque se las quiere engullir.»

Por supuesto que los pastores supremos se declararon en 1914 «inocentes respecto al estallido de la guerra. Ésta nos fue impuesta. Podemos dar testimonio de ello ante Dios y ante el mundo».

¿Quién tuvo la culpa? Naturalmente, la otra parte. «Fue justamente Francia la que se anticipó a todo el mundo con la guerra contra Dios». En cambio «Nuestra guerra es justa. Lo es, por Dios, como ninguna otra de la historia». Y pese a todo ello, también el pueblo echó sobre sí una «grave culpa». ¡No políticamente, por Dios!, pero sí en lo religioso, en lo moral: ¡a causa de «la moderna cultura espiritual, anticristiana y carente de religión!» Y acto seguido también por los «excesos de la moda femenina. Ésa es la culpa enorme y máxima de nuestro pueblo y por ende también nuestra».

Este absurdo, craso como un canónigo, según el cual «la moralidad pública de los alemanes», —palabras del obispo M. Faulhaber— se fue «camino de París» y la «imitación simiesca de los cortesanas francesas por parte de la moda femenina» contribuyó a provocar la guerra, se lo insuflaron innumerables charlatanes de púlpito a su grey. Sí, «las salidas de tono de la indumentaria femenina», «la indumentaria liviana y escandalosa de las urbes extranjeras», «el desenfreno y la lascivia de París», de la «Babilonia del Occidente», «los jardines ponzoñosos de la Babel del Sena, de la moderna Sodoma y Gomorra» (¡que irrumpieron también entre los castos germanos!), «los vestidos estrechamente ceñidos... las telas entreabiertas... las blusas traslúcidas y escotadas», en una palabra, el «yugo de la moda extranjera», «moda e impudicia», «la oscura oleada de la inmoralidad francesa» pero también «la imitación simiesca de las extravagancias del arte extranjero», de la «literatura de pacotilla... de París», los «literatos, artistas y periodistas que cobran dinero por corromper el carácter alemán», como reconocía Von Keppler, obispo de Rottenburg, que «apestan Alemania», todo ello es lo que provocó la «venganza de Dios» y cooperó decisivamente al advenimiento de la guerra. Hasta los niños participaron en ello con sus «pecados», con sus pequeñas vanidades, sus imprecaciones: «también vosotros sois culpables de que haya sobrevenido esta guerra maligna y de que hayan de morir tantos inocentes».

En todo caso, la clerecía no encontraba todo aquello tan maligno, pues la guerra aparecía como purificadora, como liberadora de la moda y la impudicia de París, como un misionero de «impetuosa energía». «Hemos cooperado —afirman los “héroes muertos” del obispo Keppler— a liberar Alemania de esta peste...»^[64].

Los héroes vivos, en todo casi, corrían por una Alemania apestada hasta entonces por la Babel del Sena, pero ya purificada por los cañones y las fanfarronadas de los voceros curiles, a los burdeles. Y por cierto con tanta frecuencia que las dos mujeres de Monchen-Gladbach, p. ej., que «constituyen todo el personal de la casa pública (calle Gasthaus 2)» — así consta en un escrito de la autoridad militar que aducimos aquí únicamente como documento cultural de la moralidad militar alemana— se quejaban exponiendo «que no están en situación de satisfacer a los numerosos visitantes que desbordan su casa, ante la que continuamente hay buen número de grupos de hambrientos clientes aguardando de pie. Declaran que a la vista de los servicios a que están obligados para con sus parroquianos

fijos, belgas y alemanes, no están en situación de conceder a la división más allá de 20 visitas diarias (10 cada una). El establecimiento, por lo demás, no trabaja de noche y guarda estrictamente el descanso dominical. Por otra parte las fuentes de recursos de la ciudad no permiten, por lo que se ve, aumentar el personal. En estas condiciones, en evitación de todo desorden y al objeto también de no exigir de estas mujeres un trabajo que supere sus fuerzas, se adopta la siguiente disposición:

Días de trabajo: todos los días a excepción del domingo.

Rendimiento máximo: cada mujer recibirá a 10 hombres es decir, 20 para dos personas, lo que hace 120 en una semana laboral.

Jornada Laboral: desde las 5,30 de la tarde hasta las 9 h. de la noche. Queda excluida toda visita fuera de esas horas.

Tarifa: 5 marcos por una permanencia de 1/4 de hora incluido el tiempo de entrada y salida del establecimiento».

Pero ¿qué importancia tenía esto comparado con la moda del Sena? Ésta preocupaba profundamente al clero alemán, si bien, por otra parte, éste parecía también de lo más feliz. Se comprende, desde luego, pues sus negocios que nunca acababan de prosperar en la paz, lo hacían por fin en la guerra: ¡antiquísima experiencia!, pues ya en el siglo V el Padre de la Iglesia Theodoro proclamaba que «la realidad histórica enseña que la guerra nos reporta mayor utilidad que la paz».

De ahí que se registrase triunfantemente el provecho acrecentado que se derivaba de la tribulación y la muerte, la vuelta a la fe en Dios, a los ideales cristianos, la mayor asistencia a las iglesias y la recepción de los sacramentos. Pues «así como el vino se vuelve tanto más fogoso cuanto más arde el sol sobre los racimos, los sentimientos cristianos se hacen tanto más piadosos cuanto más se posan sobre las brasas del sufrimiento». Los apóstoles de la salvación nunca hallan que una desdicha sea suficiente... salvo que les afecte a ellos mismos.

«Nuestros soldados —se dice en una carta pastoral del episcopado alemán, fecha 13 de diciembre de 1914— han percibido de inmediato la llamada a la penitencia entre el estruendo de los gritos de guerra. De ahí que sus primeros pasos fuesen hacia el confesionario». Y el príncipe-obispo de Brixen, Egger, exulta: «esta guerra merece, sin peligro de exageración, el calificativo de religiosa».

Con gozosa satisfacción confirma también el obispo de Bramberg el nuevo despertar de la vida religiosa. Sus párrocos acompañaban, revestidos de todo su ornato y bajo las tremolantes banderas, a las víctimas del matadero hasta las estaciones ferroviarias desde donde las despedían con su bendición. «Alabado sea Dios —exclamaba el arzobispo de Freiburg— pues sois muchísimos los que habéis participado en los oficios religiosos preceptivos». «El pueblo acude en multitud a los oficios ordenados por los obispos» registra el mitrado de Estrasburgo. El obispo de Münster, superior del teólogo Mausbach, ve satisfecho «cómo las iglesias se llenan de orantes en medio de los horrores de la guerra» y el cardenal de Viena Piffel, ve, incluso, cómo «se pone de rodillas... una grey compuesta de millones». Bertram de Breslau, más tarde un bizarro camarada de Hitler, saluda también

gozoso «la luminosa exaltación religiosa e interpreta “el retorno a Dios” con fe firme, “como” fruto de la época de guerra». Sí, en «el estrepitoso trajín de la vida de placeres», confiesa un predicador, se despreció y se escarneció a la «autoridad religiosa». En la guerra, en cambio, clama jubiloso el obispo Keppisr (que ordena «luchar victoriosamente por la amada patria o morir gloriosamente por ella») la religión celebra «sus triunfos callados o declarados. Durante ella se toma una noble y amable (!) revancha por el mal trato de que es a menudo objeto en la paz...».

«La religión yacía sumida en el desprecio, reconoce el también obispo castrense alemán. El descreimiento y la inmoralidad alzaban orgullosos sus cabezas. Llegó entonces la guerra, el fuerte brazo de Dios y la religión recuperó gracias a ello sus fueros».

Tales eran la opinión y doctrinas habituales del clero, la quintaesencia de su sabiduría: la guerra se tornaba compañera, revivificadora de la religión. El diluvio asesino daba pábulo a lo bueno, a lo santo, al reino de Dios. «Ahora resurgen las antiguas virtudes femeninas, la seriedad, la piedad y el espíritu heroico hasta el punto de sentirnos asombrados y estremecidos ante madres que envían ¡ocho y hasta diez hijos a los campos de batalla! También el puro sentido femenino alemán se opone ya con más fuerza contra los excesos de la libertad y el placer de vivir, contra la estridencia de la excitación sensual en el vestido y la actitud».

«El mal había llegado, descarado y exuberante, a su culmen; tampoco entre nosotros faltaba la cizaña. Entonces el Señor empuñó Él mismo el férreo arado y sobrearó a fondo, con su propia mano, el campo del hombre. De las trincheras y las heridas, de la sangre y las lágrimas de esta guerra florecerá con nuevo vigor el Reino de Dios sobre la Tierra».

El espléndido acontecimiento de aquel baño de sangre era para estos sacerdotes una sonora «declaración de fe en (!) Dios», una «entrega a Cristo... tan esplendorosa que no tiene par ni siquiera en los primeros tiempos del cristianismo». «Lo que ningún predicador de penitencia ni ninguna misión pudieron obtener, se consigue de golpe en la guerra». Los «templos del señor se ven nuevamente enaltecidos en la guerra... La guerra ha hecho renacer una vida radiante en las sacras naves». «Lo que ni la palabra sacerdotal ni el tañido de la campana consiguen en la paz, estremecer los corazones, lo logra la voz de Dios en el tempestuoso huracán de la guerra», comunica el capellán castrense Poertner «desde el escenario de batalla» a la católica *Hochland*. «En multitud acuden a la casa de Dios... Cuando, durante esos oficios divinos, veo la profunda emoción religiosa de los corazones varoniles pienso: Oh guerra sagrada...». «De hijos mundanos olvidados de Dios, la guerra ha hecho hijos de Dios que buscan su ayuda», escriben otros clérigos. Ha restablecido «la castidad alemana con la boca de los cañones». «Todo el país se transformó en casa de Dios» exulta el jesuita Zimmermann en su obra «La Guerra, heraldo de la fe». «Se expenden los sacramentos en las estaciones, en los cuarteles, en las hospederías, bajo los árboles, entre matojos... La vida religiosa florece entre nuestras tropas del modo más bello». «Dios con nosotros». Esta exclamación se ha convertido de hecho en «fórmula y divisa del alto mando militar alemán» asegura el jesuita Lippert, quien también ensalza «los espléndidos comienzos de la guerra... como frutos debidos en no pequeña parte» al catolicismo alemán, como resultado de una «acción sacerdotal indeciblemente esforzada» a lo largo de muchos años, que «mantuvo a nuestro pueblo espiritualmente lozano y corporalmente sano».

¿Quién puede admirarse, confiesa un religioso, refiriéndose por lo demás a algo bien evidente, «de que precisamente nuestra Madre Iglesia salude desde lo profundo de su corazón esta gran y férrea escoba?».

Y mientras su maestro y señor, el papa, clamaba por la paz, el clero exhortaba con toda seriedad a los cristianos a sentirse felices de poder vivir «esa gran época», «educadora de hombres», «cultivadora de almas», «de las más nobles virtudes», «guía hacia Dios», «aya severa camino de Cristo», una época en que «toda carne ha visto la salud de Dios», la «época más grandiosa de Alemania», «época sacra», «época de gracia», «época de proximidad de Dios», «el día hecho por Dios», la «guerra que complace a Dios», «La fuerza del Señor y de Hindenburg», a quien la guerra, según propia confesión, sentaba como un baño termal. Sacerdotes y soldados... Sí, una masacre que costó diez millones de vidas humanas, diez millones de heridos y lisiados, millones de afectados por el hambre, era ahora enaltecida por los sacerdotes católicos como «hora de elevar preces por una nueva época», «lucha por Dios y por nuestro pueblo, por la humanidad y por el cristianismo», «verdadero sacramento», «guerra del Señor», un «espectáculo conmovedor para ángeles y hombres». Como verdadera «primavera de la pueblos», «impetuoso huracán pentecostal», «poderosa misión entre los pueblos conducida ahora por la mano misma de Dios nuestro Señor», una «altura liberadora y entusiástica de la conciencia moral». Como revelación divina a través «del trueno de los cañones, la sangre y el hierro», como «guerra de Dios», «santa guerra de Dios», «restauración del reino de Dios», estremecedor «Juicio de Dios, y por cierto, visiblemente, en favor de Alemania», «nupcias de la nación triunfante con su Dios», «glorificación del Padre», «Apología de Jesucristo», «recreación del Espíritu Santo» o como quiera que recen otras impudicias semejantes de la elocuencia sacra, que acucian a pensar en la sentencia de Nietzsche: «No hay razones para responder al sacerdote. La respuesta es el presidio»^[65].

Y no fueron, en modo alguno, los clérigos de bajo rango los únicos que se dejaron arrebatar hasta tales florituras estilísticas: los siervos son generalmente puro eco de sus amos. Aquella época de general degollina se le transfiguraba al obispo de Augsburgo en auténticos días de misión, en días de «sacros ejercicios». Y el pastor supremo de Rottenburgo, que tiempo ha, hallaba ya la cultura del siglo «podrida» y necesitada de «urgente rejuvenecimiento», que había exigido una «política de saneamiento y limpieza de las librerías»: «expulsad allende las fronteras a literatos, artistas...», veía ahora florecer no el arte «degenerado» sino el arte de la guerra, veía «renacida en el pueblo alemán la antigua fuerza heroica» y todo en medio de un «entusiasmo desbordante». La «lucha por el imperio alemán» se transformó para él en «lucha por el imperio de Dios».

El obispo de Spira y preboste de campaña, M. von Faulhaber, manifestó ser un intérprete especialmente tocado por la gracia frente a aquella orgía de sangre. Más tarde fue asimismo partidario entusiasta de Hitler.

El otrora profesor de Historia Sagrada de Estrasburgo sabía que en los salmos mesiánicos de la antigua alianza «el mensajero de la salvación (!) se revestía frecuentemente con el atuendo de un general victorioso» que «asciende con resplandecientes armas al carro de la victoria y lanza sus agudas flechas al corazón de sus enemigos». Y el Nuevo Testamento, nos tranquiliza Faulhaber, «anunció ya, con amplia

mirada profética, horrorosas batallas entre las naciones, tanto más sangrientas cuanto más tardías». Afirma, incluso, que «El mismo Cristo aparece en uniforme de combatiente», si bien, lamentablemente, sólo «hablando en parábola». Y sólo de esta manera, lamentablemente, pone el evangelio, «el cuádruple libro santo», «la impronta de su aquiescencia al placer marcial de la guerra».

Según esas artes exegéticas, Faulhaber puede recoger el «fruto de la cosecha de la guerra en los graneros del evangelio» y por una parte calificar al ateísmo como «el gran derrotado en esta guerra» por «haber perdido en ella su crédito» y considerar, por otra parte, la hasta entonces mayor masacre de la humanidad como «clamor que nos sacude de la embriaguez de tango de los últimos años de paz», como «guerra santa de las naciones», «forja de campanas del futuro alemán», «reja de arado en la mano de Dios».

Es más, el prelado Faulhaber, que gustaba de narrar edificantes historietas de combatientes heridos, tullidos, apiolados —¡sí, y con gran fruición por su parte!— no sólo pergeña *El arte militar alemán ora*, sino que hasta tiene la desvergüenza de glorificar «los cañones de la guerra» como «heraldos del clamor de la gracia» y comparar la guerra con «la aparición del Señor entre las zarzas, que nos enseña a quitarnos el calzado en señal de reverencia ante lo sagrado» (Ex. 3,4). «Si los muertos de esta guerra se hubiesen quedado en casa, supongamos que por desprecio (!) del militarismo, no nos veríamos hoy ante el triunfo del orden moral (!) del mundo, sino ante el triunfo de la moral del diablo. En ese caso... la idea de estado francesa, hostil a Dios, hubiese extendido impunemente sus estragos por el mundo. ¡De este modo, en cambio, nuestros soldados mueren como custodios y vindicadores del orden divino del mundo!»

El mismo adulator que fue bajo Hitler, lo era ya el obispo Faulhaber bajo Guillermo II, a quien cantaba como «robusto vástago de pura estirpe alemana», como «férrea figura augusta con áurea conciencia de soberano», «encarnación mayestática del noble talante militar», a quien saludaba como «cabal discípulo del crucificado», «con reverente fidelidad» pues, «la profesión de fe hecha de por vida y en pro de los derechos de la corona del emperador es imitación de Cristo». «Las palabras de Tomás, “vayamos y muramos con él” (Jn 11,16), es la jura de bandera más bella» y el «mayestático “dar al César lo que es del César” es la perpetua directriz de la conciencia cívica, también antes de la marcha sacrificial a los campos de la muerte». Ante el monarca de Múnich este sacerdote ejecuta asimismo su reverencia: «También nuestra vieja fidelidad bávara resulta nuevamente templada en el fuego. Cómo refulgían sus ojos cuando, en misa de campaña, les hablaba de su rey Luis III, a quien aman con firme fidelidad». Y también a su majestad de Viena rinde tributo el prebostazo notificando al mundo cómo dos tirolesees mortalmente heridos por una granada la diñaron profesando así: «moriremos gustosos por nuestro padre, el emperador de Viena».

«¡Oh dichosa muerte heroica, la del buen soldado católico!», decía exultando también por su parte el obispo Bertram, más tarde cardenal primado de Alemania, sin omitir las palabras de San Pablo: «espectáculo somos, del mundo, de los ángeles y de los hombres» refiriéndolas a estos «buenos soldados» que morían, en verdad, horrorosamente acribillados, traspasados a bayoneta, asfixiados, aplastados, quemados, ahogados y gaseados. ¡Pero ni un solo obispo católico, por más que cantasen las glorias de la muerte del

soldado, murió entonces, pese a las excelentes oportunidades disponibles, en el campo de batalla! ¡Como tampoco en la II Guerra Mundial o durante la larga guerra del Vietnam! Incluso el católico Kühner escribe refiriéndose a la criminal colaboración sacerdotal en la I G. M. «que ninguno de estos religiosos incurrió en el más mínimo riesgo personal, limitándose siempre a prestar su ayuda azuzando a la masa hacia la muerte». El «papa de la paz» Benedicto XV, sin embargo, convirtió al preboste de campaña Faulhaber, ya durante la guerra, en arzobispo de Múnich y apenas tres años después en cardenal. Puede que no lo hiciera a causa de sus discursos incendiarios, pero sí, cuando menos, pese ellos, pese a que fuera capaz de justificar la prolongación de la mortandad: «la humildad popular prospera más en una larga guerra que en una breve victoria».

Bien mirada, la guerra resultó también provechosa para la Iglesia en más de un sentido, ¡cómo explicar, si no, su fanático apoyo? La degollina general fomentó su tendencia universalista, su «revolución mundial» por así decir. Pues los combatientes asesinan no sólo por Alemania, sino también por la *Catholica*. A saber, mediante la guerra —asegura el predicador— gana «en catolicidad, en extensión», de forma que los soldados no tan sólo «luchan por nuestra querida patria alemana... sino asimismo por la Iglesia de Cristo» o como escribe otro, por el nuevo florecimiento del «Reino de Dios» «Y no hay sacrificio suficientemente grande en vidas humanas, en felicidad y en bienes» pagado por esa renovación. Hasta la fiesta del Corpus ha de «estar ahora en consonancia con la guerra, y ser movilización de tropas de la iglesia militante en apoyo de los ejércitos combatientes». Y también el capuchino G. Koch puede decir en tono de efectiva exultación: «¿Qué importancia tiene una procesión de Corpus frente a los despliegues en los frentes, qué representan todos los repiques de campanas y los órganos de misa mayor comparados con el trueno de los cañones y el estampido de los morteros?».

La guerra se convierte ahora cabalmente en el auténtico oficio divino, gracias, naturalmente, a la iglesia católica. «Ella santifica la guerra e invierte en ella las fuerzas de la gracia» enseña el obispo Keppler. Todo ello está en estrecha relación:

«Se reza mucho y se lucha bien... Pero así como los combatientes no deben cejar en su lucha (sic!), pues en otro caso serían cuestionados los éxitos anteriores, tampoco nosotros podemos desmayar en los rezos». La guerra se torna ahora en «oficio solemne sacrificial», el campo de batalla en «tierra santa», el tronar de los cañones se asimila al ronco sonido de las campanas, la iglesia a una estación radiotelegráfica, a un lazareto, a un cobijo colectivo, a una fortaleza. Las preces de la iglesia se tornan «ráfagas de fuego que vierten las ametralladoras con velocidad e intensidad inauditas en su área de dispersión, con efectividad máxima». Se habla de «movilización» de las almas, de la «ametralladora que son tus palabras», del «fulminante del auténtico amor de dios y al prójimo», del «estado mayor de la divina providencia». El zumbido de las balas es sentido como «canto de la misa», el «fuego de la batalla» como segundo bautizo, la guerra misma como tal está «en concordancia con la santa voluntad de Dios». Jesús, «espíritu heroico», es «el secundante bélico más potente»; Dios mismo es el «supremo señor de la guerra», el «conmilitón», «el gran aliado celeste» que, incluso en las profundidades del mar, «garantiza a los submarinos alemanes su puntería». «Dios dirige la guerra», titula un católico su sermón, sí, «Dios, el Señor, dirige la guerra desde el principio hasta el final». El «pisa la uva de sus lagares». Sus

ángeles conocen la trayectoria de las balas, de las granadas y los soldados deben rezarles para salvarse cuando oigan aproximarse el zumbido de los proyectiles: «¡de mano de los ángeles, hacia la victoria a través de la lucha!». Pero tampoco en la retaguardia hay nada ante lo que se sienta miedo, estando «con Dios».

El domingo de la Sagrada Familia un sacerdote católico expresó su «preocupación por los prisioneros de guerra»:

«Si incurrimos en peligro a causa de los enemigos o si éstos no resarcen por el costo de la guerra, es legítimo matar a los prisioneros según el derecho internacional»^[66].

Admitamos que ésa sea una voz en solitario. Con todo, nadie ha ideologizado la persistente degollina como lo hizo el clero con su reiterada vinculación entre la fe y la lucha, el cristianismo y la guerra, revistiendo la masacre con los ditirambos de la consagración más excelsa, del esplendor metafísico más sublime.

Los predicadores ensalzaron la horrorosa época de mortandad masiva incluso como triunfo de las madres alemanas y se vanagloriaron de que gracias a su lucha contra el descenso de la natalidad habían creado derechamente los requisitos previos a la guerra, a saber posibilitando «que la patria contase con reservas poco menos que inagotables de soldados», algo por lo que «Alemania debería estar perpetuamente agradecida a la Iglesia Católica»; timbre de gloria que también expresaban mediante una cínica perífrasis: «Ahora, la guerra restalla su látigo... y conjura el horrible espectro de la superpoblación». Pues con el mismo fanatismo con el que protegen la vida que germina, la entregan luego, ya nacida y desarrollada, al genocidio, ¡como si su papel fuese acumular carne de cañón en los vientres femeninos! Las mujeres «cristianas», sobre todo de la nobleza, de la burguesía —y no se quedaban atrás las de los círculos obreros— se enorgullecían de haber perdido enseguida varios de sus hijos en los campos de batalla. Esa mentalidad era, sin duda, «componente de la conciencia eclesiástica».

Nadie sino el clero comenzó a «profundizar metafísicamente» en la masacre, estrujando literalmente, y eso en cumplimiento de la voluntad de Dios, hasta las últimas energías de sus dóciles instrumentos. «Sólo la religión puede dar al patriotismo fundamento firme y unción sagrada», se jactaban los sacerdotes. «Sólo un buen cristiano puede ser un buen soldado» porque el soldado «reconoce la llamada de Dios en la llamada del rey y el servicio a Dios en el servicio en el frente». El prólogo a un «Breviario de oraciones para nuestros combatientes» comienza así: «¡combatientes católicos! Este breviario... quiere persuadirlos especialmente a que consideréis el servicio en el frente como servicio a Dios». El primer capítulo tiene sin más por título: «Servicio en el frente-servicio a Dios». Más abajo se espolea a todos a obedecer a sus dirigentes como a Dios mismo: «Vosotros, subordinados, obedeced a vuestros superiores con sencillez de corazón, como hizo Cristo. No con servil ostentación, para agradar, sino como siervos de Cristo, cumpliendo de corazón con la voluntad de Dios. Servid de buena voluntad, no a los hombres, sino al Señor» ¡De este modo la orden de cualquier suboficial u oficial se convertía en mandato de Dios! «Mientras que comúnmente se dice “ora et labora”» en un folleto titulado «rosario de la guerra santa» el celo exige que «en adelante» se diga: «ora et pugna» y ensalza «a aquellas fuerzas sobrenaturales, a armas más cortantes que las de los contendientes... Pues únicamente el

sentido del deber basado en suelo firme, religioso, en la confianza en Dios, hace prosperar el desprecio a la muerte, fundamento último de todo éxito militar».

De hecho era justamente la fe religiosa, la prestidigitación clerical, inculcada desde la infancia a las víctimas de las degollinas, la que, por encima de cualquier otra cosa, hacía soportar la muerte, la mortificación, el despedazamiento. Bajo el título de «La buena disposición para morir» se enseñaba a aquella embobada carne de cañón a rezar; «Señor y Dios mío, si es voluntad y mandato tuyo el que yo muera, lo acepto gustosamente en mi corazón» (!) «Morir me es forzoso, como a todos los hombres y por ello no conozco momento mejor que el que tú mismo dispongas y señales». «Quiero esperar la muerte con alegría». «Si ésta ha de ser mi última hora, en la que he de verte para mi eterna dicha, mi corazón lo acepta gustoso». «Si te place que yo muera, bendito seas».

Según el jesuita Chr. Pesch «Todos los teólogos coincidirán en que la muerte por la patria, en sentido cristiano... es un acto de heroica virtud que, en un sentido amplio e impropio, puede calificarse de martirio cristiano. Quien muere porque no quiere vulnerar el deber de fidelidad frente a la patria y la jura de bandera que Dios le impuso, tiene realmente el talante de un mártir y puede ser partícipe ante Dios de toda la gloria y merecimiento de un mártir».

«La sólida cimentación del ánimo en un mundo superior» —adoctrina el teólogo moral y antiguo rector de la universidad de Münster, J. Mausbach, más tarde «protononario apostólico»— «... la seguridad de la corona celeste del vencedor, la palabra del Señor, de que quien pierde su vida, en verdad la halla, todo ello debería suscitar en la cristiandad aquel genuino menosprecio de la vida origen del auténtico y moral desprecio de la muerte». «Acogemos con entusiasmo las noticias procedentes del frente» —declara otro católico de especial prominencia, el pallotino y fundador del influyente «Movimiento Schonstatt»^[67]. J. Kentenich. «Envidiamos a quienes salen al combate, para poder derramar su sangre por el suelo patrio. Es justo que así sea. El amor a la patria es una excelsa virtud y la muerte por la patria es la más gloriosa y meritoria después del martirio. ¡Arde, llama sagrada!, ¡arde y no te extingas nunca, por el bien de la patria!»

¿Cuál era la realidad de esta «sagrada llama» de este heroísmo? He aquí la opinión del moralista católico J. Ude, caso absolutamente único desde luego que, por causa de su combativo pacifismo, fue sometido a graves sanciones disciplinarias entre ambas guerras, además de ser víctima de persecución policial, con lo que, llegado el caso, podrá oportunamente servir de coartada a su iglesia: «A la intemperie, sobre el fango, revuelto por los impactos, de los campos sacrificiales, (¡por lo común sólo se “sacrifica” al ganado!) yacen amontonados en verdaderas montañas los cuerpos destrozados y desgarrados de los “héroes” caídos. Cientos de miles, millones incluso, se desangraron y lanzaron sus últimos estertores entre horribles dolores, a uno y otro lado del frente, a solas y abandonados, destrozados, envueltos en tierra, mutilados, gaseados. Si todo iba bien eran arrojados en fosas comunes y enterrados como carroña. Otros cientos de miles, millones, de estos “héroes” se pudren insepultos y el hedor de la putrefacción apesta el aire. Otros cientos y cientos de miles de estos “héroes” yacen en el fondo de los mares o fueron pasto de los peces. Otros cientos y cientos de miles de estos “héroes” murieron de hambre, frío o bien en los campos de prisioneros, lejos de la patria, de sus seres queridos...

Otros cientos y cientos de miles de estos “héroes” tan enaltecidos regresaron por su parte a casa miserablemente tullidos, como ruinas horrorosamente laceradas, sin mano, sin pie, muchos de ellos ciegos, con la mandíbula astillada, achacosos y enfermos para toda la vida, testigos vivos “del glorioso triunfo en la batalla”. Otros de estos “héroes” por su parte, contrajeron en campaña la horrible sífilis o la gonorrea en los burdeles establecidos por el alto generalato, contagiando en casa a su mujer y a sus hijos»^[68].

La realidad era eso. Ésos fueron los hechos. Todos los que participaron en la guerra lo saben. Con todo, los sacerdotes católicos mentían una y otra vez a las víctimas de las batallas y a las familias en la retaguardia: «La fe es la mejor y más acreditada escuela de héroes..., de la que han surgido muchos millones de mártires». «¡La muerte del combatiente no es una muerte! Le rodea el halo resplandeciente del Tabor, halo de inmortalidad y vida eterna». «La muerte en los campos de Marte refulge con un resplandor de extraña belleza y dignidad, de unción y grandeza... rodeada por el radiante nimbo de la santidad».

Y los embaucados confiesan ellos mismos en su trance de angustia y de muerte: «El santo Dios sabe para qué es bueno esto». «Allí arriba cesa todo dolor, todo irá mejor». «Allí arriba veré de nuevo a mis parientes». «El cielo bien se merece esto». «El campo de batalla nos ha hecho comprender cuánto vale la fe. Es como si se me hubieran caído unas escamas de los ojos. Ahora rezo mucho». «El cañoneo era horroroso. Estábamos sentados, hacinados en la trinchera; de manera automática cogimos el rosario y rezamos juntos. Ahora es cuando comprendo la sentencia: la necesidad enseña a rezar».

Los sacramentos, los «medios de la gracia» eclesiásticos se tornan, especialmente, en recursos primordiales de la fuerza de resistencia de los genocidas y del pueblo. El papel principal corresponde en ello a la «comunión de guerra», «el pan sobrenatural del santísimo sacramento del altar», un «sedante» extraordinariamente adecuado para soportar el peligro de muerte, una «escuela militar del espíritu abnegado del soldado», «un acto patriótico del más alto rango». Esto que convierte a los combatientes en héroes, les lleva a realizar «actos de martirio» y «participa» —como se dice en tono más bien frío— en los «éxitos de esta sangrienta guerra».

Otro cura castrense nos hace partícipes de las confesiones de los soldados: «Cuando se me hace muy duro, pienso en el Salvador crucificado. Así, la calma y la paz retornan en mi ánimo». «Hoy, por primera vez después que me diesen de alta en el lazareto, he vuelto a oír misa de campaña. Ahora me siento de nuevo mejor» «Poco después de ser herido recibí la sagrada comunión. Los dolores se me hicieron después más llevaderos». «Denme, sí, la santa comunión para que pueda soportarlo», me imploraba un herido grave, y un pobre soldado, que había perdido ambos ojos, opinaba tras mis palabras de consuelo: «dentro, en el alma no hay tinieblas, allí todo es claro y luminoso. Hoy he recibido al Señor».

Más de un soldado y oficial nos ha dicho a los sacerdotes después de la confesión: «Ahora ya estoy listo. Venga lo que tenga que venir». «Mi conciencia está ahora limpia. Ahora nada me da miedo». «Ahora he aclarado las cosas con mi Dios. Ahora puedo volver tranquilo al frente». «Me he reconciliado con Dios. Ahora puedo estar tranquilo en la operación. Ya no temo a la muerte».

El prelado Mausbach observa admirado, a cientos de Kilómetros de la línea de tiro, «cómo nuestros valientes soldados avanzan hacia la muerte con ánimo tan sereno y tanto coraje desde el altar del Señor».

Y el capellán castrense Poertner recuerda ya en 1914, en el frente del Este: «Cuántos de aquellos que se arrodillaron ante mí, están ya hoy en el más allá. Sus cuerpos, sin embargo, yacen en tumbas de soldados, junto a Hohenstein, donde en una lucha de cinco días necesitaron ciertamente de la fuerza divina contenida en la sagrada comunión...»

¿Y quién no consiguió estar con el cuerpo en Hohenstein y el resto en el más allá por estar herido? ¡Oh, ese pudo recibir un consuelo auténtico y edificantemente cristiano. En el pequeño volumen «*El héroe sangrante*» (1914) podía leer:

«Bajo la emoción embriagadora de los asaltos y las victorias nunca habrías vuelto a ti mismo ni al arrepentimiento. Lo que necesitabas era esa herida. Ahora lo comprendes todo, ¿no es verdad? (!) Tu permanencia en el lazareto será la época más bendita de tu vida» «Dios puede haberte privado de la salud de tu cuerpo, de sus miembros, por mil razones amorosas diferentes, derivadas de su sabiduría y su bondad». «Aquellos de entre sus elegidos que gozan de su especial predilección y a quienes desea entregar una corona especialmente bella, a éstos los aflige más que a los demás» Pues «el corazón del cristiano camina sobre rosas, cuando está de lleno bajo la cruz». Es más, se sugiere al herido que está sintiendo «la dicha del sufrimiento» que no desee «sacrificar y perder su miserable situación», sino que «esté más bien dispuesto a sufrir pacientemente tribulaciones aún mayores por el Señor». Más aún: «¡... aunque pudieras recuperar la plena salud y obtener por añadidura todos los bienes y gozos terrenales, si fuese bajo peligro de tu salvación eterna: nunca jamás quieras cambiar tu herencia celeste por un plato de lentejas! ¡Es mil veces mejor entrar en la vida (!) cojo, mutilado o ciego que tener dos pies, dos manos y dos ojos, el mismo mundo, y ser arrojado al fuego eterno!».

Ni siquiera el que tenga que vegetar miserablemente a lo largo de su vida tiene por qué desesperarse. Pues, le tranquiliza el teólogo Mohr con la «aprobación de su eminencia el arzobispo de Freiburg»: «Dios aprieta pero no ahoga. Su consejo llega más lejos que el tuyo. Él es el auxiliador inesperado que pone remedio a todo aprieto. Él repasa toda desdicha colmando sobradamente nuestras propias esperanzas». Y en prosa, pero no exenta de cierto lirismo: «Tullido o ciego, El te llevará por la vida tan ligero como un pajarillo del bosque a través del invierno nevado y escaso de alimentos».

Pese a la nota poética, la promesa queda algo indeterminada. El jesuita Noppel ofrece cosas más concretas: «Quien haya perdido la luz de sus ojos, hallará en cualquier organización de ciegos moderna una buena y esmerada formación profesional. Quien haya quedado sordo, puede aprender cualquier oficio... La parálisis total apenas se da. Los pacientes de esta clase no pueden hallar empleo. Soportando pacientemente su dolencia pueden dar un buen ejemplo a quienes les rodean... Inválidos con un solo brazo son generalmente buenos caminantes. Se les puede proporcionar un brazo artificial y capacitar para... La pérdida de ambas piernas es algo infrecuente entre los inválidos de guerra que salvaron su vida. En todo caso les quedan muñones apropiados para piernas artificiales...».

El historiador jesuita Duhr, autor de numerosos tratados para insuflar aliento en la I Guerra Mundial, tales como *Por la victoria, adelante*, («¡Camaradas! Tenemos que

vencer...») afirma en su breviario de campaña: «Mediante este juramento, tu servicio militar y de campaña se torna de modo especial servicio a Dios». Y en el tono de los sermones de campaña Duhr llega a la conclusión: «Así pues, podemos legítimamente hacer la guerra. Es más, tenemos que hacerla. Se trata del ser o no ser de nuestra patria». «Ésta es la guerra que place al Señor. Ésta es la sangre que el Señor cuenta gota a gota en el cielo».

Pero era la casi totalidad del clero católico la que agitaba de modo tan criminal como los jesuitas. Lo demuestra por sí sólo la miscelánea *Tiempos de bronce, con imprimatur* del 1 de junio de 1917. Figuran en ella los cardenales Bertram, Schulte y Faulhaber, que nos saldrán frecuentemente al paso en la época nazi. Aparte de ellos figuran otros 20 obispos alemanes y austríacos, 21 prelados y otros muchos autores. «En esta guerra, por lo tanto —escribe el autor de la edición, el capitular, J. Leicht— el patrón angelical del pueblo alemán, S, Miguel, elevará con nosotros el grito de guerra hacia Dios y luchará al frente de nuestros soldados...»

Ya mostré detalladamente en otro lugar cómo la tropa de vanguardia del Vaticano, los jesuitas, glorificaban la guerra, una guerra, insistimos, que causó 10 millones de muertos, millones de tullidos, y el hambre de otros millones, cuyos «grandiosos éxitos iniciales» atribuían en buena parte a la «indecidiblemente esforzada labor pastoral de los sacerdotes». Hasta la misma muerte del soldado que dejaba el pellejo en el más desolado abandono por los intereses de algunos ricachos y supergángsteres les parecía «consoladora y bella» a los «compañeros de aquel Jesús» —ellos escribían a gran distancia de la línea de tiro— las «hipérboles retóricas» de cuyo sermón de la montaña reducían, ellos a la «justa medida» pues como ironiza Brecht:

El soldado ya huele a putrefacto
Por ello acude un cura que en el acto
Vierte sobre él de incienso un buen bidón
Y así perfuma su putrefacción^[69].

Mirando al otro bando, el comportamiento del clero francés tampoco dejaba nada que desear, mientras el papa lanzaba sus manidas apelaciones a la paz. Conspicuos representantes del clero francés enaltecían la guerra como cruzada al servicio de la iglesia, dirigida contra la Prusia pagana y luterana. Francia movilizó en esta guerra a 25.000 sacerdotes, religiosos y seminaristas, de los que cayeron 4.806. Según nos sigue encareciendo el jesuita P. Blet, cumplieron su «servicio militar con entusiasmo». Los matarifes propios se le transfiguraban en «soldados de Cristo y María», la trinchera en «Gruta de Getsemaní», el campo de batalla en «Golgotha», el momento de la degollina en «instantes de divinidad». «¡Viva Cristo, que ama a los franceses!».

Desde el púlpito de Notre-Dame, el dominico Sertillanges fulminó, con la aprobación del arzobispo-cardenal, su «no» rotundo al vaniloquio pacifista del papa Benedicto, cuyo propio clero era el último en tomarlo en serlo. Sertillanges se remitía expresamente al «hijo rebelde del evangelio». «Somos hijos que dicen ¡no!, ¡no!...» Hasta los monjes desterrados se apresuraron a volver para atender a la orden de movilización y el ministro del interior,

Malvy, salvó para ello el patrimonio de las órdenes que no había sido aún hecho líquido (según la ley de 1905). No es casual que la famosa academia de Sant Cyr recibiese el mote de «*la Jesuitiere*». Sacerdotes y soldados...

Una miscelánea aparecida en abril de 1915, «*La Guerre Allemande et le Catholicisme*» editado entre otros por dos cardenales y nueve obispos de Francia y avalada por una introducción del cardenal y arzobispo de París, Amette, fustigaba especialmente las atrocidades de las tropas alemanas y sus vejaciones a las iglesias francesas. En realidad esas atrocidades se fabricaban, desde el comienzo de la guerra en la *Maison de la Presse* de París, Rué François Premier. Un periodista francés informa posteriormente al respecto: «Desde los subterráneos hasta el quinto piso, recubierto de un techo acristalado, constituía toda la materialización de una compacta propaganda. En los subterráneos estaban las máquinas necesarias para la impresión y la copia. Bajo el techo de cristal trabajaba la sección fotoquimiográfica. Su principal trabajo consistía en la composición de fotografías y en la talla de figuras de madera arrancadas o lenguas arrancadas, con ojos saltados a cuchillo, cabezas hendidas y cerebros al descubierto. Las fotografías así montadas se enviaban a todo el mundo como prueba irrefutable de las atrocidades alemanas, prueba que no dejaba de causar el impacto deseado. En las mismas habitaciones se fabricaban también fotografías falsas de iglesias francesas y belgas bombardeadas, de tumbas y monumentos profanados y de escenarios de la destrucción y la devastación. La composición y pintura de estas escenas corrió a cargo de los mejores pintores de bastidores de la opera parisina... La Maison de la Presse era como un infatigable geysir que vomitaba incesantemente falsos informes de guerra e infundios sobre el frente y las avanzadas, las calumnias más graves, groseras y abyectas acerca de los enemigos, los más pasmosos embustes acerca de las abominaciones que se les atribuían...».

Ya en el período del escándalo Dreyfuss, una de las más inicuas historias calumniosas de la preguerra y cuya puesta al descubierto mermó considerablemente el prestigio del ejército y generó tras de sí ideas de revancha, la derecha católica militante y la derecha militar habían colaborado en la falsificación de material aparentemente inculpatario contra el capitán Dreyfuss. El católico F. Heer comenta así la mendaz propaganda clero-militar: «La consigna era: “el ejército no puede mentir” así como la iglesia tampoco miente... y si ambos mienten ello sucederá en aras de un pío propósito. Una tradición de al menos milenio y medio de mentiras en la práctica de la “pía mentira” y las campañas de falsificación y calumnia de los católicos integristas de Italia, Francia y Europa Occidental desde el 1871 hasta el 1914 constituían la base de esta propaganda difamatoria, el arma más venenosa de la guerra fría hasta nuestros días: arma mucho más refinada desde el año 1914...». En 1930, A. Ponsonby, miembro de la cámara de los comunes, trae a la memoria: «La delirante campaña de captación desatada por el clero a través de la propaganda de guerra causó tal impresión en el pueblo, que hace superfluo cualquier comentario al respecto».

Formaban parte de los clichés de propaganda franceses e ingleses cosas como «la enfermera mutilada», «el bebé belga sin manos», «el canadiense crucificado», «la fábrica de los cadáveres» (un tópico que imputaba a los alemanes el obtener estearina y aceite, munición, así como piensos para cerdos y gallinas a partir de los cadáveres de sus propios

caídos). De este terreno de la «pía» falsificación nacieron también las «pías» oraciones antialemanas: «Ten piedad, sagrado corazón de Jesús, de los habitantes de territorios invadidos, a quienes el bárbaro humilla, mata y quema. Ten piedad del niño, del anciano, de la mujer, del herido, a quien el enemigo mutila y abandona finalmente a la muerte. Del sacerdote, del monje, de la monja, a quienes el alemán fusila».

Presidentes del «Comité Católico de Propaganda Francesa» eran —había comités análogos de protestantes y judíos franceses— el arzobispo de Reims, cardenal Luçon, y el arzobispo de París, cardenal Amette. Jefe de todo ese «trabajo» no era ningún otro sino el sumamente prestigioso rector de la Universidad Católica, monseñor A. Baudrillart, quien, ya en 1914, había calificado a la guerra de «feliz evento» por él largamente esperado, afirmando que Francia «no podía recuperarse de otro modo que a través de una guerra que la limpie y la una». Y así como los sacerdotes alemanes encarecían que «Nuestra guerra es justa. Por Dios que si alguna guerra justa ha habido en la historia, ésta es la nuestra», Baudrillart, en un *Panfleto* escrito ya en 1914, echaba toda la culpa de la guerra a las potencias centrales en exclusiva y glorificaba a la Entente como paladín de la humanidad y el cristianismo.

Al igual que Baudrillart, que pronto fue nombrado cardenal-arzobispo de París en pago a sus méritos, el clero francés, en su casi totalidad, y de modo especial el alto clero, hacía propaganda en pro de la II Guerra Mundial. El arzobispo de Cambrai escribió en una carta pastoral: «Los soldados franceses tienen una sensación más o menos clara, pero firme y arraigada, de ser los soldados de Cristo y María, los defensores de la fe y de que morir como francés es morir como cristiano». Y el arzobispo de Burdeos vitoreaba la guerra como a «un mensajero enviado por Dios con el propósito del renacimiento religioso, moral y social».

El costo nada despreciable de ese renacimiento ascendió a 1.3 millones de caídos, así como 750.000 tullidos, por no hablar de las horribles destrucciones en el norte y este de Francia (362).^[70]

El «fulgor de las estrellas de la fe» entusiásticamente elogiado a comienzos de la guerra, se extinguió, por lo demás, rápidamente. Y en 1915, los soldados alemanes estaban hastiados del pathos heroico de los sermones pronunciados en los templos patrios. Y también en los otros países beligerantes retornó la indiferencia después de un breve reavivamiento de la piedad externa por causa del miedo a la muerte. No había propaganda capaz de transfigurar por mucho tiempo la realidad de los campos de batalla. Y aunque fuese justamente el clero de las potencias centrales el que, año tras año, anunciaba el «triunfo de la verdad sobre la mentira» el «triunfo del reino de Dios sobre las tinieblas» delirando acerca de una «lucha» en la que «lo mejor y lo más sano quiere prevalecer sobre lo mórbido y podrido», acerca del testimonio del espíritu y la fuerza del cristianismo, testimonio «que consiguió proporcionar en grado superlativo la alianza germano-austríaca», los tonos se fueron haciendo más apagados sin renunciar, desde luego, a las consignas de resistir a ultranza.

Todavía en noviembre de 1917, en la fiesta de Todos los Santos, los 27 arzobispos y obispos alemanes espoleaban a proseguir la guerra a través de una carta pastoral y enfatizaban su respaldo, como un solo hombre, al trono y al altar, a «nuestros soberanos por la gracia de Dios». Hablaban de su «fidelidad inquebrantable y de su entrega

abnegada», hacían votos de «repudiar todo cuanto pueda derivar en ataque a la casa imperial y a nuestra constitución monárquica».

Veinte, veinticinco años más tarde harían análogamente votos de fidelidad en pro de la Alemania nazi. Y al igual que exigirían de Hitler ventajas y poder para su iglesia, ahora hacían otro tanto bajo el emperador y los príncipes: «escuelas católicas para niños católicos», «libertad e independencia... para la Caritas católica», «más libertad para nuestras órdenes religiosas» etc. En contrapartida estaban ya dispuestos, al igual que más tarde bajo Hitler, a mandar a la degollina a otros centenares de miles. Con todo, el catálogo semestral de Hinrich contiene tan solo un sermón de guerra y dos prédicas de campaña para la segunda mitad de 1917.

Resultado de los esfuerzos conjuntos del estado y la iglesia: Alemania tuvo 1.950.000 caídos (en 1870/71 «sólo» 41.210). Austria-Hungría 1.047.000. Además de ello, en los dos últimos años de guerra más de un millón de personas civiles murieron de hambre entre Alemania y Austria. Turquía tuvo 325.000 muertos, Bulgaria 49.000. Del bando enemigo cayeron 1.700.000 rusos, 1.457.000 franceses, 1.010.000 ingleses, 533.000 italianos, 322.000 serbios, 158.000 rumanos, 42.000 belgas, 10.000 griegos y 114.000 americanos.

Sin embargo, cuando la guerra ya estaba perdida, la clericalla alemana, imperturbable vencedora, durante largos años, de la mano de Dios Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no se vio en excesivos apuros. Se limitó a constatar: «La causa justa ha sucumbido. La mentira ha triunfado» o bien: «¿qué es lo que ha fallado? La vitalidad y consecuencia de nuestras convicciones religiosas». Y el mismo jesuita que con lengua digna de Goebbels proclamaba el terror total y guerra como cruzada y oficio divino glorificando la muerte de los soldados escribía ahora gélidamente: «... habéis errado, habéis puesto vuestro deber de soldados y ciudadanos al servicio de fantasmas que se os presentaron con engañosa simulación». Una verborrea parecida embaucó a los alemanes después de 1945. El jesuita M. Pribilla que, después de la toma del poder por los nazis, enriqueció la revista de los jesuitas con un vibrante artículo acerca de la «revolución nacional» explicó en el primer número de postguerra de esa misma publicación que el nazismo era una consecuencia de «la falta de carácter de los alemanes», mencionando la culpa de su «dirección intelectual —se olvidaba, desde luego, de la dirección espiritual— que por insensatez, egoísmo y cobardía habían concluido una turbia paz con el partido».

O bien predicaban, como hizo el franciscano H. Schwanitz en el verano de 1919 a raíz de la popular fiesta de San Roque de Bingen, a saber: «Dios lo ha dispuesto todo bien. Si hubiéramos ganado la guerra y nuestros ejércitos hubieran retornado como vencedores a la patria, cada batallón, cada regimiento y cada compañía hubiese celebrado su fiesta. Se habrían celebrado todos los días en que recayesen las grandes batallas y se habían intensificado la impureza, el desenfreno y el afán de diversiones. El militarismo habría celebrado auténticas orgías y se nos habría amordazado. Hubiese azotado nuestro rostro el espíritu de Lutero, el espíritu de aquel hombre que renegó de la iglesia como monje. El papa de aquella religión prusiana ha sido barrido de la superficie y aunque nosotros no lo vivamos ya, llegará en su día el momento en que todo el edificio haya de derrumbarse por sí mismo. ¡Dios lo ha dispuesto todo bien!».

¡Oh sí, y también en tiempos posteriores! Y lo mismo vale decir de su clero. Las armas asesinas otrora bendecidas eran ocultadas a veces con el propósito de volver, quizá, a bendecirlas en su día. Hasta los conventos sirvieron ocasionalmente de escondrijos. Es así como el pater O. Pfáfflin, superior de los benedictinos de Tragoss (Estiria) se ufanaba (destacando su «carácter», su «estatus de antiguo oficial alemán en el frente») el 15 de septiembre de 1938 en una carta al jefe de distrito nazi, J. Bürckel: «En el año de 1922, y después de haber profesado, asumí la dirección local del enlace Baviera-Reich (más tarde: línea ferroviaria de urgencia bajo la dirección del barón Von Epp), y con ello la responsabilidad del parque de artillería oculto en St. Ottilien, y de las ametralladoras, fusiles y munición allí almacenados. Organicé al efecto un servicio de vigilancia propio y colaboré permanentemente con las dependencias militares del ejército en relación con los múltiples y necesarios desplazamientos de estas armas. A causa del aumento del peligro comunista y las dificultades surgidas entonces con Checoslovaquia, el general Von Epp requirió de la abadía superior de St. Ottilien que organizase la instrucción militar (!) del personal apto. El abad mitrado de entonces me encomendó la ejecución de esa tarea. Reuní una tropa de 150 hombres, compuesta por hermanos legos y jóvenes religiosos a quienes instruí, mediante cursos regulares, en el manejo del arma para el servicio en el frente (!). La instrucción se efectuó a la vista de todos para que ejerciese un efecto disuasorio sobre los comunistas, efecto que se obtuvo efectivamente... Junto al general Von Epp colaboré del modo más activo para impedir que se llevase a término el desarme total de Alemania, como exigía la comisión interaliada, ocultando y desplazando por el recinto del monasterio muchas baterías (!), ametralladoras pesadas y ligeras, fusiles y munición, salvaguardándolo todo para el ejército alemán». La benéfica actuación en la viña del Señor halló palabras de elogio incluso por boca del dirigente de las SS del Reich, H. Himmler. Y el prior Optatus Pfáfflin (el nombre le cuadra de maravilla^[71] y no menos le cuadra su asociación con Himmler) podía realmente adjuntar al jefe del distrito de Viena, Bürckel, «la fotocopia» de un escrito del que se desprendía que «también después de la toma del poder la actitud nacional de nuestro monasterio merecía reconocimiento especial por parte de las más altas instancias. Las palabras de reconocimiento del jefe de las SS del Reich, Himmler, para con la abadía de St. Ottilien me conciernen tanto más legítimamente cuanto que yo era el dirigente local de las distintas formaciones de St. Ottilien que llevó a cabo la actividad elogiada ...Cuando se frustró el golpe militar de Pfiemmer, las armas del grupo local de las Unidades de Defensa de Estiria que ya antes habían sido escondidas con conocimiento mío... fueron ocultadas con mayor cuidado aún en dependencias de nuestra institución. Las armas fueron depositadas allá hasta julio de 1934, en que el ejecutivo se enteró del escondrijo. Yo mismo colaboré activamente guardando las armas en sacos, arrastrándolas y transportándolas a otro lugar seguro...».

Eso es lo esencial: ¡que las armas estén en seguridad! Pero los mismos hombres que en 1914, sin tener conciencia cabal de ello, se habían dejado arrastrar a la guerra con la complicidad del Vaticano esperaban ahora ayuda de éste. «Los ojos del orbe cristiano — decía grandilocuente un hombre del Centro, P. Spahn, en 1919— están puestos en Roma con grandes expectativas. Del papado, que permaneció y permanecerá inalterable pese al cambio de los tiempos, esperan amplios sectores de la población salvación, redención,

libertad y claridad, hombres de una época tan rica en errores como la nuestra...» (El hijo de este dirigente del Centro, el historiador y político, M. Spahn abandonó el Centro para pasarse al Partido Nacional Alemán en 1924, del cual se pasó, en 1933, a los nazis. De este modo recorrió aproximadamente el camino del mismo Partido del Centro)^[72].

El Vaticano hace sus negocios con la guerra

«Se ha abierto paso la convicción de que el papa fue el hombre que mejor parado resultó en la guerra»

(El cardenal Gasquet en el congreso católico de Liverpool)

La guerra mundial de 1914/18 tuvo tres resultados de una importancia difícil de sobrestimar: en primer lugar la revolución rusa, que convirtió por vez primera al marxismo en doctrina de estado. Después, el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán como consecuencia directa de la guerra. Finalmente un enorme fortalecimiento del papado, aunque también de los U. S. A.

Después de su mediación en 1917, emprendida por miedo a la revolución, Benedicto no volvió a hacer manifestación ninguna relativa a la paz mientras duró el conflicto. El acuerdo secreto de Londres del 26 de abril de 1915 —dado a conocer por Lenin— lo excluía de antemano de las conversaciones de paz. Los intentos de cambiar esa situación fracasaron. No obstante, el papa aceptó de inmediato la correlación de fuerzas vigente de allí en adelante, juntamente con las nuevas fronteras, a todas luces injustas. El boletín pontifical traía, en noviembre de 1918, esta declaración suya:

«Como sociedad perfecta, la Iglesia tiene como único objetivo la salvación de los hombres de todas las épocas y de todos los países. Del mismo modo que se adapta a las diversas formas de gobierno, acepta sin la menor dificultad las modificaciones legítimas, territoriales o políticas, de los pueblos».

En el supuesto de que aquéllas no se dirijan contra Roma. En ese caso toda injusticia le parece legítima por muy contraria que sea a las realidades etnográficas. Hasta la *Deutsche Völkblatt* (Gaceta Popular Alemana) de Stuttgart, tendenciosamente clerical, admitía en noviembre de 1918 que «La Santa Sede se ha precipitado excesivamente con el reconocimiento de las modificaciones territoriales y políticas». (¡Ahora bien la Sede Pontificia sí que intervino para que se mantuviesen la integridad de las posesiones latifundistas del asesinado heredero al trono, Francisco Fernando!).

Voluntariamente, Benedicto XV puso de antemano su poder «moral» al servicio del Tratado de Versalles. Como vicario apostólico, manifestó en su momento, que quería hacer valer toda su influencia, para que los católicos de todos los países aceptasen con gusto y se ajustasen fielmente a los principios que debían traer al mundo la paz, el orden y concordia duraderos. Mediante su encíclica *Quodjam diu*, del 1 de diciembre de 1918, ordenó rezos públicos para el inminente Congreso por la Paz, «para que el grandioso don del cielo

obtenga ahora su coronación». Y cuando en Alemania menudearon las protestas. Benedicto se veía en la imposibilidad, según hizo saber, de transmitir a la conferencia la llamada de socorro de los obispos alemanes en pro de condiciones más clementes, porque carecía de medios diplomáticos. Excluido de las negociaciones, el Vaticano se ve reducido a espectador desinteresado en todas las cuestiones políticas pendientes, habiendo cursado instrucciones a sus representantes para que se ocupen exclusivamente de asuntos religiosos.

Por el Tratado de Versalles, Alemania perdía entre otras cosas el 10% de su población, el 13% de su territorio, el 15,7 de su cosecha de cereales, el 25% de la extracción de hulla, el 75% de mineral de hierro y cinc así como el 90% de su flota comercial de alta mar, que en 1914 era la segunda del mundo. Aparte de ello, en el artículo 231, imputaba a Alemania y a sus aliados —psicológicamente era ésta la estipulación más dura— toda la responsabilidad de la guerra y sus consecuencias. Apenas fijadas y suscritas estas condiciones, el papa se apresuró a reconciliar con ellas a los alemanes. Aquel mismo año, sin embargo, escribía al cardenal francés Amette deseándole que la gracia de Dios se derramase sobre todo el mundo, a partir de Francia y que el divino amor ennoblezca y perfeccione lo que la humana sabiduría había iniciado en Versalles.

Y mientras que los historiadores de la Iglesia católicos afirman que «El papa abogó de nuevo en esta ocasión en pro de los principios del derecho y de la humanidad...» —¡como no fuese con su gran verborrea, el instrumento de poder en el que Roma es virtuosa, capaz de emboar al mundo de forma fenomenal!—, mientras los apologetas encomiaban ahora que «Él exigió también justicia para las derrotadas potencias centrales» estadistas y políticos alemanes, y no eran los últimos los católicos, exclamaban: «¿Dónde están los representantes de la Religión, las santas ideas del Cristianismo? ¿No hay ya obispos ni predicadores en los países enemigos, no hay ningún hombre iluminado por Dios que clame en el orbe enemigo: ¡ésta no es una paz propia de la era cristiana!?.» «¿Dónde está la inflamada protesta de los mandatarios de las iglesias cristianas contra esta negociación consciente del cristianismo?» En la noche de S. Silvestre de 1920, el *Augsburger Postzeitung* («Correo de Augsburgo») contraatacaba amargamente: «Hasta ahora Roma y Versalles viven objetivamente en paz. La confianza puesta en una protesta del Papa contra el más execrable de los engendros de la historia fue una vacua esperanza».

Y tanto: «El papa necesita a Francia» según había declarado el cardenal secretario de estado Gasparri. Necesitaba, sí, ¡al vencedor! Y ésa fue también la razón de que en mayo de 1919 beatificase a la fundadora de las hermanas de la caridad, a la francesa Luisa de Marillac, y canonizase a otras dos francesas, a Margarita María de Alcoque y a Juana de Arco, la patrona nacional.

La canonización de esta última fue precedida de la confirmación de dos milagros que se le atribuían, dándose el caso de que el obispo de Orleans, Touchet, relacionó a Juana con una orden del día del mariscal Joffre, que se «alzaba hasta las sublimes alturas de la infinitud» y con el «milagro del Mame». A lo cual replicó el papa: «Nos, hallamos tan acertado que el recuerdo de Juana de Arco inflame el corazón de los franceses en amor a la patria que lamentamos no ser franceses más que de corazón. Pero la sinceridad con que lo somos de corazón es tal que hacemos nuestra la alegría que sienten... los franceses de

nacimiento» Debido a ello Benedicto «rogaba que dejasen ser partícipe de aquella a quien, sin ser francés, deseaba ser contado entre los amigos de Francia».

Los franceses tenían la sensación y no andaban descaminados, de que la canonización —a la que se impuso una atmósfera tan marcadamente francesa que ni el representante austríaco ni el alemán tomaron parte en ella— señalaba «el triunfo de la victoriosa católica Francia». Al mismo tiempo constituyó un triunfo de la más macabra comicidad. Fue la misma Iglesia la que, a través del obispo de Beauvais, P. Cauchon, y del inquisidor J. le Maetre, había ordenado entregar al «brazo secular» y quemar a Juana de Arco, lo que sucedió el 30 de mayo de 1431, en el mercado antiguo de Rouen: como hereje, devota del diablo, e idólatra; como «sanguinaria y cruel»: un asesinato judicial que ya entonces dio que hablar a toda Europa. Con todo, después que Pío X concediese a la chamuscada novia del diablo «todas las virtudes teologales y cardinales en el grado de heroísmo requerido» y la beatificase en 1909, Benedicto XV pudo canonizarla el 16 de mayo de 1920 en una «emotiva ceremonia». Mucho tiempo atrás Voltaire había escrito ya una epopeya cómica al respecto.

La consagración sobre el Montmartre, el 16 de octubre de 1919, del templo nacional, acabado durante la guerra mundial, se convirtió asimismo en un acto triunfal eclesiástico. Ya en el anuncio de la fiesta, el arzobispo de París dejó constancia de la ayuda de que el «corazón de Jesús» hizo partícipes a los franceses con el «milagro del Mame» el primer viernes de septiembre, a él consagrado. «Las consagraciones de Francia, sus soldados y sus aliados al Corazón de Jesús en las sucesivas fiestas de su advocación, en 1915, 1916 y 1917, con la presencia de la totalidad de todos los obispos de Francia, constituyeron otros tantos pasos hacia la victoria. El día siguiente a la fiesta del Corazón de Jesús de 1918 comenzó la gran ofensiva francesa (!)... El Te Deum cantado en noviembre de 1918 y en junio de 1919, tras la firma de la paz en Montmartre fue el canto triunfal de cuantos en el mundo estaban con Francia». En el mismo acto, el episcopado francés brilló con una presencia al completo. La Entente estaba representada con cien obispos. Benedicto envió como legado al cardenal Vico, prefecto para los ritos, y en una epístola encarecía que consideraba la ceremonia como asunto de su propia casa, anotando exultante que Francia podía agradecer a Dios por el victorioso resultado en la mayor de las guerras de la historia.

La misma intención política inspiró la erección de un monumento triunfal a la Entente, en Lourdes, y de una iglesia del sagrado corazón en Jerusalén.

También el papa tenía razones para agradecer a Dios. También el Vaticano había vencido. Su prestigio se había «acrecentado en todo el mundo durante la guerra». El papa Benedicto había designado a Lutero como el perdedor y el cardenal Gasquet al papa como «el hombre que mejor parado resultó de la guerra». También teólogos y políticos protestantes juzgaban en Alemania que eran el «ultramontanismo romano», «el papado» y el «sumo sacerdote» romano quienes habían hecho propiamente «su agosto» en la guerra^[73].

En Italia y en Francia, donde los católicos apenas merecían consideración alguna antes de 1914; donde eran, incluso, tratado como «emigrantes» en el propio país, aquéllos pudieron volver a integrarse plenamente. «Su situación política mejoró considerablemente tras la guerra». Pues no transcurrió mucho tiempo y los italianos, neutrales hasta el año

1915, glorificaron la masacre bajo los ojos del «papa de la paz» y participaron sangrientamente en ella junto a los vencedores.

La industria italiana prosperó cual ninguna otra en la guerra si se la compara con las de los otros países europeos. No fueron pocas las grandes factorías, entre otras la gran empresa automovilística Fiat (gran parte de la cual está en manos de la «Santa Sede»), que decuplicaron su capital fundacional. El más bello fruto de aquella sangría lo pudo cosechar, con todo, el sucesor de Benedicto: la solución de la «cuestión romana» con ayuda de los fascistas (v. cap. sig.).

Al igual que en Italia, también en Francia agitaron millares y millares de clérigos atizando aquel infierno de la guerra, que, como todavía hoy subraya el jesuita Blet, robusteció la alianza entre nacionalismo y catolicismo: «La camaradería que unió al cura y al maestro en el fango de las fronteras y bajo el granizo de fuego de los cañones, dejó huellas duraderas». El día de la desmovilización, muchos participantes regresaron de la guerra con el propósito de mantener aquella «unidad santificada». Oh sí, también aquí es la guerra el padre de todas las cosas —¡de las santificadas, ante todo!

En Francia, que interpretaba de modo muy generoso, si es que las aplicaba en absoluto, las leyes contra el clero todavía vigentes, muchos monjes volvieron a vestir sus hábitos. El clero pudo regentar escuelas y la Compagnie de Jesús, pudo desplegar nuevamente su benefactora actividad a partir de 1919. A pesar de todas las persecuciones fue, durante siglos, la orden más poderosa del país. Dedicada especialmente a la educación así como a misiones en el extranjero, los «compañeros de Jesús» tenían considerable influencia en la aristocracia, la gran burguesía y el ejército. En la Ecole Sainte G enevi ene de Versailles, escuela preparatoria para ir a Saint Cyr, los jesuitas enseñaban a millares de militares que obtenían después altos rangos.

Un estadista parisino, P. Laval, visitó entonces al papa, algo que no se había dado nunca en lo que alcanzaba la memoria de los franceses. Después de la ocupación de 1940, Laval participó en el gobierno de Vichy —aliado de Hitler y Roma— siendo posteriormente ejecutado, sin que se le concediese ninguna defensa, por su colaboración con el ocupante. En mayo de 1921, A. Briand, que en otro tiempo había impuesto la separación de estado e iglesia, nombró a Jonnart embajador ante la Santa Sede. Con ello se restablecieron oficialmente las relaciones con la curia a la par que se decidía el nombramiento de Cerreti como nuncio en París. El «ladino Cerreti», palabras del historiador de los papas Schmidlin, explicó a los franceses que su soberano lo había enviado ante todo para la salud de las almas, porque amaba a Francia y quisiera reconducirla a su antiguo rango mundial como hija mayor de la iglesia, algo de lo que «ambas partes obtendrían grandes beneficios mutuos».

El negocio florecía ya en Alsacia-Lorena, región profundamente creyente. El Vaticano hizo saber a través de la jerarquía francesa que habría estado en situación «de procurar, gracias a su nada desconsiderable influencia sobre la católica Alsacia-Lorena, un mejor entendimiento entre las nuevas provincias y la república si el gobierno hubiese dado muestras de mayor comprensión para la situación de los católicos en la república». La comprensión se inició ahora. Las leyes anticlericales fueron derogadas o ignoradas y como contrapartida, la curia refrenó los fuertes impulsos de los separatistas de Alsacia. Allí y en

Lorena, la amenaza con el espantajo del bolchevismo condujo a la alianza de los obispos con los banqueros e industriales. Es así como Roma, engatusa a los pueblos, siempre al dictado de sus intereses. Así hizo, por ejemplo con los irlandeses y, una y otra vez en la historia, con los polacos.

Por «deseo» especial del presidente del gobierno, Clemenceau, habían sido relevados los pastores supremos de Estrasburgo, Fritzen, y de Metz, Benzier, pese a que en 1917 el gobierno alemán dejó tranquilamente que los obispos de entonces, aunque nombrados por el gobierno francés, siguieran desempeñando sus cargos. Ahora el papa se declaró inmediatamente de acuerdo con el desentendimiento de los alemanes (tanto como con la deposición de los arzobispos de Praga y Olmütz, fieles a los Habsburgo; con la separación de Eupens y de Malmedy del territorio alemán, creando una diócesis propia con los territorios separados, desvinculada de Colonia y unida a Lieja). El cardenal secretario de estado, Gasparri, citó las palabras de su antecesor, Merry del Val: «Francia es una señora demasiado egregia como para prestarse a entrar en el Vaticano por la escalera de servicio».

El anticlerical Clemenceau —que en otro tiempo (juntamente con Zola y J. Jaurés, pacifista hostil a Roma, paladín de la reconciliación francogermana asesinado en 1914) habría luchado por la revisión del proceso Dreyfuss— cesó, en cualquier caso, en su cargo. Colocaron en su lugar a Deschanel, hombre menos «empecinado». Y ya después de los «primeros acuerdos» con Roma se iniciaron negociaciones «para crear una base jurídica a los valores del patrimonio eclesiástico en Francia». El dinero es lo primero en todas partes.

En la derrotada Alemania, sin embargo, afectada por gravísimas pérdidas territoriales, el catolicismo conoció un auténtico «renacimiento espiritual». Hasta el defensor del papado, Ritter von Lama, opina así, con *imprimatur*: «En la Alemania monárquica, salvo en contadas excepciones, el desarrollo natural de la Iglesia se vio prácticamente trabado. Gracias a la plenitud de medios de que disponía el estado, aquélla fue mantenida en un estado de malformación y atrofia... La revolución, en la que para nada participaron los católicos, y la constitución de Weimar, quebrantaron ese poder, rompieron las ataduras y demolieron los muros de la prisión de la iglesia de forma que su reconstrucción fue paulatinamente posible...».

No solamente prosperó la vida asociativa católica y se estableció una embajada del *Reich* Alemán ante la Santa Sede con «el sello de una sincera amistad», embajada que substituía la anterior delegación prusiana, sino que también se estableció una nunciatura en Prusia. ¡Roma estaba presente en Berlín! Inmediatamente después de la firma del Tratado de Versalles el *Reichsbote* («Correo del Reich») hacía constar: «En medio de tantos golpes del destino como se han abatido sobre nosotros, son los menos quienes se han apercebido con claridad de que el 15 de mayo nos alcanzó uno que hemos de contar entre los peores, a saber, el establecimiento de una nunciatura papal en Berlín». Esta visión y previsión resultaron sobradamente atinadas con el ascenso de Hitler. «¡El poder papal está a la ofensiva. Se inicia una nueva estela de victorias políticas!», prevenía el *Reichsbote* un años más tarde a raíz del restablecimiento del obispado de Meiken, desaparecido en 1581.

Las nunciaturas de Berlín, Múnich y Varsovia se ocuparon con los mejores diplomáticos del Vaticano, con Ratti y Pacelli, quienes más tarde gobernarían la iglesia universal como papas. Ambos eran anticomunistas hasta el tuétano y centraban sus esfuerzos en abatir el

comunismo y a la Unión Soviética por todos los medios a su alcance. Alemania y Polonia, los estados más próximos en el frente europeo contra la Rusia Soviética, revestían al respecto la máxima importancia para la curia. «Alentar en lo posible a estos países a una lucha común y capacitarlos para ello ideológicamente, constituía una de las tácticas más importantes del Vaticano en su lucha contra la Rusia Soviética».

Mientras que legiones de peregrinos acudían nuevamente presurosos hacia el «Santo Padre»; mientras que el arzobispo Schulte aludía así en sus prédicas al destino de este peregrinaje: «Nunca en épocas anteriores volvieron todos los alemanes con tal atención sus miradas hacia Roma, hacia el Vaticano, como lo hacen en los últimos años, miradas henchidas de plena confianza; mientras que los círculos del Centro y clericales apoyaban el golpe de los separatistas del Rin y el estatuto del Sarre, incluido en el Tratado de Versalles, con la consiguiente segregación de este territorio de Alemania, así como el desmembramiento de Prusia». «En el nuevo *Reich* alemán —azuzaba la gaceta del Centro en Turingia— no hay lugar para la Prusia anterior, cuya composición nada en absoluto tiene de alemana»; mientras pasaba todo eso, el clero obtenía tan desorbitados beneficios de la inflación, grabas al capital extranjero que poseía en Alemania que, por mencionar una sola muestra, desde 1919 hasta 1930, fundó promedialmente doce o trece monasterios al mes, registrando un aumento de unos 2.000 miembros por término medio cada año. Algo que superaba cuanto se había dado hasta entonces y que no volvió ya a repetirse ni después de la II G. M. La situación de las órdenes católicas se hizo cada vez más favorable en la Alemania de entre guerras y su momento culminante recae en la era de Hitler^[74].

Austria-Hungría, desde luego, se había derrumbado. Vanas fueron las esperanzas que el emperador Carlos puso en una Confederación Danubiana de estados independientes. El 29 de octubre de 1918, Agram y Praga proclamaron la República. El Vaticano sentía un resquemor de desconfianza respecto a Checoslovaquia, donde los partidos socialistas asumían responsabilidades de gobierno. Temía la irrupción del comunismo en la Europa Central con graves consecuencias para la iglesia.

En la nueva Austria, los socialdemócratas compartían el poder con los socialcristianos después de que el emperador renunciase, el 11 de noviembre de 1918, a «cualquier participación en los asuntos del estado». Ya al día siguiente, la Asamblea Nacional Provisional declaró que la Austria alemana era una república democrática y «parte integrante de la República Alemana». Roma aspiraba entonces a una estrecha asociación entre Austria y Baviera, dos países católicos, lo cual reforzaría el frente contra la Rusia soviética. Facciones derechistas aunadas en Baviera, la «Organización Escherich» y la «Organización Kanzler», mantenían contactos con milicias patrióticas de defensa del Tirol, Salzburgo y Estiria. El legado checoslovaco ante la Santa Sede, K. Krofta, resumía el 13 de marzo de 1920 el plan de la curia para Europa:

«Adaptación al espíritu democrático en el Oeste, apoyo de la reacción monárquica en el Europa Central y colonización espiritual de la Europa del Este, y todo ello con una diplomacia secreta magistral».

El futuro de Austria, reducida a sus territorios germanoparlantes, tuvo un sombrío inicio. La integración en Alemania, que respondía a un deseo general (refrendada en 1921 con un 98,8% de los votos en el Tirol y con el 99,3% en Salzburgo) fue vetada por las

potencias vencedoras (que siempre hallaban palabras de elogio para el derecho de autodeterminación de los pueblos). El suministro de alimentos y la economía, así como el deterioro de su moneda adoptaron formas catastróficas. La coalición socialdemócrata-socialcristiana, lastrada desde el primer momento por diferencias ideológicas se rompió pronto. Los conservadores esperaban «un barrido rápido de los cascotes de la revolución». Su ejecución corrió a cargo del prelado Dr. I. Seipel, cabeza dirigente de los socialcristianos entre 1918 y 1932, hijo de un cochero y portero de teatro, profesor de teología moral en Salzburgo y Viena y ministro de asuntos sociales en el último gobierno imperial. En 1920, el ambicioso sacerdote se convirtió en jefe de la sección parlamentaria de su partido. En 1921 en jefe de partido, en 1928 en vicepresidente de la Sociedad de Naciones. Apoyado por una coalición de socialcristianos y pangermanos, Seipel fue canciller de 1922 a 1924 y de 1926 a 1929, pero ejerció también tal dominio en el período intermedio sobre el sucesor a quien él mismo aupó al cargo, el socialcristiano R. Ramek, que se hablaba del «gobierno por mandato telefónico».

El clérigo católico gobernaba, naturalmente, según el interés del Vaticano. Como autor de libros tales como *Las enseñanzas económico-morales de los Padres de la Iglesia, La cuestión social y el trabajo social*, este teólogo abogaba por un estado estamental cristiano. Ante un asunto cualquiera, la primera y la última de sus preguntas rezaba: ¿resulta beneficioso para la Iglesia? Ciertamente que el «saneamiento Seipel» acabó con la inflación, pero no con el elevado desempleo. La miseria económica continuó siendo grande. Se produjo una larga serie de quiebras bancarias que comprometieron también a políticos socialcristianos: el ministro de asuntos exteriores Mataja, dimitió; el de finanzas, Ahrer, emigró a Cuba. Seipel se esforzó por agrupar a todos los sectores «burgueses» contra las «izquierdas». La polarización entre «austromarxistas» y «antimarxistas» condujo, sin embargo, al surgimiento de «milicias de defensa» de los partidos políticos, de «ejércitos privados» paramilitares. Las armas depositadas en grandes alijos —incluso en monasterios— después de la desmovilización jugaron al respecto un papel fatal en el período entre guerras. El prelado Seipel se apoyó en el movimiento de milicias patrióticas, creadas por él mismo, con la ayuda de bancos y fabricantes, para la lucha contra el marxismo. Su organizador, W. Pabst, participante en el golpe de estado de Kapp y en el asesinato de Rosa Luxemburgo, se tuteaba con Seipel. El movimiento con cuya ala más radical, la milicia patriótica estiria —que pronto se uniría a Hitler— se identificaba especialmente Seipel, agrupaba las «derechas» desde los monárquicos hasta los simpatizantes del nazismo, pasando por los socialcristianos. Además de ser promovido por la industria austríaca, el movimiento lo era también por la Italia fascista. Se confesaba como «antimarxista» y favorable al «principio de caudillaje». Finalmente, a través del «voto de Korneuburg», se declaró abiertamente fascista. En la concepción política del sacerdote-canciller, el movimiento «tenía una función equiparable» al de un «brazo secular» en la lucha contra las izquierdas.

Seipel no retrocedía ante ningún medio útil contra los «enemigos de Jesús» ni ante la misma guerra civil. «Si vemos avanzar a los enemigos de Jesús —dijo en su discurso en honor de S. Canicio el 17 de octubre de 1927— en columnas mejor armadas y mejor organizadas, debemos emprender cuanto sea necesario para superar las deficiencias del

propio armamento y de la propia organización. El verdadero amor al pueblo ha de traducirse en nuestra resolución de no esquivar la lucha decisiva en el pueblo y por el pueblo».

De ahí que se produjeran continuamente choques armados con muertos y heridos, a menudo, entre personas totalmente ajenas al enfrentamiento. Después de que abatieran a un inválido de guerra y a un niño de ocho años y de que los asesinos fuesen sin embargo absueltos, el pueblo enfurecido incendió el palacio de justicia en Viena. El prelado Seipel, por su parte, ordenó abrir el fuego: 89 muertos quedaron tendidos sobre la plaza. El número de heridos supera con creces la cifra de mil. A raíz de ello fueron miles las personas, contando sólo la capital, que causaron baja en la Iglesia, pero el estado cristiano estamental pudo sobrevivir y entrar en los años treinta hasta entregarse en manos de los nazis. Ya desde sus inicios, el partido nazi contó con la actividad de católicos practicantes: Seyss-Inquart, más tarde gobernador del *Reich* para Austria, designado como ministro de asuntos exteriores en el testamento de Hitler y finalmente ejecutado como criminal de guerra, había sido miembro de la C. V., es decir, de la federación de las asociaciones estudiantiles católicas «de distintivo»^[75], federación fuertemente antisemita. Era también el caso de Ebner, más tarde jefe de la Gestapo de Viena. El jefe nazi del distrito de la Baja Austria, Jury procedía asimismo de los círculos católicos, y también G. Schmidt, miembro del gobierno de Seyss-Inquart^[76].

El prelado Seipel urgió por su parte, de forma incansable y hasta su muerte, a sus amigos alemanes del Centro a avenirse con Hitler, y el 26 de septiembre de 1930 confesó en el diario *Aftonbladet* de Estocolmo: «Soy buen conocedor del mundo y departí mucho tiempo y de modo especial con los jóvenes. No conozco a Hitler, pero estoy convencido de que él y muchos jóvenes que se declaran por él son hombres animados por un ideal». ¡Compárese con las manifestaciones del Kaas, el dirigente del Centro y prelado del Vaticano! (V. cap. sig.).

En Hungría y bajo la dirección de Bela Kun, que después caería como víctima de las «purgas» de Stalin en la U. R. S. S., surgió el 21 de marzo de 1919 una república soviética anticlerical de corta vida —sólo duró 133 días— que trató de realizar las ideas de los bolcheviques. Después de ello, sin embargo, comenzó allí a hacer estragos el «terror blanco» conducido por antiguos oficiales, y dirigido sin distinción contra comunistas, socialdemócratas y judíos, terror que se hizo proverbial en toda Europa y se convirtió en una gran bendición para el catolicismo. Contra los judíos, minoría de un seis por ciento a la que ya se había perseguido bajo el imperio, en las postrimerías del s. XIX, se hacía valer, aparte de los viejos motivos del odio cristiano, el hecho de que Béla Kun y muchos dirigentes del régimen soviético eran judíos. Con ello se intentaba equiparar judaísmo y bolchevismo, algo que Hitler hacía también una y otra vez.

M. Horthy, el último comandante en jefe de la marina de guerra austrohúngara, quien, al estallar la revolución, había organizado el «ejército nacional» contrarrevolucionario, es decir hordas de oficiales y cuerpos francos dedicados al asesinato y al pillaje, se convirtió el 1 de marzo de 1920 en regente y creador de otro y muy cristiano estado. La miseria social era la usual de estos casos. Al filo del siglo, menos de 1 % de propietarios, grandes latifundistas, poseían casi la mitad de la tierra cultivable de Hungría y la otra mitad se la

dividían entre el otro 99%. Esa crasa desproporción empeoró aún más en la nueva Hungría, territorialmente reducida.

Por grande que fuese la penuria social en un país que estableció contactos preferentes con la Italia fascista, con la que en 1927 concluyó un tratado de amistad antes de unir su suerte a la Alemania hitleriana, el catolicismo experimentó en él un auge grandioso.

Apenas descabezada la república soviética de Béla Kun, Benedicto XV se apresuró a reconocer la Hungría de Horthy, reconocimiento ya anunciada en su manuscrito del 14 de septiembre de 1919, que iba dirigido al cardenal Czernoch von Gran. Y el 3 de octubre de 1920, Horthy pudo saludar ya al nuncio papal, Schioppa, en Budapest. Éste se destapó, sin embargo, como gran admirador de Carlos de Habsburgo, quien, ya al año siguiente, osó por dos veces recuperar su trono húngaro hasta que fue batido en la batalla de Budaors y hecho prisionero por el regente. Poco después, el 1 de abril de 1922, murió en Madeira^[77].

El catolicismo floreció, pese a los frustrados intentos de restauración de los Habsburgo, al asociarse también estrechamente al nuevo régimen, socio de Mussolini y de Hitler. Hasta el *Manual de historia de la iglesia* concede que Horthy «abrigaba un afecto especial por la Iglesia Católica». «Entre el estado y la iglesia se estableció una excelente relación que posibilitó a aquélla el pleno despliegue de sus esfuerzos renovadores. Los gobiernos vieron en la iglesia a un aliado de confianza y se ocuparon no sólo de su construcción, sino también de su prosperidad... Este grandioso renacimiento católico iba de la mano del auge de las órdenes religiosas, del surgimiento de una considerable prensa católica, de la renovación integral de la intelectualidad y el sistema de escuelas católicas, así como de la constitución de importantes asociaciones y organizaciones».

También en Portugal sacó la Iglesia buen partido de la situación. Si bien un golpe revolucionario había llevado aquí, antes de la guerra, a la separación de la iglesia y estado y a la plena libertad de conciencia, suprimiendo la confesionalidad católica del estado y confiscando los bienes del clero, el 17 de diciembre de 1917, con Sidonio Paes, el poder volvía a las manos de un buen católico. Y aunque el general fuese asesinado 12 meses después, el clero —al que el papa puso por las nubes por su «celo pastoral»— pudo, sin embargo, fomentar en los años siguientes las escuelas, la prensa y las asociaciones católicas, así como los seminarios, todo ello con una moneda languideciente, con un aumento enorme del costo de la vida y pese a la persistente pobreza del país. En los primeros decenio y medio del siglo, Portugal vio sucederse unos 40 gobiernos y unos veinte golpes de estado. Los atentados se producían en serie. La miseria, causada al unísono por los poderosos y por la iglesia, se hacía permanente. Su propia situación, sin embargo, mejoró aún más bajo los dictadores General Carmona y el financiero Oliveira Salazar, un «asceta entregado a Dios y a los guarismos». Cofundador del partido católico, antiliberal, antisocialista, adversario de la democracia parlamentaria, enemigo, asimismo, de los movimientos de liberación de Angola y Mozambique, Salazar se orientaba por las encíclicas papales «Rerum Novarum» y «Quadragesimo anno». Abogaba por un estado cristiano autoritario que vejaba a sus adversarios pérfida y cruelmente.

También en Bélgica, Holanda y Suiza experimentó el catolicismo una gran revitalización. Continuamente surgían nuevas iglesias, monasterios, escuelas y asociaciones católicas, así como nuevos vínculos diplomáticos. En Bélgica, el patriotismo mostrado por

el cardenal Mercier durante la guerra incrementó adicionalmente el prestigio de la iglesia. En Holanda se constituyó en 1926 el que sería, por mucho tiempo, mayor y más compacto de los partidos neerlandeses, el Partido Estatal Católico-Romano. Suiza, que había roto sus relaciones con el Vaticano en el siglo XIX, realizó en la guerra unos primeros tanteos para restablecerlas y en 1920 Roma designó nuncio para Berna. En Luxemburgo, donde la gran duquesa María Adelaida renunció a la corona (en favor de su hermana Carlota) e ingresó en un monasterio, el partido católico, en el que los hombres de hábito eran a menudo quienes llevaban la voz cantante, obtuvo en 1919 la mayoría absoluta y se mantuvo siempre en cabeza hasta hoy.

En el norte y el este se constituyeron incluso nuevos estados como consecuencia de la guerra: Irlanda y Polonia, de los que nos ocuparemos enseguida. Pero también en el Báltico ampliaron su influencia los católicos. Pues el «ladino Cerreti» (Schmidlin), el representante secreto del papa en las negociaciones de paz de París, había establecido múltiples contactos que reportaron al Vaticano muchas ventajas y, especialmente, también en los nuevos estados del este europeo. En Estonia se creó una delegación apostólica. Con Letonia, en otro tiempo «Terra Mariana», donde ya en 1918 se restableció el obispado de Riga, se concluyó en 1922 un concordato. Con Lituania en 1927. Y también aquí prosperó la causa católica, la formación de sacerdotes, la prensa eclesiástica, la vida monacal masculina y femenina. Hasta en la protestante Noruega se desarrolló el catolicismo «favorable y pujantemente». Hasta en Finlandia se inició un «proceso de acercamiento»^[78].

Cuando en Irlanda del Norte, donde la sangrienta contienda es tan vieja como la propia y discutida hechura del estado —de 1920 a 1923 había causado ya 300 muertos—, se estableció el «Estado Libre de Irlanda» y el Dáil Éireann aprobó, por 64 contra 57 votos, el acuerdo entre Dublín y Londres, *L'Osservatore Romano* lo celebró como uno de los eventos más importantes y felices de la historia contemporánea. El mismo papa alabó al «heroico pueblo irlandés» como valiente defensor, en todo momento, de la verdad católica. En realidad, el Vaticano había mostrado recientemente su empeño en sofocar el radical impulso autonomista de los irlandeses para favorecer a los poderosos británicos que colaboraban con ellos en las misiones. La buena fe de los irlandeses, sin embargo, no les permitió barruntar nada de ello.

En 1929, el Estado Libre entabló relaciones diplomáticas plenas con la «Santa Sede», con nuncio apostólico en Dublín y embajador irlandés en Roma. Y cuando Egmon de Valera se convirtió, en 1932, en primer ministro, cargo en el que se mantuvo por mucho tiempo salvo algunas interrupciones, equiparó los términos de «irlandés» y «católico». Fueron prohibidas tanto la venta como la importación de medios anticonceptivos e incluso los bailes públicos. Es más, el Estado Libre permitió a la iglesia un control sobre las escuelas de los 26 condados como ningún otro país del mundo lo concedió jamás. En las escuelas católicas era habitualmente el cura quien hacía de director.

En Polonia, donde las legiones polacas habían declarado la guerra al gobierno bolchevique en enero de 1918 y ocuparon a continuación Mogilev, guarnición donde se asentaba el alto mando del ejército ruso; en Polonia, donde el Consejo de regencia proclamó en otoño la «Polonia Independiente Unificada» fue Benedicto XV el primero en ejercer de congratulante. Pues el consejo de regencia y el papa compartían esta consigna:

quien no quiera una Polonia socialista tiene que luchar por una católica. La curia necesitaba a Polonia como estado-tapón contra el Este cismático y rojo. De aquí que también en Alemania el vaticanista Erzberger, confidente de Eugenio Pacelli, exigiese a cada paso el reforzamiento de Polonia y el «aplastamiento» de la Rusia soviética. Tenía en su contra al entonces ministro de Asuntos exteriores, conde Brockdorff-Rantzau, quien, siguiendo la trayectoria de Bismarck, abogaba por una ampliación de los contactos con Rusia, pero no estaba dispuesto a continuar asumiendo la responsabilidad si «ese pedazo de bruto de Erzberger» (a quien el ministro también calificaba de «públicamente peligroso como un bicho de plaga») se entromete a «estropear mis asuntos». No obstante, Erzberger —detrás del cual estaba Pacelli— no sólo obtuvo la conclusión, el 6 de abril de 1919, del tratado germano-polaco de Grodno sobre Lituania (en que se acentuaba el frente antisoviético común), sino que impuso asimismo la continuación de la permanencia de tropas alemanas en el frente del Este (contra la expresa voluntad de las mismas), según se estipulaba después en las condiciones del armisticio de las potencias occidentales. Y al papado, que en todas partes estaba al acecho de hombres fuertes, debieron parecerle de maravilla las acciones bélicas de Pilsudski, quien a este efecto se alió con el *atamán* ucraniano S. Petijura, hombre asimismo próximo al Vaticano.

Polonia, cuya preferencia por Roma quedaba ya anclada en la constitución de 1921, concluyó el 10 de febrero de 1925 «en nombre de la Santísima e Indivisible Trinidad» un concordato: vigente hasta 1945, año en que lo denunció la «República Popular de Polonia». «La casi totalidad de los 27 artículos resultaban altamente ventajosos para la iglesia». El acuerdo le concedía plenas libertades y a la curia influencia. A los arzobispados tradicionales de Gnesen-Posen, Lemberg y Varsovia vinieron a sumarse dos nuevos, Vilna y Cracovia. La enseñanza religiosa se hizo obligatoria en todas las escuelas públicas. En los dos decenios posteriores a la guerra el número de obispos polacos pasó de 23 a 51, el de sacerdotes aumentó en un 43%, el de religiosos regulares en un 62%, los monasterios llegaron a ser 2.027.

Al morir Benedicto XV en 1922, el prestigio de la curia se había incrementado notablemente respecto al año de 1914: el número de representantes diplomáticos ante ella se había más que doblado, la *Catholica* había experimentado también un rápido desarrollo en ultramar, especialmente en Latinoamérica y los U. S. A. pero también en Canadá y hasta en Australia, donde se obtuvo «un alto nivel de la vida religiosa... a partir del auge de la acción pastoral castrense y del sistema educativo».

Es cierto que la guerra también generó algunas consecuencias negativas para la iglesia, pero el golpe más contundente del siglo le sobrevino en el Este^[79].

Rusia y el Vaticano después de la Revolución

«Benedicto XV consideraba a las comunidades uniatas como puestos avanzados del catolicismo. Bielorrusia y Ucrania eran para él peldaños desde los que la Iglesia romana debía avanzar para recuperar aquella parte del mundo eslavo conquistada por el cisma»

(J. Hajjar)

«Los círculos bien informados creen en general que pronto sonará la hora de la gracia para Rusia»

(Pater C. Friedrich 1921 en un escrito dirigido al general de su orden desde Roma)

Cuando el Zar se vio forzado a ceder en 1917, derrumbándose así una monarquía que perduró más de 1.000 años, sólo halló el respaldo de muy pocos clérigos ortodoxos. La mayor parte de los jerarcas calló. Su comportamiento, como suele ocurrir en tales casos, fue totalmente pasivo, penosamente preocupado por no comprometerse. El arzobispo Arsenyj de Novgorod exclamó, según parece, ante sus popes:

«¡Ya no hay zar. Ya no hay iglesia!... ¡Haced lo que queráis!». El bajo clero se alborotó en más de una ocasión contra sus propios y odiados obispos «con furia terrible» mientras que enviaba telegramas de felicitación a los dirigentes de la revolución de febrero.

Pero por desavenida que estuviese la clerecía, toda ella, con excepciones mínimas, seguía alentando la guerra, que los nuevos poderosos prosiguieron resueltamente. Una de sus conspicuas cabezas, Milyukov, declaró el 18 de marzo a los embajadores de la Entente que «el gobierno se considera a sí mismo provisional y tiene como propósito primordial el continuar la guerra junto a sus aliados». Tan sólo dos días antes, B. Law había reconocido en la cámara de los comunes:

«Representa un auténtico alivio para nosotros el que este movimiento *no* tenga por meta la paz». Los ortodoxos, no obstante, tenían el máximo interés, por miedo a una auténtica revolución, en restablecer la disciplina castrense entre los «combatientes, amantes de Cristo». Naturalmente «en el nombre de Cristo...» Nada menos que 5.000 curas castrenses intentaron mantener vivo el entusiasmo asesino. Los popes —semper idem— colaboraban con los oficiales y con los bonzos del armamento, recorrían el frente, organizaban horas de devoción y procesiones en apoyo de la tropa, distribuían octavillas con versículos bíblicos adecuados: «No he venido a traer la paz, sino la espada». «Quien no tenga espada que venda su capa y se compre una». Un soldado del tercer ejército se precipitó hacia un predicador del frente gritando: «¡Si quieres luchar, toma el fusil y vete a la trinchera, pues nosotros nos vamos a casa!».

Los bolcheviques, sin embargo, que en 1.918 fundaron la «República Soviética Federativa» (convertida en la U. R. S. S. en 1922) eran para los eclesiásticos ortodoxos traidores a la patria, peones de la causa alemana y enemigos de Cristo. «Es indiscutible que la iglesia rusa combatió al régimen soviético en 1.918 como a un enemigo mortal y que intentó derrocarlo. Los soviets endurecieron más aún las medidas contra la Iglesia, pero no hicieron el menor intento de suprimirla a ella o a la religión. Si se puede emitir un juicio en base a los objetivos perseguidos originalmente por los contendientes, la iglesia había perdido y los soviets vencido...» Los nuevos señores dispusieron —con la firma de Le-nin— en el «Decreto del Consejo del Pueblo» de enero de 1918 la separación de estado e iglesia y declararon «propiedad nacional» los bienes de esta última (Art. 13)

La ortodoxia rusa, que ya había perdido su más fuerte apoyo al ser derrocado el zar, sintió temblar sus fundamentos todavía más a causa de la expropiación (socialización) de todos sus bienes raíces. Hasta los edificios de las iglesias y los objetos de culto pasaron a ser propiedad estatal. Las comunidades podían disponer, desde luego, de todo ello, pero sólo mientras hiciesen uso leal respecto al poder. También fueron anulados los impuestos eclesiásticos obligatorios y la escuela fue separada de la iglesia.

El gobierno garantizó la tolerancia de todas las religiones y la libertad de conciencia, si bien dio paso, en realidad, a una persecución sin contemplaciones: Primero contra la iglesia estatal, a la que se asestó el golpe más duro. Ésta, por su parte, se lanzó a la carga contra un decreto de separación que hasta el periódico «Vida Nueva» de tendencia muy izquierdista y editado por M. Gorki, reputaba excesivamente riguroso. La oposición iba desde los ayunos de tres días y las procesiones hasta el apaleamiento y la resistencia abierta. Según una publicación soviética, entre febrero y mayo de 1918 murieron 687 personas en tumultos religiosos. Pese a todo, el pueblo se mantuvo bastante tranquilo en general y el gobierno evitó un choque con la Iglesia^[80].

La revolución bolchevique tuvo realmente consecuencias catastróficas para la otrora tan poderosa ortodoxia. Después de la estrecha vinculación secular con el estado, éste se separaba de ella repentinamente. El clero ruso perdió sus privilegios y varios centenares de monasterios fueron clausurados. Y al más acerbo de los enfrentamientos ideológicos vino a sumarse la propia escisión, pues distintos jerarcas se involucraron en luchas intestinas, llegando algunos a mantener contacto con los católicos. Numerosos obispos, teólogos y creyentes se exilaron.

En los agitados días de la revolución de octubre, un concilio panruso había elegido el 4 de noviembre de 1917 al arzobispo de Vilna, Tychón (1865-1925), mediante sorteo entre la terna propuesta, como patriarca de Moscú y de toda Rusia. Más de 200 años después de la muerte del patriarca Adrián (1700) había de nuevo un patriarca a la cabeza de la iglesia ortodoxa rusa. En 1918, Tychón bendijo al zar cautivo, fustigó su asesinato como «el peor de todos los crímenes» y celebró exequias y misa de difuntos en su honor.

Y mientras el arzobispo barón Ropp y el Vaticano desplegaban una táctica cautelosa, el patriarca estigmatizaba vehementemente el sistema soviético: «¡Volved en vosotros, locos! ¡Poned fin a vuestros baños de sangre! Lo que hacéis es obra de Satán...». Pero ya en 1919 intentó el mismo Tychón hallar un acomodo con los «locos» si bien fue encarcelado y depuesto en 1922. Se le acusó de resistencia contra el poder público, de alborotar a la población, de connivencia con los guardias blancos, con sacerdotes exiliados y con representantes de potencias extranjeras. También, de agitación para derrocar al gobierno soviético, y apenas si es posible que todo ello fuese inventado. En términos generales, las acciones contrarrevolucionarias del clero ortodoxo están bien documentadas.

Sin embargo, después de trece meses de cárcel —cuando la «Iglesia Viva» fundada por entonces y en un principio favorecida por el estado, amenazaba provocar un cisma— el patriarca Tychón fue a arrastrarse ante la cruz o, más bien, ante la hoz y el martillo. El 16 de junio de 1923 arrancó de sí una declaración de arrepentimiento y lealtad sin reservas. «Impulsado por mi conciencia de sacerdote —afirmaba—... que a partir de ahora no soy enemigo del poder soviético. Me distancio definitiva y resueltamente de la

contrarrevolución de los guardias blancos monárquicos, tanto de los extranjeros como de los del interior». El 28 de junio de 1923 prometió reconocer la constitución soviética y obedecer a los nuevos señores, pudiendo acto seguido reasumir sus funciones, si bien murió de allí a poco. Hasta el comienzo de la II Guerra Mundial la supervivencia de la iglesia ortodoxa parecía dudosa. Después, también ella sacó provecho de la guerra. Además, y contra lo dispuesto oficialmente, nunca estuvo de hecho separada del estado, ni lo está hasta hoy: sigue fielmente la estela marcada por la política soviética en cuestiones religiosas.

El papado, en cambio, trató a sangre fría, de sacar partido de los tiempos turbulentos que atravesaba su gran rival en el Este.

A causa del surgimiento de Polonia y las repúblicas bálticas: Estonia, Letonia y Lituania, el número de católicos uniatas y romanos de la U. R. S. S. se redujo de 15 a 1,6 millones. Pero mientras que el gobierno lanzaba su golpe principal contra la iglesia estatal ortodoxa, parecía, al principio, favorecer la Católica, lo cual tenía que reforzar sus esperanzas. Así, en 1918 el profesor Trzeciak, un polaco de Rusia, notificaba al *Diario Popular de Colonia* que se había tomado incluso en consideración la posibilidad de un obispado católico-romano para Siberia. «La situación sólo cambió por el hecho de que se suspendió el pago de dotaciones a todas las iglesias. Ahora bien, la conducta de los bolcheviques frente a la iglesia católica muestra no sólo tolerancia sino, si se puede decir así, cierta preferencia en comparación con la actitud frente al clero ortodoxo... Se explica ello por el hecho de que los bolcheviques ven en el clero latino víctimas del gobierno Zarista, mientras que tienen al clero ortodoxo por reaccionario». A pesar de los sacrificios pecuniarios se «da, sin embargo, la posibilidad de un despliegue libre en la actividad del clero». Con todo, pocos años después todos los obispos católicos estaban ya encarcelados, proscritos o fusilados. La mayor parte de sus 4.234 iglesias y 1.978 capillas fueron clausuradas o profanadas. Los seminarios fueron disueltos en su totalidad.

El triunfo del comunismo constituyó un fuerte trauma para Roma, pero no perdió en absoluto los nervios. Se consoló con el hecho de que «la iglesia ortodoxa no poseía ya ninguna prerrogativa y la católica no estaba ya sometida a ninguna discriminación legal». En ocasiones sentía cabalmente la destrucción del zarismo como «obra de la divina providencia» tanto más cuanto que abrigaba la esperanza de que el bolchevismo «anárquico» no podía sostenerse por mucho tiempo y de que sería ella quien cosecharía los frutos. Por ello, el barón Monti, íntimo amigo del papa, aseveraba que Su Santidad opinaba que «una vez pasada la ola de persecuciones religiosas, hasta los crímenes y el derramamiento de sangre ayudarían en su día a extender la fe católica».

Bien mirado, el momento le parecía al Vaticano más propicio para la unión de las iglesias. Lysakovskij, representante ante la Santa Sede del gobierno contrarrevolucionario de Koltchak —que en 1918/19 dominó durante algún tiempo la parte oriental del imperio— notificó el 23 de junio de 1919 incluso «de la simpatía que el papa abriga para con Rusia...». Esa simpatía apuntaba desde luego a la contrarrevolución. Así Lyskovskij escribió confidencialmente el 14 de octubre de 1919 al ministro de asuntos exteriores del gobierno Koltchak, S. D. Sazonov: «La Santa Sede sigue mirando con simpatía a la Rusia (de los guardias blancos) y apoya la lucha contra el bolchevismo, a quien combate por encima

de todo». En su Motu propio *Bonum sana*, del 25 de julio de 1920, el papa condenó expresamente el bolchevismo y previno contra la realización «de una república universal basada en el principio de la perfecta igualdad entre los hombres y en la comunidad de bienes, república en la que hubiesen desaparecido las diferencias entre las naciones y en las que no se reconociese ya autoridad alguna del padre sobre los hijos, del estado sobre los ciudadanos ni la de Dios sobre la sociedad de los hombres». Benedicto XV estaba sin embargo, suficientemente curtido como para realizar sus negocios incluso con comunistas que nadaban en sangre. El entonces ministro de asuntos exteriores, conde Sforza —que dimitió cuando Mussolini tomó el poder y se convirtió en uno de los enemigos más encarnizados del fascismo— testimonió, y no fue el único en hacerlo, que Della Chiesa «no se inmutaba por nada» y hasta el historiador Von Sickel, admirador del papado catalogaba a Benedicto como «tipo de prelado curial que no retrocede ante nada». Recordamos el rumor que circulaba por el Vaticano y que le atribuía el envenenamiento de Tarnassi.

Poco después del final de la dominación Zarista, el papa fundó una «Sección para asuntos del Oriente» y un «Instituto Oriental» que eran, naturalmente, instrumentos para la difusión del catolicismo en el Este. El 10 de marzo de 1919, en consistorio secreto. Benedicto proveyó con nuevos obispos, o creó en su caso, un total de 10 sedes. Otros tantos bastiones católicos contra la Unión Soviética.

Simultáneamente, Roma no perdía de vista a la iglesia ortodoxa. Y no sólo a la rusa. Hasta en la Grecia ortodoxa se comenzó a ver a un serio rival cuando a comienzos de los años veinte no se podían excluir ni la conquista de Constantinopla por los griegos ni tampoco el firme asentamiento de éstos en el antiguo centro de la cristiandad oriental. De ahí que el Vaticano, aunque no sólo él, sugiriese con determinación que Francia apoyase a Turquía, a la que finalmente envió, desde Siria, cañones, munición y asesores militares. Fue ésta una de las razones principales de por qué una Turquía, mahometana en su casi totalidad, pudiese expulsar bajo Mustafá Kemal (Ataturk) a los cristianos griegos del Asia menor en 1921/22. La intervención vaticana tuvo lugar pese a que también la Rusia soviética suministró armas a los turcos e incluso firmó con ellos, el 16 de marzo de 1921, en Moscú, un «Tratado de amistad y fraternidad» tras reiteradas intervenciones de Lenin y Stalin.

La agradecida Turquía, en la que el Islam fue religión oficial hasta 1928, erigió a Benedicto XV, estando éste aún en vida, un gran monumento en Constantinopla, dedicado al bienhechor de los pueblos que prestó su auxilio sin hacer acepción de raza o religión. La apologética católica relaciona, es claro, este hecho con las «medidas de socorro» durante la guerra mundial «sin tener para nada en cuenta la pertenencia religiosa, nacional o étnica». Y es que, oficialmente, apenas será posible otra declaración al respecto. Pero ¿quién más erigió un monumento en favor de Benedicto agradeciéndole sus oficios de «buen samaritano», equivalentes a una gota de agua sobre una roca ardiente, pero válidos a efectos de una persistente propaganda? ¿Acaso la Alemania cristiana?

¿La católica Austria? ¡No! Nadie más ¡Sólo la Turquía mahometana! A ésta le iba en ello la expulsión de los griegos (cristianos) de Asia Menor mientras que le importaba un bledo la Caritas papal.

Júzguese como se quiera. Hay, por lo demás, otra hazaña de «los infieles» que sitúa la urgencia de Roma para que le fuesen entregadas armas a Turquía y el alto honor de que esta última hizo objeto al papa, en la luz más rutilante de la historia de la redención. Me refiero al genocidio perpetrado contra los armenios. ¡Pues en 1895/96, en 1909 y en 1914/15 los turcos mataron primero a unos 200.000 y luego a unos 600.000 armenios cristianos, en masacres o por hambre, aparte de arrastrar a sus harenes a unas 100.000 mujeres y muchachitas armenias!

Pronto mantuvo la curia vínculos diplomáticos con los denominados estados marginales, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, y finalmente, también con Finlandia. La política vaticana aspiraba a formar un bloque de poder católico como muro de contención contra la convulsionada Rusia, «antemurale Christianitatis», muro que iría desde Lituania hasta Hungría y Austria pasando por Polonia, Bielorrusia y Ucrania, que, bajo el *atamán* Petijura, envió incluso representante propio a la Santa Sede. A este respecto, los esfuerzos de Benedicto se compaginaban del modo más estrecho con los de U. S. A., cuya hegemonía monetaria y económica había impresionado ya poderosamente al Vaticano^[81].

Desde luego América financiaba también y antes que nada las misiones protestantes para la «desintegración de la Rusia ortodoxa». El deseo de los evangélicos de pescar en aguas revueltas no era menor que el del papa. Un observador, McCullagh, que en 1923 visitó en Varsovia el «estado mayor» de una gran organización protestante para la «conquista espiritual de Rusia» con «cuarteles de mando» en Berlín y «cuartel general» en Londres, pensaba incluso que el éxito de estos misioneros significaría «la caída de los hierodiáconos, hieromonjes, arciprestes, archimandritas, metropolitanos y patriarcas, así como el éxito de la revolución de 1917 significó la caída de los señores de cámara, consejeros de estado, “junkers”, damas de la corte, grandes príncipes y zares».

Para establecer contacto con los soviets. Benedicto XV envió, ya en la primavera de 1918, al prefecto de la Biblioteca vaticana, A. Ratti, que 4 años después sería papa él mismo, en viaje de información hacia el Este europeo. Lo nombró «*Visitatore apostólico per la Polonia*». Sólo después de arduas negociaciones pudo conseguir el nuncio Pacelli el nombramiento de Ratti. El futuro papa, con el que Pacelli, el papa siguiente, estaba en estrecho contacto y cuyos primeros pasos sobre la escena diplomática dirigió él mismo, debía en cuanto visitador apostólico, tener también competencias para los estados bálticos y toda Rusia, aunque esta última le cerró las puertas pese a su vivo interés.

A la llegada de Ratti a Polonia, a finales de mayo de 1818, el país estaba aún ocupado por las potencias centrales, si bien el consejo de regencia ejercía ya como tal. En este gremio, que preparaba una Polonia independiente, la iglesia romana tenía una influencia decisiva. La cabeza propiamente rectora del consejo era el arzobispo de Varsovia, Alkadowski, prelado y simultáneamente secretario de la regencia.

Ahora se trataba de fortalecer Polonia al máximo convirtiéndola de nuevo en antemural de la cristiandad. «El Vaticano —notificaba el legado bávaro, barón Ritter— no escatimará concesiones para, una vez disuelta la monarquía austro-húngara, preservar en Polonia un nuevo respaldo para la iglesia católica y un bastión contra las tendencias anticatólicas del Este, y Polonia intentará de seguro servirse de la ayuda de la iglesia para reforzar su posición hegemónica frente a los estados marginales rusos».

A. Ratti, doctor en tres disciplinas, había conducido su vida como estudioso, carecía de experiencia diplomática y después de tomar posesión de su cargo el 29 de agosto de 1918 escribió a su señor: «Mi mayor alegría consistiría en derramar mi sangre por Rusia». De hecho, Ratti, no huyó ni siquiera cuando el ejército rojo estaba a la vista de Varsovia, bien sea que lo retuviesen «los tentáculos del monstruo ateo y comunista» u otras zarpitas más suaves. A principios de febrero de 1918 medió en el envío de un telegrama proveniente de Roma en el que el papa ruega «encarecidamente al señor Lenin» que ponga «inmediatamente» en libertad al arzobispo de Mogilev, monseñor barón Ropp (desde 1917 metropolitano de toda Rusia). El «señor Lenin» que en noviembre de 1918 prevenía todavía a sus camaradas para «que procediesen con extraordinaria prudencia en la lucha contra los prejuicios religiosos» telegrafió inmediatamente de vuelta, tras pedir información a la policía de Petrogrado, «que el arzobispo Ropp no estuvo nunca encarcelado. Se trataba más bien de su sobrino E. R. Ropp».

En su primer contacto con el jefe comunista, el papa se dejó efectivamente engañar por un mero rumor. Pero el 19 de abril sí que fue encarcelado el arzobispo, quien solía denominar gustosamente al gobierno soviético «emisarios del diablo» y no podía ser casual que eso sucediese el día en que el jefe de estado polaco atacó Vilna. Las autoridades soviéticas acusaron a Ropp de colaborar con Polonia pero se limitaron a imponerle un arresto domiciliario en una rectoría de Moscú. Desde ella podía mantener correspondencia con su sustituto en Rusia, el arzobispo J. Cieplak, y asimismo con el nuncio Ratti, que también tenía competencias sobre la iglesia católico-romana de Rusia. Y apenas recuperó su libertad, el 17 de noviembre de 1919 —fue el comisario de exteriores, Chicherin, quien posibilitó al mismo nuncio esa salida— se encaminó hacia Varsovia. En la estación se le tributó —como *L'Osservatore Romano* contaba exultante— una acogida «auténticamente triunfal» ¡no sólo por parte del nuncio y los obispos polacos, sino también de la del obispo castrense de Polonia y hasta de la del comandante de la plaza! La gaceta vaticana, que describe el recorrido de Ropp por la calle flanqueado por una doble fila de personas llorando de emoción (y con impremeditada comicidad hace referencia a la «blanca barba» del príncipe eclesiástico, que tuvo que dejarse crecer «según costumbre de los bolcheviques», pues «gustan de barbas largas y de cabello largo, sin rapar») pretende hacer creer al mundo que el arzobispo Ropp debía ser fusilado en la noche del 20 al 21 de mayo, aunque la citada «crónica» de su propia archidiócesis, que fija todo detalle de su período de encarcelamiento, nada sabe de ese asunto.

Entretanto, el cardenal secretario de estado, Gasparri, había telegrafiado nuevamente al señor Lenin, en francés, basándose esta vez en «fuentes serias», «que sus partidarios persiguen a los servidores de Dios y especialmente a los que pertenecen a la religión rusa que se denomina (!) ortodoxa. El Santo Padre Benedicto XV le suplica emita órdenes severas para que sean respetados los religiosos de todas las creencias».

El comisario de exteriores Chicherin, descendiente de antiquísima nobleza rusa, que se deleitaba con la música y la literatura, respondió telegrafiendo asimismo en francés, con un texto verboso y mordaz que quizá delataba más bien la pluma de Lenin que «las fuentes serias, que usted menciona, le extravían», que «en nuestro país no sucede nada de eso que acontecía regularmente con los ortodoxos allá donde dominaba la iglesia católica».

Informaba acerca de «supercherías desenmascaradas con las que el clero embauca a las masas populares». Que se habían mostrado a la luz del día «reliquias religiosas supuestamente indestructibles» y que las «tumbas doradas y cuajadas de piedras preciosas no contenían otra cosa que huesos podridos y cubiertos de polvo, guata, tela e incluso medias femeninas». En su despacho, el comisario del pueblo para asuntos exteriores lamentaba, en cambio, «que Ud. no haya cursado protesta alguna contra las innumerables crueldades perpetradas por los enemigos del pueblo ruso: por los checoslovacos, por los gobiernos de Koltchak, Denikin y Petijura, por los partidos que gobiernan actualmente Polonia, que cuentan con arzobispos católicos entre sus dirigentes y torturan cruelmente a los luchadores por la causa del pueblo que caen en sus manos e incluso mandaron asesinar a los miembros de nuestra legación de la cruz roja en Polonia. La voz de la humanidad por la que lucha nuestra revolución no es respetada por aquellos que se consideran sus partidarios. De su boca no ha salido ni una palabra en favor de aquella voz».

El Vaticano, sin embargo, no tenía ningún interés en tensar las relaciones con los soviéticos, ya que éstos perseguían a los ortodoxos y Roma concibió una vez más esperanzas desmedidas de poder heredar el «cadáver descongelado» de la iglesia rusa.

Había, con todo, dos tendencias católicas entregadas a una febril lucha interna al borde de lo grotesco, lucha determinada por sus distintas posiciones nacionales y que giraba en torno a la naturaleza de su misión. El arzobispo Ropp y su vicario en Rusia, el arzobispo J. Cieplak, abanderados de los intereses polacos, propagaban con el máximo celo el rito latino y querían conceder tan sólo una posición marginal al de la iglesia oriental. Cieplak comenzó ya, a escondidas, con la catequesis ilegal para niños, así como con la formación de sacerdotes. Pero el ambicioso arzobispo de Lemberg, conde Septyckyj y su exarca L. Feodorov, nombrado protonotario papal por Benedicto el 1 de marzo de 1921, deseaban eliminar la influencia polaca y una iglesia católica puramente rusa.

Basándose en los plenos poderes que le había concedido Pío X, Septyckyj había nombrado, después de la revolución, al sacerdote Feodorov, quien antes de la guerra había estudiado en Italia con nombre falso, como exarca suyo para toda Rusia, empresa que estaba desde luego condenada a un fracaso total. Feodorov que intentaba influir tanto a Lenin como al papa, acabó en cárceles y en la deportación a Siberia Septyckyj, él mismo, cuyos planes para Rusia no se veían precisamente favorecidos por la concesión de la Orden de Leopoldo, austríaca, juntamente con la condecoración de guerra de manos del emperador Carlos, contactó con el jefe de gobierno de Ucrania, el atamán Petijura, uno de cuyos íntimos era el jesuita belga Boom. Después de que Lemberg fuese ocupada por los polacos Septyckyj tuvo que abandonar Ucrania ante las presiones polacas. Fue a Roma vía Viena y después emprendió un viaje por el mundo, aunque por encargo del papa, para promover la causa de la unión, imprimiéndole, naturalmente, una tendencia anticomunista^[82].

El arzobispo de Varsovia, Kakowski, auténtica cabeza rectora del consejo de regencia entronizado desde el otoño de 1917, operaba en Polonia según los designios del Vaticano y, por descontado, contra la Unión Soviética. A principios de 1920, Benedicto XV envió al asistente general de los Misioneros del Sagrado Corazón, Pater Genocchi, como visitador apostólico a la parte de Ucrania ocupada por los polacos. El dominico Moriondo fue enviado

a Georgia revestido de la misma función antes del triunfo de la revolución bolchevique, para explorar las posibilidades de expansión del catolicismo al sur del Cáucaso y en Crimea, donde mantenían misiones jesuitas napolitanos. El visitador apostólico De Guébriant agitaba en Siberia proveniente de China y el nuncio Micara intentaba influir en el Este desde Praga. No obstante lo cual, todas estas tentativas unificadoras se vieron frustradas.

Otro tanto se puede decir por lo que respecta a los intentos emprendidos por la fuerza de las armas.

El ataque de gran envergadura de las legiones de Pilsudski, bendecidas por el nuncio papal, ataque efectuado con el acuerdo del gobierno anticomunista de la República Popular de Ucrania encabezado por el atamán Petijura, e iniciado el 25 de abril, fracasó asimismo. J. Pilsudski, a quien Polonia confió en noviembre de 1918 los poderes militares y políticos supremos, era el hombre más indicado para el nuncio Ratti y la «Santa Sede». Pilsudski preconizaba la expansión de Polonia hacia el Este y por cierto en amistoso entendimiento con Alemania. Lo mismo deseaba el mariscal francés Foch, un católico, quien en las negociaciones del armisticio había exigido enérgicamente una Polonia «como barrera contra la ofensiva bolchevique», debiendo apoyarle en ello el ejército alemán. Y eso mismo es lo que propugnaba Erzberger, el confidente de Pacelli.

El ataque de Pilsudski hizo concebir grandes esperanzas en un principio tanto más cuanto que, por no hacer acto de presencia el ejército rojo, tuvo gran penetración y permitió ocupar Kiev ya el 7 de mayo. Sin embargo, no se produjo el esperado levantamiento de los ucranianos contra los bolcheviques y la contraofensiva rusa que se inició de allí a pocos días (con J. Stalin como comisario político del ejército de caballería de Budiennyj arrolló a los polacos. Kiev hubo de ser abandonado el 10 de junio. El 4 de julio se inició la ofensiva rusa en el frente occidental y el 14 de julio cayó Vilna mientras que el 28 lo hacía ya Bialystok).

El 7/8 de julio, los obispos polacos exigieron en proclamas incendiarias dirigidas a las tropas y a la población la batalla decisiva contra la Unión Soviética y el 16 de julio apelaron a los obispos del mundo: si Polonia sucumbe ante el bolchevismo, también Europa e incluso el mundo entero se vería en peligro. Y el mismo Benedicto XV escribió el 5 de agosto de 1920 al vicario cardinal de Roma, Pompili: «A partir de ahora no es sola la existencia nacional de Polonia lo que está en peligro, sino que toda Europa está amenazada por los horrores de nuevas guerras». Cuando Polonia inició el ataque, cuando sus legiones avanzaron atacando hasta Kiev el papa no vio peligros ni amenazas en ningún sitio. Cuando, sin embargo, se volvieron las tornas, cuando Pilsudski hubo de enviar, el 10 de julio, una petición a los aliados y el 22 de julio incluso una petición de armisticio a la Rusia soviética, en ese momento el «Vicario de Cristo» y sus prelados vieron a Europa y al mundo en peligro.

En la segunda mitad de agosto, no obstante, la batalla de Varsovia, hiperbólicamente exaltada como «la decimoctava batalla decisiva de la historia» y «milagro de Vístula» menos, desde luego, por las peticiones públicas ordenadas por Benedicto que por la ayuda francesa al alto mando polaco. El mariscal católico Foch había exigido una Polonia fuerte de modo que el jefe de su estado mayor, general Weygand —futuro ministro de defensa del gobierno de Petain que colaboró con Hitler— asesoró a Pilsudski en la reorganización de su

ejército. El nuncio Ratti, no era únicamente un admirador del mariscal Pilsudski, sino también, como solía contar gustoso, ya hecho papa, al embajador francés ante el Vaticano Ch. Roux, amigo del general Weygand. Sacerdotes y soldados... Ratti y el arzobispo de Varsovia Kakowski lloraron, según cuenta el último, lágrimas de alegría «cuando, tras la milagrosa liberación, entonamos juntos el Tedeum» y el «Santo Padre» felicitó el 8 de septiembre de 1920 al pueblo polaco por su victoria sobre la Rusia soviética, aunque la guerra terminase con derrota polaca.

Durante todos esos años, el papa, pese a todo, prosiguió imperturbable su programa. «Benedicto XV —resume un observador de su pontificado— consideraba las comunidades uniatas como puestos avanzados del catolicismo. Bielorrusia y Ucrania eran para él peldaños desde los que la iglesia debía avanzar para recuperar aquella parte del mundo eslavo conquistado por el cisma. Con vistas a Ucrania envió los mejores diplomáticos del Vaticano a Polonia». El 10 de agosto de 1919 recordó una vez más en una alocución su interés por el Este y también ordenó en su momento estudiar las condiciones bajo las que sería posible conseguir una unión de las iglesias, «en el caso de que toda una comunidad disidente solicitase el regreso a la unidad católica» posibilidad con la que se contaba entonces, según ponen de manifiesto memorándums confidenciales. El embajador alemán ante el Vaticano, D. von Bergen que contaba en la curia con el apoyo especial del prelado J. Steinmann, recomendó ya la «participación de círculos financieros con fuertes recursos en capital en la empresa misionera católica». Y las esperanzas se habían inflado tanto en Roma que el representante de la «Sociedad de la divina palabra» en la ciudad, Pater C. Friedriech requirió urgentemente el 21 de diciembre de 1921 al general de su orden para que pusiera a disposición monjes que fuesen como misioneros. «Los círculos bien informados creen en general que pronto sonará la hora de la gracia para Rusia. Algunos quieren creer, incluso, que quizá podría darse hasta una conversión masiva al catolicismo...»^[83].

La desconfianza de los ortodoxos era comprensible. «Se intentaba sacar partido de nuestra desdicha en interés del papa» se lamenta el teólogo N. N. Glubokovskij desde el exilio. Los temores de los ortodoxos que el comisionado de los U. S. A. en Riga notifica al Departamento de Estado en el verano de 1922 eran en verdad alarmantes. Según él, los soviéticos habían propuesto en noviembre de 1921 al Vaticano a través de un hombre de confianza destacar una misión en Moscú para sondear las posibilidades de una «religions exploitation of Russia by the Román Catholic Church» a raíz de lo cual Roma envió también al jesuita americano Waish. (Más tarde le ordenó regresar a instancias del gobierno soviético que halló a Waish «insincero, intrigante, con actitudes de yankee» y, literalmente, le cortó el grifo, es decir, lo dejo sin agua y sin corriente). El 29 de mayo de 1922, el comisionado de los U. S. A. notifica que los bolcheviques proyectan escindir y debilitar a la iglesia ortodoxa rusa mediante un acuerdo con los jesuitas. El Vaticano por su parte espera, mediante esa escisión, someter a su dominio a la iglesia ortodoxa.

Una proclama del sínodo de Karlowitz después del encarcelamiento de los patriarcas asevera asimismo que el papa ha sellado un acuerdo con los bolcheviques y «se esfuerza por aprovechar, en favor de los interesados objetivos del catolicismo militante, las persecuciones y la gloria de la iglesia ortodoxa rusa».

No es casual, en modo alguno, que el patriarca Tichon incluya a los católicos, incluso en su testamento, entre los «enemigos de la Santa Ortodoxia». Y su sucesor, Sergij, pensaba otro tanto. Tan sólo unos años después recordó la «experiencia histórica» de los ortodoxos, que, «después de librarse de los cruzados católicos, sintieron como auténtica fiesta hasta la misma imposición del yugo turco». Pero Benedicto XV había muerto entretanto. Feneció con imprevista brusquedad el 22 de enero de 1922: «de forma totalmente inesperada», «contraído en sí mismo por los dolores» y de forma «desconcertantemente rápida», «como segado antes de recoger la cosecha» —opinaba el cardenal Mercier de Bélgica—, «como un artista en medio de su obra». Battistini, el «medido de cámara» declamaba como un comediante de farsa: «¡Tómame a mí, Señor, pero salva al papa!». Es comprensible que surgiera el rumor de su envenenamiento, al igual que, según los mentideros del Vaticano, él mismo había envenenado a un rival. «Queremos ofrecer gustosamente nuestra vida por la paz del mundo» fueron, supuestamente, sus últimas palabras. También su antecesor Pío X, junto al que, según su deseo, fue sepultado, dijo presuntamente en su última hora: «Ofrendaría gustoso mi vida si con ello pudiera rescatar la paz en Europa»: después de hacer cuanto estuvo en su mano para precipitar juntamente con otros el mundo en el caos. Inventar tan nobles sentencias resulta fácil: para edificación de los hijos y de los hijos de los hijos y destinadas a generaciones de estudiosos de la historia. Realmente nada se pierde con pronunciarlas. Los bobos las creerán siempre y esta especie no escasea.

Dicho sea de paso: a los papas de los últimos años les gustaba vivir y ser longevos. León XIII alcanzó los 93 años, Pío X los 79, Pío XI 82, Juan XIII 82, Pablo VI 81. Incluyendo incluso a los dos soberanos de la iglesia muertos en edades más jóvenes, Benedicto XV, que «expiró entregando su alma pura con un gesto de amor inagotable en su rostro» y Juan Pablo I, que murió, apenas iniciado su pontificado, de formas confusamente múltiples, salta a la vista que la esperanza de vida de los «Santos Padres» es considerablemente más alta que la nuestra. Se impone la conclusión: ni el cargo conlleva un desgaste excesivo, ni tampoco es excesivo el anhelo de sus titulares por ir rápidamente al cielo. Sospecha que toma más cuerpo al considerar la estupenda actividad de sus médicos de cámara. También algunas «últimas palabras» de índole muy distinta. Recordemos verbigracia, la concluyente profesión de fe de Pío X: «Hágase la voluntad de Dios... pero creo que aquí acaba todo» o la frase de León XIII inmediatamente antes de reunirse con Cristo:

«La catástrofe se avecina...».

Es de constatar que los papas tienen bastantes menos miramientos con las vidas de los demás —sobre todo si se trata de las de las ovejas de su grey— que con las propias: Esto es algo que también ilustra, y de modo conmovedor, el pontificado del sucesor de Benedicto que aprobó, y con no poco calor, la invasión depredadora de Abisinia y la guerra civil española; que concluyó concordatos con asesinos monstruosos como Mussolini y Hitler; que, en general, colaboró para llevar al poder a toda la flor y nata de los bandidos fascistas y a la humanidad a la segunda guerra mundial.

PÍO XI (1922-1939)

«Lo que aquí mencionamos son únicamente los rasgos generales de ese monumento que Pío XI se erigió a sí mismo con la obra de su vida. Son, sin embargo, suficientes para que a su través se vislumbre una cúspide que produce vértigos». «Pío XI pertenece a esta clase de hombres que la providencia sólo concede una vez en varios siglos»

(El papa Pío XII)

«El Santo Padre Pío XI entrará, sin duda en la historia como uno de los papas más grandes de la Iglesia Católica»

(El cardenal secretario de estado Gasparri)

«Según la opinión hoy más común, Pío XI figura entre las grandes personalidades de la historia... y el juicio de Papini, ese representante genial de la cultura contemporánea, de que Pío XI ha sido uno de los sucesores de Pedro más perfectos con que Cristo haya agraciado jamás a su Iglesia, sigue manteniendo su vigencia». «Pío XI encaminó sus pasos por la ascendente vía cristiana... hasta alcanzar las cimas de la perfección: un auténtico varón de Dios, un gigante del espíritu contemplativo y apostólico al mismo tiempo, una síntesis armoniosa de los ideales cristianos»

(El cardenal Carlo Confalonieri)

Achille Ratti nació el 31 de mayo de 1857 en la Lombardía y era hijo de un comerciante. Fue bibliotecario y hombre muy suyo. El que más tarde sería general de los jesuitas, Wernz, fue uno de sus profesores. Había pasado 25 años en la Ambrosiana de Milán, de la que fue prefecto a partir de 1907. En 1912 llegó a proprefecto de la biblioteca vaticana bajo el jesuita Enríe («Soy —decía este último— en primer lugar, servidor de la Iglesia, Alemán lo soy en segundo lugar»), a quien él mismo elevaría después al cardenalato. En 1914, era ya prefecto. En 1918, visitador apostólico, y en 1919, nuncio. Aseguró a los polacos la benevolencia papal e hizo cuanto estuvo en su mano para reforzar el nuevo estado contra la Rusia soviética y el comunismo del Este.

Con todo surgieron a cada paso desavenencias, fundamentalmente a causa del problema de las nacionalidades. Ni lituanos, ni letones, ni estonianos, ni tampoco los

ucranianos, querían desaparecer absorbidos por la Gran Polonia, pero la estrategia antisoviética exigía, sin embargo, una Polonia fuerte. Simultáneamente, el Vaticano no podía secundar totalmente al gobierno Polaco, si no quería ofender gravemente a las otras naciones. Todo ello causó malestar y controversias. Ratti acabó por fracasar en relación con el forcejeo en torno al referéndum de 1920 en Silesia.

Ratti ejerció al respecto funciones de comisario supremo, quizá también —igualando en eso al clero polaco— de «instrumento comprensivo» del gobierno polaco. Así lo aseguraba en todo caso la propia gaceta del Centro, la ultramontana *Kölnische Volkszeitung* (Diario de Colonia), el 11 de diciembre. Cuestión controvertida es la de si practicó una política antialemana. Su actitud era hermética^[84]. Mientras que el cardenal de Breslau, Bertram, también veía en él a un amigo de los polacos, algo que nunca le perdonó el futuro papa, el 30 de noviembre se presentó en el Sejm de Varsovia una moción de desconfianza contra el nuncio, a raíz de lo cual éste retornó a Italia el 2 de diciembre sin que el Vaticano lo hubiese revocado.

Los polacos le tomaron a mal sus contactos con la Rusia soviética, sus esfuerzos, ya en 1918, por salvar la vida del tiran príncipe Jorge, y lograr la puesta en libertad de la zarina y de sus hijas. Es más, y no deja de ser curioso, las mayores antipatías las cosechó, al parecer, por parte de las damas debido a que evitaba «los salones, frecuentados por mujeres de desvergonzados atuendos» de la sociedad exquisita, pero en 1920 no huyó ni siquiera a la vista del ejército rojo a causa, según la especie que circulaba en Varsovia, de los ruegos de una señora de la alta nobleza. ¡Eran, naturalmente, meros rumores! Estas «encantadoras hijas de Eva echaron sobre el casto monseñor aquel zafio y calumnioso sambenito» tan solo por haberlas tenido muy poco en cuenta (Stehie). (En sus años mozos las cosas debieron ser muy distintas, pues Ratti destacó por su atención preferente, en aras de la acción pastoral, para con el sexo débil. Fue capellán de las hermanas de la eucaristía, pronunció charlas espirituales ante monjas y otras damas, fundó una asociación de maestras católicas, ejerció la guía espiritual de sirvientas alemanas y fundó el hogar femenino de las hermanas grises). ¡Y tenían que ser precisamente las mujeres las que colaborasen ahora en el derribo de «aquella hermosa cabeza, que, aunque fuese tan sólo por su apariencia externa, constituía un milagro de la creación»! De un hombre como aquél, que, una vez papa, no sólo rechazó la coeducación, (pues se basaba en «una lamentable confusión de ideas») sino que reprobaba asimismo toda instrucción sexual, pues «de ella resultan prácticas perniciosas que, más que consecuencia de la escasez de conocimientos, surgen más bien de la voluntad de suscitar peligrosas situaciones para la tentación». Tampoco faltó otro nuncio, Pecci, que llegó a padre antes de su ascenso a papa, dejando un hijo en Bruselas.

En cualquier caso, puede decirse en favor de Ratti, hombre de «tal grandeza y perfección» —así lo glorifica su sucesor Pío XII—, ese «hombre de Dios de una pieza» —así lo ensalza otro prelado de la curia— que estuvo «vinculado larga y fecundamente a una mujer» a quien amaba «tierna e infantilmente» y cuya gruta «visitaba él cada día» en los jardines vaticanos. —«¡Qué hermoso resulta siempre ver a la *Madonna*»— que moraba día y noche junto a él! Pues —¡Oh gusto exquisito!— no se conformó con que «un asombroso reloj de madera tocara el Ave María de Lourdes a las 5 en punto de la mañana», sino que, «de noche y sobre una cómoda colocada ante su cama había una placa cristalina luminosa

en la que relucía una *madonna* con su divino niño y otra figura de cristal tallado, también reluciente, con la forma de la torre del faro de Mesina, consagrado a la santa Virgen. Algo que le estimulaban en sus meditaciones en las noches de sus últimos años, noches que había de pasar en permanente vigilia, forzado por el dolor». Todavía al borde de la muerte se sintió henchido «del puro fulgor de la virgen inmaculada», de la «blanca señora de la gruta de Lourdes». E inmediatamente después «la voluntad de Dios lo convocó a contemplar directamente el resplandor celeste de María».

No en vano, siendo aún visitador apostólico, había ido de inmediato al santuario de Nuestra Amada Señora de Tchenstoschova, en Polonia y poco antes de que concluyese su misión en aquel país, también al de Lourdes, al frente de una expedición de peregrinos. Ya desde 1875 era miembro de la «Hermandad del inmaculado corazón de María para la conversión de los pecadores». Y una vez papa solía saludar las fiestas de la inmaculada «con una exclamación característica» que expresaba su alegría por la celebración: «Una vez más nos hallamos in splendorebus Immaculatae Conceptionis».

No es menos cierto, por otra parte, que precisamente aquel predecesor suyo que estableció, en el año de 1476, la fiesta de la Inmaculada Concepción, fue uno de los más rijosos, capaz de asaltar sexualmente a su propia hermana e hijas y constructor no sólo de la capilla llamada sixtina, sino también de un burdel que le permitía recaudar impuestos de sus ramerías de Roma por un monto de 80.000 guldos de oro. Por otra parte, su hijo, el cardenal Pietro Riario, titular de cuatro obispados y de un patriarcado, que le suponían unos ingresos anuales equivalentes a unos 150 millones, abusó de tal modo del coito que murió literalmente en uno de ellos cuando contaba 28 años.

El 13 de junio de 1921 Benedicto XV nombró a Ratti arzobispo de Milán y cardenal a raíz de lo cual desplegó una actividad casi febril, llegando a veces a pronunciar diez sermones cotidianos. Y cuando al año siguiente murió Benedicto y los telegramas y las manifestaciones de condolencia parecían no querer acabar en el Vaticano; mientras los cardenales elogiaban al muerto como «benefactor de la humanidad, apóstol del amor al prójimo y papa de la paz», Ratti tampoco se olvidó en Milán de ensalzar al difunto, de palabra y por escrito, como «padre profundamente llorado y benefactor de la humanidad» (*lucerna lucens in caliginoso loco*), como «heraldo imperturbable de la paz, como inagotable inventor de sugerencias siempre nuevas y de lenitivos del dolor, como promotor y centro de un movimiento hacia Roma de dimensiones hasta entonces desconocidas, escritor de páginas esplendorosas e indisolubles en el libro de la historia, que sabrá dar perenne noticia de sus méritos singulares...».

Y por cierto que también dará noticia de los méritos singulares que A. Ratti contrajo como papa. Fue elevado a este cargo el 6 de febrero de 1922, como un candidato de compromiso, en el decimocuarto escrutinio con 42 de los 53 votos (en un conclave bastante agitado en el que, inicialmente, se enfrentaron las mismas tendencias que en 1914). Tras un «silencio tímido y meditabundo de dos minutos» aceptó modestamente la elección, se denominó Pío XI, transformó las tres ratas que «ornaban» originariamente su blasón en tres bolas e hizo de la sentencia «Pax Christi in regno Christi» su programa de gobierno, programa que quería fusionar el de Benedicto XV con el de Pío X, ¡el programa de dos apóstoles de la Paz!

Él mismo aclaró también el nombre escogido; «El nombre de Pío significa paz. También yo quiero consagrar mis energías a la pacificación del mundo, de la que también mi predecesor era abanderado». Tenía el propósito «de proseguir y llevar a su culminación aquella obra en la que residía el mayor mérito y la mayor fama de Benedicto XV, a saber, la de devolver la paz al mundo»^[85].

Con ayuda de este papa pacífico, piadoso y perfecto —que ya octogenario seguía fiel a «las prácticas piadosas que le eran familiares desde su época de seminarista: rezo del breviario, del rosario, visita del santísimo y ejercicios espirituales»; que «veía en la Iglesia el Reino de Dios sobre la Tierra»— se hicieron posibles las dictaduras de Mussolini, Hitler y Franco y la conducción de las naciones hacia la II Guerra Mundial.

La toma del poder por Mussolini y la actitud del Vaticano

«Durante los dos decenios de régimen fascista los miembros del alto clero loaron y aprobaron todo —con algunas salvedades platónicas— y lo hicieron de forma tan entusiasta y exagerada que hasta los más indulgentes tenían que sentir que aquello no se ajustaba al carácter y a la misión evangélica de la Iglesia»

(El jesuita A. Tondi)

El fascismo italiano, el más antiguo de los movimientos fascistas, surgió a partir de factores diversos de índole social y económica, de las crisis de un parlamento liberal, que se paralizaba a sí mismo, y, como consecuencia inmediata, de la guerra. En último término se propagaba una política colectivista fuertemente antiliberal. Eso hacia adentro. Hacia afuera un imperialismo nacionalista que culminaba en la divisa del «*mare nostrum*» en las reivindicaciones territoriales alrededor del Mediterráneo. Los primeros fascistas eran exsoldados del frente que glorificaban la guerra y el patriotismo, se encuadraban en fascios de combate, semejantes a los cuerpos francos, y trasladaban al terreno político los métodos de lucha en batalla. Emprendían acciones propias de las fuerzas de choque, se agrupaban en batallones rígidamente organizados, conquistando comarcas enteras y ocupando ciudades. Se le había tomado gusto a la aventura, a la violencia, al poder. El viejo amigo de Mussolini, G. d'Annunzio, autor muy celebrado, emprendió ya el 11 de septiembre de 1919 un golpe de mano contra Fiume, ciudad que otrora perteneció a Hungría y entonces a Yugoslavia (Rijeka), estableciendo allí —una vez se retiraron, por orden de sus gobiernos, las tropas de ocupación inglesas y francesas—, durante 16 meses, una especie de dictadura de opereta con desfiles dignos de la escena teatral, banderas con calaveras, puñales desenvainados, etc. Ítalo Balbo realizó una marcha con una «columna de fuego» con decenas de millares de camisas negras —vestían de negro en señal de duelo por Italia— hacia Ferrara y Ravena. Bolonia fue ocupada, también Bolzano. En un sitio se obligaba a dimitir al comisario del estado. En otro al prefecto.

Cierto que los fascistas sufrieron una seria derrota en las elecciones de otoño de 1919, pero el tiempo trabajó en favor suyo con la subida vertiginosa de los precios, las huelgas, el

fiasco del partido liberal, que llevaba años gobernando, la impotencia de la democracia y — como siempre— la desunión de la izquierda. Mientras aumentaban la penuria, la miseria, la inflación y el paro, muchos funcionarios municipales y disputados socialistas fueron desbancados. Fueron organizadas «expediciones de castigo» y muchas sedes de redacciones de periódicos enemigos quemadas, (entre otras el edificio del socialista *Avanti*, del que Mussolini había sido director antes de la guerra). Muchas casas del pueblo y círculos culturales fueron destruidos, muchas cooperativas y sindicatos disueltos. A la par que se amenazaba, apaleaba y asesinaba a muchos socialistas prominentes, se tranquilizaba, con declaraciones de lealtad, a la nobleza, a los militares y al clero y se ganaba para la causa a los círculos de la gran burguesía. Todos ellos temían menos a las bandas fascistas que a los gritos de «Viva Lenin» que resonaban por toda Italia. Temían a los comunistas en fase de organización, que reavivaban la acción de una parte de los trabajadores y que constituyeron un partido propio desde el Congreso de Livorno, en enero de 1921.

A todo esto, los «fasci» aumentaron tan solo de octubre de 1920 a octubre de 1921 de 190 a 2.200 con nada menos que 300.000 camisetas negras. El presidente de gobierno, G. Giolitti, uno de los políticos italianos más importantes del siglo, que seguía una táctica sinuosa entre la derecha y la izquierda, intentó ciertamente absorber al fascismo en 1921 mediante una alianza con los fascistas (y debilitar al mismo tiempo tanto a los socialistas como a los católicos). Sin embargo, aunque los éxitos electorales de los fascistas siguieron siendo modestos —35 diputados de un total de 535— el terror siguió en aumento hasta alcanzar dimensiones desconocidas en el resto de Europa. De forma cada vez más encarnizada «los asesinatos, las violaciones, los saqueos y los arrasamientos a fuego continuaron asolando de arriba abajo al país. Sin previa provocación, se llegaba a abatir al enemigo político allá donde se le encontrase mientras todo el aparato del estado se limitaba a mirar con los brazos cruzados y éste iba delegando tácitamente su autoridad en favor de los fascistas». Realmente el gobierno toleraba silenciosa, pasivamente —cuando no complacidamente— todas estas acciones a las que el ejército proporcionaba las armas; la policía su protección, la justicia su impunidad y los industriales y, especialmente, los grandes terratenientes, su financiamiento. El terror llegó a adoptar «dimensiones gigantescas», «proporciones que lo asemejaban a una masacre» y, en medio de huecas y continuas apelaciones a la paz y al amor, contaba con la secreta bendición del papa. Que el fascismo surgiese precisamente en el centro del catolicismo romano no tiene en absoluto nada de casual.

Que Benedicto XV hiciese llegar al director del *Popólo d'Italia*, (diario en el que Mussolini se había destacado por sus exigencias radicales, en parte revolucionarias, en parte nacionalistas, durante la guerra) «el testimonio de su favor especial» no es seguro. Consta, sin embargo, que lo hizo su sucesor, Pío XI.

Es cierto que la «Santa Sede» rechazó rotundamente al fascismo en sus inicios, a esos «locos» que «a menudo se comportan peor que los socialistas, cuya violenta conducta puede conducir a la guerra civil». Pero no era ciertamente la violencia la razón de ese veredicto de la curia. Los papas sabían apreciar la violencia si ésta se usaba en beneficio suyo.

Ocurría que B. Mussolini, antiguo maestro de escuela, después secretario de un sindicato, era ateo y anticlerical. «Dios no existe», dijo en 1904 y lo calificó de «monstruoso engendro de la ignorancia humana» y a Jesús, si es que acaso existió, de personalidad *piccola e meschina*. Pero así como, siendo hijo de un anarquista y socialista de la Romana roja, se transformó, después de haber sido marxista heterodoxo, en archinacionalista, chovinista y fascista manteniendo aún, en un principio, tendencias radicales de izquierda, apenas creíbles, durante la I Guerra Mundial, ahora desechó su papel de apasionado aborrecedor de la Iglesia para transformarse en socio de la misma, en un conservador aparentemente católico, siendo, en realidad, un cínico oportunista. Todavía en 1919, año en que fundó, el 23 de marzo, su nuevo movimiento revolucionario, «*i fase i di combattimento*» —es significativo que ello sucediese en la Cámara de Industria y del Comercio de Milán— figuraba en una lista electoral junto al periodista Podrecca, director de la revista *Asino*, la publicación más visceralmente anticlerical de toda Italia. Su novela «La querida del cardenal» tenía tonos rabiosamente anticlericales y todavía en 1920 tildaba de absurda la religión y de enfermos a las personas religiosas. Escupía sobre los dogmas y encarecía: «Los insultos de la clerical me sirven para engalanarme como si fuesen una corona de flores fragantes». «Nunca —subraya el excelente libro de Borgese sobre Mussolini— se había declarado una guerra tan despiadada a la ética y a la religiosidad cristianas como la que entrañaba la teoría fascista del estado y de la guerra. Entre ambos poderes parecía inevitable una guerra sin cuartel».

Pero entonces, Mussolini, propagandista del uso sistemático de la violencia, asumió la tradición católica en su afán de dominar el orbe. El 21 de junio de 1921 se distanció de tal modo de su odio al clero que el cardenal Ratti exultaba pocos meses antes de su elección: «Mussolini está haciendo rápidos progresos y con su ímpetu elemental barrerá cuanto se le interponga en el camino. Mussolini es un hombre prodigioso. ¿Me oye? ¡Un hombre prodigioso! Es un recién convertido. Proviene de la extrema izquierda y tiene el celo impulsivo del novicio... El futuro es suyo». El 22 de diciembre de 1922 el papa insinuaba negociaciones, que duraban ya dos años, sobre algunas sugerencias de Mussolini. Y éste se envanecía más tarde de que su política frente a la religión se inició bastante antes de los Acuerdos de Letrán. «Se inicia el año 1922, ¡incluso ya en 1921! Léase el discurso que yo pronuncié entonces en la cámara».

Realmente ya había proclamado en su momento «que la única idea universal que hoy existe en Roma es aquella que irradia desde el Vaticano». Y el día en que A. Ratti fue elegido como Papa acudió presuroso a la Plaza de San Pedro acompañado por el vicepresidente y por el secretario del partido fascista y allí se sobrecogió, cuenta uno de sus acompañantes «ante el grandioso espectáculo que ofrecían la muchedumbre del pueblo y la majestad de la arquitectura vaticana», que en ese momento presentaba un aspecto aún más solemne por albergar un profundo secreto tras sus muros. Durante un buen rato el *Duce* se mantuvo silencioso, asombrado, conmovido, como si quisiera abarcar aquel cuadro imponente: «Es increíble que los gobiernos liberales no hayan comprendido que la universalidad del papado, del heredero de la universalidad del imperio romano, representa la mayor de las glorias de la historia y de la tradición de Italia». Poco después, Mussolini mismo proclamaba, por carta, que como ciudadano de Milán se hacía partícipe «de la alegría

general de los milaneses por la elevación a Papa del cardenal Ratti» y daba fe de que éste «posee, aparte de las cualidades que yo denominaría religiosas, también aquellas que lo hacen simpático al mundo profano. Es un hombre de amplia formación histórica, política y filosófica que ha acumulado mucha experiencia en el extranjero y conoce a fondo la situación en la Europa del Este... Sustento la opinión de que con Pío XI mejorarán las relaciones entre Italia y el Vaticano».

Es seguro que en su fuero interno Mussolini seguía siendo anticlerical, como ponen de manifiesto incluso algunos discursos públicos y hasta un amplio informe de la Cámara, del año 1929, sobre los Acuerdos de Letrán. Incluso en épocas posteriores atacó una y otra vez al papado calificándose a sí mismo de gibelino y de no creyente. Ahora bien, necesitaba al papa y éste lo necesitaba a él, al «hombre prodigioso» a quien, como Ratti sabía ya en 1920, «pertenece el futuro». Y como Mussolini era ya, en tanto que primer ministro, (desde el 30 de octubre de 1922) el hombre del futuro, el papa y el alto clero marchaban con él como también marcharon, diez años más tarde, con Hitler. Como también marcharían no cabe duda, con los comunistas ¡y hasta con el mismo diablo!, si ello redundase en su ventaja. Los propios teólogos e historiadores católicos subrayaron tan a menudo la disposición del papado a pactar con todo gobierno que lo favorezca que esa cuestión no necesita ya ser documentada con más pruebas. Aquél llegó también a un arreglo con la Revolución Francesa y dispuso que se negociase no sólo con Lenin sino también con Stalin. En el aspecto económico, confesó el cardinal Gasparri —que ya en 1922 había reconocido, aunque no con tanto entusiasmo como el que ya antes había mostrado el cardenal Vannutelli, «los beneficios del movimiento fascista»— la Iglesia es completamente indiferente. Teóricamente *«non ha nulla da opporre pregiudizialmente ad una organizzazione statale comunista»*.

La ideología de un estado es algo que resulta bastante indiferente a cualquier jerarquía cristiana. Lo que importa es sacar partido de ella. Cuando ya no necesita a un estado lo deja en la estacada, por grandes que sean los favores que le deba, y busca al estado fuerte de turno. Es así como los papas se aferraron a los bizantinos, a los francos, a Pipino, a Carlomagno, a los Otones, etc. Y ahora le llegaba justamente el turno a Mussolini, el hombre prodigioso a quien pertenecía el futuro. Ya en agosto de 1922 había aplastado la huelga general de la izquierda mediante luchas que duraron tres días y el 24 de octubre, ante 50.000 camisetas negras, ordenó en Nápoles a L. Facta, el último presidente de gobierno de la Italia prefascista, que dimitiera antes que transcurrieran 48 horas. Y Facta, a quien el rey denegó la proclamación del estado de guerra, obedeció.

Pero ya inmediatamente después de la «marcha sobre Roma» —que el Vaticano celebró de inmediato— dijo el cardenal Gasparri: «Giulitti, Salandra, Sonnino, Orlando, Nitti, todos están acabados». La curia estaba satisfecha. Los gabinetes liberales habían destruido el estado pontificio, habían introducido la libertad de opinión y confesión secularizando con gran éxito el sistema educativo. En una palabra, habían arrebatado al Vaticano unos privilegios, que se afanaba por recuperar por todos los medios. Gasparri confesó por ello al legado austríaco ante el Vaticano, Von Pastor, su alegría por la toma del poder del *Duce*, pues, «por parte de Mussolini no amenazaba a la Iglesia ninguna medida hostil» y Gasparri había recibido al respecto «ciertas garantías». Así pues, el cardenal secretario de estado

hacía constar seguidamente que «el movimiento fascista era una necesidad, ya que Italia avanzaba rumbo a la anarquía... que el rey obró sabiamente al no oponerse a los acontecimientos». Pues hasta el mismo Pío XI confesó en 1929 que conferenciaría *col diavolo in persona* si con ello salvaba aunque fuese una sola alma^[86].

Negociar con el diablo en persona, eso significaba la aplicación de la más tenebrosa de las políticas equiparándose en todo a cualquier poderoso «temporal», salvo en ciertas galas metafísicas que permitían por ello mismo ser más refinado, más péfido. De ahí que Pío XI se expresase así, ya en sus primeros años de pontificado: «Nos obramos sólo en y desde la religión. Cuando luchamos por la libertad de la Iglesia, por la santidad de la familia, de la escuela y de los días consagrados a Dios, sólo defendemos la religión. En todos estos y en otros casos similares no es la política lo que está en juego...». Claro que: «Si la política — prosigue Pío XI— penetra hasta al altar, entonces la religión, la Iglesia y el papa que las representa tienen no sólo el derecho, sino también el deber de dar instrucciones y directrices que las almas católicas tienen el derecho de exigir y el deber de obedecer». Fue el divino Maestro quien nos trazó la gran línea política cuando dijo: «dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Y también los apóstoles tocaron el nervio de las cuestiones políticas al enseñar: «todo poder viene de Dios».

Aplicando esa política que abarca absolutamente todo, para la que nada hay que no sea político, Pío XI, hombre de temperamento reservado, muy inclinado a tomar resoluciones arbitrarias, sabía apreciar también en otros los rasgos autoritarios que le eran propios y Mussolini se fue ganando gradualmente su favor.

Ambos provenían de Milán y tenían mucho en común. Ambos odiaban a comunistas, socialistas y liberales. Al descendiente de una familia conservadora bien acomodada le resultaba tan repugnante todo cuanto oliese a comunismo o socialismo (él, como sus antecesores, lo metían todo en el mismo saco), que abominaba incluso del catolicismo social. Tanto para el papa como para Mussolini no sólo el socialismo y el liberalismo eran variantes del comunismo, sino que lo eran hasta la socialdemocracia y el racionalismo. Ambos, la Iglesia católica y el fascismo, propagaban una imagen maniquea, apta para embaucar a las masas, en la que sólo existían el bien y el mal, la luz y las tinieblas. El principio del caudillaje era para ambos primordial. De ahí que abogasen por la autoridad, la disciplina y la obediencia con la misma convicción con que combatían contra la libertad individual y la igualdad social. Ninguno de los dos quería saber nada de crítica o discusión e imponían a los hombres una tutela que los reducía a meros receptores de órdenes.

El papa y el *Duce* se entusiasmaban con las hazañas patrióticas y todo lo militar. Ya durante la primera guerra mundial decía el entonces prefecto de la biblioteca vaticana que, de no ser ya demasiado viejo, él mismo iría al frente. Años después Ratti admiró al mariscal polaco Pilsudski y su dictadura de derechas disfrazada de democracia, «baluarte» del antisovietismo. Y siendo ya soberano de la Iglesia no perdió su debilidad por el poder y el militarismo. Al contrario. Uno de sus allegados más íntimos cuenta que «Pío XI introdujo en el Vaticano la costumbre de las grandes recepciones y fue el primero en acoger a miembros de las tropas italianas... Y poco a poco este contacto con el exterior se fue convirtiendo en componente del ceremonial. Al igual que se hizo con las antiguas tropas alpinas, se fueron concediendo recepciones paternas a las de artillería, a las unidades lanzagranadas, a la

caballería, a la infantería y a las restantes armas y unidades especiales, para todas las cuales celebraba el papa la santa misa en la basílica de San Pedro. Las otras naciones tomaron ejemplo de estas recepciones y cuando los barcos de guerra del viejo y del nuevo mundo atracaban en puertos italianos se programaba una visita a Roma por parte de soldados y marinos, audiencia papal incluida».

Pío XI, «*nato per il comando*», un «carácter granítico», y el *Duce*, «que siempre llevaba razón» reaccionaban autoritariamente y con hostilidad al compromiso. El pueblo debía pensar lo que pensaban sus dirigentes y obrar según sus órdenes. El *Gran Consiglio* del fascismo era, aparte de ello, una evidente imitación del denominado Sacro Colegio y en términos generales el fascismo italiano, según escribe un libro con su *imprimatur*, estaba estructurado a imitación de la Acción Católica, fundada por Pío XI en 1922. La sucesión del *Duce* estaba sometida a reglas similares a la del papa. Ambos aludieron a negociaciones entabladas ya antes de la farsa de la «Marcha sobre Roma» que Mussolini cubrió en el coche-cama del expreso Milán-Roma y provisto del encargo de formar gobierno antes de que sus partidarios alcanzasen la capital: ¡una revolución fomentada por el mismo Rey! En el gobierno de coalición liberal-conservadora sólo había cuatro ministros fascistas de un total de catorce. Éstos constituían tan sólo el 10% de los diputados. «¡Fuego! Durante cinco minutos solamente —decía el entonces jefe del Estado Mayor, Badoglio— y no se volverá a oír nada más del fascismo» (También Badoglio demostraría, por cierto, su versátil talento. Tras haber simpatizado inicialmente con el fascismo, quiso impedir la «Marcha sobre Roma» con el ejército. Después, sin embargo, que Mussolini lo confinase como embajador en el lejano Brasil, se congració rastreramente con él, se convirtió nuevamente en jefe del Estado Mayor, en mariscal, en duque de Addis Abeba —durante los triunfales años treinta— y en Virrey de Etiopía. Con todo, cuando a principios de los años cuarenta se perfilaba ya el fin del fascismo, contactó oportunamente con círculos antifascistas y con los aliados llevando su ascenso hasta la propia jefatura del gobierno en 1943).

Pío XI, no obstante, abrigó desde el principio una simpatía, si no por el fascismo, sí desde luego por su caudillo, el «hombre prodigioso», simpatía que no hizo sino aumentar. El papa tenía clara debilidad por las personas supuestamente «inspiradas por la providencia», por «los predestinados». «Lo que nos falta para fundamentar la paz son los predestinados», manifestó en agosto de 1923 frente al embajador belga en el Vaticano, ante quien, diez meses después de la «Marcha sobre Roma», confesó asimismo: «Dios ha inspirado a un hombre así en favor de Italia... sólo él ha captado lo que necesita su país para librarlo de la anarquía en que lo habían sumido un parlamentarismo impotente y tres años de guerra. Usted puede ver cómo la nación le sigue fascinada».

Liberación de la anarquía, conducción hacia la paz, ése es el significado que Mussolini, *Il fascista*, tenía para el «Santo Padre». Pero bajo «paz» se había de entender paz entre el Estado y la Iglesia y, sobre todo, la solución de la cuestión romana, eso y nada más. Y cuando Pío XI ensalzaba, también en años posteriores, a Mussolini como «el hombre extraordinario que rige actualmente y sin traba alguna los destinos de Italia y que tantos éxitos ha cosechado ya por el bien del país» estaba, en verdad, pensando en los éxitos por el bien de la Iglesia. Pues, habitualmente, los éxitos que redundan en bien del país le resultan indiferentes a un papa. Con todo, más de uno podría pensar que los éxitos por el bien de la

Iglesia también redundan siempre en el bien del país. La historia, desde luego, enseña más bien lo contrario.

¿Pues en qué consistían los éxitos por el bien del país? En que se volvieron a fijar crucifijos en escuelas y juzgados. En que, «como fundamento y coronación» de la enseñanza, la escuela básica volvió a impartir religión. En que las escuelas católicas fueron nuevamente equiparadas a las públicas. En que, por decreto gubernamental, textos kantianos fueron substituidos por otros de Agustín y Tomás de Aquino. En que la universidad católica del «*Sacro Cuore*» en Milán, fue oficialmente reconocida. En la devolución de iglesias y monasterios confiscados. En la donación, a favor del Vaticano, de la biblioteca del palacio de los príncipes de Chigi con archivos importantes del pontificado de Alejandro VII. En el aumento de las subvenciones estatales para edificaciones eclesiásticas. En el mayor respeto con que se trataba nuevamente a los dignatarios eclesiásticos. En que el gobierno fascista prohibió la pornografía, dio reconocimiento legal a varias festividades católicas y se mostró además dispuesto a participar oficialmente en las grandes fiestas católicas y a defender la política católica respecto a la familia «con la misma inflexibilidad... con la que defendemos la integridad de nuestra patria». En que todas las leyes que afectaban al catolicismo fueron revisadas absolutamente de acuerdo con los deseos del clero. ¡He ahí los grandes éxitos por el bien del país! Las medidas favorables al clero fueron liquidando paso a paso toda la legislación laica de la era liberal y reforzando enormemente el poder del catolicismo.

Mussolini mismo se manifestaba así en una entrevista concedida al *Echo de París*: «Lo que hace falta es disciplina, obediencia, respeto a la tradición y a la religión. Un pueblo es moralmente bueno cuando es religioso y si es moralmente bueno será fuerte. Italia es católica y yo he incluido la enseñanza de la religión en las escuelas... Pero la ley no desea que esa enseñanza se imparta de forma arbitraria, sino según las normas de la doctrina católica, por sacerdotes y maestros bien vistos por las autoridades católicas... Nuestras relaciones con la Santa Sede son inmejorables y por nuestra parte nos mostramos muy deferentes. Sería grotesco exigir de nosotros que ignorásemos un poder semejante, bimilenario, cuya influencia aumenta de día en día y que se extiende a más de cuatrocientos millones de almas».

Mussolini otrora anticlerical y ateo, que en su primera comparecencia en la cámara invocó la «asistencia divina» algo que ninguno de sus predecesores consideró necesario desde el año 1870, no solamente incluyó seis sacerdotes católicos en su primer gabinete (Cavazzoni, Gronchi, Merlin, Milani, Tangorra y Vasallo), sino que además él, el fascista exsocialista, saneó también enseguida las finanzas de la Santa Sede. Pues según escribía el *Münchener Zeitung* (Diario Muniqueés) en los años veinte, «il Duce» se percató bien «de que el Vaticano es un poder religioso cuya aquiescencia no se obtiene con cuestiones políticas o materiales». «Mussolini —aleccionaba también en su momento el *Bayerischer Kurier* (“Correo de Baviera”) a sus lectores— no envió inmediatamente después de su “Marcha sobre Roma” cualquier delegación ridícula al Vaticano, ni tampoco intentó granjearse la amistad del poderoso sumo sacerdote haciéndole objeto de obsequios sin tacto, sino que tomando el camino correcto aclaró primero las cuentas en el ámbito de las cosas elevadas y las sublimes».

Efectivamente, el primer servicio de Mussolini al Vaticano se refería a las «cuentas en el ámbito de las cosas elevadas y sublimes». El banco doméstico de numerosas organizaciones católicas, *il Banco di Roma*, ligado por estrechos vínculos a la gigantesca red de bancos Raiffeisen, era también una entidad económica de la curia y algunos de sus prelados habían confiado cuantiosas sumas (la presidencia del banco fue ejercida durante algunos años por E. Pacelli, tío del futuro papa), estaba, por cierto, al borde mismo de la bancarrota. El catolicismo italiano se veía amenazado por «consecuencias catastróficas». De ahí que Mussolini se reuniese secretamente, el 19 ó 20 de junio de 1923, con el cardenal secretario de estado Gasparri en la residencia privada del entonces presidente del Banco di Roma, conde C. Santucci y librase a los «Santos Padres» de la quiebra: con la aportación de unos 1.500 millones de liras del Estado de Italia. ¡Otro gran éxito «por el bien del país»!

Poco después de este encuentro, que recuerda vivamente el que tuvo Hitler con el hombre de confianza del papa, Von Papen, el «*alter ego* de monseñor Pacelli», en casa del banquero de Colonia, Von Schroeder poco antes de la toma del poder por los nazis, dieron comienzo los ditirambos dedicados por los obispos y el papa al nuevo redentor.

El cardenal Vannutelli, decano del denominado Sacro Colegio alabó al *Duce* por su «enérgica entrega a la causa de su país» y declaró que Mussolini había sido «elegido para la salvación de su nación y la restauración de su felicidad». Lo celebró como aquel que «por sus extraordinarias capacidades como hombre de gobierno, por su clara inteligencia y su inquebrantable energía estaba destinado a ser el caudillo principal en la obra de la salvación general de la patria. En toda Italia se le saluda ya como el restaurador de los destinos de la patria según las gloriosas tradiciones religiosas y civiles de la nación. Todos le estamos agradecidos...» El Vaticano se hubiese sentido complacido viendo por todas partes fascistas ejerciendo el poder. «La pobre Alemania no ha hallado todavía a su personalidad providencial» opinaba a la sazón el cardenal secretario de estado, y añadía acto seguido «pero tampoco Francia». Un ducho diplomático de la curia, el nuncio en París B. Ceireti, cardenal desde el año 1925, manifestaba análogamente: «Lo que a Francia le falta es un Mussolini». Naturalmente, también los príncipes eclesiásticos extranjeros deseaban éxito semejante «por el bien del país» y por ello difundían la fama de Mussolini por Europa y el Nuevo Mundo. «Un hombre así necesitaría Francia» suspiraba un prelado francés. Y en los U. S. A. cardenales y obispos, —según documentaron los profesores de Harvard, Salvemini y La Piaña— hicieron eco a las alabanzas dirigidas al papa y a sus cofrades italianos. El cardenal Hayes recibió agradecido nada menos que cuatro condecoraciones fascistas.

El apetito de Mussolini, naturalmente, no se satisfacía con mera retórica verbal, por más que ésta le complaciera también. La contrapartida que él esperaba por su dinero y sus favores no era otra cosa que la dictadura. Y Pío XI se lo possibilitó mediante la supresión del partido católico^[87].

El «*Partito Popolare Italiano*» había sido fundado el 18 de enero de 1919 por el sacerdote siciliano L. Sturzo. Vicealcalde de Caltagirone y secretario general de la Acción Católica, Sturzo era un derechista en el plano teológico; en lo político, sin embargo, rechazaba la unión mantenida hasta entonces entre católicos y conservadores. El Vaticano, que a finales de 1918 facultó a Sturzo para fundar el P. P. I., abolió su propio «non expedit»,

aquella prohibición soberbia que impedía votar a los católicos bajo pena de excomuniación. Con el nuevo partido quería combatir no sólo al estado liberal, sino también al socialismo, que aumentaba a causa de la guerra y de la penuria de la postguerra, a la «ola roja» que se henchía a ojos vista. Y si bien, por razones de propaganda, «*i popolari*» subrayaban su plena independencia política respecto al papa, en ello había mucho de hipérbole, aunque no faltaban ciertas tendencias favorables a una delimitación respecto a aquél.

Como quiera que los partidarios de Sturzo provenían preferentemente de las zonas rurales, en las que tenía más influencia que los socialistas —pues precisamente en las comarcas rurales, como reconoce el «Manual de Historia de la Iglesia», la penuria social favorecía el mantenimiento de una religiosidad externa— aquél abogaba por cierta reorientación social, por la reforma agraria, por la parcelación de los latifundios y por el fomento de la pequeña propiedad, respecto a lo cual tenía contactos fluidos con los sindicatos moderados y luchaba junto a los socialistas por la jornada de 8 horas. El intento de coalición gubernamental con estos últimos no fracasó por la cuestión social, sino por la política escolar y, en último término, por el veto del Papa. Su secretario de estado saludó ya en 1919, después de que Sturzo diera ya señales de estar dispuesto a coaligarse con los socialistas, el retorno del liberal Nitti al poder manifestando que «he dispuesto que *il Partito Popolare* reciba un pequeño bofetón.

El juego de *i popolari* es muy osado». El Vaticano repudiaba toda alianza con los socialistas porque éstos no sólo eran anticlericales, sino también anticristianos y, en general, antirreligiosos.

El Partido Popular Italiano, estructurado a imitación del Centro alemán se convirtió en el «fiel de la balanza», si bien nunca pudo hacer valer su política eclesiástica y cultural al verse arrinconados por los liberales, primero, y, posteriormente, por el sistema fascista. En 1918, cuando los socialistas obtuvieron 1.840.593 votos de un censo total de 3,5 millones de votantes de derecho, el partido católico obtuvo la nada despreciable cifra de 100 diputados. En 1921 la aumentaron incluso hasta 107. En 1922 participaron en el gobierno junto a los fascistas. Pero el *Duce* quería la dictadura y para ello le sobraban los católicos de Sturzo tanto como le sobraría a Hitler el Centro del prelado Kaas. Mussolini asumió él mismo muchos puntos del programa de los *popolari* referentes a la Iglesia. Con ayuda de la Iglesia y con maniobras de habilidad táctica los desplazó hacia una alianza con la izquierda. Y como quiera que la curia esperaba confiadamente de los fascistas —cuyos asaltos, saqueos y asesinatos lamentaba a veces ruidosamente, pero deseaba en su fuero interno— una lucha mucho más radical contra sus adversarios liberales, demócratas y comunistas, apoyó a Mussolini socavando gradualmente el poder de Sturzo.

Ya el 22 de octubre, justo una semana antes de la farsa de la «Marcha sobre Roma», había ordenado el Vaticano a la jerarquía italiana que no se identificase con el partido católico, sino que se mantuviese neutral, lo que no podía interpretarse de otro modo sino como un torpedeo a sus esfuerzos por una coalición. Y poco después del éxito de Sturzo, en la primavera de 1923, ante el congreso nacional de su partido en Turín, monseñor Pucci le exhortó a no crear contratiempos a la autoridad eclesiástica. Pues todavía se creía que los populares eran perfectamente capaces, aliados a los socialistas, de liquidar al fascismo, como admitía *Civiltà Cattolica*, la revista de los jesuitas en agosto de 1924. Pero esa

publicación (que casi siempre defendía la opinión de la Santa Sede y, en general, dependía más de la secretaría de estado que del general de la orden) consideraba que la colaboración con los enemigos declarados del cristianismo no era «*ne conveniente, ne opportuna, ne lecita*».

Realmente, Sturzo se interponía en el camino de la colaboración entre el fascismo y la curia. De ahí que ésta impusiera en 1923 —año en que ya se constituyó un partido fascista entre aristócratas católicos, el «*Centro Nazionale*»— su dimisión como secretario del partido y en mayo de 1924, como miembro de la presidencia. En septiembre fue el papa mismo quien condenó personal y públicamente una coalición entre el P. P. I. y los socialistas, fieles a la constitución. En octubre, Sturzo tuvo que exiliarse con otros correligionarios (a París, Londres, y Nueva York, hasta su regreso a Italia en 1946), con lo cual quedó eliminado el más peligroso de los antagonistas del fascismo en la lucha por el poder y dio comienzo la disolución del *Partito Popolar*.

Así como diez años más tarde el Vaticano abandonaría a su suerte al católico Brüning y al Centro (V. más adelante), ahora lo hacía con Sturzo y seguidamente con su partido. Un sacerdote imbuido de un ethos social, que al menos a los latifundistas se les antojaba «bolchevismo negro», que aspiraba resueltamente a la emancipación política de los laicos respecto al clero, no podía hallar gracia ante un papa que nada temía tanto como la izquierda y que, aparte de ello, combatía incansablemente al laicismo liberal. Tanto menos cuanto que la solución de la «cuestión romana» no era esencialmente prioritaria para el partido de Sturzo: Con áspero disgusto de la sede romana, *i popolari* se habían negado a incluir en su programa la reconciliación entre Iglesia y Estado.

Pío XI, sin embargo, urgía en ese sentido y Mussolini necesitaba la *conciliazione* con el papado tanto para la estabilidad interna como para obtener renombre en política exterior. Después que —tras haber gobernado con una minoría de fascistas— expulsase en 1923 a los católicos de su gobierno, continuó, no obstante, gozando de la benevolencia de la jerarquía curial y, paulatinamente, de la de muchos otros católicos, gracias a su lucha contra la izquierda y los liberales, a las concesiones en favor de las escuelas católicas y a otros favores. Pero ya entonces «representantes de máximo rango en la Iglesia, especialmente aquellos que conocían los planes políticos del nuevo papa, pusieron en escena una campaña de propaganda en favor de Mussolini que rayaba en el entusiasmo»^[88].

En las afueras de las ciudades se fusilaba al amanecer a obreros socialistas y comunistas. Por la noche eran sacados de sus camas los adversarios de posición más alta, algunos de ellos antiguos amigos de Mussolini, y eran abatidos a la vista de sus mujeres y sus niños. Era una guerra civil de un «salvajismo estremecedor», brutal, «librada de un modo tan premeditado y sistemáticamente consecuente como nunca se había visto en la Europa Central u Occidental». Un sinnúmero de personas fue encarcelado o desterrado a islas inhóspitas. Algunos fueron al exilio, donde el escritor C. Rosselli, uno de los exiliados más eminentes, sucumbió con su hermano a un atentado. El escritor Lauro de Brossis voló de Francia a Roma, lanzó octavillas sobre la ciudad y desapareció para siempre sin dejar huellas. El resto de los recalcitrantes fue, al parecer, rápidamente convertido gracias al ricino. Era especialmente frecuente en las aldeas el atar los pantalones a los electores socialistas, hacerles beber ricino y forzarlos a correr después a paso ligero durante hora y

media. El ricino fluía a tal ritmo por Italia que aunque este país suministrase al mundo este producto, tuvo que elevar los precios al escasear el mismo. Pero en centenares de aldeas la «revolución» fascista transcurría ahora triunfante. «Toda resistencia fue quebrantada con aceite de ricino».

Donde no bastaba el ricino se acudió a métodos bien probados. Cuando los fascistas asaltaron a miembros del P. P. I. de los que algunos eran clérigos, como el arcipreste Miuzoni, condecorado por méritos de guerra, a quien una noche le hundieron el cráneo a bastonazos en Argenta, el «Santo Padre» no protestó. Durante año y medio, las autoridades no iniciaron siquiera pesquisas por tales crímenes. Sólo ocasionalmente, y en términos muy generales, condenó Pío XI el terror o censuró, frente a Pastor, p. ej., la «excesiva violencia» del fascismo, «¡aunque también él abogaba por establecer el orden en Italia!». Pues en el momento más oportuno, la curia se mostró decisivamente deferente con Mussolini. Cuando éste, en la primavera de 1923, quiso suprimir el parlamento mediante una reforma de la ley electoral, a lo cual se opusieron encarnizadamente liberales, demócratas y Sturzo, con más de cien diputados católicos, el Papa ordenó a Sturzo que dimitiese y le intimó incluso, que disolviera el partido. Éste continuó de momento, pero se vio sensiblemente afectado por el descabalgamiento de su dirigente. Acto seguido, altos representantes del clero, y en especial los iniciados en la política del papa, comenzaron a agitar abiertamente en favor de Mussolini y poco después, el arzobispo de Florencia, cardenal Mistrangelo, le expresaba enfervorizado su agradecimiento en un discurso público, lo abrazaba y besaba repetidamente sus mejillas.

El 10 de junio de 1924, el joven penalista y dirigente socialista G. Matteotti, uno de los más acérrimos enemigos de Mussolini, fue liquidado por los fascistas. Descendiente de una rica familia de latifundistas, Matteotti había ayudado a los campesinos pobres de su provincia sacrificando para ello todo su patrimonio. Y gracias a su dominio de las finanzas y la economía y pese a la tiranía y las amenazas, criticó implacablemente la política monetaria y económica de Mussolini. En la sesión parlamentaria del 30 de mayo de 1924, en su último discurso, denunció, documentándolo al hilo de innumerables casos de violencia y corrupción, el fraude electoral del gobierno. Sin duda ese político pronunció con ello su propia sentencia de muerte. El 10 de junio fue secuestrado y asesinado en Roma por una banda terrorista del movimiento fascista conocida como «Ceka». Aquel crimen causó conmoción en Italia y más allá de sus fronteras. Según lo prueban documentos, fue el mismo Mussolini en persona quien lo ordenó (las gacetillas católicas se lo achacaron más tarde a los francmasones). Hasta el cardenal secretario de estado concedía, dos semanas después del asesinato, que Mussolini tenía «una cierta responsabilidad», «pues tenía que saber lo que pasaba en el ministerio del interior», y no ocultó que el uso de la violencia radicaba en la esencia misma del fascismo.

La «crisis Matteotti» constituyó la mayor convulsión interna del fascismo entre 1922 y 1943, más decisiva incluso que la «Marcha sobre Roma». Mussolini parecía acabado, bruscamente aislado como «un apestado en el desierto». Se exigió del rey su apartamiento. Durante un breve trecho de tiempo su descabalgamiento parecía inminente y también el desmoronamiento del movimiento. Los diputados antifascistas abandonaron la cámara en señal de protesta pero a pesar de las pruebas abrumadoras, no obtuvieron el esperado

apoyo del rey. En el Vaticano se decía: «todo depende del desenlace del proceso Matteotti». Pero Pío XI tomó de nuevo partido por el *Duce* y se negó a recibir a la viuda de Matteotti. La curia «desplegó toda su influencia... para infundir calma». Íntimamente irritado, *L'Osservatore Romano* conjuró el 25 el peligro de malograr la actividad de la justicia al sobreexcitar los ánimos populares, pues si aquélla viese que estaba en juego la existencia del estado, apenas se atrevería a intervenir. La gaceta papal difundió incluso la idea de que el desbancamiento de los fascistas equivaldría a dar conscientemente «un salto fatal en el vacío». Y cuatro semanas más tarde, el 19 de julio, la revista curial de los jesuitas, *Civiltà Cattolica*, escribía que «la manifestación (en honor de Matteotti) hubiese resultado más digna si la prensa y los oradores... no hubiesen aprovechado la ocasión para prodigar palabras sagradas que cuadraban muy poco para recordar la actividad y los ideales de la víctima, cuya persona se rememoraba» pues «se trataba de un hombre que había querido luchar bajo símbolos muy distintos a los de la paz y el perdón». Y esa publicación oficiosamente vaticana no vaciló en afirmar: «Si se pudiera escrutar en la conciencia de quienes organizaron esta manifestación oficial de duelo y piedad, se podría ver que las lágrimas que vierten son lágrimas de cocodrilo...».

En otoño, tampoco Gasparri quería creer ni desear que Mussolini resultase involucrado en el proceso Matteotti. «¿Quién sería capaz de sustituir a este hombre en Italia? En la oposición no hay ni un solo hombre que estuviera, ni de lejos, capacitado para ello». Precisamente el cardenal secretario de estado y con él todo el Vaticano veía en el fascista Mussolini la salvación de Italia del «peligro ruso», del bolchevismo. Mussolini, a su vez, veía su salvación en el Vaticano. Cabalmente el mismo año en que los fascistas asesinaban también al sacerdote Grandi, el *Duce* apelaba en Vicenza al pueblo para merecer la victoria mediante el trabajo pacífico y la mejora interior «Cuando hoy hincó mi rodilla en la Iglesia, no lo hice en señal de superficial adhesión, sino con la íntima convicción de que una nación sólo puede ser grande si se fundamenta en la religión y considera a ésta como algo esencial en su vida privada y pública»^[89].

Aquel jefe de bandidos necesitaba a la curia desde su más íntima convicción —sólo unos meses después, en el V Congreso del Partido Fascista, en Roma, subrayó públicamente: «Para mí, un acto de violencia es algo profundamente moral, más moral que el compromiso o la componenda»— y el Vaticano necesitaba al jefe de bandidos desde su más profunda convicción: como «custodio del orden» contra todas las amenazas de la izquierda y aún más para la solución de la «cuestión romana». A finales de 1923 el legado austríaco e historiador de los papas, Pastor, notificó lo siguiente: «Gasparri desea —tengo al respecto pruebas irrefutables—, al igual que Mussolini, una solución de la “cuestión romana”». «La desea con tal avidez que algunos cardenales inclinados a pareceres más estrictos consideran —y así lo he sabido de sus propios labios— que su celo es excesivo. Pero Gasparri, autor del nuevo *Codes iuris canonici* es ante todo un jurista y él contempla la cuestión romana desde esta perspectiva. Éste es el parecer de todos los que conocen más de cerca al cardenal». Pero al cardenal Gasparri —que ya bajo Benedicto XV aguardaba a que llegase el hombre de estado con el que pudiera solventar la cuestión romana y que el 1 de junio de 1919, al margen de la conferencia de París, hizo negociar ya sobre ella a su

representante secreto, el nuncio Cerreti, con el primer ministro Orlando— a ese cardenal Gasparri lo denominó el Papa «el intérprete y ejecutor más fiel de su voluntad».

El 3 de junio de 1925 Mussolini asumió *expressis verbis* «la responsabilidad política, moral e histórica de todo cuanto ha sucedido». Se pronunció sin cortapisas a favor de la violencia, buscó al mismo tiempo un apoyo mayor en la Monarquía y la Iglesia y opinó así: «Si el fascismo es una asociación de infractores de la ley, yo soy el jefe de esa asociación». Y a finales de ese mismo año, la alocución papal del 14 de diciembre fue entendida no sólo como reconocimiento de la política personal de Mussolini, sino también como una loa al fascismo.

El papa dijo entre otras cosas: «Nos produce alegría poder manifestar también en esta solemne asamblea nuestra grata satisfacción, que quisiéramos se extienda a todo cuanto desde hace tiempo se hace en favor de la religión y de la Iglesia y que no puede ser ignorado aunque se trate únicamente de una reparación parcial por las ofensas y los daños que se iniciaron muchos tiempo ha y se nos ha venido causando por luengos años». La alabanza impuesta a *L'Osservatore Romano* era aún más clara: «Sin duda alguna, el régimen fascista ha aplicado reformas justas (!), mérito que resalta tanto más cuando se le compara por una parte con el agnosticismo del estado liberal..., y por otra con el sectarismo anticlerical de los gobiernos democrático-masónicos. El fascismo, en cambio, reconoce el significado social de la religión y de la Iglesia como el de una fuerza que incluso resulta útil para el gobierno del pueblo... Es necesario reconocer esto sinceramente y atribuir a Mussolini el mérito que le es debido, expresando nuestro deseo de que continúe en esa misma línea, óptima para nuestro país».

Otra vez por el bien del país. Por el supremo bien, incluso. El papa y Gasparri alabaron incesantemente a Mussolini como el hombre fuerte imprescindible, sin más, para impedir el comunismo en Italia y ahorrar a la nación el espanto de la guerra civil. «Reiteradamente, Pío XI y su secretario de estado hablaron de los méritos realmente espectaculares contraídos por Mussolini frente a la nación y al país y no cabe duda alguna de que seguían viéndolo como el hombre providencial, uno de aquellos hombres que la benevolente providencia brinda de vez en cuando a una nación. A finales de 1925 se podía constatar un reconocimiento aún mayor de Mussolini por parte del Vaticano». Después de un atentado contra el mandamás fascista *L'Osservatore Romano* se preguntaba horrorizado qué habría sucedido si el intento se hubiese llevado por delante «al único que tiene prestigio moral para dominar la situación». Así pues, la gaceta oficiosa de la curia certificaba el prestigio moral del asesino de millares, que a la sazón, a finales de 1925, se fue arrogando, gracias a la serie de «*leggi fascistissime*» de su ministro de justicia, Rocco, facultades cada vez más dictatoriales, hasta acaparar plenamente el poder ejecutivo, prohibir las sociedades secretas y tutelar la prensa, amenazando toda actividad antifascista en el extranjero con la pérdida de la nacionalidad y del patrimonio, etc. Pese a lo cual, el cardenal Merry del Val expresó el 31 de octubre de 1926 su agradecimiento a Mussolini «que tiene firme en sus manos las riendas del gobierno italiano y que, con clara visión de la realidad, deseó y desea que se respete, honre y practique la religión. Hombre que, visiblemente protegido por Dios, ha orientado felizmente el destino de la nación fortaleciendo su prestigio en todo el mundo». Y Su Santidad en persona proclamaba el 20 de diciembre de 1926:

«¡Mussolini nos fue enviado por la divina providencia!», una de las sentencias laudatorias que el papa dirigió al criminal y que tienen tanto más peso cuanto que, cabalmente Pío XI, prefería siempre «pronunciar más bien dos palabras de menos que dos de más».

En 1926, después de haber disuelto al Partido Popular, prohibido a liberales y socialistas —que todavía obtenían más del 50% de los votos— sometido a su prensa y encarcelado a sus dirigentes, (al secretario general del partido católico, A. de Gasperi, se le condenó a 4 años de cárcel en 1927, después fue escritor de fichas en la biblioteca vaticana y después de la guerra, jefe de gobierno demócratacristiano), en una palabra, después que Mussolini obtuvo del papa cuanto deseaba, la fascistización total —como él usaba decir— del estado, llegó el momento de que también el papa obtuviera lo suyo. El Vaticano podía contar confiadamente con el capitoste fascista. A partir de la entrevista del cardenal secretario de estado con Mussolini en enero de 1923, celebrada en la villa del presidente del banco del Vaticano, conde Santucci, «yo sabía —confesaría el mismo Gasparri— que a través de este hombre, caso de que accediese al poder, obtendríamos lo que queríamos»^[90].

Los acuerdos de Letrán

«Haced tratos con Roma y pagaréis los costos al final...»

(Goethe)

Desde la toma de Roma por las tropas italianas, el 20 de septiembre de 1870, todos los papas elevaron su protesta contra la liquidación del estado pontificio y contra la Ley de Garantías del gobierno, fechada el 13 de mayo de 1871, y se retiraron a regañadientes a su residencia. Es significativo que fuese precisamente durante la Guerra Mundial cuando se hicieron algunos progresos en esta cuestión, después que el cardenal Gasparri renunciase a la rígida política de reivindicaciones. En la primavera de 1921 —el fascismo estaba en ascenso— en Italia se hablaba ya de un «arreglo» de una «*conciliazione*». No obstante, cuando un cardenal preocupado preguntó a Benedicto XV, poco antes de su brusca muerte, si era inminente una conciliación con Italia en condiciones poco favorables, aquél respondió: «*Non ci pensiamo*».

Ahora, sin embargo, las condiciones eran adecuadas. El mismo día en que Pío XI suspiraba retóricamente: «El papa sigue siendo, en la época de Mussolini, tan prisionero como lo era en 1870», el *Duce* contemplaba con *virile ottimismo* la solución de la «cuestión romana». El clero no cejaba en su empeño de recordársela continuamente. El fascismo tiene sus «ventajas» concedía a finales de 1925 *L'Osservatore Romano*, pero no es lícito equiparar fascismo y estado católico. En tanto no esté resuelta la «cuestión romana» no se podrá hablar de estado católico en Italia. Mussolini manifestó nuevamente su convicción de que la fatal discordia con la Iglesia concluiría a la corta o a la larga. Y como él mismo, pese a todos sus éxitos, no había consolidado plenamente su poder y seguía necesitando el concurso del

papa, el día 5 de agosto se iniciaron las conferencias que condujeron a los Acuerdos de Letrán.

En todo caso no se negoció públicamente, ante la cámara, sino de forma rigurosamente secreta, procedimiento que Francesco Pacelli calificó de «excelso, por encima de cualquier alabanza». *Il avvocato Pacelli*, un seglar al servicio del Vaticano y hermano de Eugenio Pacelli, el prelado Borgongini, ocasionalmente, que era *Duca* de la secretaría de estado, y el mismo cardenal secretario de estado eran los participantes en la conferencia por parte de la curia. Representante de los fascistas fue, hasta su muerte el 4 de enero de 1929, el consejero de estado, D. Barone, amigo de F. Pacelli. Después fue el mismo Mussolini quien hizo de negociador, asistido al final por funcionarios del gobierno. Tal y como Barone dijo a Mussolini en el verano de 1926, el jurista Pacelli era entre los representantes legales de la Santa Sede «el que goza de modo más directo de la plena confianza del Santo Padre». También Mussolini confirmó la «participación decisiva» de Pacelli, quien, según su propia indicación, tuvo 150 audiencias con Pío XI y obtuvo, una vez firmados los acuerdos el título de margrave. En 1940, después de que su hermano ascendiese al solio pontificio, fue elevado al estamento de los príncipes hereditarios.

Los encuentros duraron treinta meses, «generalmente de noche», como destacó el 20 de febrero de 1929 el diario católico *Bayerischer Kurier*. Sentados en la biblioteca papal, negociaban promedialmente durante una hora, aunque a veces se estaban cuatro, regateando por cada coma y redactando veinte veces los textos. A ese respecto, el papa se interesaba hasta por los últimos detalles, siendo él mismo quien asumió todas las decisiones por su cuenta. Exigió, eso sí, la presencia de cardenales en las negociaciones. «En primer término para no tener que decir totalmente en solitario: la responsabilidad radica en Nos, pues es realmente una responsabilidad grave y terrible por cuanto ha sucedido y por cuanto pueda suceder en su consecuencia».

Las conferencias no estuvieron, desde luego, libres de perturbaciones. Y no es por cierto casual que éstas amenazasen precisamente a aquellos mismos temas que pondrían posteriormente en peligro la colaboración clerofascista: la educación de la juventud y la «Acción Católica». Dos sistemas totalitarios se sentían ambos dañados en su pretensión de validez absoluta. Quien tiene la juventud, tiene el futuro. De ahí que el papa no accediese a que los «boys scouts» católicos fuesen absorbidos por la «*Opera Nazionale Balilla*»^[91]

Sin embargo, cuando Mussolini se mantuvo firme, fue el mismo Pío quien suprimió la asociación de sus «boys scouts» cuya disolución preveía la ley. «La consideración que guió nuestra conducta al respecto —notificó de su puño y letra a su secretario de estado— es que estos amados jóvenes puedan hablar como habló David al Señor: Si hemos de morir, oh Señor, sea más bien por tu mano que por la mano de los hombres». (¡No se cansaría uno de repetir que para el alto clero la curia, la Iglesia y Dios son una y la misma cosa!). Y en septiembre de 1933 el Papa se sintió transportado de alegría al celebrar la misa ante 40.000 jóvenes fascistas en la catedral de San Pedro.

Pío aceptó, pues, la integración de sus *boys scouts* en la juventud «Balilla» a la que, no obstante, se le asignaron también capellanes. A fin de cuentas también el ejército tiene sus curillas de campaña. Ahí confluyen los intereses. En relación con la «Acción Católica» fue Mussolini quien cedió. Un obstáculo adicional vino cuando el rey Victor Manuel no quería

ceder ningún territorio italiano y el último lo provocó el ministro de justicia —era ya el 19 de enero de 1929— que no aceptaba los acuerdos del concordato relativos al matrimonio, pues la asunción del derecho matrimonial canónico era un «*sovvertimento delle norme*». Pero cuando el padre Estado va cabeza abajo suele la madre Iglesia caminar derecha y es sabido que eso funciona también.

Finalmente todos se avinieron. El papa estaba «satisfecho» o, al decir de su secretario privado, incluso «de un humor inmejorable». Después de sesenta años de litigio entre el Quirinal y el Vaticano, después de dos años y medio de negociaciones, B. Mussolini, en nombre de Italia, y el cardenal secretario de estado, P. Gasparri, como representante de la «Santa Sede» firmaron el 11 de febrero de 1929 los acuerdos en el palacio papal de Roma, acuerdos que fueron ratificados el 7 de junio por Víctor Manuel III y por Pío XI.

Los acuerdos lateranos, el acontecimiento más importante en la política eclesiástica del pontificado de Pío XI, y la decisión más importante del papado en política exterior desde el año 1870, se componen de tres apartados: un tratado interestatal, un acuerdo financiero y un concordato.

El «*Tratatto fra la Santa Sede e l'Italia*», que abarca un preámbulo y 27 artículos, comienza, previa invocación inicial a la Santísima Trinidad, reconociendo ya en el artículo primero a la religión católica como «única religión estatal» de Italia —una estipulación análoga sólo la había en cuatro países del mundo: en Bolivia, Colombia, Nicaragua y San Salvador.

Este tratado crea un nuevo estado *Cittá del Vaticano*, de 44 hectáreas, y garantiza a la Santa Sede su plena posición y la plena, exclusiva e irrestricta soberanía y jurisdicción sobre el mismo (Art. 3-7) (El término «Stato» como denominación de la Ciudad del Vaticano, lo concedieron los fascistas muy a última hora, el 22 de enero de 1929). El papa obtuvo también el derecho de propiedad sobre determinadas iglesias, palacios y dominios afincados en el territorio estatal italiano y un doble privilegio para las mismas: extraterritorialidad y franquicia fiscal (Art. 13-15). Las mercancías para la Ciudad del Vaticano y las instituciones papales quedaron libres de tasas de transporte. (Art. 20). El gobierno italiano se obligó a proveer al Vaticano de una acometida de agua y también comunicaciones postales, telegráficas, radiotelegráficas y telefónicas con países del exterior, así como una estación de ferrocarril de igual anchura de vía, asegurando el libre tránsito de los vagones papales por toda la red italiana. Todos esos servicios a cuenta del estado italiano. Los artículos del 8 al 10 se refieren a las personas de la ciudad del Vaticano. El Papa mismo es declarado sagrado e inviolable. Todo atentado contra él, o la instigación al mismo, toda ofensa contra su persona cometida en territorio italiano debe castigarse como los delitos análogos cometidos contra la persona del rey. El Art. 12 reconoce el derecho activo y pasivo de nunciatura de la Santa Sede, el derecho de legación activo y pasivo con todos sus privilegios, así como el libre acceso a todos los obispos de todo el mundo.

Un derecho tras otro a favor del Papa. ¿Y que da el Papa en contrapartida? En el Art. 26, el penúltimo, —el último alude tan sólo al intercambio de los documentos de ratificación— reconoce el Reino de Italia con su capital, Roma, y declara definitiva e irrevocablemente resuelta la «cuestión romana». ¡Buen modo de concluir acuerdos! El estatuto internacional

de la Ciudad del Vaticano fue «íntegramente respetado» por los fascistas. A fin de cuentas Mussolini no había, ciertamente, exigido del Papa sino el reconocimiento de la situación que se daba *de facto* desde 1870, pero la conclusión del tratado significaba para él «un éxito indudablemente grandioso» y según su biógrafo Felice «uno de los mayores jamás obtenidos por él»^[92].

En el acuerdo financiero se concede una indemnización única de 750 millones de liras en metálico y una renta del 5% de bonos del estado por una cuantía de mil millones de liras.

Il Concordato fra la Santa Sede e l'Italia hacía, a lo largo de sus 45 artículos, amplísimas concesiones al derecho canónico, apenas conocidas en cualquier otro país y que ningún gobierno liberal haría nunca a un papa. El concordato garantiza el libre ejercicio de la potestad sacerdotal, de la jurisdicción, del culto (Art. 1), también la libertad de organizar colectas intraeclesiales (Art. 2) y la renuncia a todo patronato e inspección estatal del patrimonio eclesial. (Art. 25 y 30) Es más, Italia se obligaba no sólo a apoyar a la Iglesia cada vez que ello fuese necesario, ¡sino que se declaraba también dispuesta a zanjar cualquier contencioso de pleno acuerdo con el derecho canónico! E) Papa queda legitimado a nombrar libremente a los obispos italianos. Sacerdotes y clero regular, salvo en el caso de los curas de campaña, quedan exentos de cualquier tributación especial y el matrimonio religioso equiparado al civil: ya «por este solo artículo», el 34, estaba Pío XI supuestamente dispuesto «a entregar su vida», cosa fácil de decir cuando la propia vida está tan protegida como pocas vidas en el mundo. El divorcio se hace imposible, la enseñanza de la religión católica, «fundamento y coronación de la instrucción pública», pasa a ser obligatoria en la enseñanza secundaria. (Art 36).

Muy significativo de la tolerancia de la «Santa Sede»: los religiosos que se hayan apartado de la Iglesia o estén sometidos a censura no podrán ejercer la enseñanza bajo ninguna circunstancia, es más, ¡no podrán ejercer función alguna donde pueden entrar en contacto con un solo miembro de la sociedad humana! (Art. 5) «Con el Concordato de 1929, el Papa consiguió que Italia imposibilitara absolutamente a los apóstatas el ejercicio de cualquier cargo público. El sacerdote que abandona la Iglesia se ve excluido para siempre de los cargos públicos, igual que si hubiera asesinado a alguien. Objetivo de todo ello era dejar a los perjurios en total abandono, forzándolos sin piedad a morir de hambre». Era precisamente ese artículo 5 del concordato italiano, junto a otro similar, el que el cardenal Faulhaber, presidente de la Conferencia Episcopal de Baviera, presentaba como ejemplar, ya el 24 de abril de 1933, a su honorable Canciller del *Reich* («con mi sincera y alta estima»).

¿Y qué daba la Iglesia como contrapartida? El proyecto, concebido en propio interés, de disminuir el número de obispados que pululaban en Italia ¡279 diócesis! (Art. 17). Permitir al gobierno, en caso de nombramiento de obispos y párrocos, aludir a sus «antecedentes» políticos o presentar otros «reparos» (Art. 19, 21). Y prohibir —¡el más bello regalo para Mussolini!— en el célebre Art. 43, Apartado 2, a todos los religiosos toda actividad política partidaria.

y tan pío proyecto no está mal,
pero el que a Roma se obliga con un trato
correrá con los costos al final».

Lo que cuatro papas no consiguieron con sus protestas ante el estado liberal lo consiguió Pío XI del fascista, pues éste seguía necesitando del apoyo de quien lo encaramó al poder. Pero mientras veía que los Acuerdos de Letrán «habían devuelto Italia a Dios y Dios a Italia», F. Nitti, el antiguo jefe de gobierno, que calificaba correctamente al fascismo como «producto compuesto de clericalismo y militarismo», veía en aquéllos la liquidación de un desarrollo interno del estado de dos siglos de duración y también la supresión de la independencia cultural del país: «una capitulación del gobierno italiano». Pues «¿qué ventajas obtiene el estado italiano?» —se preguntaba Nitti— (quien, exilado en 1924, tras los ataques e intentos de atentado de los fascistas, cayó, en 1943, en las manos de las SS y después de la guerra todavía se mostró opuesto a la OTAN), «el mero reconocimiento de una situación que existía de hecho desde 1870. ¡Quién hubiese creído jamás que Roma se vería nuevamente bajo el dominio del Papa! ¡Ni el mismo Vaticano podía soñar con ello! A lo largo de treinta años tuve ocasión de hablar con las personalidades dirigentes de la Iglesia sobre la cuestión romana. Ninguna me exigió seriamente Roma o siquiera un ápice de territorio italiano. Pero ¿qué es lo que el Vaticano ha obtenido realmente? Un territorio ciertamente minúsculo, pero el reconocimiento como estado soberano. Aparte de ello, una suma cuya cuantía no tiene par en la historia de la Iglesia..., el capital de un banco mundial».

Nitti, de quien C. Malaparte, que fue director de *La Stampa* bajo Mussolini, escribió que con su carácter severo, rectilíneo, honesto, y su modesta forma de vida encarnaba el moralismo protestante, pero que Italia «necesita ahora, para engrandecerse del inmoralismo católico»; Nitti, antiguo catedrático de economía financiera en Nápoles, prosigue así:

«Soy la única persona, fuera del Vaticano, que conoce la situación financiera de la Iglesia. Poseo, incluso, documentos de sus gastos e ingresos exactos. Fui ministro del tesoro durante la guerra, cuando se controlaron los ingresos de todos los fondos. Era presidente del gobierno cuando se aplicó por vez primera el impuesto a las rentas del capital. No tengo derecho a publicar documentos que no están destinados al gran público. Puedo, sin embargo, decir que esta indemnización, que no tiene precedentes en toda la historia anterior, es absolutamente inexplicable».

La iglesia estaba triunfante. El papado resurgía victorioso, con un prestigio tremendamente acrecentado, de su debacle de 1870. El 13 de febrero de 1929 y ante los estudiantes de la Universidad Católica, Pío XI no solamente ensalzó a Mussolini como «hombre exento de los prejuicios de los liberales» sino, una vez más, como aquel «que nos ha sido enviado por la providencia». A raíz de una recepción del cuerpo diplomático se juzgó «extremadamente feliz» declarando que era la audiencia más agradable y gozosa que hubiese concedido jamás, ordenando además al clero que al final de la misa cotidiana rezase una oración «pro Rege et Duce». Y fundamentalmente para redondear en el ámbito

familiar, aquel gran negocio otorgó a su hermano Fermo (quien, incluso en privado, se dirigía a él en tercera persona y con el tratamiento de «Santo Padre» o «Su Santidad») el título hereditario de conde. Pero, eso sí, «a sus parientes los recibía por principio no en su vivienda privada..., para no levantar ni tan sólo la sospecha de nepotismo, sino en los salones de las recepciones oficiales».

En todas las ciudades italianas de cierta importancia se celebraron oficios divinos especialmente solemnes, con asistencia de prelados prominentes, altos dirigentes del partido y militares de alta graduación. Las banderas fascistas y las eclesiásticas ondeaban unas junto a otras. Bandas musicales interpretaban el himno nacional y cantos litúrgicos. Casi todos los obispos celebraron entusiasmados el acontecimiento, glorificando en sus sermones al Papa y a Mussolini. Los cardenales escribieron a Su Santidad que Mussolini gobierna «por designio de la providencia divina» algo que no venía precisamente de nuevas para Pío XI. Pero aunque se diga —opina su antiguo secretario—, que Italia «manifestó entonces su alegría de forma tan explosiva como pocas veces o quizá nunca en su historia, eso apenas es una vaga descripción de lo que sucedió en realidad. No sólo en las ciudades y en los municipios mayores, sino también en las aldeas más apartadas de los Alpes y de los Apeninos se celebraron manifestaciones y marchas de antorchas de alegría por la reconciliación. Ni la nieve ni el frío invernal impidieron celebrarla hasta muy entrada la noche. Todas las campanas unieron sus voces en un largo clamor festivo. Los fanales resplandecían desde las montañas. La gentes cantaban y lloraban de alegría y se abrazaban entre sí como si se celebrase una fiesta familiar. Tan entrañable es la unión de la fe y el amor patriótico en Italia»^[93].

Una oleada de telegramas inundó el Vaticano. Oleada tan enorme que el servicio postal, para ahorrar tiempo, los enviaba al final sin cerrar y la curia tuvo que contratar personal auxiliar. Al Papa sólo se le leían fugazmente fragmentos de la buena nueva y aparte de ello se marcaba el acento más bien sobre el remitente que sobre el contenido, sofocantemente monótono.

Naturalmente, el agradecimiento era también para el *Duce*, a quien el «Santo Padre» veía una vez más como enviado por la providencia. El cardenal Ascalesi, de Nápoles, que más tarde marcaría, mediante una procesión, el compás inicial para la expedición de pillaje contra Abisinia, ensalzó ahora a Mussolini como renovador de la Iglesia. Y el cardenal Vannutelli, decano del «Sacro Colegio» confesó al corresponsal de la «North American Newspaper Alliance» Strutt: «yo soy un gran admirador del honorable Mussolini, estadista de férrea voluntad y excelsa inteligencia, heredero del espíritu y la grandeza de Roma».

Pero Italia no era la única en expresar júbilo y agradecimiento: «precisamente hacía el año 1930, el fascismo gozaba de amplias simpatías entre los católicos y conservadores de todo el mundo». Y una de aquellas exclamaciones de felicitación, conmovidas y conmovedoras, que aseguraba a Mussolini que su nombre quedaría grabado con letras de oro en la historia de la Iglesia Católica, procedía de Colonia, de Konrad Adenauer, mientras que C. von Ossietzky expresaba una vana preocupación en la revista *Weltbühne* (Escena Universal): «El fascismo es un poder terrible pero sus años están contados. ¿Qué emprenderá el papado cuando aquél se derrumbe?», pues la respuesta estaba ya lista y

firme, firme como la roca de Pedro: se aliaría con los vencedores del fascismo. Y después con los vencedores de los vencedores. Y así ad infinitum.

Toda la Alemania creyente se unió al júbilo del Dr. Adenauer. Para su prensa católica, la confraternización entre el Vaticano y el fascismo era «el acontecimiento más grandioso y feliz de cuantos había vivido la historia en el último siglo», la «hora de Dios». Mussolini «autor de esta hazaña» era «el nuevo Alejandro, que cortaba su nudo gordiano», «el pontífice temporal de Italia», el «genio de la política», «el fuego de la buena voluntad», el gran estadista «admirado por el clero italiano» porque «rompió las ataduras de la Iglesia» y «en pocos años adornó la bandera del fascismo con un éxito sin par, éxito que el Partido Popular sólo esperaba obtener tras varios decenios» etc.

Con «alegre clamor de trompetas» celebró asimismo el pacto otro príncipe de la Iglesia, el cardenal Faulhaber de Múnich, quien, en la I Guerra Mundial ya había hecho la corte al emperador y no tardaría en colmar de halagos a Hitler. Para Faulhaber, Mussolini era a la sazón «un hombre enviado por la providencia, como ya lo expresó el Santo Padre, uno de los más grandes de la historia universal, cuya política estatal no era simple razón envuelta en un montón de párrafos constitucionales (!), cuya energía no estaba sujeta por la cadena de un parlamento con centenares de miembros...», «Esto no es obra humana», «¡es obra de Dios!». Era el Señor mismo quien «había salvado al sucesor de Pedro de su cautiverio». «Las preces de la Iglesia han sido ahora escuchadas. La hora de la redención ha llegado». «El ángel de Dios ha golpeado con su martillo en el portón de la cárcel vaticana: ¡abrid puertas antiquísimas! ¡Cuánto debe robustecer nuestra confianza en la oración el haber visto escuchadas esas preces!... No, no es un sueño. El férreo portón que conduce del Vaticano a la ciudad se ha abierto y decimos, como Pedro: el Señor ha obrado esto...».

¡Oh sí, el Señor Mussolini! Un señor que, según el cardenal muniqués, se había convertido de repente en el mismo Cristo, lo que más bien —según la *Altkatholische Volksblatt* («Gaceta Popular Veterocatólica»)^[94]— «provocaba hilaridad» tanta hilaridad como todavía provocó en 1979 el panegírico del jesuita L. Volk dedicado a la «augusta figura» de Faulhaber, que «por designio de la providencia, parecía cubrir la laguna surgida en la conciencia sensible de los bávaros a raíz de la abdicación forzosa de los Witteisbacher». El *Völkischer Beobachter* (El Observador Nacional), publicación hitleriana, resaltaba exultante, en composición tipográfica espaciada, que «las primeras autoridades de la Iglesia Católica piensan de modo muy distinto que los escribas del Partido Popular Bávaro acerca de la idea fascista del Estado. Y por ello también piensan muy distintamente, en general, acerca de la concepción nacionalista del estado, pues cuando el cardenal ensalza el acontecimiento romano no sólo como obra de la providencia divina y de la prudencia de la curia, sino también como emanación de una política de estado de la que se destaca expresamente su carácter antiparlamentario, emanado de una dictadura nacionalista, ello implica simultáneamente la inequívoca condena del sistema democrático parlamentario. Es decir, precisamente el sistema por el que el órgano oficial del Partido Popular de Baviera sigue, hoy como ayer, mostrando su simpatía».

Lo anterior insinúa ya el desarrollo de la política de la Iglesia: el Vaticano es el primero en pasarse a los fascistas, seguido del episcopado, representado aquí prácticamente por la «augusta figura» del cardenal muniqués, mientras que el diario, que refleja la opinión

popular católica, sigue manteniendo sus simpatías por el sistema parlamentario. Ése es el curso que tomaron las cosas cuatro años más tarde en Alemania: los obispos, enemigos declarados de Hitler, comenzaron a apoyarlo de repente y los partidos católicos, demasiado lentos para hacerse cargo de la situación, fueron disueltos sin contemplaciones por indicación vaticana. «Si las palabras del Papa y las del cardenal tienen siquiera sentido — decía correctamente el *Völkischer Beobachter* en 1929— entonces no pueden significar otra cosa que el solemne reconocimiento de la idea nacionalista del estado».

El mismo Hitler pensaba por entonces que si los partidos católicos seguían dando preferencia a la democracia, ello sucedía en contradicción con el espíritu de los Acuerdos de Letrán. «Con ello, esos organismos se arrogan, por razones de política partidaria, enmendarle la plana a la concepción cosmovisional del Santo Padre». Hitler no se limitó a decir que «Todo cuanto vigoriza hoy a Italia redundará en beneficio nuestro. Por ello saludamos de corazón la actual regulación en Italia», sino que también afirmó: «Si la curia hace hoy las paces con el fascismo, ello demuestra que el Vaticano manifiesta su confianza en ese sistema político». Y concluyó de ello que: «Si la Iglesia llega hoy con la Italia fascista a un entendimiento que hubiese sido impensable en una liberal demócrata, con ello se demuestra indefectiblemente que el ideario fascista guarda más afinidad con el cristianismo que el judeo-liberal, por no decir el ateo-marxista, con el que el denominado partido católico, el Centro, se siente hoy tan unido en detrimento de todos los cristianos y de todo nuestro pueblo alemán»^[95].

Y efectivamente el Papa dejó en la estacada al «denominado partido católico del Centro» en 1933 y así como en Italia había allanado a Mussolini el camino hacia la dictadura ahora facilitaba en Alemania el poder omnímodo de Hitler valiéndose de Von Papen, futuro camarero papal, del prelado Kaas y de la pertinente disolución del Centro, el partido católico más antiguo de Europa.

Ascenso de Hitler y la Iglesia Romana

*«Pero yo necesito a los católicos de Baviera tanto como a los protestantes de Prusia»
(Hitler)*

«No deseo lucha alguna contra las iglesias o los sacerdotes. “El Mito” del Señor Rosenberg no es una publicación oficial del partido. Por lo demás les aseguro que la Iglesia Católica, por ejemplo, posee una vitalidad que la hará perdurar más allá de las vidas de cuantos estamos aquí sentados.»

(Hitler en una conferencia de jefes nazis de distrito, Múnich 1936)

«Hasta el fin de sus días, Hitler contempló con profundo respeto... a la Iglesia Católica, su arte milenario de ejercer el poder, de hacer propaganda y de conducir las almas»

(El Católico Heer)

El instrumento político de la curia en Alemania era desde 1870/71 el Partido del Centro, de tendencia confesional estrictamente católica y que pronto alcanzaría gran influencia. Los sacerdotes jugaban en él, en más de una ocasión, un papel determinante. De ser un grupo de oposición a la política bismarckiana de la «*Kulturkampf*» se convirtió, ya en 1870, gracias a la firme cohesión de sus electores, sumisos al clero, en la fracción parlamentaria más numerosa de la Dieta y finalmente incluso en partido gobernante. «Cristo es el presidente general del Partido del Centro», proclamaba un sacerdote a principios de los años treinta. Y otro decía por la misma época: «El día del juicio final, Dios nuestro Señor se presentará ante vosotros con la papeleta de voto en la mano. Quien no vote al Centro, contará entre los réprobos». Durante la República de Weimar el Centro formó parte de todos los gobiernos hasta 1932 y de él surgieron nada menos que cinco cancilleres del Reich: Fehrenbach, Wirth, Marx, Brüning y Von Papen. Desde 1932 fue presidente del Centro el jurista W. Marx, quien nunca tomaba una decisión importante sin consultar al nuncio papal Pacelli. La influencia de este último sobre este partido, estrechamente vinculado a grandes industriales del Rin, aumentó aún más cuando en 1928 se hizo cargo de la presidencia el prelado L. Kaas, profesor de derecho canónico en Bonn. Pues el canonista Kaas —que por recomendación de la conferencia obispa de Fulda, el cardenal Bertram era ya desde 1920 consejero de Pacelli— no sólo era «el más estrecho colaborador» alemán de aquél, sino que se había convertido en «su idolatrador y admirador sin reservas». En un artículo que llevaba «página a página» el sello de Pacelli, Kaas celebró los Acuerdos de Letrán como un convenio de paz ejemplar entre un estado totalitario y la Iglesia, profetizando insospechadas posibilidades y exigiendo que el «estado autoritario» «comprendiese mejor que otros los postulados de la Iglesia autoritaria». Y Kaas, que, como sus señores en el Vaticano, sentía una secreta admiración por Austria, el estado estamental, católico y autoritario con el prelado I. Seipel a su frente, también clamó, ya en 1929, en las Jornadas Católicas de Freiburg, por un «caudillaje de gran estilo». Cuando éste llegó a Alemania en 1933, toda la actividad política de Kaas, como escribe uno de los mejores conocedores actuales de esta materia, el teólogo K. Scholder, «se centraba en un único objetivo: un acuerdo de paz histórico entre la Iglesia y el Tercer Reich, obtenido a través de un concordato».

Por medio del señor prelado Kaas, con su «nariz de comadreja» —como Ossietzky escribía en la *Weltbühne* el 12 de febrero de 1922— quien, juntamente con el alcalde de Colonia, K. Adenauer, propugnaba un estado libre (católico) renano, separado de Prusia, Pacelli dirigía el rumbo del Partido del Centro cada vez más a la derecha. El nuncio, que pasaba muchas veces las vacaciones en Suiza en compañía de Kaas, simpatizaba con las tendencias y círculos nacionalistas por miedo al creciente poder de las izquierdas. En eso se le asemejaba mucho el mismo cardenal secretario de estado, Gasparri. El antiguo francófilo hacía entretanto suya una buena parte del programa nacionalista alemán y sólo barruntaba, evidentemente, peligros de las izquierdas alemanas mientras bagatelizaba acerca de «ese puñado de fusiles rastreados en Alemania» (en manos de agrupaciones

derechistas). La oposición de la socialdemocracia en el curso de las negociaciones sobre el concordato no hizo sino aumentar la aversión de Gasparri contra ella.

Cuando, tras el espectacular desastre de la bolsa neoyorquina en octubre del 29, y tras la crisis económica mundial, el número de parados dio un salto hasta alcanzar los tres millones, aumentando con ello en todas partes el miedo ante «el peligro rojo», el puñado de derechistas radicales de Hitler pasó de la noche a la mañana, en las elecciones de septiembre a la Dieta del Reich, de ser un grupúsculo sectario de poca importancia a ser el segundo partido, aumentando de 12 a 107 el número de sus escaños. Es entonces cuando el Vaticano fijó su atención en Hitler como 10 años antes lo había hecho con el *Duce*.

Al igual que el católico Mussolini, el católico Hitler tenía una relación muy ambivalente, aunque de otra índole, con el catolicismo. Como escolar asistió durante dos años a la escuela monacal de la fundación benedictina de Lambach (cuyo portal muestra una cruz gamada estilizada, supuesto origen de la cruz gamada nazi). El joven Hitler fue miembro, en Lambach, del coro de adolescentes de la fundación y también monaguillo —también Himmler lo fue—; admiraba al abad y él mismo deseaba llegar a serlo. No obstante, ya en Linz, la enseñanza de la religión sólo dejó en él una extraña fe en Dios que se fue disipando en los (tardíos) años treinta.

Después de la guerra se le imputó, en Baviera, haber ultrajado la hostia, imputación hecha para difamarlo a los ojos de los naturales de la región. Pero fue precisamente a ese «catolicismo conservador de Múnich a quien se lo acabó debiendo todo. Políticos católicos conservadores extendieron sobre él su mano protectora y cobijaron el terror de sus bandas S. A. Los tribunales bávaros le ayudaron a enmascarar como empresa patriótica la vulneración del derecho, su lucha contra Berlín, contra la República de Weimar y contra la democracia». Hitler ganó terreno en Baviera en cuanto se presentó como futuro exterminador del bolchevismo judío. «En la medida en que me defiendo contra los judíos, lucho por la obra del Señor». En su libro *Mein Kampf* guarda además miramientos excesivos justamente con la Iglesia Católica. Ciertamente que hacía ya tiempo que había roto con sus creencias, pero necesitaba a sus creyentes (Hasta el mismo Lenin aconsejó en 1921 al Comité central no cometer el error táctico de desenmascarar una y otra vez «las mentiras de la religión», «especialmente en la Pascua»...).

A raíz de sus experiencias en Austria, sin embargo, Hitler consideraba de antemano como pérdida cualquier lucha contra el catolicismo. Es por ello por lo que ya en *Mein Kampf* se pronunció expresamente en favor de la «Obra del Señor» basando su programa de partido sobre el terreno del cristianismo positivo y condenando como «ideas de demencial confusión» los furibundos ataques de Ludendorff y de su esposa, M. von Kemnitz —que ejercía sobre él una influencia dominante— contra el cristianismo judaizado y sus crímenes y en favor de un ideario étnico-religioso, de una nueva visión germánica de Dios. En una de las muchas disputas sostenidas al respecto por el general y Hitler, aquél trataba de demostrar, biblia en mano, que el cristianismo era no sólo el adversario más acérrimo de todo movimiento nacional-racial, sino que se veía forzado a serlo en virtud de su propia naturaleza. Hitler replicó: «Coincido plenamente con Su Excelencia, pero Su Excelencia — Hitler siempre hablaba con el general en tercera persona y con esa devoción servil aprendida en sus tiempos de cabo— puede permitirse anunciar previamente a sus

adversarios que quiere asestarles un golpe mortal. Yo, en cambio, necesito a los católicos de Baviera tanto como a los protestante de Prusia ¡Lo otro ya vendrá después!»^[96].

Hitler, de cuya «sumisión a Roma» estaba convencido Ludendorff, fue concibiendo una enemistad cada vez más áspera hacia éste, como la concibió también, y por el mismo motivo, hacia el Dr. A. Dinter, el adalid de una religión étnica, del «restablecimiento de una doctrina pura de la salvación» y de una fe «racialmente adecuada». Al objeto de preservar su pretensión de *Führer* y su voluntad de no aplicar ninguna política opuesta a las iglesias y a la religión, Hitler expulsó del partido a Dinter, que tenía el carnet de afiliado número 5, en octubre de 1928 como «elemento nocivo para el partido» y con «carácter definitivo». Su ficha en el archivo del *Reich* tenía, desde 1937, estas anotaciones: «Admisión excluida» «No se readmitirá nunca más» «Denegada su petición de gracia al *Führer* solicitando readmisión el 15 de junio de 1937».

Hitler se pronunció ya muy tempranamente por la separación entre lo religioso y lo político y en *Mein Kampf* abogaba ya no por la reforma religiosa, sino por la reorganización política, declarando que «en aquellos que hoy involucran al movimiento nacional-racial en la crisis de las controversias veo yo peores enemigos de mi pueblo que en no importa que comunista de convicciones internacionalistas». Se mantuvo firme en ese principio, incluso en los años siguientes, en los que atribuyó a la cuestión religiosa una importancia decisiva para su partido. Creía que los veinte años que previsiblemente le quedaban aún, bastaban ciertamente para llevar a la victoria a un movimiento político, pero no eran, ni de lejos, suficientes para una reforma religiosa. «Las reformas religiosas» —declaró— «no pueden ser obra de criaturas políticas» y en una circular emanada de la dirección general del partido, en Múnich, notificaba el 23 de febrero de 1927, «a modo de advertencia» que «los ataques a las comunidades religiosas y a sus instituciones estaban terminantemente prohibidos y que en las filas del partido no debían sostenerse debates sobre ellas». El señor Hitler, decía la circular, procederá «sin contemplaciones» en este punto. «Ni siquiera serán publicados aquellos artículos respecto a los cuales los redactores-jefes abriguen la más mínima duda de que infrinjan el antedicho principio».

Hitler estaba resuelto, como subrayó repetidas veces, a mantener siempre su movimiento completamente al margen de «toda discusión y controversia religiosa». En un discurso pronunciado el 27 de octubre en Passau expuso la necesidad de dejar de lado todo cuanto pudiera separar a su partido del pueblo alemán. «Nuestros credos son diferentes, pero somos un mismo pueblo. La cuestión no es si prevalecerá este o el otro credo. ¡Lo que está más bien en cuestión es si el cristianismo perdurará o sucumbirá!... En nuestras filas no se tolera a nadie que hiera las convicciones cristianas, que se oponga o combata a quien siga un credo distinto o bien asuma provocativamente el papel de enemigo jurado del cristianismo. Nuestro movimiento es realmente cristiano. Nos consume el deseo de que los católicos y protestantes aúnen sus voluntades en situación tan apremiante como la que atraviesa nuestro pueblo. Nuestro movimiento atajará todo intento de someter a debate las convicciones religiosas».

Pese a todo ello no dejó que aflorase la menor duda acerca de su hostilidad política hacia el Centro, al igual que éste, y a mayor abundancia el episcopado alemán, antes de 1933, tampoco dejaron traslucir la menor duda sobre su actitud antinazi. Entre el partido

de Hitler y el catolicismo alemán imperaba más bien, en palabras del católico W. Dirks, pronunciadas en 1931, «una guerra declarada». En todo caso, del lado católico las hostilidades sólo se rompieron a partir de las elecciones de septiembre de 1930, en las que el partido nazi se convirtió en el segundo partido más votado. Pues a la sazón, y en respuesta a la cuestión planteada por la dirección de ese partido en el distrito de Hesse, la sede diocesana de Maguncia comunicaba a finales de septiembre de 1930 que ningún católico debía afiliarse al partido nazi ni pronunciarse en favor de sus principios básicos. Parecer del que también eran partícipes, aunque no de forma indiscutible, los restantes pastores supremos alemanes.

Los obispos bávaros escribieron en febrero de 1931 que «como custodios de la doctrina de la fe y de la moral eclesiásticas tenían que prevenir contra el nacionalsocialismo en tanto en cuanto éste sustenta concepciones político-culturales incompatibles con la doctrina católica». Los obispos de las provincias eclesiásticas de Colonia, Paderborn y del Alto Rin promulgaron declaraciones de análogo tenor. Y el episcopado alemán al completo declaró una vez más, en una toma de posición frente al partido nacionalsocialista de mediados de agosto de 1932, que «la afiliación a este partido no es lícita» porque promulgaba «doctrinas erróneas» y porque muchas manifestaciones de numerosos y conspicuos representantes y publicistas del partido tenían un «carácter hostil a la fe», a saber, «posiciones hostiles a doctrinas y exigencias básicas de la Iglesia Católica». Como «dictamen global del clero católico y de los fieles paladines de los intereses eclesiásticos» aducían entonces los obispos que «si el partido obtenía en Alemania el poder autocrático que con tanto ardor perseguía, se abrirían perspectivas sumamente oscuras para los intereses eclesiásticos (!) de los católicos». Parece bien significativo en cuanto pone de manifiesto que el episcopado alemán se oponía al partido nazi, no tanto por razones éticas como por intereses egoístas.

El católico H. Müller corrobora en su documentación que «en casi todas las manifestaciones, libros y artículos» se reprobaba únicamente el enfoque nacionalsocialista en el plano de la política cultural, en cuanto discrepante del de la Iglesia, sin atender apenas a los objetivos de su política estatal, ni al afán de Hitler por suprimir la democracia en favor de la dictadura, ni al riesgo que en política exterior entrañaba su política radicalmente revanchista. Ni el feroz antisemitismo del partido fue «apenas inequívocamente condenado en algún caso».

Los Arzobispos y obispos de Baviera habían acentuado ya en su instrucción al clero en febrero de 1931: «Está muy lejos de nuestro ánimo el ocuparnos de los objetivos de la política de estado del nacional-socialismo. Lo que nos preguntamos es únicamente cuál es su actitud frente al cristianismo católico». Otro posicionamiento realmente importante, pues la lucha ulterior iniciada por la Iglesia estalló también a causa de la vulneración de intereses puramente católicos y casi nunca por la defensa eclesiástica de principios humanitarios.

Pero si bien la falange del catolicismo político alemán se oponía casi como un solo hombre al partido nazi, hasta la primavera de 1933, el Vaticano pensaba ya de modo distinto al respecto. Así como en la iglesias alemanas «la discusión acerca de Hitler y el nacionalsocialismo» se inició repentinamente «tras su triunfo sensacional en las elecciones de septiembre de 1930» el Vaticano mostró asimismo su interés por el humilde cabo de la I

Guerra Mundial por esos mismos días. Ya en enero de 1931 *L'Osservatore Romano*, la gacetilla palaciega del Papa, desaprobó la rigurosa decisión de la sede diocesana de Maguncia, escribiendo que aquella no iba dirigida contra los correligionarios de Hitler por razones políticas «sino a causa de aquellos principios contenidos en el programa que eran incompatibles con la doctrina católica». Y si bien es cierto que aquel mismo año la iniciativa que H. Göring emprendió en Roma no le permitió sobrepasar, por indicación del Papa, la antecámara de la secretaría de estado, ocupada por el subsecretario de estado, Pizzardo, el Vaticano, al revés que los obispos alemanes, no rompió los puentes de antemano.

Dos motivos hacían obrar así al Papa y a Pacelli: el temor al comunismo, «adversario número uno» para ambos, y la esperanza de llegar a un concordato con Hitler^[97].

El Papado y la URSS en los años veinte

«En el escenario mundial se intentó todo con tal de aislar al gobierno soviético y destruirlo en la medida de lo posible. El Vaticano estaba en primera línea de este frente»

(E. Winter)

Ni como nuncio, ni como Papa obtuvo A. Ratti éxito frente los rusos. Todo lo contrario, y ello pese a que él mismo tenía «experiencia oriental» y siendo nuncio había, incluso, telefoneado por dos veces a Lenin desde la frontera polaco-soviética en 1919. En una ocasión a causa de un viaje a Moscú que no tuvo lugar porque para ello debía someterse a vigilancia. La segunda vez a causa de la felizmente lograda puesta en libertad del arzobispo Ropp, quien le hizo saber después en Varsovia que el poder bolchevique no duraría ya mucho tiempo. Ratti pasaba por ser, ante la curia, «el mejor conocedor del despliegue contra la Rusia soviética» y no fue ésta la última de las razones en llevarle al papado.

El Vaticano emprendió una primera y fugaz tentativa de establecer contactos con la Unión Soviética ya en 1922, a raíz de la Conferencia de Génova acerca de la economía mundial, la primera conferencia internacional a la que fue invitada la Rusia soviética y la primera también que readmitía a los alemanes como invitados.

Los soviéticos, cuya política exterior parecía de momento desviarse de Europa hacia Asia, hacia China, Persia, Afganistán y Turquía, negociaron ahora por vez primera con diplomáticos occidentales. Lenin había puesto gran empeño en la exacta preparación de la conferencia y G. Chicherin, el comisario del pueblo para AA. EE. y descendiente de la alta nobleza rusa, pronunció un discurso inaugural (admirado por Hemingway) que suscitó gran atención. Los rusos estaban dispuestos a reconocer las deudas contraídas por los zares a cambio de un empréstito y del reconocimiento *de jure* de su poder. El único resultado tangible fue, no obstante, el tratado de amistad ruso-germano de Rapallo, el 17 de abril de 1922 —que el Vaticano juzgaba preocupante hasta el punto de «suscitar» muy serios temores— tratado precedido por la colaboración secreta, que duraría hasta 1933, entre el ejército del *Reich* y el Ejército Rojo. Era una política filosoviética iniciada, sobre

todo, por el responsable de la sección para oriente del ministerio de AA. EE., A. von Maitzan, y por el jefe de la alta dirección del ejército, general Von Seeckt, secundados ambos por el canciller del Reich, Wirth (Centro), quien después de la II Guerra Mundial rechazó también la integración militar en el occidente y preconizó una política de neutralidad para Alemania.

El 22 de abril de 1922 algunos huéspedes del rey Víctor Manuel y este mismo observaron asombrados en Génova, desde la cubierta festivamente iluminada del crucero «Dante Alighieri», cómo dos señores intercambiaban un amable brindis, copa de champán en mano, y también sus autógrafos escritos sobre la tarjeta de menú, orlada en oro: eran el ministro soviético de asuntos exteriores, Chicherin, y el arzobispo de Génova. No era casual el que estuviesen sentados uno junto al otro. «Los extremos se tocan», parece haber manifestado Su Majestad. Mientras que por un lado, protestantes y exiliados rusos hervían de rabia y, por el otro, los comunistas italianos; mientras que la noticia de un «complot vaticano-soviético» recorría zumbando las páginas de la prensa y el cardenal secretario de estado, Gasparri, encarecía:

«Seremos los últimos en relacionarnos con la nueva Rusia» eran de hecho los primeros y, sobre todo, los más activos, como después hicieron con Hitler.

Pues mientras el Papa llamaba públicamente a rezar por una feliz reconciliación — pensando especialmente en «aquellos, que en los confines de Europa... y ya gravemente afectados por la guerra, las luchas intestinas y la persecución religiosa, se ven ahora diezmados por el hambre y las epidemias» en todo lo cual compartía una grave responsabilidad la instigación belicista de la curia y de todas las confesiones cristianas— monseñor J. Pizzardo, subsecretario de estado para asuntos especiales, a quien se atribuía una especial habilidad, recibía el encargo secreto de tomar contacto en Ginebra con los comunistas rusos. En palabras de Gasparri: «se le confió la representación de los intereses religiosos». Y es que el Vaticano concebía «grandes esperanzas en este primer diálogo entre la vieja Europa y la nueva Rusia bolchevique» y consideraba «sumamente importante llegar a un acuerdo» con Moscú. Pues si bien no se trataba de una «confraternización» entre la curia y el Kremlin, como temían algunos rusos exiliados prominentes, que elevaron ante el mismo Papa una durísima protesta, sí que estaba, antes que nada, en juego la devolución de todas las propiedades eclesiásticas tal y como exigía, aparte de expresar otros deseos, el memorándum vaticano dirigido a la conferencia.

«En esta hora histórica en la que está en juego la readmisión de Rusia en la comunidad de naciones civilizadas, la Santa Sede expresa su deseo de ver amparados en Rusia los intereses religiosos, fundamento de toda auténtica civilización. En consecuencia, la Santa Sede desea que los acuerdos que concluyan en Génova los países allí representados recojan, del modo que sea, pero de forma bien inequívoca, estas tres cláusulas:

1. Que Rusia garantice la plena libertad de conciencia a los ciudadanos rusos y a los extranjeros.
2. Debe garantizarse el libre ejercicio del culto y la religión tanto privado como público.
3. Que los bienes inmuebles que pertenezcan o hayan pertenecido a no importa qué comunidad religiosa seguirán siendo de su propiedad o les serán, en su caso, restituidos».

Esas expectativas que Pizzardo entregó, entre otros, a Chicherin —juntamente con «los más calurosos saludos de la Santa Sede»— «¿incluirían también a las restantes comunidades religiosas si el Vaticano no estuviera entre los afectados? ¿Hubiese éste intervenido siquiera? ¿Le preocupaba la expropiación y debilitación de sus concurrentes?» ¡Al contrario! La «Asociación de sacerdotes ortodoxos de Serbia» del reino de Yugoslavia protestó en consecuencia pues «veían un gravísimo peligro no sólo para Rusia, sino también para la ortodoxia», a saber, el peligro de «ver a los hijos de la gran Iglesia ...maniatados desde Roma», de que el papado y el jesuitismo ambicionen «derechos de gran alcance para asegurar el prestigio político de la Iglesia Católico-romana en la Rusia bolchevique». Fracasada la conferencia de Génova, la iniciativa carecía de objeto. El cardenal Gasparri calificó irritado aquella reunión de «verdadero caos» y subrayó «la gran astucia del representante ruso» mientras que el ministro de asuntos exteriores, Chicherin, decía más tarde al embajador alemán en Moscú, conde de Brockdorff-Rantzau, que durante la Conferencia de Ginebra «Pío XI acariciaba confiado la idea de que los gobernantes de Moscú “triturasen” a la Iglesia Ortodoxa, abrigando la esperanza de que la romana atraería hacia sí a sus decepcionados fieles. El período de relaciones favorables entre el Vaticano y el gobierno soviético fue, con todo, muy breve, y pronto dio comienzo una segunda fase...»^[98].

De esta segunda fase nos ocuparemos ahora algo más detalladamente.

Frente a los 78 millones de cristianos no católicos de la U. R. S. S. había ahora no 15 millones de católicos romanos y de uniatas, sino, a consecuencia de la segregación de Polonia y de los países bálticos, tan sólo 1,6 millones de fieles de obediencia romana, entre ellos unos 4.600 sacerdotes que disponían de más de 4.234 iglesias y 1.978 capillas. Pese a ese exiguo puñado de fieles, reducido a minoría en trance de desaparecer, las expectativas de los prelados romanos eran enormes. La Ortodoxia había perdido el apoyo que gozaba con los zares y el poder bolchevique parecía desmoronarse por momentos. Roma abrigaba efectivamente la ilusión de conquistar para sí a Rusia. El conde Sforza, que mantenía estrechos contactos con la curia, hacía notar que el Vaticano «vio ciertamente en el comunismo, inicialmente, un mal espantoso, pero también necesario, que podría tener consecuencias salutíferas. En tanto perduró el zarismo, no fue posible vencer la estructura de la iglesia rusa. Sobre las ruinas creadas por los comunistas podía surgir cualquier cosa, incluso un renacimiento religioso en cuyo transcurso se podría hacer notar la influencia de la iglesia romana». «Las actuales condiciones políticas en Rusia constituyen, ciertamente, un serio obstáculo, pero de índole transitorio», vaticinaba *L'Osservatore romano* y se refería sin ambages a la intención de «convertir a la religión verdadera a un país de 90 millones de cristianos».

Durante la Guerra Civil de tres años, que causó los más duros estragos desde 1917/18 —y en cuyo transcurso distintas tropas aliadas apoyaron temporalmente a los diversos ejércitos y gobiernos antibolcheviques— el poder soviético atravesó diversas y peligrosas crisis. Después incurrió en una situación económica catastrófica. La producción industrial alcanzaba tan sólo el 20% de la del año 1913. El comercio estaba arruinado. La inflación era general. Las malas cosechas de 1920 y 1921, provocadas, al menos parcialmente, por una sequía extrema, agravaron aún más la situación. Pero fue precisamente la gran hambruna,

que causó la muerte de unos 2 millones de rusos en 1921/22, lo que alentó especialmente las esperanzas curiales. El general de los jesuitas, Ledochowski, fue quien tuvo la ocurrencia de aprovechar el hambre y la miseria en la Unión Soviética para penetrar en ella y forzar nuevamente la unión con la Iglesia Ortodoxa. Esto último suscitó seguramente mucho más interés en el Vaticano que la miseria rusa.

Al igual que M. Gorki, G. Hauptmann, y F. Nansen, que no tenían por lo demás nada en común con el sumo sacerdote romano, también Benedicto XV apeló al mundo en busca de ayuda. «Masas incalculables de criaturas humanas, acosadas por el hambre, estragadas por el tifus y el cólera, se arrastran desesperadamente por una tierra reseca y confluyen en los centros más poblados, donde esperan encontrar pan y son nuevamente dispersadas por la fuerza de las armas». Su «grito de dolor» «hirió en lo profundo» a este curtido papa, quien, acordándose de su «alta y tierna misión» sentía en sí el «deber de hacer cuanto permita nuestra pobreza para ayudar a aquellos remotos hijos nuestros». Los 292 millones de católicos apenas donaron, con todo, 2 millones de dólares a los rusos que sufrían y morían de hambre —tan sólo la asociación caritativa americana ARA (American Relief Association) reunió 66 millones de dólares y un dólar equivalía entonces, en el mercado negro, a 2 millones de rublos.

Cierto que Benedicto mismo había transferido como primera ayuda un millón de liras, pero eso apenas era, desde luego, una gota sobre una piedra candente. Por lo demás, el dinero de la obra social del papa sirvió también para ayudar a círculos que colaboraban estrechamente con la Polonia antibolchevique, que acababa de invadir la U. R. S. S. El Papa abrigaba efectivamente el plan de «una misión sistemática en Rusia», con la que, para expresarlo en palabras del arzobispo barón de Ropp, —que acudió presuroso a Roma— se obtendrían toda clase de ventajas concedidas «por los hambrientos bolcheviques». Se negoció ansiosamente con el hombre de confianza de Lenin en el Quirinal, V. Vorovskyj, un «bolchevique moderado» cuya complacencia iba pareja con su elegancia y habilidad pero que, sin embargo, caería pronto víctima de un exiliado en Lausana. El Vaticano, por su parte, se moría de impaciencia por enviar una «misión caritativa» a aquellas regiones de infieles o herejes. La noche misma de su muerte repentina, Benedicto XV llamó por tres veces a Pizzardo para preguntarle: «¿Han llegado finalmente los visados de los bolcheviques?».

Así pues, mientras que *L'Osservatore Romano* encarecía que «toda derivación política o religiosa de las intenciones de la Santa Sede en este asunto era pura fantasía» lo que realmente buscaban era la conquista de Rusia y no saciar el hambre de los rusos. Evidentemente, los soviéticos, por su parte, buscaban antes que nada su reconocimiento, si no de jure, al menos *de facto*, por parte del Vaticano. Vorovskyj presentó algunas perspectivas verdaderamente halagüeñas: concesiones en terrenos, fincas industriales y agrarias rentables, escuelas profesionales y rurales y, naturalmente, educación moral y religiosa. Al regreso de un viaje a Moscú, sin embargo, fue eliminando punto por punto lo prometido y la pobre curia no pudo recoger ya más dinero. Parecía estar «al borde de la bancarrota». A todas las anuncios de desdichas —Confalonieri: «Las Iglesias fueron transformadas en teatros o en oficinas, los sacerdotes llevados a cárceles o a campos de trabajos forzados y buen número de ellos bárbaramente asesinados»— se sumó la noticia

de que el gobierno soviético se había incautado de todos los objetos eclesiásticos de valor, de oro, plata o piedras preciosas, incluidos los más sagrados. Pura consecuencia del hambre, como expuso el señor Vorovskyj.

Desde luego ahora se puso de manifiesto que el Vaticano no estaba, ni de lejos, en quiebra. Como mínimo estaba dispuesto a rescatar pagando los objetos de culto católico-romano. «Respecto a eso me apresuro a hacerle saber —escribía a mediados de mayo el sustituto del papa, monseñor Pizzardo, al comisario para asuntos exteriores, Chicherin, alojado precisamente en el suntuoso “Imperial Palace” de Rapallo— que el Santo Padre está dispuesto a comprar estos objetos sagrados, para deponerlos en las dependencias de monseñor Cieplak. El precio acordado será transferido de inmediato a Su Excelencia o a cualquier otra persona designada por el gobierno». Chicherin respondió a vuelta de correo desde la playa de la Riviera asegurando que «sus muy interesantes propuestas... fueron de inmediato transmitidas a Moscú y serán examinadas por el gobierno con toda la complacencia que merecen».

Pero ya antes, el 12 de marzo de 1922, se había firmado un acuerdo de 13 puntos, el único hasta ahora existente entre la Santa Sede y el gobierno soviético, —«*le gouvernement des Soviets*» y no «*La Russie*» como quería el Vaticano— y en él, los poderosos de Moscú hablan a los de Roma únicamente de la posibilidad de llenar las hambrientas bocas de los rusos —y no sus cabezas— mediante simples «*envoyés*» (y no ya mediante «*missionaires*», por no hablar ya de concesiones territoriales, etc.).

Los bolcheviques usaron de una táctica hábil, retardando, suscitando nuevas esperanzas, refrenándolas de nuevo. Por fin, a finales de julio de 1922, un año después de que Gorki, el patriarca Tichon y otros llamasen pidiendo ayuda, se embarcó el pequeño puñado de misioneros papales —a quienes el tratado denominaba de forma nada equívoca como «agentes»— compuesto de italianos, alemanes, españoles, americanos y un ruso. Despedidos personalmente por Pío XI con una santa misa y un santo viático, salieron de Bari hacia Constantinopla en un barco con insignia papal y cuando, conducidos por el jesuita Capello, arribaron a mediados de agosto a Crimea —llegada un tanto tardía, pues la situación alimenticia comenzaba ya a mejorar— vino rápida a su encuentro una lancha torpedera con un representante del gobierno moscovita, respetuoso (y también suspicaz). Con ocasión de un banquete celebrado en Crimea en agosto de 1923 en honor del director de «los agentes» de la Societas Verbi Divini (SVD), Pater E. Gehrmann, veinte funcionarios comunistas pronunciaron un brindis a la persona de Su Santidad. Se alzaron de sus asientos y «bebieron hasta el fondo sus copas de champaña a la salud del gran monarca de Roma». Es más, en un vagón precintado y vigilado por soldados del ejército rojo, el Kremlin envió en noviembre de 1923 a través de Odessa y Brindisi «un obsequio para el museo vaticano»: nada menos que las reliquias, largamente ansiadas por el Vaticano, del jesuita A. Bobola el «cazador de almas» (*duszochwat*), a quién los cosacos mataron a golpes en 1657 y que fue canonizado casi trescientos años después. El gobierno quería, en un principio, dejar sus restos para una exposición antirreligiosa, pero los expuso después en Moscú... ¡en un instituto de higiene!

La misión de ayuda papal contaba entretanto con no menos de 1.700 empleados, regentaba nada menos que 275 cocinas y daba de comer a 95.000 personas, niños en su

mayoría, que solían portar un emblema con una cruz y una *madonna* grabadas, orladas por estas dos inscripciones: «¡Redentor del mundo, salva a Rusia!» y «El Papa de Roma a los niños rusos». En los comedores había asimismo un retrato del Papa en actitud de impartir la bendición, con un cerco de guirnaldas y el lema: «La misión católica del Papa romano ayuda al pueblo ruso». Simultáneamente, sin embargo, los «agentes» de Roma contactaron con representaciones diplomáticas y agencias comerciales, con lo cual resultó naturalmente fácil transportar al extranjero aquellos objetos eclesiásticos de valor que la Santa Sede había intentado vanamente recuperar en su totalidad mediante compra, objetos que también desaparecieron luego de hecho^[99].

Por otra parte, dos nuevas revistas ateas aparecidas en 1923, *El ateo* (Besboschnik) y *El ateo en el torno de trabajo* (Besboschnik u stanka) atacaron por entonces con toda vehemencia no sólo a la religión, sino al Vaticano en especial. En Petrogrado fueron clausuradas, poco antes de la Navidad de 1922, casi todas las iglesias católicas. Y a principios de marzo fueron citados a Moscú el arzobispo Cieplak, su vicario general, Budkiewicz, representante destacado de la iglesia de orientación polaca, y el exarca L. Feodorov, representante conspicuo de la iglesia ruso-católica, además de otros doce sacerdotes —los costos del viaje corrieron de su cuenta— y, con gran indignación por parte de la opinión mundial y de los gobiernos, se les sometió a un proceso ante el Tribunal Supremo de la Revolución: acusados de propaganda antisoviética, de resistencia contra la separación de Iglesia y Estado y contra la confiscación de bienes eclesiásticos; también de «retener los cadáveres de los difuntos en sus iglesias» etc.

El proceso iba dirigido sin más contra toda la oposición católica, especialmente contra el espíritu nacionalista polaco, dominante en la iglesia católico-romana de Rusia, de fisonomía fuertemente polaca. Hasta el ruso-católico Chorbischof, conde N. Tolstoy, sobrino del escritor, escribió en una carta abierta, datada el 25 de enero de 1925 y publicada en el *Izvestija*, (el cónsul alemán en Odessa, Wessel, la consideró como indudablemente auténtica ante el Ministerio de Asuntos Exteriores) que «La Iglesia debe mantenerse al margen de la política y del chovinismo nacional. Los clérigos católicos, sin embargo, actúan entre nosotros como instrumentos de la política polaca y a menudo son agentes activos». Chorbischof acusaba gravemente al mismo Pío XI: «De sus tres predecesores obtuve siempre bendición y amparo... De usted no obtuve nunca hasta ahora ni un sólo signo de aprobación (de su actividad como sacerdote ruso-católico)». Parecía más bien que el Papa seguía mirándolo todo «aún desde Varsovia, usted contempla desde una óptica polaca todo cuanto sucede entre nosotros y lo ve con una luz distinta a la nuestra». Sacerdotes católicos filopolacos de la U. R. S. S. actuaron, incluso, cometiendo alta traición, especialmente en el frente ruso-polaco, donde mantenían estrechos contactos con los servicios secretos polacos y hasta fomentaban la segregación de Bielorrusia y Wolhinia en favor de Polonia. Entre los 15 clérigos acusados, el único no polaco era Feodorov, lo que es bien significativo.

Feodorov, que combatía, ya desde 1919 y juntamente con Tichon, «los propósitos infernales del gobierno», la separación de Iglesia y Estado, había tratado de atraer el interés de Lenin hacia la iglesia ruso-católica que, en virtud de su pertenencia a la romana, podría hacer algo por el prestigio de la Unión Soviética en el mundo. Ahora anhelaba fervientemente el martirio, pero finalmente, el 28 de marzo de 1923, se vio fulminado a 10

años de campo de trabajo. Cieplak, sin embargo, fue condenado a muerte mediante fusilamiento, «por sus actividades contrarrevolucionarias». La misma suerte corrió Budkiewicz. Ciertamente que a Cieplak —después del destierro de Ropp, cabeza de la Iglesia católico-romana de la U. R. S. S.— le fue condonada la pena capital por 10 años de cárcel, pero el prelado Budkiewicz, que había conspirado de forma especialmente intensa con Polonia y había defendido de forma determinante las convicciones antisoviéticas, polaco-nacionalistas en la Rusia soviética, fue ejecutado en la Lubianka moscovita mediante un tiro en la nuca el 31 de marzo de 1923.

Con todo, mientras el mundo prorrumpía en gritos, mientras *El Ateo* escribía que «el Papa intenta unir la Internacional negra contra la roja»; mientras *Pravda* exigía, el día en que ejecutaban a monseñor Budkiewicz, someter también a proceso al Papa de Roma «in contumaciam», éste guardó por su parte una actitud de noble serenidad. En una instrucción «estrictamente secreta» ordenó radiar el 9 de abril un mensaje cifrado al nuevo director de su misión en Moscú, el jesuita Waish, indicándole que le parecía «oportuno» demorar «por algún tiempo» la protesta que había ordenado elevar telegráficamente el 31 de marzo. En un segundo punto suplicaba ayuda para los prisioneros. En el tercero, información sobre su culpabilidad real y ordenó: «4. Continúe usted con la distribución de alimentos».

Ciertamente que el Papa se quejó oficialmente en su alocución «*Gratum nobis*» del 23 de mayo de 1923 de «los hechos graves y tristes que acaecen en Rusia» y en su mensaje navideño «*Ex quo proximum*» prometió a los encarcelados una «corona de gloria inmarcesible». Pero no sólo continuó negociando con los soviéticos, sino que tenía conciencia de su responsabilidad por el proceso. Había menos ironía que cinismo, decía mordazmente el jesuita d'Herbigny, en la apreciación de que el gobierno soviético tenía que haber sometido a proceso, no a los clérigos acusados, sino al papa. Pues era la curia la que había ordenado retener los valiosos objetos eclesiásticos y no declarar al Estado las comunidades, como estaba prescrito por ley. Naturalmente, Roma sabía también de las actividades nacionalistas de los católicos polacos, que, desde la perspectiva soviética, equivalían a alta traición. Según el enviado bávaro ante la Santa Sede, Barón von Ritter, el Papa desaconsejó incluso a los polacos que intervinieran en favor de los acusados. En Roma no hubo ni siquiera un funeral oficial por Budkiewicz. Sólo en el funeral de la colonia polaca participaron algunos cardenales.

Del enjuiciamiento que hacía de la situación el secretario de estado ante el historiador de los papas Von Pastor se desprendía «una visión más bien optimista de la situación polaca» pues, en palabras del segundo hombre en el Vaticano, «la sangre de los mártires fue siempre la mejor semilla del cristianismo». Y también Pío XI por su parte tenía, en el consistorio del 23 de marzo de 1923, «la segura esperanza» de que «la condena, las penas de cárcel y la sangre se convertirían en semilla de numerosos y excelentes católicos, tal y como, en los primeros tiempos de la Iglesia, fueron semilla de cristianos».

Realmente, la sangre de los propios corderos es la que reporta mayor utilidad al papado. Por ello tampoco se interrumpieron las relaciones con los comunistas cuando su policía secreta desencadenó una nueva y mayor ola de detenciones en la primavera de 1924, enviando a la cárcel y al destierro a numerosos sacerdotes y monjas católicas, al mismo tiempo que dejaba vía libre al arzobispo Cieplak. La G. P. U. lo metió el 9 de abril sin

más preámbulos en el tren para Riga, en la frontera ruso-letona, y cuando llegó el 9 de mayo de 1924 a Roma, vía Varsovia, donde Gasparri lo acogió en la estación y el Papa aquella misma tarde, el prelado previno en privado contra «el peligro bolchevique» pero en público «perdonó y olvidó» y se abstuvo de polemizar contra sus perseguidores, al igual que sus amos del Vaticano.

Pues no tenían en absoluto la intención de romper con los rusos, sino que buscaban ante todo, una y otra vez, imponer la educación religiosa de los niños. El gobierno soviético también buscaba por su parte —así lo comunicaba el embajador alemán en Moscú, conde Brockdorff-Rantzau, en su «telegrama totalmente secreto» a Berlín— «establecer la paz religiosa con el Vaticano». Se proponía conceder estatus diplomático a la comisión papal para derivar de ello el reconocimiento de jure de su régimen. ¡También aquí se toparon los monseñores con sus condignos! Mientras los bolcheviques arruinaban sistemáticamente las iglesias de sus dominios e incluso tenían ya encarcelado a uno de cada ocho clérigos, jugaban a cada paso con una baza atractiva para el Vaticano. Empresas económicas en régimen de concesión, escuelas de artes y oficios, granjas agrícolas, un sanatorio infantil en Crimea, «libertad de cultos», un «acto de gracia» para los religiosos condenados etc. Y si bien «Rusia» seguía «siendo aún un gran misterio» para el cardenal Gasparri (un «misterium iniquitatis» como confió a Von Pastor después de la acogida de Cieplak, pues se mantenía estable pese al comunismo imperante), consideró no obstante que algunas cosas merecían «una reflexión muy madura» y tanto él como las personas de su entorno examinaron concienzudamente las sugerencias diplomáticas de Moscú dejando entrever de vez en cuando y más o menos abiertamente alguna oferta, como los 900.000 dólares prometidos por el jesuita Waish a la presidenta de la «Comisión de ayuda extranjera», la señora Kamenewa, hermana de Trotzki, aunque la curia tan sólo había sacado realmente a flote 125.000 dólares y no tenía (al parecer) ni la menor idea del generoso «bluff» del Pater Waish.

En una palabra, cada parte trataba de enredar a la otra con sus trucos, exigiendo concesiones concretas y favores previos mientras ella misma se limitaba a vagas ofertas. Entretanto los teólogos católicos salían a la palestra defendiendo la causa del papa, el secular sueño de una unión en Rusia, escribiendo acerca de las «Iglesias y ritos orientales», «El problema católico de la unión de las iglesias» «El clero occidental y el apostolado en el Este asiático y greco-eslavo» etc. El mismo Pío XI invitó en su primera encíclica oriental *Ecclesiam Dei* del 12 de noviembre de 1932 (celebrando el trescientos aniversario del mártir por la causa de la unión en Ucrania, San Josafat de Polozk) al mundo católico a «adquirir conocimientos más profundos y completos sobre las cosas y las costumbres del Oriente» apelando a las iglesias de aquella región, separadas de Roma, a retornar al papado. El 21 de marzo de 1924 exhortó a los benedictinos a «renovar el trabajo en pro de la unión». Al año siguiente, los dominicos fundaron en Lille un seminario ruso^[100].

Pero como los bolcheviques notaron que financieramente no podían sacar gran cosa de Roma y que, habiendo superado hacía ya tiempo sus apremios, una nunciatura en Moscú y el reconocimiento por parte del papa tampoco les significaba ya gran cosa (a principios de 1924 habían sido ya reconocidos por Inglaterra, Noruega, Austria, Grecia, Suecia y por la Italia fascista), no concedían ya gran valor a la misión vaticana. Además, ésta había cesado

casi totalmente en su actividad caritativa y ahora intentaba obrar, ante todo, en pro de la unión de las iglesias y de la religión en general. En suma: los «agentes» papales fueron obligados a abandonar el país. El 23 de agosto de 1924, el cardenal Gasparri dio a su gente la orden de regresar, rogándoles telegráficamente que antes de su marcha transmitieran a sus (digamos) «huérfanos» «palabras de aliento» y la seguridad de que «el Santo Padre pensaba en ellos...».

Qué es lo que aquella acción humanitaria se trajo realmente en juego se revela en el informe final secreto del 12-Noviembre-1924, que el Pater Gehrman entregó personalmente a Pío XI. Sucesor del Pater Waish, que había renunciado a la dirección de la misión de ayuda papal y abandonando Rusia en enero de 1924, al parecer como protesta por la prudente táctica del Papa en relación con el proceso de Cieplak, Gehrman compartía la misma virulenta actitud antisoviética de su antecesor. Y en su informe (que por quebrantamiento de secreto por parte de los círculos curiales vino a parar a finales de marzo de 1925 al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, donde se le añadió la anotación de que no debía llegar a conocimiento del gobierno soviético) no se hablaba ya para nada de servicios caritativos. Aparece, en cambio, con toda nitidez el aspecto político del asunto, a saber, el auténtico objetivo de la misión de ayuda, consistente en proporcionar al Vaticano material que le permitiera «intervenir contra el comunismo imperante ahora en Rusia, presentarlo como reprochable y condenarlo». Pater Gehrman recomendaba enérgicamente que se procediese contra la Unión Soviética —una «gran cárcel» en la que la religión y moralidad son pisoteadas— y contra el comunismo, «porque éste no podrá sostenerse» y no se debía permitir «que esos demonios siguieran existiendo». No es de extrañar que aquel rabioso paladín de la guerra fría, tras larga permanencia en Roma, emergiese finalmente en Berlín, como secretario de Eugenio Pacelli (Durante la II Guerra Mundial más de 500 hermanos de su misma orden cayeron luchando por Hitler).

Eclos de aquel informe final de Gehrman, resuenan ya en la alocución de Pío XI «Nostris qua praecipue» del 12 de diciembre de 1924: «Nadie pensó que nosotros, al dispensar nuestros beneficios en favor del pueblo ruso, apoyáramos en modo alguno a un gobierno que estamos muy lejos de reconocer. Al contrario, después de intentar por mucho tiempo y desde lo profundo de nuestro corazón mitigar con todas nuestras fuerzas la terrible postración de este pueblo, consideramos deber nuestro, basado en nuestra paternidad universal... atajar, con aunados esfuerzos, los gravísimos peligros y seguros perjuicios del socialismo y del comunismo sin hacer por ello dejación de nuestro obligado deber de eliminar todas las humillaciones en la situación de los obreros».

Por lo pronto, el Papa había fracasado de plano en Rusia; frente al gobierno y frente a la ortodoxia. El foso que le separaba de ambas se había ahondado aún más. Con todo, la embajada alemana ante el Vaticano daba fácilmente en el clavo cuando, tan sólo cuatro días después de la retirada de la misión de ayuda, escribía así: «Aunque la curia abandone momentáneamente el territorio ruso, con ello no ha renunciado en modo alguno a su propósito de proseguir con su actividad en el Este. Busca nuevos caminos y con la tenacidad que le es propia en la consecución de sus objetivos de gran alcance — independientes del tiempo y las personas— está esperando su momento...».

Ese momento parecía presentarse, y con un sesgo que nadie hubiese sospechado tan tremendamente favorable, en 1941... De momento, sin embargo, Roma nutría sus esperanzas con el Tratado de Locarno. Concluido en octubre de 1925, gracias a la mediación inglesa, entre Alemania, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Italia, Polonia y Checoslovaquia, tenía por objeto la creación de un sistema de seguridad europeo con exclusión de la U. R. S. S., mejor dicho, contra ella. A juicio del jefe de los comunistas alemanes, E. Thálmann era «el intento de un frente unitario internacional, negro, bajo el liderazgo inglés». Con todo, Roma se esforzó todavía a mediados de los años veinte por llegar a un acuerdo con los rusos, por alcanzar la consolidación y fomento de su iglesia, incluso, quizás, por ganar para sí a los ortodoxos.

De ahí que desde el invierno de 1923/24 hasta finales de 1927 se desplegara una tercera y amplia ofensiva, en la que se trató de las contrapartidas de la Unión Soviética en caso de que su reconocimiento *de facto* por parte del Vaticano se transformase en uno *de jure*. Si bien el interés de los bolcheviques era en esa cuestión reducido, ello no quiere decir que se hubiese extinguido y menos extinguidas estaban aún las ambiciones curiales. Si la U. R. S. S. intentaba debilitar el frente exterior opuesto a ella, mediante su reconocimiento por parte de Roma, ésta intentaba fortalecer sustancialmente el frente interior contra el régimen mediante la ampliación de sus iglesias en la U. R. S. S. y, tal vez, mediante la integración de su rival ortodoxa. Cierto que en el Vaticano había adversarios de cualquier tipo de contactos con Rusia, como el cardenal Ragonese, amigo de Pastor, pero Gasparri estaba decididamente a favor y Merry del Val a favor, cuando menos, de una delegación apostólica. El conde Brockdorff-Rantzau comunicó, ya a finales de julio de 1924, desde Moscú, haberse enterado fidedignamente del deseo de la curia «de no perder bajo ninguna circunstancia el contacto con la Unión Soviética». Las negociaciones se llevaron a cabo en Berlín y no fue otro, sino el nuncio Pacelli —que tomaba por entonces clases de ruso— quien intervino, secundado por su secretario y «experto en Rusia» Pater Gehrman, el último director de la misión de ayuda papal. Es decir que al mismo tiempo que Pío XI, de acuerdo con la mayoría de los cardenales, exhortaba en diciembre de 1924, «de forma apremiante y de modo especial a los hombres de estado... a mantener alejados de sí y de sus ciudadanos los gravísimos peligros y los daños que socialismo y comunismo conllevan indefectiblemente». Él daba a Pacelli el encargo —lo que hasta hace poco ha constituido un secreto celosamente guardado— de alcanzar un *modus vivendi* con los soviéticos.

Semana tras semana, el nuncio se fue reuniendo, en febrero de 1925, con el embajador Krestinskiy en Berlín e incluso, más tarde, con el ministro de asuntos exteriores, Chicherin, con motivo de una comida en casa del hermano del embajador Brockdorff-Rantzau, sin que el mundo tuviese la menor idea de ello. Con todo, mientras el Papa negociaba oficialmente con Moscú por intermedio de Pacelli —como reconoció un año más tarde al general superior de los asuncionistas, G. Quénard, antiguo misionero en Rusia— secretamente deseaba enviar «a toda costa» misioneros a Rusia e implantar «cuando menos una jerarquía provisional» tomando al respecto en consideración la posibilidad de llevar a fábricas soviéticas a monjes vestidos de paisano, antiguos ingenieros o técnicos. De este modo el Papa intentaba penetrar en Rusia «por la puerta falsa» sin tener que reconocer a

su gobierno y sin revelarles la reorganización de la *Catholica* en el país, lo cual transgredía las normas de aplicación de la ley de separación entre la Iglesia y Estado.

En ese contexto se entiende la fundación de la «Commissio pro Russia» de la «Congregación para las Iglesias Orientales». Por aquellos mismos días el cardenal Gasparri acentuaba ante el diplomático Von Pastor, con quien tenía gran confianza, que «todos los gobiernos debían emprender una cruzada contra la III Internacional». Por una parte la «Commissio pro Rusia» debía hacerse cargo de la asistencia a emigrantes rusos. Por otra, debía ocuparse de la situación en la misma Unión Soviética y, sobre todo, de la unión de las iglesias. Debía ser, pues, una especie de «continuación de la misión de ayuda papal para Rusia»... y preparar todo para el día «X» pues la mayoría de los curiales seguía creyendo que los días del poder soviético estaban contados.

El auténtico Spiritus rector de la «commissio pro Rusia» (bajo la tutela de los cardenales Tacci y Sincero) era el jesuita francés y editor de la revista «Orientalia Christiana» M. d'Herbigny, la figura más enigmática, más interesante y más trágica de la historia más reciente de la política vaticana hacia el Este, como bien dice uno de sus concedores, H. Stehie. Pero también es, cabría decir en puridad, una de las más bufas.

Michel d'Herbigny, que ingresó en la Compañía con 17 años, fue el autor de una obra galardonada sobre el filósofo ruso de la religión, Solowjew, y de un segundo libro en el que profetiza así sobre la «tiranía soviética»: «El suicidio es total; esta gran nación se muere», pronóstico fallido desde hace más de medio siglo, pese a la diligentísima asistencia católica para ayudarlo a morir en 1941...

Ya en el otoño del año 1922, M. d'Herbigny, recién ascendido a sus 42 años a presidente del Instituto Pontificio para el Oriente y a consultor de la Congregación de las Iglesias Orientales, se esforzó inútilmente por meterse en la boca del león a partir de Berlín y de Riga. En octubre de 1924, sin embargo, le sonrió por vez primera la suerte en forma de un ¡viaje privado de vacaciones y estudios!, posible gracias a que en la URSS la atmósfera se había distendido parcialmente y enseñaban a contemplar a los sacerdotes como entes ciertamente curiosos, pero no como candidatos al martirio. El 29 de marzo de 1926, Pacelli consagró como obispo al jesuita, a puerta cerrada, en su capilla particular de la Rauchstrasse 21 de Berlín, no sin que el culto pontífice le hubiese concedido antes el título de «Obispo de Ilion», en sutil pero evidente alusión al caballo de Troya que enviaba a los rusos en la figura del recién consagrado (y al punto transportado por el ferrocarril alemán) pues esa sede obispal de Turquía, otrora sita en el mismo lugar de la Troya clásica, había desaparecido mucho tiempo atrás.

Y con el mismo sigilo y brusca celeridad que presidieron su ordenación, consagró él después en la URSS a tres obispos clandestinos. Primero, en Moscú, donde vivían unos 30.000 católicos y adonde d'Herbigny había llegado justamente antes de la Pascua de Resurrección, al sacerdote asuncionista Pie Eugen Neveu, quien acudió a la cita desde un remoto lugar del país tras vencer algunas dificultades y molestias, causadas por la policía. «Así pues, arrodílese ante el altar, ore con recogimiento...» «Le doy media hora para su preparación» «Aquí están las instrucciones del Santo Padre, los derechos y obligaciones, el dinero que me entregó...» La «sacra» ceremonia, en la que actuaron como testigos la sacristana de origen alsaciano, Alice Ott, y el agregado militar de Italia, el coronel Bergera,

que murió en 1930 en una clínica psiquiátrica de Palermo, tuvo lugar en la iglesia católica de San Luis, enfrente mismo de la Lubianca, la siniestra cárcel de la GPU, desde la cual se controlaba permanentemente la entrada de ese templo, toma de fotos incluida. Y no cabe la menor duda de que también el servicio secreto soviético pisaba, eso desde el mismo comienzo, los talones al jesuita, ese «charlatán» que se movía con el llamativo disimulo de un «conspirador amateur» (gorra de visera sobre un discreto cuello de sotana), siguiendo todos sus pasos y expediciones, bien fuera a Odesa, a Kiev o a Leningrado. En esta ciudad y alrededores había aún oficialmente doce parroquias romanas. D'Herbigny evitaba a los ortodoxos como si fuesen la peste, pero consagró ¡secretamente! como obispos en la iglesia de San Luis, a puerta cerrada y con sólo dos testigos, a otros sacerdotes: a Boleslav Sloskans, de 33 años, que había adquirido fraudulentamente, con elevadas sumas en sobornos, la nacionalidad soviética, y al alemán Alexander Frison. D'Herbigny afirmaría más tarde con sofistería jesuítica: «Ni se crearon nuevas sedes obispales en Rusia, ni efectué una sola ordenación *de sacerdote*»^[101].

También, y en el más absoluto «secreto», nombró «administradores apostólicos», diez en total. En el verano del 26 volvió por segunda y tercera vez, viajando una vez más *vía* Berlín y tras conversar extensamente con el nuncio Pacelli. En cada uno de esos «viajes pastorales» a la URSS (tal era el título de sus informes en alemán, publicados en la *Orientalia Christiana*), sus pasos fueron vigilados uno a uno. Los rusos se informaron espléndidamente sobre las redes que iba tejiendo entre ellos el jesuita papista. De ahí que volvieran a extenderle un visado para completar, por así decir, sus conocimientos. Con todo, después que D'Herbigny procediese a tomar diariamente confesiones en francés, alemán, italiano y ruso; después que, (estando ya caducado su visado desde el 2 de septiembre) apareciese espectacularmente el 5 de septiembre en el templo de San Luis a raíz de un solemne oficio pontifical, calzándose ¡por vez primera medias moradas!, vistiéndose ¡con el atuendo obispal, una sotana morada!, y rodeado de muchachas ataviadas de blanco, que esparcían flores, de niños que entonaban cánticos a coro, y de banderas ¡consoladoras ceremonias en Moscú!, escribía ¡L'Osservatore Romano!) para llevar ¡la pesada custodia! a través de la gran plaza de ¡San Pedro y San Pablo!, sintiendo «cómo me corrían las lágrimas por las mejillas y la ropa», la paciencia de los rusos llegó a su límite y expulsaron al conmovido personaje al día siguiente, el 6 de septiembre de 1926, haciéndole acompañar por un agente de la policía secreta hasta la frontera soviético-finlandesa. El obispo titular de Troya pudo aún leer durante aquel trecho ¡la completa del nacimiento de María! y no se vio ya forzado, «como durante mi viaje de retomo a casa, en mayo... a contemplar desde el tren las desnudas ramas de árboles carentes de hojas» Lo que ahora veía, eran ¡los bellos frutos de Rusia...!

Por supuesto, que los dos jesuitas, Ledit y Schgweigí, que entraron en la URSS en octubre y habían sido previstos en secreto como profesores del seminario de sacerdotes de Leningrado, no pudieron ver ya nunca más a su superior, el obispo D'Herbigny. Y si éste se había engañado ya acerca del «suicidio» de la gran nación rusa, ahora lo hizo nuevamente acerca de los «bellos frutos de Rusia». Los soviéticos se abstuvieron, desde luego, de contraatacar de inmediato, pues el Vaticano seguía negociando oficialmente con ellos, pero tres semanas después del retorno de D'Herbigny a Roma atraparon al recién nombrado

«administrador apostólico», Teofil Skaiski, junto con otros clérigos polacos: después de la implantación de la dictadura derechista, aunque democráticamente camuflada, de Pilsudski, esa medida les venía como anillo al dedo para intimidar a los polacos de los distritos fronterizos. En diciembre de 1926, cogieron al colega de Skaiski, el prelado Ilgin von Charkow, otro dignatario consagrado por el obispo jesuita. Ese mismo año internaron en un campo de castigo al recién excarcelado exarca Feodorov donde estuvo hasta el año 29, tras lo cual le impusieron un lugar de residencia obligatorio hasta su muerte en 1935. En septiembre de 1929 encarcelaron al obispo B. Sloskans en Minsk y lo condenaron «administrativamente», es decir, sin proceso, a tres años de campo de castigo en las islas Solovjetzki, en el Mar Blanco, y posteriormente otra vez, y por el mismo método, a tres años de destierro en Siberia. Durante varios meses la prensa dio pábulo a la sospecha de que era «agente de Polonia y de Pilsudski» y el juez de instrucción de Moscú, Rybkin, le expuso que:

«La Iglesia Católica se mete en política y no quiere relaciones legales con el gobierno soviético. Prueba: según el derecho canónico quedan excomulgados todos aquellos que envían sus niños a escuelas ateas, es decir, a las soviéticas. La Iglesia Católica ha creado un estado dentro del estado soviético. Un obispo católico recorre su diócesis sin conocimiento del gobierno y traslada sacerdotes sin pedir la autorización...»

«¿Eso está prohibido?», preguntó Sloskans. «No, pero es necesario tener en cuenta los deseos del gobierno. Todas las demás confesiones sintonizan sus acciones con el gobierno y sólo la católica se opone de continuo a los soviets. Será pues necesario perseguirla hasta su sumisión o su destrucción total. Si el papa escribiera algo en favor de los soviets, se podrían hacer concesiones, pero el papa sólo muestra hostilidad... Ahora bien, no caeremos en los errores de la Revolución Francesa, procesando a los sacerdotes en cuanto tales. Sabremos siempre hallar en ellos un delito contra el estado...»

El administrador apostólico T. Skaiski, un polaco que reconoció haber concedido parroquias a sacerdotes compatriotas que habían cruzado ilegalmente la frontera, fue castigado a finales de febrero de 1928 y tras un proceso más largo a diez años de cárcel. En 1929, el lituano T. Matulionis, consagrado como obispo por Neveu y que ya había sufrido en 1922 una condena de tres años de cárcel después del proceso contra Cieplak, fue deportado a las islas Solovjetzki. Pese a una condena posterior de diez años en 1946, llegaría a nonagenario. Dos prelados alemanes, los administradores apostólicos A. Baumtrog y J. Roth, acabarían asimismo en campos de concentración. También el obispo A. Frison fue encarcelado «bajo pretexto», como Gasparri escribía al embajador alemán ante la Santa Sede, «de haber sido consagrado como obispo en la clandestinidad». Fue fusilado en 1937, pocas semanas después del fusilamiento del mariscal Tujashevski y, al igual que éste, acusado de ser ¡espía alemán! Neveu, el obispo de Moscú, escapó sin embargo incólume de todo el fiasco. No fue, de seguro, la última razón para ello el que fuera súbdito francés y, por razones de seguridad, hubiera sido inscrito como «bibliotecario» entre el personal de la embajada. El resto, sin embargo, pertenecía a los bellos frutos que dejó tras de sí en Rusia el obispo jesuita, a quien entretanto le fue encomendada por Pío XI la dirección práctica de la comisión especial para Rusia, la «Commissio pro Russia».

El ambicioso intento papal de erigir una nueva jerarquía católica en la URSS se vino completamente abajo. Y, paulatinamente, también las conferencias de Berlín, estancadas a

cada paso y conducidas, comprensiblemente, con poco interés por parte de los bolcheviques, desembocaron en un punto muerto. Poco debió pesar en ello el que al ya achacoso ministro de AA. EE. Chicherin, que pasaba largas temporadas de cura en Baden-Baden, se le escaparan parcialmente de las manos las negociaciones (ello poco antes de que, ya convertido en modesto pensionista y dedicado a su piano, a Mozart y a sus propias composiciones, muriese de muerte natural en 1936, justo a tiempo de escapar de la farsa de los procesos que Stalin escenificó contra los miembros veteranos del partido). Ocurrió más bien que el Vaticano se apercibió asimismo con creciente claridad de cuan difícil le resultaría entenderse con los comunistas. Últimamente ni siquiera se dignaban responder a Pacelli. Ciertamente fue precisamente él quien alentó un nuevo intento de la curia para penetrar en la Unión Soviética, en apoyo del cual incluso compareció personalmente ante el canciller del Reich. No obstante, también ese esfuerzo se topó con el rechazo del Kremlin.

A todo ello vino a sumarse una nueva y grave decepción. Roma había, sin duda alguna, abrigado durante cierto tiempo la esperanza de erigir la propia iglesia sobre las ruinas de la Iglesia Ortodoxa Rusa. De ahí que, como Chicherin recordó a Brockdorff-Rantzau en el verano de 1927, redoblase su empeño, a partir de 1922, para ganarse adeptos entre los exiliados. A través de ellos esperaban influir sobre las familias residentes en Rusia. Tarea ésta que fue encomendada especialmente al director de la obra de socorro papal, el jesuita Waisch.

Eran notorios los esfuerzos desplegados por el Vaticano hacia mediados de los años veinte entre los refugiados rusos, caídos muchas veces en la miseria y concentrados especialmente en Praga, París, Varsovia, Viena y, finalmente, Berlín. Éstos estaban, por cierto, divididos en monárquicos, burgueses liberales y socialdemócratas y desde luego, los círculos del exilio praguense, los de Eurasia, apenas querían saber nada de Roma y prevenían, más bien, decididamente contra sus artes de seducción. En París, en cambio, el mayor centro unionista católico de entonces, había un amplio grupo de exiliados vaticanófilos al que pertenecía el príncipe G. Trubeckoj. Lo dirigía el obispo auxiliar Chaptal, nombrado por el papa obispo de los emigrantes, por el jesuita D'Herbigny y por la revista jesuita *Eludes*, que abogaba desde hacía varios decenios por la recatolización de Rusia. En Varsovia, quienes más propagaban la idea de la unión eclesiástica eran emigrantes polacos provenientes de la URSS a través de la revista *Kitez*, publicada en ruso. En Berlín eran el editor de la miscelánea *Ex oriente lux*, L. Berg, y el director de Caritas, H. Wienken, quienes asistían a los refugiados rusos por encargo de la curia. En 1924, V. Tacac fue consagrado en los USA como exarca de la Iglesia Uniata Ucraniana. Es más, también y cabalmente en el Oriente Lejano creó Roma bases unionistas entre los círculos de exiliados rusos y de modo especial en Manchuria y en China, con centros en Charbin, Pekín y Shanghai^[102].

Las posibilidades del Vaticano de influir en la Iglesia Ortodoxa Rusa a través del exilio ruso, golpeado por el hambre y la miseria, fueron aniquiladas sin embargo en 1927 por la declaración de lealtad del vicario del patriarcado, el metropolitano Sergyi. Liberado de la cárcel por los amos del Kremlin, aquella primavera se mostró agradecido y se congració servilmente con ellos, marcando la nota de cierto patriotismo nacional y valiéndose con cierta astucia del temor soviético a la guerra. Ya el 20 de mayo de 1927 se concluyó una

especie de concordato mediante el que el gobierno soviético reconocía oficialmente a la iglesia patriarcal en las repúblicas soviéticas. El metropolitano por su parte encareció de ahí a poco, en una carta pastoral que suscitó asombro en todo el mundo, la legalidad del régimen condenando toda actividad hostil al mismo. «Queremos ser cristianos ortodoxos y reconocer al mismo tiempo en la Unión Soviética nuestra patria terrestre... Todo golpe dirigido contra la Unión Soviética, trátase de guerra o de boicot, toda desgracia pública e incluso el asesinato cometido en cualquier esquina (como el ocurrido recientemente en Varsovia) lo sentiremos como si fuera dirigido contra nosotros mismos». Sergiy condenó al mismo tiempo ¡los deslices antisoviéticos de algunos de nuestros obispos! y exigió, incluso, del clero ortodoxo ruso en el extranjero una declaración de lealtad frente al gobierno soviético. ¡Quien no preste tal declaración o actúe de forma opuesta a la misma será excluido del clero subordinado al patriarcado de Moscú!

A raíz de ello, algunos metropolitanos se separaron de esta iglesia. Muchos obispos huidos vieron en las manifestaciones de Sergiy una declaración puramente verbal. Los exiliados ortodoxos protestaron en todo el mundo, lo cual, a su vez, venía muy bien al papa. Éste envió al obispo jesuita D'Herbigny, con el que tenía trato asiduo en su calidad de ¡experto en el Oriente!, a Bohemia, Viena, Bucarest, Estambul, Sofía y Alejandría y por todas partes desencadenó una feroz campaña antisoviética. «¡Hemos de trabajar como si la Rusia se nos abriera de par en par de aquí a poco!», exclamó D'Herbigny el 11 de febrero de 1928 en Roma pronunciando un sermón festivo a raíz de la colocación de la primera piedra del *Russicum*, el Colegio Pontifical Ruso, dirigido por los jesuitas, en el que únicamente se hablaba en ruso y todos se vestían a la manera de los popes. Hasta D'Herbigny llevaba barba en su viaje al oriente: ¡Un medio más de hacer apostolado!, como dijo el papa.

Pero ni las barbas servían ya de gran cosa. Y fuera o no de labios para afuera la declaración de Sergiy, aquella solidaridad de la ortodoxia con la URSS manifestada por él en 1927, fue la base de la política eclesiástica seguida por el patriarcado de Moscú hasta hoy. Chicherin veía un futuro muy negro para Roma. Dado que la iglesia rusa «se sostiene de nuevo sobre sus propios pies, el Vaticano no puede ya, como hacía antaño, apoyarse en los exiliados convertidos y ha perdido toda esperanza de recuperar a través de ellos a las ovejas perdidas. En estas circunstancias», dijo el ministro de AA. EE. a Brockdorff-Rantzau en 1927, «el Vaticano parece haberse decidido a recurrir a los métodos más extremos. Tras haberse percatado de que el gobierno soviético no favorece sus asuntos, intenta ahora combatirlo políticamente». Así se explica también su acercamiento a la Gran Bretaña^[103].

Chicherin había dado en el clavo. Roma se distanciaba ahora rigurosamente de los rusos. La situación en Rusia no ofrecía ya la menor perspectiva. Y no es sólo que la Iglesia Ortodoxa Rusa comenzase a consolidarse. La curia hubo de apercebirse de que sus deseos (restauración de la *Catholica*, aseguramiento de las posesiones eclesiásticas, fundación de un seminario regentado por sacerdotes extranjeros, así como la educación general religiosa) estaban en flagrante contradicción con la concepción soviética de estricta separación entre la Iglesia y el Estado. De ahí que la curia abandonase el rumbo, inicialmente tan prometedor, de su política cara al Oriente y apostase más bien por las dictaduras anticomunistas y también, desde luego, por Inglaterra.

El imperio mundial británico se sentía amenazado en Asia por el comunismo y por la fuerza creciente de la URSS. En 1927 (año en que el legado soviético en Varsovia, P. L. Vojkov, fue asesinado y Trotzki se opuso a Stalin, perdiendo primero su condición de miembro del comité central y, después, del partido, hasta ser desterrado a Alma Ata (Kasachstán)) el reino insular rompió formalmente con Moscú a raíz de que la «Carta de Zinovjev» (probablemente una falsificación) llamase a los comunistas ingleses a preparar un levantamiento y de que la delegación comercial soviética en Londres se evidenciase como un centro de espionaje tras una razzia policial.

El papa cambió ahora de bando.

Ello le resultó tanto más fácil cuanto que el comunismo internacional, que se iba infiltrando en Asia (Persia, India, China y Japón), no sólo amenazaba al imperio británico, sino también la misión mundial del catolicismo, por lo que la curia, especialmente en China, luchaba contra el comunismo en estrecha alianza con Inglaterra. Con motivo de la visita de Churchill a Roma el 29 de enero de 1927, el Vaticano comprobó «con enorme satisfacción», informa Von Pastor, «de que era ya más que hora... de que las potencias europeas adoptasen entre sí, de forma honorable y sincera, relaciones pacíficas, a la vista, especialmente, del peligro que les amenazaba con los bolcheviques». La ruptura de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Rusia el 27 de mayo de 1927 (reanudadas en 1929) provocó que el cardenal secretario de estado se manifestase «muy satisfecho» a ese respecto ante el representante de Baviera manifestándole su deseo de pedir al jefe de la legación británica «que felicitase a su gobierno por esta decisión» Denunció las «calamidades causadas por la desvergonzada propaganda bolchevique en todo el mundo, propaganda que ponía en peligro la paz interna y la externa, socavaba los fundamentos de la moral cristiana y hostigaba a la Iglesia y la religión». Es más, el cardenal no se olvidó de prevenir, lo que en sus labios sonaba bien chocante, «contra cualquier intento, basado en razones oportunistas, de hacerle el juego al actual gobierno soviético».

Ahora hacían abiertamente causa común con Inglaterra y tomaban también posiciones de primera línea en el frente antisoviético creado por ella. Basándose en un conocimiento de primerísima mano sobre la actitud de la curia, Pastor afirmaba el 10 de junio de 1927 que «apenas puede haber otro lugar donde la ruptura entre la potencia mundial inglesa y el estado bolchevique haya sido saludada con tal alegría como en el Vaticano». El encargado de negocios prosigue así: «Gasparri me dijo hoy que ha confiado al legado británico ante la Santa Sede el encargo de felicitar al gabinete británico por esta decisión». También de Polonia «cabría esperar ahora que haga frente contra Rusia de manera más enérgica...». El cardenal consideró de la máxima importancia el que también Francia «proceda a enfrentarse al comunismo».

Pero no había suficiente con ello: la curia deseaba de Alemania que abandonase su enfoque político frente al Este. «En vez, pues, de la amistad mantenida hasta ahora con la URSS; en vez del antagonismo con Polonia, todo lo contrario a partir de ahora». «De forma confidencial y personal», el director de la sección para oriente del ministerio de AA. EE. alemán, Herbert von Dirksen, había informado ya el 23 de marzo de 1927 a su cuñado, embajador alemán ante la Santa Sede, de que el Partido del Centro «quiere influir paulatinamente al objeto de que renunciemos a nuestra política anterior de convergencia

amistosa con Rusia y busquemos el entendimiento con Inglaterra. Parece asimismo que se está gestando una presión decisiva por parte del Centro para que nos esforcemos en la búsqueda de una reconciliación con Polonia, a costa, quizá, de algunas reivindicaciones nacionales...». El diplomático estaba «terriblemente inquieto ante la eventual ruptura del frente solidario de casi todos los partidos en lo que respecta a la actitud frente a Polonia y a nuestras relaciones amistosas con la Unión Soviética y más aún ante la posibilidad de que el Centro consiguiese incluso un cambio efectivo de esa política...».

Pero también Pacelli actuaba en ese sentido. Como nuncio en Berlín, y más tarde como secretario de estado, intentó sustituir la colaboración germano-soviética por otra germanopolaca. Y ya antes que él, pero instruido por él, Erzberger había trabajado en esa misma dirección. Así pues, poco a poco se fue «evidenciando cada vez más que era insensato esperar a que la Unión Soviética muriese lenta o, mejor aún, rápidamente para poder construir sobre ella una nueva Rusia vinculada al papado. Lo único que el Vaticano podía ahora tomar en consideración respecto a la URSS era un aislamiento total, en la medida de lo posible, de la misma y, llegado el momento, una agresión violenta. El papel más importante, junto al de Alemania, se le asignaba a Polonia».

Al mismo tiempo, el Vaticano urgió al canciller federal austríaco a incorporarse a una campaña de prensa conjunta contra los soviets. El canciller era por entonces el profesor de teología católica, I. Seipel. Este prelado, que cada mañana oficiaba a las seis una misa en el convento del «Sagrado Corazón de Jesús», donde comía, oraba y dormía, no solamente practicaba una política económica supercapitalista, aconsejado en ello por industriales y banqueros, («more capitalistico vivit ecclesia catholica», exclamó cierta vez en una disputa) sino que desarrollaba un programa de política exterior a tono con esa su política social, apalabrada con el Vaticano, con la vista puesta en la creación de una federación danubiana. Había que separar la católica Eslovaquia de la República Checoslovaca y a la católica Croacia de Yugoslavia. Austria, con su capital Viena, debía convertirse en el centro de ese imperio. El clérigo había previsto ya quién sería el futuro soberano, el joven Otto von Habsburg, hijo de la emperatriz Zita, la cual se había retirado a Hungría con su marido, el emperador Carlos, a raíz del segundo intento de restauración, en octubre de 1921. Otto no renunció definitivamente al trono austríaco hasta el 1961. Como de pasada, el prelado Seipel hacía meter de contrabando libros de oraciones y catecismos en la URSS, acción «que se mostró eficazísima y fue desarrollada con el mayor sigilo», como hizo saber el Vaticano al jefe de la legación austríaca, expresando a través suya ¡el agradecimiento especial de la Santa Sede! por los «servicios prestados».

Todo ello pone en evidencia quién se ocultaba tras este acoso sistemático de la Unión Soviética y quién azuzaba a Austria, Alemania y Polonia contra ella. Polonia, sobre todo, «antemural de la cristiandad», es decir, del papado, frente a la Rusia ortodoxa y ahora, por añadidura, comunista, tenía una importancia primordial para Roma. La eterna cuestión a este respecto, es la de «quién se sirve de quién». El mismo cardenal Gasparri, en efecto, declaró expresamente ya en 1925, que las concesiones de la curia, relativas a los antiguos territorios alemanes, en favor de Polonia tenían carácter transitorio. Esos territorios podrían volver nuevamente a Alemania si cambiaba la situación política. Es justo lo que sucedió bajo Hitler. La tragedia de Polonia, a la que ya nos referimos anteriormente de

pasada, tuvo su continuidad, agravada tal vez, en el s. XX y a costa de millones y más millones de muertos. Cuando Polonia resurgió de nuevo gracias al tratado de Versalles y tras una partición de más de un siglo, pronto menudearon los *pogroms* en los territorios separados de Rusia. En ellos vivían, efectivamente, de siete a ocho millones de bielorrusos y ucranianos, la mitad de los cuales, aproximadamente, eran fieles a la ortodoxia rusa y a pesar de las solemnes promesas que Polonia hizo a las grandes potencias de respetar los derechos de esas minorías, se esforzó por convertirlas año tras año. En connivencia con Roma, los polacos encarcelaron en poco tiempo a más de mil sacerdotes ortodoxos y despoblaron aldeas enteras por medio de masacres. «La mayor parte de las iglesias ortodoxas», se dice en un escrito aparecido en 1931 en los USA, «fueron saqueadas por soldados polacos y usadas como establos o incluso como letrinas». En 1930, unos 200.000 ucranianos dieron con sus huesos en la cárcel. Visitadores del Vaticano recorrieron continuamente aquellas comarcas y se convencieron de los progresos de la misión. «El nuncio papal en Varsovia... permanecía en contacto con generales franceses, verbigracia, con el general Weygand, quien desde el 20 al 22 organizó el ejército polaco para su lucha contra la URSS... Mientras el Vaticano atizaba sin cesar la inquina contra el comunismo y la Rusia atea e inundaba el mundo con historias de horror sobre las supuestas crueldades e injusticias de los comunistas contra los creyentes cristianos; mientras intentaba suscitar por doquier el odio contra un régimen que oprimía presuntamente la religión, en Polonia y bajo su inmediata dirección se desató simultáneamente y a lo largo de quince años una de las peores persecuciones religiosas conocidas por la historia moderna».

Juicio válido, desde luego, si se prescinde únicamente de las atrocidades croatas de los años cuarenta. Eso sí, «la vida eclesiástica pudo desarrollarse en toda su plenitud», constata el *Manual de la Historia de la Iglesia*. «Polonia se presentaba hacia el exterior como un país resueltamente católico. Pero también floreció la vida interna de la Iglesia. De 1918 a 1939, aumentó el número de obispos..., el de sacerdotes,...el de sacerdotes regulares, ...el de miembros de institutos seculares, ... el de monjas..., el de conventos». Florecieron los congresos eclesiásticos, las peregrinaciones, las asociaciones católicas, las leyes sinodales, las facultades católicas; floreció la acción pastoral, la prensa católica, los seminarios, la educación confesional etc. Ahora bien, todo cuanto se puede entrever acerca de la persecución de quienes disientían de esa fe, eso en el caso de que uno esté familiarizado con semejante «bibliografía científica» se reduce a la insinuación de que el obispado católico comenzó a «latinizar enérgicamente la iglesia uniata de Ucrania». Viene a continuación media página sobre la «persecución brutal de la Iglesia» padecida por los católicos durante la II G. M. y con ello el artículo del manual se planta ya en 1945. Pero antes de ello, en Polonia y en torno suyo, sucedieron desde luego algunas cosas más. Pues el ataque contra la ortodoxia rusa vino acompañado del ataque contra el estado comunista de los soviets, contra el que la curia se esforzaba por lanzar las fuerzas, aunadas en la lucha, de Polonia y Alemania. «El Vaticano contaba con esa guerra», escribe E. Winter, uno de los mejores conocedores de las milenarias querellas ruso-vaticanas. «El estallido de la guerra alimentó su esperanza de conseguir finalmente su objetivo final, la integración de la Iglesia Ortodoxa Rusa en la Católica Romana y, simultáneamente, la derrota del comunismo en la URSS».

El secretario para asuntos extraordinarios, dependiente de la secretaría de estado y muy afecto a los nazis, el cardenal Pizzardo, había alentado ya en febrero de 1933 y de forma reiterada la colaboración entre Mussolini, Hitler y Pilsudski, el nuevo hombre fuerte de Polonia, quien en 1926 se hizo violenta y definitivamente con el poder (hasta su muerte en 1935) a costa de 300 muertos y 1000 heridos en Varsovia. Los tres en una misma línea de «contención del comunismo». Con todo, también el secretario de estado Pacelli y, respaldado por él, el mismo Pío XI mostraban más y más a menudo su deseo de un *modus vivendi* germano-polaco, para que Polonia pudiera «seguir desempeñando su papel tradicional como antemural de la cristiandad» frente a una URSS atea.

De hecho, en el transcurso del verano se produjo un acercamiento entre Polonia y la Alemania hitleriana. Más aún, el 26 de enero de 1934 se concluyó un acuerdo, efímero desde luego, pero apoyado por la curia, el Pacto de No Agresión germano-polaco, sin que Polonia consultase previamente a Francia, su aliado. El cardenal polaco, Hlond, tuvo parte en ello; también el curator de la universidad de Varsovia, el conde Hutten-Czapski y asimismo el vicescanciller Von Papen. Todos ellos eran entonces asiduos visitantes del Vaticano. Para ellos, así como para Hitler y Pilsudski, la URSS era el enemigo número uno. Lo era también, naturalmente, para Mussolini, que ya había mostrado interesarse por Ucrania. Su consejero para este país, Jusabato, viajó en la primavera de 1934 por la Galitzia, plenamente satisfecho de que Pilsudski «pensase darle su merecido a Rusia». El embajador alemán ante la Santa Sede, Von Bergen, informó el 30 de noviembre de 1934 acerca de un frente fascista cara al Este.

Uniéndose al episcopado mundial, el alto clero polaco atacó como el que más a la URSS en los años siguientes y en sus cartas pastorales combatía la «peste» comunista. En 1963 se constituyó en Polonia un movimiento contra el frente popular y un año después el nuevo nuncio Cortesi encarecía ante el mariscal Rydz-Smigly, comandante en jefe de las fuerzas armadas y sucesor de Pilsudski, «la misión de Polonia como muro protector de la cristiandad». El 1 de octubre de 1937, la legación polaca ante la Santa Sede fue elevada al rango de embajada y a comienzos del mes siguiente se firmó el Pacto Anticomintern entre Alemania, Italia y Japón, preuncio de la II G. M.

Tres meses antes de la anhelada invasión de la URSS por parte de Alemania, la *Catholica* había lanzado ya en Polonia una ofensiva contra su rival en el Oriente. Y es que en este país seguían viviendo —junto a unos 20 millones de católicos latinos (polacos)— más de tres millones de ortodoxos y casi otros tantos uniatas, bielorrusos o ucranianos, cuya rápida polonización era obligado emprender de nuevo. A este respecto, la sedicente Ley de Reivindicación del 20 de junio de 1938 (promulgada a raíz de un acuerdo entre Polonia y la curia sobre la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados a la Iglesia Católica durante la época zarista) abría al *voivoda* (gobernador) fronterizo la posibilidad de expoliar a la Iglesia Ortodoxa. La expoliación fue minuciosamente organizada por el general Morawinski y contó, por supuesto, con el respaldo de los católicos^[104]. El propio Vaticano marcó con su batuta, digámoslo así, el preludio de la misma: mediante un envío de reliquias por parte del papa.

El santo cuyos huesos envió ahora el papa a Polonia no era otro que el jesuita polaco Andrzej Bobola, al que Lenin envió en 1923 a Roma como ¡regalo para el papa!: bajo la

expresa condición de que nunca más regresara a Polonia. Pío había canonizado al beato Bobola, el belicoso misionero de los rusos, en abril, y acto seguido lo puso, por así decir, en marcha. Después de un peregrinaje ferroviario de dos semanas y tras reiterados homenajes de veneración en Italia, Eslovenia y Hungría, el valioso presente soviético-vaticano llegó a Polonia, justo al inicio del asalto exterminador contra los ortodoxos. Más de 100.000 polacos dieron una exaltada acogida a los sagrados restos. El nuncio papal se persignó;

el jefe del Estado Mayor, el mariscal Rydz-Smigly, saludó militarmente y el presidente del estado, Moscicki, prendió conmovedoramente su propia Gran Cruz de la Orden «Polonia Restituía», no desde luego en el pecho del mártir, fenecido casi trescientos años antes, pero sí en el sarcófago de plata, totalmente cubierto de flores. En julio de 1938, sin embargo, de las 300 iglesias ortodoxas de la región de Chelm y de Podlasia, 100 habían sido ya reconvertidas en católicas y más de 70 quemadas o totalmente arrasadas. Otras tantas fueron clausuradas. «Sólo 54 seguían en activo, pero privadas de todo derecho y de toda seguridad material», se decía en el memorándum adjunto al informe elaborado por el legado checo, J. Slavik, con fecha 26 de julio de 1938. En agosto eran ya 138 las iglesias ortodoxas reducidas a cenizas en el distrito de Chelm. (El *Manual de la Historia de la Iglesia*, que cuando menos concede la destrucción de 130 templos y 2 monasterios, habla al respecto de la política del «gobierno polaco»). Los ortodoxos recalcaron, desde luego, que aquello era una muestra, a la vista de todos, de lo que el Vaticano entendía por «unión de las iglesias». Y ya se puede intuir lo que le esperaba a Rusia, si Roma pudiera desplegar allí su «acción misionera» ...

Ya apenas acabada la I G. M. deseaba Roma una Polonia fuerte. Pero también deseaba una Alemania fuerte, deseo reiteradamente expresado por Pío XII durante la época nazi (V. Vol. II). Alemania debía ser un país anticomunista y antibolchevique y a Polonia, respaldada por una Alemania unida a ella por un pacto de amistad, había que encizañarla paso a paso contra la Rusia soviética. De ahí que el Vaticano apoyase el acuerdo económico germano-polaco del 17 de marzo de 1930 y el Acuerdo de Liquidación del 15 de junio de 1930, destinados a suprimir todo motivo de controversia en pro de un frente común antisoviético. ¿Cómo asombrarse de que hasta el pacto germano-polaco de no agresión del 25 de enero de 1934 hubiese sido, digámoslo así, alumbrado por la curia ya varios años atrás?

Pero para fortalecer a Alemania, el Vaticano deseaba también por entonces que Austria se integrase en aquélla: eso sí, atacado por ello en el parlamento francés, afirmó que ¡no se ocupaba siquiera de ese asunto! De hecho, sin embargo, Roma deseaba que Austria se incorporase al *Reich* y ello se desprende claramente de varios despachos diplomáticos. Así, p. ej., el legado, bávaro, barón Von Ritter, informa que después del resuelto veto francés el cardenal Gasparri consideró como lo «más viable... que Austria no se fundiese de momento constitucionalmente con Alemania, pero que sí se vinculase tan estrechamente a ella en lo económico y cultural que ello le permitiera su supervivencia». Y al legado austríaco Von Pastor ya le había confesado Gasparri un año antes: «En caso de que estalle una guerra, esta integración se producirá por sí misma». También Pío XI deseaba esa integración. «En el posterior transcurso de la audiencia pude constatar», informaba el legado en un escrito estrictamente confidencial dirigido a Viena «que el papa esperaba grandes ventajas para la

Iglesia Católica, para el caso de la integración en Alemania». Esa frase fue subrayada por el canciller federal, el prelado Seipel, quien nunca, hasta el fin de sus días, cejó de urgir al Centro alemán para que se entendiese con Hitler, ese hombre de «índole tan proclive al idealismo». De ese modo, opinaba también el papa, «sería posible poner un dique al socialismo radical de los vieneses», que inspiraba a la curia mayor temor que la socialdemocracia alemana. Lo que sí temían sobremanera era la enemistad de Polonia y Francia frente a Alemania así como las relaciones amistosas entre ésta y la Unión Soviética, contra las cuales movilizaron también al Partido del Centro en 1927.

Ya en los años veinte intentó Roma, al igual que lo hizo más tarde en el transcurso de la II G. M., constituir un frente europeo contra la Rusia Soviética y muy especialmente en las fronteras de esta última. Pues los denominados estados marginales, Estonia, Letonia, Lituania, pero también Ucrania, Rumania y, en el centro de todos Polonia, como gran baluarte católico, revestían gran importancia para el Vaticano: como *cordón sanitaire* y base de despliegue simultáneamente. A esta visión de las cosas sirvió también, y no en último término, la conclusión de varios concordatos: con Polonia en 1925, con Lituania en 1927. Lituania, íntegramente católica, resultaba tanto más importante, cuanto que constituía el puente de unión entre Polonia y los estados bálticos Estonia y Letonia. Con esta última se había firmado ya un concordato en 1922. Pero hasta Rumania, ortodoxa en su mayoría, se integró mediante un concordato en el frente antisoviético del Vaticano, si bien la resistencia de los ortodoxos impidió que tal acuerdo se ratificase antes del año 1929.

Una base importante de la agitación curial contra el oriente rojo era Viena. El noble benedictino, conde A. Von Galen, asesor sacerdotal de los Habsburgo, había fundado ya mucho tiempo atrás un comité de ayuda a Ucrania del que surgió, en 1922, la «Unión Católica». Ésta fomentaba la unión eclesiástica entre rusos y ucranianos. La misma meta perseguían la «Sociedad Leoniana», fundada por el futuro cardenal Innitzer, y la parroquia ucraniana de Santa Bárbara. Mientras que en Velehrad, Checoslovaquia, había ya un antiguo centro unitario, en Polonia se implantaba otro nuevo, concretamente en Albertyn, donde el conde Puslowski entregó en 1924 a los jesuitas su palacio, sede, desde 1926, de un noviciado de la rama oriental de la compañía.

Con todo, fue quizás el Lejano Oriente el que se convirtió, junto a Polonia, en el baluarte antisoviético más importante de la curia; Manchuria y China especialmente. En ésta ejercía de delegado apostólico Fiuma-Constantini, uno de los prelados papales con mayor celo, y el Vaticano quería asentar firmemente su pie en el país haciendo concesiones al espíritu nacional. Con motivo de la solemne consagración de seis chinos como obispos en 1927, Pío XI previno enérgicamente en un mensaje al pueblo chino contra los peligros del comunismo, cuya subida al poder aniquiló por lo demás todas las esperanzas.

Razón de más para que la curia pusiera ahora, a finales de los años veinte, todas esas esperanzas en el mundo occidental, predicando alternativamente el anticomunismo y la unión de las iglesias.

El 6 de junio de 1928, la encíclica *Mortalium omnium* ponía con todo énfasis de relieve el derecho exclusivo del papa a efectuar la unión de las iglesias y concluía con la exigencia de que «los hijos descarriados volvieran a la casa paterna». La circular *Rerum orientalium*,

del 8 de septiembre de 1928, aludía de nuevo a la Iglesia de Oriente y también a un grupo de varones dispuestos a intervenir de inmediato para el caso X: el colapso de las repúblicas soviéticas. Además de ello, el papa apelaba a los obispos y superiores de las órdenes para que dedicasen una atención aún mayor a la Iglesia de Oriente, a partir de lo cual el movimiento unionista católico experimentó una «actividad literalmente frenética». Fue también entonces cuando se fundó el Collegium Russicum «para, llegado el momento, poder coadyuvar a la resurrección del pueblo ruso». El prelado Okol-Kulik, huido de Rusia, daba clases de ruso a Pacelli. Y su sucesor como papa, el delegado apostólico en Bulgaria, Roncalli, participó en agosto de 1929 en el congreso unionista de Praga, destinado a movilizar el «activismo» católico contra «el avance del bolchevismo en Eurasia».

El 2 de febrero de 1930, Pío XI exhortó a una «cruzada; de la oración» (con especial resonancia en una Alemania de tonos cada vez más pardos) en «¡expiación de los abominables! atentados... en los inmensos territorios de los soviets». El autor de la «carta de cruzada» no era otro que «D'Herbigny»; que ahora ascendía formalmente a presidente de la «Comisión Papal para Rusia», residiendo en el mismo palacio papal. El jesuita manifestó ante el embajador alemán de la Santa Sede, Von Bergen, que el papa «ya sólo esperaba la salvación de Rusia por la oración».

Ahora bien, aunque el papa, en palabras de su secretario privado, iniciase «en todo el mundo la gran cruzada del amor»; aunque celebrase «el día de San José... una misa de expiación» en la catedral de San Pedro, engalanada como «en las grandes ocasiones»; aunque consagrarse «al gran pueblo ruso al sagrado corazón de la Inmaculada» y ofrendase sus preces «por la salvación de Rusia», no esperaba ni por asomos que esa salvación viniera por ese camino. Lo esencial era que la acción papal se extendiera a todo el mundo. *L'Osservatore Romano* apelaba con titulares aún moderados: «Contra las tinieblas moscovitas, la luz romana». En Berlín, sin embargo, el *Reichsbote*, un diario inequívocamente protestante, escribía así: «Rusia está gobernada por asesinos y forajidos». En Austria, el congreso antibolchevique de Feldkirch (cuyo principal actor fue el jesuita Schweigl del Instituto Pontificio para el Oriente) convocaba a tambor batiente a toda Europa «a la cruzada contra la Unión Soviética». El canciller federal Seipel sugirió incluso, a través del secretario general de su oficina en Berlín, una campaña de prensa oficial en apoyo del llamamiento papal a la cruzada de la oración. En Inglaterra se había formado ya mucho antes el «Comité de Ayuda a las Iglesias Perseguidas en la URSS». En América, el jesuita Waish agitaba así: «La Unión Soviética es un peligro mundial contra el cual ha de cerrar filas todo el mundo civilizado, con los USA a la cabeza».

Con todo, el papa se quejó en un escrito al cardenal Pompili de que las potencias temporales no procediesen, llevadas de consideraciones materiales, a un aislamiento total de la URSS. *Civiltà Cattolica* subrayaba también expresamente que la predicación de la «cruzada de la oración» (neologismo cuyo centro de gravedad reside en la primera palabra) debería «congregar en torno a la cabeza visible de la Iglesia Católica no sólo a los católicos y a los restantes cristianos, sino a todas las huestes del mundo civilizado, prescindiendo de sus creencias, en unánime combate contra el bolchevismo». Pues lo que aquí incumbe «no es meramente la situación de la Iglesia Católica en la URSS, sino la cuestión de qué medidas rápidas y eficaces hay que tomar para salvar a Rusia y la civilización moderna»^[105].

La lucha del mundo contra la URSS, deseada por Roma incluso después de la invasión de aquélla por Hitler, constituía ya el objetivo de la predicación de aquella cruzada de la oración. Y en estrecha conexión con ésta estaba asimismo la «encíclica social» publicada un año después.

De la «Rerum novarum» a la «Quadragesimo anno»

«Las encíclicas parten siempre de reflexiones abstractas y muy generales. (El poder viene de Dios y no del pueblo. La Iglesia y el Estado, aunque aquélla esté supraordinada a éste, deben colaborar. La libertad debe ir unida a la moderación. La obediencia respecto a la autoridad es necesaria. Todos los males provienen de que el hombre se aparta de Dios y de la Iglesia etc). Cuando los papas llegan al meollo, dan rodeos verbales en torno al mismo. No mencionan ninguna medida esencial que afecte a la causa de los males, es decir, la explotación del hombre por el hombre (causada por la posesión privada de los medios de producción) ni a su consecuencia, consistente en que la mayor parte de las riquezas producidas por los trabajadores acaba finalmente en manos de los fabricantes»

El jesuita Alighiero Tondi

La encíclica *Quadragesimo anno*, publicada el 15 de mayo de 1931 en conmemoración de la «encíclica obrera» de León XIII, llevaba por título *Sobre el orden social, su restablecimiento y su consumación según el plan salvífico de la Buena Nueva* (También... traducido «según las directrices del Evangelio»). Pero ya ese título es un escarnio del evangelio, de la doctrina de muchos Padres de la Iglesia, que (una opinión católica) «a veces raya derechamente en el comunismo». Pues sépase que de hecho la mayor parte de las autoridades de la antigua Iglesia predicaban el comunismo o, como los modernos teólogos dicen valiéndose de una perífrasis eufemística, el «comunismo del amor». Y lo hacían, naturalmente, de acuerdo con la Biblia y con los primeros cristianos. «No había entre ellos diferencia alguna y no consideraban ninguno de sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común», enseña Cipriano, obispo, mártir y santo de la Iglesia Católica. «Imitemos a las primeras asambleas de cristianos, quienes todo lo tenían en común», exige el doctor de la Iglesia Basilio, uno de los cristianos más nobles que haya existido jamás. Y otro doctor, Juan Crisóstomo escribe: «La comunidad de bienes es más adecuada para nuestra vida y más concorde con la naturaleza que la propiedad privada».

Ahora bien, mientras que casi todos los antiguos padres de la Iglesia de gran relevancia justificaban el comunismo 'cristiano, abogando por él con reiteradas apelaciones al derecho natural, y juzgaban que la propiedad privada era una injusticia natural y raíz de toda desavenencia (eso cuando no la calificaban simplemente como un robo) el papa León XIII, el «papa de los obreros», decretaba en su «encíclica social» de 1891, en oposición apenas concebible con la antigua Iglesia, que la propiedad privada «se basaba en el derecho natural». Y era justamente el enfoque de León XIII el que servía de punto de partida a Pío

XI, quien no sólo promulgaba su encíclica conmemorando el cuadragésimo aniversario de la publicación de la encíclica social de León, sino que ya en el mismo comienzo de su engendro literario celebraba los benéficos frutos de la obra de su predecesor, alabándola como *Magna Charta*, como sólido fundamento de toda acción social cristiana. Y con referencia explícita a León XIII, Pío XI proclama asimismo que «el derecho a poseer en privado le ha sido otorgado al hombre por la naturaleza e incluso por el mismo Creador». «Él no enseña nada que socave la propiedad, y sí su intrínseca consolidación». Al igual que León, Pío sigue creyendo que siempre habrá ricos y pobres, que la disparidad de las situaciones sociales responde a la divina voluntad y no puede desaparecer nunca.

El papa proclamaba en particular el orden corporativo, que ya era un sólido componente del programa del partido fascista. «Los estamentos profesionales o corporaciones», escribe glosando la regulación fascista en Italia, «se componen de representantes de los sindicatos bilaterales (que agrupan patronos y obreros) de cada oficio o profesión y en cuanto que auténticos instrumentos y órganos del estado tienen encomendada la dirección del sindicato y asimismo la regulación unitaria de todas las cuestiones comunes. El paro voluntario y la huelga están prohibidos. En el caso de que las partes litigantes no se avengan, decidirá la autoridad. Ya una consideración somera de todo ello nos permitirá intuir que este orden, expuesto en sus trazos más generales, conlleva ventajas importantes: la convivencia amistosa de las distintas clases, la supresión de las cooperativas socialistas y la paralización de sus maquinaciones, así como la supervisión directriz de una autoridad especial».

Cierto que el papa sugería algunas mejoras del «sistema corporativo» italiano, pero sin incluir ni una sola palabra de protesta contra la brutal represión de los obreros por parte de Mussolini, el enviado de Dios. Sí que saludaba, en cambio, la prohibición del «paro voluntario y de la huelga». Es más, al mismo tiempo, censuraba que la composición de las corporaciones fuese paritaria, a partir de igual número de representantes de obreros y de empresarios, algo que era usual en la Italia fascista. Es claro que después del aplastamiento del fascismo, la abierta simpatía de Pío XI hacia su sistema corporativo resultara fatal para el clero y por ello los teólogos paniaguados de Roma pusieron manos a la obra para hacerla pasar por «ironía» (!) y tergiversar lo que era suprema aceptación hasta convertirla en... «crítica resuelta». El jesuita Nell-Breuning —hacia quien hasta las izquierdas (ingenuas) abrigan frecuentemente una positiva simpatía— escribe sin ruborizarse: «Un ejemplo que ilustra cómo es posible entender las cosas justa y totalmente al revés de lo que son lo constituye la encíclica *Quadragesimo anno* cuando alude al estado corporativo de Mussolini al que trata con una ironía tan finamente diplomática y reduce de tal modo al absurdo que la mayoría de los lectores no familiarizados con la finura del estilo diplomático de la curia entendieron, con la mejor buena fe, la descripción del pontífice (que él mismo calificó en posterior ocasión de “cenno benévolo”, retrato benévolo), como ilustración de cómo había que hacer las cosas según la intención del papa, resultando a la postre que todos los pasajes sin excepción fueron entendidos exactamente en el sentido contrario de lo que la doctrina social de la Iglesia, en general, y la “*Quadragesimo anno*” en particular, pretenden al respecto».

Increíble tergiversación, algo que raya más en la estulticia que en la zorrería, si tenemos en cuenta que el propio papa no sólo veía un «cenno benévolo» en su descripción del orden corporativo fascista, sino que él en persona subrayó en su alocución del 30 de mayo de 1931, dos semanas después de la publicación de la encíclica, que su escrito «describía con rasgos simpáticos la imagen el estado corporativo fascista» y que lo hacía con plena conciencia. Pío XI agregó literalmente: «En la encíclica *Quadragesimo anno* han reconocido todos, sin dificultad, una señal de benévola atención para con las instituciones corporativas y los estamentos profesionales de Italia».

Y eso no es todo. O. von Nell-Breuning, experto de su orden para cuestiones sociales, económica y bursátiles (es asimismo autor de unos *Fundamentos de una moral bursátil* y de *Reforma de las acciones bursátiles y moral* etc) no sólo conocía esta alocución de su soberano (ésta figura cuando menos en su libro *La encíclica social*, publicado en 1932) sino que el buen jesuita interpretó personalmente esa encíclica en pleno auge del fascismo italiano de modo muy diferente a como lo hizo tras el hundimiento de aquél. En efecto, en 1932 escribía que el «Santo Padre» se esforzó antes que nada «por descubrir y elogiar los aspectos buenos presentes también, por supuesto, en el proyecto fascista de organización de la economía». Y es que hasta el jesuita Gundiach, aún más prominente, si cabe, veía por entonces que la Italia fascista «Había realizado efectivamente muchas cosas que guardaban una afinidad básica con las ideas del papa acerca del orden corporativo».

«Y a mayor abundancia en 1934». Ese año, el teólogo J. Pieper (todavía en activo) puso de manifiesto en un escrito dedicado expresamente a ello los puntos de contacto entre la encíclica de Pío XI y las ideas sociales de los nazis. «Es obligado poner inequívocamente de manifiesto las amplias, a veces asombrosas, coincidencias entre la tendencia básica de la encíclica y las metas y realizaciones sociopolíticas de estado nacionalsocialista, al objeto de que los cristianos católicos ajenos al Partido Nacionalsocialista vean el puente que une el ideario de la doctrina social cristiana con la política social nacionalsocialista, aspecto medular de la política interior del Tercer Reich».

Los jesuitas Nell-Breuning y Gundiach, y el teólogo Pieper, no eran, naturalmente, excepciones. El obispo Kaller, que en los tempranos años cuarenta obtuvo el aplauso del jefe de la policía Heydrich, un empedernido anticlerical, estimaba en 1933 «nuestro deber sagrado la colaboración» y proclamaba que: «La economía será reestructurada. ¿Podremos los católicos aportar sillares valiosos a ese nuevo edificio? Echad mano de la encíclica *Quadragesimo anno* de Pío XI. La nueva Alemania debe edificarse sobre fundamentos corporativos...». De hecho, el orden social corporativo, proclamado como sistema ideal por la *Quadragesimo anno*, no sólo era un componente esencial del fascismo italiano sino también del alemán. Figuraba tanto en el programa del Partido Nacionalsocialista del 24 de abril de 1920 como en una «Declaración oficial para militantes sobre la posición del P. O. N. S. A. (Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán) ante el campesinado y la agricultura», con la firma de Hitler, declaración que asignaba al corporativismo un papel importante en el futuro *Reich* nazi.

La recomendación del estado corporativo fascista en la encíclica papal debía, sobre todo, servir de contrapeso a cualquier clase de marxismo, contra el que prevenía resueltamente. El escrito decretaba la total incompatibilidad de la doctrina de la Iglesia, no

sólo con la corriente más radical del marxismo, la comunista, sino también con la más moderada, la socialista. «El socialismo, bien sea como doctrina, como fenómeno histórico o como movimiento... seguirá siendo para siempre incompatible con la doctrina de la Iglesia Católica. Tendría, en caso contrario, que dejar de ser socialismo: el antagonismo entre la concepción social cristiana y la socialista es insalvable». «Aunque el socialismo contenga (como, por lo demás, cualquier otro error) algo verdadero» (dicho sea de paso ello es absurdo, pues no todo error contiene algo verdadero) «a su base hay una concepción social que le es propia, pero que está en contradicción con la auténtica concepción cristiana. Socialismo religioso, socialismo cristiano son expresiones en sí mismas contradictorias. Es imposible ser al mismo tiempo buen católico y auténtico socialista».

Con todo, la culminación de la crítica del papa al socialismo y al comunismo sólo hallaría su culminación en la encíclica *Divini Redemptoris*, del 18 de marzo de 1937, en la que ciertamente no pudo por menos de conceder al comunismo «algunos éxitos materiales», pero calificándolo de «régimen de terror» que «había convertido en esclavos a millones de personas».

En el otro bando, desde luego, el diario gubernamental *Iswestija* anunciaba ya el 18 de febrero de 1930: «El papa asume el papel, que el capital mundial le ha asignado, de dirigir la lucha contra la URSS» y el 10 de abril de 1930 afirmaba que en el recién comenzado reparto de la piel del oso ruso por parte de los capitalistas la figura más importante era «D'Herbigny, ese incendiario franco-polaco, instrumento de los guardias blancos y reiteradamente desenmascarado como tal», quien, en su «Comisión para Rusia» y en su «Colegio Ruso», formaba exiliados para ocupar posiciones en la «Rusia liberada» y celebraba misas en ruso y con barba, asistido por un coro parroquial eslavo, coro «compuesto por guardias blancos y prostitutas de los burdeles romanos...». Él mismo N. Bucharin, el rival de Stalin fusilado en 1938, escribió en la *Prawda*: «El Vaticano sabe lo que hace... Ahora forma un bloque con Mussolini... La alianza de la *dique* fascista... es un espléndido símbolo que muestra cómo el supremo pontífice y consumado estratega de la Iglesia Católica se ha convertido ahora en uno de los grandes instigadores de la contrarrevolución internacional», de lo cual no cabía duda alguna. Y muchos carros de combate, aviones y submarinos soviéticos recibieron el nombre de «Respuesta al papa de Roma».

El golpe que más duramente acusó la curia fue, no obstante, la declaración del metropolitano de Moscú, Sergyj. Apenas dada a conocer la cruzada de la oración, Sergyj dijo en conferencia de prensa que las nuevas acusaciones del papa y del obispo de Canterbury sólo servía para desencadenar una guerra contra la URSS. «Se nos impone la impresión de que en este caso el papa sigue las huellas de viejas tradiciones de la Iglesia Católica, según azuza a su grey contra nuestro país. Así enciende la hoguera a partir de la cual se extenderá la llama de la guerra contra la URSS».

Ello se consiguió, desde luego, un decenio más tarde y con la ayuda de Hitler^[106].

La conquista del poder por Hitler y el Vaticano

«Por el precio de un concordato... el papa abandonó a su suerte al Partido del Centro, hogar político del catolicismo alemán»

(H. Stehie)

«... todo ello se ha efectuado sin la menor injerencia por parte de la Santa Sede o del cardenal secretario de estado. El cardenal manifestó por aquellos días que él mismo dejó de enviar cartas privadas a Alemania para evitar la menor apariencia de querer inmiscuirse en el curso de los acontecimientos. La declaración de los obispos en marzo, favorable al partido, le sorprendió literalmente en las páginas de la prensa... Cuando el cardenal secretario de estado, Pacelli, la leyó en la prensa, se pronunció así: ¡Lástima haber venido en este momento!»

(El jesuita R. Leiber, secretario privado de Pío XII)

Eran un temor y una esperanza las motivaciones que llevaron al Vaticano hacia los brazos de Mussolini y Hitler. El temor ante el comunismo mundial y la esperanza de un concordato. «El rasero aplicado por Roma para evaluar cualquier gobierno alemán era, ante todo, el siguiente: hasta qué punto estaba resuelto a combatir contra el comunismo ateo y hasta qué punto decidido a concluir un concordato para el Reich. También por lo que respecta a su enjuiciamiento de Hitler acabaron por ser decisivos estos dos puntos de vista».

Como quiera que desde la pérdida del estado pontificio la curia carecía de los usuales medios de poder temporales, la política de concordatos se convirtió paulatinamente, en especial tras la I G. M., en el centro de su diplomacia. Fue entonces, concretamente el 19 de mayo de 1918, cuando entró en vigor el Codex Iuris Canonici. Y aunque esta obra imponente, que entramaba sistemáticamente todas las circunstancias internas de la Iglesia, sometiendo todo a una disciplina estrechamente vinculada al papa, (en ella trabajaron de forma decisiva y durante más de un decenio tanto P. Gasparri, un eminente canonista, como E. Pacelli) no aportase propiamente muchas ideas nuevas y sí algunas modificaciones ajustadas al tiempo y, sobre todo, meras adaptaciones, su exhaustiva reglamentación jurídica interna conllevaba también consecuencias hacia fuera: especialmente la supresión de toda soberanía de las diferentes iglesias estatales y el anclaje, en cambio, de ciertos ordenamientos del derecho «canónico» en el «profano». Se trataba, en el fondo, de la vieja lucha por el poder, de garantizar y de ampliar los privilegios clericales con nuevos medios, los «legales».

Firmar concordatos, pues, (algo que conocía la Edad Media) se convirtió para los papas, bajo las nuevas y alteradas circunstancias de su lucha por el poder, en la meta más apetecida. Pues cuando la curia concluye un tratado así, ello redundaba, casi siempre, en su ventaja. ¡Por qué habría de concluirlo en otro caso! Incluso por parte católica se concede

que «En la mayor parte de los casos, es la Iglesia la que más obtiene respecto al Estado». Si, excepcionalmente, concluye pese a todo un concordato con el que no puede obtener mayores ventajas que el Estado, ello se deberá únicamente a que en ese momento se asegura al menos para sí cuanto pueda asegurarse desplegando todos sus recursos y argucias; a que no hay momentáneamente nada más que conseguir y a que la situación será no obstante mejor con, que sin concordato. De lo cual se sigue que un estado que busque su ventaja, evitará firmar cualquier concordato, como, p. ej., ha hecho hasta ahora la URSS (y la RDA, que considera como no existentes los concordatos concluidos con Prusia, en 1929, y con el Reich, en 1933).

Cuando también los gobiernos no comunistas eran más inteligentes que lo son hoy, había de vez en cuando soberanos que no solamente no concluían tratados con Roma, (¡Quién a Roma se ata...!) sino que, aún teniendo ellos un representante ante el papa, se guardaban muy mucho de tener un representante del papa en su corte. Tal fue el caso de los reyes prusianos desde Federico el Grande. También Federico Guillermo III dio con gran énfasis, en el verano de 1802, instrucciones a su legado ante la «Santa Sede», Guillermo de Humboldt, para «frustrar de buen principio» los reiterados intentos de la curia «de nombrar ante nosotros un legado papal, un nuncio o cualquier otro sujeto con no importa qué titulación». Y un «Concordato entre un soberano y el papa», intuía nítidamente el monarca, presupone «que aquél cede en algo y otorga así al papa una ventaja cualquiera que redunde correspondientemente en desventaja suya. En esto de ceder o conceder ventajas, Nos, como soberano protestante y de acuerdo con los principios de nuestro gobierno, no queremos dar ni un solo paso. Lo que queremos más bien es evitar toda cesión o concesión».

También Bismarck opinaba que un concordato suponía para un estado «un detrimento tan grave y particular» que ello le parecía inaceptable, «al menos por lo que respecta al *Reich* alemán». «No tenga el menor cuidado, no iremos a Canosa. Ni en cuerpo, ni en espíritu». Pero acabaron por ir. En definitiva, el agudo asiduo de Bismarck, K. Von Schlózer, que como legado prusiano ante la Santa Sede conocía los entresijos de la política de esta última se quejaba así a finales del siglo anterior, poco antes de su muerte: «La estupidez política de los alemanes es tan descomunal que resulta inimaginable». Entre tanto, esa estupidez política alemana no ha hecho otra cosa sino crecer hasta límites que Schlózer no podía sospechar, de modo que ya están nuevamente expuestos al peligro de una III G. M. y de la pérdida de su propia existencia.

Los alemanes fueron, pues, una vez más, una de tantas, a Canosa. Eso pese a que tras la guerra, lo que no puede ser casual, se daba «en no pocos países una aversión fundamental a concluir ningún tipo de acuerdos con la Iglesia». Pero la situación comenzó a cambiar. Durante el pontificado de Pío XI, especialmente, irrumpió con tal fuerza la era de los concordatos que hasta los círculos católicos criticaron a ese papa por su «concordatomanía», particularmente en aquellos países donde la gente entendía a la Iglesia (lo que no es pequeño error) no como abogada de intereses «temporales», sino como «testimonio del evangelio». Como ya hemos visto, se concluyeron acuerdos de ese tipo (en los que frecuentemente están en juego problemas relativos al matrimonio, a la educación, a las finanzas, al derecho del papa a nombrar libremente los obispos etc.) con Letonia, en

1922; Polonia, en 1925; Rumania y Lituania, en 1927; Italia, en 1929, y Austria, en 1933. (Muchos de ellos fueron reducidos a la nada por la II G. M.). Aparte de esos, el Vaticano concluyó otros acuerdos con Checoslovaquia, Francia, Portugal, Colombia, Guatemala y Perú.

Naturalmente, la curia también había hecho en ese sentido urgentes esfuerzos en Alemania, que, después de la guerra, ya no era una monarquía constitucional, sino una democracia parlamentaria. Desde el 11 de agosto de 1919 estaba en vigor la Constitución de Weimar, que unía esa democracia con un sistema presidencial y no permitía la existencia de una «iglesia nacional». Respetaba, eso sí, la libertad religiosa, reconociendo a las iglesias como corporaciones de derecho público y garantizando básicamente la escuela pública confesional. Cabezas tan versadas jurídicamente como el secretario de estado Gasparri y su nuncio en Alemania, Pacelli, descubrieron en todo ello posibilidades muy halagüeñas para imponer sus concepciones jurídicas. Su interés primordial se centraba evidentemente en el ámbito educativo. La conferencia episcopal de Fulda se percató ya, en 1919, de que los artículos de la constitución relativos a ese problema, los que iban del 143 al 149 «no eran, por una parte, compatibles con los derechos de la Iglesia... y por la otra atribuían al Estado facultades de un alcance excesivo». Y es que la Iglesia, quintaesencia de todo totalitarismo, ha de violentar al hombre, apenas nacido, mediante el bautismo, para poder después tutelararlo hasta su muerte.

El último concordato del Reich, el Concordato de Viena, había sido concluido en 1448 entre el emperador Federico III y el papa Nicolás V. Favorecía sobremanera a este último y estuvo en vigor hasta el 1806. Los recientes esfuerzos de la curia en torno a un nuevo concordato fueron respaldados por el canciller J. Wirth, proveniente del Centro católico, pues un tratado así contribuiría a consolidar su propia posición, algo que siempre suele motivar a los políticos; pero ni siquiera las abiertas amenazas de Pacelli contra el ministro de cultura alemán y su secretario de estado, en 1921, tuvieron el éxito anhelado por el ambicioso nuncio. Todos sus intentos fracasasen a causa de sus pretenciosas exigencias en el ámbito escolar y de la resistencia de liberales, protestantes y social-demócratas.

Así pues, de momento, los esfuerzos se concentraron en la conclusión de concordatos regionales y, con seguro instinto, dieron comienzo por el estado alemán más «ilustrado», por Baviera. Pacelli llevó intencionadamente con gran lentitud las negociaciones relativas al concordato del *Reich* al objeto de asegurarse primero el concordato con Baviera, donde el terreno era mucho más favorable. «Este concordato bávaro», escribió al cardenal Bertram de Breslau, «podría servir también de ejemplo y precedente para los otros estados federales de Alemania». La curia pretendía, efectivamente, concluir en Múnich un «concordato modélico» para poderlo presentar como tal, no sólo a los otros estados alemanes, sino a todo el mundo. «Tanta es la estima que Roma siente por Baviera».

Pacelli, de quien se ha dicho incontables veces que los alemanes contrajeron, justamente por aquellos años, una gran deuda con él, procedió con gran desenvoltura aprovechando el momento, la constitución y ciertas peculiaridades bávaras, sin otras miras que su propia ventaja y la de su amo. En febrero de 1920, exigió la aplicación irrestricta del derecho canónico, un derecho casi absoluto de supervisión e intervención en cuestiones escolares, el estricto mantenimiento de la totalidad de las obligaciones financieras, en suma

«Las exigencias eran tales... en todos los ámbitos, que todos los derechos recaían de parte de la Iglesia y todas las obligaciones de parte del Estado». Hasta la propia burocracia ministerial múniquesa estaba «malhumorada por sus excesivas exigencias». Y es que hasta un esbozo más mesurado, elaborado dos años más tarde, era de tal tenor que incluso el legado bávaro ante la Santa Sede, el buen católico Barón Von Ritter leía «en las primeras 7 páginas y media sólo sobre obligaciones del Estado», y sobre contrapartidas por parte de la Iglesia «sólo al final de todo y despachadas en apenas 19 líneas». «Buena muestra de cómo se concluyen concordatos».

En el verano de 1922, el nuevo papa incidió personalmente en las negociaciones. Al gobierno de Múnich le hizo «saber, fuera de toda duda, que tengo vivo interés por esa cuestión, que he estudiado minuciosamente», esperando de los bávaros «una muy pronta conclusión del concordato». La firma del mismo hubo de esperar, no obstante, hasta marzo de 1924, después de que Pío XI y Pacelli realizaran un último examen, «palabra por palabra» del texto alemán. La curia estaba, informa Ritter, «de lo más exultante» y tenían buenas razones para ello. El gobierno bávaro se había arrastrado ante la cruz, mírese por donde se mire. Casi la totalidad de los 16 artículos redundaba en beneficio de la Iglesia y de modo especial las concesiones hechas en el ámbito de la escuela básica confesional y de la formación de profesores (Art. 5 y 6), así como las referentes a las escuelas privadas de las órdenes religiosas. Única concesión de la Iglesia en el artículo 13: «que los sacerdotes bávaros, en su mayoría, o incluso los alemanes en general, fuesen remunerados por el estado de Baviera». ¡Quien a Roma se ata...!

Tras su grandioso éxito en Baviera, e incluso un poco antes, Pacelli adoptó nuevas iniciativas con la vista puesta en un concordato con el Reich, al objeto, digámoslo así, de poder adornar su palmarés con una nueva victoria sobre Alemania. El «hombre de la situación», (así lo elogiaba entonces Gasparri) aplicó, informa Von Pastor, «con esfuerzo extremado toda su energía para obtener un resultado tan beneficioso como el que había conseguido en Múnich». Sin embargo y pese a que tenía otra vez un canciller del Centro a su disposición, W. Max, su tentativa fracasó^[107].

No obstante, Pacelli consiguió, aunque fuese ante los desconfiados ojos de la opinión pública noralemana (la Liga Evangélica reunió tres millones de votos en contra) y tras negociaciones sumamente fatigosas, concluir el 14 de junio de 1929 un solemne convenio con el Estado Libre de Prusia. A punto estuvo de frustrarse por culpa de la cuestión escolar. El presidente del gobierno prusiano, O. Braun, encareció a Pacelli que en el texto «ni siquiera debiera figura la palabra escuela». Pacelli insistía en que sin un acuerdo sobre la escuela le resultaba «imposible acudir a Roma ante al Santo Padre». Los prusianos, no obstante, (uno podría pensar que en sus cabezas latía aún algún resto de las opiniones de sus reyes ilustrados) se mantuvieron duros en ese punto. El ministro de educación, el liberal C. H. Becker, trataba de igual a igual con el nuncio. De ahí que, finalmente, el texto no hiciese la menor referencia a la escuela o el matrimonio, algo que, seguramente, resultó bien doloroso para Pacelli «paladín de la escuela y de la educación católicas». Pues, como expresaría con toda franqueza una vez papa, «toda educación juvenil que descuide premeditadamente dirigir los pensamientos hacia la auténtica patria, el cielo, acarrea grandes daños...».

La Iglesia concede ciertamente al estado aquellos derechos cuyo disfrute no le interesa a ella misma, pero lo que sí apetecería por encima de todo, como pasaba en la Edad Media, es la reivindicación, en régimen de monopolio, del derecho básico a educar. En opinión de la Iglesia, el Estado tiene, cuando menos, el deber (incluso en nuestros días) de impedir toda doctrina opuesta a las suyas. Este amordazamiento de la libertad de pensamiento, ese entontecimiento sistemático de generaciones enteras, es la causa fundamental de que en aquellos países donde el catolicismo ha tenido hasta hace poco (o sigue teniendo) una influencia determinante, en Irlanda, España y Portugal, haya imperado una notoria escasez de pensadores y de científicos independientes.

Ya es algo que lo conseguido en Prusia, que ni siquiera mereció adoptar el nombre de «Concordato», que resultaba más bien menguado para la curia, pasara con éxito (243 votos contra 171) por el parlamento. Y con ojo certero, Pacelli avizoraba ya otro concordato con Badén. Éste se concluyó en octubre de 1932 y, en ese Sudeste alemán de gran tradición liberal, pasó por la Dieta por un único voto de diferencia, debiéndose añadir al respecto que ello acarreó la ruptura del gobierno de coalición con los socialdemócratas tras ya 14 años en ejercicio. El concordato entró en vigor el 11 de marzo de 1933: ese mismo día se estableció en Karlsruhe un gobierno nazi. Entre tanto, sin embargo. Pío XI, el hombre de las decisiones en solitario, despidió con todos los honores y por razones desconocidas hasta el presente a su secretario de estado, Gasparri. El exnuncio y experto en la Alemania (nazi), Pacelli, era ya, desde hacía tres años, concretamente desde el 9 de febrero de 1930, y en generoso premio a su actividad, cardenal secretario de estado y estaba ya en camino de subir él mismo al solio pontificio. «Ya la conclusión de *un sólo* concordato es toda una proeza para un diplomático papal», se deshace en elogios el jesuita Leiber, y «Pacelli podía decir que tres o, llegado el caso, cinco, eran obra suya».

Al igual que frente a Mussolini, fueron también el miedo al asalto planetario del comunismo y del socialismo, así como la esperanza de un concordato, los factores determinantes de «la política de la curia frente a Hitler. A la vista, por un lado» de la persecución de los cristianos, la mayor de la época moderna, desplegada en la URSS y de los éxitos espectaculares, por el otro, que Hitler obtenía en la Alemania de los años treinta, la decisión del papado, institución sempiternamente oportunista, que vive y sobrevive de la adaptación a los más fuertes, no podía ser otra que la que adoptó. No hay nada que el Vaticano adore más que el éxito. Y por más que no abrigase simpatías por la ideología racista de los nazis, (aunque difícilmente podía repugnar al Vaticano la lucha contra los judíos, justamente el pueblo al que él mismo había venido persiguiendo durante casi dos mil años) por más que detestase el feroz anticlericalismo de un Rosenberg, de un Streicher y de otros bonzos del partido, Hitler se había situado siempre personalmente en el campo del cristianismo y había dado señales de su proclividad a cooperar con las iglesias. Y como además, y sin hacer distinción alguno (siguiendo en ello a la Iglesia, pero obrando con mayor determinación aún) combatía al comunismo, al socialismo, a cualquier clase de izquierda y, por añadidura, al liberalismo, ¿por qué no habría uno de iniciar un acercamiento y buscar una alianza con él?

Ya en el verano de 1924, Pastor fue consultado por persona conspicua dentro del Vaticano acerca de si éste podría trabar relaciones con el partido de Hitler, «quien afirma

haber roto con Ludendorff (un antivaticano acérrimo) y «haber expresado el deseo, a través de un intermediario, de tomar contacto con Roma». Pastor recalca que ese deseo «fue hecho llegar al Vaticano por una personalidad sumamente discreta, por supuesto». Y de forma muy diplomática, el historiador de los papas respondió que «un deseo así apenas se puede rechazar a *limine*». Aconsejó, eso sí, «máxima prudencia» y que se «consultase al cardenal Faulhaber». El 25 de noviembre de 1931, el legado checoslovaco ante la Santa Sede, Radimsky, informa sobre contactos entre los nazis y la curia. Ellos se ofrecen como aliados contra el comunismo y la francmasonería, y el subsecretario de estado, Pizzardo, acoge con agrado aquella aproximación recomendada por el obispo de Berlín, Schreiber.

Como «brazo secular» de su política en Alemania, le servía al papa el Partido del Centro. Su dirigente, W. Max, un dominico terciario, tres veces canciller alemán, no daba un sólo paso en política sin consultar previamente a Pacelli. Es así como el partido se convirtió en instrumento del nuncio. La influencia de este último no hizo sino aumentar cuando el sacerdote L. Kaas se convirtió en presidente del Centro, pues era gran amigo y admirador suyo. Kaas, profesor de derecho canónico en Tréveris y Bonn, prelado doméstico papal (1921) y protonotario apostólico, intervino, como experto de su partido para la política exterior, contra el intento de obtener las reivindicaciones alemanas mediante una paciente negociación. A ese respecto formaba frente común con los dirigentes de la derecha, Hitler y Hugenberg, el antiguo presidente del directorio de la Krupp, quien, desde octubre de 1928, dirigía el Partido Popular Nacional de Alemania. Hugenberg constituyó en 1931, con los «Cascos de Acero» y el partido nazi el «Frente de Harzburg», como agrupación de la «Oposición Nacional».

A través de Kaas, que pasaba frecuentemente sus vacaciones con Pacelli en Suiza, (amén de ser asimismo amigo de Seipel) y tenía el plan de constituir en Europa Central un *Reich* católico, el Vaticano tenía totalmente en su poder al Partido del Centro. «Las organizaciones de base del partido no lo sabían y sólo tenían la sensación de que éste seguía un rumbo todavía más reaccionario y más nacionalista. No sabían que su partido sólo estaba allí para servir a un objetivo: destruir la democracia y aniquilar el movimiento obrero implantando una dictadura que combatiese al comunismo y respetase los intereses de la Iglesia».

Kaas, cuyas continuas estancias en Roma duraban semanas, y su partido tenían, sin embargo, «una posición clave en la política alemana». Aparte de ello, el Centro dio al país una serie de cancilleres católicos, quienes por cierto y muy al contrario que el profesor de derecho canónico de Bonn, no pensaban, y menos aún por aquellos años, en ser más papistas que el papa. El Vaticano, se sentía, más bien, vivamente decepcionado por ellos.

Se ha opinado que Pío XI, que conocía la situación en el Oriente, por haber sido testigo directo por algún tiempo, se dejaba guiar primordialmente por su rígido anticomunismo, mientras que al secretario de estado Pacelli, que ya tenía en su haber los concordatos de Baviera, Prusia y Badén, lo guiaba la esperanza de poderlo coronar todo mediante un concordato con el Reich, empresa continuamente frustrada pese a sus incansables esfuerzos. Sea como sea, en ambos pesaban uno y otro factor. Cada uno de ellos intentaba amargarle al Centro su coalición con los socialdemócratas, base todavía de la relativa estabilidad del parlamentarismo alemán. Y es que Pío XI ya había vetado rigurosamente en Italia la cooperación entre el partido católico y los socialistas, A buen seguro que también el

papa deseaba aquel concordato con el Reich, que su secretario de estado, ambicioso y mimado por la suerte, no perdía ni un sólo instante de su vista. Que ahora, en los primeros años treinta, Pacelli intentase llegar a su meta a través de la cuestión del obispo castrense y de la acción pastoral en la *Reichswehr* no debiera extrañarnos a la vista de cómo apostó más tarde por el triunfo de las armas alemanas. Tanto menos cuanto que el entonces «Vicario de Cristo», y no fue ciertamente un caso aislado, sentía —como ya vimos— manifiesta predilección por el militarismo.

El secretario de estado obtuvo ahora, lo que no deja de ser extraño, que el Ministerio de AA. EE. nombrase al prelado Kaas como comisionado especial. Y es que éste, como comentaba el legado bávaro ante la Santa Sede en marzo de 1930, «le había prestado múltiples y beneficiosos servicios». Y como, por añadidura, el católico H. Brüning, un político del Centro, fue nombrado canciller el 28 de marzo, Pacelli puso nueva y resueltamente rumbo hacia su antigua meta, el concordato del *Reich* y elevó otra vez sus pretenciosas exigencias, sobre todo, por lo que respecta a los problemas relativos a la escuela, al matrimonio y a la financiación^[108].

Ahora bien, la situación en Alemania, con más de cuatro millones de parados, fuerte restricción de los pedidos a las empresas y una dura crisis bancaria, era tan desolada que ni los mismos políticos católicos del Partido del Centro, que gobernaban sin mayoría parlamentaria aunque gracias a la tolerancia del Partido Socialdemócrata, satisficieron la enorme ambición de concordato de la curia: de hacerlo habrían concitado contra sí no sólo la resistencias de las izquierdas, sino también el *furor protestanticus*.

En la pascua del 1931, el político del Centro y ministro del interior, J. Wirth, pasaba unos días en Roma. En 1922 había sido canciller de una coalición compuesta por el Centro, el SPD (socialdemócratas), y el DDP (Partido Democrático Alemán). También fue él quien había puesto en marcha, bajo la divisa de ¡El enemigo está a la derecha!, las Leyes en Defensa de la República, impresionado por el asesinato de su ministro de AA. EE. exteriores, W. Rathenau, odiado por los extremistas de la derecha (todavía después de la II G. M. J. Wirth preconizó una política de neutralidad para Alemania). Durante la audiencia que Pío XI le concedió por entonces, éste le exigió enérgicamente que liquidase la coalición con los socialdemócratas en Prusia, a raíz de lo cual Wirth abandonó finalmente aquel lugar, presa de «gran excitación».

Cuando, poco después, el 8 de agosto de 1931, el político católico del Centro, H. Brüning, canciller y ministro de asuntos exteriores habló con Pacelli, la ruptura se hizo total. Brüning se veía enfrentado a legiones de parados en constante aumento, a una economía en permanente recesión y a una radicalización de toda la vida política producida por comunistas y nazis, pero todos esos problemas de la política interior, como cualesquiera otros, le resultaban a Pacelli totalmente indiferentes. Lo que para él estaba ante todo en juego era la cuestión del obispo castrense y, en general, el afianzamiento del derecho canónico mediante un concordato. «Le dije», comenta Brüning acerca del diálogo sostenido en los aposentos privados de Pacelli, «que a mí, como canciller católico, me resultaba de todo punto imposible abordar siquiera esos problemas a la vista de las tensiones acumuladas en Alemania. Casi todos los estados alemanes federados significativos tenían ya un concordato y con el resto había negociaciones con buenas perspectivas». El canciller

se remitió a la incompreensión de los protestantes y de las izquierdas, pero eso no pareció inmutar a Pacelli, que exigió más bien de Brüning que «con vistas al concordato del Reich, formase un gobierno de derechas (!) poniendo como condición del mismo la inmediata conclusión de un concordato». «Por sorprendente que pareciera esa propuesta», escribe el teólogo de Tubinga Scholder, «se ajustaba como anillo al dedo a la política del cardenal, tendente a consolidar mediante un concordato el derecho canónico en Alemania, fuesen cuales fuesen los medios y las circunstancias. Ésa era la meta por la que venía trabajando desde hacía más de una década y usando toda su energía. Ahora había surgido una nueva situación política y Pacelli estaba decidido a aprovecharla, como solía hacer siempre con cualquier situación».

Cuando ambos hablaron de allí a poco sobre los acuerdos eclesiásticos con los protestantes, Pacelli consideró imposible «que un canciller católico concluya un acuerdo con una iglesia protestante». Y cuando Brüning replicó cáustico, que ya la propia constitución, que él había jurado, le obligaba a respetar los intereses de los protestantes sobre la base de la plena igualdad de derechos, el cardenal «condenó entonces la totalidad de mi política». Aquella misma tarde Brüning le comunicó brevemente su decisión de «aparcar definitivamente las cuestiones del obispo castrense y del concordato» a la par que expresaba irónicamente la esperanza de «que el Vaticano tenga más éxito con Hitler y Hugenberg que con el canciller católico Brüning».

Esperanza que también compartían los monseñores. Ya en diciembre de 1931, el barón Ritter informaba a su gobierno en Múnich sobre una conversación con el papa en cuyo transcurso éste reprendía como craso error de los nacionalsocialistas «el que no llegasen a un entendimiento con los obispos alemanes, cuando éstos, a la vista de la amplia difusión de los principios básicos del partido, hostiles a la Iglesia, se vieron obligados a prevenir contra ellos a sus fieles». Eso dificultaba ciertamente cualquier acercamiento, pese a lo cual el papa tomaba en consideración el cooperar con ellos «quizá tan sólo de forma transitoria y para determinados propósitos».

Ni que decir tiene que en todas estas reflexiones la lucha contra el comunismo y contra la URSS desempeñaban un papel primordial. Pues fue justamente por ese tiempo cuando Pío XI habló ante Ritter «extremadamente preocupado por el bolchevismo, que amenazaba por doquier... y que, si consigue romper el dique alemán, inundará toda Europa». Consecuentemente, el papa abogaba por la unión de fuerzas entre el Centro, el Partido Popular de Baviera y los nacionalsocialistas. De forma muy similar se manifestaba en el verano del año siguiente el secretario de estado Pacelli, a quien lo que más inquietó en el resultado de las elecciones alemanas fue el crecimiento, para él sorprendente, de los comunistas. Era preciso hacer lo que fuera «para alejar de Alemania el bolchevismo cultural que avanzaba tras el partido comunista». «Para aunar las necesarias fuerzas de defensa» debía formarse «una nueva coalición en la Dieta del Reich, ¡más orientada a la derecha!», integrando a los partidos derechistas, nazis incluidos.

Brüning, que reprochaba entonces, otoño de 1931, a Pacelli «desconocer la naturaleza del nacionalsocialismo» intentaba en aquel caos creciente defender la república contra todos los extremos, aplicando desde luego una «política de saneamiento» que agravaba aún más la crisis. A la sazón, él mismo, admirador de Mussolini, protegía ya a funcionarios

filonazis y no quería poner en peligro las negociaciones de coalición entre el Centro y los nazis como las que ya se habían entablado, p. ej., en el estado de Hesse.

También con Hitler negoció Brüning más de una vez, presumiblemente acerca de una eventual inclusión de ministros nazis en su gabinete. Y aunque la cosa no llegara tan lejos, el canciller expresó públicamente su gratitud, en otoño de 1931, para con los de la camisa parda y su *¡Führer!* por la «cortesía» con que le trataban, pese a todas sus críticas, mientras que Hitler, por su parte, se mostró «profundamente impresionado» por Brüning. Debió ser, a todas luces, por el modo como aquél engañaba a los aliados respecto a su gigantesco programa de armamento. Y es que el canciller católico, que había tomado parte en la I G. M. como oficial de infantería, fomentaba en secreto el rearme alemán y en especial el de la aviación. Al frente del «Departamento de Navegación Aérea» de su Ministerio de Transportes estaba aquel capitán Brandenburg, que, diez años más tarde, tendría una participación decisiva en los ataques aéreos contra Londres. Empresas constructoras de aviones, tales la Junkers y la Heinkel, obtenían ya fuertes subvenciones estatales mientras muchos pilotos militares recibían una instrucción en 44 campos de formación secretos. En cajas acorazadas secretas se habían depositado ya planes detallados para bombardear Londres, París y la Línea Maginot.

De cada 100 marcos del presupuesto del Reich, en 1932 se destinaron: 42,42 para preparar la guerra y paliar sus consecuencias. 23,60 para beneficencia (y prestaciones extraordinarias). 15,02 para el servicio de deuda. 12,08 para la administración. 5,65 para la deuda flotante. 0,81 para viviendas y asentamientos. 0,42 para el plan de enseñanza.

La primera y la última cifra, 42,42 y 0,42, guardan entre sí una relación tan realista como lógica. Pues, ¿qué sentido tiene gastar mucho en la formación de personas a las que (¡una y otra vez!) habrá que enviar al matadero? O, dicho de otro modo: Si las personas gozasen de buena formación, si estuvieran críticamente ilustradas ¿iban a dejarse matar por aventureros temerarios y por gánsters?

El objetivo de Brüning, tanto en el ámbito constitucional como en la política exterior no era tanto la preservación de la democracia como la restauración de la monarquía y por cierto en su antigua plenitud de poderes. No aspiraba meramente a la igualdad militar de Alemania, sino, naturalmente y por encima de todo, a unos objetivos últimos dignos de un visionario, a la revisión de las fronteras del Este y, llegado quizá su momento, incluso a la hegemonía en el Sudeste de Europa, como herencia recogida de la antigua monarquía danubiana. «Esta política exterior contribuyó poderosamente, aunque fuera de manera involuntaria a dar pábulo a las tendencias fascistas en el interior y a crear las condiciones internacionales para un gabinete encabezado por Hitler. Simultáneamente posibilitó los primeros pasos dados por la Alemania nazi en política exterior»^[109].

Nadie podría efectivamente dudar de que Brüning, como canciller católico del Centro y como miembro de una asociación religiosa de élite, mantenía estrechos contactos con distintas instancias de su Iglesia: desde el prelado Kaas, a quien mantenía al corriente de sus conferencias con Hitler hasta el último de los conventos, con quienes mantuvo, incluso, vínculos especialmente estrechos durante su época de canciller. Con ocasión de una entrevista con representantes de las órdenes estuvieron presentes no menos de 22 políticos de la cancillería del Reich, de los ministerios de AA. EE., del interior y de hacienda,

aparte de otros pertenecientes a los ministerios de cultura, hacienda y comercio de Prusia. Lo expuesto por el exalmirante Behnke fue, sin embargo, una detallada ponencia sobre «La importancia del servicio de inteligencia alemán (!) en y desde el extranjero y la participación de las órdenes católicas en esta misión tan significativa para la patria alemana». En otra sesión organizada en 1932 en el convento de San Agustín, junto a Siegburg, de la Sociedad Misionera Steyler (muy activa bajo el signo del anticomunismo) el sacerdote K. Algermissen, director de la sección de apologética en la casa central de la Asociación Popular Católica, habló sobre «Los peligros del bolchevismo para Alemania».

Entre tanto, el número de parados se aproximaba a los 5 millones y la depauperación de las masas se agravaba. Llevada del temor a las izquierdas, la gran industria, al igual que la curia, mostraba creciente simpatía por las derechas y el presidente del Reich, Hindenburg, (empujado y no poco por los terratenientes del este del Elba) acabó por retirar su apoyo a Brüning. Supuestamente: «a 100 metros de su meta».

En Roma, donde un experto en asuntos alemanes como Pacelli, dirigía ahora la secretaría de estado, se seguía con creciente interés el desarrollo de los acontecimientos en Berlín, y muy especialmente el crecimiento de las fuerzas del partido nazi. El jefe de misión de la Pequeña Entente constataba quejoso que «un prominente funcionario del Vaticano» no tenía «en verdad una actitud de rechazo incondicional» frente al nacionalsocialismo. En abril de 1932, un mes antes de la dimisión de Brüning, el «prominente cardenal de la curia» preveía ya como segura la conquista del poder por los nazis. «Nada puede impedir su acceso al gobierno». El «muy prominente cardenal de la curia» era del parecer, que las «asperezas originales del programa» de los nazis, se irían «limando»; que se darían por muy contentos si, sobre las dificultades ya existentes, no tuviesen al menos que afrontar otras adicionales en relación con la Iglesia. En todo caso, con o sin ayuda de los partidos del gobierno, se harían con el timón del estado. La curia hizo absolutamente suyo ese parecer y de manera, por así decir, oficial. «Desde ese momento, el Vaticano echó todo su peso en el platillo de la balanza para aupar a Hitler al poder. Apenas reelegido, Hindenburg volvió bruscamente las espaldas a la socialdemocracia, sin considerar para nada el hecho de que, sin sus votos, jamás habría conseguido su reelección, y dio un marcado giro hacia la derecha que desembocó finalmente en la entronización de Hitler». Inmediatamente antes de la elección presidencial, en los territorios de población católica, millones de octavillas hacían propaganda adheridas a las casas, los buzones y postes del telégrafo: «¡Católicos! ¡Votad por el creyente católico A. Hitler!».

Evidentemente muchos prelados conspicuos, como el mismo Pacelli y su amigo y dirigente del Centro, Kaas, creían que «más tarde o más temprano los nazis se verían obligados a retirarse»: ése sería el momento de separarse de ellos: tal como sucedió en 1945. Claro que en el ínterin sucederían algunas cosas. De momento, sin embargo, estaban viendo cómo los camisas pardas iban camino del poder y ello obligaba a ir de su mano y fingirse complacientes con ellos; a medrar con criminales y sacar provecho de ellos: costumbre inveterada y principio básico del régimen papal desde la Antigüedad.

El lugar de Brüning lo vino a ocupar, el 1 de junio de 1932, F. Von Papen, excomandante de caballería de la monarquía prusiana, más tarde camarero papal, quien formó el «gabinete de los barones», de «concentración nacional». «Un católico bien conocido como

excelente y practicante», como decía el legado austríaco ante la Santa Sede, Kohiruss. De «Mala cabeza, pero buen sombrero», lo calificó el general Schieicher, el mismo que lo había propuesto como canciller del *Reich* y que lo sustituyó a finales de aquel año en ese puesto, que él ocupó como último canciller antes de Hitler. Schieicher sería asesinado el 30 de junio de 1934 con su esposa, juntamente con otras 81 personas, como mínimo, fusilados todos ellos por las SS a raíz del llamado «golpe de Róhm», acción criminal de Hitler, y por él legalizada, tan solo tres días después, como «legítima defensa del estado», mediante una ley del Reich.

F. Poncet, el embajador de Francia, por quien Von Papen sentía debilidad, tenía a éste por persona falsa, ambiciosa, vanidosa, insidiosa e intrigante. «Todo el mundo», escribe F. Poncet, «comentaba sobre él entre susurros y risas... ya que Von Papen no era tomado en serio ni por amigos ni por enemigos». A lo largo de toda su trayectoria, bien sea como agregado militar, de 1913 a 1915, en Méjico o Washington, o como comandante del estado mayor del ejército turco en 1918, cometió serías picias. Es más, según Hitler, por culpa de Papen «habían caído en el lazo más de 5. 000 agentes en| los USA» y hasta es posible que fuese el responsable de que la escuadrilla del «Graf Spee» fuese atraída a una trampa junto a las islas Falkland. El católico Von Papen, proclive al snobismo y la arrogancia, culturalmente romo, pero trapacero miembro del «Club de Jinetes», del «Club de Caballero» prototipo de ultraconservador y apenas conocido antes de su ascenso a la cancillería (alentado especialmente por la *Reichswehr*), pertenecía a los sectores más derechistas del Centro. No le importaban lo más mínimo los asalariados, sino que era, más bien, defensor de «las obligaciones cristianas del asalariado». Desde el año 1924 era accionista principal del periódico del Centro, *Germania*, de cuyo consejo de administración sería más tarde presidente. A través de su mujer mantenía estrechos vínculos con la industria del Sarre^[110].

Apenas tomo posesión de su cargo (a lo cual siguieron de inmediato los antisociales «Decretos-ley de Emergencia») Papen informó confidencialmente al cardenal secretario de estado, insólita iniciativa, acerca de los objetivos de su política, a la par que prevenía contra «una actitud de oposición cerrada por parte del catolicismo político alemán *contra* el movimiento por la libertad nacional de las derechas» Papen disolvió de inmediato la dieta Del Reich, llevando el agua al molino de los radicales. Mediante un golpe de estado disolvió el gabinete socialdemócrata de Prusia dirigido por O. Braun, el «zar rojo», el último gobierno republicano relevante y, tras un acuerdo con Hitler, anuló la prohibición de las SA y de las SS, que había promulgado Brüning en abril de 1932. Ya en las elecciones del 31 de julio de 1932, el Partido Nacionalsocialista pudo obtener más del doble de escaños en la dieta (de 110 pasó a 230) y convertirse así en la fracción más numerosa. Los comunistas, en cambio, que hasta entonces constituían con los nazis una mayoría de bloqueo al gobierno, obtuvieron sólo 89 mandatos, creciendo tan sólo en 11.

Pero mientras un mes después, agosto de 1932, el cachazudo episcopado alemán seguía declarando «prohibida... la afiliación a ese partido» (el nacionalsocialista), y veía «las más negras perspectivas» en caso de que éste ejerciese un poder incompartido, en Roma se pensaba ya de manera muy diferente. Lo que allí se temía no eran los 120 mandatos más ganados por los nazis, sino el aumento de los comunistas en 11. Inmediatamente después de las elecciones, el cardenal secretario de estado expresó al legado bávaro ante el Vaticano

su «esperanza y su deseo... de que, al igual que el Centro y el Partido Popular de Baviera, los otros partidos basados en el cristianismo, entre los que también se cuenta el que ahora constituye la fracción más numerosa de la dieta del Reich, el Partido Nacionalsocialista, harán todo cuanto esté en su mano para mantener alejado de Alemania el bolchevismo cultural que avanza tras el Partido Comunista». A Pacelli le parecía necesaria «una coalición nueva a partir de los partidos políticos de la dieta», lo que, para el Centro y el Partido Popular de Baviera, suponía «orientarse ahora más a la derecha, buscando allí una coalición compatible con sus principios».

Y mientras que el Centro, para desesperación de muchos católicos, iniciaba efectivamente la búsqueda de esa «coalición compatible» deseada por Pacelli, éste, por su parte, se afanaba por conseguir el anhelado concordato con el *Reich* bajo el nuevo canciller católico, que tomó inmediatamente contacto con él. Antes de que acabase octubre, Pacelli presentó al gobierno de Berlín, a través de una *Prememoria*, las exigencias de la «Santa Sede», especialmente las relativas a la financiación y la escuela. Adicionalmente, sin embargo, deseaba ahora garantías fundamentales de perpetuidad del concordato en caso de eventuales modificaciones de la constitución o las leyes, lo que, según Pacelli, constituía «un *mínimum* de exigencias eclesiásticas» Papen había insinuado ya considerable aquiescencia en varios sentidos, pero a finales de aquel mismo año dejó de ser canciller. Y siguiendo la tónica anterior, los distintos departamentos no pensaban lo más mínimo en hacer concesiones al Vaticano, tanto menos cuanto que «el actual (anotación con lápiz rojo “¡ningún!”) gobierno del *Reich* no está facultado para dar garantías amplias sobre la perpetuidad de los concordatos», «tal aceptación rebasaría los límites de la posibilidad de acción de un (en lápiz “¡cualquier!”) gobierno del Reich».

Ahora bien, Hitler lo hizo posible.

Y como quiera que él sí que lo hizo posible; como quiera, además, que combatía a los viejos enemigos de la Iglesia, liberales, socialistas y comunistas, también el Vaticano le permitió a él su dictadura: como lo había hecho con Mussolini por motivos muy parecidos. «En Roma reaccionaron con gran satisfacción a la toma de posesión de Hitler y a su pronta búsqueda de toma de contacto».

Unos decenios después, hicieron esfuerzos grandiosos para lavarse la cara. Un sedicente católico de izquierdas (la peor clase, a menudo, de entre los católicos, porque es la que, bajo la enseña del progreso, permite a la Iglesia la (aparente) adaptación a la tendencia dominante en la época y le facilita así su supervivencia) no cargó la culpa de la «capitulación» del catolicismo en 1933 al papa y los obispos, sino a los creyentes, al «catolicismo sociológico». «No fue en primera línea el obispado, ni los prelados del Centro o los *monsignori*, quienes capitularon sino el *juste milieu* del catolicismo alemán» (Afirmación tan falsa como su expresión gramatical). Hace ya 17 años que rechacé esa tesis, que carece de todo apoyo histórico, y exculpa injustamente al alto clero, aparte de que la investigación más reciente y al mismo tiempo más rigurosa de esta temática, confirmó mi posición mostrando que «las decisiones fundamentales se fueron concentrando en manos de la curia hasta que, finalmente, la posición y el futuro del catolicismo en el Tercer *Reich* dependían efectiva y casi exclusivamente de las decisiones de Roma».

No es que el grueso de los católicos se pasase primero a Hitler arrastrando así al episcopado y más tarde a la curia, sino que ésta resolvió repetir con Hitler el experimento que tan buen resultado le dio con Mussolini y el episcopado la siguió obediente de modo que los creyentes tuvieron que dar el paso siguiente. «La visión de Pacelli es la de un estado autoritario y la de una Iglesia autoritaria dirigida por la burocracia vaticana», declaraba el canciller católico, Brüning, persona excelentemente informada, en mayo de 1932. Y el presidente federal austríaco, el socialcristiano Mikias, que se mantuvo en su cargo hasta el 1938, emitiría más tarde este juicio: «Pacelli era nuncio en Alemania cuando se implantó allí el sistema de violencia. El papa estuvo en la época de Pilsudski en Polonia y Pacelli le empujaba en esa dirección. Ahora tenemos el resultado de ese proceder». El periódico católico *Allgemeine Rundschau* reconocía en abril de 1933: «Los obispos no pueden luchar cuando Roma se decide por la paz». Y K. Bachem, el historiador del Partido del Centro, calificó toda resistencia de irresponsable e imposible una vez que el episcopado había reconocido al nuevo régimen. «No hay otra alternativa, sino la de sumarse al ejemplo de los obispos...».

Pero los obispos no hacían otra cosa que ceder a la presión de Roma, que mantenía sus contactos con Hitler a través de Kaas y Papen. Este último, que según reconoce el propio bando católico, pertenecía «al estrecho círculo de los jugadores iniciados», no solamente suprimió la prohibición de las SA y de las SS, sino que operó incansablemente en pro del nombramiento de Hitler como canciller o, mejor dicho, «inició el galope hacia la dictadura». Como primer lugarteniente de Hitler veía el «meollo de su programa en asentar el trabajo del gobierno sobre los fundamentos del cristianismo». Y fue él mismo quien fundó en otoño del 33 la «Comunidad de Trabajo de Católicos Alemanes», dirigida por «combatientes bien probados», estrecha colaboradora de los nazis y a la que el arzobispo católico de Freiburg, Grober, deseaba «amplísima expansión» como élite «que muestra palpablemente cómo también la persona convencidamente católica puede ser útil para el nuevo Reich».

El 4 de enero de 1933, Papen y Hitler se reunieron en la casa del barón Von Schröder, banquero de Colonia, miembro del partido nazi y amigo de los capitostes de la gran industria Kirdorf, Vogler, Thyssen y Flick. En ese encuentro, que debía permanecer estrictamente secreto, es bien probable que Papen le prometiese el apoyo del papa, exigiendo como contrapartidas la destrucción de los partidos socialdemócrata y comunista, así como la conclusión de un concordato. Consta como seguro, tras la declaración de Schröder en el procesos de Núrenberg, que Hitler, en esa discusión a tres, habló ampliamente acerca del «alejamiento de todos los socialdemócratas, comunistas y judíos» de todos los puestos de dirección y consta asimismo que el concordato se concluyó de allí a poco, siendo Papen quien reivindicó para sí la iniciativa al respecto. «Papen y Hitler», declaró Schröder, «se avinieron en lo fundamental, de modo que se superaron muchos puntos de fricción y pudieron proceder de común acuerdo». En sendas alocuciones del 2 y del 9 de noviembre. Papen reconoció que «en el momento de hacerme cargo de la cancillería, abagué porque se abriera el camino hacia el poder al joven y combativo movimiento por la libertad», que «la providencia me había destinado para realizar una contribución esencial al nacimiento del gobierno del alzamiento nacional», «que la maravillosa obra de reconstrucción del canciller y su grandioso movimiento no podían

ponerse en peligro bajo ninguna circunstancia» y que «los elementos estructurales del nacionalsocialismo... no son en esencia ajenos a la concepción católica de la vida», «sino que se corresponden con ella a casi todos los efectos». «El buen Dios ha bendecido a Alemania dándole un caudillo en tiempos de aprieto extremo», proclamó Von Papen.

Incluso después del relevo de poderes del 30 de junio de 1933, final de la República de Weimar y del estado de derecho burgués, el catolicismo se oponía aún, casi como un solo hombre, a Hitler. Tanto sus partidos, como sus asociaciones y los simples creyentes. También el episcopado seguía formando, como desde hacía años, un frente resueltamente antinazi: «para mostrar», decía el cardenal Faulhaber, que pronto sería uno de los secuaces más fervientes de Hitler, «que los fundamentos de la teoría católica del estado no cambian porque cambie el gobierno». Idéntica era la opinión de su colega Bertram^[111].

Todavía en las elecciones a la dieta del *Reich* del 5 de marzo, en las que el Partido Nacionalsocialista obtuvo un 43,9% y su compañero de coalición, los Alemanes Nacionales, el 8% y Hitler, consecuentemente, una escasa mayoría, el Centro pudo consolidarse con un porcentaje del 11%, perdiendo tan sólo el 0,7 % de sus votantes. Hitler «obtuvo sus peores porcentajes, con diferencia, en las zonas del *Reich* con población mayoritariamente católica». En ellos obtuvo el Centro hasta un 65% en algunos distritos. «Por lo que respecta a los electores del Centro y del Partido Popular Bávaro», constató Hitler al analizar los resultados electorales, «no podrían ser ganados para los partidos nacionales mientras la curia no retire su apoyo a ambos partidos». Y ello era tanto más importante para él, cuanto que no pensaba gobernar parlamentariamente, a partir de la mayoría obtenida, sino como un tirano sin freno.

La «Ley de Plenos Poderes», denominada oficialmente, ¡sangrienta ironía!, «Ley para remediar la miseria del pueblo y del Reich» del 24 de marzo, que permitía a Hitler actuar despóticamente, el traspaso a su gobierno del poder legislativo (en un principio por cuatro años, después por otros cuatro más y finalmente por tiempo indefinido) y también de plenos poderes para promulgar leyes modificadoras de la constitución, todo ello son cosas que Hitler obtuvo, por una parte, mediante la disolución, inconstitucional, del Partido Comunista, y por otra, gracias a los votos del Centro. El prelado Kaas había ido a ver al vicescanciller Von Papen ya al día siguiente de las elecciones del 5 de marzo, declarándole, según el último refirió en la sesión del gabinete del día 7 de marzo dedicada a «la situación política», «que venía sin haber tomado previamente contacto con el partido y que a partir de ahora estaba dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva respecto al pasado. Por lo demás ofreció la colaboración del Centro». Fue en la escuela de Pacelli, comenta Scholder, donde Kaas aprendió a ver y aprovechar el favor de las horas de alcance histórico universal. «De hecho, el prelado debió condicionar su voto a favor de la ley de plenos poderes a la garantía dada por de Hitler de concluir, en base a esa ley, el concordato repetidamente frustrado por la resistencia del parlamento».

El 20 de marzo, (día en que la dirección sindical social-demócrata, rompiendo con el Partido Socialdemócrata, emitió una declaración de lealtad a Hitler) Goebbels anotó en su diario que «también el Centro aceptaría» la ley de plenos poderes. Y el periódico de Goebbels, *Der Angriff* («El Ataque») recordó en un artículo dedicado a la conclusión del concordato que Kaas había hecho depender el voto del Partido del Centro a la ley de plenos

poderes «de la disposición del gobierno del *Reich* a negociar con la Santa Sede acerca del concordato del *Reich* y a respetar los derechos de la Iglesia».

El interés de Papen en un concordato del *Reich* era tan palpable como el de Hitler, quien, ya desde 1929, deseaba un acuerdo con el Vaticano semejante al concluido por Mussolini. Y al igual que éste, también Hitler (a quien Rudolf Hess recomendó como «persona religiosa» y «buen católico» ante el primer ministro bávaro) haría más tarde gala de una fraseología nacionalista con resonancias cristianas. Era capaz de rezar con unción y de imitar verbalmente a la biblia. No se paraba en barras. «Señor, tú ves cómo hemos cambiado. El pueblo alemán no es ya el pueblo del deshonor..., del apocamiento y de la poca fe. No, Señor, el pueblo alemán es de nuevo fuerte... ¡Señor, no nos alejaremos de ti! Bendice ahora nuestra lucha...». Encarecía que su deseo era «reconducir al pueblo alemán, ya unido, a la única fuente de su energía», «depositar en las mentes jóvenes, a través de una educación iniciada en su infancia, la fe en un único Dios y la fe en nuestro pueblo». Aseguraba que «al frente de Alemania» había «cristianos y no ateos internacionalistas». Prometió que «jamás me uniré a partidos tales que quieran destruir el cristianismo», «asimismo, el gobierno del Reich, que ve en el cristianismo el incommovible fundamento de la moral y las buenas costumbres del pueblo, concede gran valor a las relaciones amistosas con la Santa Sede, que tratará de intensificar».

Papen reconoció repetidamente haber planteado a Hitler la cuestión del concordato ya en los primeros momentos y éste último mostraba a mediados de junio de 1933 su satisfacción por el hecho de que «el acuerdo con la Iglesia, que constituía una de sus permanentes aspiraciones, se cerrase en plazo mucho más breve de lo que se hubiera imaginado el 30 de junio...». También Kaas, el mejor conocedor alemán de ese asunto deseaba, a todas luces, resolver la cuestión eclesiástica siguiendo el ejemplo fascista italiano, de aquel «paradigma de alcance secular» y ello se desprende claramente de su estudio sobre los acuerdos lateranos, acabado en 1932. Un hombre como Hitler, sin embargo, que, en una declaración gubernamental del 23 de marzo, había ratificado su voluntad de consolidar las relaciones amistosas con la Santa Sede, no daba, evidentemente, nada gratuitamente. ¿Y qué otra cosa podría anhelar él a cambio de su condescendencia, si no es la puesta fuera de juego del catolicismo político alemán para iniciar así su régimen de opresión?

Va de suyo que el prelado Kaas, amigo y discípulo de Pacelli, figura clave como interlocutor de Hitler y Papen en el asunto del concordato, no procedía sin el beneplácito de la curia.

El nuncio papal en Berlín, C. Orsenigo, se mostró «de veras exultante» a raíz de la toma del poder por los nazis. Ya el 8 de febrero, el embajador alemán ante la Santa Sede, Diego Von Bergen, informaba en estos términos: «Se saluda la resuelta declaración de guerra al bolchevismo, cuya superación constituye una de las mayores preocupaciones de la Santa Sede». A principios de marzo, Pío XI ensalzó repetidamente a Hitler frente a Pacelli, el cardenal Faulhaber y diversos diplomáticos, por haber atacado públicamente al bolchevismo. Hitler era «el único jefe de estado», dijo el 8 de marzo al embajador francés Charles-Roux, que no sólo «compartía su propia opinión sobre el bolchevismo, sino que declaraba inequívocamente y con gran coraje la guerra a este último».

El 9 de marzo Pío XI confesó al embajador polaco Skrzynski, quien lo notificó como algo «estrictamente secreto» a Varsovia, que «se veía obligado a revisar su opinión sobre Hitler, no para modificarla del todo, pero sí significativamente» pues le es forzoso conceder que Hitler es el único jefe de estado del mundo que, en última instancia, «usa el mismo lenguaje que él sobre el bolchevismo». El Santo Padre asegura que hablar así es una señal de coraje personal que sólo puede nutrirse de una íntima convicción, que no retrocede ni ante el noble sacrificio de la propia vida. Repitió que eso modificaba la imagen que se había hecho anteriormente de Hitler pues veía que éste compartía su parecer, según el cual, el bolchevismo no es una dificultad o un adversario más, «mais que c'est l'ennemi...». Es decir, el mismo diablo.

También en el consistorio del 13 de marzo, en cuyo transcurso el papa denostó a los comunistas como «misioneros del anticristo e hijos de las tinieblas», alabó, cuando menos indirectamente, a Hitler. Y Pacelli o sus colaboradores íntimos transmitieron esta alabanza, antes, incluso, de ser pronunciada, a Hitler, en calidad de loa al Tercer *Reich* «como paladín en la lucha contra el comunismo ateo». Y es que Von Bergen, ya antes del comienzo del consistorio, envió por telegrama a Berlín ese decisivo pasaje agregando que: «En la secretaría de estado se me insinuó que indicase que esas palabras debían ser interpretadas como reconocimiento del proceder anticomunista, resuelto e impávido, del canciller y de su gobierno». Hitler supo corresponder por su parte en su discurso del 15 de marzo ante el Reichstag, en cuyo texto subrayó la «importancia de la religión cristiana para el estado».

También el nuevo encargado de negocios austríaco ante la Santa Sede, Kohiruss, escribió el 22 de marzo que «la visión que se tenía del canciller Hitler experimentó una modificación, debiéndose reconocer al respecto que aquél es el único jefe de estado que ha tenido el coraje de hacer tabla rasa, del modo más enérgico, con el comunismo y la propaganda atea». Y un mes más tarde, el legado bávaro ante el Vaticano, el barón Von Ritter, enviaba a su gobierno el extracto de una larga conversación confidencial con el prelado Kaas, «amigo íntimo» de Pacelli, señalando que «Está fuera de duda que Pacelli aprueba la sincera colaboración de los católicos para alentar y dirigir el movimiento nacional en Alemania en el marco de la cosmovisión católica»^[112].

A la vista de todos estos testimonios, es evidente que el jesuita Leiber, secretario privado de Pacelli durante decenios, mintió posteriormente al mundo al decir que: «Todo se ha efectuado sin la menor injerencia de la Santa Sede o del cardenal secretario de estado, Pacelli», que «éste se vio literalmente sorprendido por la prensa», y que «incluso lo lamentó». El ambiente dominante en el Vaticano había, de hecho, cambiado radicalmente a favor de Hitler. También el propio cardenal Faulhaber hacía constar: «loa pública para Hitler». Y a este respecto fue el papa quien urgió a los obispos a aproximarse a Hitler y no a la inversa. ¡Cómo si el papa permitiera que sus obispos le diesen órdenes! Según corrobora un informe clerical sobre la sesión celebrada el 25 de abril en Berlín por los representantes de las sedes obispales alemanas, Faulhaber trajo de sus encuentros con miembros de la curia, la «difusa impresión de que el Vaticano no aprobaba todas las medidas adoptadas por los obispos contra el nacionalsocialismo». Su pregunta de si éstas eran desaprobadas obtuvo esta equívoca respuesta: «No todas son aprobadas». El cardenal dijo en consecuencia: «Después de mis experiencias en Roma, ante las más altas esferas, sobre las

que nada puedo manifestar aquí y ahora, debo reservarme la posibilidad de practicar, pese a todo, mayor tolerancia frente al nuevo gobierno». Ya es algo que delatase un punto importante de las experiencias de su viaje: «En Roma se enjuicia al nacionalsocialismo, como ocurre con el fascismo, como la única salvación frente al comunismo y el bolchevismo. El Santo Padre contempla todo ello en amplísima perspectiva, sin ver las circunstancias aleatorias, y sí el gran objetivo final».

Una «circunstancia aleatoria» era el terror nazi, presente desde el primer día del Tercer Reich y cuya furia se hacía cada vez más visible.

El 22 de febrero y «por tiempo indefinido», fueron abolidos, en aras de la «protección del pueblo y del estado», los derechos fundamentales de la constitución de Weimar. Desaparecieron la libertad de expresión hablada y escrita, la libertad de reunión y el secreto postal. Se practicaban detenciones con pretextos nimios, incluso de personalidades dirigentes de la República de Weimar, y a los detenidos se les negaba el derecho a comparecer ante los jueces ordinarios. Al día siguiente del incendio del Reichstag («Ahora destruiremos la peste roja desde la misma raíz», decía triunfante Goebbels, el capitosté de la propaganda hitleriana. «Da nuevamente gusto vivir») se efectuaron 4.000 encarcelamientos en 24 horas. La caza a los comunistas culminó ese día. Pero «Ni una sola palabra contra la Iglesia. Sólo de reconocimiento (!) para con los obispos», según figuraba en el texto del protocolo de una conferencia entre los representantes diocesanos y Hitler, celebrada el mes de abril en Berlín.

Göring, convertido ya en presidente del Reichstag (Dieta del Reich) gracias a los votos del Centro, decretó mediante su «ley de fugas» del 17 de febrero que cualquier policía debía disparar sin miramientos contra los adversarios del gobierno y el 20 de febrero de 1933, ante los dirigentes de la industria alemana, amenazó con la «noche de los cuchillos largos» (tras lo cual Krupp Von Bohlen pronunció unas palabras de agradecimiento y los industriales entregaron un donativo electoral de tres millones de marcos). El 3 de marzo, Göring exclamaba en Frankfurt: «Mi tarea no consiste en hacer justicia, sino en exterminar y erradicar». Durante ese mes las SA procedieron con más brutalidad que nunca, desencadenando *pogroms* en gran escala e infligiendo tormentos sádicos en innumerables garajes convertidos en calabozos. Tan sólo durante la campaña electoral hubo 51 homicidios, varios cientos de personas resultaron heridas y más de 30 jóvenes yacían en clínicas de Berlín con disparos en el vientre. Para todos aquellos que debían desaparecer a espaldas de los tribunales ordinarios, se instalaron, ya en marzo, los primeros campos de concentración en Oranienburg, Königswusterhausen, Dachau etc. Y el número de campos fue engrosando rápidamente. «Los *pogroms* que tienen lugar por doquier en Alemania, resultaban chocantes para todo el mundo civilizado y provocaron la protesta de todos los países. Aquella institución, sin embargo que afirmaba y afirma encarnar la autoridad moral en todo el mundo fue la única que no halló ni una palabra en defensa de los perseguidos y como condena de las fechorías nazis. Era la misma “autoridad moral” que pocos años más tarde exhortaba al pueblo español a desobedecer a su gobierno y que bajo la divisa de la “santa cruzada contra el comunismo” escenificó en Méjico un cruento golpe de estado».

Naturalmente, Hitler, que se definió a sí mismo como «católico» ante varios prelados, había comenzado ya a perseguir a los judíos y a este respecto se remitía (¡con toda razón!)

a una larga tradición, ¡de 1.500 años!, de la Iglesia católica y suponía que con ello «rendía al cristianismo el mayor de los servicios». Calificaba al antisemitismo de «medio prácticamente imprescindible para difundir nuestra lucha política», de «componente de suma importancia» y «de certerísima eficacia en todas partes». Y si ya en su *Memorial sobre los judíos*, de 1919, llamaba a tambor batiente a «combatir y eliminar legalmente los privilegios de los judíos», en *Mein Kampf* extraía ya estas consecuencias de su comparación de los judíos con parásitos y bacilos: «Si en el frente de la I G. M. cayeron los mejores, al menos era posible matar en casa las sabandijas... Si al comienzo de la guerra o en el trascurso de la misma hubiéramos puesto bajo los gases venenosos a doce o quince mil de estos hebreos, corruptores del pueblo, sufriendo lo que centenares de miles de nuestros mejores soldados alemanes de todos los estamentos y profesiones hubieron de sufrir en el campo de batalla, al menos el sacrificio de millones de vidas en el frente no habría sido en vano».

Ya en marzo de 1933 se produjeron numerosos ataques contra abogados, jueces y fiscales judíos. A finales de ese mismo mes se produjo un boicot general, dirigido por el *gauleiter* (jefe de distrito nazi) de Nuremberg, J. Streicher, que afectó a todos los judíos y a todas las empresas de judíos. La convocatoria, verbigracia, de los nazis del *gau* de Badén a esta acción decía así: «¡Hombres y mujeres de etnia alemana! ¡Evitad todas las casas marcadas con esta señal de boicot! ¡Defendámonos contra la instigación judía al crimen y al boicot! ¡Boicotead todos los negocios judíos! ¡No compréis en los almacenes judíos! ¡No acudáis a los abogados judíos! ¡Evitad los médicos judíos! ¡Los judíos son nuestra desdicha! ¡Acudid a las reuniones de masas!». «El antisemitismo está alcanzando ya cotas temibles», se quejaba el 8 de marzo de 1933 el joven escritor J. Klepper, quien se suicidaría en 1942 juntamente con su mujer (judía) y su hijastra.

El 12 de abril, el cardenal Faulhaber escribe así al episcopado de Baviera: «No pasa un solo día en que yo, y supongo que todas Sus Ilustrísimas, no reciba, oralmente o por escrito, requerimientos acerca de cómo la Iglesia puede callar ante todo ello. También acerca del hecho de que hombres provenientes del judaísmo y convertidos hace ya diez o veinte años se vean asimismo implicados a estas alturas en la persecución». Y en un informe sobre la situación expuesto ante los obispos de Baviera el 20 de abril hizo esta anotación:

«Lo que Hitler no ha dicho o no ha vuelto a decir más: nada contra los judíos, nada contra el capital, ni siquiera, en Königsberg, algo contra Polonia. Un auténtico jefe de estado». Un teólogo cristiano opina hoy así acerca de la conducta de las dos grandes iglesias en aquel tiempo: «Ni un solo obispo, ni una sola instancia dirigente de la Iglesia, ni un solo sínodo se opuso públicamente en aquellos días decisivos, en torno al 1 de abril, contra la persecución de los judíos en Alemania».

«¿Dónde están sus obispos?», preguntó en la cárcel de Stadelheim de Múnich, el verano de 1933, un joven comunista de Nuremberg al católico Erwein von Aretin. «Antes, cuando se representaba una obra de teatro que no era de su gusto, alzaban siempre su voz al momento. Ahora, cuando los asesinados se cuentan por millares, no hay ninguno que suba al púlpito y pronuncie una sola palabra, ni aunque sea resollando... ¡Ya verá Vd. cómo los obispos tienen un único anhelo: el de concluir un concordato que los ponga a cubierto a ellos mientras los demás reventamos aquí todos!».

Todas estas cosas no eran aún, ciertamente, sino modestas primicias, una «circunstancia aleatoria» meramente, que no impedía al Santo Padre elogiar a Hitler, pues desde «su amplísima perspectiva... sólo veía el gran objetivo final»: en primer lugar, la aniquilación del socialismo y del comunismo a manos de Hitler, respecto a lo cual es extraordinariamente esclarecedora esta frase de *L'Osservatore Romano* del 13 de marzo de 1933: «*Protestantismo, scisma, laicismo e bolcevismo sonó in sostanza sinonimi*»; después, y no tan al final, el concordato con el Reich. Como contrapartida, y tras las experiencias con Mussolini, el papa y su secretario de estado estaban más que dispuestos a sacrificar también los partidos católicos al dictador alemán. Tanto más, cuanto que Pío y Pacelli contaban de antemano con una larga duración del Tercer Reich. El catolicismo político alemán presentaba, incluso en marzo, un aspecto bastante entero, pero la resistencia de Kaas, nos informa Brüning, «se debilitó cuando Hitler habló de un concordato y Papen aseguró que tal acuerdo estaba ya poco menos que garantizado. Ésa era la cuestión que, lógica y comprensiblemente, interesaba más a Kaas, habida cuenta de toda su visión del mundo. Su esperanza, desde el año 1920, era poder ser coautor de un concordato».

Pacelli y Kaas lucharon año tras año por ese objetivo. Y lo que nunca consiguieron, ni siquiera de un canciller católico del Centro, podían conseguirlo ahora gracias a Hitler. «Sólo a los comunistas les será denegada la igualdad ante la ley», le había prometido a Kaas el 22 de marzo de 1933, y también que él quería «aniquilar a los “marxistas”». Kaas, a su vez, subrayó frente a Hitler: «Para nosotros tienen gran valor estas cosas: la política escolar, el Estado, la Iglesia y los concordatos». A cambio de ello, Hitler obtuvo el asentimiento del Centro a su dictadura, a la «Ley de plenos poderes», y finalmente incluso a la liquidación de los partidos católicos.

Apenas obtuvo Kaas el voto de su facción en favor de la «Ley de plenos poderes» (todos los diputados presentes —72 de un total de 73— votaron nominalmente a favor) marchó a Roma al día siguiente «huyendo» de los nacionalsocialistas: ésa es la versión católica. No informó de ello ni a sus más allegados colegas de partido. Pero, eso sí, antes tuvo una entrevista a puerta cerrada con Hitler. Y ya el 29 de marzo, Pacelli encargó a los nuncios de Berlín y Múnich para que «confidencialmente y oralmente informasen al episcopado alemán de que se imponía una revisión de la actitud católica respecto al nacionalsocialismo»^[113].

El 10 de abril, Papen y Göring aparecieron en el Vaticano, siendo acogidos con todos los honores y dejando tras de sí, como hizo constar el prelado Fohr hablando de «la visita de los ministros alemanes», «una buena impresión». Pío XI los halló muy de su gusto, satisfecho, según dijo, de ver a la cabeza del gobierno alemán una personalidad que luchaba sin compromisos contra el comunismo y el nihilismo ruso en todas sus variantes. Satisfecho porque, como confesó a Papen, «la nueva Alemania está librando una batalla decisiva contra el bolchevismo». El prelado Fohr anotó en el protocolo: «Se quiere estar seguro de evitar todo cuanto pueda dificultar la relación entre la Iglesia y el Estado. Se tiene especial aprecio por el movimiento a causa de su lucha contra el bolchevismo y la inmoralidad (!)».

El 20 de abril, Kaas (que durante esas ¡semanas decisivas!, palabras de los teólogos católicos Seppelt y Schwaiger, «desempeñó un nada honroso papel» (¿sólo él?)) telegrafió con motivo del cumpleaños de Hitler expresándole «sinceros augurios de prosperidad y su

compromiso de colaborar imperturbablemente en la gran tarea». El 24 de abril, el legado bávaro ante la Santa Sede informó que Kaas y Pacelli mantenían continuos contactos, que no había duda alguna respecto a la actitud del secretario de estado y de otros cardenales prominentes, todos los cuales aprobaban la «sincera colaboración de los católicos en el fomento y la orientación del movimiento nacional alemán en el marco de la cosmovisión cristiana... También de labios de otros eminentes cardenales he oído expresiones que iban exactamente en la misma dirección». El 25 de abril, el obispo de Berlín, Schreiber, sabía «por círculos próximos al cardenal secretario de estado que ¡En Roma se abrigan ahora muy buenas esperanzas!».

Tal y como estaban las cosas, los archipastores alemanes tenían que cerrar filas, cambiar de bando y explicárselo a sus creyentes. Durante años habían prohibido la afiliación al Partido Nacionalsocialista, a las SA y las SS (en la mayoría de los obispados bajo pena de medidas disciplinarias eclesiásticas) acentuando la total incompatibilidad entre el cristianismo y el nacionalsocialismo. Habían prevenido «muy seriamente contra el nacionalsocialismo», reprochándole sus «doctrinas extraviadas» y el «carácter anticlerical» de las manifestaciones de muchos de sus dirigentes. Habían respondido con ¡no!, respaldados en su «autoridad episcopal», a la pregunta de «si un católico podía ser nacionalsocialista». En marzo reconocieron aún, en sus conferencias de Fulda y Freising, «que en los últimos años había adoptado una actitud de rechazo, marcada por prohibiciones y prevenciones, contra el movimiento nacionalsocialista»: especialmente por la concepción racista del nacionalsocialismo, por su rechazo del Antiguo Testamento y a causa del libro de A. Rosenberg *El mito del s. XX*. Ahora creían «poder abrigan la confianza de que las prohibiciones y prevenciones generales antedichas no debieran ya ser consideradas como necesarias». Así pues, a partir de ahora los nazis podían ya venir a comulgar y ser enterrados por la Iglesia. Hasta uniformados «podían tomar parte en la misa y en los sacramentos, incluso cuando aparezcan en gran número».

La política de Hitler y Kaas y, no en último término, «los deseos e ilusiones de Roma» habían llevado a los obispos «a una situación en la que no les quedaba otra alternativa que la capitulación». El 24 de abril, el primer ministro de Baviera informó a su gabinete de que el cardenal Faulhaber había ordenado a sus sacerdotes que diesen su apoyo al nuevo régimen, en el que él ponía su confianza. Aquel mismo día Faulhaber encomiaba a su venerado canciller del *Reich* «las grandes concesiones» hechas por el estado italiano en los acuerdos lateranos: «que a la Iglesia Católica se le garantiza el libre ejercicio del poder y la jurisdicción espirituales (Art. 1); asimismo la libertad de cuestiones intraeclesiásticas (Art. 2); que ningún sacerdote apóstata pueda ejercer cargo estatal alguno (Art. 5); que el estado renuncie a todo patronazgo o supervisión sobre el patrimonio eclesiástico (Art. 25 y 30); que el derecho matrimonial estatal se asimile al eclesiástico (Art. 34); que los dirigentes de las juventudes fascistas (“Juventud Balilla”) se cuiden de que los domingos y fiestas de guardar los jóvenes puedan cumplir con sus deberes religiosos antes de sus entrenamientos (Art. 37); que Italia reconozca a la Acción Católica (Art. 43)». Es más, Faulhaber recuerda a su Excelencia el Canciller Hitler que «nuestras organizaciones juveniles católicas» cuentan entre «los pilares más firmes y leales» del estado.

El 5 de mayo, los obispos de Baviera exhortaron a la «clarificación y la calma» a su grey, así como a dar aliento al programa gubernamental de una «renovación espiritual, moral y económica»: «Nadie debe, llevado de la desmoralización o la amargura situarse al margen a rumiarse sus rencores. Nadie sinceramente dispuesto a la colaboración puede tampoco ser marginado por estrechez de miras o mezquindad... Nadie debe sustraerse a la gran obra constructiva», apelación que, según constató de ahí a poco la sesión plenaria de la conferencia episcopal alemana, tuvo «buena resonancia». Y el 3 de junio, en un mes en que casi 2000 partidarios, funcionarios e incluso el presidente del Partido Popular de Baviera, un partido católico, dieron con sus huesos en la cárcel, todos los obispos alemanes emiten este texto: «Nosotros, los obispos alemanes, estamos muy lejos de infravalorar, y no digamos ya de entorpecer, este resurgimiento nacional... También saludamos los objetivos que la nueva autoridad estatal se ha planteado en pro de la libertad de nuestro pueblo... No queremos, bajo ningún precio, sustraer al Estado las fuerzas de la Iglesia... Una espera de brazos cruzados o, más aún, la hostilidad de la Iglesia frente al Estado, tendría efectos fatales para ambos...». Ésta no era la única, pero sí la tendencia dominante de aquella carta pastoral, que también incluía algunas críticas. Era su tenor básico y el que queda íntegramente apagado en la obra católica estándar, continuamente citada, *Cruz y cruz gamada*, del obispo auxiliar de Múnich Neuháusler: ¡Una bofetada en el rostro de la verdad histórica!

Puesto que la curia y, después también el alto clero alemán, apoyaban a Hitler, la grey tenía que seguir detrás. El 29 de junio, Brüning manifestó al embajador británico en Berlín, sir H. Rumbold, que tenía buenos motivos para pensar que el cardenal secretario de estado miraba con hostilidad al Centro. Y el 5 de julio, el Centro se autodisolvió por indicación de la curia. Lo mismo hizo el Partido Popular de Baviera: era el precio a pagar por el entendimiento entre Roma y Hitler, quien obtenía así «uno de sus objetivos más antiguos e importantes», el aniquilamiento definitivo del catolicismo político, al que siempre temió. Kaas consideraba realmente que su propio partido no «era ya otra cosa que un simple objeto de intercambio», mientras que *L'Osservatore Romano* aseguraba que la «Santa Sede» «no tenía que ver ¡lo más mínimo con todo ello!». En realidad aquello era «una puñalada» en la espalda del Centro. Ante la protesta de innumerables católicos «ningún otro partido alemán había tenido nunca una cantera electoral tan fiel» el dirigente del Centro Kaas los apaciguó, para sorpresa de muchos, desde el Vaticano: «Hitler sabrá conducir la nave del estado. Ya antes de que fuera canciller tuve ocasión de reunirme con él varias veces y quedé profundamente impresionado por su modo de afrontar los hechos y de perseverar, no obstante, en sus nobles ideales».

Con todo, ya hacia finales de año y por deseo alemán, Kaas desapareció, cuando menos, de la escena política oficial. Se sumió, digámoslo así, en las profundidades de la tierra, ya que, por encargo de Pacelli y como secretario de la congregación cardenalicia de San Pedro, dirigió más tarde las excavaciones bajo la basílica del mismo nombre y por cierto que poco antes de su muerte, en 1952, consiguió «descubrir» la tumba de Pedro. Pío XII lo proclamó así, ante una emocionada opinión pública católica, el 23 de diciembre de 1950 y el corresponsal católico de Herder lo comentaba así: «Se ha encontrado nuevamente “el lugar” en el que fue enterrado Pedro. Las reliquias del príncipe de los apóstoles no

podieron ser ya ser identificadas». «La tumba exacta de Pedro no ha podido ser hallada»^[14]. Difícil será que Kaas entre en la historia como arqueólogo.

La conclusión del concordato del *Reich*

«... para “consolidar y fomentar las relaciones amistosas existentes entre la Santa Sede y el Reich Alemán...”»

(Preámbulo del Concordato)

Una vez el *Führer* obtuvo lo que era del *Führer*, también el papa debía obtener lo suyo. Las negociaciones relativas al concordato llegaron a su término a un ritmo increíble («está fuera de duda que fue una obra maestra de la política de Hitler») y los prelados obtuvieron lo que 19 gabinetes anteriores al de Hitler les habían denegado. Los concordatos con Baviera, Prusia y Badén siguieron vigentes, incluso ampliados, y aparte de ello fueron vinculados por el acuerdo todos aquellos estados alemanes que no tenían hasta ahora ningún convenio con Roma). La cúspide eclesiástica se dio una prisa fuera de lo común. Contra todos los usos establecidos, Pacelli y el papa elaboraron en pocos días y, por añadidura, durante las festividades de semana santa y domingo de resurrección, un texto contractual, que por lo demás venían incubando desde hacía varios años. En buena medida ignoraron hasta al propio episcopado alemán, sin percatarse, evidentemente, del triunfo político que ello significaba para Hitler «en quien la curia ponía más confianza que en los propios obispos». Sólo el arzobispo Grober lo vivió algo más de cerca, justamente el prelado «pardo», quien habría empujado, literalmente, para acelerar la conclusión. Nada tiene de extraño que, de entre todos los príncipes eclesiásticos alemanes, Hitler reconociese su «eficacia» con «especial gratitud». También Papen se hizo acreedor al mérito: para el *Führer* y para la «Santa Sede», con la que se mostró muy aquiescente en su papel de negociador.

El 20 de julio de 1933, Pacelli y el vicescanciller Von Papen firmaron en la Ciudad del Vaticano el acuerdo, «ese éxito de su gobierno, algo único en la historia universal», como se decía en un memorial que los obispos dirigieron a Hitler en 1935. El 10 de septiembre de ese mismo año se intercambiaron los documentos de ratificación. *La Croix*, el periódico de los católicos franceses valoró el concordato con el *Reich* como el evento más importante en la política religiosa desde la Reforma. Como en casi todos los concordatos, la mayoría de los artículos, casi dos tercios, favorecían a la Iglesia, beneficiada por concesiones decisivas, entre otras, las relativas a las escuelas confesionales y privadas y también respecto a la enseñanza de la religión, en relación con la cual la Iglesia se comprometía a cultivar «con especial énfasis... la educación de la conciencia patriótica», (Art. 21) «al igual que sucede en el resto de las asignaturas». También se comprometía a que todos los domingos y días festivos, a continuación de la misa mayor, se elevasen preces por la «prosperidad» de la Alemania nazi (Art. 30). Los obispos debían prestar un juramento de fidelidad «ante Dios y sobre los santos evangelios» y hacer cuanto estuviera en sus manos para preservar el

Tercer *Reich* de «cualquier daño» (Art. 16). Finalmente, Hitler obtuvo una concesión que él deseaba como *conditio sine qua non*, el «artículo de la despolitización», es decir, la prohibición de que sacerdotes y monjes tuvieran actividades políticas, también, entre otras cosas, la restricción de la actividad de las asociaciones católicas. De ese modo, el catolicismo político quedaba aún más mermado de poder.

Pero para Hitler, lo más importante era el concordato en cuanto tal y no este o aquel detalle. Fue, por cierto, el único de sus tratados internacionales de peso que sobrevivió al fiasco alemán en la guerra, de modo que todavía hoy, en la RFA, sigue siendo parte del derecho vigente. No es casual que apenas hubiera otro tratado que le mereciera parecida consideración. Era su primer contrato internacional. «Concluido, además, con el papa». De ese modo, «El Santo Padre», atestiguaban todos los obispos alemanes a Hitler el 20 de agosto de 1935, «algo que hay que tener muy en cuenta», «ha *cimentado y elevado* extraordinariamente el prestigio moral de su persona y de su gobierno». Algo de lo que Hitler, con sobrados motivos, se congratuló con un «reconocimiento sin reservas», como un «éxito indescriptible». Compárese con la importancia que tuvo para Napoleón el concordato de 1801. El *Völkische Beobachter* escribía exultante calificándolo de «tremendo respaldo moral para el gobierno nacionalsocialista del *Reich* y para su prestigio».

La sedicente Santa Sede, tal como lo confirma un católico actual, ya «había, de hecho, calculado ese efecto». Una vez más, pero no la única, bien lo sabe Dios, se había convertido en amiga, incluso en la primera y mejor amiga, de un criminal exorbitante. Pues, «El papa Pío XI», reconocía nada menos que el cardenal Faulhaber en un sermón de 1936, «*es el primer soberano extranjero* que ha concluido con el nuevo gobierno del *Reich* un solemne tratado, guiado por el deseo de “consolidar y fomentar las relaciones amistosas existentes entre la Santa Sede y el *Reich* Alemán”». Más aún, «*En realidad*», decía Faulhaber, «*Pío XI es el mejor amigo del nuevo Reich*» e inicialmente el único que tuvo. En el extranjero había millones de personas que mantenían al principio una actitud expectante y desconfiada frente al nuevo *Reich* y ha sido justamente la conclusión del concordato lo que les ha permitido ganar confianza en el nuevo gobierno». Faulhaber escribió al propio Hitler el 24 de julio que lo que los viejos parlamentos y partidos no habían sido capaces de llevar a buen término en 60 años, él lo había realizado en 6 meses. «Para el prestigio de Alemania en el oriente y el occidente, a la faz de todo el mundo, ese apretón de manos con el papado, el mayor poder moral de la historia, constituye una proeza incalculablemente fructífera». También el cardenal Bertram ensalzó el 22 de julio frente a Hitler «la cooperación armónica entre la Iglesia y el Estado», esperando para el futuro «una deferencia recíproca, cordial y sincera». El cardenal secretario de estado, Pacelli, opinaba asimismo que «con una adecuada y leal ejecución» el concordato, urgido «gracias al resuelto aprovechamiento de la situación global y bajo el amparo de la gracia divina», era sobremanera fructífero para las «almas inmortales».

El cardenal de Colonia, Schulte, que pasaba por ser un decidido adversario de los nazis declaró todavía el 30 de mayo de 1933: «La ley y el derecho han dejado de existir. Con semejante gobierno no es posible concluir ningún concordato». Pero eso sí, unos meses después ponía de relieve en carta personal a Hitler «mi particular y total asentimiento... a la leal cooperación entre los organismos dirigentes del Partido Nacionalsocialista, por una

parte, y los de la Iglesia, por otra». Durante la II G. M., el jesuita F. Muckermann, quien en un principio había advertido en los discursos de Hitler «el ímpetu del temperamento unido a cierto hálito de clásica grandeza», evocaba los tiempos inmediatamente posteriores a la conclusión del concordato: «Quien todavía entonces luchaba contra el nacionalsocialismo como si fuese el enemigo mortal de la Iglesia incurría en la sospecha de ser un pesimista, de alzarse contra la suprema autoridad de aquélla y era acallado a gritos como un fanático... Se le replicaba una y otra vez que entre la Iglesia y el nacionalsocialismo había una situación de paz, incluso relaciones amistosas». Y en la posguerra, el católico J. Fleischer juzgaba la cuestión así: «Tanto por lo que respecta a la ocasión, como en lo atañente al contenido y la interpretación oficial del episcopado, el concordato sirvió para alentar a los criminales y sus crímenes, difamando moralmente toda oposición decidida y prestando al régimen nazi la legitimación para contarse entre “los poderes estatales que están del lado del orden” (el cardenal Pacelli el 30 de abril de 1937) obligando de antemano a los católicos a seguir el camino de la tumba colectiva para cimentar la dictadura de Hitler».

Realmente, Pío XI estaba también de acuerdo con el servicio militar obligatorio impuesto por los nazis y asimismo con la vulneración eventual de tratados internacionales por parte de Hitler, pues ya en su momento «las altas partes contratantes» «firmaron un acuerdo en una cláusula adicional secreta en pro de un rearme eventual de Alemania». «Esta cláusula», escribió Papen el 2 de julio de 1933 a Hitler desde Roma, «no me resulta tan valiosa por su calidad de arreglo objetivo como por el hecho de que en ella la Santa Sede llega ya con nosotros a un acuerdo contractual para el caso de imposición del servicio militar obligatorio. Espero por ello que tal acuerdo le cause mucha satisfacción. Por supuesto que el asunto debe ser tratado en secreto». También el secretario de estado Pacelli se esforzó penosamente por mantener secreto esta cláusula y el 16 de agosto de 1933 comunicó, basándose en informes confidenciales, que era especialmente la Unión Soviética la que mostraba el mayor interés por conocer esa «adición secreta». Winter observa con razón: «Ese penoso encubrimiento, sobre todo frente a la URSS, muestra cuál era la dirección que el “Tercer Reich” y el Vaticano querían dar a tal movilización».

La curia deseaba el rearme alemán bajo Hitler: al igual que, más tarde, el rearme de la República Federal bajo Adenauer. Fue el cardenal de Colonia Frings el primero que, en el Congreso Católico del 23 de junio de 1950, exigió públicamente el rearme de los alemanes. ¡Ad futuram memoriam!

En el jubileo de nuestra redención^[115]

«Cuando el canciller recibía ocasionalmente a un obispo, no le daba pie a hacer uso de la palabra...»

El jesuita Ludwig Volk

En 1934, sin embargo, toda vez que *Roma locuta erat*, el episcopado alemán viró bruscamente en favor de Hitler, convertido ahora, en palabras de un monseñor, en «el gran

Führer de nuestro pueblo...». Y A. Bertram, cardenal de Breslau, quien ya en la I G. M. ensalzó la «feliz muerte heroica» de los católicos, aseguró ahora al Excmo. Sr. Canciller del *Reich* que los católicos, especialmente sus asociaciones obreras y juveniles «se esforzaron incesantemente... por constituir un pilar fiable de la autoridad estatal y eclesiástica y por ser una tropa vigorosa contra el movimiento ateo, el marxismo y el bolchevismo» y que aquéllas «ya habían superado la prueba de fuego en la lucha contra el marxismo»; que «estaban voluntariamente dispuestas a la colaboración, impulsadas por los más nobles motivos», «también, y gustosamente, al deporte al aire libre y al adiestramiento militar». Justificaba además la resuelta peripecia del alto clero con estas desvergonzadas frases: «Se ha puesto de manifiesto una vez más que nuestra Iglesia no está comprometida con ningún sistema político, con ninguna forma de gobierno secular, con ninguna constelación de partidos. La Iglesia tiene metas más elevadas...».

A todo esto, para el obispo auxiliar de Freiburg, Burger «las metas del gobierno del Reich... eran, ya desde un buen principio, las mismas que las de nuestra Iglesia Católica» y el obispo de Tréveris, Bornwasser, encarecía «servir con todas sus fuerzas físicas y anímicas» al estado nazi. El obispo de Aquisgrán, Vogt, quería «colaborar gozosamente en la construcción del nuevo Reich» y Berning, obispo de Osnabruck, a quien Göring nombró miembro del Consejo de Estado de Prusia, deseaba, juntamente con todos los archipastores católicos, apoyar ese *Reich* «con amor ardiente y la plenitud de nuestras fuerzas». El conde Von Galen, ese «gran luchador de la resistencia católica», (en cuya consagración sobreabundaron los gratulantes nazis y a cuyo saludo del brazo en alto solía él responder con el adecuado ademán de alzar ligeramente la mano), vio «a los máximos dirigentes de nuestra patria iluminados y fortalecidos» gracias a «la amorosa orientación» del mismo Dios. El arzobispo de Freiburg, Gróber, vinculado estrechamente al Vaticano a través de influyentes miembros de la curia y, simultáneamente, miembro patrocinador de las SS («Prometo a Su Eminencia», hizo votos antes Pacelli el 28 de diciembre de 1933, «de hacer el máximo de los esfuerzos para no alejarme excesivamente del ideal de un obispo católico») dio «su respaldo incondicional al nuevo gobierno y al nuevo Reich» y ordenó «evitar todo cuanto pudiera ser interpretado como crítica a las personalidades del estado, del municipio o de las concepciones político-estatales propugnadas por esas instituciones». El obispo Keller proclamó que «vivimos en una gran época de profundo radicalismo, aborrecedor de las verdades a medias». «Esta gran época es un don de Dios». «Es nuestro deber colaborar». Y al cardenal Faulhaber, de Múnich, benemérito predicador de la I G. M., lameculos de emperadores, reyes y dictadores, le salía «sinceramente del alma: Dios preserve a nuestro pueblo y al canciller del Reich». «Lo que los viejos parlamentos y partidos no fueron capaces de llevar a cabo en sesenta años, lo ha realizado en seis meses, ante la faz de la historia mundial, su talento de estadista de amplias miras», escribió en julio de 1933 Faulhaber: una «personalidad de caudillo que descollaba entre sus colegas de igual dignidad» como escribe hoy jactanciosa una apología católica de nuestros días. «Se ha puesto ahora de manifiesto ante todo el mundo que el canciller del Reich, Adolf Hitler, no sólo es capaz de pronunciar grander discursos, como su discurso sobre la paz, sino que también lo es de realizar grandes obras de proporciones histórico-mundiales, con el Concordato entre el *Reich* y la Santa Sede».

La organización nazi del distrito Gran Berlín se había puesto por entonces en contacto «con el nuncio papal, monseñor Orsenigo, de quien obtuvimos lo siguiente en las audiencias que nos concedió: El nuncio papal celebrará el domingo siguiente a la ratificación del concordato en la catedral de Santa Eduvigis una misa solemne, cantará un Tedeum e impartirá su bendición. El sermón solemne lo pronunciará un sacerdote católico, miembro del Partido Nacionalsocialista. Los miembros católicos de las SS y de las SA de Berlín tomarán parte, hasta el último hombre, en este oficio solemne. Columnas de asalto de las SA tomarán posiciones a ambos lados del altar y permanecerán también en ellas durante el Tedeum y la exposición del Santísimo.

Unidades del ejército del *Reich* y de la policía antidisturbios tomarán asimismo parte en la misa.

Durante la celebración de aquel oficio solemne en dicho templo, en la Plaza de la Ópera se cantará una misa en alemán. Una banda musical de las SA interpretará música eclesiástica. El sermón pronunciado en el templo será transmitido al espacio de la Plaza de la Ópera mediante altavoces. El Tedeum (Oh gran Dios, a ti alabamos) será cantado por los asistentes de la plaza con acompañamiento de la música de las SA. Aparte de los miembros católicos de las SA y de las SS y de la totalidad de los camaradas nacionalsocialistas católicos, toda la gente católica de Berlín se congregará en dicha plaza, pues también el ordinariado obispal invitará a los creyentes a tomar parte en esa misa, celebrada en acción de gracias...

Para acentuar aún más el enorme efecto propagandístico, sugerimos que un domingo más tarde, es decir, dos domingos después del intercambio de documentos se celebren misas similares en todas las grandes iglesias del Reich...

Hemos concluido un acuerdo en ese sentido con el ordinariado obispal de Berlín...».

La Plaza de la Ópera berlinesa era, desde luego, la mejor escena, el marco más digno. Algo formidable. Una auténtica ópera del *ensemble*, por no decir orgía, clerofascista... En suma había tal ambientazo que hacia finales de año la revista jesuita *Voces del tiempo* (que ya babeaba de chovinismo y agitación belicista antes de la I G. M.) no sólo calificó a Hitler de símbolo de la fe en la nación alemana, sino que consideró que la cruz de Cristo era el necesario complemento de la cruz gamada: «El símbolo de la naturaleza sólo halla su cumplimiento y plena consumación en el de la gracia». En 1947 esa misma revista escribió: «La Iglesia y el Nacionalsocialismo se repugnaban mutuamente en todo lo esencial al igual que la luz y las tinieblas, que la verdad y la mentira, que la vida y la muerte».

Es más, «la cruz y la cruz gamada iban de la mano ya desde los años del cristianismo incipiente». De ahí que un católico delirase de entusiasmo hablando de la cruz gamada en la revista *Educación nacional y educación religiosa*: «Esta aparece ya a comienzos del s. II en las catacumbas. En la iglesia de San Ambrosio de Milán, el sarcófago del general cristiano Estilicen y de su esposa tiene un friso de cruces gamadas... Del s. VIII procede la representación de la cruz gamada en la tiara de San Gaudencio y en la estola de San Virgilio. Figura también en un manto del s. XIV en la iglesia de Santa María del Prado en Soest... En el cuadro *La misa de San Gregorio* de la iglesia de Santa María de Lubeck, original de la escuela holandesa, el monaguillo la lleva en su roquete. ¿No se nos ensancha el alma ante el hecho

de que justamente nosotros, los sacerdotes y educadores católicos, seamos conocedores de esos pormenores y los comuniquemos ocasionalmente a nuestros alumnos?»^[116]

Todavía más resistencia en el año de la salvación

«El nuevo estado alemán porta en sí mismo algo de la Ciudad de Dios... ¡Seguid sus órdenes! ¡Cumplid con vuestro deber! ¡“Por el Regnum Christi en la nueva Alemania”! ¡Un salve (Heil) leal!»

El presidente general de la Asociación de Jóvenes Católicos, Mons. L. Völker, 1933

«Rechazamos del modo más estricto cualquier actividad o actitud... hostil a este estado»

Memorial de la Conferencia Episcopal Alemana dirigido a Hitler, 1935

«Nosotros los católicos nos sabemos miembros de este Reich y reputamos como nuestra más alta misión sobre la tierra nuestro servicio al Reich... Por mor de nuestra conciencia servimos al Reich con todas nuestras fuerzas, suceda lo que suceda...»

Karl Adam, 1940, el teólogo estelar de la época nazi, galardonado con la gran Orden del Mérito de la República Federal y con el Premio de la Paz concedido por la Asociación de Libreros Alemanes

No sólo los obispos, también los teólogos y justamente los teólogos católicos más conspicuos, desplegaron una entusiasta propaganda en favor de Hitler: M. Schmaus veía, p. ej., que «las tablas del deber nacionalsocialista y los imperativos católicos señalaban hacia una misma dirección». J. Lortz (camarada nazi desde el 1 de mayo de 1933), proclamó la «intelección de una afinidad básica entre el nacionalsocialismo y el catolicismo». J. Pieper, que hizo «visible el puente que unía el ideario de la doctrina social cristiana con la política social nacionalsocialista, aspecto medular de la política interior del Tercer Reich». K. Adam, seguramente el más afamado de todos ellos (su obra *La Esencia del Catolicismo* fue traducida a todas las lenguas) glorificó en 1933 a Hitler, el hombre «que vino del sur, del sur católico» como «liberador del genio alemán, quien, quitando la venda de nuestros ojos... nos hizo amar de nuevo lo único esencial: nuestra unidad en la misma sangre, nuestra autenticidad alemana, el *homo germanus*». Y en 1940 seguía proclamando:

«Se yergue ahora ante nosotros este Tercer Reich alemán, pictórico de ardiente voluntad de vida y de pasión, de fuerza indomable, de actividad creadora. Nosotros los católicos nos sabemos miembros de este Reich y reputamos como nuestra más alta misión

nuestro servicio al Reich... Por mor de nuestra conciencia servimos al nuevo *Reich* con todas nuestra fuerzas, suceda lo que suceda».

Y bien, ¿qué es lo que sucedió?: el año 1951 la concesión a K. Adam por parte del Presidente Federal, Th. Heuss, de la Gran Cruz del Mérito de la RFA. Por Heuss, es decir, por una persona que ya en 1932 había descubierto en su libro *El camino de Hitler*, junto a no pocas cosas criticables, muchos valores positivos en el nacionalsocialismo. De ahí que el libro trate al *Führer* de manera chocantemente considerada, es más, elogiosa, calificándolo de «debelador de hombres», de «Fausto», de propagandista de «imaginativa sinceridad», de «hombre cuyas nobles intenciones no habían sido puestas en cuestión», «que no quiere mercadees ni componendas, sino vencer». Y Heuss sabía también de antemano que «rodarían cabezas» «y al igual que Adam también él recibiría el Premio de la Paz de los libreros alemanes».

También el católico K. Adenauer hacía guiños conciliadores. Él, que en 1917 declaró en su calidad de alcalde de Colonia que «esta ciudad, en cuanto metrópoli renana inseparablemente unida al *Reich* Alemán tendrá siempre a éste presente en su conciencia... y se sentirá para siempre miembro de la patria alemana»; que el 1 de febrero de 1919 proclamó:

«O bien somos anexionados a Francia, sea como estado-tapón, sea de forma directa, o nos convertimos en una República Alemana Occidental. No hay un tercer camino»; que en el invierno de 1932/33 declaró públicamente que «a mi parecer, un partido de tanto peso como el nacionalsocialista ha de tener una participación determinante en el gobierno», él enumeraba ahora, en una carta del 10 de agosto de 1934, al ministro del interior de Hitler sus méritos para con el partido nazi «al que siempre trató del modo más correcto», incluso «contraviniendo a menudo las instrucciones ministeriales de entonces» (!), y ello «a lo largo de muchos años».

También fueron muchos los años durante los que el obispado alemán, y más tarde el austríaco, sirvieron a Hitler. No sólo, digámoslo rotundamente, los años 1933/34, o únicamente el 33, y confundidos por su «diabólica táctica», como se pretende hacer creer de forma reiterada y falaz a la faz del mundo. No sólo a través de «un breve intervalo titubeante», como mintió el obispo auxiliar de Limburgo, «que apenas duró algunos meses», tan sólo «un trimestre, más o menos», algo que otro truhán se permite definir «como el intento de una coexistencia entre catolicismo y nacionalsocialismo», «durante los meses de julio/agosto hasta octubre/noviembre». Nada de eso: los obispos alemanes fueron un instrumento en manos de Hitler incluso durante los últimos años de la II G. M. Y lo fueron *in crescendo* creciente, como se puede documentar abundantemente. Prueba evidente son las «cartas pastorales» en las que aquéllos, todos y cada uno, (*y así lo encarecen ellos mismos*) llaman «del modo más enérgico a la lucha» (V. el II Vol. *Con Dios y con los fascistas*). Cuando los clérigos lo desmienten, ello responde, evidentemente, al hecho de que, como dice Nietzsche, en la boca de un teólogo cada frase se convierte no sólo en un error, sino en una mentira. Exceptuemos a algunos prominentes teólogos del protestantismo: Nietzsche mismo mantenía una estrecha amistad con uno de ellos. Ahora bien, quien niegue el apoyo prestado por los obispos a Hitler, es un ignorante o miente. Pues ni los más enérgicos detergentes pueden blanquear la negrura de ese dato: los

documentos, pese a sus reiteradas reservas, son al respecto inequívocamente comprometedores.

Siguiendo, claro está, los pasos de los obispos, también las asociaciones católicas se pusieron al servicio de Hitler. Especialmente rápido en hacerlo fue la Asociación de Maestros Católicos del *Reich* Alemán. Pues (nuestros) maestros saben siempre arrimarse con la máxima celeridad al sol que más calienta. Cuando el estado es pardo, pardean. Cuando es negro (demócratacristiano) ennegrecen y cuando es rojo (la RDA, p. ej.), enrojecen. Y siempre con la más profunda convicción.

El presidente de la citada asociación católica «dejó de lado todo lo que nos separa» ya el 1 de abril de 1933, como si se tratara de una inocentada y tendió «su mano por encima de las barreras, excesivamente marcadas hasta el momento, para que seamos de nuevo un pueblo consagrado al honor, a la honestidad, a la rectitud y a la fidelidad. La tradición popular católica, nutrida de la esencia del catolicismo religioso... pasa a un primer plano para, en nuestra calidad de católicos, tomar plena conciencia de sus deberes ante el pueblo. De este modo, la Asociación de Maestros Católicos ha recuperado nuevamente su primera y última misión...: colaborar en la tarea de educar al pueblo en el campo de las costumbres, de la moral y la formación de un espíritu nacional con fidelidad a la patria, al estamento y a la Iglesia... Colaboradora y amiga del movimiento nacional, que tiene hoy (!) el poder y el prestigio para dar vida a todo cuanto es bueno y sano en nuestra época y en nuestro pueblo». Ya lo hemos dicho: hoy pardos, mañana negros o rojos y a entonar la melodía que agrada a quienes le dan el pan.

Quienes padecen a tales educadores han de parecer forzosamente a ellos.

El dirigente de la Federación General de las Asociaciones Estudiantiles Católicas publicó a mediados de julio de 1933 este manifiesto: «Esta Federación General proclama su adhesión a la revolución nacionalsocialista, la mayor transmutación cultural de nuestra época. La Federación quiere y debe ser portadora y proclamadora de la causa del Tercer Reich... De ahí que ella deba regirse según el espíritu del nacionalsocialismo... Sólo el estado nacionalsocialista, que se fortalece creciendo a partir de la revolución, puede aportarnos la recristianización de nuestro país... ¡Viva la Federación General! ¡Viva el *Reich* Pangermano! ¡Salve Adolf Hitler, nuestro *Führer*!».

En opinión del secretario general de la Asociación Católica de Artesanos, Nattermann, A. Hitler (y así se lo hizo saber a éste en un escrito) había consumado gracias a su poder político, lo que Adolf Kolping, fundador de esa Asociación, quería lograr mediante una transformación espiritual: la superación del liberalismo y del socialismo. Y el presidente general de la Asociación de Jóvenes Católicos. Monseñor L. Wolker, se atrevió incluso a asegurar durante el verano de 1933: «El nuevo estado alemán porta en sí mismo algo de la Ciudad de Dios». El «gobierno del *Reich* no encarna otra cosa que el cumplimiento de un designio divino». De ahí que este prelado quisiera, unido a sus jóvenes católicos, «insertarse plenamente en el servicio al estado» y «hacer cuanto fuese posible, partiendo de una voluntad de suprema convicción religiosa y máxima convicción alemana de hacer y dar lo mejor para ello. ¡Apretad vuestras filas! ¡Seguid sus órdenes! ¡Cumplid con vuestro deber! ¡Aportad vuestros sacrificios!». Seguidamente, el presidente general «de forma

rotundamente clara y resuelta» entonaba «la vieja consigna con un sentido nuevo: ¡'por el Regnum Christi en la nueva Alemania'! ¡Un salve (Heil) leal!».

Un salve leal como el de Wolker marcaba asimismo la actitud de los obispos alemanes respecto a Hitler. Y si este prelado divisaba en el estado hitleriano «algo de la idea de la Ciudad de Dios», también los obispos alemanes veían en la potestad de Hitler, y así lo consignaron en común en su carta pastoral colectiva del 30 de junio de 1933, «un destello del poder divino y una participación en la eterna autoridad de Dios...». Apenas es posible llevar las cosas a mayores extremos. Ciertamente pronto hubo lugar para quejas y disputas, para la detención de millares de católicos y para el martirio de algunos. Con todo la sedicente «Iglesia de la resistencia», con la que se pavonean desde hace ya una generación y con la que se disimula la deuda de sangre contraída por la Iglesia y el Vaticano, no libró su lucha contra el nacionalsocialismo como tal. Tal lucha, prescindiendo de algunas protestas aisladas contra el asesinato de enfermos mentales, se libró en torno a intereses católicos, algo que nunca traeremos con suficiente insistencia a la memoria. Los obispos alemanes bajo el poder de Hitler no protestaron nunca contra el dictador como tal ni contra su sistema satánico. Nunca contra una política con la que aquél llevó a medio mundo a la perdición. Eso era algo que no les molestaba: «eso lo apoyaban». No, sus quejas se referían únicamente a la política religiosa de Hitler, a su vulneración del concordato. Se oponían al recorte de sus pretensiones en el ámbito de la educación de los jóvenes, del sistema escolar, de la prensa, de los oficios divinos y de los días festivos. Se resistían contra la absorción de las asociaciones católicas por el aparato del régimen, contra las críticas lanzadas contra el clero, el Antiguo Testamento y los Evangelios. Contra la confiscación de bienes de la Iglesia, la prohibición de procesiones y los procesos contra monjes. Ello pese a que incluso el papa disolvió toda una provincia de franciscanos a causa de sus «excesos morales»^[117].

Por supuesto, que también la curia censuraba con acres palabras el incumplimiento del concordato. Éste garantizaba desde luego a la Iglesia cierto respaldo que nunca perdió del todo y a corto plazo significó un gran éxito para las asociaciones católicas. Con todo, como escribía Pacelli, fue quebrantado «ya antes de que se secase la tinta sobre el papel en el que estaba escrito» y se le esquivó, ignoró y vulneró en medida creciente. De ahí que el secretario de estado enviase a Berlín no menos de 55 notas de protesta, de las que los alemanes (algo que debía resultar especialmente hiriente para el engreído Pacelli) sólo respondieron a una docena. Se afligía por no poder llevar nunca ni una sola buena noticia al «Santo Padre» y afirmaba que en Alemania se estaba procediendo conscientemente no ya a la marginación, sino a la *annientamento* (aniquilación) del cristianismo. La política eclesiástica de los nazis apenas le dejaba un resquicio a la esperanza. «Su Eminencia no halla ni un solo rayo de luz» informaba el encargado de negocios austríaco, Dr. Kohiruss, al Vaticano. El cardenal calificaba «a esa gente... de auténticos demonios» y a comienzos del 37 decía suspirando: *¡siamo in lotta!* («estamos en guerra con ellos»). Cuando se le preguntaba por la marcha de las cosas en Alemania no se cansaba de repetir que iban incesantemente «*di male in Peggio*».

El sentimiento que dominaba a Pacelli, quien confesó en cierta ocasión que los asuntos alemanes le preocupaban más que todos los demás asuntos en su conjunto, no era, sin embargo, únicamente el del pesimismo. Ocurría, más bien, que se sentía impresionado por

el aumento del poder y del prestigio del *Reich* y posiblemente veía en ello la confirmación del carácter «demoníaco» de aquél. Según una fuente fidedigna: «manifestaba un auténtico asombro por los muchos éxitos del *Reich* alemán y el fortalecimiento de su posición derivada de aquéllos. Los alemanes eran maestros consumados... en el arte de abordar oportunamente los problemas. Contaban para ello con medios abundantes que también sabían emplear con habilidad. De ahí que lograran la mayor parte de los objetivos que se proponían». No en vano era justamente Pacelli quien deseaba, desde el mismo comienzo, que los obispos colaborasen con el *Reich* hitleriano. «Su» Concordato con el Reich, como ya se mencionó, exigía de ellos un juramento de fidelidad y también la promesa de respetar al gobierno y hacerlo respetar por parte de su clero (Art. 16); preveía también que todos los domingos y fiestas de guardar, después de la misa mayor, se pronunciase una oración por la buena marcha del estado nazi (Art. 30). Y cuando el arzobispo Grober planteó a Pacelli, al final de un largo informe, la «decisiva cuestión» de cuál era el método más indicado, si «el de la distancia y la espera prudente o el de la aproximación y la colaboración positiva en la medida en que lo permitiesen, en términos absolutos, los principios católicos»: éstos lo permitían en amplia, amplísima, medida y los años siguientes, los de la II G. M. especialmente, lo pusieron de manifiesto. El cardenal dio a entender en su respuesta que él, al igual que Grober, abogaba por el segundo método, el de la «colaboración positiva».

Y el «éxito» de Hitler le dio la razón al principio. El éxito político es algo que siempre fascinó a Roma y ésta siempre sintió plena debilidad por aquél, eso sí siempre que los «principios católicos» lo permitan. Pero no fue la política exterior de los nazis, ni siquiera la interior lo que hallaban fatal. Era únicamente su política religiosa. Incluso la joya literaria católica más preciada al respecto, la encíclica *Mit brennender Sorge* de Pío XI, publicada el 4 de marzo de 1937, y que por lo demás el cardenal Faulhaber había redactado ya íntegramente en sus rasgos esenciales, se centra exclusivamente, y a eso alude ya su primera frase, en el «calvario de la Iglesia», en la preservación de los intereses eclesiásticos, de la «recta» fe en Dios, de la «auténtica» fe en Cristo, de la Iglesia «dispensadora exclusiva de la gracia», del derecho al libre ejercicio de la religión, a las procesiones de rogativa, al crucifijo en las escuelas etc. Se centraba ante todo en la «reinterpretación, incumplimiento, tergiversación y vulneración de los acuerdos» contenidos en el Concordato con el Reich. Por lo demás, las otras cuestiones, salvo la de la eutanasia, quedaban inaludidas. Lo que menos se pretendía, desde luego, era atacar al nacionalsocialismo como tal. De ahí que el mismo Pacelli pudiera calificar la encíclica de «bienintencionada pese a su franqueza» (!) y manifestar que para la «Santa Sede» resultaría de lo más fácil mostrar documentalmente cómo ella aprovechó cualquier posibilidad de un «entendimiento responsable» y ello «con una paciencia que fue demasiado lejos, al parecer de muchos». Y también Pacelli abogaba en este largo escrito única y exclusivamente por los consabidos derechos de su Iglesia, no olvidándose a este respecto de ensalzar reiteradamente la liquidación del comunismo por parte de los nazis.

Consiguientemente, el episcopado alemán, en sus protestas *pro domo sua*, no procedió de manera distinta a la de la curia. Lamentaba siempre y únicamente su propia postergación. Nunca presentó la menor queja porque Hitler suprimiera las libertades democráticas de prensa, expresión y reunión, algo que estaba en consonancia con ideas

seculares de la Iglesia. Los obispos no protestaron nunca contra los muchos miles de asesinatos legales cometidos en la persona de sus adversarios, contra la eliminación de liberales, demócratas y comunistas, algo que respondía justamente a sus deseos. No protestaron nunca contra el antisemitismo, ni contra la destrucción de más de doscientas sinagogas, ni contra la deportación y gasificación de judíos, a quienes su propia iglesia había martirizado y matado durante más de milenio y medio. No era misión suya, encarecía el obispo Galen a finales de 1935 derramar lágrimas por formas de estado ya caducas, ni criticar la política estatal del presente. El 29 de marzo de 1936, justo antes del plebiscito y al objeto de calmar la inquietud de los creyentes, ese gran «paladín de la resistencia» declaró «en nombre de todos los católicos alemanes para quienes su fe católica constituía su hilo conductor: si a raíz de la inminente votación respondemos con un “sí” rotundo, es a la patria a quien damos nuestro voto. Eso no significa dar nuestro asentimiento a cosas que nuestra conciencia cristiana nos prohíbe aceptar. Esta declaración no debe ni quiere limitar la libertad en la toma de posición, legalmente garantizada, acerca de las cuestiones que son objeto de la votación ni tampoco influir en el posicionamiento respecto a cuestiones puramente políticas. Está únicamente destinada, como se desprende de su tenor, a despejar las reservas de tipo religioso que nos han sido transmitidas dejando así expedito el camino para que los católicos alemanes puedan votar “sí” con la conciencia tranquila, comprometiéndose así a la faz del mundo en pro del honor, la libertad y la seguridad de nuestra patria alemana». Ni una sola carta pastoral, encarecía el cardenal Bertram en 1936, ha criticado al estado, al movimiento o al Führer. Y todos y cada unos de los príncipes de la Iglesia hicieron profesión, aquel mismo año, de una adhesión tanto más firme a favor del *Reich* cuanto mayor fuese la libertad de que gozase la Iglesia.

Y eso no es todo. A quien atacaba al estado nazi como tal, a ése lo dejaron solo. Es más, ¡intentaron a menudo «convertirlo» en sentido nazi! De ahí que la memoria que la conferencia obispal de Fulda envió a Hitler asegurase que «rechazamos toda acción o actitud de nuestros fieles hostil al estado... Quien hoy intentase encabezar tendencias hostiles al gobierno en la vida asociativa debiera ser expulsado sin contemplaciones de la asociación... Los sacerdotes destinados a asistir a los reclusos... deben instar al condenado... al reconocimiento de la autoridad estatal ayudando así a modificar la actitud interna y procurar la corrección de los reclusos». Ciertamente que los obispos protestaban allí contra el mantenimiento «del cruel veto contra el sacramento de la confesión, “indigno de un estado civilizado”».

Pero contra el terror y el asesinato no protestaron. Pretendían más bien convertir en ciegos seguidores del nazismo a todos los adversarios de Hitler reclusos en presidios y campos de concentración, incluidos los objetores de conciencia católicos, o bien «abreviar su estatura en una cabeza» como lo formuló en cierta ocasión el vicario general y obispo auxiliar castrense, Werthmann, que lucía en su pecho la cruz gamada. El mismo que más tarde ejerció la misma función en el Ejército de la República Federal y receptor, en este nuestro país, de los más altos honores. Pues fue precisamente el sacerdote Alfred Delp, ajusticiado después del 20 de julio de 1944, quien manifestó que «La historia del futuro tendrá que escribir un amargo capítulo sobre el fiasco de las iglesias».

Pero de todo ello no se quiere hacer un «fiasco» (palabra muy suave) sino todo lo contrario: «una profesión de fe», una página gloriosa.

¿Quién fue la víctima? Prescindiendo de millones de seculares: «el *bajo* clero». Con todo, también éste se mantuvo cauto. Las cifras de sacerdotes y clérigos de distintas órdenes encerrados en campos de concentración hitlerianos eran las siguientes, con los correspondientes porcentajes respecto al número total de miembros:

Oblatos de la Inmaculada	1 = 0,4%
Benedictinos	4 = 0,5%
Franciscanos	13 = 1,3%
Salesianos	3 = 1,5%
Misioneros de Steyler	42 = 2,0%
Dominicos	5 = 2,2%
Misioneros del Sag. Cor. de J.	6 = 2,5%
Jesuitas	23 = 2,8%
Capuchinos	11 = 3,4%
Misioneros de la SAC	32 = 10% ^[118]

De los 25.000 sacerdotes regulares o seculares sólo 261 estaban encerrados en Dachau: un 1% aproximadamente. De los superiores de las órdenes hubo muy pocos encerrados allí. «Y ni un solo obispo». Hasta 1943 se incoaron 3.154 procesos penales contra sacerdotes católicos por razones políticas. Ello afectó a 12% del total de sacerdotes. La mayor parte de esos procesos acabaron en amonestaciones, prohibición de predicar o traslado forzoso. Sólo en unos 1167 casos se dio una condena legal en firme o una «prisión preventiva», de forma que del 12 por ciento de afectados, sólo fueron condenados un 4,7%.

Las cifras son todo menos imponentes. En todo caso no dieron pie, en absoluto, a que los obispos desistieran de su colaboración. Otro tanto podemos decir de los superiores de las órdenes religiosas. Los monasterios alemanes crecieron numéricamente y de modo especial durante la época hitleriana; tanto por el número de sus casas como por el de sus miembros. Y si bien es cierto que los generales de las órdenes, al igual que los obispos, habían alzado su voz, como se les había mandado, contra la cosmovisión y el terror nazi, también ellos la volvieron a alzar después de 1933, como sus colegas del episcopado, pero esta vez en favor de los nazis. «La dirección de la orden y muchos miembros de la misma ratificaron, saludaron y apoyaron el anticomunismo del estado fascista y de su partido dirigente mientras duró su dominación. Llevados de su propio anticomunismo saludaron y respaldaron asimismo la guerra de expolio contra la Unión Soviética. En sus peticiones oficiales al estado se jactaron, incluso, de ello al igual que se habían jactado en otro tiempo de su intervención belicosa en la I G. M. y de su actitud contrarrevolucionaria en la postguerra».

El plebiscito del 10 de abril de 1938 tuvo en el conocido monasterio de Beuron un resultado de 408 a favor de Hitler y de 9 en contra. Según un informe del Presidente de Gobierno de Hohenzollern-Sigmaringen, Dr. K. Simons, el abad mitrado, Dr. B. Baur se quejó

a raíz de ello en el refectorio, durante la cena del 12 de abril: «No entiende como todavía podía haber en Beuron 9 electores que se negasen a prestar su reconocimiento al Führer, siendo justamente él quien nos había salvaguardado del caos bolchevique y quien había encumbrado a Alemania política y económicamente».

En aquel plebiscito de abril del 38 tomaron parte los cardenales Bertram, de Breslau, Faulhaber, de Múnich y Schulte, de Colonia. Los dos últimos ordenaron además que repicaran las campanas de las iglesias. Faulhaber fue más lejos y ordenó mediante una circular del 6 de abril de ese año la participación de todos los sacerdotes. También fueron a votar los arzobispos Gróber, de Freiburg, Klein, de Padeborn y Von Hauck, de Bamberg. Todos ellos dispusieron que hubiera repique de campanas. Hauck publicó asimismo una separata de su *Heinrichsblatt* con un comunicado oficial de la Iglesia, que concluye con estas palabras: «El domingo venidero, un “sí” unánime». Las sedes obispales de Fulda, Speyer, Würzburg, Augsburg, Rottenburg («Todos los votos para el Führer de una Alemania más grande»), Meissen («Hombres y mujeres alemanas, cumplid con vuestro obligación en acción de gracias al Führer») y Osnabruck («El próximo domingo, 10. 4. 1938: por una Alemania fuerte y unida»)^[119].

Todo ello quedó sin embargo eclipsado por la acción de los obispos austríacos, cuyo estado acababa de integrarse en la Alemania hitleriana gracias al ¡Anschluss! («unión»). En ese contexto debemos lanzar una mirada retrospectiva al desarrollo de la política austríaca durante los años treinta.

De Seipel a Seiss-Inquart

«Seipel, Dollfuss, Schuschnigg... estos tres católicos austríacos... Los tres tenían puesta su vista en Roma: en la Roma de los Papas. Los tres se esforzaron en llegar a un acuerdo con Alemania, con Hitler concretamente. Es más, en el caso de Seipel y Dollfuss, la meta era la cooperación»

(Friedrich Heer)

«Las masas cristianas... eran conducidas por estos políticos cristianos tal como las ovejas son conducidas al matadero»

(Ernst Karl Winter)

«En el caso de que se ofrezca resistencia, ésta tendrá que ser aplastada sin contemplaciones mediante la fuerza de las armas»

(Instrucciones de Hitler a sus tropas
a raíz de la ocupación de Austria)

«Durante los primeros días se sucedieron en Austria toda una serie de proclamas de adhesión. Al frente de todas la del viejo dirigente socialista Karl Renner, la del cardenal Innitzer, las del resto de los obispos católicos y asimismo las del Consejo Superior de la Iglesia Evangélica»

(Friedrich Glum)

«Desde nuestra más íntima convicción y siguiendo nuestra libre voluntad, nosotros, los abajo firmantes, obispos de la provincia eclesiástica de Austria... reconocemos con satisfacción que el movimiento nacionalsocialista ha prestado y sigue prestando extraordinarios servicios en el ámbito de la reconstrucción económica y en el de la política social en bien del Reich y del pueblo, a saber, en favor de las capas más pobres...»

(Cardenal Innitzer,
el príncipe-arzobispo Waitz, y los obispos
Hefter, Pawlikowski, Gfollner y Memelauer)

Tras la dimisión inesperada del prelado Seipel en el año 1929, se sucedieron diversos gobiernos en el poder. El sucesor de Seipel, el industrial cristianosocial y antiguo oficial de Estado Mayor del Kaiser, Ernst von Streeruwitz, no pudo mantenerse más que algunos meses en el cargo debido, en parte, a las intrigas de propio partido. El siguiente Canciller Federal, el independiente Johannes Schober —de cuyo gabinete formó parte, como ministro de asuntos sociales, el teólogo vienes y futuro cardenal Innitzer—, consiguió al menos completar un año de gobierno: desde septiembre de 1929 a septiembre de 1930, en que fue derribado por el propio partido cristianosocial. Como probo funcionario, Schober no aceptó la exigencia de su vicecanciller y ministro del ejército, Cari Vaugoin, del partido cristiano-social, de que F. Strafella —director a la sazón de la línea de tranvías de la ciudad de Graz—, fuera nombrado director general de los ferrocarriles federales austríacos. Strafella, un antimarxista declarado, había sido calificado judicialmente de «falto de honestidad y corrección» por sus especulaciones mercantiles. Finalmente fue Vaugoin, — que en su cargo de ministro del ejército ya había convertido a las tropas en un instrumento del partido cristiano-social—, quien ocupó la cancillería. Incorporó al prelado Seipel a su gabinete y le nombró ministro de AA. EE., convirtió al salzburgués F. Hueber (jefe de las milicias patrióticas y cuñado de Herrmann Göring) en ministro de Justicia y designó a Strafella como director general de los ferrocarriles federales, de cuya presidencia se responsabilizaría el joven de ideología cristianosocial E. Dollfuss.

Cuando Dollfuss, que como oficial de tiradores imperiales había sido condecorado varias veces durante la Guerra Mundial, ascendió él mismo a canciller en el año 1932 —a la par que se hacía cargo del ministerio de AA. EE.— su Gobierno contaba en el consejo nacional con una mayoría de tan sólo un voto (83-82) frente a la oposición de los socialdemócratas y de los pangermanos. Dollfuss aspiraba a establecer una dictadura de signo clerofascista, respecto a lo cual el sistema austrofascista por él diseñado se inspiraba ideológicamente en la crítica a la democracia del prelado Seipel, fallecido en 1932, y en la encíclica papal *Quadragesimo anno*. En su política exterior Dollfuss estableció vínculos cada vez más estrechos con la Italia fascista, que se vieron favorecidos por la buena relación personal que le unía a Mussolini, y se enfrentó abiertamente a los nazis, que tras su victoria en las elecciones alemanas de 1933, también pretendían hacerse con el poder en Viena.

Cierto que el canciller negoció en secreto y reiteradamente con dirigentes nazis (entre otros con Rudolf Hess), pero quería mantener su independencia y se negaba a capitular.

Mussolini, que a lo largo de varios años ejerció de «protector de Austria» recelaba enormemente de Hitler y durante el intento golpista nazi en Viena hizo enviar numerosas divisiones italianas al Paso del Brennero. El 6 de septiembre de 1934 se envanecía ante la opinión pública; «3.000 años de historia nos permiten mirar con soberana piedad ciertas ideas defendidas, allende los Alpes, por descendientes de una estirpe que, en tiempos pasados, cuando en Roma había un César, un Virgilio y un Augusto, fue incapaz de dejar testimonio de su existencia por ignorar la escritura». Durante una entrevista celebrada el mes de agosto en Riccione, el *Duce urgía*, de nuevo a Dollfuss para que estableciese un régimen estrictamente antimarxista y antiparlamentario. El canciller clausuró el 11 de septiembre en Viena la Dieta Católica con un discurso programático en el que se declaraba partidario de «un Estado austríaco, social, cristiano y alemán, sobre base corporativa y bajo una dirección fuertemente autoritaria».

El «Frente Patriótico» basado en el principio del caudillaje y fundado por Dollfuss en 1933, desempeñó un papel destacado, no sólo por haber sido elevado a rango Constitucional y porque aspiraba al monopolio gubernativo, sino porque además también demostró un carácter ostensiblemente militarista al apoyarse en las milicias patrióticas, en la «Liga por la libertad», en las «Milicias de asalto de la Marca Oriental» en las «Milicias de defensa de la Burgenland» y en los «Atletas Cristianogermanos». Las milicias de combate del «Frente Patriótico» fueron integradas en 1937 en la *Wehrmacht*. Dollfuss —que dotó al «Frente Patriótico» de un programa y de un símbolo, la cruz potenziada—, y que durante el transcurso de la Dieta Católica, celebrada en Viena en 1933, apeló por primera vez a las masas a que se dieran cuenta de la importancia del Frente, no mantenía únicamente excelentes relaciones con Mussolini, que le apoyaba con armas y dinero, sino también con el alto clero austríaco y vaticano de las que se hacía aconsejar frecuentemente.

El canciller suprimió el Parlamento nada más comenzar su mandato y se acogió a un Decreto Ley, promulgado el 24 de julio de 1917, relativo a la economía de guerra y que «facultaba al Gobierno para tomar las medidas necesarias en el ámbito económico en virtud de la situación extraordinaria creada por el estado de guerra» (!). El Vaticano gusta sobre todo de trabajar —en consonancia con su propia estructura— con gobiernos de partido único, con «hombres fuertes» con «líderes». «El antiguo Parlamento ha desaparecido; no retornará nunca más» anunció Dollfuss. «También el Régimen capitalista y federal ha desaparecido; no retornará nunca más. La influencia de los socialistas ha sido quebrantada para siempre. Con ello doy a conocer la muerte del Parlamento. Austria se ha convertido, siguiendo el ejemplo italiano, en un Estado fascista».

El 5 de junio de 1933, el canciller firmó en Roma un concordato con la Santa Sede, que fue inmediatamente ratificado por Mikias, presidente cristianosocial de la República y persona profundamente religiosa. Es más, el estado elevó algunos artículos de tal concordato a estipulaciones integrantes de la constitución austríaca (Art. 30, Ap. 3). Se estipulaba de modo especial el fomento y subvención económica de las escuelas libres católicas, la ampliación de las escuelas públicas confesionales católicas (Art. 3), y la supeditación al Derecho Canónico de todos los matrimonios contraídos ante la Iglesia (Art.

7). Los matrimonios católicos, que viviesen separados, podrían acceder a un segundo matrimonio únicamente a través de la declaración, por parte de la Iglesia, de la nulidad del primero, algo que concitó la encarnizada resistencia de los más diversos sectores sociales. Dollfuss, cuya constitución dictatorial del 24 de abril de 1934 se remitía a la encíclica social del Papa entonces regente, no sólo había disuelto años atrás el Parlamento, sino que también se valió de la Policía para impedir el intento de una nueva convocatoria del Consejo Nacional y obstaculizó la celebración de elecciones aparte de paralizar el tribunal constitucional. Gobernaba mediante todo un rosario de decretos de emergencia, suprimiendo y limitando drásticamente los derechos democráticos. Liquidó al Partido Comunista y a la Alianza por la Defensa de la República, pero también al partido Nacionalsocialista juntamente con las organizaciones de él dependientes. Abolió el derecho de huelga, amordazó la prensa, suprimió el secreto postal, fomentó el antisemitismo e incrementó la violencia policial, implantando la ley marcial y la pena de muerte. También se construyeron campos de concentración, los denominados campos de arresto, como el tristemente célebre campo Wöllersdorf, más tarde arrasado a fuego por los nazis, es decir, en una época en que ellos mismos transportaban a sus enemigos a campos de concentración alemanes. A todo esto, la situación económica no paraba de deteriorarse. Sin embargo, en su carta pastoral navideña del 22 de diciembre de 1933 los obispos austríacos saludaron la nueva orientación política y exigieron se prestara apoyo al nuevo gobierno.

Azuzado de forma perentoria por Mussolini contra la «Viena roja» y también, desde luego, por los propios antimarxistas militantes de las milicias patrióticas —en especial por Emil Fey, fundador de la vienesa, que como vicescanciller y ministro del interior tenía a su cargo todo el aparato de seguridad— Dollfuss se deslizó en 1934 hacia una guerra civil de corta duración. En su situación desesperada los socialdemócratas intentaron contactar por todos lados, incluso con el presidente cristianosocial de la República, Mikias, aquel hombre «profundamente religioso». Pero todo resultó en vano. El socialista Otto Bauer acudió rápidamente a Georg Bichimair, superior de los jesuitas austríacos y hombre de confianza del Vaticano en asuntos políticos. El jesuita le participó: ¡con la socialdemocracia se hará tabla rasa!, a lo cual Bauer replicó al pater: «¡Esta gente matará, disparará, ahorcará con tal de lograr su objetivo!» y se marchó de allí. El vicescanciller se jactaba así el 11 de febrero: «El canciller Dollfuss es de los nuestros. Mañana todos pondremos manos a la faena y haremos un buen trabajo por el bien de la patria...»^[120].

A la mañana siguiente y a raíz de un registro efectuado en una sede socialdemócrata de Linz (hotel Schiff), a la búsqueda de armas, estallaron las hostilidades, que se propagaron rápidamente a Steyr, St. Polten, Eggenburg, Kapfenberg, Weiz, Bruck del Mur, Würgí, es decir, a las zonas industriales principalmente. En la misma Viena afectaron sobre todo a los distritos obreros. La Alianza en Defensa de la República —que continuaba existiendo en la ilegalidad como brazo militar de la socialdemocracia y cuyos miembros habían sido los primeros en disparar en Linz contra la irrupción violenta de la policía— estaba de antemano en situación de inferioridad frente a las fuerzas armadas gubernamentales, (policía, milicias patrióticas y ejército federal) que luchaban además con el apoyo de la artillería. El levantamiento obrero se desmoronó pasados tres días. Hubo al menos 800 heridos y más de 300 muertos. Se llevaron a cabo nueve ejecuciones en aplicación de la ley

marcial y el «estado corporativo cristiano» no tuvo el menor empacho en ejecutar también a un herido grave, Karl Münichreiter, al que hubo que trasladar para ello en una camilla. Ministro de justicia era a la sazón, Kurt von Schusschnigg, un buen católico y fiel hijo de la Iglesia, quien sucedería a Dollfuss en la cancillería. Si comparamos los métodos empleados por el régimen católico para combatir a sus enemigos con los empleados por la Socialdemocracia —que durante la revolución de 1919 y durante los años en que ejercieron el poder en Viena fueron incapaces, según escribe un historiador, de «tocar un solo pelo a la gente»— entonces veremos reafirmada la experiencia histórica, según la cual «no es la revolución sino la contrarrevolución la que produce el mayor derramamiento de sangre».

El Vaticano se refugió en un silencio hermético. Mientras la miseria crecía por doquier, la Iglesia Católica obligó al canciller a que rechazase cualquier ayuda proveniente del exterior, «forzando así a toda la gente necesitada a dirigirse a instituciones católicas». Durante esa época el alto clero gozaba en Austria de un poder que no conocía par en ningún otro país, ni siquiera en la Italia fascista. «Toda protesta contra la Iglesia o sus representantes era interpretada como una acción hostil al Estado». Tras los disturbios de febrero, el dictador Dollfuss prohibió el Partido Obrero Socialdemócrata, incautó todos sus bienes y anuló su representación parlamentaria en los gobiernos regionales y municipales a la par que empleaba el terror contra la izquierda y sus simpatizantes. Numerosas personas fueron confinadas en campos de concentración. Otros huyeron hacia Checoslovaquia o Rusia, donde muchos se precipitaron en la vorágine de las «purgas estalinistas». Otros, a su vez, fueron a combatir en la Guerra Civil Española.

Como consecuencia de los victoriosas luchas de febrero, Mussolini, Dollfuss y el Primer Ministro húngaro, Gyula Gómbos de Jáfka, —que también desarrolló una política de acercamiento a Hitler y fue además el primer Jefe de Estado extranjero en visitarlo en 1933—, firmaron los «protocolos romanos» tiempo atrás preparados por el *Duce*. Con su firma, los tres Estados se comprometían a ahondar en la cooperación política y económica y a consultarse en común a petición de uno de los socios.

Sólo cuatro meses más tarde, el 25 de julio de 1934, los nazis austríacos intentaron un golpe de Estado contra la Cancillería vienesa, golpe que estaba de antemano condenado al fracaso. A raíz de éste una «orden del *Führer*» fechada el 4 de agosto disolvió desde Múnich la «dirección nacional del partido en Austria». Sin duda alguna, la reacción de Hitler habría sido otra si el golpe hubiera tenido otro desenlace. Durante el transcurso del mismo 154 miembros pertenecientes al estandarte 89 de las SS (la mayoría antiguos soldados del Ejército Federal) pretendieron —disfrazados de soldados— hacerse con el Gobierno, que estaba, sin embargo, sobre aviso. Esta acción, que se hizo extensiva a Estiria, Kárten, Alta Austria y Salzburgo, se saldó con medio millar de heridos y 269 muertos, entre los que se encontraba el mismo canciller federal, E. Dollfuss. Al intentar defenderse, fue abatido por dos disparos, de los que el segundo, mortal de necesidad, salió de una pistola del Cuerpo de Policía que, según rumores, (aunque carentes de cualquier prueba), podría haber sido disparada por el ambicioso vicescanciller y jefe de las milicias, Fey. En cualquier caso, éste desempeñó un papel poco claro y muy cuestionado durante el golpe nazi contra la Cancillería. En 1935 tuvo que abandonar el Gobierno y después de haber apoyado a

Schuschnigg se suicidó junto a toda su familia, justo cuando las tropas alemanas entraban en el país. Los funerales por el canciller asesinado, que en estado agonizante había confiado la protección de sus dos hijos a Mussolini, se celebraron el 8 de agosto y se convirtieron en «un gran acto estatal presidido por el clero católico». Éste elogió calificándolo de «gran mártir» a un hombre, que, como subraya Martín Broszat, podría haber sido el colega idóneo de Hitler si nos atenemos al color político de ambos. Es más, según la *Catholica*, debería ser beatificado: todo ello constituye una prueba (superflua) de la identificación de esta institución con la dictadura.

El profesor cristianosocial A. Rintelen, gobernador civil de Estiria durante muchos años, desempeñó un papel más inequívoco que Fey en aquella intentona. Fue un enérgico promotor de las milicias patrióticas y ejerció el cargo de ministro bajo el mandato de Dollfuss, quien le relegó del puesto para enviarle a Roma como legado. Previsto como canciller para después del golpe, se mantuvo «a disposición» en un hotel vienes mientras que una estación de radio momentáneamente conquistada emitía el comunicado que anunciaba cómo el Doctor Rintelen, legado ante la Santa Sede, se hacía cargo del gobierno. Rintelen fue condenado en 1935 por alta traición a cadena perpetua, pero fue rehabilitado en 1938, el año de la salvación.

Al puesto dejado vacante por Dollfuss vino a encaramarse un hombre sobre el que también podría pesar la amenaza de verse un día orlado por el halo de la beatitud (reverso de la cual es la beatería), K. von Schuschnigg. Hijo de un general tirolés y alumno de la escuela Stella Maris, próxima a Feldkirch y regentada por jesuitas, había sido abogado en Innsbruck y colaborador de la Unión Popular Católica del Tirol. Era portador del distintivo de la Asociación Estudiantil «Austria-Viena». (De ella y de la Asociación «Norica» «procedía la casi totalidad de la cúpula estatal»). Elegido diputado cristianosocial del Consejo Nacional en 1927, en 1930 se convirtió en Jefe Imperial de las Tropas de Asalto de la Marca Oriental, para pasar a desempeñar las funciones de ministro de justicia, (1932), y ministro de educación, (1933). Schuschnigg, que ya era considerado el «delfín» del prelado Seipel, tenía ciertamente por meta establecer un sistema «clero-fascista moderado» pero su estado se regía más bien por las sentencias de las encíclicas sociales del papa que por principios políticos. A diferencia de Dollfuss deseaba la integración de los nacionalsocialistas y la reconciliación con Alemania. Le forzaba ya a ello el giro dado por una situación política marcada por la actitud claudicante de las potencias occidentales y por la aproximación de Mussolini a Hitler, premisa de la que nacería el «Eje Berlín-Roma» al que un chascarrillo popular austríaco llamaba el «espetón en el que asarían a Austria hasta que tomase color pardo»^[121].

Von Papen, futuro camarero doméstico del papa, hacía en Viena de «mozo de estribo» en favor de Hitler, de cuya política hacía oficialmente publicidad. El «Führer» le había pedido, consagrarse a esta importante misión, precisamente «porque Vd., desde nuestra colaboración en el gabinete, goza de mi plena e ilimitada confianza». Hitler nombró a Von Papen legado y, en 1936, embajador en Viena, convirtiéndolo así en un subordinado directo. Durante el encuentro mantenido por Schuschnigg y Mussolini los días 5 y 6 de junio del mismo año en Rocca delle Caminate, los dos jefes de Estado se pusieron de acuerdo en que Austria era ante todo un Estado alemán y no podría a la larga practicar una

política antialemana. Justo al mes siguiente, el 11 de julio de 1936, Austria concluyó un acuerdo bilateral con Hitler, acuerdo calificado de «pacto entre caballeros», que constaba de diez puntos y nunca fue hecho público por la prensa. Alemania reconocía la absoluta independencia austríaca, facilitando de nuevo los desplazamientos de un país a otro, y Austria se comprometía a coordinar su política exterior con Alemania de un modo que fuese compatible con las obligaciones derivadas de su vinculación a los «protocolos romanos». Prometía además conceder una amplia amnistía en favor de los presos nacionalsocialistas y dar cabida a representantes de la «oposición nacional» en la actividad política: «un paso claro hacia la unificación».

Edmund Glaise von Horstenau, oficial de estado mayor durante la I Guerra Mundial y antiguo secuaz de Seipel, se convirtió en ministro sin cartera. Proveniente de sectores católicos, no solamente mantenía «excelentes relaciones personales» con aquéllos, sino también con el legado de Hitler, Von Papen, y con el teniente general Muff, agregado militar alemán en Viena. Glaise, presidente de la Asociación de Académicos Católicos, ascendería al cargo de vice-canciller del gobierno Seyss-Inquart y fue uno de los signatarios de la ley sobre la integración de Austria en el *Reich* alemán. El Dr. Arthur Seyss-Inquart, abogado y miembro de la Federación Central de las Asociaciones Estudiantiles Católicas de casaca, considerado como «buen católico» por sus amigos, fue nombrado por Schuschnigg en 1937 consejero de estado y ocupó más tarde los ministerios de seguridad y del interior. Entretanto, recibió el encargo de atraer a la oposición nacional a la asunción de responsabilidades estatales, es decir, de domesticar a los nazis hasta que él mismo, siguiendo la tónica ya clásica de encomendar las ovejas al lobo, se convirtiera en 1938 en Estatúder del *Reich* para Austria.

Schuschnigg se veía cada vez más presionado por los ultimátums de Hitler y se puede decir con certeza que no quiso la «unión» como tampoco la quiso la jerarquía austríaca, que no tardaría, sin embargo, en aplaudirla. Pues al igual que los obispos alemanes se mostraron decididamente en contra de Hitler antes de 1933, a favor después de 1933 y otra vez en contra después de 1945, los austríacos estaban en contra de la tutela alemana hasta 1938, a favor de aquélla a partir de ese año y de nuevo en contra, naturalmente, después de 1945.

Ya el 10 de marzo se celebró en Viena la Conferencia del Clero, bajo la dirección del cardenal Innitzer, quien hasta entonces había apoyado con palabras y hechos al Frente Nacional de Schuschnigg y rechazado de plano a los nazis. Tanto el cardenal como la conferencia se declararon enérgicamente partidarios de Schuschnigg y de la independencia del Estado austríaco. «Sólo así podremos salvar a Austria de los nacionalsocialistas». El 11 de marzo, mientras las agrupaciones del Frente Nacional de Viena escandían a coro:

«¡Rojo-blanco-rojo, hasta la muerte!» y los aviones lanzaban millones de octavillas en las que se podía leer: «Con Schuschnigg hacia una Austria libre, cristiana y alemana» la Acción Católica emitía un manifiesto que decía: «Desde hace 1000 años este pueblo alemán de la Marca Oriental ha estado creando una cultura, que, surgida de un espíritu cristiano y católico, es admirada por el mundo entero y considerada como uno de los frutos más maduros de la creatividad alemana. Desde hace 1000 años, nuestros padres han estado

luchando y derramando su sangre por una Austria cristiana, consciente de su misión alemana entre los pueblos. ¡Padres y madres! ¡Muchachos y muchachas! ¡La Acción Católica os llama! ¡Luchemos por este patrimonio cristiano y alemán!».

Persuadido por Göring a utilizar la violencia, Hitler, que ya una vez había suspendido la orden de marcha, dio ahora la señal pertinente para ello. El 12 de marzo los alemanes atravesaron la frontera austríaca y ¡justo al día siguiente, el ejército austríaco juraba fidelidad a Hitler! Ese mismo día, el 13 de marzo, el cardenal Innitzer insertó un llamamiento en el diario *Reichpost*: «Rogamos encarecidamente a los católicos de la archidiócesis de Viena que recen el domingo para dar gracias a Dios, nuestro Señor, por el transcurso incruento de esta gran transmutación política y suplicarle un futuro feliz para Austria. Naturalmente se deberá prestar obediencia, de forma voluntaria y espontánea, a todas las disposiciones emanadas de las autoridades». El diario *Die Reichpost*, que ya en 1935 y por influencia de Papen, había exigido la cooperación entre católicos y nacionalsocialistas, comentaba: «Creemos que el amor hacia el pueblo es el mejor culto que podemos rendirle a nuestro Señor y por ello daremos con alegría al pueblo lo que es del pueblo y, como creyentes, a Dios, lo que es de Dios. Nuestro más eminente príncipe eclesiástico ha bendecido la hora de la unificación alemana, que durante tanto tiempo hemos añorado, por lo tanto, podemos mirar abiertamente al *Führer* a los ojos y decir: Nosotros, los alemanes de Austria, entramos hoy resueltamente a formar parte del común destino alemán».

Con su llamamiento, el cardenal se mostraba más rápido aún que otros oportunistas en adaptarse a los nuevos aires. Más rápido, verbigracia, que H. Hübner, propietario del «Café Splendide», sito en la Jasomirgottstrasse y punto de cita de las chicas de vida liviana, quien de la noche a la mañana rebautizó el local con el nombre de «Café Berlín» y un día más tarde que el cardenal insertaba este anuncio en el diario *Wiener neusten Nachrichten*: «¡Queridos compatriotas alemanes! ¡Visitad el nuevo local ario “Café Berlín” (ex-Splendide)!». Y el 14 de marzo, —mientras avanzaba una ola de detenciones que afectó a 50.000 personas, y el mismo Schuschnigg, a cuyo Gobierno se declaraban adictos tan sólo cuatro días antes Innitzer y la conferencia sacerdotal, se hallaba detenido por la Gestapo; mientras Hitler almorzaba con Himmler ingiriendo otra ensalada de huevos en St. Polten, en medio de las notabilidades políticas locales— ese mismo 14 de marzo, un comunicado procedente de Viena decía que a instancias del cardenal Innitzer el *Führer* había sido objeto de un recibimiento de bienvenida en Austria. Innitzer hizo saber a Hitler que en el momento de su llegada repicarían todas las campanas de las iglesias vienesas.

En efecto, el dictador recorrió las calles de Viena entre banderas con cruces gamadas colgando de las iglesias, en medio de un repique general de campanas (algo que se repitió cuando Hitler entró en su ciudad natal, Braunau) y rodeado por el rugido extasiado de las masas. La *Basler Zeitung* (Diario de Basilea) escribía: «Es imposible describir en palabras las escenas de entusiasmo vividas a la entrada de Hitler». Franz von Papen proponía un encuentro con el cardenal Innitzer sin haber consultado a éste previamente. «Ante todo» decía Papen a Hitler, (al que durante el Proceso de Nuremberg calificó como «el asesino más grande de todos los tiempos») «se debe establecer la paz con la iglesia». «Austria es un país católico... La alegría por un imperio común y por su desarrollo pacífico podrá subsistir

únicamente si Austria es gobernada según su propia usanza y teniendo en cuenta sus tradiciones». Hitler respondió sonriente; «No tenga Vd. cuidado, lo sé mejor que nadie». Papen: «Quizás sería conveniente que hoy mismo diese Vd. a este país una prueba inequívoca de esa voluntad suya. ¿No le gustaría a usted, una vez finalizado el desfile, recibir al cardenal para darle una serie de aclaraciones al respecto?». Hitler se mostró «muy gustosamente» de acuerdo y quiso ver al prelado en el hotel Imperial, justamente después del desfile militar.

Acompañado por el capellán Von Jauner y por el secretario Weinbacher, el prelado se dispuso a efectuar esta visita de bienvenida, siendo recibido ante la puerta del hotel por una estridente pitada y por los gritos de «¡fuera, fuera!», procedentes de la masa. Pero también le recibió Franz Papen, que se mostró extremadamente satisfecho de que «Su Eminencia se haya resuelto a hacer esta visita». Insultado y escupido a sus espaldas y honrado por delante por una guardia de las SS apostada frente a él, el príncipe eclesiástico ascendió sonriendo impávidamente hacia la *suite* de su *Führer*, mientras resonaban en sus oídos los gritos de «¡a Dachau, a Dachau!» y «¡al canal con el cardenal!» provenientes de la calle. De esta manera describe el encuentro el capitán de pilotos de Hitler, Bauer: «Nos encontrábamos en el pasillo para ver de qué forma recibía Hitler al cardenal. El *Führer* lo recibió en la puerta haciendo un gran reverencia que nunca le había visto hacer en otras ocasiones. También el cardenal se mostró extremadamente afable y servicial. La despedida fue igual de cordial». El mismo Hitler manifestó que el arzobispo cardenal «le había interpelado con un rostro radiante por demás, como si durante todo el tiempo que duró el anterior sistema político en Austria nunca hubiese tocado, ni de casualidad, un sólo pelo de la ropa a no importa que nacionalsocialista».

A pesar de las aparentes muestras de afecto mutuo, Hitler disponía de poco tiempo para el cardenal. Con todo, declaró: «La Iglesia no se arrepentirá si se mantiene fiel al Estado. Si la colaboración prospera en Austria, esa primavera religiosa repercutirá también en la totalidad del *Reich*».

Una vez que los obispos del *Reich* anterior a la anexión optaron, pese a todo, por Hitler, ¿por qué habrían de comportarse de distinta forma los señores espirituales de Austria? Así, tres días después, el 18 de marzo, proclamaron solemnemente:

«Nosotros, los abajo firmantes, obispos de la provincia eclesiástica de Austria, declaramos con motivo de los grandes acontecimientos que viven Alemania y Austria que...: reconocemos con satisfacción que el movimiento nacionalsocialista ha prestado y sigue prestando extraordinarios servicios en el ámbito de la reconstrucción económica y en el de la política social en bien del *Reich* y del pueblo alemán, a saber, en favor de las capas más pobres. Estamos asimismo persuadidos de que la actuación del movimiento nacionalsocialista conjuró el peligro del bolchevismo ateo y pandestructor. Los obispos acompañan esa actuación con sus mejores augurios y exhortarán también a los creyentes en ese sentido. El día del referéndum consideramos como el más natural de nuestros deberes, en cuanto obispos, tomar partido, como alemanes que también somos, por el *Reich* alemán. Esperamos de todos los creyentes cristianos que reconozcan la deuda contraída frente a su pueblo».

El propio Innitzer envió el documento al recientemente nombrado *Gauleiter* (jefe nazi de distrito) de Viena, Bürckel. Al documento le acompañaba una carta que decía: «Muy estimado señor gobernador. Por ella verá meridianamente que nosotros, los obispos, hemos cumplido voluntaria y libremente con nuestro deber. Sé que esta declaración será la premisa de una buena colaboración. Con las expresiones de mi mayor consideración, ¡Heil Hitler! Cardenal Theodor Innitzer».

Más tarde la Iglesia Católica quiso, a través de innumerables versiones publicadas en hojas parroquiales, presentar aquella «Declaración Solemne» de sus prelados como impuesta por la fuerza, y la signatura de Innitzer acompañada del «heil Hitler» fue calificada, sin más, de falsificación. Todo ello a pesar de que justamente ese «Heil Hitler» aparecía escrito a mano al pie del texto mecanografiado y era, inequívocamente, del puño y letra del prelado^[122].

Hitler mismo, que ya en su mensaje de Año Nuevo a los nacionalsocialistas había declarado que «nuestro más profundo ruego es que la gracia de Nuestro Señor acompañe también al destino de nuestro pueblo alemán en los próximos años...» se erigió en trece discursos electorales efectuados en su patria en apóstol, en «enviado de Dios», anunciando que se había producido un «dictamen de Dios», un «milagro». «Nuestro Señor ha creado a los pueblos. ¡Lo que Dios nuestro Señor une, no deben separarlo los hombres!», decía el 3 de abril en un mitin electoral celebrado en Graz. En la víspera del referéndum manifestaba en Viena: «Ojalá que en el día de mañana cada alemán reconozca la hora, la sopesa y se incline humildemente ante la voluntad del Todopoderoso, que hizo posible que en tan pocas semanas se haya consumado un milagro entre nosotros»

Según W. L. Shirer, lo que se inició en Austria fue «una orgía del sadismo. Día tras día, numerosos judíos y judías eran buscados para borrar de las paredes de las casas las consignas electorales de Schuschnigg y limpiar las canales. Mientras trabajaban de rodillas, vigilados por miembros de las S. A. que sonreían divertidos, la muchedumbre se agrupaba en torno suyo para burlarse. Centenares de mujeres y hombres judíos eran capturados en la calle y obligados a limpiar los retretes públicos y las letrinas de los cuarteles de las SA y de las SS. Decenas de miles fueron encarcelados. Sus bienes fueron confiscados o robados. Yo mismo pude observar desde mi vivienda de la Plossigasse cómo tropas de las SS se llevaban del Palais Rothschild —contiguo a mi vivienda— carros enteros cargados de objetos de plata, alfombras, pinturas y otros objetos valiosos. El propio barón Louis Rothschild compró su salida de Viena mediante el traspaso de su fábrica de acero a la empresa Hermann-Göring. Hasta el estallido de la guerra, fueron 180.000 los judíos que pudieron comprar su éxodo de Viena a través de la entrega de sus posesiones y su fortuna a los nacionalsocialistas».

Sin embargo esta «orgía del sadismo» no logró cambiar la opinión del episcopado austríaco ni la del alemán, tanto menos cuanto que el antisemitismo era especialmente acusado en determinados círculos cristianos de Austria. Hacía ya mucho tiempo que venía siendo alentado, sobre todo, por la prensa clerical. En el año 1848, verbigracia, Sebastian Brunner, fundador de la *Wiener Kirchenzeitung*, (Diario de la Iglesia de Viena) difundía la idea de que la importancia de los judíos en la sociedad moderna se debía a la combinación de su descreimiento con el odio envenenado que sentían hacia el cristianismo y la Iglesia

Católica. Brunner, prelado doméstico del Papa, se convertirá en el primer «martillo de judíos» católico de la prensa cristiana vienesa. El pater Albert Wiesinger, fanático antisemita, director de la *Wiener Kirchenzeitung* hasta 1874 y autor de narraciones antijudías como *Historias de Ghetto y Asesinato en la judería*, enseñaba que «liberalismo es igual a judaísmo». Esta frase ejerció una fuerte influencia sobre políticos cristianos y nazis. Para el propio Hitler tenía prácticamente el rango de una «fórmula sacra». El jesuita Heinrich Abel, principal predicador popular del círculo de varones cristiano-sociales de Viena durante los últimos decenios del siglo (pues este hombre impedía rotundamente a las mujeres la asistencia a sus discursos y a las peregrinaciones masculinas) no sólo conservaba como «reliquia» un bastón con el que su padre apaleó a un judío, sino que también afirmaba sin rodeos que «la desdicha del pueblo austríaco tiene su raíz en su esclavización por parte de los judíos y en el espíritu judío».

Ya a partir de 1880 empiezan a aparecer en Viena síntomas de un «antisemitismo auténticamente homicida, que apunta hacia la aniquilación física de los judíos». La «Asociación Cristiano-social» fundada en 1887 y célula germinal de los cristiano-sociales, denomina a la *Illustrierte Wiener Völkszeitung* —editada por dicha unión— a través de su subtítulo como un *Órgano antisemita*. Es así como el movimiento cristiano-social que estigmatizaba a Marx y al «marxismo judío», (actitud agitadora en la que fueron apoyados por la predicación eclesiástica) como destructores de todos los valores cristianos y creadores de una fe diabólica y anticristiana, desembocaría finalmente en el nacionalsocialismo.

Su futuro *Führer* hablará a lo largo de toda su vida, siguiendo en ello a numerosos políticos cristianos y oradores domingueros, del «marxismo judío», afirmando que el partido comunista alemán estaba sostenido por los judíos. En suma:

«Todas las injusticias sociales importantes que existen en el mundo se deben a la influencia subrepticia de los judíos. Los trabajadores pretenden eliminar, inspirados por los judíos, aquello que nadie más sino los propios judíos han establecido tenazmente» dice Hitler. «El judío es y será el típico parásito, una sanguijuela, un bacilo maligno que se extiende cada vez más apenas halla su caldo de cultivo espiritual. Las consecuencias que acarrea su existencia son las mismas que las que acarrea los parásitos: allí donde aparecen, el huésped acabará por morir tarde o temprano». F. Heer comenta: «Parásito, sanguijuela, bacilo: ya desde la Edad Media se viene atacando en innumerables prédicas al judío —especialmente en las épocas de peste— como portador de la peste, como veneno y envenenador de los pacientes no judíos y del pueblo que les acoge. Hitler extrae las consecuencias: Semejante bacilo debe ser exterminado para salvar al pueblo alemán de sus garras»... «Al servicio del Todopoderoso... Hitler se propondrá limpiar a la humanidad de la peste judía».

«La fe antisemita del Hitler juvenil es tan auténtica como la fe antidiabólica cristiana de la cual se nutre». También el erudito cristiano F. W. Foerster intuye en Hitler —tal como aparece en un libro suyo, publicado por la editorial católica Herder— el «engendro directo» resultante de aquel antisemitismo cristiano que tan bien encarnaban los cristiano-sociales de Austria. El propio tirano atestigua haber sido influido a lo largo de su formación política por el político austríaco antisemita y cristiano-social Karl Lueger, poseedor de una fatal

fuerza de sugestión y, en opinión del joven Hitler, «¡el alcalde más grande de todos los tiempos!». El odio antisemita fue, desde un principio, rasgo dominante entre los cristiano-sociales. Este odio suponía un «instrumento inestimable del renacimiento religioso».

Los sacerdotes no se limitaban a arremeter contra los judíos únicamente en los periódicos o en las reuniones populares y electorales, sino que lo hacían desde el mismo púlpito. Sobre el clero austríaco de los años treinta podría escribirse todavía que resultaría muy difícil discernir su estilo del de la propaganda nazi. Así por ejemplo, el obispo Gfollner de Linz, en una carta pastoral datada el 21 de enero de 1933, echaba pestes de ese «judaísmo degenerado» y se quejaba de la «influencia, nociva por demás, que éste ejercía sobre todos los ámbitos de la moderna vida cultural». Consideraba además «estricto deber de conciencia de todo cristiano convencido» luchar contra aquél, exigiendo que se levantara un sólido dique «contra todo tipo de basura espiritual y contra las oleadas de inmoralidad, que, procedentes sobre todo del judaísmo, amenazaban inundar el mundo».

No era el terror contra los demás lo que inquietaba a la Iglesia de Austria. No el que se ejercía contra sus viejos enemigos, judíos, liberales y gente de izquierdas, sino las tribulaciones que ella misma comenzaba a padecer. Su actitud era en ello idéntica a la de la Iglesia alemana. Y en Italia eran también intereses estrictamente católicos los que estaban en juego cada vez que estallaba una disputa con el estado, a causa, verbigracia, de la educación de la juventud o de las asociaciones tuteladas por la Iglesia. Así ocurrió, p. ej., en el duro enfrentamiento de 1931 en torno a la *actio cattolica*, asociación que, para el gusto de Mussolini, estaba ganando demasiado terreno. El dictador disolvió a finales de mayo y por vía administrativa todos los grupos juveniles y estudiantiles católicos, unas 5.000 agrupaciones masculinas y unas 10.000 femeninas, lo que suponía un total de casi 800.000 miembros. En septiembre se impuso claramente frente a Pío, quien atendió «en buena medida» sus deseos, siendo el cardenal secretario de estado quien movió al papa hacia un compromiso propiciado por el jesuita Tacchi-Venturi, el hombre que servía de enlace entre el *Duce* y el Vaticano. «No está en nuestro ánimo condenar al partido o al régimen», proclamaba Pío, después de un infructuoso intercambio de notas, en su Encíclica *Non abbiamo bisogno* del 29 de junio de 1931, escrita parcialmente en términos muy acres. «Nuestro empeño estriba en reprobar únicamente aquellos aspectos del programa y de la actividad del partido contrarios a la doctrina y la práctica católicas».

Pues también aquí, en Austria, se trataba únicamente de eso. Con todo, los conflictos con los fascistas fueron menos numerosos que los habidos con los nazis, y unos y otros fueron solventados por mediación de Pacelli, cuyo «amor hacia la paz» y «extremada prudencia» se encarecían una y otra vez. En cambio, nunca hubo serias diferencias entre los nacionalsocialistas y los fascistas, por un lado, y el Vaticano, por otro, en lo relativo a las grandes cuestiones de la política exterior, es decir, en la cuestión de la guerra y la paz.

¡Todo lo contrario! En este aspecto la Iglesia daba su respaldo a un crimen tras otro: a la invasión de Abisinia, a la Guerra Civil Española y a la II Guerra Mundial. Ésta fue, justamente, preparada política y militarmente mediante aquellas dos acciones previas que cimentaron la alianza entre nacionalsocialistas y fascistas, alianza, que se puso por primera vez a prueba en los campos de batalla de España y Abisinia^[123].

La correría de pillaje contra Abisinia «Una campaña de evangelización»

«Las iglesias y estados cristianos contemplan esa abominable carnicería humana y lo que a todas luces no es sino una correría de pillaje y callan. También Roma calla. Los hombres con responsabilidad no tienen el coraje de gritar, en el nombre de Cristo, “¡non licet!”, ante esta maquinación satánica en Abisinia. Así viene a vengarse aquella actitud de profunda disonancia entre lo que se enseña y lo que se practica. La Iglesia se convierte con ello, a los ojos de muchos, en objeto de escarnio y de escándalo»

(Johannes Ude, teólogo de moral católico)

«Pero Roma no permaneció callada. Al contrario. “Con el sentimiento de la más profunda gratitud” habló Mussolini en 1938 de la “activa colaboración del clero en la guerra de Abisinia... a este respecto viene sobre todo a mi mente el ejemplo de patriotismo dado por muchos obispos italianos al entregar su oro en las sedes regionales del partido fascista y también el de aquellos sacerdotes que reforzaron la voluntad de resistencia y la resolución de combatir del pueblo italiano”»

(«Corriere de la Sera»)

«Todos (!) eran unánimes en la opinión de que la guerra era justa y que, en consecuencia, justificaba la brutal anexión»

(«Civiltà Cattolica», 1936,
revista vaticana de los jesuitas)

«Una acción de grandiosa solidaridad humana»

(«L'Osservatore Romano», 1935)

Tras los enfrentamientos de 1931, que supusieron una fuerte derrota para Pío XI —o, como él mismo admite en *Non abbiamo bisogno*, la aceptación de compromisos «que otros consideraban inaceptables»— camisas negras y sotanas negras volvían a cooperar totalmente compenetradas. Incluso ciertos círculos eclesiásticos hubieron de reconocer que: «Tras la crisis de 1931 el catolicismo italiano no volvió a sufrir ninguna otra conmoción. A excepción de algunos obispos de talante fundamentalmente antifascista, la mayoría del episcopado adoptó una actitud de benevolencia para con el régimen». Esta confesión es bien digna de ser ponderada, habida cuenta de que, en 1931, la traca final estaba aún por venir: la invasión de Abisinia, la participación, bendecida por la Iglesia, en la Guerra Civil Española y la intervención en la II Guerra Mundial. Con todo, esa misma fuente trata de quitar hierro a aquella confesión al afirmar a renglón seguido: «Ningún obispo italiano hizo suya la ideología fascista. Aun cuando los obispos complacieran a Mussolini con sus palabras, no podemos sin más tildarlos de “fascistas” en el sentido de que hubiesen

establecido compromisos con las principales tesis ideológicas del fascismo. Más bien podría hablarse de episcopado “a-fascista”».

Pero aun suponiendo que ello fuera así *para nada afectaría a lo que realmente importa*: pues, ¿qué nos interesa a nosotros la cuestión de si los obispos italianos o alemanes, para el caso es lo mismo, eran o no fascistas? Puede que no lo fuesen, y especialmente los últimos no lo eran probablemente. Pero no es esa la cuestión que nos ocupa. Eso sólo sirve para rehuir la cuestión que importa. Otro tanto ocurre con el tema, en ellos recurrente, de su «resistencia»: *ésta era un empeño motivado única y exclusivamente por mor de los intereses religiosos, de sus propias prerrogativas*. Esa lucha de la Iglesia, esa *Kirchenkampf* interesa tanto menos cuanto que no podemos estar a favor de ninguna prerrogativa, ¡de ninguna en absoluto! Menos todavía en favor de las de una Iglesia, respecto a la cual, recientemente, cabía esperar que fuese declarada algún día «organización criminal» por parte de un tribunal internacional. Y así como no podemos estar en favor del fascismo romano o del nazismo alemán, tampoco podemos estarlo en favor de la Iglesia romana, pues aquéllos fueron sistemas criminales *a los que la Iglesia apoyó persistentemente, ¡en la política interior y en la exterior!*: *eso es lo que realmente interesa aquí*. Pues sus prelados apelaron «una y otra vez» —*son palabras de los propios obispos alemanes, pronunciadas en 1941*— y «del modo más enérgico» a sus fieles para que diesen apoyo a Hitler y a sus guerras: ¡con un balance de medio centenar de millones de muertos, balance obtenido con el respaldo clerical! Esto sí que interesa y no el parloteo de curas pagados para ello (Ver exposición detallada al respecto en el Vol. II).

Después del año 1931 la colaboración entre el episcopado y el fascismo no sufrió ya ninguna conmoción. El entusiasmo de los *monsignori* por Mussolini fue más bien en aumento, a la vista de los éxitos que éste cosechaba en el marco político mundial. El cardenal Gasparri anunciaba en 1932: «El Gobierno fascista italiano es la única excepción en medio de la anarquía que domina a gobiernos, parlamentos y escuelas en todo el mundo... Mussolini fue el primero en prever claramente el caos que rige actualmente el mundo. Ahora se está esforzando en llevar al buen camino esta pesada maquinaria gubernamental al objeto de que pueda trabajar en consonancia con las leyes morales de Dios». Ahí tienen, el fascismo es la única excepción «a la anarquía que domina gobiernos, parlamentos y escuelas en todo el mundo...». ¡El cordero fascista en medio de los lobos! ¡El *Duce*, un trabajador de la viña del Señor! ¡Custodio de las leyes morales de Dios! ¡Y los siervos de Dios, trabajadores al servicio del *Duce*!: oh sí, algunos incluso como miembros de su policía secreta, como era el caso de *monsignore* Margotti, arzobispo de Gorizia, al que Mussolini pagaba un estipendio mensual y que después de la guerra fue condenado a muerte en la zona yugoslava, siendo perdonado gracias a la intervención aliada. Pero ello no es de admirar, si tenemos en cuenta la forma en que Mussolini se dirigía a la población en junio de 1931: «Deseo que la religión se halle presente en todos los rincones de este país. Hay que enseñar el catecismo a los niños... por muy pequeños que sean». Y tampoco es de admirar que de allí a poco los alumnos de las escuelas recitaran de memoria esta oración redactada por el clero: «Mi *Duce*, te agradezco que me hayas permitido crecer sano y fuerte. ¡Oh Dios y Señor mío! ¡Protege al *Duce* para que pueda mantenerse por mucho tiempo al frente de la Italia fascista!». El contenido de los libros de la escuela primaria

italiana estaba compuesto substancialmente por un tercio de materia catecúmena y oraciones, y por otros dos tercios con textos de glorificación del fascismo y de la guerra. Una guerra que no tardaría en ser realidad en Abisinia, en el año 1935.

Los problemas de política interior fueron determinantes para su estallido, y éste se vio además favorecido por la situación de inseguridad creada por Hitler en el seno de la comunidad internacional. La crisis económica mundial provocó fuertes bajas en las cotizaciones de los valores de la bolsa italiana. La vida se encareció y el número de parados se triplicó entre los años 1929-1934. El estado policial fascista aún podía hacer frente a esa situación, pero a Mussolini le amenazaba además el fracaso frente a la cuestión agraria y frente al problema del excedente de población. Ciertamente había aún en Italia muchas tierras sin cultivar, pero pertenecían a los grandes latifundistas y a la Iglesia, que todavía es la mayor propietaria de tierras en el orbe cristiano: en Italia posee probablemente más de medio millón de hectáreas y por cierto en las zonas más feraces. Ahora bien, aquellas tierras eran intocables para Mussolini. De ahí que emprendiese aquella correría de pillaje contra el imperio etíope, la última guerra colonial, tan genuina y anacrónica a la vez. Guerra que, tal como resumía un representante del *New Statesman* tras una entrevista con el ministro de agricultura, Rossoni, no era otra cosa que un sucedáneo de la reforma agraria. A este respecto, uno de los rotativos católicos más conspicuos opinaba que «La credibilidad de los mandatarios italianos, merecedora de la perpetua gratitud de los católicos (!) por la firma de los Acuerdos de Letrán y por la recatolización del país que aquéllos posibilitaban, imponía la obediencia frente a las exigencias planteadas por la dirección del estado en virtud de la propia responsabilidad». Ahí radica realmente la cuestión. Una mano lava la otra. Y es que si el emperador da algo al papa, éste también da ocasionalmente algo al emperador... El mariscal italiano de Bono confiesa sin ambages en su libro *La preparazione e le prime operazioni* —con prólogo de Mussolini— que fue él, quien sugirió esta guerra al dictador y que éste —a partir de 1933— la empezó a preparar en secreto fuese cual fuese la actitud política de Abisinia, llegando incluso a sobornar a militares subalternos del Negus. Por su parte, cuando su impulso agresivo, inicialmente disimulado, se hizo más y más manifiesto, el *Duce* confesó al vicescanciller austriaco, príncipe Starhemberg (quien ya había establecido tempranos vínculos con él y había tomado parte en el abortado golpe de estado de Hitler en 1923) que intentaría saciar el hambre expansionista de Italia y su propio afán de prestigio tomando la revancha por el revés de Adua. A saber, los italianos, asentados desde 1882 en Eritrea, llevaron allí las de perder en 1896. Y a medida que De Bono avanzaba en ese país y en Somalia con los preparativos de la invasión, escenificando para ello incidentes fronterizos, las voces que pedían represalias por lo de Adua se iban elevando de tono en Italia. Y es que las grandes masas, inicialmente despreocupadas por estas expediciones, fueron sometidas a una sistemática y exacerbada campaña de agitación mediante la divulgación de supuestas atrocidades perpetradas por el «bárbaro Estado etíope». El 6 de julio de 1936, Mussolini se dirigió así a sus soldados:

«Nos importan un bledo todos los negros, sean del presente, del pasado o del futuro. Y otro tanto sus defensores eventuales». A unos y a otros les prometía una andanada de «cartuchos cargados de plomo ardiente». Hacía ya tiempo que estaba decidido a este

conflicto. Lo necesitaba. «¡No!», rugió de nuevo, «ni aunque me sirvieran Abisinia en bandeja de plata. La quiero a través de una guerra»^[124].

Tal era el compañero del papa, el enviado de Dios que mantenía su corte colindante con la de aquél. Pero ya en 1928, pocos meses antes de la triunfal conclusión del acuerdo mutuo, había mostrado Mussolini sus apetencias bélicas. Por aquel entonces y con motivo del 10 aniversario de la victoria en la I G. M. se dirigió a las masas desde la Piazza Venezia de Roma para puntualizar que no es que alguien hubiera impuesto la guerra a Italia a través de un ataque por sorpresa, sino que la entrada en aquélla fue resultado de su voluntad consciente, de su libre decisión. Aquella guerra fue realmente dura, sobre todo al principio. Se echa de ver por su terrible y al mismo tiempo enaltecedor balance: 600.000 muertos, 400.000 inválidos y millones de heridos. El demagogo concluyó diciendo: «¿Haríais mañana, en caso de que fuese necesario, lo que hicisteis ayer, lo que todos hicimos ayer?» Y las masas enardecidas rugieron: «¡Sí!».

Pero cuando llegó el momento de la verdad, el entusiasmo de los italianos no era ya tan grande como el que hubieran deseado los clerofascistas. El 27 de agosto de 1935, mientras los preparativos de la guerra se encontraban en su punto álgido y los «crecientes problemas financieros existentes en Italia, amén de otras cosas, movieron al Vaticano a aprobar la agresión de Mussolini contra Abisinia» el Papa proclamaba, entretejiendo su mensaje con una envoltura de abundantes exhortaciones a la reflexión y a la paz, que «una guerra defensiva (!), cuya finalidad fuera la expansión de una población en aumento constante (!) podría resultar justa y necesaria». El diario católico vienes *Reichpost* publicó al efecto un comentario emanado de «persona competente»; «Pocas veces se ha referido el Santo Padre de forma tan clara y precisa a una situación actual, como es el peligro de guerra existente entre Italia y Abisinia. A partir de ello se puede inferir cuan hondamente preocupa al Papa tal situación y cuánto ha reflexionado sobre ella. Desde el momento en que el papa Pío XI califica inequívocamente (!) de *guerra defensiva* esta guerra y, yendo más allá, no considera ilícita una guerra colonial siempre que se mantenga dentro de ciertos límites y que redunde en beneficio de una población en aumento, quiere, con plena conciencia, conceder a Italia, dentro de los límites ya señalados, un derecho natural y también una legitimación, en el marco de este imperfecto derecho humano, para proceder a su expansión en Abisinia».

A su debido tiempo y con en ese mismo espíritu, el órgano de los jesuitas, *Civiltà Cattolica*, subrayaba que, «la moral teológica católica no condena en absoluto cualquier tipo de expansión económica violenta». Ocurre más bien que un Estado que ha agotado todos sus recursos y que ha buscado todos los caminos pacíficos puede —en caso de extrema necesidad— adjudicarse su derecho mediante una conquista violenta. El autor del artículo, el jesuita Messineo, escribía literalmente: «Cuando se han agotado todos los medios pacíficos es necesario, y a veces incluso obligatorio, recurrir a medios coactivos, invadiendo, conquistando y anexionando territorio ajeno para de esta forma garantizar el mantenimiento del orden (!) y asegurar la paz (!). Quien en este caso extremo recurra a las armas estará desempeñando la función del juez, a quien la naturaleza encomendó la tarea de castigar y también de restablecer el orden vulnerado por el enemigo».

Poco después del discurso del Papa —exactamente cuatro semanas antes de la invasión— y durante la celebración del Congreso Eucarístico Nacional, el cardenal legado alababa otra vez más a Mussolini calificándolo de «hombre de la providencia». Y como quiera que justamente entonces la Sociedad de Naciones —que en 1923 y bajo el patrocinio del gobierno fascista había acogido a Abisinia en su seno— debatía el problema de Abisinia y condenaba de forma casi unánime a Mussolini, 19 arzobispos y 57 obispos remitían al *Duce*, el 5 de septiembre, un telegrama de este tenor (publicado en *L'Osservatore Romano*): «La Italia católica reza por la creciente grandeza de nuestra querida patria, que gracias a su gobierno está más unida que nunca».

Con todo, las sanciones económicas de la Sociedad de Naciones se aplicaron sin gran entusiasmo, pues las medidas decisivas, el embargo de petróleo o el cierre del Canal de Suez, verbigracia, no fueron aplicadas; América suministraba petróleo (los U. S. A. no pertenecieron nunca a la Sociedad de Naciones) y Alemania, carbón. Fue precisamente la Guerra de Abisinia —que provocó tensiones entre las grandes potencias europeas— la que empujó a Mussolini al lado de Hitler, ya que éste le prestaba su apoyo económico y propagandístico. Ello tuvo a su vez por consecuencia que la cobertura que Italia daba a Viena se esfumara paulatinamente, de modo que Hitler pudo meterse a Austria en el bolsillo sin que Mussolini interviniera para nada. El jefe de los fascistas recordaba en 1936 lleno de gratitud que «los alemanes no secundaron las sanciones» y definía la «diagonal Berlín-Roma»... como «un eje en torno al cual podían agruparse todos los estados europeos que estuvieran animados por una voluntad de cooperación y de paz (!)». Tras la anexión de Austria, Hitler instaba incansablemente al príncipe Philippe de Hesse, que por ser yerno del rey italiano hacía de correo entre los dos países, que le dijera a Mussolini que «jamás me olvidaré de lo que ha hecho, jamás, jamás, pase lo que pase. Ahora estoy también dispuesto a cerrar con él un pacto totalmente distinto... a estar a su lado a las duras y a las maduras, me es igual. Jamás lo olvidaré, nunca jamás». El príncipe respondió: «Sí, mi *Führer*». Y Hitler, de nuevo: «Jamás me olvidaré lo que ha hecho, pase lo que pase...» etc. Y el príncipe: «Sí, mi *Führer*».

Así, conmovidos y conmovedores, comenzaron a trabajar mano a mano. El papa hizo de tercero en aquella alianza. Su *Kirchenkampf* no le impedía cooperar con sus socios. Sólo dos días después de que los 76 obispos italianos ovacionaran telegráficamente a su «Duce» prometiéndole rezar por «la creciente grandeza de nuestra querida patria» el «Santo Padre» se esforzaba ya por influir en el ánimo poco combativo de los italianos, sobre los numerosos delegados católicos partícipes del debate en el seno de la Sociedad de Naciones y sobre la opinión pública mundial declarando que si bien él, personalmente, rezaba por la paz, deseaba que «se diese satisfacción a los derechos y esperanzas del pueblo italiano... y fuesen reconocidos en el marco de la paz y de la justicia». Aparte de ello alteró la correlación de fuerzas existente en el colegio cardenalicio mediante nuevos nombramientos que aumentaban el peso de los italianos. Es más, puso al servicio de Mussolini el activo de una cuenta corriente, que permanecía congelada en Alemania, para que pudiera adquirir con ella las materias primas necesarias. Gert Buchheit escribía en 1938 que «de la misma forma que procedían los dignatarios eclesiásticos en Roma, lo hicieron también los de los restantes países católicos. Miles de misioneros, sacerdotes y

capellanes no se limitaban a rezar por la victoria de las armas italianas sino que, desde lo alto de su púlpito, desplegaban asimismo una eficaz propaganda en apoyo directo e indirecto de su metrópoli religiosa...».

Tampoco los italianos se quedaron cortos en ese aspecto. El *Völkische Beobachter* hitleriano se expresaba acerca de ello en estos términos laudatorios: «Espíritu de sacrificio del clero católico —pronunciamientos ejemplares de los príncipes de la Iglesia italianos»—. El mismo conde Michael de la Bedoyere, editor del *Catholic Herald*, confirmaba el entusiasmo católico en Italia y creía que «el clero, incluido el alto, había desvirtuado del modo más turbio y a consecuencia, evidentemente, de su política nacional, su sentido moral y la enseñanza tradicional de la Iglesia relativa a la justicia o injusticia de la guerra»^[125].

¡Cómo si esto no hubiese venido ocurriendo ya desde el siglo IV! Cómo si ellos no hubieran aullado con los lobos en la I Guerra Mundial, en la Guerra Civil Española, en la Segunda Guerra Mundial, en la guerra del Vietnam, y no lo hicieran a la sazón en la carnicería de Abisinia. Mientras 52 países de la Sociedad de Naciones condenaban la agresión calificándola de guerra de ataque contraria a derecho, al menos 7 cardenales italianos, 29 arzobispos y 61 obispos dieron de inmediato su apoyo a la invasión fascista: con ello incumplían por añadidura el Concordato de 1929 que les prohibía estrictamente cualquier tipo de actividad política. Desde los púlpitos clamaban pidiendo donativos que contribuyeran a la victoria, mientras ellos mismos sacrificaban —hecho sobre el que la prensa italiana se deshacía en elogios— sus cruces de oro, sus cadenas de oro, sus medallas, sus relojes, sus anillos. (Claro que de todo ello se resarcían en la guerra de Abisinia rapiñando y saqueando tronos, coronas y carrozas imperiales, sables y cuberterías imperiales, casi todo objetos de oro de gran pureza y recamados de piedras preciosas, algunos de los cuales pudieron, incluso, ser devueltos treinta años después). También exigieron a los conventos y lugares de peregrinación que entregasen sus regalos votivos de mayor valor. A través de sus clérigos lograron también animar a la población a que donase metales, prohibiéndole simultáneamente suscitar discusiones acerca de la legitimidad de la guerra, rindiendo homenaje a la carnicería fascista a la que reputaban de «causa justa y sagrada», de «guerra santa», de «cruzada», y bendiciendo cañones y bombarderos. Al mismo tiempo ordenaban rezar también por los abisinios y aseguraban que Italia «cumple de este modo con una gran misión civilizadora para con un pueblo semisalvaje, sumido en un profundo atraso espiritual y religioso».

Todo esto, organizado ante la complacida mirada del papa, fue de «decisiva importancia». «Los grandes donativos en oro y las proclamas patrióticas de los obispos prestaban duradera eficacia a las apelaciones de Mussolini al sentido del honor nacional». «Los obispos se adelantaban dando ejemplo» —entre ellos los prelados más ilustres, los arzobispos de Florencia, Parma, Génova, Trento, Brindis, Mesina, Monreale—. El obispo de San Miniato declaraba que el clero «está dispuesto a fundir el oro y las campanas de las Iglesias para ayudar al triunfo de la Italia fascista». El obispo de Siena saludó y bendijo a «Italia, a su gran *Duce* y a sus soldados, que luchan por el triunfo de la verdad y la justicia». El obispo de Nocera se pronunciaba así en una Carta Pastoral: «Como ciudadano italiano considero esta guerra justa y sagrada». En presencia de Mussolini, el obispo de Civita Castellana daba gracias al Todopoderoso «por haberme permitido vivir este día histórico y

glorioso, que sella nuestra unidad y nuestra fe». Durante la celebración de una misa en un submarino, el arzobispo de Trento manifestaba que «la guerra contra Etiopía debe ser entendida como una guerra santa, como una cruzada. Una victoria italiana abrirá a Etiopía —un país de infieles y cismáticos— las puertas de la fe católica».

El cardenal Ildefonso Schuster, benedictino de Monte Cassino y arzobispo de Milán, bendijo delante de su catedral a aquellas tropas matarifes que salían para el frente, comparando a Mussolini con César, Augusto y Constantino, y aleccionando a los jóvenes estudiantes sobre cómo «la obra del *Duce* era una señal que Dios daba como respuesta desde el cielo». Declaró asimismo que «a la vista de los estrechos vínculos que unían el destino de Italia y el del Vaticano se debe conceder a los italianos el título honorífico de “cooperadores y servidores de Dios”. Cooperamos junto a Dios en esta misión católica y nacional en aras del bien (!); tanto más en estos momentos en que la bandera italiana lleva triunfalmente hacia adelante la cruz de Cristo por los campos de batalla de Etiopía. ¡Paz y protección divina para este bravo ejército, que, al precio de su sangre, abre las puertas de Etiopía a la fe católica y a la cultura romana!». Al cardenal Schuster esta invasión fascista se le transfiguraba en «campaña de evangelización y en obra de la civilización cristiana para beneficio de los bárbaros etíopes». Pese a todo ello, bajo el Papado de Pío XII ¡se emprendió el proceso de beatificación del cardenal Schuster, de este cómplice fascista fallecido in *odor e sanctitatis!*

El cardenal Ascalesi, arzobispo de Nápoles, calificó a Mussolini, ya en el año 1929, de «renovador de Italia». Este cardenal peregrinó de Pompeya a Nápoles, llevando consigo la imagen de la «Madre de Dios» mientras aviones militares dejaban caer octavillas en las que el fascismo, la guerra y la Virgen María quedaban glorificados con una misma frase. Otras imágenes de la *madonna* fueron embarcadas, en compañía de altos funcionarios fascistas, rumbo a África. Es muy probable que en este mismo barco, como en muchos otros, se embarcaran también cañones y gas venenoso: incluso Georges Bernanos, exalumno de jesuitas y por entonces integrante de la derecha francesa profascista, se mostró horrorizado ante la bendición eclesial de los bombarderos cargados de gas venenoso. Desde ultramar los píos católicos remitían sus postales a las personas amadas. En ellas podía verse sobre la torreta de un tanque (flanqueado por la infantería de asalto envuelta por el humo de los cañones) la imagen de una *madonna* coronada de estrellas y acompañada del niño Jesús. Firmado: «Ave María». De esta forma —con la ayuda de María y Jesús, de los cañones, del gas venenoso y de los curárganos militares— estos abisinios semidesnudos, privados de máscara de gas y de refugios caían como víctimas fáciles de los portadores de la cultura católica. Caían allá donde les alcanzaba el gas venenoso lanzado desde el aire, un gas que les quemaba la piel y les desgarraba los pulmones. Finalmente, ya muertos o aún moribundos, se procedía a su eliminación mediante el higiénico procedimiento de quemarlos con el lanzallamas.

Entre octubre de 1935 y mayo de 1936 el ejército italiano, pertrechado con las armas más modernas, sojuzgó violentamente a un pueblo provisto de una técnica irremisiblemente inferior, pueblo, por cierto, de un antiquísimo reino cristiano. Lo consiguió sin que, en principio, ganase una sola batalla memorable. En las postrimerías del 35, la situación les era tan adversa que en el cuartel general de Badoglio se tomó

seriamente en consideración la idea de retirarse. El mismo Badoglio se sorprendió ostensiblemente ante el inesperado colapso de Etiopía. No pocos generales con mando y el propio Baistrocchi, secretario de estado del ministerio de guerra, y Pariani, jefe del alto estado mayor, reconocen «haber tenido la suerte de cara».

Como quiera que fuese, el diario católico berlinés *Katholisches Kirchenblatt* escribía, siguiendo en eso a la opinión pública, que «la responsabilidad del Papa y del Vaticano no se han visto afectadas por ello». ¿No es ésta una religión maravillosa? Se expolia y masaca con el concurso de todas sus instancias, pero su más alta instancia, en solitario, permanece decentemente al margen de los hechos y toda vez que ya no tiene el mando de su propio ejército únicamente se dedica a decir lo contrario de lo que predica su clero, mientras el mundo se desvive (y muere) de puro respeto y estupidez. Pero... ¿pueden los obispos hacer lo que se les antoje? O acaso no deben hacer aquello que el Papa les dicta? ¿Son los obispos los que ordenan al Papa? ¿O es él quien imparte órdenes? ¿No fue acaso el secretario de estado, Pacelli, un miembro de la curia —y no precisamente el menos significativo— quien en plena guerra, habló de la «misión sagrada de Roma» durante un ciclo de conferencias con los altos mandatarios fascistas? ¿No fue acaso él quien con palabras de «alto reconocimiento» se explayó hablando de los Acuerdos de Letrán mientras demostraba de forma tan evidente como inusual el deseo suyo de solidaridad entre Italia y el Vaticano? ¿No es cierto también que el conde du Moulin, director de la sección para asuntos vaticanos del Ministerio del Exterior alemán, escribió —justo al día siguiente de que Pacelli fuese coronado como Pío XII— que: «Pacelli siempre se mostró partidario de un buen entendimiento con la Italia fascista de Mussolini. Promovió y apoyó especialmente la actitud nacionalista del clero ante el conflicto de Abisinia?». ¿No calificó ya Pío XI —justo antes del conflicto— de posiblemente justa y lícita una guerra defensiva que pudiera satisfacer las necesidades de una población en desarrollo? Y poco después de la guerra, cuando legiones de monjes y monjas seguían a los ejércitos católicos, cuando el alto clero celebraba desde Roma hasta Addis Abeba el «sentido religioso» de la «Marcha sobre Roma» y el significado del «nuevo Imperio romano» que, bajo el mando de este hombre prodigioso, —*Duce*, llevaría la cruz cristiana por todo el orbe— ¿no fue este mismo Papa, quien participó de la «triunfante alegría» de «todo este pueblo grande y bueno por la paz», una paz que (según sus palabras del 12 de mayo de 1936) «constituirá, podemos esperar y suponer legítimamente, una contribución efectiva, un preámbulo de la auténtica paz de Europa y del mundo?».

La guerra de Abisinia sirvió para consolidar el Eje Roma-Berlín y para preparar así, «de forma decisiva» las catástrofes de finales de la década de los treinta. En verano de este mismo año tuvo lugar en España la próxima catástrofe, el siguiente «preámbulo de la paz auténtica». Las tropas italianas embarcaron directamente desde las costas abisinias hacia España. Y no es precisamente un comunista, sino el ya citado escritor católico de derechas, G. Bernanos, quien desde su hospedaje en Mallorca en casa del «líder de los nacionales», cuyo hijo servía en la falange, alude abiertamente a los corresponsables de la nueva carnicería: la Iglesia en España y el Papa en Roma^[126].

La Guerra Civil Española: «Una cruzada religiosa por el pleno restablecimiento de los derechos de la Iglesia»

«La Guerra civil Española es utilizada especialmente por Alemania e Italia, y más tarde por la Unión Soviética, para probar el armamento militar y las técnicas de combate. La Guerra Civil Española ha costado a España más de un millón de muertos y es el campo de maniobras sobre el cual se efectúa el ensayo preparatorio de la II G. M.»

(El católico Friedrich Heer)

«Desde un primer momento el “gran movimiento nacional” fue calificado por sus dirigentes y por la Iglesia de “cruzada cristiana contra el bolchevismo”. Esta “cruzada cristiana” contó con el pleno apoyo del pagano Hitler y del ateo Mussolini. Unos 150.000 musulmanes marroquíes que se enrolaron en la guerra y una legión extranjera, de moral altamente cuestionable, completaron la beatitud de esa cruzada»

(Charle Duff)

«Las iglesias españolas en llamas, la mucha sangre y las espantosas atrocidades allí cometidas no debieran sino movernos a buscar a los culpables allí donde realmente se encuentran, es decir, en nuestras propias filas». «Sobre los representantes de la Iglesia Católica recae una responsabilidad y una culpa tremendas, según se desprende de la confesión del cardenal Goma y del Padre jesuita Marina»

(Johannes Ude, teólogo moral católico)

«Llevas en tu corazón el fuego de un apóstol y tus manos deben ser las herramientas de la omnipotencia divina»

(Extraído de las ordenanzas de los rebeldes franquistas)

Las causas de la Guerra Civil Española no radican en un conflicto político ni religioso, sino social: el clamoroso contraste entre una reducida capa superior y un pueblo explotado hasta la médula. Sin embargo, la Iglesia española, ya poderosa y rica desde las postrimerías de la Antigüedad, tuvo mucha parte en ello a través de un terror secular, de la esclavitud, de los *pogroms* antijudíos y de la Inquisición. En los albores de la Edad Moderna poseía la mitad de la renta nacional y a principios del siglo XIX tenía bajo su poder 6 millones de hectáreas de tierra, el 17 por ciento de la superficie cultivable: a ello debemos sumar las donaciones de los grandes de España, que consistían mayoritariamente en propiedades rurales confiscadas a herejes. Y los jesuitas —nominalmente una orden mendicante, que debería subsistir de las limosnas y de los donativos— poseían a principios del siglo XX un tercio del conjunto del capital español.

De puertas hacia fuera imperaba todavía la tradición eclesiástica. «España, predicadora del Evangelio en medio mundo; España, terror de los herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésta es nuestra grandeza y nuestra unidad»^A; De esta forma cantaba Marcelino Menéndez Pelayo (fallecido en 1912), prototipo de la corriente católica, su himno a la unidad católica de su país. «Así solían también enfocar los Papas y el Episcopado español las explicaciones que daban en sus encíclicas, en sus breves apostólicos, en sus discursos o en sus cartas pastorales, haciendo referencia siempre a las gloriosas tradiciones de la nación. La tradición constituía el telón de fondo y condicionaba el lenguaje de altos dignatarios eclesiásticos. La grandeza nacional y la tradición católica iban estrechamente unidas».

Por otro lado, el filósofo liberal Ortega y Gasset, se encargaba de combatir este catolicismo. Pues: «La Iglesia es, sin la menor duda, antisocial». «La escuela confesional es en comparación con las no confesionales el principio de la anarquía». Y Miguel de Unamuno, escritor y rector de la universidad de Salamanca, y «socialista religioso», estaba convencido de que tras la Revolución rusa y la entrada en guerra de la democracia norteamericana, vendrá una «paz roja» de la cual España —como aliada de los pueblos libres— tiene que tomar parte, si no quiere hundirse en la oscura noche, en la «paz negra».

Incluso desde círculos eclesiásticos se hicieron confesiones dignas de tener en cuenta. Así escribía el jesuita Marina en la revista *Razón y fe*: «Ha llegado el momento, en el que debemos lanzar una profunda mirada a la terrible miseria moral y religiosa de nuestro pueblo y golpear nuestro pecho profundísimamente arrepentidos por la culpa que todos nosotros, sin duda alguna, tenemos en esta catástrofe». El mismo Primado de España, cardenal Goma, confesaba: «Hemos dejado de ser los guías ideológicos de nuestro pueblo, el cual no sólo nos considera sospechosos, sino que ve en nosotros el enemigo manifiesto de su bienestar... La España católica está viviendo su Golgotha y tiene que atravesar un duro y penoso calvario».

De los 18 millones y medio de habitantes con que contaba España a principios del siglo xx, casi dos tercios de esta población total —unos 12 millones de españoles— era analfabeta. Dos tercios sufrían asimismo una desnutrición endémica; regiones enteras fueron víctimas del hambre. Mientras un 96% de españoles poseía sólo un tercio de las tierras cultivables y la Iglesia invertía su patrimonio en líneas de tranvía y ferrocarril, en compañías navieras, centrales hidroeléctricas, minas, fábricas textiles, empresas de construcción, etc..., el alto clero —liado con los grandes capitalistas y la nobleza— se regodeaba en el resplandor de sus relaciones sociales.

También la I Guerra Mundial reportó enormes beneficios a España, a sus industriales, comerciantes y especuladores conforme al juicio de Karl Kraus: «¡En esta guerra se comercia!». «¡Sí, realmente se comercia en esta guerra!». El país permanecía neutral e intacto, la demanda de bienes de consumo y de armamento por parte de los países beligerantes era muy elevada de modo que la exportación de productos españoles, agrarios e industriales, experimentó un crecimiento rápido, y el excedente comercial de los años 1916 y 1917 se elevó a 448 y 577 millones de pesetas respectivamente. La moneda se mantuvo fuerte, nacieron nuevos y grandes bancos y las reservas de oro del Banco de España aumentaron de 567 millones (1914) a 2.223 millones de pesetas (1918).

Naturalmente, la Iglesia, estrechamente unida a los grandes capitalistas, obtuvo una parte de todo este beneficio. «El dinero es muy católico», rezaba un dicho, pronto proverbial.

El pueblo, sin embargo, no se beneficiaba en absoluto de todas estas ganancias. Todo lo contrario: las condiciones sociales eran desastrosas y la población extremadamente inculta y pobre. En el año 1917, en pleno auge de la Guerra Mundial, se produjeron huelgas y disturbios revolucionarios. Se convocó una huelga general en las grandes zonas industriales y el comandante Francisco Franco y su compañía brillaron a la hora de aplastar la intentona en Oviedo. Según un parte oficial hubo 71 víctimas en toda España. Otros testimonios elevan considerablemente ese número. La llegada de la paz dio lugar a una crisis industrial que acentuó las tensiones ya existentes. El autonomismo catalán y vasco levantó cabeza a la par que estallaba una auténtica guerra campesina. En pueblos y fincas se pegaban octavillas con este texto:

«¡Viva Lenin! ¡Vivan los soviets!» Se produjeron nuevas huelgas, revueltas y enfrentamientos sangrientos entre campesinos y guardia civil. Como consecuencia de los disturbios sociales acaecidos entre 1917 y 1921, unas 1.153 personas resultaron heridas y 309 fueron asesinadas. Casi en el mismo espacio de tiempo, hasta 1922, se sucedieron 15 presidentes de gobierno y éste fue remodelado 30 veces. Entre tanto el Rey consagraba en 1919 a toda la nación ante el monumento de los Ángeles, el del «Sagrado Corazón». ¡Y el presupuesto del ejército representaba un 51% del presupuesto general del Estado! Como siempre, las izquierdas estaban una vez más desunidas hasta el punto de que se produjeron duros enfrentamientos entre distintos grupos obreros. Los anarcosindicalistas, que luchaban con ascético fanatismo por una existencia humana, hallaban gran resonancia entre la población. «En aquellas poblaciones andaluzas donde llevaban la voz cantante se prohibió el consumo de bebidas alcohólicas, el juego, el tabaquismo y las corridas de toros. Por el contrario se proclamó la protección social de mujeres, niños y ancianos. La C. N. T. se mostró enérgicamente partidaria de la educación de los jóvenes y ella misma fundó escuelas».

Sin embargo la Iglesia dejó que el pueblo se pudriera en la inmundicia. Tal como decían los españoles en tono burlón, «vivimos de milagro». Y entre hipocresías y mentiras las publicaciones católicas dejaron también traslucir su «grave culpabilidad» y «gravísima corresponsabilidad». Y es que hasta la pía *Germania* de Von Papen —que mencionaba la francmasonería, el ateísmo y los doce mil matrimonios divorciados en Madrid como causas principales de la guerra civil— creía «en verdad imposible hallar un concepto adecuado para expresar la indecible miseria de la mayor parte del campesinado español». Pero a los trabajadores de las fábricas, miserablemente pagados y exentos de legislación social, apenas les iba mejor. Y el jesuita Reisberger admitía:

«Es cierto que hace años, algunos sacerdotes de amplias miras tuvieron que desistir en su empeño de crear fundaciones sociales —acogidas con tanto entusiasmo por parte de la población— porque los mismos obispos competentes así lo quisieron».

Como propietaria y aliada de propietarios, la opulenta Iglesia española iba perdiendo sucesivamente su influencia sobre la población. Hacia 1910 más de dos tercios de los españoles no eran ya católicos practicantes. Sin embargo, a principios del pontificado de Pío y según la Constitución de 1876, el catolicismo seguía siendo aún la única religión

estatal, con exclusión de todas las restantes confesiones. Y era la corona la que, según el estatuto de 1851, pagaba a la Iglesia y al clero. De ahí que la visita realizada por el «Rey católico» Alfonso XIII, a Pío XI, el 19 de noviembre de 1923, transcurriera de un modo esplendoroso y cordial. Rodeado por el Colegio de Cardenales, la Corte Papal y la gran nobleza romana, el monarca besó, arrodillado y hondamente emocionado, el pie y el anillo del Papa. El «*Rex catholicus*» habló ufano de los méritos contraídos por España como soldado de la religión y defensor de la fe, remitiéndose a las cruzadas, a las órdenes militares y a sus misioneros, prometiendo haciendo además votos de que España estaría en su puesto tan pronto como el «Santo Padre» llamase a la lucha y a la defensa de la fe por el triunfo y la gloria de la cruz^[127].

Por lo pronto las cosas no llegaron tan lejos y las reacciones se mantuvieron dentro de los límites de la moderación. Entre diciembre de 1922 y mayo de 1923 se registraron, tan sólo en Barcelona —donde desde 1919 imperaba la llamada «guerra de los pistoleros»— toda una serie de atentados que arrojaron un balance de 34 muertos y 76 heridos. El 13 de septiembre de 1923, Miguel Primo de Rivera, capitán general de la zona, consiguió triunfar con un pronunciamiento. Con la aquiescencia del el Rey, el general estableció un directorio militar, que suprimió la democracia y que, siguiendo el ejemplo del fascismo italiano, creó al año siguiente la «Unión Patriótica». El Partido Socialista siguió existiendo, pero las organizaciones anarquistas y comunistas fueron prohibidas, los dirigentes comunistas encarcelados y las relaciones de propiedad vigentes, garantizadas. Nada más natural sino que aquella dictadura militar —fomentada por el mundo comercial y financiero, pero rechazada por la élite intelectual— fuese saludada calurosamente por el cardenal primado de Toledo como «un progreso» y apoyada por los jesuitas, tanto más cuanto que aquella otorgaba a la Iglesia abundantes privilegios. «Lo realmente lamentable era» —según palabras del propio Schmidlin, un historiador católico de los Papas— «la insuficiencia educativa y escolar, aunque (¡justamente *porque!*) en las escuelas la etapa básica estaba sometida a la influencia del clero, gracias a la enseñanza religiosa obligatoria y al carácter confesional, y la superior, en la mayor parte de los casos, en manos de las órdenes religiosas». Y es que en el propio Estado Pontificio la escuela fue siempre especialmente deficiente y el porcentaje de analfabetos, uno de los más elevados de Europa. Todavía en la tercera década del siglo xx, el 80% de la población rural española era analfabeta y en el siglo anterior el ministro Bravo Murillo, a quien se le pidió que autorizase una escuela para trabajadores declaraba que «¡No necesitamos personas que piensen, sino bueyes que puedan trabajar!» Quien piensa es peligroso. En 1928, el gobierno cerró la Universidad de Madrid y en otras escuelas superiores suspendió la actividad académica. Finalmente, y como consecuencia de la crisis económica, el dictador se atrajo el voto de censura de sus propios generales y el Rey, relegado muchas veces por Primo de Rivera a un segundo plano, le retiró su apoyo. Primo de Rivera dimitió a finales de enero y poco después, en marzo, moría de diabetes en París.

Tras las elecciones municipales de abril de 1931, «sin duda alguna las más libres y ordenadas de la historia española», los españoles suprimieron la Monarquía y proclamaron el 14 de abril la (Segunda) República. Era de carácter liberal-progresista, con ligera tendencia hacia el Socialismo. A pesar de los continuos sabotajes por parte de la derecha y

de la extrema izquierda; a pesar de una situación económica en quiebra, resultante de las condiciones anteriores, la estabilidad política del joven Estado, de cuyo Parlamento formaban también parte muchas celebridades científicas de ideología liberal-socialista, permaneció en un primer momento a salvo. En dos años el nuevo Gobierno llevó a cabo toda una serie de reformas que en otros lugares hubieran tardado décadas enteras en realizarse: una ley penal, una modernísima ley de divorcio, leyes sobre los derechos de la mujer, comités de arbitraje, salarios mínimos y la implantación de las 48 horas de trabajo semanales. Lo más importante, sin embargo, fue la reforma agraria, la expropiación de los grandes latifundios, la duplicación del salario de los jornaleros y la construcción de casi 10.000 escuelas.

La ira popular y el derribo de la Monarquía golpearon también a un clero estrechamente vinculado a la misma. «España ha dejado de ser católica», declaraba el nuevo presidente Azaña, escritor y republicano doctrinario, quien tras la quema en mayo de algunos conventos de monjas manifestó: «Todas las iglesias juntas de España no valen lo que vale la vida de un solo republicano». Y como quiera que el país no sólo registraba gustosamente la pérdida del monarca (éste se apresuró, sin renunciar a sus derechos al trono, a huir a Marsella en barco) sino que desterró asimismo al obispo de Vitoria y al cardenal primado de Toledo, objeto de un odio especial; como quiera que se dieron garantías para el derecho al culto y a la libertad de conciencia, estando asimismo prevista la separación de la Iglesia y del Estado, la suspensión de cualquier tipo de subvenciones a las asociaciones religiosas y la anulación de las partidas del presupuesto destinadas al sostenimiento del culto y la de la exención fiscal del clero;

como quiera que a monjes y monjas se les prohibió el ejercicio del comercio y de la enseñanza y la Compañía de Jesús fue disuelta el 24 de enero de 1932 por una disposición que confiscaba además sus bienes, el episcopado español se esforzó de inmediato por recuperar su anterior posición, altamente privilegiada.

La Iglesia española protestó contra la libertad de conciencia y la escuela laica. Naturalmente el Papa la secundó mediante la no concesión del plácet al delegado del gobierno republicano y conjuró a los nuevos gobernantes a volver sobre sus pasos, a la par que apelaba a la conciencia del clero y los seglares. Entretanto, los monárquicos, apoyados por los grandes latifundistas y por la mayoría de los oficiales, atizaban la violencia contra la República y la clase obrera. En 1932, el general Sanjurjo intentó, sin éxito, dar un golpe de Estado en Sevilla y hubo de huir. Tanto los obispos españoles, en su Carta Pastoral del 25 de mayo («Declaración sobre la ley de Confesiones religiosas»), como Pío XI, en su Encíclica del 3 de junio *Dilectissima nobis*, exigieron ya en el año 1933 «una santa cruzada para el pleno restablecimiento de los derechos eclesiásticos».

La contraofensiva clerical no quedó sin consecuencias. Como quiera que el papa no vaciló en condenar al gobierno, por su ingratitud, y a sus disposiciones hostiles a la Iglesia, declarándolas solemnemente como nulas y contrarias al bien de ésta y al del propio Estado; como quiera que el episcopado llamaba a tambor batiente a la resistencia, a luchar «contra los anticristos rojos» —como decía el cardenal Segura en un llamamiento en el que exhortaba a acabar con los enemigos del Reino de Cristo— la opinión pública aún se les hizo más hostil y el catolicismo más agresivo.

En febrero del mismo año y (algo que la mayoría ignora) a instancias de Eugenio Pacelli, se creó la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Este partido calificaba de secundaria la cuestión de la forma de gobierno, pero propagaba un «catolicismo social» inspirado en las encíclicas de los últimos Papas, así como la defensa de Dios y de la Patria. Su «Jefe» tal como él mismo se hacía llamar por sus partidarios, en analogía con los títulos de *Duce* y *Führer*, fue José María Gil Robles, antiguo alumno de los salesianos, admirador militante de Hitler, cuyo órgano de prensa, *Völkische Beobachter*, escribía en homenaje a Gil Robles que «posee ante todo un órgano con tal vozarrón, que le permite acallar los gritos de los más exacerbados marxistas». (En 1936 transfirió al general golpista Mola 500.000 pesetas de los fondos de su Partido). Especialmente interesante es esta confesión suya: «El problema religioso se estaba convirtiendo en un estado de guerra con el peligro de un confrontamiento entre las dos Españas».

El 29 de octubre del mismo año 1933, año que vio nacer a la CEDA, José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador, y su hermana Pilar fundaron la «Falange Española», promocionada por los jesuitas e influida por el fascismo italiano. Éste apoyó económicamente, a partir de 1934, a este partido fascista español, al cual se incorporó, ya antes del levantamiento, buena parte de las juventudes de la CEDA. Uno de sus líderes fue Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y amigo de Mussolini y de Hitler. Suñer desempeñaría más tarde los cargos de ministro del interior y de asuntos exteriores y en 1942 fue condecorado con la gran cruz de la orden «Pío IX». Dos meses más tarde, él mismo hizo público que 15.000 soldados españoles luchaban en el Frente del Este y que este número se elevaría a un millón si Alemania lo deseaba así. La Falange ambicionaba un estado cristiano, nacional y totalitario. El antisemitismo fue una característica de algunos de sus mentores ideológicos. Más notoria aún fue su admiración para con el fascismo y el nazismo.

La coalición gubernamental republicana-socialista colapso en otoño de 1933. La izquierda se presentó por separado a las urnas ya que el partido socialista, confiado en su propia fuerza, fue en solitario a las elecciones y fue batido por la derecha, que obtuvo la mayoría. La contrarrevolución se estableció con el gabinete de Lerroux, antiguo anticlerical, oportunista y ambicioso, capaz de aliarse ahora con la derechista CEDA para ser jefe de gobierno. En su cargo de ministro de la Guerra, Gil Robles facilitó —al delegar en el general Franco la reorganización del ejército— el golpe militar de 1936. La policía se componía especialmente de católicos, a los que se instruyó para «aniquilar a los ateos, enemigos de la Iglesia».

Todos los avances conseguidos por la joven república fueron eliminados durante este «bienio negro». Innumerables personas perdieron su trabajo, su pan y su misma libertad, sin ningún tipo de proceso, sólo por motivos políticos. El 5 de octubre de 1934 se convocó en Madrid y en Barcelona una huelga general. Tuvieron lugar toda una serie de revueltas locales, de manifestaciones multitudinarias y de enfrentamientos callejeros. Bajo la influencia determinante de los anarquistas, Cataluña se proclamó República autónoma y el País Vasco y los mineros asturianos tomaron el camino de la rebelión. El Consejo de Ministros declaró el estado de guerra y asesoradas por el general Franco las tropas del ejército regular y la legión española de Marruecos aplastaron violentamente los

levantamientos. El jesuita C. Eguía expresaba venturoso en *Civiltà Cattolica* que: «gracias a la energía y vigilancia del gobernador... la revuelta ha sido fácilmente dominada y los grupos rebeldes, que huyeron a la zona minera, han sido dispersados o aniquilados por la aviación y las tropas gubernamentales... Es pues bien merecido el aplauso con el que Bilbao celebró la tarea del gobernador y de las tropas». El órgano oficioso del Vaticano calificaba a los trabajadores abatidos a tiros de «asesinos», «incendiarios», «salvajes» y «bárbaros». Ese diario silenciaba, sin embargo, que, desde la torre de la catedral de Oviedo se combatió a tiros bajo las órdenes de sacerdotes. Tampoco mencionaba las causas del levantamiento, es decir, la injusticia atroz, el hambre terrible y la explotación. Para los jesuitas romanos la «única y verdadera causa... no fue otra que esa peste revolucionaria que ha infectado a España a través de conferencias, escritos y agitaciones de demagogos e intelectuales de izquierda» y también de «ese gusto por rebelarse contra la ordenación natural de las cosas». ¡Buen modo jesuítico-vaticanista de ir al fondo de las cosas! ¡Análisis clerical de las causas! Estaba claro: la rebelión latente de los oprimidos exigía se procediese «radicalmente» contra ella. «La justicia debe ser inexorable, antes que nada contra los principales responsables, y después contra todos los demás». El diario del «Santo Padre» exigía «penas colectivas» (!).

Los levantamientos fueron aplastados, ahogados en sangre: más de mil muertos y dos mil heridos en ambos bandos. Solamente durante los meses de octubre y noviembre 30.000 hombres y mujeres perdieron su libertad. A la cárcel vino a sumarse en no pocos casos la tortura. El mismo periodista Luis Sirval, que informó de todo ello, fue encarcelado y asesinado por tres oficiales. Incluso un historiador, que no era precisamente simpatizante de los republicanos, confesó:

«Los nueve gobiernos que se sucedieron entre los años 1934-1935 (tres presididos por Lerroux, uno por Samper, otros tres más por Lerroux y dos veces por Chapaprieta) se limitaron exclusivamente a destruir buena parte de aquello que los dos años de República lograron construir. Todo ello, por otro lado, acrecentó las ansias de revancha de los vencidos en octubre y dio pie a sembrar las primeras dudas entre los propios componentes del bloque de la derecha». Las leyes de estos gobiernos conservadores podían contarse con los dedos de una sola mano, ¡pero no faltaba una concerniente al patrimonio del clero!^[128]

Las izquierdas tenían un régimen de terror fascista y las derechas una revolución comunista. Por ello el 15 de enero de 1936 republicanos, socialistas, comunistas e intelectuales sensibles a la cuestión social se agruparon para formar el «Frente Popular». Como contrapartida, la Falange, los monárquicos y los carlistas, junto a los grandes empresarios agrarios y la CEDA, constituyeron el «Frente Nacional». De las elecciones del 16 de febrero surgió como clara vencedora aquella unión de izquierdas. Ocupaba 277 escaños de las nuevas Cortes, en las que los socialistas, la fracción más numerosa, contaban con 90 parlamentarios. La derecha obtuvo en conjunto 132 escaños, de los que 86 pertenecían a la CEDA. La abrumadora victoria del «Frente Popular» fue la razón de fondo que hizo estallar la guerra civil; el asesinato del dirigente de la oposición, José Calvo Sotelo, perpetrado el 13 de junio de 1936 en un coche oficial por policías simpatizantes del «Frente Popular» y fustigado como «palmario crimen de estado», sirvió a lo sumo de señal para el estallido, pues el levantamiento estaba ya planeado mucho antes de aquel asesinato.

En sustitución del general Sanjurjo fue el general Mola quien, ya en abril, envió las instrucciones para el pronunciamiento y cuyo primer plan de ataque esbozó el 25 de mayo. Según dicho plan tres divisiones (partiendo de Zaragoza, Burgos y Valladolid) tomarían Madrid mientras una división (desde Valencia) se encargaría de apoyar la acción mediante un ataque de diversión impidiendo a la flota del gobierno que trajese refuerzos desde África. Un proyecto elaborado concienzudamente. Pues justamente las divisiones encargadas de conquistar la capital podían contar con apoyo especial por parte de la población.

Todo el golpe fue preparado por una camarilla de generales ya a principios de marzo, dos semanas después del triunfo electoral de las izquierdas, en el curso de unas conversaciones secretas en casa de un corredor de Bolsa madrileño. Juan March, propietario de la Banca de Palma de Mallorca, se convirtió en financiero del «alzamiento nacional» contra el «gobierno rojo».

March, hijo de un campesino, se convirtió en uno de los grandes logreros de guerra españoles al transformar —durante la 1 Guerra Mundial— su gran empresa de contrabando en una organización comercial. Tras asegurarse los pedidos de los aliados compró en un solo día todos los cerdos de las Baleares y de las Pitusas para así poder fijar él mismo los precios. Paralelamente efectuaba otros negocios y se estima que su patrimonio ascendía a finales de la Guerra Mundial a unos 300 millones de pesetas. Se dedicó a la especulación en solares, realizando impresionantes compras de terreno en alianza con los dos mayores propietarios rurales de España, el clero y la nobleza. Bajo la dictadura de Primo de Rivera, cuyo ministro secreto de finanzas era el mismo March, estableció contacto con Gil Robles, filofascista y dirigente católico, adquirió la propiedad de varios rotativos importantes y fundó su banco en Palma, en cuyas proximidades fijó su residencia: en una villa de 250 habitaciones. Tras el cambio de régimen, un Tribunal de Justicia republicano expropió todo su patrimonio y le condenó a varios años de prisión. Pero pocas semanas después de su ingreso en prisión, huyó a París en compañía del director de la prisión y de los guardas, a quienes había sobornado, convirtiéndose —apenas pasado un año y mediante la compra de votos— en miembro de las Cortes y otra vez en propietario de su fortuna. En el año 1934 March adoptó el plan, juntamente con el dirigente católico Gil Robles, de pagar el levantamiento contra el gobierno. Pocos antes de que éste se iniciara desapareció tras la frontera, no sin llevarse previamente consigo todo su capital, los intereses del cual sirvieron para financiar la guerra del «Frente Nacional» contra el «Frente Popular». El «Frente Nacional», financiado por los capitalistas desde el extranjero, «cuidaba de los negocios de los grandes propietarios rurales, para salvar así a la patria —entiéndase, a los grandes latifundios— del comunismo». Éste es en cualquier caso el resumen del teólogo moral Johannes Ude.

Cuando el 18 de julio de 1936 los militares establecidos en el Marruecos español rompieron las hostilidades, con la calurosa simpatía del alto clero, titularon propagandísticamente su rebelión de «Alzamiento Nacional» y de «Movimiento Nacional». Pero lo ocurrido podía ser todo menos un movimiento de la nación. Pues pese a que la mayor parte del ejército y de la guardia civil se pasó al bando rebelde; pese a que contaban además con una estrategia más hábil y con tropas mejor formadas y apenas tenían en

contra un 10% de los oficiales activos, el gobierno, con la ayuda de un pueblo que luchaba enconadamente, logró sofocar un levantamiento tras otro. «Anótalo en tu diario», decía Mussolini a su ministro de exteriores conde Ciano, «yo profetizo la derrota de Franco... Los rojos son luchadores. Franco no lo es». También la embajada alemana en Madrid comunicaba el 25 de julio:

«Las milicias rojas están poseídas por un espíritu de lucha fanático y combaten con una bravura extraordinaria y las correspondientes bajas... Salvo que suceda algo inesperado, apenas se puede contar con el éxito del levantamiento militar».

Sin embargo ante el temor de una derrota inminente los rebeldes recibieron rápidamente la ayuda de Hitler y Mussolini mientras que la ayuda militar procedente de Rusia sólo llegó bastante después. Los insurrectos habían conspirado con Alemania ya antes del levantamiento. El general José Sanjurjo Sacanell, que debía ser el que dirigiera la acción y que ya el 18 de agosto de 1932 había intentado un golpe de estado contra el Gobierno, resultó víctima de un accidente mortal en el vuelo de vuelta desde Berlín, justo antes de iniciarse el alzamiento. Fue Francisco Franco, hijo y nieto de funcionarios de la marina, de extracción pequeño-burguesa, quien, financiado por Juan March, el «rey de los contrabandistas», el «gran criminal capitalista», asumió el 19 de julio, un día después del inicio del levantamiento, el mando supremo de las tropas rebeldes. El 22 de julio solicitó a Hitler aviones que pudieran transportar a sus soldados, pues la flota republicana tenía cerrado el camino marítimo. El 27 de julio, aviones alemanes del tipo Ju52 transportaron a los moros musulmanes de Franco (que castraban a menudo a sus víctimas) y a sus legionarios. Su mentalidad, se vería más tarde, respondía a la consigna de: «¡Viva la muerte!» «¡Muera la inteligencia!», para la salvación, a partir de ultramar, del occidente católico. «Franco debería erigir un monumento al Junker. Gracias a este avión la revolución española ha podido triunfar», decía Hitler algún tiempo después. Y también, aludiendo al apoyo italiano: «Sin la ayuda de ambos países hoy no existiría Franco».

Hitler se mantenía todavía relativamente reservado. Sus jefes militares estaban metidos de lleno en el proceso de transformación del armamento. Göring, sin embargo, estuvo desde un principio, y plenamente entusiasmado, presente en los eventos de España. El cuerpo expedicionario alemán, unos 16.000 hombres, se componía básicamente de soldados de aviación cuya prometedora capacidad se hizo patente en Guernica. Aparte de los aviones de transporte, Alemania envió también aviones de caza, de lucha, de reconocimiento, tanques, cañones antiaéreos y antitanque. 500 millones de marcos le costó a Hitler la empresa: a fin de cuentas se trataba de un inestimable campo de experimentación del material de guerra de su *Wehrmacht*, un ensayo general para épocas más gloriosas. El mensajero de Dios, el *Duce*, que ya en el año 1934 apoyó con armas y dinero a los conspiradores, consiguió movilizar poco a poco a unos cien mil soldados. «La comedia de la no intromisión ha llegado a su final», fanfarroneaba el diario *Roma fascista*. «Para nosotros no empezó nunca». El Portugal de Salazar, firmemente sujeto al alto clero y consagrado por los obispos, desde 1931, a «nuestra querida Señora de Fátima» cuyo culto va asociado, como es notorio, con un radical anticomunismo, se convirtió en la vía principal del avituallamiento proveniente de Hitler y en la central de compra armamentística de Franco. Portugal ayudó como pudo a los rebeldes enviando casi 20.000 combatientes

portugueses a los frentes. Incluso la católica Irlanda movilizó una brigada para la «cruzada cristiana» en cuya primera jornada el general Queipo de Llano mandó arrasar los barrios obreros de Sevilla, eso después de arrinconar a los hombres —prácticamente desarmados— en ciertas calles y degollar a muchos.

«Piensa en ello», se decía en las ordenanzas del ejército rebelde, «tú estás llamado a conquistar de nuevo para *Cristo* la nación de sus elegidos, que otros le han arrebatado. Si te entregas plenamente al servicio de esta santa tarea y por ella sacrificas tu vida, entonces serás glorificado por la misericordia divina que hará resplandecer sobre tu conciencia el majestuoso resplandor del *halo de mártir*. Tu valor heroico y tu disposición al martirio te conducirán hacia el ideal: ¡Por Dios y por la Patria!». ¡Por ello mismo luchó ya el mundo cristiano en la I Guerra Mundial! Y por esa misma causa combatieron también los soldados de Hitler, sobre cuyo vientre leíase grabado en la hebilla de su correa: «Con Dios». Las ordenanzas franquistas decían: «Llevas en tu corazón el fuego de un apóstol y tus manos deben ser las herramientas de la *omnipotencia divina*»^[129].

La República, víctima de un ataque internacional, apeló a la ayuda de las democracias occidentales. Pero los golpistas y sus compinches engañaron a todo el mundo presentando el golpe de Estado como una guerra religiosa contra el comunismo ateo, lo que no era otra cosa sino una crasa falsificación de la historia propalada por la prensa vaticana y por el ministro de Propaganda de Hitler. Todo ello repercutió en el hecho de que casi todos los países europeos y los Estados Unidos decidieran no apoyar al Gobierno español. Pero en realidad el comunismo no desempeñó ni mucho menos un papel dominante en España, al menos antes de la Guerra Civil. El «Frente Popular» no propugnaba para nada un programa marxista. El gabinete republicano incluía un único ministro comunista, mientras que el partido comunista contaba con diez mil afiliados, cifra que aumentó, sin embargo, hasta medio millón durante la guerra pero que se ha de poner en relación con una población de 25 millones.

El general falangista Yagüe habló ya el primer día del golpe en Marruecos de una cruzada. El mismo Franco, a quien le agradaba dar muestras visibles de su catolicismo y que se hizo fotografiar arrodillado ante el altar de su capilla privada, lanzó pronto la consigna de que la guerra contra la república era una guerra santa, una cruzada de la fe y que él era un «soldado de Cristo» y un «instrumento de la Providencia». Cuando, con ocasión de la Fiesta de la Asunción de la Virgen, Franco izó y besó con lágrimas en los ojos la bandera monárquica en lugar de la republicana en el balcón del ayuntamiento de Sevilla, fue asistido en ello por el cardenal de la ciudad, Illundáin, que también la besó.

Pues el episcopado español estaba estrechamente vinculado a los militares golpistas. Y al igual que éstos, también él hizo propaganda de estos tres años sangrientos como de una «cruzada» contra los «ateos», afirmando que es «lamentable tener que aclarar todavía que esto no fue ningún pronunciamiento militar, ninguna guerra civil, ninguna lucha de clases». «Esta guerra no es una guerra civil, sino una cruzada contra la revolución mundial roja», «una cruzada... en cuanto que defiende todo aquello que es esencial para la religión». El cardenal primado Goma y Tomás, quien transfiguró la invasión de Abisinia, con sus imágenes de la *Madonna* y sus gases venenosos, en «obra civilizatoria», aleccionaba ahora a la opinión pública mundial diciendo: «Por un lado tenemos a los que luchan por los ideales

nacidos de la vieja tradición y de la vieja historia de España; por otro, a una horda heterogénea» o por decirlo con las palabras de una larga pastoral del arzobispo de Santiago de Compostela: «una banda de forajidos». «Cristo y el anticristo están librando una batalla en nuestro suelo». La *Civiltà Cattolica* elogiaba (al mismo tiempo que criticaba a un «académico y literato católico francés del prestigio de un François Mauriac») la muy razonable y pacífica voz de los obispos españoles.

Antonio Ruiz Villaplana, un respetado juez nada sospechoso de comunismo que ejercía su cargo en Burgos, cuartel general de los rebeldes, informa en su libro *Esto es Franco*, que la Iglesia Católica no sólo participaba en todas las manifestaciones militares, sino que las dirigía, incluso, a la vez que bendecía las armas y organizaba tedeums. Villaplana escribe: ¡El clero no olvidó jamás sus ansias de venganza durante esta guerra desenfundada...! Al igual que un clarín de guerra hacía resonar la voz de aquel que debía ser pastor espiritual y guía del pueblo para lanzar llamamientos bélicos:

«No podemos vivir en comunidad con los siniestros socialistas... ¡Guerra, sangre y fuego! No debe haber armisticio ni conceder cuartel hasta que la victoria de la religión y del orden esté totalmente asegurada».

El Episcopado español, que justificó moralmente la matanza entre los españoles —y según asegura una revista jesuita alemana lo hizo «con gran sabiduría»— recibió el apoyo de los obispos de todo el mundo.

Poco después del levantamiento, el cardenal Innitzer tomó partido en favor de los golpistas. Un príncipe eclesiástico que, dos años más tarde, con motivo de la ocupación de Austria por Hitler, el «Führer enviado por Dios», vería también en aquella el cumplimiento del «anhelo milenarista de nuestro pueblo». Un servidor de la Iglesia que celebró la entrada de las tropas alemanas con repique de campanas e izando banderas con cruces gamadas en las iglesias; que por sus merecimientos (que hoy se suelen silenciar por doquier) obtuvo de manos del mismo Hitler la Medalla de la Marca Oriental. El cardenal escribía a la sazón: «El ateísmo levanta cabeza contra todo aquello que sea religión o vinculación a Dios». Y el príncipe obispo Waitz de Salzburgo, que bajo el régimen de Hitler prefería las mismas frases manidas que Innitzer y que catalogaba el congreso eucarístico celebrado en Viena en 1912 como uno de los preparativos más importantes para la I Guerra Mundial, sabía muy bien que: «El infierno está activo. Desde su sede central en Moscú pretende llevar su perdición a todos los pueblos del mundo».

También el Episcopado alemán publicó el 30 de agosto de 1936 y por orden directa del cardenal secretario de Estado, Pacelli, una Carta Pastoral en la que se escribía respecto a España: «Cuál sea la tarea que se plantea con ello a nuestro pueblo y a nuestra patria es algo obvio. ¡Ojalá consiga nuestro *Führer*, con la ayuda de Dios, desempeñar felizmente esa misión de defensa, tremendamente fatigosa, gracias a su inquebrantable firmeza y a la fidelísima cooperación de todos los compatriotas!». El 3 de enero de 1937, los prelados encarecían a sus siervos, con la vista puesta otra vez en España, lo siguiente: «¡Queridos feligreses! El *Führer* y canciller del Reich, Adolf Hitler, avistó ya hace tiempo la expansión del Bolchevismo y centró su afán y sus preocupaciones en la cuestión de cómo salvaguardar a nuestro pueblo alemán y al occidente de tan terrible peligro. Los obispos alemanes piensan que es su deber apoyar, con todos los medios que la causa sagrada ponga

a su alcance, al máximo dirigente del Imperio Alemán en esta lucha defensiva. Si evidente es que el bolchevismo representa el enemigo mortal del orden estatal y a la par, y en primera línea, el enterrador de la cultura religiosa, empeñado por ello en dirigir siempre sus primeros ataques contra los servidores de las cosas santas de la vida eclesiástica, (algo que los eventos de España ilustran nuevamente)... es asimismo evidente que la cooperación en la tarea de defensa frente a este poder satánico se ha convertido en un deber religioso y eclesiástico de nuestra época. Está muy lejos del ánimo de los obispos inmiscuir la religión en el ámbito político no digamos el hacer llamamientos a una nueva guerra. Somos y seguiremos siendo emisarios de la paz, y como tales apelaremos a las personas religiosas a participar en la prevención de este gran peligro con los medios que nosotros llamamos las armas de la Iglesia... Aunque rechazamos toda intromisión en los derechos de la Iglesia, respetaremos los derechos del Estado en su ámbito estatal y también sabremos ver cuánto hay de positivo y grandioso en la obra del *Führer...*».

Aquí tenemos un ejemplo cabal de su gran hipocresía. ¡Justo en el momento en que afirman que está muy lejos de su ánimo el inmiscuir la religión en la política, justo entonces practican lo que niegan practicar! Y siempre que obispos y papas afirman que no entran en política se dedican justamente a intervenir en ella. Eso sí, al mismo tiempo encarecen con la mayor desvergüenza lo contrario al objeto de salvar, cuando menos, su cara ante su grey. ¡Y es que tienen mucha cara que salvar! ¡No hay más que observarlos! No, ellos no ejercen en política. Pero la defensa ante ese «poder satánico» era ahora «deber religioso de nuestra época» y casualmente también el de Hitler y Mussolini, los grandes gánsters de la época. No, nada de política ¡y menos aún hacer llamamientos a una nueva guerra! ¡Qué va! Hasta llegar a eso tendrían que pasar aún muchos años, ¿cuatro? ¿tres? ¡Apenas dos! Ello sería en 1939 y continuaría en 1940, 1941... De momento, revestidos de piel de cordero, aguardaban, en la línea divisoria entre la guerra fría y la caliente, perseverando como «emisarios de la paz»: nadie hablaba tanto de la paz como ellos y los de su laya; nadie salvo el mismo Hitler. Esa coincidencia no puede ser casual. Rechazaron virilmente, sí, la «intromisión en los derechos de la Iglesia» (los derechos de los hombres en general, los derechos humanos, eso era ya otro cantar; eso no era asunto suyo) pero con todo no dejaban de ver (aunque más tarde ellos y sus siervos lo relegaron a un olvido absoluto) lo «positivo y grandioso» de Hitler, su defensa, verbigracia, ante aquel «poder satánico», su intromisión en España y más tarde su II Guerra Mundial, su invasión, sobre todo, de la Unión Soviética. ¡¿Por qué, si no, habrían lanzado «reiteradamente» y «del modo más enérgico» exhortaciones en ese sentido?!

Es cierto que el «deber de nuestra época» no resultaba fácil para estos oscurantistas. En España, una «república roja» en Francia, un «frente popular» y en Latinoamérica, el comunismo a la ofensiva: claro está que de esto último no eran ellos los últimos culpables, a la vista del régimen que allí impusieron secularmente. En esas circunstancias, claro está, los «mensajeros de la paz» fomentaron esta última a su manera. La dirigieron contra Satán, contra el poder diabólico que representaba para ellos la peor de las amenazas. «¡Éste fue el motivo principal por el que el Vaticano tuvo que esforzarse en hacer buenas migas con la Italia fascista y la Alemania nazi a pesar de las actitudes anticlericales que ambas abrigaban. Ésa fue la razón de que la Iglesia aguantara las múltiples trabas con que la

molestaban el fascismo italiano y el nazismo alemán; lo esencial era que ambos regímenes constituirían una garantía para mantener bajo control al comunismo en Italia, Alemania y, muy posiblemente, también en otros países!»^[130].

El 1 de julio de 1937 cuarenta y tres obispos españoles y cinco vicarios generales —sólo se abstuvieron dos: el obispo de Vitoria, Mateo Múgica, y el arzobispo de Tarragona, Francisco Vidal y Barraquer— se dirigieron a todos los prelados católicos del mundo. Resultado: «Todos los miembros del Episcopado» —entonces alrededor de 900, según informó el futuro cardenal Pla y Daniel—, «respondieron con el reconocimiento de la legitimidad de la guerra por parte de la España nacional, y del carácter de aquella como cruzada por la religión cristiana y la civilización». La jerarquía católica lanzó la más fuerte de las campañas de propaganda en pro de una España fascista-clerical, campaña que logró incluso obtener un éxito considerable en países protestantes como Gran Bretaña y los Estados Unidos.

¡Ya puede uno imaginarse cómo estaban las cosas en el país del «Santo Padre»! Mientras los agentes fascistas se dedicaban a asesinar a todos aquellos italianos dispuestos a defender la República; mientras el ministro de Exteriores italiano, el yerno de Mussolini, conde Ciano, no sólo era «el máximo responsable de una larga serie de asesinatos y de siniestros de barcos y trenes» según escribe el *Daily Telegraph*, sino también el organizador de una «conspiración» destinada a «propagar bacilos patógenos entre los partidarios del gobierno español», el Papa Pío XI por su parte declaraba francamente que «después de Dios, nuestro homenaje y nuestro reconocimiento han de expresarse antes que a nadie a aquellas altas personalidades. Nos referimos al honorable soberano y a sus incomparables ministros... nada más lejos de nuestro ánimo que la intención de comenzar una disputa».

Aquel mismo año de 1938, a comienzos de enero, un espléndido contingente de prelados y curas se dirigió bajo las ondeantes banderas de la Iglesia a la tumba del soldado desconocido (sacerdotes y soldados...) y hacia el monumento dedicado «a los héroes caídos en la revolución fascista». Más tarde, nada menos que 72 obispos y 2.340 curas se trasladaron al Palazzo Venezia para aplaudir enfervorizadamente a Mussolini, y el arzobispo Nogara dijo en su discurso:

«¡Duce!, Usted ha ganado todas las batallas; también la del cereal. Rogamos al Señor que le sea propicio y le conceda ganar todas las batallas que Vd. libra sabia y firmemente por la prosperidad, la grandeza y la gloria de la Italia cristiana». Acto seguido tomó la palabra el padre Menossi: «¡Excelencia! Los sacerdotes de Italia imploran la bendición de Dios para su persona y su obra, que le ha convertido en el restaurador de Italia y fundador del Imperio. También para el gobierno fascista. Que un halo de gloria perenne, con el resplandor de la sabiduría y la virtud romanas, los envuelva hoy y sempiternamente. ¡Duce! Los servidores de Cristo, padres de la humilde población campesina, le tributan con afecto todos los honores. Ellos le bendicen. Le encarecen su fidelidad. Con devoto entusiasmo y con la voz y el corazón del pueblo exclamamos: “¡Salve Duce!”». Y todos los obispos y curas allí reunidos se levantaron y prorrumpieron en gritos de «Duce, Duce, Duce».

Más estrecha aún, si cabe, era la sintonía existente entre el clero y el dirigente fascista español. Franco comunicó a Pío XI el comienzo del levantamiento, antes de que la noticia alcanzara a cualquier otra capital. La primera bandera extranjera que ondeó sobre el

cuartel general de los rebeldes en Burgos fue la del Papa. La siguiente frase del cardenal Goma es una muestra de hasta qué punto era firme la colaboración entre la Iglesia y el «Caudillo»: «Estamos en perfecta armonía con el gobierno nacional, que nunca emprende nada sin prestar previamente oído a mis consejos». Y sin ningún lugar a dudas, todas las agitaciones promovidas por el cardenal, los obispos españoles y los del resto del mundo fueron instigadas por Roma, desde donde el rey huido, Alfonso XIII, ofrecía al levantamiento toda la ayuda que estaba en sus manos ofrecer. Incluso el Papa renunció ahora a sus protestas de amor a la neutralidad y la paz, a las que, por lo demás, no había sido muy fiel en el conflicto de Abisinia. El 14 de septiembre, poco después de que Hitler exigiera de nuevo la lucha contra el peligro bolchevique en el congreso general del partido, en Nürenberg, Pío XI exhortó a todo el mundo civilizado a ir en contra del bolchevismo, «que ha demostrado sobradamente sus ansias de destrucción de cualquier orden establecido, desde Rusia a China, desde México a Sudamérica». El «Santo Padre» habló entonces en su residencia de verano de Castelgandolfo ante la colonia española y los exiliados españoles de Roma. Según informes procedentes de su entorno más inmediato, «el Papa está sufriendo como nunca, su corazón muestra serios síntomas de una salud quebrantada. El Papa rezaba y hablaba profundamente turbado, mientras buscaba un medio que pueda conducir a la paz a los hermanos en lucha... No acusaba a nadie, sino que buscaba derribar los obstáculos, a la vez que dirigía palabras de paz y amor para todos, incluso para los mismos perseguidores». Así de bello fue el espectáculo ofrecido en la villa veraniega del papa, mientras éste —en palabras suyas— veía encenderse en España «el fuego del odio y la persecución» y ordenaba tomar medidas inmediatas para extinguirlo. Ahora bien, los sentimientos que agitaban su corazón no eran únicamente de aflicción, sino también, y especialmente, de alegría, pues él mismo confesó: «Por un lado la más amarga y profunda de las compasiones debe hacernos llorar, pero por otro, debemos exultar jubilosos por el amor y la dulce paz que nos enaltece... Éste es un grandioso espectáculo donde resalta la virtud cristiana y sacerdotal, pleno de acciones heroicas y martirios... Qué bien se compagina vuestra expiación con los designios de la providencia...».

¡Y qué bien se compaginaba con los intereses del «Santo Padre» el asesinato de miles de sacerdotes católicos! Sus lágrimas iban acompañadas de dulces sentimientos de alegría. Los mártires son muy vivificantes y bien entendida, la muerte (y el miedo ante ella) es lo más vivificante en esta Iglesia.

En sólo tres años de guerra civil la Iglesia perdió más clérigos que a lo largo de los doscientos años que duraron las antiguas persecuciones contra los cristianos, exageradas hasta límites grotescos. Con todo, tampoco es, ni mucho menos cierto, que murieran en España, como afirmaba *L'Osservatore*, 16.750, cifra que resultaba penosa incluso para el cardenal primado de España, «pues» afirmaba éste, «cuando estalló la revolución, la cifra total de sacerdotes en los territorios dominados por los rojos era de 15.000». Podrían haber muerto unos 4.184 religiosos, entre ellos 12 obispos, 2.365 frailes y 283 monjas. Algunos de ellos mutilados, quemados o crucificados. De todas formas, también Franco hizo ejecutar a sacerdotes católicos, unos 400 al parecer, principalmente clérigos vascos leales al gobierno y a los cuales no dio la más mínima posibilidad de defensa. Naturalmente la Iglesia callaba acerca de ellos. Sin embargo, hasta la revista católica *Entscheidung*

(Decisión), de Lucerna, lamentaba que una vez más la «causa del cristianismo» quedase en manos de generales beligerantes y que ¡el amor cristiano al prójimo se mostrase en ejecuciones masivas. Que el «amado a vuestros enemigos» se tergiversase como si significara «degollarlos como a cerdos»! Por lo general, desde luego, la prensa católica llamaba «chusma roja» o «instrumentos de Moscú» a todos los españoles leales al gobierno legítimo o bien, como escribía la *Germania* de Von Papen, aquéllos pertenecían a ¡a ese puñado de clérigos españoles mentalmente extraviados o envenenados por la francmasonería... que no se avergüenzan en poner su nombre bajo proclamas de agitación marxista para ejercer de «portavoces de los católicos españoles»!

Está claro que tanto un bando como otro fueron horriblemente crueles y que la orgía de sangre y el sadismo masivo no eran completamente nuevos en España. Tal como apunta el *Bund* de Berna: «A esta gente la han tratado durante largo tiempo como perros hasta que, finalmente, aprendieron a morder». De ahí que ajuicio de un prominente religioso español «No se persigue el espíritu de la religión sino a aquellos que no cumplen con él». El escritor católico José Bergamín asegura que ningún sacerdote o monje fue asesinado en España antes del levantamiento de julio. Las ejecuciones de clérigos tuvieron lugar después, cuando éstos, por orden de sus superiores, tomaron partido por los militares y contra el gobierno, luchando a veces codo a codo con los rebeldes. Se les ejecutó como a fascistas o combatientes. «Ninguno de ellos, ni uno solo», afirma el católico español, «murió por Cristo. *Murieron por Franco*. Se les podría, a lo sumo, convertir en héroes nacionalistas, en víctimas de la política, pero nunca en mártires».

Sin embargo, al Papa le venía «a pedir de boca» aquel tributo de sangre vertida por su clero. Y mientras él hallaba palabras llenas de paz y amor «para todos, incluso para los perseguidores», las publicaciones dependientes del Vaticano propagaban incesantemente la guerra civil. «... esta lucha», atizaba *L'Osservatore Romano*, «es una cruzada de la gente decente, que no se levanta contra la autoridad, sino contra el crimen y la barbarie. Cualquier actitud de permanecer al margen es culpable; cualquier pretexto para la no injerencia es injusto; cualquier capitulación es criminal. El crimen no debe triunfar, los virtudes no deben ser ignoradas». «En el levantamiento del 17 de julio», escribía la *Civiltà Cattolica* el 2 de enero de 1937, «el ejército mostró un comportamiento cien veces glorioso y bendecido». Y el 20 de noviembre del mismo, el órgano oficioso del Vaticano exigía: «En este momento... todos los ciudadanos honrados deberán, dejando aparte todas sus discrepancias de otra índole, aunar sus voluntades en el propósito común de expulsar a estos nuevos bárbaros apátridas y ateos, sea cual sea el desenlace».

Sea cual sea el desenlace: éste nunca le preocupó a la Iglesia cuando lo que estaba en juego eran sus intereses, su poder^[131].

Continuando un dilatado combate, prolongado a lo largo de todo el siglo XX, contra Moscú, las *Lettere de Rome*, la «trompeta antisoviética del Vaticano», enumeraron ya a comienzos de la guerra civil todas las manifestaciones anticomunistas y antisoviéticas realizadas por el Papa. El director de esta beligerante revista vaticana era el jesuita Ledit, cuya colaboración ventiló la propaganda nazi (V. Vol. II). Su superior, el general de la compañía, conde Tedochowski, seguía de cerca el avance comunista y temía ante todo el desarrollo del experimento socialista en España, ya que podría repercutir de inmediato en

Francia. Los jesuitas se mostraban a la sazón sumamente pesimistas. Toda una serie de congresos católicos apoyados por el Vaticano sirvieron de tribunas para exigir la lucha contra el comunismo y la Unión Soviética: p. ej., la sesión dedicada a Cristo Rey en Posen, el congreso de la Comisión Internacional «Pro Deo» en Ginebra, el Congreso Eucarístico en Budapest, en el que Pacelli reapareció como cardenal legado. Todos estas celebraciones sirvieron para inculcar las doctrinas anticomunistas de Pío XI, expuestas en su encíclica «Divini Redemptoris». Ésta, publicada el 19 de marzo de 1937, fustigaba al comunismo como enemigo principal de la civilización cristiana y dedicaba algunos de sus ataques, y no los más suaves, contra el socialismo de España y Francia. ¡Dicha encíclica tenía como objetivo apoyar al catolicismo fascista! que, con la consigna de «¡Viva Cristo Rey!» se lanzó a la lucha contra el Gobierno español del «Frente Popular».

El propio Papa se olvidaba raramente en sus alocuciones de recriminar, directa o indirectamente, al gobierno legal español, mientras bendecía «de modo muy especial a todos aquellos que asumieron la ardua y arriesgada tarea de defender y restablecer los derechos y el honor de Dios y de la religión». Aquéllos eran, sin la menor duda, Hitler, Mussolini y Franco. El «Santo Padre» hacía frente común con ellos. De ahí que rechazara rotundamente en 1938 la petición del gobierno inglés y francés, en la que se le instaba a unirse a las protestas en contra de los bombardeos sobre la población civil republicana. Sí que agradeció, sin embargo, a Franco, en plena guerra, su telegrama de adhesión, «altamente satisfecho», decía el papa, «porque Nos sentimos latir en este mensaje de Vuestra Excelencia el espíritu primigenio de la España católica». Por eso enviaba al general rebelde «de todo corazón y como prenda de la gracia divina nuestra bendición apostólica».

¡A fin de cuentas la vida religiosa florecía! Como ya lo había hecho en la I G. M. y también en la guerra de Abisinia. El cardenal primado español decía jubiloso: «En todos los frentes las tropas nacionales celebraron el sacrificio de la misa. Miles de jóvenes soldados recibieron la confesión y la comunión y en los intervalos en que callaban las armas todos rezaron juntos el rosario en los campamentos. También cosieron distintivos religiosos en sus uniformes y...». Todavía hoy, el católico español Quintín Aldea Vaquero escribe exultante: «Al estallar el Movimiento se registraba una corriente de sentimientos religiosos en el pueblo español y entre los combatientes. Había un auténtico renacimiento de la vida religiosa en todo el país. Las victorias en el frente fueron celebradas con oficios religiosos, tedeums y salve reginas... Los religiosos destacados en el frente escribieron un capítulo glorioso para la historia de la Iglesia española. Entre los caídos en combate debe mencionarse en especial al jesuita Fernando Huidobro, alumno predilecto de Martín Heidegger. El proceso de beatificación de Huidobro está ya en marcha».

El 29 de septiembre de 1936, la Junta de Defensa Nacional, máxima instancia militar rebelde, nombró a Franco «Jefe de Gobierno del Estado español» y «Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas». Franco estableció de nuevo en el país la religión católica y construyó un Estado «regido por los principios del Catolicismo» «que», según declaró él mismo, «constituyen los auténticos fundamentos de nuestra patria». Y él por su parte libraba aquella «guerra santa», aquella «cruzada» de los obispos «bajo el signo de la cruz». La adhesión al catolicismo se convirtió en el criterio legítimo de la conciencia ciudadana, a la vez que se abolía la legislación anticlerical creada por la II República. Ya en septiembre de

1936 las escuelas de las zonas de dominio franquista restablecieron la obligación de la enseñanza religiosa y los rezos al comienzo y al final de las clases; también la asistencia a misa, junto a los profesores, en domingos y días festivos.

Naturalmente volvieron a colgarse de las paredes los crucifijos y las imágenes de la Virgen, pues el culto mariano floreció como nunca. A los defensores del Alcázar se les consideró, junto a su general Moscardó, conmlitones marianos o, como decía elogiosamente el obispo Díaz y Gomara, «caballeros de la santísima Virgen, vencedora del maligno enemigo». Los cruzados cristianos no portaron sólo imágenes de la Virgen a lo largo de la procesión, sino que confirieron a la Virgen del Pilar de Zaragoza, en donde incendiaron una iglesia protestante, el título de generalísimo del ejército español. De ahí a poco cayó una bomba sobre su templo. Se eximió del impuesto sobre terrenos a todas las iglesias, a todas las casas obispales y parroquiales, juntamente con sus dependencias, a los seminarios y a los monasterios. En mayo de 1938 se legalizó de nuevo la Orden de los jesuitas, devolviéndole todos sus derechos y bienes. El 2 de febrero de 1939 se restableció el estatus jurídico de todas las órdenes religiosas.

Ocho días después, a las cinco y media de la madrugada del 10 de febrero y tras 17 años de pontificado, moría Pío XI a la edad de 82 años, víctima de una arterioesclerosis progresiva y de un catarro bronquial y pulmonar. Entre las últimas «palabras ininteligibles» que se le oyeron murmurar pudieron discernirse las de «*pace*» y «*Gesú*» pero el *Regime Fascista* añadió además la palabra «*Italia*» comunicando al mismo tiempo que el moribundo no dijo nada más en toda la noche...

El 1 de abril de 1939, derribada la república con la ayuda de los fascistas alemanes e italianos, Eugenio Pacelli —recién coronado Papa con el nombre de Pío XII— felicitaba así a Franco: «Elevando nuestro corazón a Dios, compartimos con Vuestra Excelencia la alegría por la victoria, tan anhelada por la Iglesia. Albergamos la esperanza de que su país, tras el restablecimiento de la paz, adopte con nuevas energías las viejas tradiciones cristianas». Franco contestó expresando la profunda gratitud que sentía el pueblo español y telegrafió al mismo tiempo a Hitler y a Mussolini. El Estado español se construyó ahora siguiendo el sistema corporativo recomendado por Pío XI en su Encíclica *Quadragesimo anno*. Se abolieron nuevamente las libertades de expresión, de prensa y de asociación. La literatura, el cine y la radio fueron sometidos a un estrecho control y todos los partidos políticos, excepto la Falange, fueron prohibidos. Todas las confesiones no católicas fueron reprimidas y se cerraron todas las escuelas e iglesias protestantes.

La degollina continuó, por lo demás, bajo la férula de Franco, cuyos «muy nobles sentimientos cristianos» fueron, apenas iniciado el golpe de estado, objeto de admiración por parte del secretario de estado Pacelli. Los tribunales militares y los pelotones de ejecución actuaban sin tregua. Según estimaciones del conde Ciano en Sevilla, Barcelona y Madrid tenían lugar diariamente unas 80, 150 y más de 200 ejecuciones respectivamente. Las estadísticas oficiales indican que el Gobierno español de Franco asesinó, en el período de tiempo que abarca desde el final de la guerra civil hasta la primavera de 1942, a unas 200.000 personas, cumpliendo así el deseo de Pacelli de «adoptar de nuevo las viejas tradiciones cristianas». Esta cifra equivale a casi un tercio de todas las víctimas de la guerra civil. Pero Franco, «el soldado de Cristo» o «el instrumento de la Providencia» como él

mismo gustaba llamarse; él, mano derecha del Papa y amigo de Hitler, estaba resuelto a todo desde el principio. Cuando poco después de su golpe de estado declaró a un corresponsal del *News Chronicle* que liberaría a España del marxismo a cualquier precio, el corresponsal le objetó: «Eso significa que tendrá que ejecutar a media España», a lo cual replicó el general: «¡Repito, a cualquier precio!».

Y como se verá en el segundo no había tampoco ningún precio, por elevado que fuese, que pudiera disuadir al Papa Pacelli de acompañar a Hitler en su avance hacia la II guerra mundial^[132].

Notas

[1] C. Confalonieri, Pius XI *Aus der Nahe gesehen* (Visto de cerca), 1958-9. <<

[2] Hieronymus, *Vatikan intern* (El Vaticano por dentro), 1973-76. <<

[3] B. Bauer en *Das entdeckte Christentum* («El cristianismo al descubierto»). Sobre trasfondo social del crist. G. Dalman, *Arbeit u. Sitie in Palästina*, 1942, E. Fuchs, *Christentum u. Sozialismus*. H. Braun, *Jesús von Nazareth u. die Essener* y R. Von Poehimann, *Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in der Antiken Welt* entre muchos otros. Sobre la Donatio Constantini, V. Haller, *Das Pápstum...* («El papado») y H. Fuhrmann, *Konstantinische Schenkung u. abendiändisches Kaisertum* («Donac. de Const. e imperio occidental»). V. Deschner *Ahermals krähte der Hahn* («Y el gallo cantó de nuevo»), 1962. V. H. Kühner, *Das Imperium der Pápste*, 1977. Pío VI cit. en F. Heer, Europa, *Madre de las revoluciones*. <<

[4] Sobre los papas poster. V. H. Kühner, *Lexikon der Pápste von Petrus bis Paúl VI* y tamb. Seppelt/Schwaiger, *Geschichte der Pápste*. El card. Segura cit. en Mensching, *Toleranz u. Wahrheit*, 12. Kühner, *Das Imperium...*, con datos sobre persecuc. de judíos y el «caso Mortara». <<

[5] Maret, cit. en Hasler, Pío IX. V. L. M. Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter* y K. Bosi, Europa im Mittelalter entre otros. H. v. Schubert, *Geschichte der christi. Kirche im Mittelalter* y G. Tellenbach, Europa im Zeitalter der Karolinger. Confalonieri en su obra Pío XI, 198. <<

[6] Seppelt/Schwaiger, *op. cit.* 416. V. Scholder, *Die Kirchen u. das Dritte Reich* («Las iglesias y el Tercer Reich»). Ver Runciman, *Las Cruzadas*, Alianza Ed. Kühner, *Die Kreuzzüge*, passim. F. Gontard, *Die Pápste, Regenten zw. Himmel u. Erde* («Los papas, regentes entre el cielo y la tierra»). Sobre Pío IX V. tamb. Engel-Janosi, *Österreich*, I, 46. Tondi, *Die Jesuiten*, 369. <<

[7] V. Gontard, *Die Pápste*, 478. Sobre Pío IX, Nolte, *Italia desde la fundación del estado nacional hasta el final de la primera guerra mundial* incluido en el *Handbuch der europäischen Geschichte*, Vol. 6. y R. Aubert, *Vom Kirchensíaaí zur Wettkirche*, 1977. La Ley de Garantías en P. Vigo, *Annali d'Italia*, 1908. Sobre la «Kulturkampf», V. Taddey, *Lexikon der deutschen Geschichte*, 1979. Sobre la «cuestión romana», Seppelt/Schwaiger, *op. cit. passim* y B. Wall, *Der Vatikan. Reich ohne Grenzen* («El Vatic. Un imperio sin fronteras»), 1957, pag. 55. <<

[8] León citado en O. Kóhier, *Der Weitpian Leos XIII*, 1973 y en Castella, *Historia de los papas*, III, 244. Winter en su obra, *La Unión Soviética*. Sobre el hijo de León XIII, V. G. Denzier, *Das Pápstum u. das Amtszólihat*, 1976. Más sobre este papa en Schmidlin, *Pápstgeschichte* y A. Franzen/R. Bjúmer, *Pápstgeschichte*, 1974. <<

[9] Winter in *Russia y el papado*. 383. V. Schmidlin, *op. cit.* y Seppelt/Schwaiger, *op. cit. passim*. V. León XII, *Alocuciones*, 281. <<

[10] V. las obras ya citadas de Schmidlin y Seppelt..., y tamb. Hudal, *Die Österreichische Vatikanbotschaft* («La embajada austr. ante el Vaticano»), 227 y Nolte, *op. cit.* 406 ss. De Pablo IV se conserva la sentencia:

«Si mi propio padre fuese hereje, yo mismo reuniría la leña para que fuese quemado». <<

[11] Sobre los proyectos de fuga papal, Schmidlin, *op. cit.* 11, 414 ss. y Hudal, *op. cit.* 228 ss. y en otros pasajes. V. tamb. Engel-Janosi, *Österreich*, 231. Taddey, *Lexikon*, 550. <<

[12] V. Taddey, *Lexikon*, 595 ss. Hudal, *op. cit. passim*. Engel-Janosi en *Österreich* y en *La correspondencia política de los papas*. Bismarck en su discurso del 12. 5. 1886. Franchi citado por el legado de Baviera ante la Santa Sede. <<

[13] V. F. Heer, *Die Kriege u. ihre Folgen*, («Las guerras y sus consec.»), 1966. Sobre la «Kulturkampf», V. R. Lili, *Die Wende im Kulturkampf*, 1972. Política alemana en Born, *Deutschland ais Kaiserreich*, 205. V. tamb. las ya mencionadas historias del papado. V. Taddey, *Lexikon*, 685 y E. Winter, *Rusia...* Sobre la miseria cultural del catolicismo, V. D. Bronder, *Christentum im Selbstauflosung* («El catolicismo en su autodisolución»). Sobre supercherías eclesiásticas, V. Deschner, *Historia Criminal del Cristianismo*, Ed. Martínez Roca. <<

[14] V. Nolte, *Italia...*, 407 ss. Hudal, *Die österreichische...*, 233. F. Chabod, *Kulturkampf e Tríplice Alleanza*, 1950. Engel-Janosi, *Österreich*, I, 244. Sobre Galimberti, V. Hudal en *op. cit.* 272. <<

[15] Manhattan, *Der Vatikan*. Sobre la Kulturkampf francesa, V. Albertini, *Francia, La Tercera Rep. hasta el final de la I G. M.*, paasim. Sobre la democr. crist. H. Meier, *Revolution u. Kirche*. Schmidlin en su *Pápstgeschichte*, 361 ss. <<

[16] V. Albertini, *op. cit. passim*. E. Winter, *Rusia...* Sickel en *Römische Erinnerungen*. Sobre inversiones de las potencias en el extranjero, V. Chwostow/Minz, *Geschichte der Diplomatie*, II, 28 ss. V. tamb. Engel-Janosi, *op. cit.* I, 258. <<

[17] V. Engel-Janosi y E. Winter en las obras citadas. Rampolla cit. en Engel-Janosi, I, 252. Ver O. Becker, *Das Das franzossisch-russische Bündnis*, 1925, 134. <<

[18] V. espec. *Rusia...* de Winter. Tamb. Kühner, *Das Imperium...*, 308 ss. M. Mourin, *El Vaticano y la Unión Soviética*, 1967. Sobre los intentos de Pío IX, V. encíclica *In suprema Petri*, del 6. 1. 1848. <<

[19] La carta a Nina en Hajjar, *Die kathol. oriental. Kirchen*, (Incluido en la *Historia de la Iglesia* de Roger/Aubert/Knowles), 1977 pag. 235. V. Winter, *Rusia*, II, 357. Sobre Alejandro II, III y Pobedonoscevs, V. Stasiewski, *Pápstliche Unionshoffnungen*, 360 y G. Simón, *Konstantin Petrovic Pobedonoscevs*. Sobre la relación de ambas iglesias, V. E. Benz, *Die russische Kirche u. das abendiändische Christentum*. <<

[20] Sobre Roma y los uniatas, V. Winter, *op. cit.* passim. V. *Die geheimen Papiere F. von Holsteins* («Los papeles secretos de F. v. H.»). V. Tamb. Leonhardt, *Kreml u. Vatikan*, 243. Opinión de Guillermo II sobre el socialismo en K. Hammer, *Deutsche Kriegstheologie*, 1974, pag 204. Loas de Guillermo a León en Hudal, *op. cit.* 267 und W. Lohde, *Das pápstliche Rom u. das kaiserliche Deutschland*, 1964, 261. <<

[21] Sobre Rampolla e Isvoiskij, Winter, *op. cit.* II 408. Ver informe estrictam. secreto del embajador austríaco con fecha 25 de febrero de 1896 en los archivos de la Corte y del Estado de Viena. Bismarck citado en Leonhard, *op. cit.* 223. V. tamb. Von Rauch, *Rusia desde la Guerra de Crimea hasta la Rev. de Octubre*, Sobre la alianza francorrussa, V. H. Preller, *Das russisch-franzossische Bündnis von 1890-1894*, en el arch. para polít. e hist. III. <<

[22] V. Von Rauch, *op. cit.* 325 ss., Potjomkin/Minz, *Geschichte der Diplomatie*, II 131 y Albertini, *Francia...*, 256 ss. <<

[23] V. la excelente antología de C. Jantke/D. Hilger, *Die Eigentum-loser*, («Los desposeídos»), 1965, passim. K. Marx, *El Capital* Vol. I, passim. Tamb. las obras ya citadas de Von Rauch, Born y Albertini. E. v. Ketteler, *El Cristianismo y la cuestión obrera*. Sobre Stoecker, W. Treue, *Fuentes sobre la historia de la cuestión social en Alemania*, 1964. Tucholsky en Deschner, *El Cristianismo visto por sus adversarios*. Kautsky cit. por Gontard, *Die Pápste*, pag. Allí tamb. muchas citas text. de León XIII. V. asimismo las historias del papado de Castilla y de Schmidlin. La opin. del caball. medieval en W. Andreas, *Alemania antes de la Reforma*, 1948, pag 476. <<

[24] V. las obras cit. de Castilla y Schmidlin. Cita de S. Agustín, Sermo 14, 3, 4. V. Maier, *Revolution u. Kirche*, 27. Citas de León XIII tomadas de la *Rerum Novarum*. La calificac. de la democracia cristiana como «prometedora aurora» en Schmidlin, *op. cit.* II 381. Comparac. entre encícl. y *El Capital* de Marx en A. Dauphin-Meunier, *Kirche u. Kapitalismus*, 1958, pag. 117. Sobre la situac. en las igles. orient. V. Benz, Geist u. *Leben der Ostkirche* y Stasiewski, *Pápstliche...*, 361. Citas de Lenin en su *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. <<

[25] Ver Lenin, *Socialismo y Religión*. Anécdotas sobre L. XIII en Schmidlin, *op. cit.* y en Gontard, *op. cit.* Opinión sobre De Maistre en F. Heer, *Europa...*, 16 ss. <<

[26] Schwaiger en su *Historia de los papas en el s. XX*, pag. 53. Franz u Baumer en *op. cit.* 378. Hudal en *op. cit.* 260. Hudal tenía carnet del Partido Nacionalsocialista. Winter en *Rusia II*, 544. Heer en *Europa*, 727. Sobre Pío X, R. Aubert, *Pío X, el papa de la reforma conservadora y A. Marchesan, Pío X nella sua vita e la sua parola*. Sobre precedentes del cónclave. Schmidlin, *op. cit.* III, 123 ss. Sobre el papel de los cardenales de Austria-Hungría, V. Engel-Janosi, *Österreich*, passim. <<

[27] Sobre Delcassé y Von Bülow, V. Schieder, *Europa im Zeitalter der Nationalstaaten*, 114 ss. Sobre elecc. papal V. Schmidlin, *op. cit.* III, 18. Sobre oposición a Rampolla, Hudal, *op. cit.* 256. Goluchowski y Kniaz de K. en Engel-Janosi, *op. cit.* 33. Sobre reacciones del futuro papa V. tamb. Marchesan, *op. cit.* 83. <<

[28] V. Schmidlin, *op. cit.* III 18 ss. y en otr. pasajes. Sobre reacc. de la opin. pública, V. Pierconti, *Diario da Leone XIII a Pío X*, 1904, 553 ss. Sobre la «modestia» de Pió, V. Kühner, *Das Imperium...*, 374 ss. Citas del papa en Leonhard, *op. cit.* 266. Sobre la política francófila del papa, V. Bachem, *Vorgeschichte, Geschichte u. Polit. der deutsch. Zentrumsparlei*, 1932, 25 ss. Sobre la fortaleza del franco y la política de León XIII, V. informe secreto del embaj. austr. ante la S. Sede del 18 de nov. de 1903. <<

[29] V. obras de Winter y de Hudal, passim. Allí citas de Pió y de Francisco José y sus respect. políticas. Tamb. Engel-Janosi, passim y Aubert, *Pius X*, 402 ss. <<

[30] Sobre Guillermo II y sus declaraciones, V. Taddey, *Lexikon...* y Missalla, *Gott mil uns!* («Dios está con nosotros»), 73 ss. El discurso de Beuron en H. Mohr, *Katholische Orden und deutscher imperialismos*, 1965, 278 ss. Sobre Guillermo y los católicos, R. Morsey, *Die deutschen katholiken u. der Nationalstaat...* 1970, pag. 60 ss. und R. Lili, *Der deutsche Katholizismus* en Jedin, *Manual de Historia de la Igl.* Vol. VI, 1973, 515 ss. V. tamb. obras citadas de Winter y de Schmidlin. La exclamación de Pió sobre el lujo de su corte en Ignis Ardens, Pió X y la corte papal, pag. 122. <<

[31] Sobre Pió y «Sillón», V. Seppelt/Schwaiger, *Historia de los papas*, 453. Otras citas en Schmidlin, *op. cit.* passim. Sobre el papa y Murri, V. Nolte, *Italie...*, 420. Sobre los cató!, y los sindicatos alem. V. Born, *Von der Reichsgründung bis zum I Weltkrieg*, 51 ss. V. carta de L. Martin a Waldersee del 1,8.1903 en Waldersee, *Memorabilia*, III, 235. Sobre los jesuitas y Alemania, V. Schmidlin, *op. cit.* II 95 ss. y Hudal, *op. cit.* 262. Loa de Pió X a los catól. alem. V. Morsey, *op. cit.* 63. <<

[32] V. Obras de Schmidlin y de Seppelt/Schwaiger y espec. la *Historia de la Diplomacia de Chwostow*, II Vol. 267 ss. Sobre la actitud del Vaticano ante las elecc. V. Nolte, *op. cit.* 420 ss. <<

[33] Sobre los carden, franc. y Pió X, V. Aubert, *op. cit.* 398. Sobre su «anulación» de la ley francesa de 1906, V. Bates, *Glaubensfreiheit*, 294 s. Sobre la reacción de los franceses, V. Seppelt/Schwaiger, *op. cit.* 465. <<

[34] Sobre expans. de Rusia y otras naciones a costa de China, V. Chwostow, *Historia...* IV 174 ss. Sobre Rusia V. Von Rauch, *Rusia...*, 334 ss y M. Weber, *Zur Beurteilung der gegenw. politi. Entwicklung in Russland*, Arch. de las Ciencias Soc. de Tubinga, 1905. Sobre expans. del

catolic. en Rusia, V. Winter, *op. cit.* II 518 ss. y Schmidlin, *op. cit.* III 125 ss. Sobre antisemitismo en Rusia, J. Parkes, *Antisemitismo*, 1964, 63 y C. Roth, *Geschichte der Juden*, 1964, 453 ss y Eban, *Éste es mi pueblo*, pag. 252. <<

[35] V. Schmidlin, *op. cit.* passim, E. Winter, *op. cit.* passim, Leonhard, *Kremí und Vatikan*, 268. Sobre M. von Badén, V. informe del embaj. austrohúngaro del 21 de dic. de 1910. Sobre situac. relig. en Ucrania. V. Hajjar, *Die kathol. oriental. Kirchen*, 251 ss. <<

[36] Sobre Septyckyj, V. Winter, *op. cit.* y Hudal, *op. cit.* passim. Ammán en *Compendio de la historia de la Iglesia de los eslavos orientales*, 1950. V. Stasiewski, *El catolicismo en el mundo eslavo hasta 1914*, en Jedin, *Manual de Hist. de la Igles.* V. VI. <<

[37] Opin. de Weitz, recogida en Kühner, *Die Kreuzzüge («Las Cruzadas»)*, 1970. Sobre los Balcanes V. G. Rohde, *Los Estados del Sudeste europeo desde el Congreso de Berlín hasta el desenlace de la I G. M.* Sobre Yugoslavia, K. Deschner, *Con Dios y con los fascistas*, 1965 y H. Ludat, *Yugosl. entre el Oriente y el Occidente*, 1961. Sobre Bosnia-Herzegovina en espec. V. Chwostow, *Hist. de la Diplom.*, II, 222 ss. (Allí opin. de Von Hütendorf). V. tamb. Engel-Janosi, *Österreich*, II 116 ss. Sobre Albania, V. Jorg, *Der Vatikan u. seine Getreuen im Weltkrieg («El Vat. y sus vasallos en la I. G. M.»)*, 1925, 7. <<

[38] Sobre Sereggi, V. Jorg, *op. cit.* 7. Sobre la «Unión Católica», V. Hudal, *Die österreichische...*, 280. El carden. Nagel cit. en Miller, *Informationsdienst wr Zeitgeschichte*, 1964 *La Sonntagsblatt*, cit. en Miller, 7. Sobre las relac. Austria-Vaticano antes del estallido de la guerra, V. Auber, *Pío X*, 402 ss. Palabras de Agliardi en Winter, *op. cit.* II, 559. <<

[39] G. V. Herzfeld, *La Primera Guerra Mundial*. Sobre los aspectos morales de la I G. M. Ude, *¡No matarás!*, con testim. como el del jefe de relac. públicas de los Krupp, Dr. W. Muehion. Esa y otras empresas no ansiaban otras cosa que el botín que la guerra prometía con sus fabulosos negocios. Era natural que la instigasen. Sobre el entrelazam. de polít. y relig. en los Balcanes, V. Hudal, *op. cit.* 277 ss. Sobre el belicismo alemán, V. J. J. Ruedorffer, *Grundzüge der Weitpolitik*, 1914 F. Fischer, *Griff nach der Weltrnacht*, 1961, B. E. Schmitt, *The coming of the war*, II Vol. 1930. L. Albertini, *The Origins of the war*, 1952. K. Kautsky, *Cómo se originó la I G. M.* Sobre el trasfondo polit. del atentado de Sarajevo, V. H. Übersberger, *Österreich zw. Russiand u. Serbien*, 1958. Respons. parecen haber sido las sociedades secretas, «Joven Serbia» y «La Mano Negra», que se encargó de todos los detalles. El experto austríaco y juez de instrucc. del caso, Leo Pfeffer, así lo atestigua. Y el experto jurista del Minist. de AA. EE. austríaco, Wiesner, enviado expresam. a Belgrado se inclinaba a pensar que Serbia no sabía nada del atentado. <<

[40] V. Von Salis, *Die Ursachen des ersten Weltkrieges*. Sobre la reacción del emperador Francisco José y de Tisza ante el asesinato, V. Geiss, *Juli de 1914*, pag. 30. Resulta extraño que el legado serbio ante la corte de Viena previniese varias veces de un posible atentado al ministro de hacienda, responsable para la administrac. de Bosnia-Herz. y que éste no transmitiese esa información a los minist. competentes. (V. Salis, *op. cit.* 25, 28 ss). V. tamb. Herzfeld, *op. cit.* passim. Sobre los planes para vulnerar la neutralidad belga, V. Chwostow, *La Diplomacia en la Época Moderna*, Born, *Deutschland...* y Schieder, *op. cit.* passim. Sobre

Guillermo VII, Schüssier, *Kaiser Wilhelm II* y Taddey, *Lexikon*, 1039. Rosa Luxemburgo cit. en E. Nolte, Los movimientos fascistas. <<

[41] Lichnowski, cit. en Heer, *Die Kriege...* 56. Winter, citado en Miller, *Informationsdienst...*, pa. 7. V. tamb. Jörg, *El Vaticano...*, 9 ss. <<

[42] Palabras papales sobre «II guerrone» en Seppelt/Schweiger, *op. cit.* 470 y ante el embaj. brasileño en Engel-Janosi, *Österreich*, II 151. Ver Pastor, *Tagebücher — Briefe — Erinnerungen*, 1950, 584. Palabras a Schonburg— H. en Paris, *The Vatican against Europa*, 45. Ante Nedilev, en Winter, *op. cit.* II, 576. Telegrama de Ritter en Scholder, *Die Kirchen...*, 79. Palabras de Pálify en Hudal, *op. cit.* 282 ss. <<

[43] Adamow, cit. en Winter, *op. cit.* II, 574. El desmentido del cardenal secretario en Hudal, *Die Österreichische...*, 282. Bok cit. en Winter, pag. 574 ss. Sobre actitud del Vaticano ante el ultimátum, Leonhard, *Kremí u. Vatikan*, 282 s. Ver tamb. Schmidlin y Seppelt/Schweiger, obras citadas. Allí se subrayan los lamentos del papa por la guerra y también su muerte ejemplar. El papa «mártir de la guerra», expresión de Maffi, citada por Schmidlin, *op. cit.* III, 170. Sobre la canonizac. de Pío X, V. H. Hermelink, *Das Christentum in der Menschheitsgeschichte*, 1951, III, 526. Palabras del papa sobre la justicia de la guerra para Austria en Engel-Janosi, *Österreich...* II, 150 ss. <<

[44] Sobre la intolerancia de León y de Pío, Bates, *op. cit.* passim. V. tamb. Auber, *op. cit.* y R. Lili, *Der Kampf der römischen Kurie gegen den «praktischen» Modernismus*, 1970, 112. Sobre su actitud ante el modernismo, V. tamb. P. Nichols, *Die Politik des Vatikans*. Schweiger en *Geschichte der Pápste...*, 66. V. tamb. F. Heer, *Europa...*, 719 y E. Benz, *Die Stellung des Modernismus zur politischen Autorität*. Sobre los métodos inquisitoriales, V. Hieronimus, *El Vaticano por dentro*, 187 y Auber, *Intervención de la autoridad papal y reacción integrista*, en el *Handbuch der Kirchengeschichte*, edit. por Jledin, Vol. VI. <<

[45] Strauss en *Der alte u. der neue Glaube*, 1872. Sobre Benigni, Engel-Janosi, *Vom Chaos... y Kühner, Das Imperium*. V. para todo ello las obras mencionadas de Schmidlin y de Winter y tamb. *Europa...*, de F. Heer. Nietzsche en «*Más allá...*», afor. 104. Lépecier, cit. en Bates, *op. cit.* 673. Los juicios antitéticos sobre Pío, en Schmidlin, *op. cit.* passim. Opin. de Pablo VI sobre la libertad de conciencia en su alocución «*Benedicamus*». Leist en su obra. *Prisionero del Vaticano*, 1971, 196 ss. Bruno Bauer cit. en Heer, *Europa...*, 339. Opin. de Pío X sobre los protestantes, V. Hermelink, *op. cit.* Vol. III, 519. Palabras de Schiller en Heer, *Europa*, 286, 290. <<

[46] Hudal en *op. cit.* 301. Heer en *Die Kriege*, 53 ss. *L'Osservatore* cit. en Hudal, 309. Texto de Benedicto en *L'Osservatore*. Sickel, cit. en Winter, *op. cit.* II 487. V. Jedin/Repgen, *Manual de Hist. de la Iglesias*, Vol. VII y Schmidlin, *op. cit.* II, 182. Sobre el cónclave, Engel-Janosi, *Österreich...*, II 176 ss. Sobre cónclave y política, V. De Waal, *Benedikt XV*, 1915, 165. Seg. el embajad. austríaco ante la Sta Sede Ferrata era un oportunista. V. Hudal, *Pápst, kurie und Krieg*, 16. <<

[47] El Leitha es una pequeña cordillera que separaba los territorios propiamente austríacos de los territorios húngaros y eslavos de la monarquía danubiana. <<

[48] El «atamán» era el caudillo militar, y a veces político, entre lituanos, ucranianos y cosacos. <<

[49] V. W. M. Chwostow, *La Diplomacia en la época Moderna*, II 580. Repgen, *Die Aussenpolitik der Päpste*, III, 200. Sobre la actitud papal ante la vulneración de la neutral, de Bélgica, V. F. Tyrrell, *The Pope and the great War*, 1915, 5 ss. Schönburg-H. citado en Winter, *op. cit.* II, 279. Marchetti-Selvag. cit. en Engel-Janosi, *op. cit.* II, 267. Allí citas de Benedicto XV. Septyckyj, cit. en Winter, II, 523. Sobre su destino, V. Murin, *Der Vatikan*, 27. Sobre Polonia, Hutten-Czapski, *60 Jahre*, 1936, II, 145 ss. La proclama de Guillermo a los polacos en K. Hammer, *Teología alemana de guerra*, 1974, 206 ss. V. tamb. Engel-Janosi, *op. cit.* II, 124. <<

[50] Sobre Polonia, V. Hutten-Czapski, *60 Jahre*, passim. Proclama de Guillermo a los polacos en K. Hammer, *Deutsche Kriegstheologie*, 206 ss. Sobre la atracción de Bulgaria, V. Winter y Hudal, obras ya citadas. <<

[51] Schmidlin cit. en Winter, *op. cit.* 561. Telegrama de Victor Manuel en Hudal, *op. cit.* 290. Barón Burian cit. en Engel-Janosi, *Österreich*, II, 226 ss. Sobre desarrollo de la polít. ital. V. Nolte, *Italia...*, passim y, del mismo, *Los movimientos fascistas*, 49 ss. De Nava cit. en Hudal, *op. cit.* 297. Sobre Mussolini, V. Nolte, Marx u. *Nietzsche en el socialismo del joven Mussolini*. En la *Historische Zeitschrift*, 161 año 1960, 249 ss. Datos sobre el comportam. del clero italiano antes de y durante la guerra, V. M. Claar, *Zeitschrift für Politik*, 1916, Cuaderno 3/4. <<

[52] V. Nolte, *Italien...*, 431 y Jorg, *El Vaticano...*, 24. Sobre la cuestión romana, V. H. Bastgen, *Die Romische Frage*. Merry del Val y Benedicto XV (incluido su aviso a las potencias centrales) citados en Engel-Janosi, *Österreich*, II, 191. <<

[53] Sobre el papel de Erzberger, V. Engel-Janosi, *ibid.*, y Winter, *op. cit.* II 582. Sobre su relac. con los jesuitas, V. W. Spael, *Das kathol. Deutschland*, 1964, pag. 169. Sobre sus favores al Vaticano, V. Lutz, *Demokratie in Zwielficht* («La democracia en entredicho»), pag. 49. V. Tamb. Scholder, *Die Kirchen...*, I, 17. Hudsl sobre Gerlach en su *Die österreichische...* 299. Más sobre Gerlach en Engel-Janosi, *Österreich...*, II, 271. El telegrama de Zimmermann en Bonn PA/AA (Arch. Minist. de AA. EE.), Sancta Sedis, Nr. 2 Vol. 21. Burian en Engel-Janosi, *op. cit.* II, 282 ss. <<

[54] Le Floch, cit. en Von Lama, *Pápst und Kurie*, 98. Sobre sobornos franceses; Endrici y otros prelados, Hudal, *op. cit.* 294. Sobre el papel de H. Howard, V. Winter, *op. cit.* II, 580 ss. Pálffy cit. en Engel-Janosi, *op. cit.* II, 271 ss. Allí se citan tamb. las palabras de Mühlberg sobre Pacelli. <<

[55] Palabras de Schonburg en Hudal, *op. cit.* 290. Las de Benedicto XV en *L'Osservatore Romano* del 7.12.1916. Bok en Winter, *op. cit.* II, 595. Sobre la parcialidad del papa en sus palabras de condolencia, V. Pápst, *Kurie u. Weltkrieg*, 40 ss. Palabras del papa a Francisco José en Engel-Janosi, *Correspondencia política de los papas*. El escrito del Maestro di Camera es digno de ser leído y está en Hudal, *op. cit.* 300. <<

[56] Sobre posible anexión del Véneto, V. Engel-Janosi, *Österreich...* II, 326 ss. Allí también el escrito de Czernin. Las palabras de Benedicto tras el hundimiento de Austria-Hungría en

Jorg, *El Vaticano...*, 42. V. Pápst, *Kurie...*, 92 ss. Palabras de Aversa en Bonn, PA/AA, W 2. La *Augsburger Postzeitung* citada en su edic. del 18. 1. 1917. La «Idea Nacional» citada en la *Kölnische Völkszeitung*, 12. 1. 1917. <<

[57] La actitud del Vaticano ante la Revolución Rusa se puede seguir leyendo los diversos informes secretos de Ritter durante esas semanas. Sobre los bolcheviques y la dirección militar alemana, V. Bracher, *Europa en crisis*, 58. Sobre la «nobleza» de Cristo, V. *L'Osservatore* del 6. 1. 1917. Sobre los preparativos papales para penetrar en Rusia, V. Ammann, *Compendio de la historia de las iglesias orientales*, 629. V. tamb. Winter, *op. cit.* II, 630. <<

[58] Las palabras del papa en Manhattan, *Der Vatikan...*, 65 ss. El temor de Pacelli en informe secreto de Schonburg el 12.12.1917. La táctica del papa y de Pacelli en relac. con las notas de paz en informes de Ritter al primer ministro de Baviera. V. tamb. Mourin, *Der Vatikan...*, 34, y Winter, *op. cit.* II 599 ss. Sobre el llamamiento del papa en favor de la paz, Repgen, *La política exterior de los papas*, 47, pese a que el tono general es apologético. <<

[59] V. H. Johnson, *Vatican diplomacy in the World War*, 1933, 24. C. Sforza, *Contemporary Italy*, 1944, 205. Sobre eco de los esfuerzos papales, V. Castella, *op. cit.* 403 ss. y Steglich, *Der Friedensapell*, 210 ss. Sobre la actividad de Pacelli en Lugano y Múnich, V. Scholder, *Die Kirchen...*, I, 68 s. Opin. de Bethmann-Hollweg en actas de Bonn PA/AA, W. adh. 4. Propuestas de paz de Pacelli en Schmidlin, *op. cit.* III, 210. Sobre los efectos de la revoluc. rusa, V. F. Kennan, *Russia leaves the war*, 1956, 74 ss. Palabras de Schonburg sobre Pacelli en Engel-Janosi, *op. cit.* II, 334. El papa como anticristo y actor en Goethe, *Invektiver Nachlass*. La loa final al papa en Castella, *op. cit.* 405. <<

[60] Las citas iniciales de Benedicto XV recogidas en A. Strucker, *Las manifestaciones de B. XV sobre la paz mundial*, 1917 y en Aubert, *Vom Kirchenstaat...*, 177 ss. Schmidlin en *Pápstgeschichte*, III, 219. V. Von Lama, *Pápst, Weltkrieg und Völkerfriede*, 10 ss. Von Stein en *Eriebnisse und Betrachtungen*, 46. Ude en *¡No matarás!*, 149. Sobre el pacifismo cristiano radical y su crítica a las medias tintas, V. Fleischer, *El pacifismo absoluto. Un mandamiento obligatorio de la Iglesia Católica*, 1962, 6. <<

[61] La cita de Federico II recogida en Deschner, *Opus Diaboli*, Ed. YALDE, 1991. Sobre la asistencia espir. castrense, V. Mohr, *Katholische Orden*, 67 ss. Palabras de Guillermo II en Hammer, *op. cit.* 208 ss. Sobre la fascinac. de Hitler, Bracher, *Europa...*, 21. Sobre los sermones cristiano-belicistas, V. Missalla, *Gott mit uns*, 104 ss. Sobre el papa y el margen de acc. polít. de los crist. en cada país, V. Repgen, *op. cit.* 41 ss. <<

[62] Las primeras citas en Missalla, *op. cit.* y Kühner, *Die Kreuzzüge*. H. Herrmann en, *A Alemania le es lícito ejecutar la voluntad de Dios*, 1979. <<

[63] V. Ude, *op. cit.* 296 ss. Otras citas en Scholder, *Die Kirchen...*, paasim. Heer en *Der Glaube des A. Hitlers*, 189. «El campo de batalla de Dios» es el título del libro del teólogo G. Koch. Ultima cita de W. H. Struck, *Die Revolution von 1918/19*, 1969, 372. <<

[64] V, espec. obras citadas de Missalla y de Hammer. Tamb. C. Muth, *Christus und der Krieger*, 1915, 74. Títulos de las obras «edificantes» en Missalla. Mausbach en *De la Guerra Justa y sus consecuencias*, 1914, 1 ss. <<

[65] Datos sobre la prostituc. en favor del ejército en E. Friedrich, *Krieg dem Krieg*, 160. Cita sobre el valor del dolor para el cristiano en Mohr, *Der Held in Wunden*, 1914, 21. Citas de dignatarios en Hammer, *op. cit.* passim. V. tamb. T. Soiron, *Gott und der Krieg*, 1916. Nietzsche en *El Anticristo*. <<

[66] Faulhaber cit. en Hammer, *op. cit.* 306 ss. y en J. Fleischer, *El pacifismo absoluto*, 5. Bertram, *Kirche und Völkleben*, 431. V. tamb. las obras citadas de Ude y de Missalla. <<

[67] Los pallotinos son una orden seglar fundada por el italiano Palloti en el XIX. El movimiento Schönstatt, que después se desvinculó de los pallotinos, surgió, ya en el XX, en la población de ese nombre, cerca de Coblenza. Pretende renovar la vida de los seglares católicos. <<

[68] V. Missalla, *op. cit.* passim. Las palabras sobre la guerra como correctora de la superpoblac. son del teólogo Mausbach y se citan en H. Herrmann, *A Alemania...*, 11. V. tamb. Mohr, *Der Held...*, 57 ss. Pesch en *Tapferkeit* («Bravura») 9, Publicado en *Stimmen der Zeit*, 1915, 217. V tamb. Mohr, *Das katholische Apostolat*, 112 ss. Ult, cita en Missalla, *Gott mit uns*, 102,115. <<

[69] Citas iniciales en Dreiling, *La vida religiosa y moral del ejército*, 68. Mausbach cit. en Herrmann, *op. cit.* 14. Poertner en la revista *Hochland*, 1914, 12/1. Otras citas en Mohr, *Der Held...* C. Noppel en *Kriegsbereitschaft und Friedensarbeit*, *Stimmen der Zeit*, 1915. Duhr en *Mit Gott für König u. Vaterland*. Versos de Brecht, *Balada del soldado muerto*. <<

[70] Sobre el clero francés, V. P. Blet, *La Iglesia Católica en Francia*, 594. Albertini, *La Tercera República...*, 260. Heer, *Die Kriege...* Fleischer, *El pacifismo...*, 5. Aubert, *Vom Kirchenstaat*, 180. Cita del arzob. de Cambrais en *Le Collier de Bellone* de Ermenonville. <<

[71] Significaría, si tenemos en cuenta que «lin» es un diminutivo dialectal, algo así como «curilla deseado» (optatus). <<

[72] V. Lippert, *Guerra mundial y confesión religiosa*, 1914, pag. 10. Sobre Alemania V. Hammer, *op. cit.* 58 y sobre Italia, A. Gemelli, *Il nostro soldato*, 1917, 132 ss. V. tamb. Scholder, *Die Kirchen...*, I, 14. Missalla, *op. cit.* 21. Cifras de bajas en Heer, *Die Kriege...* Pribilla en *Nationale Revolution* en *Stimmen der Zeit*, 1933/34, 56 ss. V. tamb. Jorg, *El Vaticano y sus vasallos*, 42 ss. La carta de Pfáfflin en Mohr, *Katholische Orden*, 301 ss. (El apellido Pfáfflin significaría más o menos «curilla»). <<

[73] Palabras de Gasquet recogidas en Schmidlin, *Pápstgeschichte*, III 325. Palabras del papa en *L'Osservatore...*, 10. 11. 1918. Las consecuencias de la guerra para Alemania en Born, *Deutschland vom Ende der Monarchie bis zur Teilung*, Vol. VII, 529. *Die Augsburger...*, del 31 de dic. de 1920. Sobre quejas por la actitud del Vaticano ante Versalles, V. *Deutschland u. der Vatikan*, 60 ss. El elogio papal de Francia en Von Lama, *Pápst und Kurie*, 176 ss. Sobre la

predilección papal por Francia, V. Franzen y Baumer, *Hist. de los papas*, 382. La reacc. del protestantismo alemán en Schmidlin, *op. cit.* III, 326. <<

[74] Sobre católicos en Francia e Italia, Aubert, *op. cit.* 180. Sobre Laval y el Vaticano, V. Manhattan, *op. cit.* 282 ss. Palabras de Cerreti y de Gasparri en Von Lama, *op. cit.* 174 y 195. V. Reichshote del 18 y del 29 de junio de 1920. <<

[75] Estas asociaciones llevaban uniformes tradicionales y espada. A diferencia de otras podían hacer uso del arma «señalándose» en duelo caballeresco, con heridas que dejasen cicatriz visible. <<

[76] Sobre la polít. papal para con Austria en la postguerra y sobre la figura de Seipel V. Wandruszka, *Österreich... (1918-1970)* y Winter, *op. cit.* passim. Sobre Seipel y Pabst, V. Heer, *Der Glaube...*, 328 ss. La sangrienta represión ordenada por Seipel, en Wandruszka, *op. cit.* 843. <<

[77] Había sido deportado allí por las potencias de la Entente. <<

[78] Sobre Hungría, V. Silagi, *Ungarn seit 1918*, 881 ss. y Adriányi, *Die Kirchen in Nord-Ost und Südosteuropa*, 527 ss. Sobre el Vaticano y Portugal, V. Seppelt/Schwaiger, *op. cit.* 505. Sobre Bélgica y Holanda, V. Tihon/Bots, *Die Kirche in den Beneluxländern*. <<

[79] Sobre el trato dado a Irlanda a Polonia, V. Winter, *op. cit.* 31. Sobre Polonia V. tamb. Schieder, *Handbuch der europäischen Geschichte*, VII, 2. y la obra antes mencionada de Adriányi. <<

[80] Hajjar en *Die katholischen...*, 269. Friedrich cit. en Stehie, *Ostpolitik...*, 36. Sobre Rusia y los popes tras la revolución de febrero, V. Miliukov, *El colapso de Rusia*, II Vol. 1925 y espec. J. S. Curtís, *Die Kirche in der Sowjetunion*. Allí y en el *Handbuch der Kirchengeschichte*, edit. por Jedin, datos sobre la persecución religiosa. B. Law cit. en Von Lama, *Pápst...*, 361 ss. El texto del decreto de Lenin en N. Theodorovitsch, *Religión y ateísmo en la URSS*, 1970. <<

[81] V. Hajjar, *op. cit.* 255 ss. La declaración de Tichon en Rosler, *Kirche und Revolution*, 68. V. También Curtiss, *op. cit.* 66 ss. Sobre relac. entre Iglesia Ortodoxa y bolcheviques V. Theodorowitsch, *Religión...*, 31 ss. Manifestac. de Trzeciak a la *Kolner...*, en su edic. del 15.8.1918. Monti en Mourin, *Der Vatikan*, 38. Declarac. de Lysakovskiy en Winter, *op. cit.* 28. Sobre el Vaticano y Turquía, V. Manhattan, *El Vaticano...* 288 ss. y G. Jaschke, *Turquía como estado nacional*, en el Manual de Historia de Europa editado por Schieder, Vol. VII, 2. Sobre el genocidio armenio, Seppelt/Schwaiger, *op. cit.* 475. Sobre relac. con estados bálticos, V. Ammann. *Compendio...*, 628. <<

[82] Ritter cit. en Winter, 36. Allí información sobre Ratti. V. Stenle, *Ostpolitik*, 25 ss.

Sobre encarcelam. de Ropp, V. Von Lama, *op. cit.* 366. Sobre rencillas entre católicos de uno y otro rito, V. J. Zatko, *Descent into Darkness*, 19 y 82 ss. V. Ammann, *op. cit.* 58 ss y Mourin, *op. cit.* 43. <<

[83] Sobre Polonia, V. Mourin, *op. cit.* 43 ss. Sobre Pildsuski, V. Rohde, *Polen...*, 995 ss. La actitud de los obispos polacos en Winter, *op. cit.* 38 ss. Sobre la política papal en Polonia, V. Hajjar, *op. cit.* 269 ss. Sobre Polonia, URSS y Vaticano, V. Winter, *op. cit.* passim. Sobre muerte de Benedicto, V. Engel-Janosi, *Vom Chaos...*, 50 y Schmidlin, *op. cit.* 330 ss. <<

[84] Todas las citas en Confalonieri, Pío XI, 7. <<

[85] Ver obras de Engel-Janosi, *Vom Chaos...*, Winter, *Die Sowjetunion*. Sobre su actitud en política exterior, V. Jörg, *Der Valikan und seine Getreuen*, Aubert, *Vom Kirchenstaat*. Von Lama afirma en *Pápst und Kurie*, «que los reproches carecen de base». Para el historiador de los papas Jedin aquella posición descontentaba a todos. Seppelt/Schwaiger, *Historia de los papas*, la juzgan ¡penosa e insostenible! V. tb, Stehie, *Ostpolitik*. Cita sobre la coeducación en Manhattan, *El Vaticano*. Sobre moral sexual y matrimonial de la Iglesia V. sobre todo J. y A. Theiner: *Celibato y moralidad*, reeditado por W. Mehnert en 1932 y Bronder, *Christentum in Selbstauflosung*, 1959. Sobre la muerte de B. XV y reacciones, V. Schmidlin, *Pápstgeschichte*. Sobre la elección de Pío, ver obras de Smepelt/Schwaiger y de Schmidlin. Sobre declaraciones de Pío Jedin/Reppen, *Die Weltkirche im XX Jahrhundert*. <<

[86] La cita inicial de Tondi en *Los Jesuitas*. Sobre el fascismo, Nolte, *Die faschistischen Bewegungen*, 1979. Friedlander/Favez, *Aufstände*. La relación con los católicos, V. Von Lama, *Der Pápst u. die Kurie*. Tb J. P. Me Knight, *The Papacy and Fascism*, 1974; P. Scoppola, *La Chiesa e U Fascismo* Sobre Mussolini y el fascismo, F. A. Borgese, *El fascismo en marcha*, 1938; Nolte, *op. cit.* y tb. *Theorien über den Faschismus*; M. Seidimayer, *Geschichte Italiens*, 1962; A. Kurella, *Mussolini ohne Maske*. La opinión de Ratti sobre Mussolini en E. Paris, *The Vatican against Europa*. V. Mussolini, *Escritos y discursos*. La reacción del Muss. ante la elección de Ratti como papa en la *Neisser Zeitung* (12.3.1929) y la *Allgemeine Rundschau* (23.2.29). Opinión de Gasparri sobre el comunismo en E. Buonaiuti, *La Chiesa e il Comunismo*, 1945. Sobre reacciones de Gasparri a la Marcha a Roma V. informe de Von Pastor del 23 de oct. y del 3 de nov. 1922, en Engel-Janosi, *Vom Chaos*. <<

[87] Las opiniones iniciales de Pío XI en *L'Osservatore Romano* del 16.5. 1929 y del 21.9. 1929. Sobre Pío y las ceremonias militares, Confalonieri, *op. cit.* Sobre organización del partido fascista, Borgese, *op. cit.* Badoglio y su papel, Paris, *The Vatic. against Europa*. Sobre Pío y el embajador belga, Engel-Janosi, *op. cit.* Sobre la Iglesia en el fascismo. M. Bendiscioli, *La Cuestión Romana y el catolicismo italiano*, 1973. Tb. Von Lama, *op. cit.* con cita de Mussol. sobre el papel de la relig. *Bayerischer Kurier* del 13.2.1928. Sobre finanzas vaticanas y fascismo, Manhattan, *The Vatican and World Polines* y Paris. *op. cit.* Para lo que sigue, Engel-Janosi, *op. cit.* y Salvemini/La Piaña *What to do with Italy*, 1943. <<

[88] Sobre el PPI, V. Manhattan, *op. cit.*, Molinari/Mezzadri, *El Catolicismo en Italia* y G. de Rosa, *Storia del movimento cattolico in Italia*, 1966. Sobre la táctica de Mussolini frente al PPI, S. Tramontin, *Mussolini, la questione romana e i rapporti con i popolari* en *Humanitas*, 1970. Sobre el destino de Sturzo, Engel-Janosi, *op. cit.*, Reppen, *Die Aussenpolitik der Pápste* y F. Piva/F. Malgeri, *Vita de L. Sturzo*, 1972 y R. de Felice, *Mussolini il fascista*, 1966. Sobre lo que sigue, Bracher, *op. cit.* y Manhattan, *op. cit.* 1924. <<

[89] Sobre la represión fascista, Borgese, *El Fascismo en marcha*, Nolte, *Italia...*, Rumpelstilzchen, *Der Schmied Roms* («El forjador de Roma»), 1929. Sobre reacciones del Vaticano, Manhattan, *op. cit.* pag. 104, L. Bedeschi, *Don Minzoni, il prete ucciso daifascisti*, 1973, Von Lama, *op. cit.* 554 y F. F. Nitti, *Fuga* (Memorias sobre su huida de la isla-prisión de Lípári). Sobre el asunto Matteotti, V. Engel-Janosi, *op. cit.*, 67, Von Lama, *op. cit.* 564. V. *L'Osservatore*. y *Civiltà...* del 25.6. de 1924 y del 19. 7. de respectivamente. <<

[90] Sobre la actitud del papa para con Mussolini, V. Jedin, *Los papas Benedicto XV...* y Repgen, *La política exterior de los papas*, 51 y ss, L. Salvatorelli/G. Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, 1964, pag. 352, Nolte, *op. cit.* 162. V. *L'Osservatore...* del 14/15. 12. 1925 y del 2. 12.1924. Engel-Janosi, *op. cit.* pag. 59, 84 ss. Sobre los intentos de Gasparri, V. Nolte, *op. cit.* 632 ss, Manhattan, *op. cit.* 107, M. Claar, *Deutschland von draussen gesehen* (Alem. vista desde fuera). 1934, pag. 64 y Paris, *The Vatican...*, pag. 97. <<

[91] Era la organización juvenil fascista. El nombre proviene del apodo del joven genovés G. B. Perasso, apodado Balilla, que lanzó una pedrada contra un suboficial austríaco y provocó la revuelta de la ciudad en 1746. <<

[92] Sobre relaciones de los papas y el recién instaurado estado de Italia, v. Castella, *Historia de los papas*, pag. 431, Engel-Janosi, *op. cit.* 43, Repgen, *op. cit.* 52, *la New catholic encyclopedia*, 1967, Vol. II, pag. 414. También Manhattan, *op. cit.* 107 ss. La opinión de F. Pacelli en la *Augsburger Postzeitung* del 20,9.29. V. tamb. Confalonieri, *Pío XI* 197 y Mussolini, *Escritos y Discursos*, Vol. VII, pag. 78. Sobre negociaciones en la biblioteca, V. Confalonieri, *op. cit.* ibid. y Hieronymus, *Vatikan intern* (El Vatic. por dentro). Sobre discrepancias en la cuestión educativa y matrimonial: Aubert, *Vom Kirchenstaat*, 189. Sobre tipos de concordatos, L. Kaas, *Der Konkordatstyp des faschistischen Italiens*. <<

[93] Sobre compensaciones financieras, V. Nolte, *Italia...* 635. Sobre intolerancia para con los «renegados», V. Tondi, *Los Jesuitas*, pag. 216. Opin. de Faulhaber en Meier, *Soziologie der Pápste*, 281 ss. Versos de Goethe en *Zahme Xenien*. Opinión de Nitti en *Fuga*, 31 ss. Sobre el discurso del papa ante los estudiantes, V. Tondi, *El poder secreto de los jesuitas*, 1960, 34 y ss, y *Los jesuitas*, 73. Sobre su orden de rezar por el Duce: Manhattan, *op. cit.* 110. Sobre Fermo y Pío, Confalonieri, *op. cit.* 109 y 114. Ibidem, reacciones de alegría en Italia por el concordato, pag. 199. <<

[94] Los «Católicos Antiguos» (o veterocatólicos) son los que no aceptaron el dogma de la infalibilidad papal y se convirtieron por ello en secta opuesta a Roma pese a mantener los dogmas anteriores. Apenas hay un millón de ellos entre Alemania y Austria. <<

[95] V. Sobre Ascalesi V. Molinarvi/Mezzadri, *El Catolicismo en Italia*, pag. 586 y sobre Vannutelli, V. Tondi, *Los Jesuitas* y sobre reacciones en el mundo, Nolte, *Los movimientos fascistas*, pag. 83. Opiniones de Adenauer en *Hamburger Fremdenblatt* del 12.2.1929, en la *Münchener Zeitung* del 13.2.1929 y en el *Bayrischer Kurier* del 16.2.1929. Ossietzky citado en Stehie, *Ostpolitik*, 147. Faulhaber en el *Völkischer Beobachter* del 21.2.1929 y en el *Altkatholisches Völkblatt*, 29.3.1929. Volk: *Die Kirche in den Deutschsprachigen Ländern*, (La Iglesia en los países germanoparlantes), 540. <<

[96] Citas iniciales de Hitler en F. Heer, *Der Glaube*, 310. Sobre la Iglesia, el Partido del Centyroy y los Nazis, V. K. Sonntheimer, *Kathol. Kirche u. Nazionalsoz.*, 1965. Opiniones de Kaas en su obra, *Der Konkordatstyp...*, 517. Ver también Stehie, *Ostpolitik*, 149 y Scholder, *Die Kirchen*, I, 210 ss. Sobre separatismo renano, Born, *Deutschland vom Ende der Monarchie bis zur Teilung*, («Alemania desde el final de la monarquía hasta su división») 532. Sobre el catolicismo de Hitler y su conducta en Baviera, V. F. Heer, *Der Glaube...*, pag. 21, 30 y 193 ss. Sobre Ludendorff V. W. Breucker, *Die Tragik Ludendorffs*, 107 ss. <<

[97] Sobre Hitler, Ludendorff, V. Scholder, *op. cit.* I, 117 ss. y *Mein Kampf*. Sobre el Centro y Hitler, W. Dirks, *Katholizismus u. Nationalsozialismus*, 1931, pag. 27. <<

[98] V. Engel-Janosi, *Vom Chaos.*, 60 ss, Winter, *Die Sowjetunion*, 118, Von Rauch, *Sowjetrussland von der Oktoberrevolution bis zum Sturz Chruschtschows* («La Rusia sovieta, desde la revoluc. de oct. hasta la caída de Krutschow»), 495, Born, *op. cit.* pag. 539, Taddey, *Lexikon*, 1316. Sobre toda esta problemática, Th. Schieder, *Die Probleme des Rapallo Vertrages*, 1956. Sobre contactos vaticano-soviéticos: Repgen, *op. cit.* pag. 64, Stehie, *op. cit.* 43. Confalonieri, *op. cit.* 187. V. Hajjar, *Die Katholischen orientalischen Kirchen*, 273. Von Lama, *Pápst u. Kurie*, 380. V. la *Augsburger Postzeitung* del 22.7.1922 y *La Croix*, 15.6.1922. <<

[99] V. Stehie, *op. cit.* 214, Adriányi, *Die Kirche in Nord-Ost und Südosteuropa*, 515 ss. También Von Rauch, *op. cit.* 487 ss. Sobre el hambre en Rusia, H. H. Fischer, *The Famine in Soviet Russia*. Von Lama, *op. cit.* 369 ss. Schmidlin, *Pápstgeschichte*, III, 330. Sobre los misioneros Steyler, J. Kraus, *Im Auftrag des Pápstes in Russland* («Cumpliendo una misión papal en Rusia»), 1970, pag. 177 ss. Amplia información, Winter, *op. cit.* passim. Opinión del *Osservatore* en su edición del 5.5.1922. <<

[100] V. Stehle, *op. cit.* 64 y Winter, *op. cit.* 58 ss. *Besboschnik*, número 14, 1923. Informe de Ritter del 12.5.1922. Von Lama, *op. cit.* 390 ss. El telegrama de Brockdorff-Rantzau del 31 de marzo 1924 (Archivo polít. del Ministerio de AA. EE. de Berlín). Sobre la Iglesia en Rusia, V. Rüsler, *Kirche u. Revolución*, pag. 157. El informe de Pastor del 9. 5. 1924. Hajjar, *op. cit.* 270 ss. <<

[101] V. informe de Brockdorff-Rantzau del 31 de julio de ese año. Winter, *op. cit.* passim. Mohr, *Katholische Orden*. Sobre los apuros de la URSS, V. S. Northedge, *The Troubled Giant*, 248 ss. V. Repgen, *op. cit.* 65. V. también los diarios de Pastor, 850 (día 5.1.1925). Stehie, *op. cit.* 87 ss. <<

[102] El informe de D'Herbigny sobre su primer viaje se titula *L'Aspect religieux de Moscou en octobre 1925*. U *Osservatore* del 7.9.1926. Es posible que el servicio secreto alemán también haya movido algunos hilos en la condena de Tujachewski: V. *Dtv Lexikon, Geschichte* III, pag. 807. Sobre Sloskans, V. Stehie, *op. cit.* 108. <<

[103] Sobre Sergei, Hajjar, *op. cit.* 260 y B. Stasiewski, *Die Nichtunierten Ostkirchen* («Las iglesias orientales no unificadas»), 497, Winter, *op. cit.* 116 ss. V. informes de Brockdorff-Rantzau y de Pastor del 29 de agosto del 1927 y del 10 de junio del 1927 respectivamente. <<

[104] Sobre proyectos de Seipel, V. Manhattan, *El Vaticano*, 214 ss e informe altam. secreto de Pastor del 13. 12 de ese año. Sobre atrocidades de los polacos, H. Roos, *Geschichte der polnischen Nation*, 1961, pag. 138 ss y H. Koch, *Die Unierte Kirche in Polen*, 1959 y Stehie, *op. cit.* 177 ss y Adriányi, *op. cit.* 519. Winter, *op. cit.* passim. <<

[105] Sobre reliquias de Bobola, V. Stehie, *op. cit.* 211 ss. Winter, *op. cit.* 178 ss, Stasiewski, *op. cit.* 496. V. informe de Ritter del 8.12.1928 y el de Pastor del 2.7.1927. Sobre catolicismo en el Lejano Oriente, J. Metzler, en el *Manual de Historia de la Iglesia*, VII, 1979, pag. 771. Sobre «Cruzada de la Oración», V. *L'Osservatore* del 9 y 17 de febr. de 1930. E. Waish citado en Winter, *op. cit.* pag. 127. <<

[106] Sobre patrística y cuestión social V. F. Schaub, *Studien zur Geschichte der Skiaverei im Frühmittelalter* (Amplias citas en la *Historia Criminal del Cristianismo* de H. K. Deschner, Ed. Martínez Roca, Vol. IV y V). Sobre polít. social del papado, V. Maier, *Soziologie der Pápste*, 204 ss y O. Von Nell-Breuning, *Die solíale Enzyklika*. Gundiach en *Pápst Pius zur heutigen Witschafts u. Geselischftsnot*, 1934, pag. 3. Pieper en la *Katholis. Korrespondez* del 25.5.1933. Sobre todo ello V. también Mourin, *Der Vatikan*, 79 ss. <<

[107] Leiber en *Katholische Kirche im Dritten Reich*, edit. por Albrecht, 122 ss. V. También Scholder, *op. cit.* I, 184. Sobre ventajas de un concord. para la Igl. V. G. May, *Die*

Konkordatspolitik, 184 y W. Huber, *Staat u. Kirche im XIX u. im XX Jahrhundert*, I, 46 ss. Allí citas de Bismarck. V. tamb. Franzen/Báumer, *Pápstgeschichte*, 384. Sobre concord. con Baviera, V. L. Volk, *Das Reichskonkordat vom 20ten Juli 1933* y Mirbt, *Das Bayerische Konkordat* en Franzen/Báumer, *op. cit.* 388 ss. Pastor citado en Engel-Janosi, *Vom Chaos*, 81 ss. <<

[108] V. Franzen/Báumer, *op. cit.* 389, O. Braun, *Von Weimar zu Hitler*, 1949 pag. 278. Sobre el concordato en Badén, E. Fohr, *Geschichte des badisch. Konkord.* Leiber en *Píus XII*, 121. Pastor citado en Winter, *op. cit.* 142 ss. También en A. Kupper, *Zur Gesch. des Reichskonkord.* en la revista jesuita, *Stimmen der Zeit*, 1962/63, 32. <<

[109] V. R. Morsey, *Die deutsche Zentrumspartei*, 1960 pag 301. Scholder, *Die Kirchen*, I, 192. Informes de Ritter del 20. 12. 1931 y del 2. 8. 1932. Sobre presupuesto, Ude, *Du solist nicht toten!* («¡No matarás!»). Sobre política exter. de Brüning, H. Grami, *Presidial-system u. Aussenpolitik*, 1973 pag. 139 ss. <<

[110] Manhattan, *op. cit.* 156. Mohr, *Katholische Orden*, 116. Heer, *Der Glauhe*, 87. François-Poncet en *Souvenirs d'une ambassade a Berlín*. Sobre Papen, Glum, *Der Nationalsozialismus*, 180 <<

[111] V. Scholder, *op. cit.* I, 200. Scheller, *Kanzier ais Republikfeind* («El canciller como enemigo de la república»), pag. 29. M. Funke, *Sanktionen u. Kanonen*, G. Lewy, *The catholic Church and the nazi Germany*, 1964, 75. K. Repgen, *Hitlers Machtergreifung*, 1976. D. Albrecht, *Die Katholische Kirche im Dritten Reich*, 1974, 37. Sobre días inmediatos a la toma del poder, Glum, *op. cit.* <<

[112] L. Volk, *Der Bayerische Episkopat u. der Nationalsozialismus*, 1966 pag. 51. R. Morsey, *Kirche u. polit. Parleien*, 1974 pag. 31; Sobre la Ley de Plenos Poderes, V. Repgen, *op. cit.* 11 ss. Actitud de la social-democracia en E. Mathias, *Die Sozialdemokratische Partei Deutschlands*, 1970 pag. 177. M. Domaros, Hitler, *Reden u. Proklamationen*, 1965. Sobre papel de Papen, Lewy, *op. cit.* 63. Sobre Orsenigo, G. N. Schuster, *Like a Mighty Army*, 1935, 188. Sobre Faulhaber, L. Volk, *Akten des Kardinals M. Fauihabers*. También distintos informes de Ritter. <<

[113] Leiber, *Pius XII.* 122, Volk, *Akten...* V. Glum, *op. cit.* 212 y ss. sobre Goebbels, otros nazis prominentes y atrocidades nazis. Opiniones de Hitler en Rauschnig, *Mis conversaciones con Hitler*. Klepper en *Unter dem Schatten deiner Flilgel* y Aretin en *Krone u. Ketten* («Corona y cadenas»). El papael de Kaas, Papen u. Pacelli en Scholder, *op. cit.* 1, 300 ss. Repgen, *Die Aussenpolitik...* <<

[114] V. Scholder, *op. cit.* I, 483, Lewy, *op. cit.* 70. Seppelt/Schwaiger, *Geschichte der Pápste*, 499. Stasiewski, *Akten deutscher Bischoffe*. Sobre la peripecia de la Iglesia V. Müller, *Kath. Kirche u. Nationalsozial.*, 91 y diversos números de la *Amtshiatt der Erzdiózese Bamberg* (Gaceta ofici. de la Archidióc. de Bamberg) y otras hojas diocesanas de la época. K. Schwend, *Die Bayerische Völkspartei* en Mathias/Morsey: *Das Ende der deutschen Parteien*, 1960. Sobre relac. entre toma del poder y concordato: K. D. Bracher, *Nationalsozialist. Machtergreifung u. Reichskonkordat* algo que trata de tergiversar el jesuita Leiber. <<

[115] V. Scholder, *Die Kirchen*, I, 482. Datos abundantes en Mai, *Die Konkordatspolitik*, 197 ss. y en las historias del papado mencionadas. V. tamb. coleccion de actas episcopales de Volk y de Stasiewski. Muckermann en *Im Kampf zwischen zwei Epochen* («En lucha entre dos épocas»), 1973 pag 584. Fleischer en *El bochornoso documento del Concordato de 1933*, 1959. Winter en *op. cit.* passim. <<

[116] Sobre actitudes de los dignatarios alemanes V. Müller, *op. cit.* 109 ss. y las manifestaciones del teólogo M. Schmaus en la revista *Stimmen der Zeit* de aquellos meses. Lewy, *op. cit.* 103 ss. Sobre Galen, H. Portmann, *Kardinal Von Galen*. Müller *op. cit.* 107 ss. Sobre la esvástica y el catolicismo: A. Stonner, *Nationale Erziehung*, 1934. <<

[117] Sobre manifestaciones pronazis de teólogos y dignatarios, V. Deschner *Mit Gott una den Faschisten!* y del mismo, *Opus Diaboli* en Ed. Yalde, 1991. K. Adam en *Deutsches Völkstum und katholisches Christentum*, 1933 pag. 41. Heuss en *Hitlersweg* («El camino de Hitler»). V. tamb. Repgen, *Hitlers Machtergreifung*, passim u. Maier, *Soziologie*. <<

[118] Sobre fascinac. de Pacelli ante los éxitos de Hitler, Engel-Janosi, *Vom Chaos* passim. Sobre la encíclica *Mit brennender...*, Franzen/Báumer, *Pápstg.*, 394. Tamb. D. Albrecht, *Der Notenwechsel zw. dem Heilig. Stuhl u. der dt. Reichsregierung*, 404 ss. Galen citado en Manhattan, *Der Vatikan*, 170 ss. Sobre prensa católica y nazismo, V. K. A. Almeyer, *Kathol. Presse u. NS-Diktatur*. Datos sobre represión religiosa en Mohr. *Kathol Orden* 135. <<

[119] Mohr, *op. cit.* passim. Opinión de Baur en la DZA de Postdam. <<

[120] Heer en *Glaube*. Winter, citado en Heer. Glum en *op. cit.* 336. Innitzer en DZA Postdam. Sobre eventos en Austria V. Wandruszka, *05-terreich*, 844, Erdmann, *Alemania bajo el*

nacionalsocial., 240 y Goldinger, *Gesch. der Republik Österreich*. Braun, *Die kathol. Kirche*, 13. Sobre concordato con Austria, H. Stutzinger, *Der Österreich Konkordat* y May, *Die Konkordatspolitik*. Sobre la socialdem. en Austria, Wandruszka, *op. cit.* y Wagner/Tomkowitz, */.E/n Volk, ein Reich, ein Führer!*. <<

[121] V. Wandruszka, *op. cit.* 854 s. Braun, *Die kath. Kirche*, 17. Manhattan, *Der Vatikan*, 228. Sobre Fey, obras anteriores y Wagner/Tomkowitz, *op. cit. passim.* <<

[122] Sobre el papel de Papeen, Wandruszka, *op. cit.* 872 y Erdmann, *op. cit.* 241 ss. Sobre catolic. austríaco y nazis, Heer, *Der Glaube*, *passim.* Sobre Seyss-Inquart, obras anteriores y Wagner/Tomkowitz, *op. cit.* Sobre invasión de Austria, Gisevius, *Adolf Hitler*, 414 ss. Sobre el encuentro entre Innitzer y Hitler, H. Picker, *Hitlers Tischgespräche* («Conversaciones de sobremesa de Hitler»), 1963 pag. 438. Sobre declaraciones oficiales de la Iglesia, Braun, *op. cit.* 21. <<

[123] V. Heer, *op. cit.* 66 ss. L. Schirer, *Aufstieg u. Fall des Dritten Reiches* («Ascenso y caída del Tercer Reich»), 1963, 1, 42 ss. Antisemitismo en Austria, V. F. W. Foerster, *Die Jüdische Frage* y H. G. Adier, *Die Juden in Deutschland*, que incluye manifestac. al respecto de Gfollner y de otros obispos de Austria. Sobre la encíclica *Non abbiamo...* V. *L'Osservatore* del 5.7.1931. Últimas citas en Heer, *Die Kriege*, 93. <<

[124] Ude en *¡No matarás! Corriere...* del 10. 1. 1938. *L'Osservatore* citado en Tondi, *Die Jesuiten*, 72. Sobre actit. del episcopado ital. V. Molinari/Mezzadri, *El Catolicismo en Italia*, 587. Sobre condena eventual de la Iglesia por el Tribunal Internacional V. Deschner, *Kirche und Krieg*, 1970 pag. 336. Cita de Gasparri en Manhattan, *op. cit.* 112. Sobre situac. social en Ital. V. Nolte, *Italia...*, 637. Sobre la guerra en Abisinia, M. Funke, *Sanktionen u. Kanonen*, 12 ss y F. Siebert, *Italiens Weg in den zweiten Weltkrieg* («El camino de Italia hacia la II G. M.»). <<

[125] Sobre el papa y la guerra de Abisinia, Engel-Janosi, *op. cit.* 166. Discurso papal en la *Reichspost* del 30.8.35. V. Tondi, *op. cit.* 70 ss. Wagner/Tomkowitz aportan documentac. en *op. cit.* Buchheit en *Mussolini u. das neue Italien*, 1941, pag. 395. <<

[126] V. P. Blanshard, *American Freedom and catholic Power*, 1958 con citas de diarios y documentac. Sobre guerra abisinia, Borgese, *El fascismo...*, 400 ss. y Molinari/Mezzadri, *op. cit.* 586. Tamb. Funke, *Sanktionen.*, 98 ss. u. Friedlander, *Pius XII u. das Dritte Reich.*

Dokumentation, 1965. Heer, *Die Kriege*, 95. <<

[127] Heer en *Die Kriege*, 95. Duff en *Spanien*, Stein des Anstosses («E., piedra de escándalo») 1949, 147. Ude, *op. cit.* 315. Sobre guerra civil española e Iglesia, V. Manhattan, *op. cit. passim.* Tondi, *Die Jesuiten*, H. Thomas, *La Guerra civ. españ.*, Q. Aldea Vaquero, *La Iglesia en España y Portugal* en el *Manual de Hist. de la Igles. de Jedin* y Konetzke, *Die iberischen Staaten*. Reisberger cit. en R. Timmersmann, *Die span. Revolution*, 1936. V. tamb. Schmidlin, *Pápstgeschichte* IV, 139. <<

[128] V. Konezke, *op. cit.* passim. Larrazábal, *La aviación en la G. C. Esp.*, 1973. Schmidlin, *op. cit.* IV passim. Manhattan, *op. cit.* passim. Scheinmann, *Der Vatikan im zweiten Weltkrieg*, 274. Citas de prensa católica en Tondi, *Die Jesuiten*. <<

[129] V. Konezke, *op. cit.* passim. J. Ude, *op. cit.* passim. Mussolini y otros citados en Dahms, *Der span. Bürgerkrieg*, 249. Sobre intervención extranj. V. Longo, *Las brigadas internac.* y Siebert, *El camino de Italia hacia la guerra*, 52 ss. Sobre el uso político de Fátima, V. Deschner, *Fatima, Die Religionsgeschichte und die Strategie*, 1972. <<

[130] V. obras de Duff, Thomas y Dahms. Opiniones eclesiásticas de los obispos de Santiago, Pamplona y Gerona recogidas en prensa católica alemana, espec. la *Saizburger Chronik*, la *Grazer Völkblatt* y *Germania*. V. tamb. Aldea Vaquero/da Silva, *La Iglesia...* Innitzer en la *Reichspost* del 28.8.1936. Tamb. Manhattan, *El Vaticano....* <<

[131] Pío XI cit. en Manhattan, *op. cit.* 118. V. Confalonieri, *Pío XI* y Konezke, *op. cit.* 688 ss. Sobre asesinatos de sacerdotes, V. Aldea Vaquero/da Silva, *La Iglesia...* V. *Germania* del 5.8.1937. Bergamín en el *National-Zeitung* de Basilea, 4.2.1938. <<

[132] Sobre el Congreso Eucar. de Budapest, V. E. Winter, *La Unión Soviética*. Sobre Pío XI y la G. C. Españ. V. Manhattan, *op. cit.* passim y noticias de la prensa de entonces, espec. la *Neue Zürcher Zeitung*, la *National-Zeitung* y *Germania*. El obispo Díaz Gomara cit. en *Das Grosse Kirchenblatt* de Viena del 13.12.1936. Ciano en *ciano's diplomatic papers*, 1948. <<